Martine Segalen

Antropología histórica de la familia





Taurus
Universitaria

Ciencias sociales

Antropología histórica de la familia

Taurus Universitaria/Ciencias Sociales

Otros títulos de Taurus

JUAN ARANZADI, *Milenarismo vasco. Edad de Oro, etnia y nativismo.*
ELIZABETH BOTH, *Familia y red social.*
PIERRE BOURDIEU, *La distinción. Criterio y bases sociales del gusto* (rústica). Novedad.
PIERRE BOURDIEU, *El sentido práctico.* Novedad.
STANLEY BRANDES, *Metáforas de la masculinidad. Mito y estatus en el folklore andaluz.* Novedad.
JULIO CARO BAROJA, *El carnaval. Análisis históroico cultural.*
JULIO CARO BAROJA, *La estación del amor. Fiestas populares de Mayo a San Juan.*
GEORGES DUBY, MICHELLE PERROT y REYNA PASTOR (Eds.), *Historia de las mujeres* (5 vols.). Novedad.
BARBARA EHRENREICH y DEIRDRE ENGLISH, *Por su propio bien. 150 años de consejos de expertos a las mujeres.*
MICHEL FEHER, RAMONA NADDAFF y NADIA TAZI (Eds.), *Fragmentos para una historia del cuerpo humano* (3 vols.). Novedad.
MAURICE GODELIER, *Lo ideal y lo material.*
MARINA WARNER, *Tú sola entre las mujeres. El mito y el culto de la Virgen María.* Novedad.
PIERRE BORDIEU, *El sentido práctico.*

Martine Segalen

Antropología histórica de la familia

Taurus Universitaria

Ciencias sociales

Título original: *Sociologie de la famille*



Una editorial del grupo
Santillana que edita en:

ESPAÑA
ARGENTINA
COLOMBIA
CHILE
EE. UU.
MÉXICO
PERÚ
PORTUGAL
PUERTO RICO
VENEZUELA

TAURUS EDICIONES

Elfo, 32, 28027 Madrid
ISBN: 84-306-0231-3
Depósito legal: M-25.509-1992
Printed in Spain

Diseño: Zimmermann Asociados, S. L.

ÍNDICE

PRÓLOGO

Es difícil encontrar un libro sobre la familia y el parentesco que, como el de Martine Segalen, aborde el tema desde la perspectiva de la historia, la demografía, la antropología y la sociología. Se trata de un estudio al que no se le escapan ni los hechos de la familia ni sus diferentes representaciones sociales. Los trabajos de Segalen, tanto entre los bretones como entre los habitantes de Nanterre; sus estudios sobre las alianzas matrimoniales, los sentimientos familiares campesinos y los lazos familiares urbanos; sus dominios tanto de la documentación escrita, la cultura material, las genealogías, la observación participante y el análisis estadístico, proporcionan una rica perspectiva a este texto sobre la familia en que la historia y la antropología se encuentran de una manera original y constructiva. Consigue proporcionar un marco conceptual para el estudio de la familia que va más allá de las preocupaciones etnocéntricas de los análisis centrados o bien en la crisis de la familia occidental o bien en la singularidad de la familia moderna en comparación con las otras formas familiares en el pasado o en otras culturas.

La preocupación por el futuro incierto de la familia o la nostalgia de un pasado más estable habían hecho que en la mayoría de textos sobre la familia, las relaciones de parentesco fueran consideradas un elemento básico en las sociedades arcaicas del pasado y estuvieran marginadas de nuestra civilización moderna. Lo que quedaba del parentesco era simplemente «la familia nuclear» que llenaba el dominio de lo privado y lo afectivo y que estaba aparentemente adaptada al sistema conómico de las sociedades modernas. La idea de una familia «restringida» a las funciones mínimas se articulaba perfectamente con un discurso triunfalista del estado como sustituto de la autoridad del padre, que tomaba a su cargo las funciones de la familia al preocuparse de la socialización de sus jóvenes ciudadanos mediante una política de educación y al hacerse cargo de sus más ancianos ciudadanos mediante una política de pensiones. La familia parecía que no tenía, pues, ningún papel que jugar. Era sustituida en sus funciones sociales y no tenía más recurso que ser del dominio de lo privado. Como máximo tenía funciones subsidiarias y de apoyo en la reproducción social.

Esta presencia de la «familia nuclear» aislada y la ausencia de los lazos de parentesco en la sociedad industrial contrasta, sin embargo, con lo que la *Antropología histórica de la familia* de Martine Segalen nos señala. Ni la familia muclear puede considerarse como un producto de la industrialización, ni los lazos de parentesco han dejado de tener vigencia en nuestras sociedades contemporáneas completamente urbanizadas.

A través del análisis histórico nos demuestra la continuidad de la familia que está sin cesar presente y sin cesar se renueva. Su diversidad no está definida por la existencia en el pasado tradicional de una gran familia extensa y una tupida red de relaciones de parentesco, sino en relación con áreas culturales en Europa pre-industrial que han configurado distintas identidades familiares a través de una combinación original de distintas modalidades de devolución de bienes, regímenes matrimoniales y tipos de grupos domésticos. De esta manera la familia puede ser considerada como una unidad primaria de identidad que proporciona el esquema conceptual básico para las concepciones colectivas de una sociedad. Sobre este substrato se inscribe la diversidad de respuestas que sobre la familia hallamos en la vida contemporánea.

A través de su peculiar mirada sobre el presente urbano nos recuerda también la importancia de las relaciones de parentesco. En los medios urbanos y en los contextos asalariados aparecen estrechas

relaciones entre la institución familiar, la reproducción social, los modelos residenciales y los modelos de trabajo. Las personas implicadas en las relaciones de parentesco son numerosas y van más allá del círculo restringido de la familia nuclear. La naturaleza de los intercambios, su carácter de reciprocidad, su grado de autonomía y de preferencia varían según los grupos sociales y los momentos del ciclo familiar. Las necesidades y las obligaciones son jerarquizadas entre parientes por la sangre y parientes por afinidad, entre parientes de línea directa y de línea colateral. Más allá del primer círculo de parientes, los más distantes pertenecen a una categoría donde la naturaleza de las obligaciones es más fluida. La imagen cultural del parentesco como una substancia que se transmite y va debilitándose a través del tiempo, tiene su correspondencia en la naturaleza de las obligaciones entre parientes y en los usos sociales que las personas hacen de él. Se forman redes de parentesco donde circulan bienes y servicios, donaciones en especie, patrimonios y herencias; donaciones en dinero, préstamos regulares y ocasionales, así como gran cantidad de regalos. Los servicios, difíciles de cifrar en el plano económico, son considerables. Los ciudadanos de las generaciones frágiles, tanto los niños como los ancianos, adquieren importancia considerable y la densidad de las relaciones es fuerte. Los estudios de las migraciones han demostrado claramente el papel jugado por las redes de parentesco en la transferencia de poblaciones rurales a la ciudad. Son un elemento importante para encontrar empleo, para integrarse en la comunidad de acogida o bien para preservar la diferencia étnica en la nueva comunidad.

En el libro de Martine Segalen la familia y el parentesco dejan de ser objetos teóricamente periféricos al análisis de la sociedad. Nos hallamos, pues, lejos de una familia nuclear relegada al ámbito de lo privado y más cerca para comprender la persistencia de las metáforas del parentesco en el discurso público de nuestra sociedad, así como el papel del parentesco en la transmisión del *habitus* social. Pone en el centro del análisis de la sociedad contemporánea tanto las redes de parentesco como las construcciones culturales en torno a las necesidades de la familia y penetra en esta peculiar e intangible cualidad de las obligaciones relacionadas con la familia. Por otra parte, gracias a la desmitificación de la idea de una gran familia extensa del pasado y de que nuestros antepasados tenían en el parentesco el recurso social más importante, en su análisis de los procesos históricos la familia no es ni un receptor pasivo de los cambios sociales ni el elemento inmutable de un mundo en continua transformación.

Si la visibilidad de los lazos de parentesco y la presencia de la familia en el análisis social nos parecen elementos pertinentes para una mejor comprensión sociológica de los fenómenos sociales, el libro de Martine Segalen nos explica cómo socialmente estas relaciones se han convertido en elementos más presentes en nuestra construcción social del mundo. La imagen de una «familia nuclear» separada de lo social y adaptada a la economía moderna ha dejado de ser tan verosímil como el mito de una «gran familia extensa» en el pasado pre-industrial. Los cambios sociales la han convertido también en un mito intangible, en vez de un ideal más o menos asequible según los niveles de modernización. Según estos ideales, la familia, marginada de la escena de la economía, estaba confinada al campo de la satisfacción de las necesidades individuales. Ella debía producir felicidad y privacidad a los individuos que tenía a su cargo. Sin embargo, la unidad conyugal, a partir de los años setenta, deja claramente de ser capaz de satisfacer estos deseos. Se rompe; toma formas inéditas. Al menos esto es lo que indican las diversas formas de cohabitación fuera del matrimonio y los índices de divorcio. Incluso es difícil hablar de unidades familiares mínimas y empezamos a hablar de familias monoparentales y familias reconstituidas como si la filiación dominara a la alianza en la constitución de los lazos mínimos de parentesco. Las relaciones de parentesco, lejos de dejar de existir, parece que toman nuevas fuerzas y se convierten en un valor sólido a partir de esta incertidumbre. Los divorcios, las familias monoparentales, las familias reconstituidas, la inestabilidad de la pareja coexisten con redes de parentesco y líneas de filiación, como si estos lazos se reforzaran a medida que se hace inestable el núcleo conyugal.

Por otra parte, la disminución de la fecundidad y el aumento de la esperanza de vida ha cambiado la naturaleza de la transferencia entre generaciones y ha hecho más visibles las relaciones de los colaterales en el seno del parentesco. La presencia cada vez mayor de una población adulta y retirada de sus obligaciones laborales obliga a replantearse de nuevo el sentido que tienen las diferentes etapas del ciclo de desarrollo individual, las diferentes edades en que dividimos la vida. Ello conduce a replantear también las obligaciones de la familia y las necesidades que ésta satisface, así como la frontera entre el estado y la familia. Cuando se está debatiendo el papel relativo de la familia y del estado en el manteni-

miento de una población cada vez más envejecida, vale la pena recordar que la familia no necesariamente se opone a las instituciones colectivas. Si el estado providencial ha dejado de ser un ideal, ello ha sucedido al mismo tiempo que el ideal de la familia nuclear cerrada en sí misma también se desmoronaba. Sin embargo, ello no ha supuesto una pérdida de papel de la familia y del parentesco en el mundo contemporáneo. Por el contrario, se le reconocen de nuevo sus usos, así como un peso considerable en el imaginario individual y social. De la misma manera, el estado no puede inhibirse ante situaciones sociales nuevas y convertirse en el soporte residual de las obligaciones familiares. Como indica el libro de Martine Segalen, en la sociedad moderna hay un lazo político que une la familia al estado y el orden social no aparece separado del orden privado.

Por último quiero remarcar una pregunta que hace Martine Segalen al final del libro: ¿Familia tiene el mismo sentido en todos los países desarrollados? Si en el proceso de transformación de las sociedades contemporáneas no ha habido una convergencia en un único modelo de familia, tal como las teorías sociológicas de la familia de los años sesenta habían postulado, ello indica que la familia está ligada a los procesos de transformación de la cultura contemporánea. Si en el presente podemos hablar al mismo tiempo de una cultura global junto a una gran diversidad de formas culturales, la familia participa tanto de esta multiplicidad de sentidos como de la relativa homogeneización de comportamientos. La familia ha dejado de ser el punto de referencia estable en un mundo definido por la movilidad geográfica y social de los individuos y participa de la misma fragmentación y fluidez que la sociedad contemporánea. Ni es el centro de las relaciones personales ni está en la periferia de las relaciones públicas. Por ello la explicación cultural de la familia y el parentesco no puede separarse de un análisis atento de los procesos de cambio de la sociedad contemporánea ni de las ideas que nos permiten explicar los cambios y las nuevas situaciones. De la misma manera una explicación cultural de la sociedad contemporánea no puede relegar a la familia al terreno de lo privado ni al parentesco al terreno de lo tradicional.

Juan BESTARD CAMPS

PREFACIO

El texto de esta obra, publicada en 1981, fue escrito en 1979. Los cambios familiares que se han producido a lo largo de estos casi diez años justifican la presente puesta al día. Además del reajuste de las cifras, esta versión actualizada pretende tener en cuenta las formas y las significaciones de las mutaciones familiares ampliamente esbozadas ya a finales de los años setenta, y que han sido confirmadas más tarde. Éste será el objeto del capítulo 6 que ha sido reescrito.

El plan general de la obra, sin embargo, sigue siendo pertinente y permite integrar las principales investigaciones sobre la familia aparecidas tras su publicación. Los trabajos socio-demográficos se han desarrollado considerablemente, más bien en forma de artículos; numerosas investigaciones se encuentran en la intersección de la etnología y de la historia, sobre todo las relaciones entre parentesco y herencia, e invitan a inscribir un desarrollo de este tema en el capítulo 3.

Dos capítulos nuevos han sido añadidos. El primero esboza una historia de mirada sociológica y de las ideas sobre la familia, que son indisociables. Ninguna institución social genera tantas angustias puesto que en ella se articulan los dominios de lo público y de lo privado. La producción de la presente obra se inscribía, en 1980, en el contexto de un feminismo activo cuyos ecos han sido ampliamente acallados en 1987: sus principales conquistas, duramente arrancadas, aparecen como evidencias a las generaciones de las mujeres jóvenes nacidas después de 1968. Hoy son los nuevos modelos familiares, las innovaciones biológicas en el dominio de la procreación y las consecuencias del SIDA los que suscitan congojas.

Un nuevo capítulo de conclusión pone en perspectiva el mito del «modelo familiar occidental» tanto de las sociedades europeas, en cuyo seno sus estructuras cambian, como de las no europeas, que se supone conquistar rápidamente. Este capítulo se nutre de numerosas contribuciones a la obra *Historia de la Familia* (París, Armand Colin, 1986; versión española: Madrid, Alianza Editorial, 1989) que tuve el honor de dirigir junto a André Burguière, Christiane Klapisch-Zuber y Françoise Zonabend.

Sociologie de la famille ha sido traducida al inglés (por Cambridge University Press) y al japonés (por Shin Hyoron) con el título *Antropología histórica de la familia*. La interrogación sociológica concierne a las relaciones entre organización social y cambio; durante largo tiempo este interrogante ha sido planteado en términos sistémicos o estructurales, sin que la dimensión dinámica fuera referida a un contexto preciso. Desde hace unos diez años, los sociólogos han redescubierto los datos históricos, más necesarios que nunca para comprender los comportamientos contemporáneos. Por esta razón, el presente texto puede reivindicar, legítimamente, los dos títulos que subrayan la interdisciplinariedad puesta en acción.

Una nueva ilustración figura en la página de la cubierta; este cambio no simboliza una ruptura con las orientaciones precedentes de la obra, sino que pretende simbolizar mejor su contenido. La imagen de una joven pareja y sus hijos, aunque resultara bastante simpática, que ilustraba la cubierta de la primera edición resultaba excesivamente reduccionista de la realidad familiar contemporánea. La metáfora del árbol genealógico con numerosas ramas da mejor cuenta del hecho familiar occidental caracterizado hoy en día por un matrimonio frágil pero inserto en una red de parentesco real o imaginario. Además, subraya la larga dimensión del hecho familiar, tanto en el plano individual como en el plano social.

Martine SEGALEN
Septiembre de 1987

Siglas utilizadas:

INED:	Institut National d'Études Demographiques.
INSEE:	Institut National de la Statistique et des Études Economiques.
CNFA:	Caisse Nationale des Allocations Familiales.
CREDOC:	Centre de recherches et d'études documentaires sur le consommation.

INTRODUCCIÓN

¿La familia se merece una sociología? Al contrario de lo que ocurre en otros terrenos en los cuales cada uno de nosotros reconoce no tener ninguna competencia, tenemos la sensación —justificada— de conocer el de la familia por haber nacido y por haber fundado una. Este saber empírico, sensible sobre la familia, hace que sea uno de los temas más cargados sobre el plano ideológico.

La familia encierra también algunas claves de un futuro nacional. Cuando las familias dejan de traer al mundo suficientes niños (escuchamos las voces alarmadas de algunos demógrafos, historiadores o políticos), cuando los matrimonios se divorcian, cuando los adolescentes agreden a los transeúntes, vemos entonces cómo el Estado busca los medios para reconducir a la familia por un camino menos cargado de consecuencias para el futuro y menos costoso en el plano social.

El discurso sobre la familia: paradojas y contradicciones

Los *a priori* de nuestras valoraciones conciernen a la familia contemporánea, referida a una familia mítica, más «sentida» que verdaderamente analizada o conocida. La prensa, la televisión reproducen los mismos clichés: «la familia de migajas», «deterioro de la familia», «la familia asistida», «sacudida contemporánea de la familia», etc., que acentúan la asociación entre «familia» y «crisis».

Resumamos aquí las principales formulaciones de este tema que serán analizadas a lo largo de los diferentes capítulos. La familia contemporánea se ha encogido, replegado sobre la pareja. Habiendo dejado de ser un lugar de producción, ya no es más que un motivo para el consumo. La familia ya no asegura las funciones de asistencia de las que en otros tiempos se encargaba: el cuidado de los ancianos y de los enfermos, o albergar a los locos, etc. Las funciones que conserva, como la socialización de los hijos, son compartidas con otras instituciones. Por otra parte, esta familia «insular» apenas mantiene ya relaciones con otras células familiares. Éstas se han «empobrecido», y al decir esto, parecen referirse implícitamente a una época pasada en la que eran «ricas». En esta representación, la célula familiar, objeto de manipulación por parte de las instituciones sociales, aparece débil.

Otro discurso, por el contrario, le reconoce una fuerza formidable en la medida en que ella se ha hecho refugio, lugar privilegiado de la afectividad. La pareja, y en segundo lugar los hijos, capitalizarían todos los sentimientos que no pueden expresarse en una sociedad deshumanizada. Todo el calor de las relaciones sociales, que, en otro tiempo, envolvían a numerosos parientes, vecinos y amigos, se concentrará de ahora en adelante en el hogar conyugal y en los parientes cercanos.

La contradicción entre los dos discursos es patente: familia en crisis por un lado, familia detentadora de un poder exorbitante por otro: el de detentar toda la fuerza efectiva en una sociedad que es parca. Según una expresión recogida por una socióloga que entrevistaba a familias parisinas, «la familia va mal, pero mi familia va bien».

¿Hay verdaderamente «crisis» de la familia? ¿Estos discursos, aunque no estén faltos de contenido, no disfrazan una crisis de la sociedad?

Una forma de desmitificar este discurso es reconociendo, en un primer momento, que no es una novedad. A lo largo de todo el siglo XIX, este tema es recurrente. La industrialización atraía hacia las ciudades masas de obreros desarraigados y proletarizados: el número de abandonos de niños, así como el de hijos ilegítimos, se incremen-

Nota: Sólo han sido desarrolladas como nota las referencias que sirven para precisar un punto de detalle; las referencias principales figuran en las bibliografías al final de cada capítulo.

ta al igual que la delincuencia juvenil. La inestabilidad familiar de las clases trabajadoras preocupa a las clases dominantes que desean reafirmar el poder de la familia, restaurar la autoridad patriarcal como la autoridad monárquica y hacer de la familia un agente de moralización de la clase trabajadora.

La institución familiar tiene una doble fuerza de resistencia y de adaptación. Ha atravesado los cambios económicos y sociales que han hecho pasar a las sociedades occidentales del estadio de una economía campesina al de una economía industrial. Más que una «célula básica» de la sociedad o una «última muralla» contra las agresiones, la familia aparece como una institución flexible y resistente desde el momento en que la consideramos con una cierta perspectiva histórica. En lugar de analizarla en términos de crisis, hay que preguntarse cómo ha vivido la familia las transformaciones económicas, sociales y culturales de los últimos ciento cincuenta años, cómo ha resistido y cómo ha contribuido.

La sociología de la familia, punto de encuentro entre la historia y la etnología

La sociología francesa de la familia de los años 1950-1970, sin ser como decía con exageración el historiador americano Edward Shorter una «zona siniestrada», ha estado sin embargo bastante poco desarrollada, muy influida por una sociología americana dominada por la preocupación del empirismo. Su incapacidad para proponer marcos conceptuales pertinentes, o incluso para producir datos precisos todavía muy recientemente, quizá explica en parte el florecimiento de estos discursos en términos de «crisis». Permaneciendo anclada al concepto de desarrollo social a largo plazo *(long range social development)*, la sociología norteamericana presenta, en efecto, la familia como una estructura definida sin referencias precisas a su medio social, cultural, y no como un grupo doméstico que soporta cambios dentro de un marco histórico específico.

Puede explicarse la abstracción de esta posición por la ideología dominante de la posguerra, la del individualismo, la de la libertad, que tiende a considerar cada célula familiar como única e independiente de las influencias culturales o de las contingencias económicas e históricas.

Las obras de William Goode de los años sesenta, desgraciadamente poco conocidas por el público e incluso por los investigadores franceses, planteaban sin embargo una aproximación muy diferente. Mientras la sociología clásica multiplicaba las investigaciones empíricas, William Goode, con un enfoque muy innovador, comparaba la familia norteamericana con la de otras culturas. Señalaba el papel fácilmente dinámico del sistema familiar, mientras que la sociología hacía de ella un objeto pasivo; distinguía entre norma y práctica y subrayaba que la ideología de la familia conyugal no implicaba necesariamente una estructura conyugal.

Estas obras, que proponían tesis pioneras, han permanecido momentáneamente sin eco en el medio sociológico. Han sido los historiadores quienes las han redescubierto a lo largo de los años setenta, sobre todo por parte de aquellos que se han interrogado acerca de las estructuras familiares. Sociología e historia van una al encuentro de la otra, cuando, saliéndose de los marcos tradicionales de sus disciplinas, superando la oposición diacronía/sincronía, los historiadores rechazan interesarse exclusivamente por los cambios y los sociólogos por las estructuras. En efecto, la sociología poco a poco toma conciencia de sus límites con el conocimiento de la familia de otras épocas. Conocerla mejor es fundamental porque todo cambio está implícita o explícitamente referido a ella.

Mientras que la sociología formula esta necesidad, la historia descubre o redescubre la familia. Esta disciplina se ha sentido solicitada por la ideología ambiente de la «crisis familiar», pero también, durante largo tiempo centrada sólo en el Estado, la historia redescubre la familia en el movimiento de una escuela que se orienta hacia la historia económica, social y cultural del pueblo. Paralelamente, los demógrafos que se interesan por los grandes movimientos de la población reencuentran la familia en el centro de sus interrogantes. Preocupados por el descenso tendencial de la fecundidad observado antes de la Segunda Guerra Mundial, se han orientado, por un lado, a remontarse en el tiempo para intentar una historia demográfica de Francia y, por otro, a estudiar de cerca la célula familiar, este lugar misterioso en el que la fecundidad, antaño natural, se encuentra, de ahora en adelante, controlada y limitada. El Instituto nacional de estudios demográficos pone a punto, bajo el impulso de Louis Henry, la

«ficha de familia» que permite medir la intensidad y la variación de la fecundidad. Este nuevo método, que consigue una gran resonancia tanto en Francia como en el extranjero, permite la acumulación de datos monográficos. La demografía histórica permite mientras tanto señalar curvas y evoluciones, pero no propone respuestas. Por las cuestiones planteadas, renueva la problemática histórica de la familia orientándola hacia una historia de las mentalidades capaz de explicar el porqué de estas evoluciones.

Los trabajos de Philippe Ariès sobre el lugar del niño en los sentimientos de la familia han influido considerablemente en los sociólogos, reforzando las tesis relativas al estrechamiento de la familia alrededor de la pareja conyugal. Aunque esta posición esté mucho más matizada hoy día, después de veinte años de investigaciones, sigue admitiéndose todavía, pues el prestigio de su autor le proporciona mucho crédito. Al mismo tiempo, las hipótesis de Philippe Ariès, al inscribirse dentro del manojo de cuestiones que se planteaban y siguen planteándose los demógrafos, han contribuido al redesplegamiento de la investigación histórica en la dirección de la familia y de la historia de las mentalidades. Esta última se alimenta de fuentes bien conocidas por los historiadores (archivos notariales, judiciales, eclesiásticos, libros de razón, censos y documentos de carácter económico y social) pero no explotadas hasta entonces para el estudio del campo de la familia.

La «nueva historia» ha sido fecundada por la historia de la familia; una historia social, cultural y económica, incluso si frecuentemente la desborda.

La historia es doblemente esclarecedora para la perspectiva sociológica. En primer lugar, denuncia la ingenuidad de antiguas simplificaciones, las teorías que se apoyaban en una visión errónea de la vida pasada, o las suposiciones carentes de fundamento a propósito de la permanencia de las conductas. La historia permite relativizar tal actitud familiar o tal aspecto de la institución considerado como un rasgo de la sociedad contemporánea, como, por ejemplo, el famoso «fortalecimiento» de la familia de hoy día.

De este modo, descubriremos en esta obra que las relaciones de parentesco que se suponen relajadas como consecuencia de los efectos de la incipiente industrialización, por el contrario, se han mantenido e, incluso, reforzado, en algunas configuraciones. Aquí, la historia tiene como papel desmitificar y desmistificar nuestros análisis o discursos contemporáneos sobre la familia. Estos discursos descansan siempre en una imagen implícita del «buen tiempo pasado», una familia adornada de todas las virtudes, sede de todas las armonías perdidas. Un mejor conocimiento de la familia pasada permite una revaluación de la familia contemporánea, de sus supuestas desviaciones y crisis.

En segundo lugar, la historia proporciona una lección de modestia. Las relaciones entre la transformación de la familia y la transformación de la sociedad, los cambios técnicos, económicos y sociales, ya no podrán ser explicados en los términos de modelos simples y únicos. Cada estudio consagrado a la familia en un contexto social y económico particular muestra la variedad de situaciones. De ahora en adelante, no sólo no se puede pretender que sólo la industrialización ha transformado la familia, sino que también debe afinarse el estudio de las relaciones complejas y diversas entre estos dos procesos.

Se observa una relativa permanencia de las estructuras familiares en los primeros tiempos de una industrialización que tiene, en principio, una naturaleza artesanal. Algunos cambios familiares se produjeron antes del despegue de la industrialización, y, habiéndola precedido, quizá la facilitaron. Así pues, parece cada vez más claro que las transformaciones en el nivel de la unidad doméstica y de la unidad de producción deben ser consideradas no en secuencia, sino simultáneamente, procediendo los dos movimientos de los mismos cambios culturales y sociales. De ello se desprende que, en otras sociedades en las que las tradiciones y las organizaciones familiares son diferentes, cabe esperar encontrar otros modelos de cambios familiares e industriales.

La reflexión histórica sobre la familia permite poner de manifiesto que no hay uno, sino dos tipos de familias y de organizaciones familiares muy diferentes en el tiempo y en el espacio. Al relativizar de este modo su objeto de investigación, el historiador se aproxima a la perspectiva del antropólogo.

Reencontrando la antropología, la historia y la sociología aprenden a reconsiderar nuestros conocimientos y nuestras teorías sobre la familia, descubren que el hecho familiar es universal, pero con arreglos muy diversos según las sociedades. Entre las sociedades tradicionalmente estudiadas

por los antropólogos y las sociedades contemporáneas existe una diferencia de grado, si no de naturaleza: en las primeras, el parentesco proporciona lo esencial de las categorías sociales, el marco de las relaciones de producción, de consumo, de poder, etc.; en las segundas, el parentesco tiene la concurrencia de otras instituciones sociales, y sobre todo del lugar que ocupa el Estado. La organización familiar contemporánea es sólo uno de los arreglos posibles en el universo de las culturas. Si la historia nos permite resituar la familia en el transcurrir del tiempo, la antropología la relativiza en relación a otros tipos de culturas.

Esta ciencia procede, también, de una perspectiva muy enriquecedora para una sociología de la familia, al desarrollar un interés por el marco monográfico. Insiste en la necesidad de estudiar el hecho familiar en el seno de una cultura bien determinada, y en sus relaciones con esta cultura; busca, en relación con las perspectivas psicológica y psicoanalítica, el sentido de los símbolos que revelan los análisis de los comportamientos, de los ritos. Asimismo, podemos cesar de considerar la familia únicamente como un objeto subordinado, determinado desde el exterior, y considerarla como una institución capaz de resistir y actuar.

Desarrollos recientes

Desde 1970, la producción específicamente sociológica de trabajos sobre la familia se ha desarrollado rápidamente. Del mismo modo que con la historia, la demografía sirve aquí de revelador, quizá de detonante, al proponer fuentes estadísticas finas y abundantes relativas a los comportamientos matrimoniales y de fecundidad de las sociedades industriales. Las cuestiones no resueltas de un cambio familiar ligado a la industrialización han sido, consecuentemente, abandonados para buscar las explicaciones sociológicas a estos movimientos. Puede percibirse la fragilidad en la incapacidad de prever cuya rapidez y amplitud no dejan de sorprender. Así, en 1975, se explicaba la lógica de la cohabitación juvenil por su esterilidad: cinco años más tarde, la curva de los nacimientos fuera del matrimonio se dispara. Las tasas de divorcio se atribuyeron en un momento dado a las carencias de socialización; hoy día se busca una explicación en los nuevos modelos matrimoniales.

El análisis demográfico, siguiendo de cerca a la actualidad demográfica, apresurado por seguirla, aparece frágil. La producción de hipótesis se manifiesta caduca conforme a los cambios familiares. Más que a la dimensión histórica, los sociólogos recurren a la psicología, lo que constituye, según Jean Kellerhals y Louis Roussel, un «índice suplementario de la privatización de las relaciones entre los miembros de la familia»[1]. ¿No es más bien el producto de una elección, la de privilegiar nuevamente la corta duración sobre la larga duración, y el resultado de una hipótesis todavía por demostrar, la del hecho de que nos encontramos en una situación totalmente inédita en la historia de las sociedades y de la familia? Las nuevas tendencias de las investigaciones sociológicas de estos últimos veinte años, que inventarían estos dos autores, se orientan entonces hacia la construcción de tipologías de los modos de relaciones familiares, pero esta «microsociología» se apoya sobre datos agregados que ignoran, muy a menudo, las recientes enseñanzas de la antropología, y encajan poco, tanto con la macrosociología como con la historia.

Finalmente, en la medida en que el problema del cambio social y del cambio familiar, marcado por el paso de una sociedad campesina a una sociedad industrial, no ha sido analizado, esta sociología de lo contemporáneo apenas ha producido avances conceptuales o teóricos.

Podemos observar que las compartimentaciones/descompartimentaciones relativas a los diversos campos de la sociología se desplazan. Así, la concentración de los análisis sociológicos de los años 1980-1985 sobre los cambios matrimoniales conduce a abandonar el estudio longitudinal de los roles y de las relaciones padres-hijos, a reproducir el corte tradicional y lamentable entre disciplinas, dejando a la antropología el estudio del parentesco y a la sociología, el de la pareja.

En revancha, uno de los avances más prometedores ha sido el producto de la sociología feminista. Sociología del trabajo y de la familia constituyeron hasta entrados los años setenta dos campos cerrados. Después del desarrollo masivo de la actividad profesional femenina, los sociólogos han mostrado la continuidad entre la esfera

---

[1] Jean Kellerhals y Louis Roussel, presentación del número 37 de *L'Année sociologique*, «Les sociologues face aux mutations de la famille: quelques tendances de recherches (1965-1985)», 1987, pág. 34.

doméstica y la esfera productiva. La fecundidad, el trabajo, el ámbito doméstico, de este modo, son considerados en sus interacciones recíprocas en lugar de ser objeto de análisis separados, llevados a cabo por especialistas que se ignoraban y trabajando con marcos conceptuales que se excluían mutuamente.

¿Es necesario renunciar al objetivo general de una verdadera sociología de la familia, capaz de dar cuenta de las relaciones, complejas, entre cambio social y cambio familiar? Los tiempos ya no están para una teoría global, como era la ilusión o la esperanza de los sociólogos de los años sesenta. El abandono de las teorías evolucionistas, lineales o funcionalistas constituye un logro importante. Sin embargo, puede intentarse la formulación de lo que los americanos llaman una teoría «de mediano alcance», que ponga en relación algunas tendencias estructurales y algunos tipos de familias. Las grandes teorías que pretendían proponer explicaciones monocausales, hoy día, ya no tienen curso en ninguna de las ramas de la sociología: «Únicamente existen teorías científicas del cambio social parciales y locales.» En cualquier caso, ello no debe obligar a renunciar al uso de modelos, instrumentos indispensables de conocimiento, con la condición de saber que «siempre son desbordados por la realidad», tal como escribe Raymond Boudon[2].

Proyecto y límites de esta obra

Un análisis de las teorías sociológicas sobre la familia abrirá, pues, esta obra, que se cerrará con una revaluación del modelo occidental, tanto en sus aspectos míticos como en sus aspectos sociales.

Esta sociología de la familia se organiza en tres partes. En la primera se dilucidarán las relaciones estructurales entre familia, grupo doméstico y parentesco, apoyándose en los conceptos antropológicos e intentando destacar aquellos que son los más pertinentes para una mejor comprensión de la familia contemporánea. La segunda parte está centrada en la constitución de la familia, matrimonio y posterior nacimiento de los hijos. La tercera trata sobre los roles y las actividades de los cónyuges y finaliza con una discusión de las relaciones entre familia y sociedad.

[2] Raymond Boudon, *La Place du désordre. Critique des théories du changement social,* París, PUF, 1984.

Cada tema será introducido en una perspectiva histórica y etnológica, lo que constituirá la originalidad de la aproximación, pero al mismo tiempo su dificultad: cuando se trata de la familia, todo guarda relación, en efecto, y las múltiples reemisiones cruzadas indican los núcleos de la problemática familiar.

Estas comparaciones en el tiempo y en el espacio plantean otra dificultad mayor. Al comparar la familia de otro tiempo o de otro lugar con la de hoy, estamos oponiendo esencialmente sociedad rural y sociedad urbana. Y si bien existe una definición aceptable de la primera en lo que concierne a las relaciones sociales, la sociología urbana reconoce sus dificultades conceptuales y descubre también poco a poco un mosaico de comportamientos.

Ya sea considerada bajo el ángulo del parentesco, de las relaciones afectivas o bajo el de las relaciones estructurales con la sociedad, siempre que sea posible y que tenga sentido, la familia será situada en relación con las categorías sociales, consideradas no en tanto que clases, sino como medios culturales. Se hablará del niño o de la mujer en la familia obrera, campesina, burguesa, etc.

Al final de cada capítulo, una bibliografía ilustrará o completará los desarrollos principales: no puede hacerse un balance completo y exhaustivo de un tema sobre el que la literatura histórica, antropológica y sociológica se extiende, probablemente, sobre varios miles de referencias.

«Familia» es un término polisémico que designa, a la vez, individuos y relaciones. «Cuando la santa familia fulano cruza sobre su camino…», canta Georges Brassens en *Les Amoureux des bancs publics,* haciendo referencia al «padre, la madre, el hijo, la hija» (a los cuales él añade el Espíritu Santo): se trata de la célula conyugal y los hijos de hoy, es la «casa» de otro tiempo: aquí la llamaremos *grupo doméstico.* Según el contexto, la familia puede designar, también, un conjunto muy restringido (padres o abuelos) o amplio (tíos, tías o primos) de personas emparentadas. La familia designa, en otros contextos, relaciones entre individuos o unidades familiares. Su significado puede ser amplio si se habla, por ejemplo, de la «familia de Wendel», englobando una dinastía de parientes que, por supuesto, no cohabitan, pero que comparten un patrimonio común. Esto es lo que entenderemos aquí con el término de *parentesco.*

El vocabulario de la familia no es el único que está en la trampa; los sentimientos de los cuales la familia es la sede lo es también. Amor, intimidad familiar, sentimiento de la infancia son términos ambiguos, evocados y juzgados en función de la conciencia que nos proporciona nuestra propia experiencia. Asimismo, muy a menudo juzgamos con el rasero de nuestra sensibilidad contemporánea situaciones antiguas en las cuales las relaciones eran diferentes. Intentaremos precisar el contenido de estas expresiones, o cuando menos intentaremos llamar la atención sobre la dificultad de la materia. ¿Podemos medir la intensidad del amor?

Será más fácil ser riguroso en cuestión de vocabulario. Intentaremos sustituir al término «familia» por aquel que parezca definir mejor la institución en cada uno de sus aspectos particulares. Se hablará más bien de matrimonio, grupo doméstico, relación de parentesco.

ORIENTACIÓN BIBLIOGRÁFICA

Obras de carácter sociológico

KELLERHALS, Jean, TROUTOT, P. Y., y LAZEGA, E., *Microsociologie de la famille,* París, PUF, «Que sais-je?», 1984, 127 págs.

MENDRAS, Henri, *Élements de sociologie,* París, A. Colin, «Col. U», 1975, sobre todo el capítulo VIII, dedicado a la familia.

MICHEL, Andrée, *La sociologie de la famille,* París, Mouton, 1970, 308 págs., compilación de artículos.

—, *Sociologie de la famille et du mariage,* París, PUF, 1972, 220 págs.; nueva edición, 1978, 264 págs. (versión española: *Sociología de la familia y del matrimonio,* Barcelona, Edicions 62, 1979).

Una autocrítica contemporánea de la sociología americana

ELDER, Glen, «Approaches to Social Change and the Family», en *Turning Points, Historical and Sociological Essays on the Family,* suplemento a *American Journal of Sociology,* 1978, vol. 84, compilado por John DEMOS y Sarane Spence BOOCOCK, páginas 1-38.

Sobre la aportación de la historia

ANDERSON, Michael, «The relevance of Family History», en *The sociology of the Family: New Directions for Britain,* bajo la dirección de Chris HARRIS, monografía núm. 28, Universidad de Keele, 1979, págs. 49-73.

BURGUIÈRE, André, «Famille et société», introducción al número especial de *Annales ESC,* julio-octubre, 1972, dedicado a la familia.

Sobre la aportación de la antropología

HÉRITIER, Françoise, *Famille,* Enciclopedia Einaudi, vol. 6, 1978.

LÉVI-STRAUSS, Claude, *La Famille,* textos de y sobre Lévi-Strauss, reunidos por R. BELLOUR y C. CLÉMENT, París, Gallimard, 1979.

Una sociología pionera a la escucha de la historia y de la antropología

GOODE, William, *World Revolution and Family Patterns,* Glencoe, The Free Press, 1963, 432 págs. (varias reediciones); una presentación sociológica más simplificada ha aparecido con el título *The Family,* Nueva Jersey, Prentice Hall Inc., Englewood Cliffs, 1982, 120 págs. (1.ª ed., 1964).

Obras históricas

ARIÈS, Philippe, *Histoire des populations françaises et de leurs attitudes devant la vie depuis le XVIIIe siècle,* París, Le Seuil, 1948, publicado en 1971 en la colección «Points».

—, *L'Enfant et la vie familiale sous l'Ancien Régime,* París, Plon, 1960, publicado posteriormente por Seuil, en la colección «Points», en 1973, con un prefacio crítico (versión española: *El niño y la vida familiar en el Antiguo Régimen,* Madrid, Taurus, 1987).

FLANDRIN, Jean-Louis, *Familles,* París, Hachette, 1976, 287 págs.; obra fundamental que recapitula el conocimiento histórico sobre esta materia.

Histoire de la Famille, bajo la dirección de André BURGUIÈRE, Christiane KLAPISCH-ZUBER, Martine SEGALEN, Françoise ZONABEND, París, A. Colin, 1986, 2 vol. (versión española: *Historia de la familia,* Madrid, Alianza Editorial, 1988).

LEBRUN, François, *La Vie conjugale sous l'Ancien Régime,* París, A. Colin, 1975, 179 págs.; buena obra pedagógica sobre todo lo que concierne a la familia en el Antiguo Régimen.

SHORTER, Edward, *Naissance de la famille moderne,* París, Le Seuil, 1977, 379 págs., traducida del inglés *The Making of the Modern Family,* 1975; obra a manejar con precaución debido a ciertas tesis arriesgadas, bajo su aspecto deductivo, y de una perspectiva etnocéntrica.

Capítulo 1

SOCIOLOGÍAS E IDEAS DE LA FAMILIA

Desde finales del siglo XVIII se inician las primicias de una sociología de la familia, etapa que consiste primero en observar y, luego, a deducir reglas generales, a reconstruir hipótesis susceptibles de explicar los hechos colectivos, a proponer modelos capaces de captar la realidad e, incluso, prever el futuro. Estos conjuntos de hipótesis salieron de hombres de ciencia que, a menudo, son también hombres comprometidos en la sociedad: las hipótesis que enuncian, los análisis que formulan están estrechamente ligados a cuestiones que se desprenden del cuerpo social, y cuando se trata de la familia, a las angustias que la institución engendra.

No podemos exponer las sociologías sin las ideas y la representaciones que tienen lugar a propósito de la familia, separando las unas de las otras. Émile Durkheim fue el primero en llamar la atención sobre el hecho de que las representaciones colectivas engloban los modos con los que un grupo se piensa en relación con los objetos que le afectan. Las representaciones colectivas son generadas socialmente; expresan problemas sociales; mantienen una correspondencia estructural con la organización social; su expresión deviene relativamente autónoma y se combina y se transforma según sus propias leyes. Las proposiciones del fundador de la escuela sociológica francesa son particularmente esclarecedoras cuando se las aplica al campo familiar.

SOCIOLOGÍAS DE LA FAMILIA

Antes de Émile Durkheim

Los inicios de una perspectiva sociológica pueden observarse en las encuestas de la Sociedad Real de Medicina, desde 1744, que llevan a cabo los médicos en los domicilios de sus pacientes para observar las condiciones concretas en las cuales viven, así como en las encuestas de los filántropos del siglo XIX que franquean las puertas de los tugurios obreros: la observación conduce al análisis, y toda acción supone la puesta en marcha de una teoría, incluso implícita, de la familia. Y esta teoría conlleva una ideología que desemboca algunas veces en una acción social y/o política.

Louis René Villermé publica en 1835 un documento titulado *Tableau de l'état physique et moral des ouvriers employés dans les manufactures de coton, laine et soie* («Cuadro del estado físico y moral de los obreros empleados en las manufacturas de algodón, lana y seda») que le encargó la Academia de ciencias morales y políticas. Este proyecto pragmático pretende hacer tomar conciencia a la clase política y patronal de la extensión de la miseria obrera y propone remedios filantrópicos y legales a este desastre.

Paralelamente, una sociología de la familia se esboza en el pensamiento de Auguste Comte que desea llegar a una teoría de lo positivo, desmarcarse tanto de los celadores del antiguo sistema en el que él ve una «escuela retrógrada» como de los reformadores socialistas. «Los graves ataques que hoy día recibe directamente esta institución fundamental deben ser considerados como los síntomas más horrorosos de nuestra tendencia transitoria a la desorganización social. Pero de estos ataques, continuación natural de la inevitable exageración del espíritu revolucionario en virtud de nuestra anarquía intelectual, sólo son sobre todo verdaderamente peligrosos a causa de la impotente decrepitud actual de las creencias sobre las cuales, todavía, hacemos reposar exclu-

sivamente las ideas de familia, como todas las demás nociones sociales», escribió en la 48.ª lección del *Cours de philosophie positive* de 1839.

Si su filosofía positivista se propone sustituir las creencias erróneas por el conocimiento científico de la naturaleza humana y del «orden espontáneo de las sociedades humanas», y, en el terreno familiar, superar los principios metafísicos y teológicos, su visión científica permanece enviscada en el moralismo de mediados de siglo. Denuncia, como Louis de Bonald antes que él, y como Frédéric Le Play simultáneamente, el debilitamiento de la autoridad parental. En su 50.ª lección, afirma que «la verdadera unidad social consiste ciertamente en la familia simple», que es «el germen necesario de las diversas disposiciones esenciales que caracterizan el organismo social»; Comte desarrolla un principio de subordinación: «La teoría sociológica de la familia puede ser reducida, esencialmente, al examen racional de dos órdenes fundamentales de relaciones necesarias, a saber: la subordinación de los sexos, y a continuación la de las edades, pues una instituye la familia, mientras que la otra la mantiene.» Esta unidad de base, este organismo jerarquizado, es el lugar de la disciplina doméstica y social. En el contexto familiar inducido por la industrialización podemos constatar la inquietud de los pensadores frente a una familia que se deshace.

La principal crítica que puede dirigirse a la sociología de la familia de Auguste Comte es la de no apoyarse en ninguna encuesta concreta y de depender de una perspectiva psicologizante cuya seudocientificidad consiste en reemplazar a Dios por la «naturaleza humana». Ésta es la razón por la que probablemente Émile Durkheim lo ignorará soberbiamente.

El destino del pensamiento de Frédéric Le Play es, desde luego, más fuerte, aunque pueda ser inscrito, según la categoría de Auguste Comte, entre los pensadores «retrógrados» denunciantes de los perjuicios del Código civil. Antes que él, hombres políticos como Louis de Bonald habían denunciado la «desconstitución» de la familia que podía atribuirse a la supresión del derecho de primogenitura, lo que —se suponía— conducía a un desmigajamiento de la propiedad y a un debilitamiento de la autoridad paterna. Frédéric Le Play revistió sus proposiciones de una envoltura teórica, apoyada en encuestas extensivas que ponían de manifiesto los defectos de las proposiciones de Auguste Comte. Sus monografías familiares conocieron un gran éxito en el siglo XIX y las encuestas fueron constantemente desarrolladas en Europa y luego fuera de Europa. Cada capítulo está construido de acuerdo con el mismo plan que expone, primeramente, el «lugar, la organización industrial y de la familia» (características del suelo, de la industria, de la población situando el caso detallado, estado civil de la familia, religión y hábitos morales…), «los medios de existencia de la familia» (propiedades, subvenciones, trabajos e industria), «el modo de existencia de la familia» (alimentos y comidas, habitación, mobiliario y vestidos, recreación) y, en fin, «historia de la familia» (fases principales de la existencia, costumbres e instituciones que aseguran el bienestar físico y moral de la familia). La modernidad de esta monografía familiar registrada no deja de sorprender: se encuentran presupuestos detallados, descripciones etnográficas de interiores, y se tiene en cuenta la dinámica familiar.

A partir de estas monografías, Le Play organiza un cuadro clasificatorio de las familias, distinguiendo:

- la familia patriarcal, aquella en la que «todos los hijos se casan y se establecen en el hogar paterno». Este régimen tiende a «oprimir a los individuos y degenera en rutina»;
- la familia inestable que abandona a los hijos desde el momento en que pueden valerse por sí mismos;
- la familia troncal (cf. capítulo 2, pág. 40), en la cual uno solo de los hijos permanece al lado de sus padres, cohabita con ellos y sus propios hijos.

Este último modelo, intermedio entre el ahogo de la familia patriarcal y el individualismo destructor de la familia inestable, le parece el único capaz de permitir una vuelta a las estructuras estables que han comprometido las disposiciones del Código civil relativas a la herencia. Bajo esta clasificación, que se quiere «científica», se esconde un proyecto político de reforma del derecho de sucesión que los acontecimientos de 1870 hicieron fracasar. Y de científico al evolucionismo, el paso se da rápidamente: el modelo de familia troncal es presentado como el «mejor», el más apto para luchar contra la desorganización social.

La posteridad de Ley Play se desarrolló con la Sociedad de estudios prácticos de economía social fundada en 1856 y que publicó más de ciento veinte monografías, según la plantilla de análisis original, y luego, bajo el régimen de Vichy, dentro del marco del grupo Economía y Humanismo, fundado en 1942. Podemos seguir su filiación hasta las encuestas de presupuestos-tiempos, llevadas a cabo durante los años 1950 por el Instituto nacional de estudios demográficos. Una nueva modernidad propulsa hoy Le Play en el proscenio científico, después de que los antropólogos franceses han analizado la variedad de los sistemas de devolución de bienes, poniendo de manifiesto la articulación entre esta forma específica del grupo doméstico que es la familia troncal y la transmisión íntegra de la herencia.

Émile Durkheim no estaba engañado por el ropaje científico de un pensamiento de intención profundamente reformista; sólo concede tres líneas al cantor de la familia troncal, reclamando como necesaria la «serenidad» cuando se tratan las cosas de la familia. «Estas cuestiones nos tocan tan de cerca que no podemos evitarnos mezclar nuestras pasiones. Unos van a buscar en las familias de otros tiempos los modelos que proponen que imitemos: esto es lo que ha hecho, sobre todo, el señor Le Play para la familia patriarcal. El objetivo de los otros es, por el contrario, el de destacar la superioridad del tipo actual y el de glorificarnos por nuestro progreso» (Durkheim, 1888, pág. 24).

La sociología de la familia de Émile Durkheim

La obra de Émile Durkheim está a caballo entre las vastas filosofías anteriores al siglo XX y la era presente de especialización académica más activa. Quizá en ningún otro lugar como en sus cursos de sociología de la familia aparezca mejor su problemática principal, la de resolver las divisiones y los problemas de la sociedad moderna, la reconciliación entre individualismo y solidaridad social. Es en la Universidad de Burdeos donde imparte, en 1888, su curso titulado «Introducción a la sociología de la familia». Encontramos en acción los principios metodológicos que desarrollará en los campos sociales que retendrán, posteriormente, su atención, los problemas de la división del trabajo, las formas de lo religioso, el suicidio, etc., objetos de sus grandes obras. La familia y el parentesco continuaron reteniendo su interés, puesto que en *L'Année sociologique* fue Durkheim quien, bajo la rúbrica «Organización doméstica», rendía cuenta de las obras relativas a la familia y al matrimonio, publicadas por los antropólogos y los historiadores del derecho.

En efecto, una de las modernidades mayores a las cuales podemos ser más sensibles, hoy día en que sociólogos, antropólogos e historiadores se reencuentran en torno al campo de la familia, es el interés del método durkhemiano, que pretende poner en relación el sistema familiar contemporáneo con otros sistemas, operando una comparación con los trabajos relativos a otras sociedades. Así, se apoya en *La Ciudad antigua* de Fustel de Coulanges (1864), en las obras de historiadores alemanes, ingleses y americanos, *Historia de la familia* de Lippert (1864), *El derecho materno* de Bachofen (1861), *Estudios de Historia Antigua* de McLennan (1886) y *La Sociedad antigua* de Morgan (1887) para investigar sobre los tipos de familia diferentes del nuestro, con el fin de elucidar las relaciones entre los caracteres constituidos de este tipo y las circunstancias que lo envuelven. Describir, ordenar, clasificar, establecer las relaciones permanentes entre hechos aislados y comportamientos de grupos; investigar las invariantes por el método experimental de la comparación: en lenguaje sociológico moderno, se diría que se trata de identificar los modelos y las condiciones de producción de estos modelos.

Para comprender la estructura familiar, Durkheim recomienda apoyarse en el estudio de los hábitos, en el derecho, en las costumbres, y no en los relatos y descripciones literarias: «Algunas indicaciones relativas a las costumbres en materia de herencia nos enseñan más sobre la constitución de la familia que muchas pinturas particulares» (1888, pág. 19). El interés que podemos atribuir a una costumbre es su «virtud imperativa», su fuerza coercitiva que la eleva al rango de regla, y cuyo no cumplimiento es merecedor de sanciones. Así, Durkheim encuentra muy esclarecedora la manera como Morgan pudo reconstituir la existencia de clanes exógamos a partir de «fórmulas de salutaciones», es decir, formas de apelación y de dirección (cf., más adelante, pág. 56).

También podemos ser sensibles hoy a la modestia teórica de Durkheim en lo que se refiere al

campo científico de la familia. Para combatir a los moralizadores y a los reformistas sociales le hace falta afirmar que, al igual que en otros campos de lo social, la familia puede ser objeto de generalizaciones científicas, que es lugar de un orden, aunque heterogéneo. Sin embargo, es necesario «evitar el doble peligro al que está expuesta cualquier teoría sobre la familia: pecar por exceso de simplismo o renunciar a cualquier intento de sistematización» (1888, pág. 24).

Los análisis estructurales de Durkheim condujeron, sobre todo, a las formas antiguas o no europeas de familia, incluso si él afirma que «de todos los grupos familiares, aquel que nos interesa por encima de cualquier otro y que más importa conocer y comprender es aquel que existe en el presente y delante de nosotros, y en el seno del cual vivimos» (1888, pág. 11). Las fuentes para apreciar la situación contemporánea le resultan insuficientes, aunque la naciente ciencia de la demografía le parece «expresar casi al día los movimientos de la vida colectiva» y «abarcar la sociedad en su conjunto» (1888, pág. 23). Cada vez más, las premisas de su análisis aparecen hoy superadas, en la medida en que están impregnadas del evolucionismo característico de finales del siglo XIX. Durkheim ve en la familia contemporánea el resultado de formas antiguas, es como el desenlace limitado: «La familia moderna contiene dentro de ella, como abreviado, todo el desarrollo histórico de la familia» (1888, página 15).

Su obra *La Famille conjugale,* redactada en 1892 y publicada en 1921, anotada por su sobrino Marcel Mauss, el fundador de la escuela antropológica francesa, contiene una tesis todavía más radicalmente simplificadora. Durkheim estima que ha habido «contracción de la familia», que históricamente ha pasado de un «clan exógamo amorfo» al «clan diferenciado» a «la familia diferenciada», y luego a la familia indivisa de agnados del tipo zadruga (cf. más adelante, página 40). Otra serie de etapas está marcada por el paso de la familia «patriarcal», tipo familia romana en la cual el poder del padre es absoluto, a la familia «paternal», de tipo germánico, que reconoce tanto la línea paterna como la línea materna. La contracción de la familia es correlativa de «la extensión del medio social», de la aldea a la ciudad, de la ciudad al Estado; se manifiesta por el «quebrantamiento progresivo del comunismo familiar», las cosas poseídas en común, que constituyen el cemento familiar, poco a poco van siendo apropiadas individualmente.

Esta hipótesis de una evolución lineal ha sido desarrollada de modo menos esquemático en los trabajos de Talcott Parsons (cf. más adelante, pág. 79). Sin embargo, Durkheim no acompaña su evolucionismo de una escala de valores. Los tipos de familias no están jerarquizados, la familia de hoy no es ni más ni menos perfecta que la de antaño: es distinta porque las circunstancias son distintas.

La posteridad de la sociología durkhemiana de la familia es curiosa y camina por las vías separadas de la antropología social inglesa y de la sociología americana. Radcliffe-Brown y la escuela estructural-funcionalista se inspiran, así como Talcott Parsons. En Francia, la influencia de la escuela sociológica ha sido mayor en otros campos sociales, y si bien Claude Lévi-Strauss aparece como un continuador de Durkheim, lo es menos en el campo de la familia en particular que en el del método de análisis estructural en general, cuyas premisas estaban presentes en Durkheim y que él formuló definitivamente. En efecto, Lévi-Strauss titulará su obra fundamental sobre el parentesco *Estructuras «elementales»* en respuesta a las *Formas «elementales» de la vida religiosa* de Durkheim, pero la sustitución del punto de vista estructuralista por el evolucionista separa profundamente los trabajos que uno y otro han desarrollado sobre la familia y el parentesco.

Con tantas problemáticas, profundamente influenciada por los distintos alarmistas, la sociología francesa de la familia se decantó del lado de la escuela americana para tomar conceptos y métodos, desde el final de la Segunda Guerra Mundial hasta los años sesenta.

La influencia de la sociología americana

Evocando rápidamente la sociología americana de la familia, un terreno de investigaciones muy desarrollado hasta el punto de que un censo de las obras y artículos aparecidos sobre este tema entre 1945 y 1956 contenía más de 2.200 entradas, nos referimos implícitamente a los análisis estructural-funcionalistas que consideran la familia como un sistema de posiciones sociales y de roles relacionados por procesos funcionales con las demás instituciones sociales. La familia

aparece como una construcción ideológica, una abstracción reificada, un terreno desencarnado que supone una ausencia total de variedad de modelos de familias. Si la interrogación global concierne a las relaciones entre organización familiar y cambio social, este último era asimilado a los ambiguos conceptos de industrialización y de urbanización.

Los esfuerzos de teorización de estos trabajos estaban construidos sólo sobre abstracciones empíricas. Y la falta de interés por la dimensión histórica, casi absoluta, puede sorprender en los investigadores que se reclamaban de la tradición de la escuela llamada de Chicago. Ésta, en sus inicios, integra, en efecto, la dimensión diacrónica. Una obra importante, *The Polish Peasant in Europe and America: Monograph of an Inmigrant Group* («El campesino polaco en Europa y en América: monografía de un grupo inmigrante»), publicada en 1918-1920, se inscribe en una teoría de la crisis y de la adaptación social. ¿Qué ocurre en la vida del grupo y en la de sus miembros cuando éste es arrancado de su contexto tradicional? Más allá del caso específico de la migración polonesa, los autores, Thomas y Znaniecki, se esfuerzan por aportar una respuesta al análisis de un proceso histórico de más amplio alcance.

En los años treinta, la sociología americana de la familia tiende a confundirse con un tratamiento técnico de los problemas sociales ligados al desempleo, a la crisis, a la asunción por parte del Estado de una serie de cuestiones generalmente resueltas en el seno de la familia. La única excepción importante, y último producto remarcable de la escuela de Chicago, es la obra de Frazier sobre *The Negro Family in the United States* («La familia negra en los Estados Unidos»), publicada en 1939.

Los años de posguerra están marcados por una reorientación de las investigaciones: el desarrollo de un matrimonio de compañerismo, la libre elección de la pareja —pero, al mismo tiempo, la nueva libertad de la que disfrutan niños y adolescentes es generadora de ansiedad— fueron recibidos como grandes transformaciones y dieron lugar a todo tipo de trabajos, según tres direcciones: una orientación estructural que se interesa por las relaciones entre familia y sociedad; una orientación «comportamental» centrada en las interacciones en el seno de la familia; un examen de la acción familiar en situaciones determinadas. En este contexto fue publicado el artículo de Talcott Parsons relativo al «aislamiento estructural de la familia nuclear» y que ha sido víctima de su propio éxito al dar lugar a falsas interpretaciones (cf. más adelante, pág. 79). Los conceptos de «instrumentalidad» en el campo económico y de «expresividad» familiar desarrollados por Parsons y Bales (1955) marcan, de alguna manera, el punto más extremo de estos análisis desencarnados, deseosos de elaborar una teoría general relativa a la restricción de los roles familiares, necesaria para el desarrollo de la sociedad industrial.

Neil Smelser, sin embargo, hizo la demostración de la imposibilidad de teorías generales del cambio, mediante el estudio de familias obreras de la industria algodonera de Lancashire (1959), al mostrar la complejidad de los cambios familiares observados sobre un período largo; William Goode, en su *World Revolution and Family Patterns* («Revolución mundial y modelos familiares», 1963), ya citado anteriormente, exploró un conjunto de conceptos con la ayuda de materiales históricos y antropológicos, hoy día temas clásicos de la sociología de la familia. Entre ellos, la familia y el parentesco como fuerzas causales de la historia, la distinción entre modelos ideales y configuraciones efectivas de la familia, la variedad de modelos de cambio social. Apoyándose en una larga perspectiva histórica, esta obra contribuyó a orientar la sociología americana hacia el redescubrimiento de una dimensión dinámica: la de las generaciones, la de la edad, desarrollada actualmente dentro del marco conceptual del *family life course**, que relaciona, en una perspectiva diacrónica, los cambios individuales y sociales (Glen Elder, 1984).

La sociología americana, y a su imitación la sociología francesa de los años sesenta y setenta, aparece como una ciencia particularmente vulnerable, confundiéndose con los problemas sociales y la necesidad de aportar respuestas limitadas. La sociología de la familia parece en busca de inspiración, bamboleada por la actualidad; así, en los Estados Unidos, la inmigración, la crisis, la libertad de las jóvenes generaciones constituyen centros de interés; igualmente, en Francia, los efectos de los subsidios familiares o las políticas de rehabilitación de la vivienda.

La producción de la ciencia sobre la familia parece íntimamente ligada a las ideas sobre la fa-

* En inglés en el original «Curso de vida doméstico». *(N. del T.)*

milia y a las preocupaciones del cuerpo social, en una construcción circular. Se podrían así estudiar los temas de las «convocatorias» de ayudas a la investigación, lanzadas por los diversos ministerios y que producen trabajos que son del tipo de la denuncia o de la aplicación. El hecho de tomar en cuenta una dimensión histórica constituye una prueba de apertura problemática, pero la producción de la ciencia nunca está separada de un contexto ideal.

Las ideas sobre la familia

El hecho de que ideas colectivas puedan manifestarse sobre una institución tan compleja presupone una toma de conciencia, un distanciamiento que pasa, sobre todo, por una mirada colectiva, por la constitución de un objeto familiar. Desde que un decreto nacional de 1779 estipula que los niños abandonados deben ser llevados por el «conductor» hacia el hospital regional más próximo, al precio de su vida, puede decirse que el Estado no ha dejado de desarrollar su mirada y su control, como lo han mostrado Michel Foucault y después Isaac Joseph y Philippe Fritsch. El desarrollo de ideas sobre la familia está ligado a la voluntad política de intervenir sobre la familia.

Las ideas liberales de la Revolución sobre la familia, las ideas burguesas del Código civil, los efectos de la industrialización no cesaron de alarmar, a lo largo del siglo XIX, al cuerpo social, expresándose a través de filósofos, filántropos, hombres políticos. El discurso sobre la familia, que generalmente puede asimilarse a un discurso sobre la crisis de la familia, no es nuevo desde luego. Se organiza alrededor de dos polos: tan pronto la sociedad está enferma de su familia a la que conviene ayudar a reformarse como la crisis es interna a la familia y amenaza a sus miembros. En parte producción de las políticas (o de la ausencia de políticas) en el terreno de la familia, estas ideas de las cuales hoy los medios de comunicación se hacen ampliamente eco son constitutivas del campo de la sociología.

En el siglo XIX: intervenir o no intervenir sobre la familia

El siglo XIX ve desarrollarse los discursos de los teólogos católicos, próximos a la monarquía, que observaban la destrucción de la familia por los efectos perniciosos del individualismo revolucionario tal como éstos estaban traducidos en el Código civil. Louis de Bonald inventa una nueva palabra, «déconstitution» («desconstitución») de la familia. Y exclamaba: «Legisladores, ustedes han visto que el divorcio produce la demagogia, y que la desconstitución de la familia procede de la del Estado (...), la familia requiere costumbres, y el Estado requiere leyes» (citado por Philippe Fritsch, 1977, pág. 229). Auguste Comte, ya ha sido dicho, también se adhería a esta ideología de la crisis familiar, aunque sin ligarla a una teología. Según él, el peligro procedía del debilitamiento de la autoridad del padre y del debilitamiento del espíritu de obediencia.

En la misma vena de estos pensadores católicos y reformadores sociales que se inquietan por la desintegración familiar, Frédéric Le Play, por su parte, también atribuye la «decadencia» familiar al Código civil y al Estado, agente de la destrucción de la autoridad paterna que es erigida en dogma natural: «Nuestro error más fatal es el de desorganizar por las intromisiones del Estado la autoridad del padre de familia, la más natural y la más fecunda de las autonomías, la que mejor conserva el lazo social, reprimiendo la corrupción original, dirigiendo las generaciones jóvenes al respecto y a la obediencia. Este error es el que somete el hogar, el taller de trabajo y el personal de la familia a la autoridad de los legistas, de los burócratas y de sus agentes privilegiados», escribió Le Play en *L'Organisation de la famille*, pref. pág. XVI, 1871 (citado por Louis Assier-Andrieu, 1984).

Los primeros números de la revista *Économie et Humanisme* publicados bajo el régimen de Vichy retoman el mismo tema: «La familia, comunidad fundamental, ha sido traicionada por una organización asociacionista o contractual o por la empresa de una organización societaria y estática que no respondían ni a su naturaleza ni a su historia» (*Économie et Humanisme,* núm. 1, abril-mayo de 1942, pág. 6, citado por Philippe Fritsch, pág. 284).

Otros pensadores, a menudo filántropos, consideran menos riesgo interior que afecta a la familia, es decir, el que viene de las leyes ordinarias, que el peligro exterior al cual está expuesta una familia, el cual les parece, por el contrario, el barómetro de la normalidad. La familia está acechada por una amenaza de la que hay que prote-

gerla a cualquier precio. «La sociedad tiene el derecho, e incluso la obligación de garantizarse, ella misma, contra el perjuicio que le causa la propagación de la indigencia en las clases trabajadoras», exclamaba Villeneuve-Bargemon (citado por Philippe Fritsch, pág. 253). Ya no se trata de intervenir en nombre de un discurso puramente moral, sino de combatir la pobreza que es la fuente de desuniones familiares. El patrocinio, la filantropía y el catolicismo reformador social serán reemplazados por los principios higienistas de comienzos del siglo XX en su labor de «regeneración» de la familia que es necesario limpiar en su interior para hacerla conforme a las aspiraciones de la sociedad.

Por parte del pensamiento marxista, sabemos que una reflexión original articula la evolución de la sociedad familiar y las relaciones de producción. En *El origen de la familia, de la propiedad y del Estado,* publicado en 1884, Engels planteaba la hipótesis de que la aparición de la familia conyugal estará relacionada con un modo de apropiación privada, con el deseo del cabeza de familia de transmitir la herencia. Estas proposiciones se apoyan en las tesis evolucionistas corrientes en la época (cf. cap. 3) y en la constatación de las responsabilidades del capitalismo industrial en la disgregación de la familia obrera. La influencia de estas ideas ha sido considerable, encontrando una última repercusión en el momento de las luchas feministas, puesto que Engels estimaba que, en la familia monógama, un sexo está subordinado al otro. Su afirmación sigue siendo célebre: «En la familia, el hombre es el burgués, la mujer, el proletariado», lo que presupone que la familia es un microcosmos que reproduce el orden social en su totalidad.

Del peligro venéreo a la extinción de la familia

Una gran amenaza de naturaleza diferente pesa sobre la familia a principios del siglo XX: se trata del peligro venéreo extendido por la prostitución y cuyo temor es fomentado tanto por el recurso al amor venal como por la existencia de un cuerpo médico constituido cuyo poder no deja de aumentar en la sociedad.

Esta enfermedad golpea a los jóvenes, aumenta el número de abortos y de niños muertos al nacer, ejerce sus estragos en las generaciones por el sesgo de la heredosífilis. Numerosas campañas son llevadas a cabo por la Sociedad francesa de profilaxis. El discurso médico y moral propaga el terror y fustiga la inmoralidad de la juventud. «El matrimonio es la protección más segura contra el peligro venéreo» (declaración del profesor Burlureaux en 1902, citado por Alain Corbin, 1978, pág. 393). Los inicios del siglo XX son, pues, sensibles a discursos diversos sobre las múltiples formas de la crisis de la familia, ya sea engendrada por la acción exterior del Estado que mina sus fundamentos, o por la amenaza que supone la inmoralidad de las familias obreras o, más directamente, por las enfermedades sexuales que transmiten las prostitutas.

Entre las dos guerras, las ideas sobre la familia, así como las batallas sobre las políticas familiares, se sitúan en un contexto demográfico maltusiano cuya apuesta es de naturaleza nacional y militar: hay que tener más hijos para Francia, cuya natalidad es inferior a la de Alemania. Movimientos natalistas y familiares luchan para que se pongan en práctica ayudas a la familia y la restauración de su «sentido moral». Es en este contexto en el que se instaura, en 1920, la fiesta nacional de las madres de familias numerosas cuya organización incumbe a la Alianza nacional para el incremento de la población francesa, presidida por el demógrafo Bertillon, cuyos trabajos son citados por Durkheim como fuentes para el estudio de la familia francesa. La familia y, sobre todo, la ideología de una familia numerosa se sitúan, entonces, netamente a la derecha, mientras que los socialistas reivindican la libertad del individuo, fundamentalmente en sus elecciones matrimoniales. Es conocido el escándalo que provocó el libro de Leon Blum, publicado en 1907, defendiendo la tesis de la poligamia natural y proponiendo un matrimonio a prueba.

En efecto, el peligro familiar toma la figura nueva de un peligro interno que surge de las relaciones neuróticas: el ahogo familiar, la destrucción de sus miembros por la presión intolerable que le hacen sufrir las prohibiciones familiares. La influencia de Freud y de los descubrimientos del psicoanálisis contribuyó a la radicalización de las tomas de postura contra la familia. Las obras de Simone de Beauvoir subrayan el fracaso de la moral burguesa tradicional y del matrimonio, lugar de alienación de la mujer, y ésta es una corriente que influenciará fuertemente la crítica familiar producida por las feministas en los años

setenta. Investigadores no franceses, pero cuyos trabajos han sido muy leídos, denuncian las posiciones morales tradicionales, tales como Ronald Laing (*Politique de la famille,* Stock, 1972) y David Cooper (*Mort de la famille,* Seuil, 1975). Las posiciones de Wilhelm Reich son más radicales todavía, estigmatizando la familia como la «correa de transmisión de las alienaciones sociales», «fábrica de ideologías autoritarias y de estructuras mentales conservadoras», «célula reaccionaria central». Dando la vuelta, de alguna manera, al razonamiento de los «patriarcalistas», como Le Play, coloca en la picota la doble función política y sexual de la familia «autoritaria». La familia mutila sexualmente a los individuos, los vuelve temerosos y renueva, consecuentemente, la posibilidad de recrear las condiciones de una dominación política autoritaria, parecida a la experiencia nazi. La familia proporciona los «productos acabados» que tienen la necesidad de un jefe en la medida en que están castrados. De este modo, se explica que a cada dictadura corresponda un reforzamiento de la familia y se desarrolle la apología del sistema familiar (Roger Dadoun, 1975, págs. 40-41).

A través de todos estos discursos, la familia aparece como el lugar de una fascinación incansable que cada uno tiene a bien defender o combatir según sus propias ideologías.

La influencia del Estado providencia

El siglo XX se caracteriza por la variedad de los discursos que giran alrededor de la crisis de la familia. En sus inicios, se trata más bien de una familia amenazada por la miseria y el mal venéreo que el Estado debe esforzarse en combatir; para otros, en la misma época y hasta el gobierno de Vichy, es en la intervención del Estado donde cabe buscar la crisis de la familia. Más tarde, y mientras se desarrolla el credo libertario que marca la victoria de las fuerzas aliadas sobre el nazismo, la familia y sus estructuras sofocantes parecen sustituir a los antiguos peligros. Es la familia misma la que debe ser abatida, puesto que ella es el lugar de todas las alienaciones, y sobre todo las sexuales, dirán los pensadores influenciados por Freud.

La producción de tales discursos se inscribe en el cuadro del ascenso del Estado providencia. Con la Liberación, se espera del Estado que tome a su cargo numerosas funciones en otros tiempos reservadas a la familia: educación de los niños, cuidado de los enfermos y de las personas ancianas. En el momento en que Talcott Parsons desarrolla sus hipótesis sobre el aislamiento estructural de la familia moderna se crea un consenso nacional alrededor de la noción de pareja, reivindicada en los discursos públicos como el lugar de plenitud personal. La relación familia-Estado se encuentra en una posición dialéctica, y, como escribió Jean Stoetzel en 1954, «la familia protectora se sustituye cada vez más por el grupo social, o por el Estado protector, no sólo en los hechos, sino también en las actitudes. Allí donde, en la sociedad tradicional, el individuo se volvería hacia la familia, se vuelve, legítimamente, le parece, hacia el Estado». La pérdida de estas funciones «tradicionales» constituye una fuente de alarma, al igual que la «continuidad entre las familias: los hijos organizan, cada vez más, sus propios matrimonios, independientemente de la familia de la que proceden, y los lazos con las familias de sus padres, sin que se rompan —sobre todo los lazos sentimentales—, tienden, sin embargo, a debilitarse».

Hasta los años setenta coexistieron, pues, dos discursos, en los cuales volvemos a encontrar las filiaciones ideológicas y los cortes del siglo XIX. Uno pone de manifiesto las opresiones familiares, otro deplora el excesivo individualismo y la pérdida de funciones que se supone que la política del Estado providencia ha arrancado a la familia. Sin embargo, contemplada desde el ángulo de sus comportamientos demográficos, esta familia ofrece todos los signos de salud: nunca ha habido tantos matrimonios, nunca se han casado tan jóvenes, la tasa de divorcios es baja, el número de hijos traídos al mundo es suficiente para renovar las generaciones. A partir de 1975, el discurso sobre la «crisis» de la familia afecta, ahora sí, a estas estructuras (cf. cap. 6): el desarrollo de un nuevo modelo conyugal frágil, inestable, hace olvidar las viejas alarmas con respecto a una familia «tradicional». La caída de la tasa de fecundidad preocupa, otra vez, a los gobernantes, y la familia parece haber reencontrado sus virtudes. Mientras el Estado batalla por superar, en Francia, la del 1,8 fatídico, se redescubren las bondades de la institución. *L'Express* de junio de 1986 titulaba uno de sus números «La familia, una idea moderna», alabando la flexibilidad y la abertura de espíritu.

Acabadas las castraciones familiares: la familia es descrita como el lugar de expansión individual, de sostén psicológico y social. Estos nuevos discursos se inscriben en el contexto de la crisis que sacude al Estado providencia. La idea de una familia «limitada» a las funciones secundarias se articulaba con un discurso triunfalista que hacía del Estado el sustituto del padre y del aprovisionador: el redescubrimiento de las redes familiares con usos múltiples y la celebración de la familia compensan, en cierto modo, la retirada del Estado. El uso social de una imagen como ésta no es, por supuesto, neutro, y la cuestión que se plantea entonces es «¿cómo hacer para reforzar estos poderes?». Giovanni Sgritta muestra que, en la Italia de los años sesenta, las investigaciones se interesaban esencialmente por la «crisis de la familia», y en los años ochenta se interesan, más bien, por su rol esencialmente subterráneo para alcanzar los objetivos de calidad y de bienestar que el Estado providencia se había atribuido unos treinta años antes.

En cuanto a los miedos provocados por los discursos médicos, en estos años de ochenta han sido finalmente sustituidos por los discursos sobre el SIDA que tocan profundamente el inconsciente colectivo en cuanto se trata de la sexualidad, y por los fantasmas que engendra el campo abierto por los progresos biológicos en el terreno de la fecundación asistida.

Producción de investigaciones y producción de discursos aparecen íntimamente ligados, puesto que la institución familiar es un envite entre los ciudadanos y el Estado.

ORIENTACIÓN BIBLIOGRÁFICA

Sociologías e ideas están estrechamente asociadas; por esta razón no se clasifica tal o cual obra en una u otra categoría.

ASSIER-ANDRIEU, Louis, «Le Play et la famille-souche del Pyrénées: politique, juridisme et science sociale», *Annales ESC,* 1984, 3, mayo-junio, páginas 495-512.

BRECHON, Pierre, *La Famille, idées traditionnelles, idées nouvelles,* París, Le Centurion, 1976.

CORBIN, Alain, *Les Filles de noce,* París, Aubier-Montaigne, 1978, 571 págs.

DADOUN, Roger, «Wilhelm Reich et la famille autoritaire», *Autrement,* 3, 1975, *Finie la famille?,* páginas 40-41.

DENIEL, R., *Une image de la famille et de la société sous la Restauration,* París, Les Éditions ouvrières, 1965.

DURKHEIM, Émile, «Introduction à la sociologie de la famille» (1888), *Annales de la faculté des lettres de Bordeaux,* 10.

—, «La famille conjugale» (1892), *Revue philosophique,* 90, 1921.
(Estos textos, junto con otros sobre la familia, han sido compilados con una presentación de Victor Karady con el título:

DURKHEIM, Émile, *Textes, 3. Fonctions sociales et institutions,* París, Les Éditions de Minuit, 1975.)

ELDER, Glen, «Families, Kin and the Life Course: a Sociological Perspective», en PARKE ROSS (ed.), *Advances in Child Development Research: the Family,* Chicago, University of Chicago Press, 1984.

FRAZIER, E. Franklin, *The Negro Family in the United States,* Chicago, University of Chicago Press, 1939 (1966).

FRITSCH, Philippe; JOSEPH, Isaac, «Disciplines à domicile, l'édification de la famille», *Recherches,* número 28, noviembre 1977, y sobre todo «De la famille-cible à l'objet famille», págs. 208-311.

LENOIR, Rémi, «Transformations du familialisme et reconversions morales», *Actes de la recherche en sciences sociales,* núm. 59, septiembre, 1985.

LE PLAY, Frédéric, *Les Ouvriers européens. Études sur les travaux, la vie domestique et la condition morale des populations ouvrières de l'Europe, précédées d'un exposé de la méthode d'observation,* París, Imprimerie Impériale, 1855, 301 págs.

—, *L'Organisation de la famille suivant le vrai modèle signalé par l'histoire de toutes les races et de tous les temps,* Tours, Mame, 1871.

PARSONS, T., y BALES, R. F., *Family, Socialization and Interaction Process,* Glencoe, Free Press, 1955.

ROSANVALLON, Pierre, *La Crise de l'État providence,* París, Le Seuil, 1981.

SGRITTA, Giovanni, «Recherches et familles dans la crise de l'État providence, le cas italien», *Revue française des affaires sociales,* número especial, «Recherches et familles», oct.-dic., 1983, núm. 4.

SMELSER, Neil, *Social Change in the Industrial Revolution,* Chicago, University of Chicago Press, 1959.

STOETZEL, Jean, «Révolution industrielle et changements dans la famille», en *Renouveau des idées sur la famille,* bajo la dirección de Robert PRIGENT, cuaderno del INED núm. 18, París, PUF, 1954, págs. 343-369.

THOMAS, William I., y ZNANIECKI, Florian, *The Polish Peasant in Europe and America: Monograph of an Immigrant Group,* Chicago, University of Chicago Press, 1918-1920, 3 vols.

VILLERMÉ, Louis René, *Tableau de l'état physique et moral des ouvriers employés dans les manufactures de coton, de laine et de soie,* París, Union générale d'éditions, 1971 (1.ª ed., 1835).

PRIMERA PARTE

EL ESPACIO DEL PARENTESCO

Capítulo 2

EL GRUPO DOMÉSTICO

Si abrimos esta sociología de la familia con el estudio del grupo doméstico, es para partir de la experiencia más cotidiana. ¿Qué es un grupo doméstico? Es un conjunto de personas que comparten un mismo espacio de existencia: la noción de cohabitación, de residencia común aquí es esencial.

Este espacio de existencia también puede ser un espacio de trabajo y de producción: por ejemplo, una explotación agrícola, el buril del artesano, la tienda del comerciante. Puede ser solamente un espacio de descanso, de convivialidad y de consumo para la mayor parte de las familias francesas contemporáneas. La naturaleza del espacio compartido difiere, pues, del mismo modo que puede cambiar la constelación de las personas que lo ocupa.

La noción complementaria de familia, más restringida que la de grupo doméstico, refiere esencialmente al lazo conyugal, en el sentido en el que lo entendemos hoy día, cuando hablamos de «matrimonio joven». La familia está constituida por el padre y la madre, asociación fundada en la alianza, y los hijos. Algunos grupos domésticos están constituidos únicamente por una familia. Otros pueden comprender varias, ya sea varias parejas casadas que entre sí tienen (o no) lazos de filiación (padres ancianos, hijos casados) o de colateralidad (parejas de hermanos y hermanas). El grupo doméstico, además de la o de las familias, puede incluir también personas sin relación de parentesco, que comparten las actividades de producción (domésticos, obreros, aprendices) o que no las comparten (inquilinos, huéspedes, etc.). Si el concepto de grupo doméstico es netamente más amplio que el de familia, ¿cómo situarlo en relación al de hogar? Este último término, que traduce la palabra inglesa *household*, tiene, como él, la ventaja de hacer referencia a la residencia, a la casa, al hogar, al «fuego», palabra antigua que en otro tiempo servía para contabilizar a las familias. Apenas emplearemos el término «hogar», prefiriendo «grupo doméstico», de carácter más neutro y más general.

Este capítulo está esencialmente consagrado al análisis de los tipos y las estructuras de los grupos domésticos, considerados desde el exterior; en otro capítulo estudiaremos las relaciones en el interior del grupo doméstico, entre las diversas personas que lo componen. Por otra parte, abordar la familia desde el ángulo del grupo doméstico permite comparaciones en el tiempo y en el espacio. El tipo de configuración familiar que conoce nuestra sociedad representa sólo uno de los arreglos posibles en el universo de las culturas. No es ni superior, ni más acabado, ni tampoco, quizá, verdaderamente diferente de otros arreglos conocidos en contextos muy diferentes.

Esta perspectiva de la familia también va a permitir refutar algunos estereotipos relativos a la existencia de «grandes familias», de «grandes comunidades familiares», y esto es importante. ¿Podremos sostener, en efecto, que el cambio familiar se ha hecho esencialmente en términos de «estrechamiento familiar» cuando sepamos que los individuos que componían el grupo doméstico de antaño no eran mucho más numerosos que hoy día?

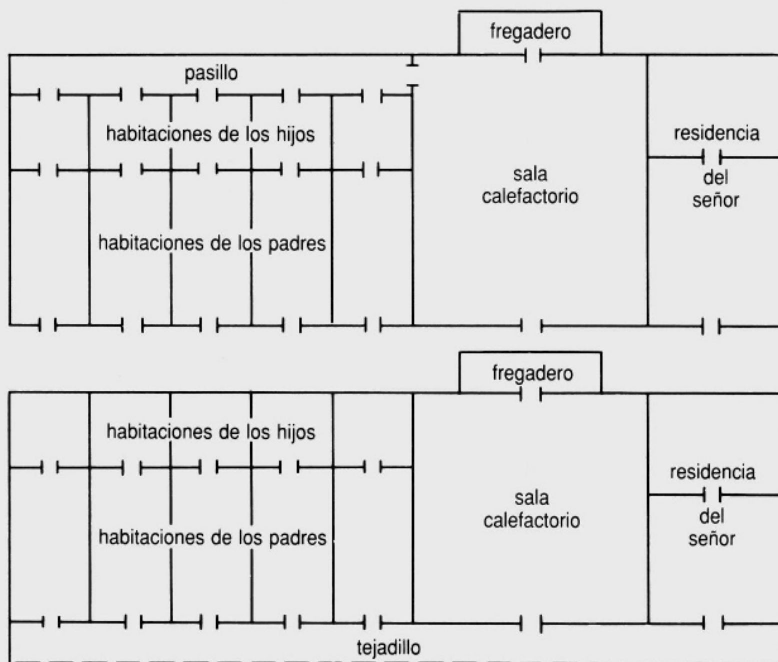
LAS GRANDES FAMILIAS CAMPESINAS

Las investigaciones históricas han mostrado que no hay un solo tipo de gran familia, sino varios: comunidad tácita, zadruga, familia troncal.

Comunidades tácitas

A menudo, familia es sinónimo de seguridad. En los tiempos agitados por las guerras, las epidemias, las calamidades de todo tipo, los hombres se han asociado para ayudarse mutuamente y sostenerse, y también para trabajar conjuntamente. El movimiento de las comunidades familiares data, quizá, de la misma época (Alta Edad Media) que el de las hermandades piadosas en las que se asociaban para rogar a Dios, hacer penitencia y enterrar a los muertos. También se agrupaban para roturar las tierras incultas que un señor o una abadía daba a desbrozar y cultivar colectivamente. En ocasiones, se efectuaba un verdadero desplazamiento de poblaciones, se conducían colonos para compensar la falta de mano de obra provocada por una epidemia. Las comunidades familiares podían reagrupar a extranjeros que se asociaban como si fueran hermanos, recreando entre ellos una especie de lazo de sangre mediante los «contratos de hermanamiento», pasados entre individuos, o mucho más probable entre células conyugales compuestas de un matrimonio y sus hijos. Las comunidades familiares eran también reagrupamientos de parientes, formando una asociación sin acto legal; de ahí su nombre de comunidad «tácita».

Plano tipo de comunidad tácita. Dos versiones: con pasadizo o con tejadillo



Fuente: Henriette Dussourd, *Les Communautés familiales agricoles du Centre de la France,* París, Maisonneuve et Larose, 1978.

¿Quién componía estas comunidades y cómo funcionaban? Como formas particulares de grupos domésticos, las comunidades familiares tenían claramente la característica esencial que es la de la corresidencia. La distribución del trabajo y de los bienes no era suficiente para definirlas; era necesario que todos sus miembros —sus *parsonniers**, como se les llamaba— vivieran «a la misma olla y al mismo fuego», es decir, que compartieran el mismo techo y, sobre todo, la co-

* *Parsonnier:* nombre con el que se denominaban los componentes de estas comunidades tácitas del centro de Francia. *(N. del T.)*

cina. No bastaba con dormir en la misma casa, era necesario sobre todo preparar y tomar conjuntamente la comida. Las comunidades familiares sólo podían beneficiarse de algunas ventajas si cumplían esta condición. Como escribió Henriette Dussourd en su obra *Les Communautés familiales agricoles du centre de la France:*

> Si se demostraba que los miembros de una comunidad que vivían bajo el mismo techo tenían fuego aparte, una chimenea en la que preparaban su propia comida, independientemente del «fuego» único impuesto, se convertían de nuevo en manos muertas y el señor volvía a tomar sus derechos de heredero de los siervos que no tenían descendencia directa (pág. 18).

En la Edad Media, el respeto a la regla de las comunidades permitió, así, a los siervos transmitir una herencia a su descendencia, lo que fijaba el grupo en el lugar; por su parte, los señores se procuraban una mano de obra barata gracias a estas asociaciones familiares que ellos estimulaban mediante la exención de impuestos. Sin ser unas formas únicas de organización familiar, las comunidades tácitas se extendieron por una buena parte del territorio francés en la Edad Media. Su dislocación sobrevino en épocas diferentes según las regiones: subsistieron durante mucho tiempo en el centro de Francia, en donde se han podido recoger algunos testimonios orales que esclarecen los documentos de archivo.

De treinta a cuarenta personas vivían en común; las comunidades más numerosas que han sido observadas en el Limousin (cien personas). Los *parsonniers* elegían entre ellos amo, frecuentemente la persona de más edad, en cualquier caso un hombre al que la edad le daba experiencia. Esta elección ha merecido para las comunidades tácitas el nombre de «repúblicas deparientes». El amo dirigía la comunidad, la representaba frente al exterior, asignaba las tareas correspondientes a cada uno, organizaba los matrimonios. Una mujer dirigía a las mujeres e hijas, y la dueña elegida nunca era la mujer, la madre, la hermana o la hija del amo: voluntad de no favorecer un matrimonio en detrimento de otro. La dueña repartía las tareas entre las mujeres, tanto el trabajo doméstico como la preparación de los tejidos, la colada, la cocina, el cuidado de los huertos, así como la participación en el trabajo de los campos en el momento de las cosechas, de la recogida de los frutos y de algunos trabajos de preparación de la tierra. Educaba a los niños en común, preparaba las comidas que la comunidad tomaba alrededor de la inmensa mesa, el gran puchero «conteniendo alrededor de doce cántaros» sobre el fuego que calentaba la sala, la única pieza de la casa que disponía de calefacción.

Los bienes de la comunidad eran indivisos. Cada *parsonnier* era alimentado y vestido según sus necesidades, pero nunca podía materializar su «parte» en la comunidad sin el riesgo de empobrecerla. Por esta razón, los matrimonios que conllevaban los gérmenes de la disolución comunitaria eran severamente controlados. La estrategia del amo era la de conservar a sus hijos con él, «dotando» a las hijas que se casaban fuera de la comunidad. Esta «dote» las excluía de todo derecho sobre los bienes comunes. El tipo preferido de matrimonio, que reforzaba la estabilidad de la comunidad, era el matrimonio entre dos de sus miembros, lo que se llama el matrimonio endógamo. Estas uniones se contraían necesariamente entre parientes y, como la Iglesia los prohibía hasta un cierto grado de parentesco, les era necesario obtener dispensas: algunas comunidades se beneficiaban de una dispensa permanente, hasta tal punto la costumbre del matrimonio consanguíneo estaba extendida. Otra forma corriente de matrimonio era el matrimonio por intercambio: un grupo de hermanos o de hermanas de una comunidad desposaban con un grupo de hermanas o de hermanos pertenecientes a otra. De este modo sólo se desplazaban las personas, los bienes permanecían dentro de cada comunidad.

El término de comunidad tácita designa un tipo de grupo doméstico en particular y, al mismo tiempo, un territorio agrícola común. Las relaciones entre los grupos domésticos y el modo de apropiación del suelo son complejas. El equilibrio de la comunidad es precario en tanto que descansa sobre una contradicción: según el derecho romano, cada miembro tiene derechos iguales sobre la propiedad de la comunidad, y la única manera de mantener un tipo de explotación así es no reclamarlos. En todo momento, este tipo de grupo familiar está amenazado de fisión por las disensiones internas. Basta que un miembro reclame su parte para que la comunidad se venga abajo. Muchas de ellas desaparecieron en el siglo XVII, cuando un impuesto muy pesado obligó a los campesinos a vender su propiedad, que fue recomprada por los nobles y los burgueses. Paradójicamente, las comunidades desprovistas de

bienes pudieron mantenerse gracias a los contratos colectivos de aparcería que les otorgaban los grandes propietarios. De este modo continuaron encontrando su razón de existir en el suministro de mano de obra abundante habituada a trabajar en común[1]. Estas comunidades se disolvieron por las razones económicas, demográficas, sociales y culturales propias de la evolución de la sociedad y también por razones internas: desavenencias (a menudo femeninas) inherentes a una vida comunitaria; amenazas de disolución cuando un *parsonnier* decide abandonar la comunidad y reclamar su parte o la herencia de su madre integrada en el bien común. Poco a poco, la ideología individualista redoblada por un derecho de beneficio personal, el ascenso del sentimiento familiar centrado alrededor de la pareja conyugal y del hijo provocan el rechazo de la pesadez de esta vida comunitaria que pierde su razón de ser si ya no hay inseguridad colectiva.

Así, la comunidad tácita que, en la ideología contemporánea, refiere de un modo ambiguo a la «gran familia» corresponde a una definición estricta: un grupo doméstico compuesto de varios matrimonios, fundado sobre una organización económica y de trabajo específica, inscrita en un período histórico definido, y en regiones bien delimitadas, en las que, además, era minoritario. La comunidad tácita no se confunde con la comunidad aldeana. Es cierto que podía ocupar todo un caserío, pero nunca todo el territorio comunal, que compartía con otros grupos domésticos de tamaño más reducido.

La zadruga yugoslava

El estudio de Jean-François Gossiaux, *Famille et tradition communautaire en Yougoslavie*, muestra que, al igual que en las comunidades tácitas, la comunidad de residencia y de comida era fundamental. Sin embargo, apuntando un germen de individualización de la pareja conyugal, pequeñas construcciones anexas a la casa principal eran atribuidas a las jóvenes parejas, pero en ellas no se disponía de fuego y no se podía cocinar. Los bienes eran propiedad indivisa de los hombres, las mujeres estaban excluidas, conforme al derecho consuetudinario que practicaba el desheredamiento de las hijas, que sólo recibían un peculio personal en el momento de su matrimonio, sin poder adquirir bienes. El lugar de la mujer era secundario. Mujeres, hijas, nueras apenas tenían algún poder. En cambio, la comunidad podía dotarse de hijos que eran adoptados, y desde ese momento participaban en las decisiones concernientes. Un jefe elegido dirigía y organizaba el trabajo de los hombres; más todavía que en Francia, este jefe detentaba una fuerte autoridad, pues ésta tenía su origen en un poder religioso: era él quien estaba encargado de los ritos en honor del santo patrón, protector de la zadruga. El ama de la casa debía organizar los trabajos de las mujeres, estrechamente limitados al campo doméstico. Como el matrimonio era exógamo (es decir, entre las diferentes zadrugas), al contrario que los matrimonios en las comunidades tácitas, las nueras eran extranjeras y rivales, envidiando a las hijas de la casa que eran dispensadas de los trabajos domésticos y se dedicaban a su ajuar.

Al igual que en el caso de las comunidades tácitas, los motivos de ruptura son diversos. La rivalidad femenina constituye una causa estructural de dislocación. Las construcciones particulares para cada pareja tendían a convertirse en verdaderas casas al dotarse de un fuego en el que se podía cocinar: ya no hay un único grupo doméstico, puesto que ya no hay corresidencia. La organización comunitaria del trabajo es sustituida por una distribución de las tareas en el seno de cada grupo doméstico conyugal. Finalmente, la abertura de las zadrugas se lleva a cabo de acuerdo con el mismo proceso que en Europa con la industrialización yugoslava y sus necesidades de mano de obra. Los campesinos de las zadrugas emigran hacia los centros urbanos.

La familia troncal

Contrariamente a la comunidad tácita, que sólo ha sido verdaderamente significativa en una región limitada del centro de Francia, la familia troncal constituye un tipo testificado de «gran familia» cuya extensión, todavía imprecisa, interesa a una buena parte del sudoeste de Francia.

Sus características son las siguientes: constituye un grupo doméstico que reúne bajo el mismo techo a tres generaciones, la del padre y la madre, uno de los hijos casados y su mujer, sus hijos, a los cuales pueden sumarse otros hijos

[1] Lutz Berkner y John Schaffer, «The Joint Family in the Nivernais», *Journal of Family History*, 1978, 3, 2, pág. 102.

que han permanecido solteros y criados. En su *Organisation de la famille,* Frédéric Le Play describe una familia del Lavedan que incluye dieciocho personas en 1856: un abuelo, el padre y la madre, el heredero y su mujer, nueve hijos, dos parientes solteros y dos criados.

El grupo doméstico está estrechamente identificado con la casa (llamada *oustal* en occitano). Ésta es una institución que engloba, además de la residencia-granja y sus dependencias, construcciones y tierras, derechos sobre los bienes colectivos que cuentan de manera importante en el equilibrio de la explotación. Es a cada casa a quien se atribuyen los derechos de uso sobre las aguas, los bosques, los pastos comunales. Cada casa posee, asimismo, un emplazamiento particular en el cementerio. De generación en generación, esta casa debe ser transmitida en su integridad. Está en juego el honor de cada uno de sus diversos propietarios, el cederla intacta a su heredero, manteniendo tanto la superficie de la explotación como su reputación entre las otras casas que componen la comunidad aldeana.

Dos consecuencias se desprenden de este principio: la casa impone a todos sus miembros su renombre y su prestigio. No hay una posición social individual (más adelante diremos «estatus»). De este modo se explica la atribución de un sobrenombre a cada uno de los miembros de la familia troncal que llevan, pegado a su nombre de estado civil, el de la casa en la que residen.

En segundo lugar, la casa no puede ser dividida y uno solo de los hijos será el heredero. Aunque en algunas regiones las hijas puedan ser herederas, la regla general quiere que sean los varones quienes se sucedan de padre a hijo, tipo de sucesión que más adelante llamaremos filiación patrilineal. La residencia del heredero es también patrilocal, puesto que es necesario que resida en la casa de su padre. Como en la zadruga yugoslava, la esposa del heredero es siempre una extranjera, sometida a la autoridad de su suegra. Los otros hijos que no son herederos son dotados y, por ello, excluidos de la herencia: una pequeña suma de dinero les hace perder todo derecho sobre el patrimonio indiviso; los segundones son los que, generalmente, intentan desposar una heredera en otra casa y «hacer de yerno». Los hijos que quedan solteros continúan en la casa y abandonan tácitamente su parte al heredero. Su estatus está a medio camino entre el del criado y el del pariente (cf. cap. 3).

Dentro de este grupo doméstico que asocia tres, a veces cuatro, generaciones, es el más anciano de los parientes el que detenta la autoridad. Por esta razón, los ideólogos del siglo XIX que se preocupaban por la inestabilidad de la familia obrera preconizaban un retorno a la familia troncal, capaz de asegurar la autoridad patriarcal y de afirmar la continuidad de los valores entre las generaciones. Así, Frédéric Le Play escribió:

> Bajo la influencia de una comunidad que reúne y asocia cuatro generaciones, los niños toman, desde la infancia, los hábitos y las ideas de sus antepasados. Las costumbres y el espíritu de la raza se conservan, así, en los enjambres que salen periódicamente de la comunidad, bajo la dirección del anciano experimentado (pág. 8).

Comunidades tácitas, zadrugas, familias troncales, podrían señalarse otras formas de estas «grandes familias». Al presentarlas de entrada en este capítulo hemos querido mostrar:

- que corresponden a tipos perfectamente definidos de grupo doméstico y no a configuraciones familiares imprecisas;
- que han aparecido, han funcionado y, posteriormente, han desaparecido en contextos sociales, económicos, demográficos particulares, que, consecuentemente, no son ahistóricas;
- que su importancia en el campo de las ideas sobre la familia sobrepasa ampliamente su importancia real. El mito de la gran familia ha alimentado, esencialmente, un imaginario colectivo que busca en los modelos del pasado la imagen de un tiempo armonioso deseado de nuevo y que opone a un presente agitado por todo tipo de dificultades.

El discurso ideológico de hoy se basa en la oposición esquemática de dos tipos de familia idealizados: por una parte, el vasto reagrupamiento de parientes de antaño, y el reducido tamaño del núcleo contemporáneo, por otra. Contraste maniqueo entre lo que era bueno y lo que es malo. Al grupo doméstico numeroso, multiforme, corresponden los «buenos» valores familiares: por ejemplo, la presencia de abuelos asegura la continuidad familiar, facilita los cuidados y la educación de los hijos. La pareja contemporánea en la que los dos esposos trabajan no puede

conocer la «verdadera» vida familiar, los hijos son confiados a la guardería, a la escuela, a la calle, lo que comporta la delincuencia juvenil que ya conocemos. La transmisión familiar ya no existe...

Esta oposición simplificadora no resiste un examen en profundidad. ¿Si las comunidades tácitas y las familias troncales no eran más que configuraciones particulares y relativamente raras de grupo doméstico, cuáles eran las formas más corrientes?

El grupo doméstico de antaño: tamaño y estructura

Durante unos quince años, una parte importante de la investigación histórica y antropológica ha estado dedicada al estudio del tamaño y de la estructura de los grupos domésticos en las sociedades europeas desde el siglo XVI hasta nuestros días. Estos temas han sido objeto de debates a veces apasionados entre las dos disciplinas.

El tamaño del grupo doméstico

¿Cuántas personas vivían conjuntamente en los grupos domésticos de tiempos pasados, catorce personas o más bien cuatro personas? Discutir el tamaño de los grupos domésticos es abordar el problema de la fecundidad antigua. También aquí abundan las falsas ideas: las mujeres casadas jóvenes habrían tenido un hijo por año durante todo su período de fecundidad. Podemos imaginar fácilmente familias con quince hijos. Nada más falso, como lo muestran las investigaciones en demografía histórica de estos últimos veinte años. Todo ha conspirado durante mucho tiempo contra estas retahílas de hijos: el matrimonio a una edad elevada, la mortalidad infantil que afectaba a los recién nacidos, la mortalidad de las mujeres en los partos, las circunstancias económicas que, en tiempo de hambre, reducían la fecundidad femenina, de tal modo que durante mucho tiempo la población antigua ha aumentado poco, asegurando su reproducción no sin dificultades. La evolución de la fecundidad será objeto de un análisis particular en el capítulo 7. Retengamos aquí solamente que el grupo doméstico antiguo sólo excepcionalmente daba hijos muy numerosos.

¿Quién cohabita en el grupo doméstico y contribuye a aumentar su tamaño, si lo medimos de acuerdo con el número de individuos que lo componen? Los parientes, ascendentes, colaterales, pero también no-parientes: servidores en las casas nobles o burguesas, criados que vivían en la explotación agrícola, obreros que trabajaban con los artesanos. Su número, evidentemente, está en función de la importancia socioeconómica del grupo doméstico: grandes casas que incluían una decena de criados y sirvientas, grupo conyugal del obrero agrícola que vive con su mujer y sus hijos más jóvenes, habiendo abandonado el hogar los de más edad para trabajar en otra parte. En el seno de una aldea o de un barrio pueden coexistir dos grandes casas y otras pequeñas, correspondiendo a las superficies de las explotaciones. En Sennely, en Sologne, en las grandes fincas que explotaban dominios de 75 a 100 hectáreas, el grupo doméstico está compuesto por numerosas personas: la fuerza de trabajo de los hijos se refuerza con la de los obreros agrícolas. Por el contrario, los pequeños «arriendos», mucho más numerosos que los grandes, son trabajados por una familia de jornaleros agrícolas que buscan un salario de complemento empleándose temporalmente en las grandes explotaciones[2]. Tamaño de las familias y tamaño de las explotaciones van aquí a la par.

Estudiando los empadronamientos de las parroquias inglesas en los siglos XVI, XVII y XVIII, los historiadores han podido establecer que el tamaño del grupo doméstico en el Antiguo Régimen estaba cerca del que revelan nuestras estadísticas actuales, y que su estructura era relativamente simple: el tamaño medio ha permanecido relativamente constante en 4,75 personas o un poco menos, desde el período más antiguo de nuestras cifras hasta 1901. A partir de una muestra de cien parroquias inglesas, Peter Laslett y su equipo muestran en su obra *Household and Family in Past Time* que el grupo doméstico medio de Inglaterra, en los siglos XVI, XVII y XVIII, estaba constituido por el padre, la madre y los hijos. La industrialización, pues, no pudo tener por efecto la reducción del tamaño y la simplificación de la estructura de las familias.

---

[2] Jean-Louis Flandrin, citando, en *Familles*, pág. 63, a Gérard Bouchard, *Sennely en Sologne*.

La estructura del grupo doméstico

Más interesante que el tamaño es la estructura del grupo doméstico, pues es reveladora de una cierta forma de organización que regula la transmisión de las prácticas y de los valores culturales, articulando familia y trabajo, familia y poder, familia y haber. Informa también sobre lo que los sociólogos llaman la interacción familiar. William Goode señala en *The Family:*

> El tipo de grupo doméstico ayuda a determinar la organización de las relaciones sociales más o menos íntimas en el seno del grupo de parentesco. Así, los modelos estructurales afectan en parte los procesos de tensión y de ajuste entre emparentados. Algunas relaciones tienen que ser definidas en detalle, si la casa incluye ciertos parientes. Por ejemplo, si cohabitan en el grupo doméstico un hombre y su suegra, pueden existir reglas que exigen mucha reserva y evitan la interacción entre los dos. Los modelos de socialización están igualmente afectados por la presencia de tal o cual pariente. Una abuela puede continuar supervisando la socialización de una joven nuera, o bien un chico joven puede ir a la casa del hermano de su madre para ser educado. Los que viven en un mismo grupo doméstico compartirán probablemente el mismo presupuesto: los intercambios económicos en parte están determinados por los tipos de grupo doméstico (págs. 44-45).

Los historiadores del Grupo de Cambridge proponen una tipología que clarifica los debates e introduce un poco de orden en la acumulación de datos. Esta clasificación distingue cuatro categorías:

— los grupos domésticos llamados «sin estructura familiar», de los que no se ve muy bien a qué corresponden si no es a viejos amigos que comparten el mismo hogar. En esta categoría se cuentan, lo más a menudo, las personas solas;
— los grupos domésticos «simples» que corresponden a la familia, a nuestra célula familiar contemporánea: están compuestos ya sea del padre, de la madre y de los hijos, o ya sea de un viudo o de una viuda con sus hijos, excluyendo cualquier otro pariente;
— los grupos domésticos «extensos» compuestos, además de los miembros de la familia simple, por parientes ascendentes, descendentes o colaterales, es decir, por un padre o una madre del jefe de familia o de su mujer, por un hermano o una hermana, un sobrino o sobrino-nieto. La extensión corresponde a una adición a un núcleo central conyugal de un pariente más o menos próximo, en alguna medida satelizado;
— los grupos domésticos «múltiples» en los que cohabitan varias familias emparentadas; de ahí su nombre de «polinucleares». En el interior de esta categoría se introduce una distinción complementaria según la atribución de la dirección del grupo doméstico. Si quien dirige es la pareja de padres de más edad, y la pareja de los hijos casados quienes sufren esta autoridad, nos encontramos en el caso de la familia troncal. Si sólo hay familias de hermanos y hermanas casados, de la misma generación, se observa una configuración de «hermandad», como en la comunidad tácita del centro de Francia o en la zadruga. Notemos que, en todos estos tipos de grupos domésticos, pueden añadirse, en cada ocasión, criados, sirvientes, obreros, es decir, personas no emparentadas. Remarquemos también que uno de los criterios de la clasificación se basa en la atribución de la dirección del grupo doméstico, lo que introduce quizá distinciones más formales que reales.

Esta clasificación ha permitido la comparación de un conjunto de datos históricos, apoyados en el escrutinio de las listas nominales y de empadronamiento de la población: en los siglos XVI, XVII y XVIII, el 78 por 100 de las familias de Ealing (Inglaterra), el 76 por 100 de Longuenesse (Francia), el 69 por 100 de Belgrado, el 90 por 100 de Bristol (colonias inglesas) son grupos domésticos de estructura simple.

El grupo doméstico en la vieja Europa tiene, pues, un tamaño que no es muy superior al correspondiente a la época contemporánea hasta una fecha reciente, y su estructura es, lo más frecuentemente, simple. Éstos son los datos que permiten contradecir a los defensores de la «nuclearización de la familia». Sin embargo, se ignoran las regiones en las cuales los grupos domésticos extensos o múltiples (tipos 3 y 4 de la clasificación) son mayoritarios. En *Familles,* Jean-Louis Flandrin ha publicado cifras que muestran que en la mayor parte de las regiones centrales y meridionales del reino de la Francia del Antiguo Régimen y en las sociedades mediterráneas la familia troncal era un modelo bastante extendido.

Siguen a continuación algunas cifras referidas a estos grupos domésticos extensos o múltiples del sur de Francia.

La dinámica del grupo doméstico

Cualquier grupo doméstico evoluciona en el tiempo; ahora bien, la clasificación tipológica anula la dimensión temporal. Esta responsabilidad incumbe a los documentos: las listas nominativas o los empadronamientos de la población fijan la realidad familiar en el momento en el que se llevan a cabo y los porcentajes que podemos obtener sólo ofrecen una imagen fotográfica, mientras que la familia estaría mejor analizada en una película.

Sin entrar aquí en el detalle de las discusiones relativas al ciclo de la vida familiar, podemos decir que una pareja se forma con el matrimonio, tiene hijos, puede tener que compartir con los padres de uno de los dos cónyuges una explotación que posteriormente abandonará, o por el contrario la tomará bajo su responsabilidad quedando a su cargo un viejo padre viudo o una hermana soltera. En el transcurso hemos reconocido el grupo doméstico simple y el grupo doméstico complejo, ampliado o polinuclear. Cualquier grupo doméstico aparece como un proceso, y tratarlo a través del censo fija su imagen en un tipo de familia que puede ser temporal, en efecto. Reintroducir la larga duración permitirá distinguir los dos grandes tipos de grupos domésticos: estructurales o coyunturales. ¿Los grupos son siempre múltiples o son siempre conyugales? ¿Conocen una sucesión típica de fases, y si es así, cuál es el modelo? ¿Cómo explicar la diferencia entre la norma y la media en la medida en que un determinado modelo ha sido reconocido como preponderante en una sociedad dada?

Para reintroducir la dimensión temporal pueden utilizarse dos técnicas. A partir de un único censo, se distinguirán los tipos de grupos domésticos a partir de la edad del cabeza de familia. Una serie de censos que sigan la misma población en el curso de un período suficientemente largo permite observar todo un ciclo del grupo doméstico, desde su constitución hasta su desaparición. Es importante también poder correlacionar estos datos puramente estadísticos con los datos socioeconómicos relativos al modo de explotación y a las costumbres sucesorias, pues a menudo existe un desfase entre la formación de la familia y su sucesión en la responsabilidad de una explotación, al igual que la disolución del grupo no coincide con la transmisión de los bienes.

Con la ayuda de estos documentos, un cierto número de historiadores han aportado demostraciones que aclaran la dinámica de los grupos domésticos. Analizando los censos de Bessède, pueblo de la región francesa de Aude, en los Pirineos, en 1846, 1851, 1856, 1861 y 1866, una re-

Estructura de las familias en los siglo XVI y XVII

Fecha del empadronamiento	Ealing (Inglaterra) 1599	Longuenesse (Francia) 1778	Belgrado (Serbia) 1733-34	Nishinomiya (Japón) 1713	Bristol (colonias americanas) 1689
1 Solitarios y grupos domésticos sin estructura familiar	14 %	7 %	4 %	9 %	7 %
2 Grupo doméstico simple	78 %	76 %	67 %	43 %	90 %
3 Grupo doméstico extendido	6 %	14 %	15 %	27 %	3 %
4 Grupo doméstico complejo	2 %	3 %	14 %	21 %	0 %
TOTALES	85 (100 %)	66 (100 %)	273 (100 %)	132 (100 %)	72 (100 %)

Fuente: Peter Laslett, editor, *Household and Family in Past Time*, a partir del cuadro 1.15, pág. 85.

Estructura de las familias en la Francia meridional

Tipos de familias	PÉRIGORD	ROUERGUE		PROVENCE	COMTÉ DE NICE		HAUTES PYRÉNÉES
	Montplaisant 1644	Mostuejouls 1690	Laguiole 1691	Mirabeau 1745	St-Martin-de-Vésubie	Péone 1787	Bulau 1793
1	12,6 %	5,3 %	10,3 %	7,5 %	11,2 %	?	3,7 %
2	50,8 %	51 %	56 %	50,8 %	47,4 %	?	54,7 %
3	15,9 %	42,6 %	32,2 %	19,2 %	41,4 %	41,7 %	32 %
4	20,6 %			22,5 %			9,4 %
Número de familias	63	94	214	120	152	259	53
3 + 4	36,5 %	42,6 %	32,2 %	41,7 %	41,4 %	41,7 %	41,4 %

Fuente: Jean-Louis Flandrin, *Familles*, pág. 242.

gión en la que la norma es la familia troncal, Agnès Fine-Souriac, en un artículo dedicado a la familia troncal pirenaica, ha mostrado cómo los acontecimientos demográficos que se producen con el tiempo afectaban a la estructura de la familia; incluso en una región en la que la norma está también claramente afirmada, se observan grupos domésticos simples:

> La familia de Joseph Marion se presenta en 1846 como una familia troncal típica. Permanece como tal hasta 1866, fecha en la que, al fallecer los dos padres, se convierte en familia nuclear. Así pues, según el método de P. Laslett, esta familia sería clasificada en 1866 como una familia simple, mientras que resulta claro que la estructura real de esta familia es una estructura compleja. Joseph Marion es un molinero bastante acomodado: en el molino hacen falta brazos. La casa ha podido alimentar a nueve personas en 1846 y en 1851: probablemente acogerá una nueva pareja de jóvenes casados más adelante (pág. 481).

Incluso en las regiones del oeste de Francia reputadas como las más conyugales se observan formas de grupos domésticos múltiples entre los granjeros acomodados con los que cohabitan los hijos durante algunos años antes de encontrar una instalación independiente en otra explotación; al final del ciclo de su vida familiar, la familia conoce también una estructura múltiple cuando padres e hijos casados residen conjuntamente, heredando estos últimos un arriendo. Aquí, a la inversa de los pueblos del Pirineo de Aude, la regla es la familia conyugal, pero, en la práctica, en todos los censos encontramos familias polinucleares que parecen familias troncales[3]. En algunas regiones europeas del norte, en donde predomina el grupo doméstico conyugal, también se ha podido mostrar que en determinadas etapas del ciclo una familia toma normalmente la forma de una familia troncal, como en el señorío de Heidenreichstein, en la baja Austria (1763)[4].

Igualmente, estudiando la evolución de las zadrugas serbias en una larga perspectiva histórica, E. A. Hammel muestra en *Household and Family in Past Time* que esta configuración familiar que reúne a numerosos parientes es esencialmente un proceso cuyos principios estructurales han sido poco alterados después del siglo XVI: la zadruga aparece como «un conjunto de reglas que sirven para controlar el tamaño máximo de estos grupos introduciendo medidas que los aumentan o los dividen continuamente» (pág. 370). Cada zadruga, como cada grupo doméstico, comprende un número óptimo de personas para trabajar la propiedad que explota. Cuando la cohabitación impone un número excesivo de personas, un proceso de fisión se pone en marcha. Inversamente, un proceso de fusión juega cuando el tamaño del grupo doméstico parece insuficiente.

Se comprenderá fácilmente que las posibilidades de un grupo doméstico para asociar varias

[3] Martine Segalen, «Cycle de la vie familiale et transmission du patrimoine en Bretagne. Analyse d'un cas», *Ethnologie française*, 1978.

[4] Lutz Berkner, «The Stem Family and the Development Cycle of the Peasant Household: an Eighteenth Century Austrian Example», *American Historical Review*, 1972, 77, páginas 398-418.

generaciones estén ligadas a la posibilidad de tener padres que todavía vivan, es decir, a constreñimientos que son de orden demográfico. La mortalidad en el Antiguo Régimen podía impedir la presencia de abuelos, simplemente porque ya estaban muertos cuando nacían sus nietos. Tomemos el ejemplo de los pueblos pirenaicos citado por Agnès Fine-Souriac en su artículo: teniendo en cuenta la fuerte mortalidad, puede considerarse que proporciones entre un 20 y un 30 por 100 de grupos domésticos complejos son una prueba estadística suficiente de la predominancia de la familia troncal, pues la mortalidad impedía que lo fueran al 100 por 100.

La organización de la producción es igualmente importante para el tamaño y la estructura del grupo doméstico, en la medida en que éste es una unidad de producción. Algunas formas de grupos domésticos múltiples pueden ser el resultado de adaptaciones económicas. La importancia del patrimonio también es un factor de diferenciación. Como ya hemos señalado en nuestro artículo, *op. cit.*, pág. 45, en la baja Bretaña coexisten los grupos domésticos complejos de los labradores acomodados y los grupos domésticos conyugales de los jornaleros que viven únicamente de su fuerza de trabajo. No pueden ni mantener a sus padres ancianos ni a sus hijos, que se ven obligados a colocarse de mozos en las granjas, desde la edad de los diez o doce años. No sólo la forma de su familia es más simple, sino que su tamaño es más restringido. En la alta Provenza, los jóvenes esposos cohabitaban tanto más frecuentemente con sus padres cuanto más ricos eran. La importancia del patrimonio explica la diferencia entre la regla y la práctica.

Fortuna y cohabitación con los padres en Saint-André-les Alpes

Montante de la dote	Contratos que prevén la cohabitación	Contratos que no prevén la cohabitación	Número de contratos
Menos de 100 libras	0 = 0 %	2 = 100 %	2
100 a 199	13 = 28	33 = 72	46
200 a 299	17 = 35	33 = 65	48
300 a 699	44 = 65	24 = 35	68
700 a 1.000	5 = 100	0 = 0	5

Fuente: A. Collomp, en Jean-Louis Flandrin, *Familles*, pág. 242.

Christiane Klapisch, en *Household and Family in Past Time,* muestra también que:

> En los arrabales urbanos de Florencia, en el siglo XV, la proporción de familias múltiples aumenta de manera notable con la riqueza. Los haberes más bajos, que representan un 45 por 100 del total de la familias, tienen una proporción de familias simples de cerca del 95 por 100. Las cuatro categorías de haberes, por encima, entre los 100 y los 800 florines, presentan proporciones medias de familias simples (92-93 por 100), pero entre las categorías de haberes más elevados de Florencia, que comprenden el 15 por 100 de todos los ingresos, la proporción de familias múltiples aumenta rápidamente, pasando de 10 a 23 por 100 (pág. 279).

Finalmente, podemos considerar la influencia del sistema de herencia, lo que hace Lutz Berkner en *Population Patterns in the Past* comparando, en el siglo XVII, dos pueblos de la baja Sajonia, Calenberg, en donde la herencia no se dividía, y Göttingen, donde, por el contrario, los bienes eran repartidos entre varios herederos. En Calenberg predominan los grupos domésticos extendidos (30 por 100), contra solamente un 7 por 100 en Göttingen, de acuerdo con el censo de 1689. Un modelo cercano a la familia troncal aparece en la región en la que la costumbre es la de hacer un solo heredero, y el autor muestra que un crecimiento demográfico no altera el modelo, al analizar el censo de 1766.

Las relaciones entre todas estas variables no son, por otra parte, simples, al influir los movimientos demográficos en las costumbres sucesorias que también pueden evolucionar bajo el efecto de transformaciones económicas y sociales. Nunca se da la relación mecánica que induciría un modelo de grupo doméstico de un modelo demográfico, de un tipo de agricultura o de un

sistema de herencia. En el estado actual de nuestros conocimientos sólo podemos hablar de convergencias. Hace falta ser conscientes de la necesidad de análisis finos que tengan en cuenta todas las variables simultáneamente, para comprender los tipos de organización de los grupos domésticos y las causas de sus cambios.

Otro peligro acecha a aquellos que aplican de modo rígido el cuadro clasificatorio de los grupos domésticos. Bajo la misma etiqueta de grupo doméstico extendido o grupo doméstico múltiple se observan configuraciones familiares cuyo significado puede ser muy diferente según las épocas. En una aldea bretona, cuyas estructuras familiares han sido estudiadas desde 1850, se observa en nuestros días un porcentaje relativamente importante de grupos domésticos complejos, pero que no tienen la misma significación que los del siglo XIX. Padres e hijos casados vivían juntos en las explotaciones más importantes y en las tierras más fértiles. Hoy día, la familia compleja es más bien un signo de disfuncionalidad; es percibida como «anormal». La pobreza obliga a los padres viejos a ir llevando adelante su explotación con la ayuda de su hija, mientras que su yerno aporta lo esencial del ingreso con el salario de un empleo en el exterior. El mantenimiento de grupos domésticos complejos no significa en absoluto el mantenimiento de una situación anterior: es, por el contrario, un signo de crisis social y económica.

¿Cuando un grupo doméstico deja de ser un grupo de producción se convierte necesariamente en nuclear? El esquema evolucionista que liga industrialización y «nuclearización» del grupo doméstico está mal fundada.

En los pueblos con un sistema protoindustrial, en los que trabajaban a domicilio los artesanos rurales, cuya producción tenía salida sobre un mercado dominado por una economía capitalista, los grupos domésticos extendidos eran numerosos, pero escribe Hans Medick en *The Proto-Industrial Family Economy:*

> Eran más bien los precursores de un hogar proletario que una variante de la familia del tipo familia-troncal. No servían como instrumento de conservación de los bienes, como el lugar en el que se protegía, o en que se cuidaba a las personas ancianas —como era el caso en el grupo doméstico campesino—, sino como un medio personal de redistribuir la pobreza de la familia nuclear mediante el recurso al sistema de parentesco (pág. 308).

En los pueblos en vías de industrialización no se observa nuclearización del grupo doméstico. En Preston (Lancashire), que se industrializó muy rápidamente a lo largo del siglo XIX con el desarrollo de la industria textil, se contaba, en el censo de 1851, un 23 por 100 de grupos domésticos «extendidos» o «múltiples». Así, en esta villa industrial, la estructura de los grupos domésticos es más compleja que la de las parroquias inglesas estudiadas dos siglos antes. Además, como explica Michael Anderson en *Household and Family in Past Time,* un gran número de personas ancianas vivían con sus hijos, en proporciones mucho mayores que en la actualidad. El desarrollo de este grupo doméstico múltiple o extendido se justifica por los constreñimientos económicos del trabajo industrial: escasez de alquileres, obligación del trabajo de la madre, las dificultades del cuidado de los niños de corta edad muestran que la cohabitación es más una imposición que un deseo. En ausencia de leyes sociales realmente eficaces en caso de enfermedad o de pobreza, el individuo no tenía otra solución que la de volverse hacia sus parientes más cercanos, constituyendo grupos domésticos ampliados en cuyo seno funcionaba una ayuda mutua.

La inestabilidad del grupo doméstico antiguo

El estudio del tamaño y de la estructura del grupo doméstico infiere su estabilidad y da la imagen de un grupo familiar instalado en su granja, su taller, arraigado en su espacio, llevando una existencia estable, sucediéndose las generaciones en el tiempo. Por el contrario, el grupo doméstico antiguo es tan inestable como la célula conyugal contemporánea, sobre todo si se tienen en cuenta los divorcios. Nuestra sociedad no ha inventado ni la movilidad geográfica ni la inestabilidad de los matrimonios sometidos a los azares de una mortalidad a menudo devoradora.

Viudedad y segundas nupcias

En la demografía antigua, la mortalidad golpeaba las células conyugales mucho más a menudo que en la actualidad, y las segundas nupcias eran numerosas: M. Baulant ha utilizado la imagen chocante de «familia en migajas» (*Annales*

ESC, jul.-oct., 1972, págs. 959-968). Las segundas nupcias se celebraban muy rápidamente después de la muerte del esposo: lo exigía la sobrevivencia de una familia, confundida a veces con la explotación, basada sobre el trabajo complementario de un hombre o de una mujer.

Así, se observan grupos domésticos, a lo largo de los años, en los cuales un hombre puede, sucesivamente, tener varias esposas (caso mucho más frecuente que el inverso), en los que cohabitan los hijos de diferentes madres, en los que los primogénitos huérfanos son desparramados entre otros miembros de la parentela. Papá, mamá y los hijos: una experiencia desconocida para un buen número de nuestros antepasados. Cuando se piensa en la atención que se da hoy día a los hijos de los divorciados podemos preguntarnos por las consecuencias que estas muertes y recasamientos provocaban en la psicología de los niños. Es cierto que la experiencia de la muerte de los allegados era culturalmente mejor aceptada que en la actualidad, en que la muerte es más rara, lejana e indignante, pero los trazos dejados en la literatura popular de madrastras y cenicientas evocan las dificultades creadas en el seno de los grupos domésticos en los hogares rotos por la muerte. ¿El Antiguo Régimen engendró generaciones de neuróticos? ¿Los huérfanos encontraban, en su grupo de edad o en la parentela, el sostén psicológico que necesitaban? Es muy difícil reconstruir una psicología de los pueblos pasados, pero es fácil saber que el grupo doméstico contemporáneo es relativamente menos inestable de lo que lo era el grupo doméstico de antaño.

En una aldea bretona del siglo XIX, en la que las estructuras demográficas son todavía las del Antiguo Régimen (alta natalidad, alta mortalidad), encontramos el ejemplo de uno de estos matrimonios que la muerte deshace a menudo. Jacques Garrec, sastre, se casó en 1830 con Marie Anne Nicolas. Cuando Marie Anne muere a los treinta y ocho años, el 14 de marzo de 1845, deja tres hijos, uno de ellos con doce años. Tres meses después, Jacques Garrec casa en segundas nupcias con Marie Arnoult, que le da dos hijos más. Ella muere a los treinta y dos años, y seis meses más tarde, Jacques Garrec se vuelve a casar con una mujer que le da cuatro hijos más. He aquí, pues, un hombre que tiene nueve hijos con tres mujeres diferentes; muy rápidamente, los mayores se van, desde que tienen unos doce años, para emplearse como aprendices o como criados en una finca. En ocasiones, dos viudos pueden volver a casarse poniendo en común bienes e hijos; si uno de ellos muere, los hijos se encuentran con que tienen a su cargo una persona que no es pariente suyo; de ahí la necesidad de los consejos de tutela para los huérfanos y de ahí la importancia del padrinazgo.

El cuadro de la página siguiente reúne algunas cifras que se refieren a las segundas nupcias en la Francia de los siglo XVIII y XIX: se observa que varían considerablemente de una región a otra. El número de matrimonios en que aparece un viudo, en relación al total de matrimonios, varía del 5,8 al 43 por 100. Las cifras apuntadas —pero no se trata en absoluto de «media», pues los datos al respecto son excesivamente dispersos— se sitúan alrededor del 20,22 por 100, es decir, que cerca de una cuarta parte de los matrimonios eran de segundas nupcias, a veces cerca de la mitad (Sennely, en Sologne). Estas diferencias deben atribuirse a condiciones sanitarias y económicas muy diversas en el siglo XVII que hacían de determinadas regiones «zonas mortuorias» muy insalubres, pero se constata que un 20 por 100 de matrimonios de segundas nupcias no tiene nada de excepcional. En los primeros años de matrimonio son las mujeres sobre todo las que mueren (lo que se llama sobremortalidad femenina), como consecuencia de los accidentes ligados al embarazo y al parto. En el final de la vida conyugal se observa el fenómeno inverso; la sobremortalidad masculina es bien conocida tanto ayer como hoy.

Estos hombres jóvenes que se encuentran viudos con niños pequeños a su cargo deben volver a casarse muy pronto. Sin esposa, nada de cuidados a los hijos, nada de cocina, nada de huerto, de ayuda en los campos: así se explica que las segundas nupcias de viudos sean mucho más numerosas que las de viudas y mucho más rápidas después de la muerte del cónyuge. Todas las monografías de demografía histórica están de acuerdo en este punto: en Crulai, en Normandía, por ejemplo, un viudo de cada dos vuelve a casarse, y solamente una viuda de cada seis. Para las mujeres, la edad que tienen en el momento de enviudar juega un papel importante en el recasamiento. Hasta los cuarenta años sus «posibilidades», aunque inferiores a las de los hombres, existen; pasada esta edad, tienen muy pocas. Por ejemplo, en tres pueblos de Ile-de-France, las tres cuartas partes de los hombres vuelven a casarse

Algunos ejemplos de viudedades y segundas nupcias en los siglos XVIII y XIX

	Porcentaje de matrimonios entre 1 viudo y 1 soltero			Porcentaje matrimonios entre 2 viudos	Total de matrimonios en los que hay 1 viudo	Matrimonio entre 2 solteros
	viudo/chica	viuda/chico	Total			
Crulai siglos XVII-XVIII (Orne)[1]	15,2	6,7	21,9	3,8	25,7	72,3
Sennely-en-Sologne siglos XVII-XVIII[2]	21	13	34	19,4	43,4	46,4
Meulan 1670-1739[3]	9,4	7,7	17,1	3,1	20,2	79,8
Meulan 1790-1869	10,6	5,7	16,3	5,4	22,7	78,3
Vraiville (Eure)[4]:						
1706-1800					15,2	84,8
1801-1900					14,9	86,1
Saint-Jean-Trolimon (Finistère)[5]:						
1831-1890	11,8	3,5	15,3	6,5	21,8	78,2
1891-1920	8,4	2,4	10,8	2,6	13,4	86,6
St-André-d'Hébertot siglos XVII-XVIII[6]	5,6	3	8,6	9	17,6	82,2
Cuatro parroquias de Tonnerois 1720-1800[7]	14,6	4,4	21,0	8,5	29,5	72,5
Coulommiers y Chailly-en-Brie 1557-1715[8]	20,4	10,2	30,6	11,1	41,7	58,3
Boulay (Moselle)[9]:						
Antes de 1720	10	6	16	3	19	81
1720-1809	12,6	5,4	18	4,4	22,4	77,6
Tres pueblos d'Ile-de-France en el siglo XVIII[10]	17,5	3,7	21,2	3,9	25,1	74,7
Bilhères d'Ossau (Béarn) 1740-1859[11]	4,3	1,5	5,8	0	5,8	94,2
Bas-Quercy siglo XVIII[12]	9,4	3,3	12,7	1,9	14,6	85,3

Fuentes:
1 M. Fleury y L. Henry, *La Population de Crulai*, INED, 1958.
2 G. Bouchard, *Le Village inmobile*, París, Plon, 1972.
3 M. Lachiver, *La Population de Meulan*, EPHE, 1969.
4 M. Segalen, *Nuptialité et Alliance*, Maisonneuve, 1972.
5 M. Segalen, *Données inédites*.
6 F. Becart, «St-André-d'Hébertot», *Annales de Normandie*, año 27, 3, oct., 1977, págs. 281-294.
7 D. Dinet, «Quatre paroisses du Tonnerois», *Annales de démo-historique*, 1969.
8 J. C. Polton, «Coulommiers et Chailly-en-Brie», *Annales de démo-historique*, 1969.
9 J. Houdaillé, «Le population de Boulay», *Population*, nov.-dic., 1967, 6, págs. 1054-1084.
10 J. Ganiage, *Trois Villages d'Ile-de-France*, Cahier de l'INED núm. 40, 1963.
11 M. Frezel-Lozey, *Histoire démographique d'un village en Béarn: Bilhères-d'Ossau*, Burdeos, Biscaye frères, 1969.
12 P. Valmary, *Familles paysannes au XVIIIe s. en Bas-Quercy*, Cahier de l'INED, núm. 45, 1965.

hasta los sesenta años, y después de los cuarenta, sólo una mujer de cada nueve[5], dando la razón a un proverbio popular: «Qu'il pleuve, qu'il neige, ou qu'il tombe des glands, les femmes sont bonnes jusqu'à 40 ans» («llueva, nieve o caigan bellotas, las mujeres son buenas hasta los cuarenta años»). Los viudos vuelven a casarse mucho más rápido que las viudas: en todas las parroquias estudiadas, para los hombres, el intervalo viudedad-segundas nupcias es inferior a los dos años, con un fuerte porcentaje de segundas nupcias dentro de los seis meses. Las viudas esperan más bien tres y cuatro años para fundar nuevamente un hogar.

Las segundas nupcias numerosas, sobre todo masculinas, venían a crear una situación de poligamia sucesiva; el límite al número de segundas nupcias es la tolerancia de la sociedad frente a uniones que, a menudo, conllevan desorden social; en efecto, las segundas nupcias unen a veces esposos de edades muy diferentes, o de condición social dispar, contrariamente a la norma social que apunta más bien a la homogamia, es decir, a

5 Jean Ganiage, *Trois villages d'Ile-de-France*, INED, 1963.

la combinación de edades y estatus (cf. cap. 5). Cuando una viuda se casaba en segundas nupcias con un hombre mucho más joven que ella, por ejemplo, el antiguo obrero de su marido, se colocaba en una situación de dominación respecto a él. Al invertir los roles que prevé la norma social, esta unión comportaba desorden social y podía ser, en cuanto tal, sancionada por una cencerrada.

Así, para mantener un grupo doméstico identificado con la unidad de producción, se multiplicaban las uniones que hacen pensar en los divorcios en cascada de la época contemporánea. Estos recasamientos afirmaban la primacía de una organización económica sobre la organización familiar. El grupo doméstico aparecía constantemente amenazado en su existencia por los peligros de la mortalidad, y su inestabilidad afectaba esencialmente a los hijos que eran mantenidos o bien eran confiados a una red de parentesco: los abuelos, los hermanos y las hermanas del difunto o de la difunta estaban quizá dispuestos a recogerlos, dentro del marco de una solidaridad tradicional que guardaba un lugar a los marginales de la sociedad: los viejos, los locos, los huérfanos.

Movilidad

La movilidad geográfica constituye un segundo factor de inestabilidad del grupo doméstico, a menudo menospreciado. Nuestra ideología contemporánea se complace en petrificar la imagen de la familia de antaño del mismo modo que los grupos humanos de los cuadros de Millet o de Le Nain. En un interior rústico limpio, pobre (pero no miserable), hombres, mujeres, niños, animales se reúnen alrededor de una mesa (frugal, pero suficiente). Nos miran, después de cien o de trescientos años, y parecen no abandonar nunca el espacio en el que los observamos. Quizá unas pinturas así hayan reforzado el estereotipo de un grupo doméstico antiguo estable. Sin embargo, a menudo es falso. En algunas regiones en las que los campesinos eran propietarios de sus bienes, las generaciones podían sucederse de padre en hijo, o de padre en yerno, pero esto no siempre era posible para todos. Sólo uno de los hijos se quedaba, los demás estaban condenados a emigrar del mismo modo que ya lo hemos visto para la familia troncal.

En las regiones de arrendamiento, de aparcería, la movilidad podía venir impuesta si la situación económica daba una posición de fuerza a un propietario (a menudo burgueses de las ciudades) que buscaba la mejor renta. En ese caso, el grupo doméstico estaba condenado a la movilidad. Ciertamente, no se trataba de un desarraigo en la medida en la que el campesino se quedaba en su región de origen, pero este cambio de residencia implicaba una ruptura o bien unas relaciones débiles con la comunidad aldeana, los vecinos, algunos parientes. Incluso aunque las distancias no fueran muy grandes, eran mucho más importantes que hoy día, habida cuenta de los medios de locomoción más lentos y de las vías de comunicación más escasas.

En las regiones de montaña, la migración estacional significaba cada año que el padre abandonara el grupo doméstico para encontrar un trabajo temporal en alguna parte. Por ejemplo, los pequeños agricultores lemosinos descendían hacia el sudoeste y las Landas para ser empleados como chiquichaques, o bien subían hacia París y otras ciudades para trabajar de carpinteros o de albañiles. Algunas veces regresaban a la aldea para participar en los grandes trabajos del verano, pero a menudo su emigración era más larga. La situación de la mujer en el seno del grupo doméstico, entonces, resultaba ambigua. Si el abuelo conservaba su autoridad dentro de la explotación, era él quien recibía las sumas de dinero remitidas por su hijo. En ocasiones, el emigrante continuaba dirigiendo la explotación desde París, estableciendo la distribución de los cultivos, decidiendo la venta de los animales, y la mujer debía asegurar en el lugar la ejecución de estas decisiones, al mismo tiempo que se debatía en una situación financiera difícil: así fue como, durante la ausencia del trabajador, a menudo abría un crédito entre los comerciantes y los artesanos de la aldea, a veces incluso con el maestro. Cuando el emigrante parece haber abandonado definitivamente su casa, la mujer puede tomar un «asociado», en realidad un segundo marido[6].

Los movimientos de migración temporal que conocieron su apogeo a lo largo del segundo Imperio provocaron una desorganización familiar comparable a la que comporta (guardando las proporciones debidas, pues se trata de universos

[6] Alain Corbin, *Archaïsme et modernité en Limousin au XIXe siècle*, París, Marcel Rivière, 1975, 2 vols., «La diaspora limousine», págs. 204-225 y pág. 283.

culturales diferentes) la emigración portuguesa, española o magrebí en Francia, en el transcurso de los últimos veinte años. Vacía las aldeas de hombres en la plenitud de la edad, reordena el ciclo del año alrededor de la fiesta del verano, generalmente la del regreso y de la cosecha, deja la socialización de los hijos al cuidado de las mujeres y de los ancianos, en la imagen sublimada del padre ausente.

EVOLUCIONES RECIENTES

Los datos estadísticos tan abundantes para la época contemporánea no son estrictamente comparables a los datos antiguos porque las definiciones no recubren exactamente las mismas configuraciones familiares. El concepto de grupo doméstico se basa en el de hogar. Consecuentemente, no siempre resulta fácil delimitar las evoluciones, o incluso, lo que puede parecer paradójico, obtener las cifras más recientes relativas a Francia.

Según el INSEE, el hogar es «el conjunto de ocupantes de una unidad de habitación privada, ocupada a título de residencia principal». La noción de corresidencia resulta, pues, fundamental. El INSEE distingue a continuación entre los «hogares ordinarios» y la «población que vive fuera de los hogares ordinarios», integrada a hogares colectivos (residencias de jubilados, hogares de trabajadores, comunidades religiosas...), y la «población contabilizada aparte» (hospitales psiquiátricos, cárceles, cuarteles, establecimientos de enseñanza, etc.).

Se contabilizaban en Francia:

— 14.588.941 hogares en 1962.
— 15.762.508 hogares en 1968.
— 17.743.760 hogares en 1975.
— 19.584.000 hogares en 1982.

El tamaño de los hogares continúa decreciendo suavemente desde el censo de 1968. Se contaba una media de 3,10 personas por hogar en 1962, 3,06 en 1968, 2,88 en 1975 y 2,70 en 1982. Correlativamente, el número de hogares compuestos por una sola persona aumenta: 19,6 por 100 de los hogares en 1962, 20,3 en 1968, 22,2 en 1975 y 25 por 100 en 1982. Las estructuras de los hogares se modifican profundamente hoy día, como consecuencia de las transformaciones de la institución matrimonial (cf. cap. 6).

Aunque la vivienda independiente de los hogares sea la regla, se observa una corresidencia que no es insignificante, ya sea entre dos parejas casadas o entre una pareja y un pariente anciano. En más del 5 por 100 de los hogares cohabitan tres generaciones, fenómeno más frecuente entre los agricultores que en otras categorías socioprofesionales. Es una consecuencia de los problemas de construcción de una vivienda aparte entre los agricultores. En más del 8 por 100 de los hogares cohabitan una pareja o el cónyuge subsistente y uno o varios ascendientes. Teniendo en cuenta el alargamiento de la vida, esta cifra indica que muy pocos hogares albergan en ellos un pariente anciano, lo que por otra parte provoca el aumento del número de hogares de una sola persona. Esta corresidencia, una vez más, es más frecuente en los medios agrícolas que en otros.

Si la cohabitación constituye, pues, un hecho excepcional, lo es un poco menos cuando se considera la repartición temporal de la residencia: el 25 por 100 de los hogares jóvenes han residido al menos algunos meses en la residencia de los padres del marido o de la mujer, pero sin significar otra cosa que un trámite a la espera de la residencia independiente[7].

Las probabilidades de viudedad al principio del matrimonio son extraordinariamente reducidas hoy día. Lo que era una situación experimentada —incluso si era sentida con una pena cruel— es un fenómeno que la sensibilidad contemporánea recusa, de la misma manera que se indigna frente a la muerte de los niños al nacer o a temprana edad. La muerte se ha convertido en algo tan raro en nuestra sociedad que las uniones tienen muy pocas posibilidades, en el sentido estadístico del término, de romperse en sus inicios por la muerte de los cónyuges, como ocurría durante el Antiguo Régimen.

La proporción de viudas aumenta mucho más rápidamente que la de los viudos con la desaparición de la unión, como consecuencia de la sobremortalidad masculina[8].

[7] *La Famille*, Hachette, págs. 78-84; D. Marchand y G. Balland, *Recensement général de la population de 1975*, «Ménages, familles, résultats du sondage au 1/20», INSEE, núm. 320 de las colecciones del INSEE, 1979, 174 págs.

[8] Dominique Maison y Elizabeth Millet, «La nuptialité», *Population*, junio de 1974, número especial, pág. 49.

Probabilidad de viudedad en ausencia de otras causas de rupturas de la unión (período 1966-1970)

Duración transcurrida después del matrimonio	Sexo femenino	Sexo masculino
10	1,8	0,7
20	5,2	2,0
30	12,6	4,6
40	26,6	8,3

Fuente: D. Maison y E. Millet, «La Nuptialité», *Population,* junio, 1974, núm. especial, pág. 49.

Grupos domésticos y relaciones de parentesco

Nuestras sociedades europeas conocen, por lo menos desde el siglo XVIII, viviendas de fábrica que resultan constringentes para las estructuras familiares. En las sociedades tropicales en donde los materiales de construcción son baratos y en las que el clima permite habitaciones más ligeras, la noción de grupo doméstico en una casa de habitación resulta menos importante. Así, Jack Goody escribió en *Domestic Groups:*

> Las estructuras construidas con materiales temporales cambian su forma según el número y la naturaleza de los individuos que viven en ellas, y es el grupo de residencia el que determina el tamaño del hábitat, antes que lo contrario. Por supuesto, la sociedad debe encontrar un sistema que permita a las familias desarrollarse, mudándose, o añadiendo una nueva pieza. Pero con materiales ligeros, la correspondencia entre residencia y familia es más estrecha (págs. 28-4).

El término inglés *household,* como el francés grupo doméstico o familia, significa a la vez grupo de residencia y grupo de consumo. Si está claro que una explotación agrícola constituye lo uno y lo otro, así como un apartamento separado situado en un grupo de HLM, la distinción es mucho más delicada de establecer cuando algunos grupos humanos se establecen en hábitats relativamente vastos, como las grandes casas de los dayak o de los iroqueses. Así pues, el tamaño de la unidad de residencia debe distinguirse, por una parte, del tamaño de la unidad de consumo encarnada por «un hogar», «una mesa, una olla», y, por otra, del grupo de parientes o de aliados que cooperan en los trabajos cotidianos. Aquellos empadronamientos que incluyen a los abuelos como miembros de una familia o casa no pueden decirnos si éstos toman efectivamente sus comidas con sus hijos casados y qué grado de cooperación y de ayuda mutua está implicado por este tipo de residencia: de un padrón no podemos deducir un modo de vida.

Consideremos las casas (complejos de hábitat) de la etnia de los LoDagaba de Ghana septentrional descritas por Jack Goody en *Household and Family in Past Time* (págs. 107-108). El grupo de residencia está compuesto por numerosos parientes (una media de 16,3 personas). La unidad de producción a menudo es de un tamaño más pequeño; en el ejemplo elegido había tres grupos de este tipo; sin embargo, en el mayor de ellos, en el que el jefe del complejo residencial cultivaba con la ayuda de sus dos hijos, los jóvenes plantaban algunos cultivos por su propia iniciativa y los vendían para su propio provecho, o los conservaban para su consumo. Por lo que respecta al consumo, las unidades productoras todavía estaban más divididas; a cada mujer se le asignaba su propia parte en granos tomada de la reserva colectiva de la que ella se servía para la cocina familiar.

Guardando todas las distancias, podemos comparar este ejemplo con la distribución familiar de un inmueble, bastante excepcional, es cierto. Supongamos que la descendencia de una línea familiar posea un inmueble en régimen de copropiedad de tal modo que cada vivienda es habitada por una familia de la línea familiar de descendencia. Cada hogar está separado, pero las interacciones son numerosas entre los habitantes que están todos emparentados: estas relaciones pueden ser de amor y de ayuda, ¡pero también de rencor y de rivalidad!

Cuando un antropólogo estudia la familia se interesa por el *grupo doméstico dentro del sistema de parentesco,* reconocido como uno de los principios que estructuran la organización social. Para hablar de familia y de parentesco, estudiar el grupo doméstico por su tamaño y su estructura resulta insuficiente. El propio objeto del estudio escapa de los censos. Una antropología de la familia exige, pues, un análisis de las relaciones entre los grupos domésticos y el parentesco en las sociedades contemporáneas, ya sean campesinas, obreras o burguesas.

Plantear el problema de este modo quiere decir que es necesario sustituir el estudio de la familia,

término ambiguo, por el del parentesco, concepto que ha proporcionado abundantes desarrollos teóricos, a la luz de los cuales podemos reformularnos los interrogantes. Así pues, no podremos admitir sin discusión el pretendido debilitamiento de las funciones del grupo doméstico y del parentesco en la sociedad de hoy día. Por el contrario, ¿no podemos pensar que el parentesco continúa asumiendo, de modo latente y relativamente oculto, un determinado número de funciones?

ORIENTACIÓN BIBLIOGRÁFICA

Las comunidades tácitas

DUSSOURD, Henriette, *Au même pot et au même feu. Étude sur les communautés familiales agricoles du centre de la France,* Moulins, Imp. A. Pottier, 1962, 156 págs.

—, *Les Communautés familiales agricoles du centre de la France,* París, Maisonneuve et Larose, 1978, 99 págs.

Las zadrugas

GOSSIAUX, Jean-François, «Famille et tradition communautaire en Yougoslavie», *Annales de l'Institut français de Zagreb,* 1976, 2, págs. 135-150.

HALPERN, Joel M., *A Serbian Village,* Nueva York, Harper and Row, 1967.

HALPERN, Joel M., y HALPERN, Barbara K., *A Serbian Village in Historical Perspective,* Nueva York, Holt, Rinehart and Winston, 1972.

SICARD, Émile, *La Zadruga sud-slave dans l'évolution du groupe domestique,* París, Ophrys, 1943.

El grupo doméstico

El artículo esencial alrededor del cual se han organizado los debates es de:

LASLETT, Peter, «La famille et le ménage: approches historiques», *Annales ESC,* julio-octubre, 1972, núms. 4-5, págs. 847-872, traducción de la introducción a su gran obra colectiva: LASLETT, Peter, y WALL, Richard (eds.), *Household and Family in Past Time,* Cambridge University Press, 1972, 623 págs.

El coloquio del cual surgió esta obra fue presentado por:

BURGUIÈRE, André, «Le colloque de démographie historique de Cambridge, la famille réduite: une réalité ancienne et planétaire», *Annales ESC,* 1969, págs. 1423-1426.

Numerosas recensiones críticas de la obra suponen nuevas aportaciones, por ejemplo:

COLLOMP, Alain, «Ménages el famille. Études comparatives sur la dimension et la structure du groupe domestique», *Annales ESC,* 1974, págs. 777-786.

Una segunda obra aporta datos sobre los grupos domésticos en Europa del Este:

WALL, Richard, con ROBIN, Jean, y LASLETT, Peter (eds.), *Family Forms in Historic Europe,* Cambridge, Cambridge University Press, 1983.

Artículos y obras consagrados al grupo doméstico:

BERKNER, Lutz K., «Inheritance, Land Tenure and Peasant Family Structure: a German Regional comparison», *Family and Inheritance,* ed. por Jack GOODY, Joan THIRSK y E. P. THOMPSON, Cambridge, Cambridge Universtiy Press, 1976, págs. 71-95.

—, «Peasant Household Organization and Demographic Change in Lower Saxony (1689-1766)», *Population Patterns in the Past,* Ronald Demos LEE (ed.), Nueva York, Academic Press, 1977, páginas 53-69.

COLLOMP, Alain, «Famille nucléaire et famille élargie en haute Provence au XVIII[e] siècle», *Annales ESC,* 1972, 4-5, págs. 969-975.

FINE-SOURIAC, Agnès, «La famille-souche pyrénéenne au XIX[e] siècle», *Annales ESC,* mayo-junio, 1977, 3, págs. 478-487.

MEDICK, Hans, «The Proto-Industrial Family Economy: The Structural Function of Household and Family during the Transition from Peasant Society to Industrial Capitalism», *Social History,* 1976, 3, págs. 291-315.

NETTING, Robert McC.; WILK, Richard R., y ARNOULD, Eric J. (eds.), *Households, Comparative and Historical Studies of the Domestic Group,* Berkeley, University of California Press, 1984.

SEGALEN, Martine, «Household Structure, the Family Life Cycle over Five Generations in a French Village», *Journal of Family History,* 1977, 2-3, páginas 223-236.

—, «Cycle de la vie familiale et transmission du patrimoine en Bretagne. Analyse d'un cas», *Ethnologie française,* 1978, VIII, 4, págs. 271-278.

Aproximación antropológica a los grupos domésticos:

GOODY, Jack, «The Evolution of the Family», *Household and Family in Past Time,* págs. 103-124.
—, «Domestic Groups», Addison-Wesley Module, *Anthropology,* 1972, módulo 28, págs. 1-32.

La estructura de los grupos domésticos en un medio urbano:

ANDERSON, Michael, «Family Structure in XIXth Century Lancashire», *Cambridge Studies in Sociology,* 5, 1971, 230 págs.

Capítulo 3

PARENTESCOS Y PARENTELAS

Estamos acostumbrados a pensar que el hecho familiar, tan profundamente arraigado en cada uno de nosotros, es universal, y nos sorprendemos al descubrir en otras partes configuraciones distintas. En este punto es donde resulta esencial la aportación de la teoría del parentesco para ayudarnos a tomar una cierta distancia. Todo grupo humano está confrontado con la misma base biológica y la forma como pasa de este estadio al social permite aprehender su esencia.

El dato biológico de base es un hombre, una mujer, niños. Entre mujer e hijo, un lazo de engendramiento y de descendencia, entre los hijos un lazo que los religa a la genitora y los liga entre ellos por esta genitora. Los lazos madre-hijo, hermana-hermano son biológicos, pero la asociación hombre-mujer ya es social. Cada sociedad debe nombrar estos lazos que entrañan en el seno de la díada y de la tríada un conjunto de relaciones, de sentimientos, de obligaciones. Ya, entre estos individuos, reconocemos que los lazos no son de la misma naturaleza: lazos por la sangre entre madre e hijos, por la alianza entre hombre y mujer.

Si bien el término de parentesco figura siempre en el diccionario, tiende a perder terreno en el lenguaje corriente, pues lo utilizamos poco, y se confunde con el de familia. La vaguedad de un término nos transporta entonces sobre el otro. El parentesco designa a la vez:

— las personas que son nuestros parientes, es decir, padre, madre, pero también hermano, hermana, tío, tía, primo, ya se trate de parientes consanguíneos o por alianza;
— un institución que regula en una medida variable el funcionamiento de la vida social.

Comparemos con la terminología inglesa para precisar mejor estos diferentes significados: se trata, más que de un ejercicio de estilo, de una necesidad para comprender las teorías antropológicas de las que los primeros autores fueron sabios ingleses o americanos. Los ingleses designan con el término de *parents* al padre y a la madre, mientras que *kindred* o *kin* designan a los individuos que, en francés, llaman sus parientes, es decir, un grupo mucho más extenso de emparentados. Además, el término *kinship* se traduce por «parentesco por la sangre», de tal manera que hace falta un segundo término inglés, *affinity*, para cubrir el sentido del término francés «parentesco» que es a la vez consanguíneo (por la sangre) y aliado (por el matrimonio). Esta diferencia de vocabulario refleja la diferente concepción del parentesco en las dos lenguas y en las dos culturas. Sólo el parentesco consanguíneo contaría para los ingleses, mientras que el parentesco por alianza les resultaría en cierto modo exterior.

¿Qué es lo que fundamenta la importancia del parentesco? En la sociedad contemporánea parece que encontramos un esposo por azar (en la oficina, en el baile, durante las vacaciones); un empleo, una vivienda, mediante los anuncios por palabras. En numerosas sociedades, alianza, trabajo, residencia dependen del lugar que ocupa el individuo en la organización del parentesco. Mucho más, toda la organización social está regulada por los grupos de parentesco, ya se trate del terreno económico, político o religioso.

Los sociólogos de la familia contemporánea añaden al presupuesto de la contracción del grupo doméstico el de la desaparición casi absoluta de las relaciones de parentesco. Esta proposición es la que queremos discutir y refutar. Se deslizan en esta tesis algunos resabios de evolu-

cionismo. Para los primeros antropólogos y sociólogos de la familia, el sistema de parentesco habría evolucionado, a partir de una sociedad matriarcal en la cual reinaba la promiscuidad sexual y en la que los hijos sólo reconocían a su madre, hacia una sociedad patriarcal más refinada en la que cada pareja reconocía a sus hijos, para, finalmente, alcanzar un modelo acabado, el de la sociedad europea de finales del siglo XIX, en la cual se supone que las relaciones de parentesco sólo tendrían una reducida importancia social. A la superioridad técnica del XIX triunfalista correspondía la superioridad de su modelo de parentesco en el universo de los tipos posibles.

De estas teorías evolucionistas derivan los trabajos de los primeros etnólogos. El abogado norteamericano Morgan publicó, en 1871, una obra sobre los *Systems of Consanguinity and Affinity of the Human Family,* que intentaba establecer las etapas de estas evoluciones, desde la primera familia «salvaje» hasta la familia «civilizada» de su época mediante el rodeo de los diferentes sistemas de parentesco. Después, los antropólogos han demostrado que no existe una correlación directa entre el tipo de economía de la sociedad y su organización y que no cabe un juicio de valor en relación a los diferentes sistemas de parentesco; ninguno es superior al otro:

> Los aborígenes de Australia que, como cazadores-recolectores, participan de una economía rudimentaria de tipo paleolítico han desarrollado un sistema de alianza muy refinado. De modo diferente a las invenciones tecnológicas, los sistemas de parentesco no están jerarquizados: no los hay mejores, y peores, progresistas y retrógrados; significan simplemente elecciones posibles (pág. 18),

escribía Robin Fox en *Antropología del parentesco.* En nuestra sociedad, el parentesco está reconocido; continúa cumpliendo ciertas funciones; nos corresponde a nosotros evaluar la naturaleza y el peso en relación a otros sistemas sociales. El parentesco representa una de las combinaciones posibles en el universo de los arreglos conocidos.

La terminología del parentesco

Tal como constata Fred Zimmerman en *La Parenté,* el parentesco constituye un sistema de «referencia social» que se efectúa mediante la terminología. Esta última sirve para designar el universo de parientes que la consanguinidad, la alianza nos dan (o en determinados casos, la adopción). Además, la terminología del parentesco es un sistema de clasificación de los parientes que designa las conductas: de evitación, de respeto, de galantería, que pueden tenerse con estos tipos de parientes. En nuestra sociedad, estos términos son poco numerosos: padre, madre, tío, tía, primo, hermano, hermana, etc. Se trata de términos de referencia. Los términos de apelación, de los que comprendemos fácilmente su función, son utilizados cuando se habla al pariente en cuestión: papá, mamá, tío o tito, tía o tita, etc. Algunos a veces pueden llevarnos a confusión: *beau-père* y *belle-mère* designan al segundo marido (padrastro) o a la segunda mujer (madrastra) de mi padre o de mi madre, y también a los padres de mi marido (suegro y suegra). No distinguimos entre el marido de la hermana de nuestro padre (aliado) y el hermano de nuestro padre (consanguíneo), tanto a uno como al otro se le llaman «tío». En general, la terminología francesa del parentesco no distingue entre consanguinidad y alianza, mientras que la inglesa sí lo hace, lo cual es lógico, puesto que posee dos términos para designar aquello que los franceses agrupan bajo el único vocablo de parentesco. Así pues, en Inglaterra, la relación de alianza está cualificada con el término *in-law,* subrayando su aspecto jurídico. El término *beau* utilizado en francés puede tener una doble interpretación: o bien intenta adornar las cualidades del recién llegado a la familia como para integrarlo mejor y disipar la distancia, o bien, por el contrario, al igual que la terminología inglesa, la subraya.

Los primeros antropólogos aprehendieron la diferencia del universo de las culturas a partir del descubrimiento de los términos particulares que empleaban los indígenas para nombrar a sus padres. Dese 1724, Lafitau, en su obra *Moeurs des sauvages américains,* seguido por Morgan, el abogado de los iroqueses, remarcó que en estas sociedades lleva el término de «padre» a la vez el padre-genitor y el hermano del padre, y «madre» a la vez la madre y la hermana de la madre. Esto es lo que se ha convenido en llamar en antropología la «terminología clasificatoria», pues este sistema permite organizar el universo de los parientes en un reducido número de grupos. Veamos cómo Radcliffe-Brown, en su introducción a *Systèmes familiaux et matrimoniaux en Afrique,* presenta esta terminología clasificatoria:

El principio esencial de la terminología clasificatoria es sencillo. Si A y B son dos hermanos y si X tiene un cierto lazo de parentesco con A, se considera que tiene un lazo parecido con B. Del mismo modo, si A y B son dos hermanas. En todo sistema particular, el principio está aplicado con una extensión determinada. La similitud de lazos entre parientes está indicada por la aplicación de uno solo y del mismo término simple a A y B. El hermano del padre es llamado «padre», y la hermana de la madre es llamada «madre». El hermano del padre del padre es considerado como parecido al padre del padre y, consecuentemente, su hijo también es llamado «padre». El principio, una vez adoptado, puede ser aplicado y extendido de diferentes maneras. Sea cual fuere su utilización, permite reconocer como parientes un gran número de personas y clasificarlas en un número relativamente limitado de categorías. Dentro de una misma categoría se distingue a los parientes próximos de los parientes alejados (página 10).

Nuestra sociedad también es susceptible de un análisis en términos de categorías de parientes. Es lo que hace David Schneider en su obra *American Kinship. A Cultural Account:*

El conjunto ordenado de lazos de parentesco, tal como es definido en la cultura americana, se compone esencialmente de dos órdenes de relaciones: el orden de la naturaleza y el orden de la ley.

Los parientes por naturaleza tienen en común la herencia. Los parientes según la ley están ligados únicamente por la ley o las costumbres, por un código de conducta, por un sistema de actitudes. Son parientes en virtud de sus lazos reconocidos, y no de sus características biológicas. A partir de estos dos órdenes se constituyen tres clases de parientes:

1. En primer lugar está la clase de parientes que lo son sólo por naturaleza, que incluye al hijo natural o ilegítimo, al genitor por oposición al «padre» adoptivo, etc.
2. La segunda clase está compuesta por aquellos parientes que lo son sólo por la ley. Esta clase la podemos denominar tanto «parientes por el matrimonio» como «parientes según la ley». Incluye al esposo, la esposa y los parientes llamados *step-in-law, foster,* etc.
3. La tercera categoría está compuesta por los parientes que lo son a la vez por naturaleza y por la ley, y a los que llamamos parientes por la sangre[1].

La terminología del parentesco se articula con los modos de filiación y de alianza, que constituyen los otros dos principios del parentesco. No es fácil resumirlos de un modo sencillo, pues las categorías de la filiación y de la alianza son complejas, y están siempre en discusión entre los antropólogos contemporáneos. A menudo se reducen a una caricatura reflexiones muy profundas, discusiones siempre apasionadas. Sin embargo, intentaremos la apuesta a fin de dar un alcance más amplio al estudio de la familia contemporánea, y más particularmente al estudio de los grupos domésticos en las redes de parentesco, el objeto que aquí nos ocupa.

La filiación

La filiación es el reconocimiento de lazos entre los individuos que descienden los unos de los otros. Esta idea de «descendencia» aparece mejor en el término inglés *descent* que en el nuestro «filiación». En efecto, el principio juega en los dos sentidos, ascendiendo o descendiendo a lo largo de las generaciones sucesivas. Toda sociedad conoce la filiación, pero algunas le otorgan mayor importancia que otras. Este principio está muy claramente percibido en nuestra sociedad: podemos reconstruir nuestro árbol genealógico, y sabemos que un número cada vez mayor de personas se dedican a esta actividad. (Será necesario, por otra parte, interrogarse por las razones de esta especie de retorno a las raíces, esta necesidad de saberse encuadrado por numerosos antepasados, quizá gloriosos, pero también bien humildes.)

Distinguimos la línea directa: los padres y las madres de nuestros padres... de la línea colateral: primos, primos salidos de hermanos, parientes con los cuales tenemos un antepasado en común, pero de los que no somos descendientes. En la lengua francesa, estos parientes no son nombrados. Más allá del término abuelo tenemos dificultades en designarlos, pues la mayoría de las veces no sabemos quiénes fueron o lo que hacían. La memoria genealógica en nuestra sociedad no es muy profunda; se reduce a tres generaciones más o menos. Sin saber si ésta es la causa o el efecto, es necesario constatar la pobreza de nuestro vocabulario para designar estos antepasados con los cuales lo que tenemos en común se reduce, las más de las veces, a un nombre, a una propiedad llamada «de familia». Hablamos de «rama» o de «tronco familiar». La representación

[1] David M. Schneider, *American Kinship: A Cultural Account,* Englewoods Cliffs, Nueva Jersey, Prentice-Hall, 1968, págs. 25-29. Traducido al francés por Fr. Zimmerman, *La Parenté,* págs. 65-66.

del árbol, que tiene sus raíces en el antepasado señalado y que acaba en los brotes de las generaciones más jóvenes, expresa gráficamente la aspiración del dibujante por regresar a las fuentes. Nuestra sociedad reconoce también que mediante la filiación se transmite un conjunto de características o de bienes, el nombre, o incluso rasgos físicos.

En las sociedades exóticas, el principio de filiación tiene una importancia mucho mayor. Según que uno sea hijo de tal hombre o de tal mujer, que uno descienda de tal ancestro probado o mítico, compartirá un determinado número de derechos o de deberes con otros parientes. Un cierto modo de relaciones sociales y afectivas será prescrito con los parientes pertenecientes a este grupo, otro diferente con aquellos que están excluidos. Estos grupos de parientes multifuncionales segmentan la sociedad y sobre ellos reposa una parte más o menos importante de la organización social. Estos grupos se denominan en inglés con el término de *descent groups.*

Lo que distingue a nuestras sociedades industrializadas de las sociedades exóticas no es la ausencia de filiación, sino el hecho de que nuestros grupos sociales se reclutan menos sobre la base del parentesco que sobre las clases de edad, la clase social, la afinidad amical, el lugar de trabajo, el ejercicio del ocio, etc.; podemos ser miembros de una asociación de padres de alumnos, de un club como el Rotary, de un sindicato, de un club deportivo o, simplemente, compartir nuestro tiempo libre con los amigos. En una sociedad exótica, todas estas separaciones sociales estarían reagrupadas y determinadas en función de la pertenencia al grupo de parentesco. Sin embargo, a base de querer oponer de esta manera las sociedades exóticas y las sociedades industriales, hemos enmascarado el rol todavía muy importante del parentesco en nuestra sociedad. En todas partes, la filiación es reconocida y su peso en la organización social varía en las diferentes sociedades humanas que juegan con todas las posibilidades combinatorias del sistema.

Filiación unilineal

En la filiación unilineal sólo son reconocidos como parientes aquellos que descienden de una línea paterna de una línea materna. El reconocimiento del individuo en su grupo de parientes puede hacerse por relación a un antepasado común determinado con el cual puede establecerse un lazo genealógico: es el «linaje». El «clan» reagrupa parientes sobre una profundidad genealógica mayor hasta un ancestro común con el cual no puede establecerse exactamente un lazo y que deviene mítico. El linaje podría aparecer como subdivisión del clan. La pertenencia a tal linaje o a tal clan determina enteramente la posición social de un individuo, en el interior de su propio grupo de filiación, y *vis-à-vis* de aquellos que no forman parte. Así pues, deberá casarse en el interior de su linaje o, por el contrario, ello le será prohibido; podrá heredar bienes o privilegios atribuidos a su linaje, etc. El linaje es algo más que un conjunto de parientes unidos por lazos privilegiados; también es una persona moral que posee bienes indivisibles, que cumple funciones políticas, militares, religiosas, etc. A veces, cuando el linaje implica una subdivisión de clanes más vasta, se da un reagrupamiento de diversos linajes del clan para un conjunto de ceremonias.

La filiación unilineal adopta, pues, un principio de clasificación fundado sobre el sexo; asigna un individuo a un solo grupo de parientes. ¿Cómo están constituidos estos grupos, cómo funcionan? Según algunos autores, el tipo de residencia dependería del principio de filiación: se residiría donde su padre porque uno es miembro de su patrilinaje. Por el contrario, Robin Fox, en su *Anthropologie de la parenté,* estima que el modo de residencia gobierna el principio de filiación. Los primeros grupos humanos, cazadores sobre un extenso territorio, tuvieron que organizarse alrededor de campamentos fijos en los que residían las esposas y las madres, lo que constituía la residencia matrilocal. La mujeres están, forzosamente, sedentarizadas por el embarazo, la lactancia, el cuidado del recién nacido, mientras que el hombre recorriendo como cazador un amplio territorio vuelve episódicamente a su hogar para traer sus presas, cumplir con un cierto número de ceremonias, etc. Así, podría desarrollarse una sociedad matrilineal de la que R. Fox proporciona un ejemplo con el destino de algunos indios shoshone que se desplazaron hacia el sur y se establecieron en las mesetas desérticas del sudoeste de los Estados Unidos bajo la presión de los indios apache venidos del norte... Las mujeres cultivaban la tierra y los hombres perseguían la caza. La residencia matrilocal era la regla:

Un grupo restringido incluyendo por ejemplo la vieja abuela, sus hijas y las hijas de éstas vivía en una casa o una aldehuela y cultivaba los campos de maíz. Los maridos venían ocasionalmente a las casas, pero pasaban la mayor parte de su tiempo en la caza, en la guerra y en la celebración de los ritos religiosos en compañía de los demás hombres de la banda. Las condiciones ecológicas y militares hacían imposible cualquier concentración de población. Estos shoshone reformados prosiguieron su descenso hacia el sur (...), formaron aglomeraciones más importantes que ocuparon los fondos de valle y luego llegaron a asentarse en las grandes «mesas», esas vastas mesetas rocosas que dominan el desierto de Arizona, no lejos del Gran Cañón. Instalados en lo sucesivo en las grandes aldeas aglomeradas, los shoshone conservaron el grupo doméstico matrilocal como unidad de organización social, pero la reunión de familias antaño dispersadas tuvo una consecuencia capital. En otros tiempos, los hombres nacidos en la familia, miembros nativos del grupo, rompían todos los lazos con él después de su matrimonio; sólo conservaban un lazo episódico con la familia de origen. Cuando la población se constituyó en aldea, estos contactos, por el contrario, se volvieron fáciles y naturales (págs. 88-89).

En estos grupos shoshone que se han convertido en los hopi está claro que las madres y las hijas constituyen el elemento estable de la casa. Los hijos y los maridos son los elementos móviles. El divorcio está facilitado: para conseguirlo, una mujer colocaba las cosas de su marido fuera de su choza. En este ejemplo aparece la articulación entre filiación, modo de residencia y estructura del grupo doméstico.

En estos sistemas matrilineales, los hombres pertenecen al grupo social de su madre, lo que da una cierta preeminencia a las mujeres; de todas formas, los hombres no están excluidos: el hombre importante del matrilinaje es el hermano de la madre. El rol del marido se reduce al de genitor. Estos hombres del matrilinaje detentan la autoridad dentro de la casa y son ellos los que educan a los hijos de su hermana. Otras soluciones residenciales son compatibles con las de filiación matrilineal; por ejemplo, Malinowski describió un tipo de residencia avuncolocal entre los trobriandeses, isleños del Pacífico occidental, célebres en la literatura antropológica por su sistema particular de intercambios en el que el hombre conduce a su mujer a vivir a casa del hermano de su madre.

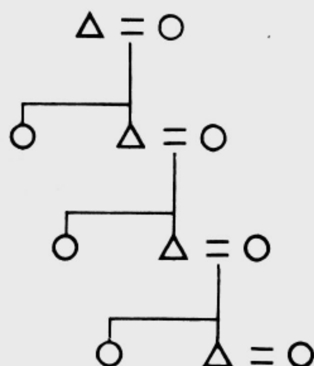
La filiación patrilineal no constituye la simetría exacta de la filiación matrilineal, puesto que este último tipo comporta contradicciones con los principios de funcionamiento del grupo, sobre todo con el de la detentación de la autoridad por parte de los hombres. En efecto, las sociedades matrilineales no se confunden en nada —como habían pensado los primeros etnólogos— con los matriarcados, es decir, sociedades en las cuales el poder político (en el sentido amplio del término) estaría en manos de las mujeres. Ninguna sociedad exótica proporciona el ejemplo. La sociedad matrilineal debe, pues, resolver las contradicciones entre el principio de un modo de residencia alrededor del matrilinaje con el fin de que los matrimonios resulten posibles y el mantenimiento de buenas relaciones con los hombres de los otros matrilinajes.

Si, en algunas sociedades, los bienes están entre las manos de las mujeres, la mayoría de las veces son sus hermanos los que tienen la posesión. Veamos el arreglo original que ofrece el ejemplo de los menangkabao de Sumatra: en esta sociedad, el núcleo padre-madre-hijos no tiene función. La unidad de base es el *samandaï*, constituido por una madre y sus hijos. El *parui*, que reagrupa a varias de estas unidades a las cuales se añaden los hombres que residen con su hermana, es propietario de las tierras regentadas por los hermanos de la madre. El hombre que se casa vive en su *parui* de origen. Se trata del tipo de «matrimonio furtivo»: cuando una hija se casa se le construye una habitación de más y su marido viene a visitarla por la noche. Los *parui* se reagrupan en *kampueng*, bajo la autoridad del más anciano del *parui* más antiguo, y los *kampueng* se reagrupan en clanes que, reunidos en dos mitades, recortan la unidad aldeana. Así pues, toda la vida social de estas aldeas está segmentada según funciones políticas y, sobre todo, rituales y religiosas, como el culto de los antepasados.

En las sociedades que conocen una filiación patrilineal, la residencia es patrilocal, es decir, la joven pareja formada por el hijo y por su mujer se instala en la casa del padre del esposo, o neolocal, en una casa independiente. En este tipo de filiación no existe conflicto para la atribución de la autoridad, tal como ocurre en la sociedad matrilineal, en la que las mujeres tendrían razones para exigirlo en base al modo de filiación que transita por ellas y al modo de residencia, a menudo centrado alrededor del grupo madre-hija.

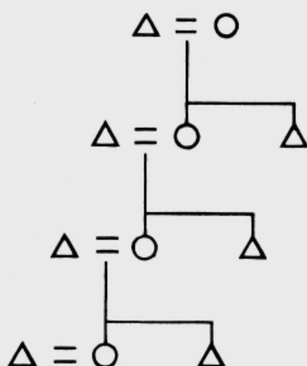
En la filiación patrilineal (llamada todavía agnática) se transmiten de padre en hijo (agnados)

Grupo de filiación patrilineal



Δ = hombres
O = mujeres
signo = significa matrimonio

Grupo de filiación matrilineal



Fuente: Robin Fox, *Anthropologie de la parenté*, pág. 146.

el nombre, los bienes, los privilegios, los derechos, los deberes políticos, religiosos, económicos, etc. Determinar de quién uno es hijo es pues primordial; por esta razón es por la que escribe Robin Fox: «Las sociedades patrilineales atribuyen mucha más importancia al matrimonio y a los derechos del marido sobre su mujer y sus hijos» (pág. 115). En una sociedad matrilineal sólo prima la relación madre-hijos, que es la única evidente, razonablemente llevada a sus condiciones extremas cuando algunas sociedades disocian unión sexual y fecundación.

El lugar de las mujeres no es igual al de los hombres en un sistema matrilineal, que, ya lo hemos visto, les atribuye el rol preponderante no en tanto que maridos y padres, sino en tanto que hermanos y tíos. En la filiación patrilineal, las mujeres pueden quedar excluidas de su linaje de origen; algunas sociedades les reconocen un lugar no tanto en cuanto que hermanas de las que hace falta desembarazarse mediante el matrimonio, sino en tanto que esposas. Se desprende un arreglo de reglas de atribución de la dote que, entregada al linaje del cual se toma la mujer, permite al marido que la entrega afirmar sus derechos sobre sus hijos y al linaje que la recibe asentar sus derechos sobre los hijos de uno de los miembros del grupo.

De estas descripciones extremadamente sumarias y esquemáticas de los dos tipos unilineales de filiación no es necesario concluir que las sociedades patri o matrilineales funcionan según el mismo modelo en todas partes en las que se observa este tipo de filiación. Sobre estos modos de organización social, que en cierta forma no son más que el armazón exterior de la sociedad, se injerta toda una gama de variaciones culturales: las funciones de los grupos de linaje, los tipos de relaciones interpersonales, las reglas de la alianza, todo el proyecto global de una sociedad que explica la variedad del universo de las culturas.

Por ejemplo, las comunidades tácitas, estas «grandes familias» de las que hemos hablado anteriormente, presentan una variante de los modos posibles de organización de una filiación patrilineal. Uno es miembro de la comunidad Quittard-Pinon de Thiers de padre en hijo: esta pertenencia confiere un derecho sobre una propiedad colectiva e indivisa, así como un estatus acordado por la reputación del linaje. Las mujeres estaban excluidas de estos linajes y de los derechos que les iban aparejados, por la dote que recibían cuando se casaban fuera de la comunidad. Esta dote era una especie de compensación por la renuncia a su parte dentro del bien colectivo. Por otra parte, el linaje, que intentaba preservar sus bienes y, consecuentemente, hacer las menos entregas posibles en dinero líquido, estimulaba la endogamia, es decir, el matrimonio dentro de la comunidad (contrariamente a las sociedades primitivas, en las que los linajes son las más de las veces exógamos). Las comunidades tácitas son patrilinajes, en la medida en que hay una referen-

cia a un antepasado común identificable, pero no se trata de clanes, pues no se da un reagrupamiento de varios de estos patrilinajes que podrían identificarse colectivamente con un antepasado mítico y que llevarían a cabo conjuntamente ritos religiosos o políticos. Más allá de la comunidad familiar, la comunidad aldeana engloba unidades familiares que son de naturaleza diferente, grupos domésticos simples o extensos: otros principios de solidaridad, que recortan a veces de las redes de parentesco, están en juego.

Las comunidades tácitas apenas podían desarrollarse cuando la presión demográfica era fuerte, pues el territorio que explotaban, al igual que en toda sociedad campesina europea, era limitado. Por el contrario, en los vastos espacios muy poco poblados de África o de Asia, la infinidad del territorio autoriza el desarrollo y la multiplicación de los linajes por escisión cuando ya son demasiado numerosos. A partir de una cierta segmentación, incluso vemos aparecer elementos de jerarquización social. En Europa, si tenemos la posibilidad de trazar genealogías, no ascendentes, sino descendentes a partir de un antepasado común, podemos ver separarse algunas ramas a un destino social diferente: pequeños campesinos y grandes agricultores, habiendo recibido ya sean bienes o ya sea estatus de su padre, y cuyos hijos se convertirán en médicos o comerciantes, mientras que sus primos lejanos habrán permanecido en la aldea, en las pequeñas explotaciones o habrán ido a aumentar la masa de obreros en la ciudad.

Filiación bilineal y complementaria

Existen sociedades en las que funciona una filiación bilineal, en la cual cada grupo de filiación tiene asignada una función diferente, el patrilinaje cumple unas funciones y el matrilinaje otras. El caso de los yakö de Nigeria es célebre. A continuación sigue la presentación que hace Robin Fox:

> La ciudad está dividida en barrios y en cada barrio reside un patriclán exógamo *(kepun)* que celebra el ritual en la casa común del clan. Estos clanes incluyen linajes distintos *(yeponama)* que poseen tierras y en los que todos sus miembros viven con sus esposas y sus hijos en un mismo recinto. Pero la ciudad de Umor comporta igualmente matriclanes que están dispersos en virtud de la residencia patrilocal y de la regla de exogamia del patriclán. Cada matriclán *(yajima)* posee un santuario que alberga su espíritu tutelar y un sacerdote investido de una gran autoridad. Por este parentesco matrilineal se transmiten todos los bienes muebles. Un hombre hereda, pues, de dos lados: de su padre recibe la casa, la tierra y otros bienes inmuebles, y de los hermanos de su madre, el dinero, el ganado y los bienes muebles; en otras palabras, un hombre deja al morir sus tierra y su casa a sus hijos y a otros próximos (agnados), y sus riquezas en dinero y en ganado, a los hijos de sus hermanas y otros parientes próximos (...) uterinos.
>
> Los matriclanes juegan un papel importante en tanto que grupos rituales y tienen por misión «asegurar la paz» en la aglomeración. Este rol de mediador, sin duda, responde al hecho de que los miembros del matriclán conjugan en su seno los diversos patriclanes localizados entre los cuales están repartidos[2].

A pesar de la complejidad del sistema, éste funciona, puesto que cada linaje asegura un principio claramente separado y los elementos estructurales de la organización social están en armonía: en esta sociedad, la movilidad de las mujeres se acuerda con la movilidad de los bienes que su linaje transmite y la inmovilidad de los hombres con la del patrimonio de bienes raíces reservado para el patrilinaje. Pero, a pesar del relativo equilibrio conseguido por los yakö en el momento en que el antropólogo estudiaba su organización social, está claro que un sistema de filiación bilineal es frágil como consecuencia de la competencia entre los dos linajes; así:

> Las exigencias propias del matrilinaje se conservan: le hace falta fecundar a sus mujeres y mantener su imperio sobre los hijos y ello para el fin que sea. Los sacerdotes del matriclán yakö tienen necesidad de sobrinos uterinos a los que transmitir sus cargos. Y el patrilinaje intenta «desembarazarse» de sus parientes consanguíneos y procurarse esposas con el fin de procrear hijos. Con este fin, ha instituido la poliginia y la compensación matrimonial. En términos de roles, asigna un lugar social doble al individuo que es a la vez «padre» y «hermano de la madre» (pág. 138).

Además, Meyer Fortes ha establecido que toda sociedad de filiación unilineal comporta una filiación complementaria *(complementary filiation)*, que, dice,

> actúa de contrapeso a la tendencia del agrupamiento unilineal a endurecer las barreras sociales. Todo ocurre

[2] Robin Fox, *op. cit.*, págs. 135-138, a partir de Daryl Forde, *Yakö Studies*, Oxford, Oxford University Press, 1964.

como si, allí donde el grupo de unifiliación está rigurosamente estructurado en el interior del sistema social total, encontramos verosímilmente el parentesco utilizado para definir y sancionar un campo personal de relaciones sociales para cada individuo[3].

Filiación indiferenciada o cognática

En la filiación indiferenciada o cognática, la pertenencia a un grupo de parentesco ya no está fundada sobre el sexo. Todos los descendientes de un individuo forman parte de su grupo de parentesco. Si ilustramos mediante un esquema la diferencia entre filiación bilineal y filiación cognática, constatamos que un individuo será miembro no sólo de dos linajes, sino de tantos como de los que pueda reconocer antepasados. En el plano teórico, tales grupos parecen muy poco funcionales: ¿cómo conciliar, por ejemplo, la multifuncionalidad de los linajes con la residencia que exige que escojamos uno entre los dos, puesto que no podemos vivir en todas partes ni explotar todas las tierras que pertenecen a los diversos linajes? Estos grupos funcionan en la medida en que su flexibilidad permite adaptarse a fluctuaciones demográficas importantes; contrariamente al sistema unilineal, que prohíbe la transferencia de un individuo de un grupo de parientes a otro, el sistema cognático permite a un individuo activar sus relaciones con otro patri o matrilinaje, de hacer valer sus derechos sobre sus tierras si las de su linaje presente son insuficientes, en caso de presión demográfica, por ejemplo.

La sociedad francesa, con la excepción del nombre, que es transmitido en filiación patrilineal, está en un régimen de filiación indiferenciada. Se puede recibir en herencia bienes procedentes de los cuatro abuelos y, más generalmente, se reconocen emparentados con todos los ancestros —sea en la línea que sea— que la reconstitución de la genealogía permita establecer. El clan escocés era también una forma de grupo de filiación cognático: el sentido primitivo de *clann* en gaélico era «hijo» o «descendiente», y aunque el clan tenga una coloración patrilineal, todo verdadero escocés de las Tierras Altas llevaba dos nombres: el de su padre y el de su madre. Así, Robert Mac Alpine Mac Kinnon es Mac Kinnon por su padre y Mac Alpine por su madre, y podía por su nacimiento pertenecer indiferenciadamente a uno u otro clan[4]. De igual modo, las mujeres españolas llevan siempre dos apellidos, el de su padre y el de su madre, o más exactamente, el del padre de su madre, perdiendo este último en el matrimonio para ser reemplazado por el de su marido.

Prevengámonos de otra ilusión que la presentación demasiado esquemática de los sistemas de filiación podría crear: no hay que fijar a las sociedades en clasificaciones muy rígidas; evolucionan con el tiempo, como los shoshone matrilineales a los hopi patrilineales; algunas sociedades agnáticas tienden hacia la indiferenciación según las circunstancias históricas, sociales, demográficas. Lo importante es no encerrarse en cuadros tipológicos rígidos que mutilan la realidad social, sino establecer los tipos que permitan situar los cambios en el tiempo y en el espacio.

La parentela

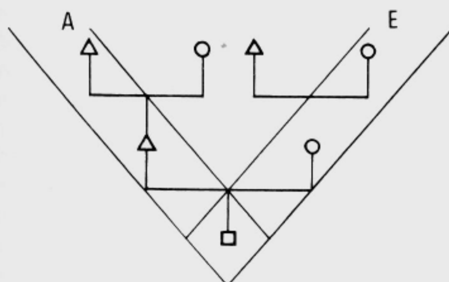
Los grupos de parentesco que acabamos de analizar rápidamente están constituidos por referencia a uno o más antepasados comunes. A la inversa, la parentela toma como centro al individuo que reconoce a sus parientes por la sangre y por la alianza hasta el agotamiento de los lazos genealógicos que su memoria o la de su grupo parental puede retener. Contrariamente a los grupos de unifiliación, en los que un gran número de parientes, a condición de que desciendan los unos de los otros, se reconocen una filiación idéntica, sólo los primos hermanos (es decir, recordémoslo, el grupo de hermanos y de hermanas) poseen una parentela idéntica (en inglés *kindred*). Estos grupos no constituyen personas morales como los grupos de filiación; no poseen derechos en común ni bienes indivisos.

Las parentelas están muy vivas en nuestras sociedades. Su tamaño varía en función de las diferentes ocasiones sociales. Hoy día, en la práctica cotidiana, se marcan los límites en los primos segundos, pero con motivo de los entierros, en las comunidades aldeanas, se reúnen parentelas más numerosas para el último adiós a un difunto con el cual existía un lazo de sangre o de alianza, sin que este lazo pase necesariamente por la existen-

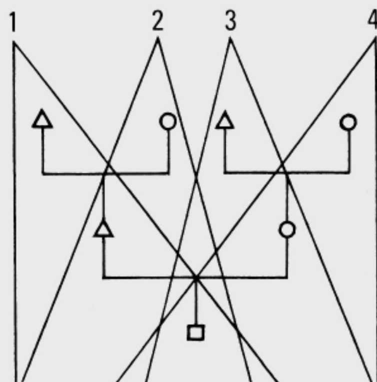
[3] Meyer Fortes, «The Structure of Unilineal Descent Groups», *American Anthropologist,* 1953, t. 53-1, págs. 17-41, analizado por Louis Dumont, *Introduction à deux théories d'anthropologie sociale,* 1971, págs. 75-81.

[4] Robin Fox, *op. cit.,* pág. 156.

Filiación bilineal



Filiación indiferenciada



cia de un ancestro común. Otra diferencia fundamental con el linaje: tal grupo de parientes podrá ser solicitado en tal circunstancia, y tal otro para una ocasión diferente. Toda la interacción social no descansa, pues, sobre un grupo rígidamente estructurado como el linaje paternal o maternal.

Sin embargo, la parentela no es sólo característica de las sociedades contemporáneas, como ocurre con el grupo doméstico restringido a los padres y a los hijos. Existen igualmente sociedades exóticas basadas en parentelas con funciones menos constringentes que las de los linajes, como es el caso de los iban de Borneo descritos por J. Freeman:

En la organización social, económica y religiosa de los iban, la familia (...) es un grupo de tamaño restringido, una familia-troncal que, cuando alcanza su pleno desarrollo, raramente sobrepasa los diez miembros: por tanto, no proporciona una base suficiente para las diversas actividades que llevan a cabo los iban y que van más allá del nivel doméstico. En estas condiciones, en una sociedad en la que no existían grupos organizados a gran escala, las relaciones de parentela adquieren toda su importancia. La sociedad iban está completamente cuadriculada por una red de parentelas imbricadas las unas con las otras. En una sociedad bilateral como la de los iban, los conjuntos M y N de primos hermanos, que no son parientes por cognación entre ellos, son atraídos a las actividades comunes por Ego (o uno de sus hermanos y hermanas), y de estas actividades comunes (que, en su origen, se basaban en el hecho de que M y N forman parte de la parentela de Ego) nacen nuevos lazos. Ulteriormente, en efecto, los miembros de los conjuntos M y N se comprometerán en actividades comunes de las que Ego, el pariente cognático que tienen en común, no será el promotor [5].

El ejemplo de los iban ilustra la articulación entre grupo doméstico y parentesco; a continuación, muestra que sistemas que considerábamos fácilmente como necesariamente ligados a la evolución industrial de la sociedad los encontramos también en sociedades primitivas; en fin, subraya la flexibilidad y la multifuncionalidad de las parentelas en términos que podrían, casi sin transposición, definir a nuestras sociedades.

La alianza

Conviene, en primer lugar, definir la noción de exogamia, *marrying-out,* que ha intervenido ya en nuestro análisis de los linajes. Se trata de un tipo de matrimonio fuera del grupo social de origen y que permite entrar en relaciones con otros grupos de filiación. Por esta regla de la exogamia reencontramos la prohibición del incesto que es la expresión negativa de una ley de intercambio.

El matrimonio es uno de los momentos del intercambio, uno de los ejemplos y una de estas ocasiones de prestaciones totales que comportan bienes materiales, valores sociales, tales como privilegios, derechos, obligaciones y también mujeres. La relación de matri-

[5] J. D. Freeman, «On the Concept of Kindred», *Journal of the Royal Anthropological Institute,* vol. 91, 1961, páginas 192-220, traducido por F. Zimmerman, *La Parenté,* páginas 35-38.

monio no se establece entre un hombre y una mujer, sino entre dos grupos de hombres, y la mujer figura como uno de los objetos del intercambio (pág. 135),

escribió Claude Lévi-Strauss en *Las estructuras elementales del parentesco.* Además, es necesario remarcar, todos los matrimonios están ligados los unos a los otros:

Cada matrimonio está tomado dentro de un ciclo de reciprocidad más vasta que empeña la unión de la hija o de la hermana de este hombre, o de otro hombre con aquél (pág. 135).

Así pues, cada vez más, todos los linajes, y a través de ellos todos los grupos domésticos, mantienen relaciones de alianza que son portadoras de un cierto número de comportamientos y valores.

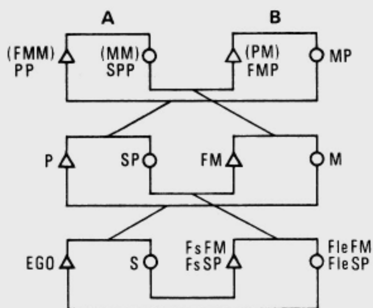
Sistemas elementales

Las sociedades conocen diferentes sistemas de matrimonio que pueden clasificarse en dos tipos principales: sistemas elementales y sistemas complejos.

Los sistemas elementales se caracterizan por la existencia de reglas de alianza que prescriben al individuo la categoría de mujeres que debe desposar y aquellas que le están prohibidas.

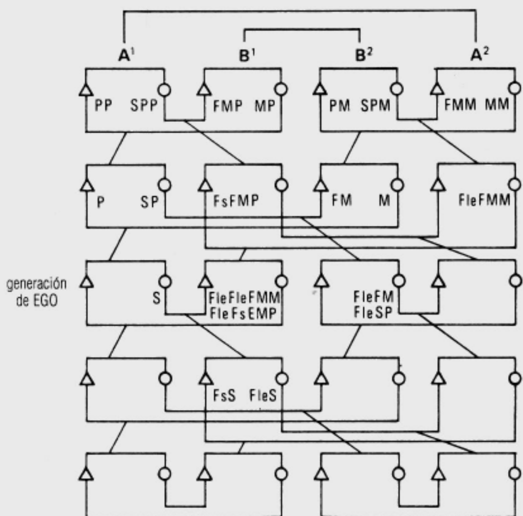
La forma más simple de matrimonio fuera del grupo es el intercambio sistemático de hermanas, tipo que se complica y se refina en el seno del mismo principio. En la terminología de algunas sociedades existe una diferencia esencial entre los primos: son llamados «paralelos» los hijos de los hermanos del mismo sexo, y «cruzados» los hijos de los hermanos de sexo opuesto. En el sistema más simple, el que se designa con el término de «intercambio restringido», un hombre debe casarse con su prima cruzada bilateral, es decir, tomará esposa allí donde su padre tomó la suya (sistema llamado *kariera*). A partir de este principio, el sistema puede complicarse si, por ejemplo, la regla quiere que un hombre contraiga matrimonio con su prima cruzada en segundo grado, en virtud de la organización de la tribu en ocho secciones; se trata del sistema denominado *aranda* por el nombre del grupo humano conocido por este arreglo preciso: un hombre busca esposa allá donde la buscó su abuelo. Una variante más elaborada todavía es el matrimonio con la prima cruzada patrilateral, que produce un intercambio no directo, sino diferido. La regla quiere que una hija tome esposo en el grupo de donde salió su made. Si A recibe una mujer de B, tiene que devolver una mujer a B en la generación siguiente. B será superior a A durante el tiempo de una generación, luego la situación se

Sistema kariera



Fuente: Robin Fox, *Anthropologie de la parenté,* pág. 181.

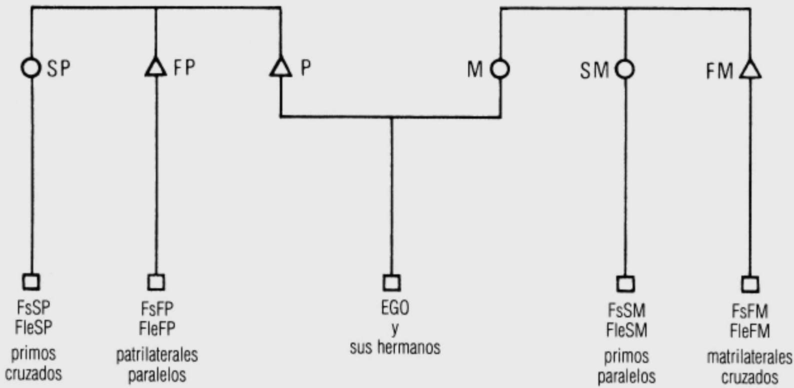
Sistema aranda



invertirá. Este tipo de matrimonio permite la alternancia de linajes en el poder, el equilibrio entre el linaje dador y el receptor restablecido en la segunda generación. En este tipo de matrimonio por intercambio directo vemos que la tribu se constituye por la yustaposición de pares de parejas intercambiantes y camina, a largo plazo, hacia una segmentación.

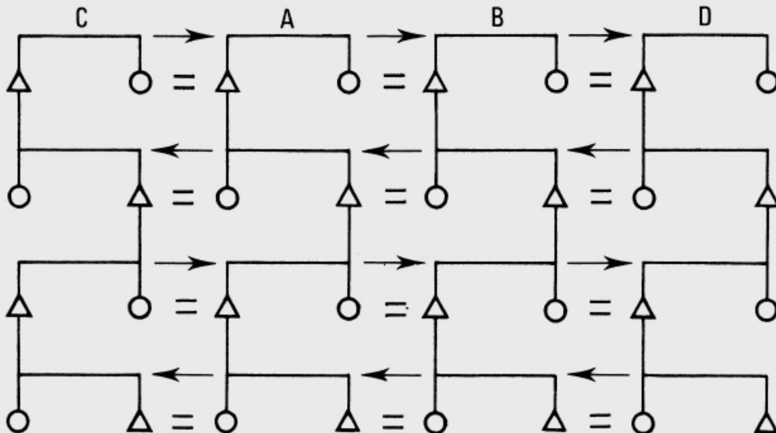
El segundo gran tipo de sistema elemental de alianza es llamado «asimétrico» o de «intercambio generalizado», pues pone en relación todas las secciones de la tribu. Una regla particular de matrimonio justifica esta denominación: se trata del matrimonio con la prima cruzada matrilateral, o hija del hermano de la madre. En este sistema, y como bien muestra el gráfico, el linaje de los dadores de esposas nunca es el mismo que el de los receptores. Con esta regla, el matrimonio une todos los linajes en un *conubium* continuo en el que cada uno es a la vez dador y receptor de mujeres.

Primos paralelos y primos cruzados



Fuente: Robin Fox, *Anthropologie de la parenté*, pág. 191.

Sistema de matrimonio asimétrico



Fuente: Robin Fox, *Anthropologie de la parenté*, pág. 199.

Los sistemas elementales de parentesco comportan todos una doble especificidad, la categoría de individuos que no se pueden desposar, y aquella en la que debe encontrarse al cónyuge; difieren entre ellos por el modo como se organizan las reglas positivas. Para toda unidad considerada, o bien los donantes de mujeres se confunden con los tomadores o bien forman dos grupos distintos. Consideraciones de carácter demográfico, relativas al tamaño del grupo, constituyen una de las variables de este sistema.

Sistemas complejos

Los sistemas complejos, por su parte, sólo comportan reglas negativas de matrimonio; no se definen por la categoría de parientes con los que se debe contraer matrimonio, sino por la que está prohibida. Las sociedades contemporáneas funcionan según el modelo complejo, pero también numerosas sociedades exóticas, sin prescripción de cónyuges, exigen solamente la exogamia, el matrimonio fuera del clan. «La diferencia entre este sistema y el nuestro es de grado y no de naturaleza»[6]. En efecto, los sistemas complejos distribuyen a los individuos a través de todo el espacio social, ya esté basado sobre las categorías de parentesco, de riqueza, o sobre criterios de profesión, de clase social. Así pues, nuestro sistema de matrimonio participa de la regla universal de la prohibición del incesto, del cual las sociedades de estructura elemental encierran una «explicación» simple[7], pero que las sociedades con estructuras complejas continúan aplicando, únicamente con la ayuda de reglas negativas. No más que para los grupos de filiación, el sistema de alianza de las sociedades contemporáneas no presenta una forma simplificada o empobrecida de sistemas más elaborados. Es una de las variantes, una de las concreciones posibles del sistema de matrimonio sobre un *continuum* que va del intercambio restringido a la —supuesta— libre elección del cónyuge.

Existe una relación entre el vocabulario del parentesco y los tipos de matrimonio. Según la regla de la prohibición del incesto, como uno no se casa con su hermana, serán denominadas «hermanas» todas las mujeres con las que está prohibido contraer matrimonio.

En el tipo de matrimonio llamado «simétrico» (matrimonio con los primos cruzados de los dos lados) se observa en la terminología una alternancia de generaciones y una distinción de los sexos: en las generaciones centrales, para una generación y un sexo dados, todos los parientes están distribuidos en solamente dos categorías. En la generación del padre, el padre mismo, el hermano del padre, el marido de la hermana de la madre constituyen una categoría que podemos llamar paralela, en tanto que el hermano de la madre y el marido de la hermana constituyen la categoría cruzada. En el matrimonio de tipo asimétrico, las dos clases de primos cruzados y de parientes cruzados en general del lado materno y del lado paterno no se confunden, lo que corresponde a la unilateralidad del matrimonio y a la distinción entre donantes y tomadores de mujeres; además, hay una tendencia a confundir las generaciones agrupándolas en la misma categoría de parientes que pertenecen a generaciones diferentes: por una parte, los donantes; por otra, los tomadores[8].

En el otro extremo de esta cadena de posibilidades en los arreglos eventuales de los vocabularios se encuentra nuestro propio sistema de nomenclatura y que clasificamos dentro de la categoría «esquimal», del nombre de la población en la que también lo observamos: se trata de un sistema bastante corriente entre los pueblos que no conocen ni grupo de unifiliación ni matrimonio de tipo elemental. Este sistema distingue la familia nuclear y subraya el equilibrio entre las dos parentelas patri y matrilateral[9]. Nuestro vocabulario conserva incluso trazos de sistemas de alianza antiguos. A propósito del término *oncle* (tío), derivado del latín *avunculus*, Émile Benveniste señala que:

> Sólo la regla del matrimonio entre primos cruzados, cuya aplicación hace que el mismo personaje es el padre de mi padre y el hermano de mi madre, permite comprender que el latín *avunculus*, derivado de *avus*, abuelo paterno, signifique tío materno[10].

[6] Robin Fox, *op. cit.*, pág. 180.

[7] Louis Dumont, *Introduction à deux théories d'anthropologie sociale. Groupe de filiation et alliance de mariage*, París, 1971, pág. 92.

[8] Louis Dumont, *op. cit.*, pág. 114.

[9] Robin Fox, *op. cit.*, pág. 252.

[10] É. Benveniste, *Le Vocabulaire des institutions indoeuropéennes*, 1, Éd. de Minuit, 1969, pág. 223.



Fuente: C. Lévi-Strauss, *Les Structures élémentaires de la parenté*, PUF, 1949, pág. 216.

SEGMENTOS DE LINAJE Y PARENTELAS CAMPESINAS

La antropología sugiere, pues, considerar el grupo doméstico en el seno del parentesco y ofrece sus herramientas de análisis. Un primer esfuerzo es necesario para adaptar los conceptos propios de las sociedades exóticas a otras sociedades campesinas y urbanas. ¿Podemos hablar de grupo de unifiliación, de linajes, de clanes? ¿Existen otras formas de agrupaciones sociales basadas en un lazo de consanguinidad y de alianza? ¿Cuáles son sus funciones y cuáles son sus relaciones con los grupos domésticos?

En el transcurso de su larga historia, las sociedades campesinas han sufrido la empresa creciente de un poder central, de instituciones religiosas, administrativas, escolares, etc. Sin embargo, si situamos el estudio del parentesco en el marco aldeano, nos encontramos en una situación relativamente comparable a la del antropólogo que estudia las sociedades exóticas: la aldea tiene pocos habitantes y el conocimiento mutuo es muy fuerte.

El antropólogo en una aldea reencuentra inmediatamente el parentesco, se trata de un principio activo, hoy como ayer, más evidente que en un medio urbano, y que estructura las relaciones sociales entre los grupos domésticos, tanto en el plano vertical como en el horizontal. Ciertamente, existen en la aldea organizaciones cuyo reclutamiento no está basado en el parentesco: organizaciones de jóvenes, cofradías, asociaciones, etc., y algunas segmentaciones pueden ser de naturaleza política, pero generalmente hay un solapamiento entre estas instituciones y las redes de parentesco. Como en las sociedades exóticas, pero de otra manera, el lugar del parentesco en la sociedad campesina se articula con los modos de apropiación del suelo. En las primeras, sabemos que los derechos sobre un espacio son apropiados colectivamente por un linaje que le da valor. Además, el territorio de estos grupos no es definitivo. El linaje puede marcar sus derechos colectivos sobre nuevos espacios o desplazarse. En las segundas, la propiedad es individual y el territorio generalmente limitado. No hay, pues, posibilidad de encontrar nuevos espacios aldeanos, una vez efectuadas todas las roturaciones. La propiedad del suelo está en manos de los grupos domésticos que, de generación en generación, se la transmiten. Por esta razón ocupan un lugar prominente.

Isac Chiva insiste en la doble característica de las sociedades campesinas que conocen una apropiación familiar del suelo y una identidad entre familia y explotación agrícola. El parentesco se define en el exterior del mismo, sobre todo en relación a la casa (en una gran parte de la Europa central y del sur); la alianza sólo interviene en parte en el campo del parentesco y se define en relación a los derechos territoriales y a su modo de devolución. Además, a pesar de la ideología patrilineal de algunas sociedades, se nota el carácter profundamente bilateral del sistema[11]. Estos diferentes rasgos constituyen la distinción entre las sociedades de linajes y las sociedades campesinas.

¿Los conceptos del parentesco están adaptados a las sociedades campesinas?

Por la vía de la propiedad individual, tierras, un taller de forja o textil, un derecho a un arren-

[11] Isac Chiva, *La parenté dans les sociétés paysannes*, en prensa.

damiento se transmiten en sucesión genealógica, de grupo doméstico en grupo doméstico. Así, en la aldea, se observa una serie familiar que conduce al grupo doméstico estudiado.

¿La podemos calificar de linaje? Ciertamente, no en el sentido estricto del término en la medida en que la propiedad de las tierras o del estatus no es indiviso, pero sí personalizado y, por tanto, puesto en discusión y reatribuido mediante la sucesión de una generación a otra. Sin embargo, un conjunto de características del linaje puede encontrarse: una ideología familiar de larga duración anclada en un territorio reconocido, la adhesión a un ancestro que puede ser casi mítico y epónimo (fundador del linaje al cual dio su patronímico), en fin, la pertenencia a la línea familiar que confiere derechos y deberes, por ejemplo, no casarse con tal otra línea, detentar ciertas responsabilidades políticas o religiosas en el seno de la comunidad aldeana de manera casi hereditaria, etcétera. En la aldea se reconoce igualmente la presencia de parentelas tales como han podido ser descritas para las sociedades exóticas.

La existencia de linajes y de descendencias, de parentelas más o menos estructuradas alrededor de un grupo doméstico depende de un conjunto de fenómenos ecológicos, económicos, sociales, culturales; que la tierra sea abundante o escasa guarda relación con el tamaño del grupo humano que la ocupa, que sea fértil o árida, que sea explotada en propiedad o en aparcería, que el sistema de herencia proteja la integridad de la explotación o la parcele.

Cuando se reconstruye con un campesino su genealogía, se coloca de entrada en el doble espacio vertical y horizontal. La línea es denominada «tronco» o de otra manera. Entre todas las líneas de ancestros que la biología atribuye a un individuo, el campesino efectuará una elección. Simultáneamente, el individuo y el grupo doméstico identifican parientes en línea colateral, con los cuales no tienen un ascendente directo, sino solamente un lazo. Se trata de la parentela que funciona sobre un modelo próximo al descrito anteriormente en la sociedad iban. Gracias a esta doble ramificación, el grupo doméstico ve designarse conductas prescritas, relaciones privilegiadas, derechos y deberes.

Por la línea, el grupo doméstico se encuentra ligado a la cadena de aquellos que le han precedido y le sucederán en el mismo lugar, y por la parentela, al conjunto de parientes con los cuales persigue todo lo que constituye la trama de la vida social: querellas, amistades u odios.

Segmentos de linaje campesinos

Contrariamente al linaje que distingue a los individuos según el sexo, el segmento de linaje sigue un camino que pasa por los hombres y por las mujeres según los meandros de la memoria, las circunstancias económicas y sociales, las migraciones o los accidentes personales. Estos últimos pueden ser de orden demográfico —una rama extinguida sin descendencia— o de carácter individual: un matrimonio frustrado, una especulación desgraciada, una enfermedad, un accidente. El grupo doméstico se encuentra insertado en el o los segmentos de linaje de los que ha recibido un patrimonio.

La articulación entre filiación y patrimonio está tan marcada en las sociedades campesinas que Pierre Lamaison ha podido observar en Gévaudan verdaderos «segmentos de linaje patrimoniales», compuestos por herederos sucesivos de cada casa u *ostal*.

> Los segmentos de linaje patrimoniales, cuyas trazas materiales son los *ostals*, ocupan un lugar en esta sociedad cuya preeminencia es la de aproximarse a la que ocupan los patrilinajes o los matrilinajes en las sociedades regidas por la unifiliación[12].

Este ejemplo se sitúa en una sociedad de heredero único —familia troncal— en la cual el patrimonio es transmitido, en principio, enteramente al grupo doméstico heredero.

¿Es de otro modo en las sociedades que practican la división igualitaria entre los hijos? Veamos el caso de Minot, en Borgoña, en donde en cada generación hace falta reconstituir la propiedad que la herencia desmiembra, mediante una estrategia familiar que pone en juego las alianzas, las relaciones entre primos hermanos, las maniobras de compra. El ejemplo de los Baudot-Camuzet citado por Marie-Claude Pingaud en *Paysans en Bourgogne* resulta muy esclarecedor para analizar estas estrategias familiares: a las 27 hectáreas legadas por su ancestro Jean Baudot, los descendientes actuales añadieron cerca de 50

[12] Pierre Lamaison, «Les stratégies matrimoniales dans un système complexe de la parenté: Ribennes en Gévaudan (1650-1830)», *Annales ESC*, 4, julio-agosto, 1979, pág. 740.

hectáreas, y son los mayores propietarios de tierra del pueblo, gracias a la porfía de cinco generaciones de herederos.

A través de las estrategias pacientes de cada generación vemos articularse el esfuerzo particular de cada grupo doméstico en el del segmento de linaje y su ideología familiar, el lugar que ocupan las alianzas bien elegidas, el antagonismo entre las fuerzas de fisión ligadas al sistema de transmisión de la tierra y los esfuerzos de reagrupamiento que sostiene el deseo de la propiedad, los azares que impone la demografía: uno solo o varios hijos. Aquí se trata menos de constituir una explotación viable que de acumular un capital rústico y, por tanto, un capital simbólico en la comunidad aldeana. La cohesión familiar es tan fuerte, el prestigio obtenido de la ancianidad de la familia tan vivo que el pueblo devuelve una imagen que marca el distanciamiento adquirido al hilo de las generaciones; hoy, los Baudot-Camuzet, los encontramos «distantes a la consideración de los demás»[13]. Esta ideología se arraiga, en efecto, en la memoria colectiva. Se habla de «los» con un plural colectivo que engloba a los parientes en el tiempo y en el espacio: segmento de linaje vertical y colateral, muertos y vivos son confundidos.

El segmento de linaje se impone a la vez al grupo doméstico y al grupo aldeano en su totalidad. La articulación entre segmento de linaje y patrimonio se pone bien de manifiesto por el estudio del poder político local: verdaderas dinastías familiares se mantienen en los consejos municipales, lo que manifiesta, a la vez, su influencia en el territorio local y la refuerza circularmente, testimoniando también la duración del patrimonio económico, social, simbólico en el tiempo. Lo que se ha dicho a propósito de Minot, en Borgoña, es válido para un gran número de municipios, dentro de un determinado contexto de apropiación campesina del suelo: «La reserva del poder dentro del parentesco y su transmisión hereditaria van a la par con la de los patrimonios rústicos y, frecuentemente, con la de las profesiones»[14].

Alrededor de los segmentos de linaje de campesinos reagrupadores de tierras o de notables locales se constituye una ideología de la aldea que se identifica con el segmento de linaje que la representa en el plan político local.

En alguna ocasión, el segmento de linaje no se constituye alrededor de la propiedad, sino del derecho al arrendamiento, de la herencia de un estatuto. El arriendo no es necesariamente un factor de movilidad: en este caso también todo depende de las regiones, de las épocas, de las coyunturas económicas. Si los propietarios rústicos están en posición de dominación, tendrán tendencia a expulsar a sus arrendatarios a la expiración de sus contratos, pero en otras circunstancias les resultará más ventajoso conceder al hijo de su arrendatario una especie de derecho a heredar el arriendo: de este modo podemos ver segmentos de linaje de arrendatarios sucederse en las explotaciones cuyo tamaño se mantiene mucho más estable que en el caso de la propiedad campesina, sometida a cada generación a los azares de la división y de la distribución. La adecuación del tamaño de la explotación a la del grupo doméstico resulta entonces un factor primordial de estabilidad cuando las condiciones técnicas de explotación se mantienen intactas. Hemos podido establecer que existía una relación constante entre el tamaño de la explotación y la mano de obra a lo largo de todo el siglo XIX, siguiendo una explotación en un período de ciento cincuenta años. Para las once hectáreas de esta explotación hacía falta una fuerza de trabajo de cinco a siete personas para explotarla correctamente, y podía alimentar entre siete y doce personas. En este ejemplo preciso constatamos que el segmento de linaje familiar de los arrendatarios es estable, resultando parejo a la estabilidad de los segmentos de linaje familiares de los propietarios que eran nobles o burgueses y que habitaban en las ciudades[15].

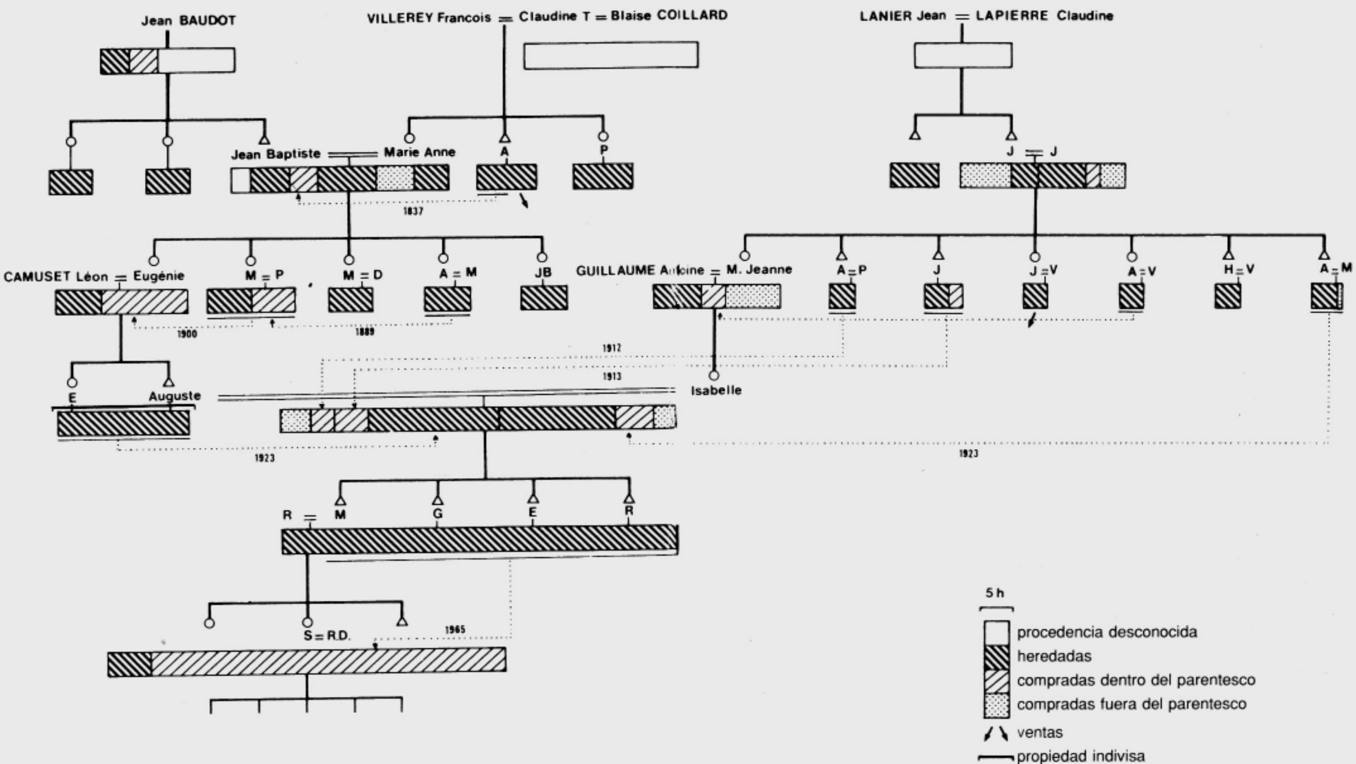
La presencia del segmento de linaje también puede ser atestiguada entre los artesanos. Grupo doméstico y propiedad del instrumento de producción se confunden aquí. El aprendizaje de la técnica va pareja con la socialización del niño y se transmite de padre a hijo: así, podemos observar segmentos de linaje de tejedores, herreros, sastres, zapateros. Pero su artesanía todavía es más sensible a las fluctuaciones económicas exteriores que la agricultura: la apertura del mer-

[13] Marie-Claude Pingaud, op. cit., pág. 133.

[14] Marie-Claude Pingaud, «Chronologie et formes du pouvoir à Minot», *Études Rurales*, julio-diciembre, 1976, páginas 63-64, pág. 205.

[15] Martine Segalen, «Cycle de la vie familiale et transmission du patrimoine: analyse d'un cas», *Ethnologie française*, 1978.

Genealogía de los Baudot-Camuzet



Fuente: M.-C. Pingaud, *Paysans en Bourgogne*, págs. 130-131.

cado francés a los textiles ingleses en 1861 hizo desaparecer una buena parte del tejido a domicilio entre las familias del valle del Sena; de algún modo no se dispuso del tiempo de ver sucederse varias generaciones de tejedores, propicias para el desarrollo de una cultura original de familia y del oficio. Como generalmente sólo son propietarios de minúsculos lotes de tierra y de sus útiles de producción, están menos apegados al suelo que los campesinos y son los primeros en emigrar, abandonando la comunidad aldeana por la ciudad. Igualmente, los herreros desaparecieron hacia 1920-1930, cuando el desarrollo de la mecanización y la desaparición de los caballos volvieron caduca su artesanía, a menos que no sobrevivieran en la tradición modernizada que ejerce un yerno o un hijo mecánico o vendedor de tractores. Para que haya segmento de linaje es necesaria, pues, una cierta profundidad genealógica, la existencia de bienes para transmitir y una ideología familiar. No se trata del concepto implícito de la respuesta de estas familias agrícolas que, interrogadas a propósito de su estrategia patrimonial, responden: «Todo esto yo no lo he adquirido, no puedo comerlo.» En ellos esta «representación larga» del patrimonio es entonces «la encarnación material del segmento de linaje que implica un deber mayor: el de conservar los bienes transmitidos de una generación a otra»[16]. Una concepción así caracteriza, por otra parte, a muchas otras familias además de las agricultoras (cf. capítulo 10).

Hasta aquí hemos razonado como si cada grupo doméstico reconociera por todo parentesco sólo un segmento de linaje. Ello supone ignorar la importancia de los otros que también tienen su rol propio.

En la pequeña isla de Tory, situada en el extremo noroeste de Irlanda, Robin Fox ha detectado una filiación cognática que ha estudiado en su obra *The Tory Islanders, a People of the Celtic Fringe*. En los años sesenta, los cuatrocientos isleños descienden todos de dieciocho ancestros principales y de cinco ancestros secundarios. Contrariamente al sistema de linaje, en el cual se observa su filiación con un solo ancestro, cada isleño de Tory refiere su filiación al mayor número de ancestros posible. Es muy importante reconocer esta multi-pertenencia a todos los segmentos de linaje posibles, puesto que ellos son propietarios de las tierras colectivamente. Cada heredero tiene una especie de derecho de disfrute sobre la tierra que explota que pasa a continuación a otro heredero que tiene necesidad.

Aquí el segmento de linaje no se articula con una propiedad individual, sino con una propiedad colectiva, y cada miembro tiene derechos potenciales y reales sobre las tierras del segmento de linaje.

He aquí el ejemplo de uno de estos segmentos de linaje denominados en gaélico *clann*. Curiosamente, por otra parte, el significado que los antropólogos han atribuido al término «clan» (reagrupamiento de varios linajes relacionados con un ancestro mítico) no se aplica a la sociedad tory. El clan califica, ya se ha dicho, las sociedades agnáticas a la filiación unilineal, de tal forma que cada individuo sólo puede pertenecer a un linaje, un clan y uno solo. Entre los tory, por el contrario, todo individuo intenta ser vinculado —sobre todo por el modo de transmisión del nombre— al mayor número de *clanns* posible.

Parentelas campesinas

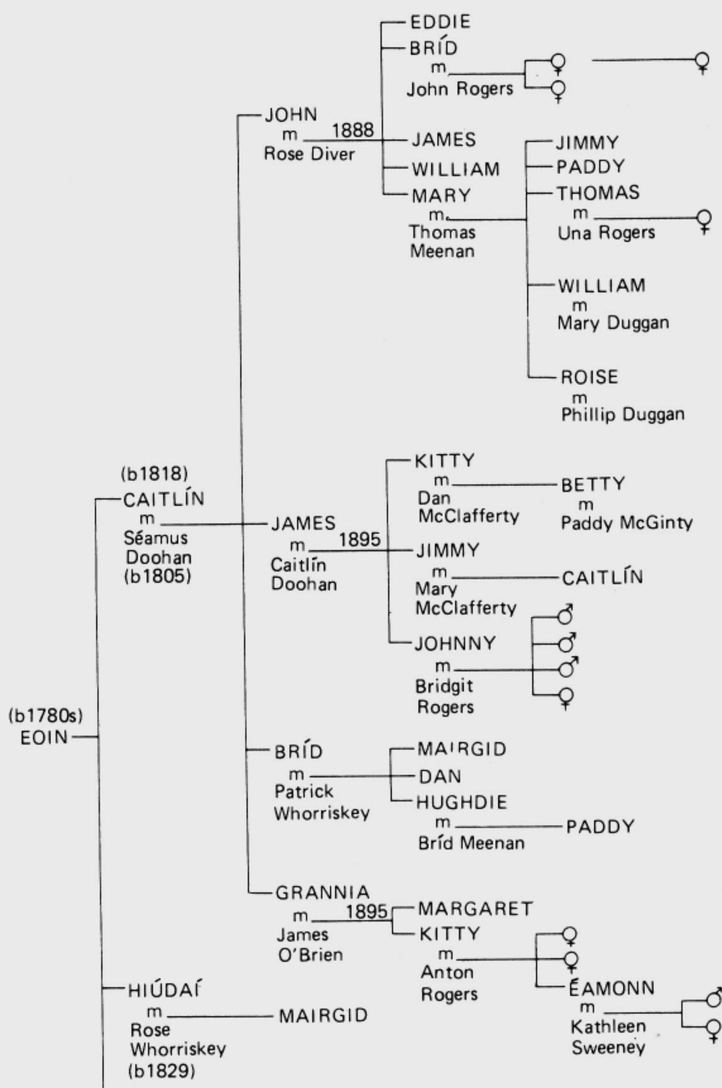
La parentela, esta constelación ambigua de parientes con la cual podemos elegir tener o no tener relaciones, determina redes que unen entre ellos los diversos grupos domésticos emparentados. Podemos representarlos como mallas corriendo de una casa a la otra y a lo largo de las cuales circulan informaciones, ayuda mutua, bienes y servicios.

Entre los isleños de Tory, si el parentesco tiene una función sobre el plano vertical, también tiene otra sobre el plano horizontal. La constitución de las dotaciones de los barcos para la pesca se efectúa sobre la base de la parentela. Así pues, sobre el esquema de la página siguiente, los diez miembros de la tripulación cuyos nombres figuran en mayúscula tienen relaciones de filiación y de alianza.

Segmentos de linaje y parentelas funcionan de manera complementaria, el principio vertical y horizontal, latente en todo grupo humano, predominante aquí o allí, por razones económicas, de herencia, etc. En Minot, en Borgoña, en donde ha sido posible detectar segmentos de linaje, la parentela es un principio activo de la organización

[16] Michèle Dion-Salitot, «Stratégies de reproduction et accumulation des patrimoines fonciers», *Études rurales*, 1977, enero-marzo, págs. 31-48.

Genealogía del clan Eoin
(descendencia de 2 hijos sobre 3)



Fuente: Robin Fox, *Tory Islanders*, págs. 38-39.

Lazos de filiación y de alianza que unen a los miembros de una tripulación de barco entre los isleños de Tory

Roger McClafferty · James Meenan · Thomas Meenan · John McClafferty = · = Caitlín Whorriskey · Owen Whorriskey

DENNIS DOOHAN · Sarah = Dan McClafferty · Biddy McClafferty = Frank Mooney · Patrick Duggan = Hannah · DENNIS ROGERS · JOHN MEENAN · Thomas = Mary · WILLIAM DOOHAN · JAMES DOOHAN · NED McCLAFFERTY · BARNEY McCLAFFERTY · DENNIS WHORRISKEY

Jimmy · DAN MOONEY · Teresa · Mary · Una · TOM MEENAN · Pat

Fuente: Robin Fox, *Tory Islanders*, pág. 145.

social: «La conciencia genealógica es poco profunda, está más extendida en colateralidad que en profundidad y tiene una tendencia a no tener en cuenta el principio de las generaciones»[17]. En este parentesco difuso que se distingue bien del parentesco cercano «sólo se mantiene la conciencia de un parentesco (…) cuyos límites coinciden con los de la aldea»[18]. Esta parentela asegura un determinado número de funciones, y sobre todo ofrece en su seno una opción de cónyuges posibles. Numerosos matrimonios se conciertan dentro de esta clase de «extraños un poco parientes». Estos encadenamientos de alianza que estudiaremos con un poco más de detalle cuando hablemos del matrimonio unen poco a poco a todos los grupos domésticos del mismo nivel social del espacio aldeano y microrregional.

En estas parentelas, lejanas a la vez en el espacio genealógico y en el espacio geográfico, se crean clientelas en las que se forjan el honor y el poder recíproco de los grupos familiares. Las parentelas articuladas a los segmentos de linaje tienen funciones políticas: en determinadas familias se reclutan los alcaldes de generación en generación. Hemos podido poner de manifiesto el reparto del poder en el seno de un municipio borgoñés entre dos parentelas «cuyos líderes podían contar con el voto indefectible de sus numerosos hijos, primos, sobrinos y nietos»[19]. También tienen funciones comerciales. Cuando Yves Canevet, pequeño herrero de Pont-l'Abbé, toma en representación el material agrícola de la cooperativa de Landernau, a los primeros que solicita es a sus parientes próximos o lejanos instalados en toda la región de Bigouden.

La sociedad aldeana es hoy menos homogénea que antaño; ya no hay campesinos, sino agricultores; la distinción campo-ciudad se difumina. Sin embargo, la importancia del segmento de linaje se mantiene intacta en la medida en que la explotación agrícola y el grupo doméstico siguen confundidos, y las parentelas tan vivas y eficaces como en otros tiempos (cf. cap. 4).

[17] Tina Jolas y Françoise Zonabend, «Cousinage et voisinage», *Mélanges offerts à Claude Lévi-Strauss à l'occasion de son 60e anniversaire*, Échanges et communications, París, Mouton, 1970, pág. 172.

[18] Tina Jolas y Françoise Zonabend, «Parler famille», *L'Homme*, X, julio-septiembre, 1970, 3, pág. 17.

[19] Laurent Lévi-Strauss, «Pouvoir municipal et parenté dans un village bourguignon», *Annales ESC*, enero-febrero, págs. 149-159, pág. 158.

Modos de devolución de los bienes

Sociedades africanas y sociedades euroasiáticas se distinguen por su modo de devolución de los bienes. En las primeras, unilineales, el proceso de transmisión está asociado al sexo: los hombres heredan de los hombres, las mujeres heredan de las mujeres. En Europa y en Asia, las mujeres heredan de los hombres y viceversa, lo que tiene como consecuencia diseminar la propiedad fuera del grupo de filiación unilineal; a este conjunto es a lo que Jack Goody ha dado el nombre de «devolución divergente», en *Production and Reproduction*.

Si el acercamiento de la teoría de la herencia, al igual que la del parentesco, entre sociedades no europeas y sociedades campesinas, parece iluminador, exige que también sean tomadas en cuenta las especificidades europeas. Además de la apropiación individual de un bien (por oposición a la propiedad colectiva de un clan o de un linaje), la gran diversidad de los modos de devolución que les caracteriza invitan a un ensayo de sistematización.

Herederos y sucesores

Georges Augustins investiga la lógica de la «perpetuación de los grupos domésticos» construyendo un modelo comparativo clasificatorio que integra la herencia, la sucesión y la residencia y sobre el cual se injertará el modelo matrimonial. Constatar que la herencia es igualitaria o desigual se desprende del enunciado de una regla, mientras que el examen de la elección de un sucesor se sitúa más bien del lado de la práctica. En el caso de la familia troncal, heredero y sucesor se confunden; en el caso del sistema igualitario, todos los hijos acceden a la herencia, y varios de ellos pueden ser sucesores (es el caso de la hermandad), o uno solo. Hay posibilidad, pues, para manipulaciones familiares en la elección del elegido llamado a sustituir a la generación mayor.

Habiendo establecido la distinción entre heredero y sucesor, Georges Augustins distingue tres tipos principales de sistemas, el sistema de casa (o familia troncal), el sistema de parentela y el sistema de linaje, que le parecen remitir a dos principios de parentesco diferentes e irreconciliables. El primer caso pone por delante la residen-

cia alrededor de la cual se organiza todo el sistema social, y los otros dos casos ponen por delante el parentesco, en su organización, sea horizontal, sea vertical. Todo individuo está, en efecto, inscrito a la vez en un grupo doméstico y en una constelación de parientes, dos entidades portadoras de tensiones y de contradicciones; en el sistema de casa es la residencia la que dominará, en el sistema de parentela o de linaje será el principio parental.

Esta seductora tipología puede relacionarse con los modelos cuya construcción Boudon estima necesaria para la comprensión de los hechos sociales, pero que tienen dificultades para dar cuenta de la riqueza de la realidad. Esta tipología fija, elimina los casos intermedios que, a menudo, son más documentados que los casos puros, dificulta tomar en cuenta la dinámica social: ¿cómo evoluciona un sistema igualitario cuando la presión demográfica se incrementa, cómo reacciona frente a los cambios de los sistemas de cultivo, etc.?

La diversidad de los sistemas de devolución de bienes en la Europa campesina se inscribe en un *continuum* que va desde un polo estrictamente indiviso a un polo igualitario, con tipos intermedios que se articulan con el modo de explotación, con el tipo de puesta en valor de la tierra, con la organización del trabajo.

Campesinados de la mejora, campesinados igualitarios

El sistema indiviso que establece un heredero es el más coherente a primera vista, puesto que concilia armoniosamente la necesidad de transmitir un bien entre las generaciones y el de mantener el patrimonio familiar intacto con el fin de asegurar la viabilidad de las explotaciones. Según la regla del derecho romano que estaba vigente bajo el Antiguo Régimen, y que los notarios supieron continuar aplicando perfectamente a lo largo de todo el siglo XIX, gracias a las astucias de su práctica, uno solo de los hijos es designado como heredero; él verá cómo recibe la totalidad del patrimonio familiar que se encarna en el término occitano del *oustal* o *oustau,* pero conocemos de él versiones relativamente parecidas en las comunidades montañesas del arco alpino, en Suiza, en Austria: una casa, campos, una parte en los bienes colectivos tales como derechos de acceso a los pastos o derecho de aprovechar las plantaciones forestales. Estos bienes son de naturaleza patrimonial, pero también de mucha importancia simbólica; a cada casa se le asignan un nombre, que sustituye al patronímico de la pareja que la ocupa, y un cierto prestigio social que corresponde a los habitantes de la casa, solidariamente responsables, defender.

En este sistema «de casa», los hijos no herederos están dotados y excluidos de la herencia. Reciben una pequeña cantidad de dinero que les aparta de todo derecho sobre el patrimonio colectivo. Diferentes alternativas se les ofrecen: permanecer solteros en el seno de la casa, exiliarse como los segundones de Gascuña, convertirse en sacerdotes, casarse según el dicho («El hambre se casa con la sed») y constituir una reserva de mano de obra para el artesanado local o, incluso, emigrar definitivamente y buscar fortuna en la ciudad.

La elección del heredero, el momento de la transmisión, la parte otorgada a los no-herederos no son idénticos dentro de la extensa zona geográfica que ocupa el sistema «de casa». El heredero es siempre el primer nacido y, preferentemente, un varón en la Francia meridional, pero a medida que nos desplazamos hacia el oeste en los Pirineos, el sistema se flexibiliza y autoriza a las hijas a heredar con su esposo que llega, entonces, para hacer de yerno. En algunas sociedades, el heredero es elegido desde el nacimiento; en Gévaudan, los padres no se deciden hasta el momento del matrimonio del primero de sus hijos, desencadenando así las rivalidades dentro de la fratría. En los Alpes de la alta Provenza, la exclusión de los segundones y de las segundonas resulta suavizada por una dote que es relativamente significativa.

En el extremo opuesto de este polo indiviso, que se ha mantenido hasta avanzado el siglo XX, otro modelo, el de la familia bretona, encarna en toda su pureza el polo igualitario. Contrariamente a los grupos domésticos de los sistemas de casa en los que la propiedad del suelo arraiga en un mismo lugar al hilo de las generaciones, los campesinos bretones, generalmente, no son propietarios de sus explotaciones, y por esta razón conocen numerosos desplazamientos a lo largo de su existencia, ya sea porque son expulsados o porque buscan una explotación cuyo tamaño sea capaz de alimentar una familia que siguió siendo numerosa a lo largo de todo el siglo XIX, dada la

importancia de la tasa de fecundidad. Los grupos de residencia apenas tienen, pues, apego simbólico a un lugar y circulan dentro de microrregiones que constituyen áreas de pertenencia cultural homogéneas. La regla de devolución de los bienes coincide sin dificultad con las prescripciones del Código civil (contrariamente al sistema precedente). Se trata de una regla igualitaria que se pone en práctica con todos los hijos, tanto los varones como las hembras. Aparentemente, esto debería conducir a la no-viabilidad de las explotaciones, pero en una región dominada por el arriendo, la regla igualitaria sólo afecta a los bienes muebles. Cuando los campesinos se conviertan en propietarios intentarán conciliar dos principios en apariencia contradictorios: la necesidad de mantener para una explotación una dimensión que le asegure una viabilidad económica y el deseo de no desfavorecer a ninguno de los hijos.

En la práctica, el padre designará un sucesor que no siempre es el primogénito, sino a menudo el último, que tiene a su cargo cuidar a sus padres en sus días de vejez, y obligando a los hermanos y hermanas a revender al sucesor las tierras que les han sido atribuidas en herencia con el fin de que el sucesor pueda reconstituir la explotación.

Entre el modelo de la familia pirenaica, profundamente indiviso, y el modelo de la familia bretona, esencialmente igualitario, existe espacio para toda una gama de situaciones intermedias que combinan de modo diferente el recurso a estos dos principios. El principio igualitario está afirmado, a veces, sólo para los varones, de manera que se distinguen siempre los bienes dados a los hombres y los destinados a las hijas; los varones heredan bienes rústicos, las chicas, derechos mobiliarios (caso de Normandía) o parcelas de bosque con los derechos de leña y correspondientes (caso de Jura). Tales principios se corresponden con regímenes de arriendo, pero desde el momento en que los campesinos se convierten en propietarios de sus bienes se instaura un proceso de fraccionamiento que puede ser paliado mediante diversos arreglos sociales: el despliegue de estrategias familiares para facilitar la instalación de un único hijo, el mantenimiento en la indivisión de las tierras familiares, la organización colectiva del trabajo que anula, en el nivel de la utilización de las tierras, los efectos de su parcelación; éste es el caso de Lorena que conoce un sistema de rotación de cultivos. En el reparto, los hijos recibían cada uno una parcela en los terrenos de naturaleza diferente; el trabajo se efectuaba en común en las mismas fechas.

Incluso en una región igualitaria como es la Bretaña, encontramos sociedades cercanas al sistema «de la casa», en la región de Goulien o cerca de Saint-Pol-de-Léon. Todos los hijos tienen, en principio, una parte igualitaria (lo que distingue profundamente este sistema del sistema pirenaico, que excluye a todos los hijos para beneficiar a uno), pero en la práctica, el celibato, las vocaciones religiosas acaban por reconstituir sobre la cabeza del heredero-sucesor, o en la de su propio hijo en la generación siguiente, la totalidad de la explotación. En este caso, el ciclo de la vida familiar es corto en la medida en que la pareja de hijos sucesores, designada desde su matrimonio, se organizaba con la pareja de los padres en «consorcio» o «sociedad familiar», contrato tácito (o ante notario) que ponía en común una parte del mobiliario de la explotación y los ingresos. En otros casos observamos a menudo la asociación de dos parejas de hermanos y hermanas casados conjuntamente y que explotaban en común.

Los Pirineos y la Bretaña, o más exactamente las regiones de Aude y Bigouden, son como dos tipos puros, los dos extremos de un mismo sistema. A propósito de una comparación entre la Campaña y la Apulia italiana, la primera dominada por cultivos arbustivos, la pequeña propiedad campesina, los linajes masculinos; la segunda, por los cultivos extensivos, el latifundio y un sistema de herencia con sucesión femenina, Gérard Delille estima también que observa extremos en complementariedad y que entre los dos todas las situaciones intermedias son posibles, tanto en el plano económico o demográfico como en el de los sistemas de residencia y de transmisión patrimonial.

ORIENTACIÓN BIBLIOGRÁFICA

Existen pocas obras que expongan de modo sintético los diversos puntos de vista de las escuelas antropológicas. Citemos:

CRESSWELL, Robert, «La parenté», *Éléments d'ethnologie,* tomo I, París, A. Colin, 1975, págs. 132-174.

DUMONT, Louis, *Introduction à deux théories d'anthropologie sociale. Groupes de filiation et alliance de mariage,* París-La Haya, Mouton, 1971, 139 págs. (versión española: *Introducción a dos teorías de la antropología social,* Barcelona, Anagrama, 1975).

FOX, Robin, *Anthropologie de la parenté. Une analyse de la consanguinité et de l'alliance,* París, Gallimard, 1972, 268 págs. (versión española: *Sistemas de parentesco y de matrimonio,* Madrid, Alianza, 1985).

HÉRITIER, Françoise, *L'Exercice de la parenté,* París, Gallimard-Le Seuil, 1981.

Presentaciones bien comentadas de textos antropológicos que abordan el parentesco:

ZIMMERMAN, Fr., *La parenté,* París, PUF, 1972.

ZONABEND, Françoise, «De la famille. Regard ethnologique sur la parenté et la famille», en *Histoire de la famille,* 1986, *op. cit.,* tomo I, págs. 15-75 (versión española: *Historia de la familia,* Madrid, Alianza, 1989).

En relación a África, pero planteando problemas generales:

Les Domaines de la parenté, bajo la dirección de Marc AUGÉ, París, Maspero, 1975, 139 págs.

Provisto de estos conceptos generales, el lector podrá abordar entonces la lectura de algunos clásicos:

LÉVI-STRAUSS, Claude, *Les Structures élémentaires de la parenté,* París, PUF, 1949 (versión española: *Las estructuras elementales del parentesco,* Barcelona, Paidós Ibérica, 1988).

RADCLIFFE-BROWN, A. R., *Structure and Function in Primitive Society,* Cohen and West, 1952 (versión española: *Estructura y función en la sociedad primitiva,* Barcelona, Edicions 62, 1980).

RADCLIFFE-BROWN, A. R., y FORDE, Daryl, *African Systems of Kinship and Marriage,* Oxford University Press, 1950 (versión española: *Sistemas africanos de parentesco y matrimonio,* Barcelona, Anagrama, 1982).

Entre las obras más polémicas:

BOURDIEU, Pierre, *Esquisse d'une théorie de la pratique, précédé de trois études d'ethnologie kabyle,* Ginebra, Droz, 1972, 269 págs.

LEACH, Edmund, *Rethinking Anthropology,* Londres, Athlone Press, 1961.

NEEDHAM, Rodney, *Rethinking Kinship and Marriage;* traducción francesa: *La Parenté en question,* París, Seuil, 1977, 348 págs.

Las sociedades campesinas

ARENSBERG, Conrad, y KIMBALL, S. T., *Family and Community in Ireland,* Cambridge, Harvard University Press, 1940.

COLLOMP, Alain, *La Maison du père,* París, PUF, 1983.

DION-SALITOT, Michèle, y DION, Michel, *La Crise d'une société villageoise, les «survivanciers», les paysans du Jura français,* París, Anthropos, 1972.

FOX, Robin, *The Tory Islanders, a people of the Celtic Fringe,* Cambridge University Press, 1978.

HABAKKUK, H. J., «Family Structure and Economic Change in XIXth Century Europe», *Journal of Economic History,* 15, 1955.

JOLAS, Tina, y ZONABEND, Françoise, «Cousinage, voisinage», Échanges et communications, *Mélanges offerts à Claude Lévi-Strauss,* París, Mouton, 1970.

JOLAS, Tina; VERDIER, Yvonne, y ZONABEND, Françoise, «Parler famille», *L'Homme,* X, 3, 1970.

KARNOOUH, Claude, «Le pouvoir et la parenté», en LAMARCHE, Hugues; ROGERS, Susan, y KARNOOUH, Claude, *Paysans, femmes et citoyens,* «Les Paradou», Edit. Actes Sud, 1980, págs. 143-210.

PINGAUD, Marie-Claude, *Paysans en Bourgogne. Les gens de Minot,* París, Flammarion, 1978.

PLAKANS, Andrejs, *Kinship in the Past. An Anthropology of European Family Life,* Oxford, Basil Blackwell, 1984.

ZONABEND, Françoise, *La Mémoire longue,* París, PUF, 1980.

El sistema de herencia

AUGUSTINS, Georges, *La Perpétuation des groupes domestiques dans les sociétés paysannes européennes,* tesis de doctorado, Universidad de París-Nanterre, 1986, 2 vols.

BESTARD CAMPS, Joan, *Casa y familia. Parentesco y reproducción doméstica en Formentera,* Palma de Mallorca, Institut d'Estudis Balearics, 1986.

BOUCHARD, Gérard, «Les systèmes de transmission des avoirs familiaux et le cycle de la société rurale au Québec, du XVIIe au XXe siècle», *Social History,* 16, 1983, págs. 35-60.

DELILLE, Gérard, *Famille et propriété dans le royaume de Naples (XVe au XIXe siècle),* EHESS-École française de Rome, 1985.

GOODY, Jack, *Production and Reproduction. A Comparative Study of the Domestic Domain,* Cambridge, Cambridge University Press, 1976.

GOODY, Jack; THIRSK, Joan, y THOMPSON, E. P. (eds.), *Family and Inheritance,* Cambridge, Cambridge University Press, 1976.

LE ROY LADURIE, Emmanuel, «Système de la coutume: structures familiales et coutumes d'héritage en France au XVI[e] siècle», *Annales ESC,* XXVIII, 1972, págs. 825-846.

NETTING, Robert McC., *Balancing on an Alp,* Cambridge, Cambridge University Press, 1981.

O'NEILL, Bryan Juan, *Social Inequality in a Portuguese Hamlet. Land, Late Marriage and Bastardy 1870-1978,* Cambridge, Cambridge University Press, 1987.

SALITOT, Michèle, *Mode de production, héritage, parenté et propriété dans les sociétés paysannes. Le système successoral et ses transformations en Franche-Comté,* París, L'Harmattan, 1988.

SEGALEN, Martine, *Quinze Générations de Bas-Bretons. Parenté et société dans le pays bigouden sud, 1720-1980,* París, PUF, 1985.

YVER, Jean, *Égalité entre héritiers et exclusion des enfants dotés. Essai de géographie coutumière,* París, Sirey, 1966.

Capítulo 4

LAS RELACIONES DE PARENTESCO EN LA SOCIEDAD URBANA

Si el parentesco es un primer principio de la organización de las sociedades exóticas, y un principio dominante en las sociedades aldeanas, esta institución parece secundaria en las sociedades urbanas e industrializadas. Dominadas por el modo de producción industrial, estructuradas en clases sociales, en asociaciones de todo tipo, estas sociedades ¿tienen un lugar para el parentesco, más allá del grupo doméstico, cuyo tamaño es, ya hemos visto, reducido, y la estructura «nuclearizada»?

Una primera parte de este capítulo estará dedicada a la evolución de las ideas sobre el parentesco en el contexto de la industrialización. Las siguientes expondrán, a partir de las investigaciones más diversas, el lugar del parentesco en las sociedades urbanas.

Para finalizar, nos preguntaremos sobre la resistencia del mito de una familia nuclear cuando historiadores, sociólogos, antropólogos comienzan a redescubrir la importancia del parentesco.

CAMBIO SOCIAL Y PARENTESCO

Una abundante literatura ha sido dedicada al estudio de las relaciones entre cambios sociales, inducidos por la industrialización, las transformaciones culturales y el cambio familiar.

La tesis de Talcott Parsons

Una de las tesis que ha tenido una mayor resonancia es la de Talcott Parsons, introducida en Francia en los años sesenta por François Bourricaud[1]. Destacaremos que el título del artículo que resume sus proposiciones se refiere al concepto antropológico del parentesco *kinship,* cuestión que los sociólogos que han discutido su tesis han olvidado completamente. Ésta se resume en un determinado número de proposiciones que han cebado un debate ideológico, a menudo violento, y cuyos últimos fuegos todavía no se han apagado.

Según Talcott Parsons, los procesos de industrialización segmentan la familia, primero en el aislante de su red de parentesco, luego reduciendo el tamaño del grupo doméstico a una familia conyugal, con un reducido número de hijos. Este grupo ya sólo es una unidad de residencia y de consumo; ha perdido sus funciones de producción, sus funciones políticas y religiosas; comparte sus responsabilidades financieras y educativas con otras instituciones; la función principal que le resta es la de socializar al niño, y sobre todo asegurar el equilibrio psicológico de los adultos. Este grupo doméstico aislado de su parentesco está fundado sobre el matrimonio que asocia compañeros que se han elegido libremente; está orientado hacia valores de racionalidad y de eficacia; los roles masculinos y femeninos especializados contribuyen al mantenimiento del subsistema familiar en el seno del sistema social. El padre tiene un rol «instrumental», asegurando la relación con la sociedad y como proveedor de bienes materiales; la mujer tiene el rol «expresivo» en el interior de la familia.

Esta tesis era funcionalista en la medida en que afirmaba la adecuación de este modelo fami-

[1] Talcott Parsons, «The Kinship System of the Contemporary United States», traducido por y en François Bourricaud, *Éléments pour une sociologie de l'action,* París, Plon, 1955, págs. 129-150.

liar con las características económicas de la sociedad contemporánea. La movilidad social, sobre todo, condición y causa del desarrollo económico, pasaba por la ruptura de los lazos familiares. Parsons, frente a la abundancia de críticas de que fueron objeto sus proposiciones, explicó a continuación el sentido de su hipótesis. Hablaba, precisó, del concepto de familia nuclear aislada en términos de «estructura»[2]. A pesar de esta puesta a punto, esta tesis tenía demasiada resonancia en la sensibilidad y en la ideología de los años 1960-1970 para poder pasar desapercibida a su autor. Como señala John Mogey, haciendo el balance sobre la literatura sociológica que aborda las relaciones entre residencia, familia y parentesco, la mayor parte de las proposiciones de Parsons han sido invalidadas.

> A lo largo de una serie continuada de investigaciones, las críticas han mostrado de manera decisiva que el aislamiento social de la familia nuclear de su parentesco, no más que su aislamiento estructural, no se han producido. Por el contrario, la interacción entre los miembros del grupo de parientes se mantiene en todas las sociedades y estos contactos traen consigo consejos, el sostén psicológico de las identidades familiares, ayuda en el plan financiero y para educar a los hijos y cumplir las tareas domésticas[3].

Se trata de una formulación en términos sociológicos de lo que los antropólogos designarían con el nombre de relaciones de parentesco.

Algunos historiadores, analizando las relaciones entre familia e industrialización, han adoptado puntos de vista parsonianos, como Edward Thompson, que describe de manera dramática los efectos de la revolución industrial en su obra *The Making of the English Working Class:*

> Cada estadio de la especialización y de la diferenciación industrial golpea a la economía familiar, perturba las relaciones entre marido y mujer, padres e hijos, introduciendo un corte más acentuado cada vez entre «trabajo» y «vida». Durante este tiempo, la familia era desgarrada cada mañana por la campana de la fábrica (pág. 416).

Otros historiadores o antropólogos sostienen puntos de vista diametralmente opuestos. ¿No detectamos resistencias familiares a los efectos destructores de la industrialización, e incluso un cierto poder dinámico del parentesco que ha podido servir de catalizador a los cambios de la sociedad industrial?

Industrialización y parentesco

Desde arriba hasta abajo de la escala social, las redes de parentesco han tenido importantes funciones.

Familias obreras

Abundantes estudios subrayan el papel activo de la familia en los procesos migratorios, como factor de continuidad y de estabilidad frente a las presiones del nuevo entorno. Algunos afirman incluso —cayendo en el exceso inverso— que la familia no se ha descompuesto, sino que ha podido conservar un control activo sobre las carreras de sus miembros. Como correa de transmisión de la cultura de antes de la migración, la familia es el crisol de las tradiciones y su herencia cultural ha podido ayudar a los individuos a adaptarse a las nuevas condiciones que encontraban. Conocemos los albañiles de la Creuse, las amas de cría de Auvergne, los deshollinadores de Saboya, los vendedores de refrescos de Cantal[4].

Tamara Hareven estudia el caso de una fábrica textil de Manchester en New Hampshire. Paternalismo, alta tasa de empleo femenino, posibilidad de retorno o si no de relación entre los obreros que son originarios del Canadá francés: en este contexto particular, el análisis de este ejemplo americano es pertinente, con algunas transposiciones, para las familias de la industria textil en la Inglaterra de mediados del siglo XIX y del norte de Francia a finales del siglo XIX[5].

Amoskeag Manufacturing Company se apoya sobre las redes de parentesco para reclutar y socializar a los obreros, en el marco de una ideología paternalista... Incluso si los dos socios no son iguales, la firma y la familia aparecen, en las

---

[2] Talcott Parsons, «The Normal American Family», en S. M. Farber (Ed.), *Man and Civilization: The Family's Search for Survival,* Nueva York, McGraw Hill, 1965, págs. 34-36.

[3] John Mogey, «Residence, Family and Kinship: some Recent Research», *Journal of Family History,* 1976, vol. 1, 1, págs. 95-105.

[4] «Provinciaux et provinces à Paris», *Ethnologie française,* abril-junio, 1980, 2, bajo la dirección de Guy Barbichon.

[5] Tamara Hareven, «Family Time and Industrial Time: Family and Work in a Planned Corporation Town», en *Family and Kin in Urban Communities,* págs. 187-208.

relaciones ciudadanas, como dos instituciones en interacción. Consciente de la importancia de estas redes, la compañía las utiliza de forma deliberada, con el fin de conseguir un instrumento de control del trabajo de los obreros. Se apoya en ellas para el reclutamiento y emplea, hasta principios del siglo XX, a familias enteras. Esta política se manifiesta más rentable para Amoskeag, puesto que así permite economizar en los transportes y maximizar sus esfuerzos relativos a la vivienda obrera. Las acciones de ayuda social estaban destinadas principalmente a las familias de los trabajadores y no a los individuos: estas acciones preveían un plan de acceso a la propiedad, cuidados dentales para los niños, etc. La medidas de asistencia social estaban asociadas a un programa que, bajo la influencia del taylorismo, intentaba centralizar las políticas de mano de obra y de incrementar los ritmos de la producción. Aunque el trabajo en la fábrica de madres y de niños fuera nuevo, los roles tradicionales de la pareja apenas fueron modificados y se encontraron trasladados al taller.

El impacto del poder familiar en la organización industrial fue marcado de múltiples maneras:

- — facilitando el ajuste de sus miembros encontrándoles empleo, vivienda y suministrándoles apoyo moral en las situaciones críticas;
- — estimulando la rotación del personal, contribuyendo a la colocación de sus miembros y ejerciendo un cierto control sobre la rutina cotidiana del trabajo.

Si el papel de las relaciones de parentesco en los procesos migratorios resulta ahora bien conocido, el poder familiar en el seno de la unidad de producción tal como se manifiesta en Amoskeag lo es menos. En el interior de la fábrica, cada taller se organiza sobre una base de parentesco o de etnicidad. La reconstitución de las redes de parentesco por unidad de producción muestra que, en determinados casos, el 90 por 100 de los obreros pertenecían al mismo grupo étnico. Así, la cohesión del grupo tiene un doble cimiento: cultural y de parentesco. Éste podía, en algunas configuraciones, resistir a las exhortaciones patronales, frenar la imposición de nuevas cadencias de trabajo, etcétera.

El estudio de Tamara Hareven hace aparecer claramente la flexibilidad de la familia en la que el poder institucional frente al instrumento de producción se mantiene muy importante. La familia amortigua los choques con la sociedad industrial proporcionando un marco de adaptación. Ciertamente, es necesario, como hace la autora, precisar los contornos de estos poderes, que varían según los contextos económicos. En este caso, en la industria textil, Amoskeag Company debía tolerar las resistencias familiares a la modernización antes de la Primera Guerra Mundial, cuando se encontraba en concurrencia con las demás firmas y la mano de obra era escasa. Después del gran conflicto, la situación se invierte y la compañía está en posición dominante puesto que despide personal regularmente. El parentesco en la sociedad industrial no aparece, pues, como una transferencia arcaica de la sociedad rural, señala Tamara Hareven, sino como el desarrollo de nuevas respuestas a necesidades dictadas por las nuevas condiciones. Sus redes, en el contexto de la industrialización, están engarzadas en un doble espacio, el del origen y el de la llegada. En el primer caso su fuerza está ligada a su estabilidad, en el segundo, a su capacidad de reorganización en relación con las otras redes, como las de la vecindad[6].

El rol del nepotismo familiar todavía está por dilucidar. Tenemos la tendencia a asociarlo a las clases dominantes, pero ha jugado también en la clase obrera, sobre todo en la época en que las condiciones de trabajo eran particularmente penosas. En los sectores reputados por sus condiciones relativamente favorables, por sus salarios y por sus condiciones de trabajo, ha sido costumbre reservar las plazas que se crean o que quedan vacantes en el taller a los parientes más cercanos. He aquí el ejemplo de los obreros del Estado que trabajaban en las manufacturas de tabaco «que llegaron a imponer la idea de que los miembros de su familia tienen una prioridad para la contratación»[7]. Del mismo modo, Young y Willmott en *Family and Kinship in East London* han observado esta práctica que aparece como una protección de la familia obrera a la consideración de sus miembros. Presentan el siguiente anuncio del periódico oficial del Sindicato nacional de los

[6] Tamara Hareven, «The Dynamics of Kin in an Industrial Community», en *Turning Points*, vol. 84, 1978, suplemento de *American Journal of Sociology*.

[7] Marie-Hélène Zylberberg-Hocquard, «Les ouvrières d'État dans les dernières années du XIXe siècle», *Le Mouvement social*, octubre-diciembre, 1978, 105, págs. 87-107.

obreros de imprenta, de la encuadernación y del papel anunciando la contratación de este modo:

> La lista de los hijos y de los hermanos de los miembros está abierta de nuevo (...). Los miembros de la oficina central de Londres que tienen hijos y hermanos de veintiún años o más y que deseen inscribir el nombre en la lista deben presentar una demanda inmediatamente para obtener un formulario (pág. 97).

El mismo fenómeno se da en los grandes bancos o en las grandes compañías de seguros; entran, en el siglo XIX, marido y mujer en los puestos de escribiente, luego se hace entrar a sus hijos. Todos estos empleos subalternos serán suprimidos por la mecanización y la informática, tanto en las fábricas como en la administración.

Desarrollo industrial

En el otro extremo de la escala social, parentescos y parentelas también han conservado su poder, a menudo presidido por la puesta en marcha del sistema capitalista y contribuido, a partir de sus estructuras y de sus comportamientos tradicionales, a su desarrollo. Conocemos las dinastías de los grandes industriales, propietarios de las herrerías, banqueros o perfumistas.

Pierre Deyon, en un artículo sobre «Le rôle des structures familiales dans le développement de Roubaix au XIXe siècle», aparecido en el *Colloque de l'Histoire de la famille* (octubre de 1979), muestra cómo las mentalidades tradicionales, las prácticas de herencia y la estructura de los roles que prevalecen en una sociedad predominantemente campesina se transfieren en el momento de la creación de empresas. El autor subraya los fenómenos de endogamia cuyas funciones son todavía más precisas en un medio industrial que en un medio rural: en este último, los matrimonios endógamos alían parentelas del mismo capital social y simbólico; en el primero —subraya este mismo autor— asocian, generalmente, dos negocios complementarios, dos clientelas, dos patrimonios, y los arreglos jurídicos de los regímenes matrimoniales traducen una verdadera confusión entre la estrategia familiar y los proyectos económicos de las grandes dinastías industriales. Además, las mujeres participan activamente en la gestión de la empresa. A menudo, a principios del siglo, tienen a su cargo los libros de cuentas, redactan la correspondencia. Su labor y la de los mayores permiten economizar sobre los costos de la oficialidad y de los mandos. De modo significativo, muchas razones sociales asocian los nombres de los dos esposos. Finalmente, y sobre todo, los capitales de la mayor parte de las empresas conservan un origen estrictamente familiar, y los industriales, desconfiados en relación al crédito a medio plazo, practican la autofinanciación lo más frecuentemente posible. Reinvierten automáticamente en la empresa lo esencial de sus beneficios. Muchos actos de sociedad, incluso, hacen de esta práctica una obligación. Si añadimos que la ayuda mutua familiar ha contribuido igualmente a la creación o al salvamento de numerosos negocios, comprenderemos mejor cómo esta industria pudo resistir hasta 1914 al dominio del capital bancario. Estos poderes familiares luego se volvieron contra aquellos que los detentaban, convirtiéndose en factores de esclerosis.

Poderes y parentesco

Otro test de la capacidad de los parentescos y de las parentelas a adaptarse a los cambios inducidos por la industrialización es el mantenimiento de su poder, ya sea político, profesional o social. Esta permanencia se funda sobre una adaptación a las nuevas condiciones económicas y sociales. Disponemos de un ejemplo con las familias del sur de Francia[8].

La dominación tradicional de las familias de notables ha sido puesta en entredicho por la evolución social y económica, sobre todo por la disminución de la renta sobre el suelo sobre la cual se asentaba el poder antiguo. Bajo la III^a^ República, el poder pasa a las manos de los recién llegados; sin embargo, las redes de parentesco oponen a los cambios políticos una triple forma de resistencia. Algunas parentelas saben adaptarse a las nuevas formas de poder económico. De la tierra a la industria, aparecen en los consejos de administración de los establecimientos bancarios, industriales y comerciales. En segundo lugar, el poder político basado en una clientela tradicionalmente fiel se mantiene a menudo entre las

[8] Yvonne Knibiehler y Émile Temime, «Présentations du Colloque Famille et Pouvoir» (Aix, junio, 1979), *Informations sociales*, 4-5-1980, págs. 3-10.

mismas manos. Finalmente, las redes antiguas se refuerzan mediante la alianza que le aportan los advenedizos de la escena política, sobre todo por la vía de las alianzas matrimoniales.

Un estudio de los responsables de las organizaciones profesionales agrícolas en el departamento de Meurthe-y-Moselle pone de manifiesto la misma permanencia del poder de determinados segmentos de linaje, a pesar de la reestructuración de la agricultura después de principios de siglo[9]. Mediante la construcción del cuadro de las relaciones entre dirigentes, el autor muestra que «algunas grandes familias constituyen el lugar social privilegiado de una acumulación multiforme de capital del que los dirigentes actuales son los herederos».

Aquí aparece la remarcable capacidad de adaptación de las familias en un terreno considerado, sin embargo, más pasivo que el sector industrial. Además de su capital económico, las grandes dinastías campesinas incorporan un capital simbólico, la acumulación y la transmisión de cargos públicos. Cubriendo el departamento con la red de sus alianzas, pudieron conservar de este modo un papel determinante en las organizaciones profesionales agrícolas. Su poder se vio reforzado, de una manera circular:

> Elegidos porque se les suponía «tener el brazo largo» y muchas «relaciones», los miembros de las grandes familias deben a la influencia que, con razón o sin ella, les prestan los otros agricultores un incremento de poder.

Las parentelas aristocráticas, también, por un remarcable trabajo de renovación de sus estrategias de alianza, han podido seguir asentando su poder. Como los notables del sur de Francia, diversificaron la naturaleza de sus activos, cuando declinó el ingreso de la renta de la tierra, y renovado su capital social. Monique de Saint-Martin proporciona un ejemplo de esta renovación con la familia de Brissac. El abuelo del duque actual, Pierre de Brissac doceavo del título, había desposado a Jeanne Say, nieta de Louis Say, fundador de la gran refinería de azúcar. Su abuelo materno había desposado a la única heredera de Madame Clicquot, la célebre viuda, patrona del champán. Pierre de Brissac, aliándose con May Schneider, que pertenece a la dinastía de los propietarios de herrerías, entra en el mundo de los negocios, de la industria y de las finanzas. Las alianzas de los hijos están marcadas por una diversificación de las posiciones ocupadas que tiende a crecer con las generaciones. La pertenencia a la dinastía asegura a cada uno de sus miembros beneficios simbólicos acumulados y variados. Las redes de parentesco se refuerzan con redes de amigos y de relaciones de negocios que, a veces, se superponen para asegurar a esta «gran familia» los beneficios propios de un capital social y, a la vez, los medios para su reproducción[10].

SEGMENTOS DE LINAJE Y PARENTELAS EN LA SOCIEDAD CONTEMPORÁNEA

Los estudios recientes que constatan la predominancia del grupo doméstico nuclear recuperan las proposiciones de Parsons. Sin embargo, esta estructura familiar ya no se presenta como perfectamente ajustada a la economía moderna sino como refugio, lugar de repliegue contra las agresiones exteriores de la sociedad, lugar que concentra sobre un reducido número de cabezas toda la afectividad necesaria para luchar contra una sociedad inhumana. Contrariamente a la tesis americana, no habrá una complementariedad funcional entre sociedad y familia, sino desarmonía e incluso antagonismo. El grupo doméstico conyugal —denominado «núcleo» como para subrayar mejor su reducción— se carga de afectividad y se repliega sobre sí mismo para proteger a sus miembros contra la deshumanización del modo de vida cotidiano impuesto por el tipo de transporte, por las condiciones de vivienda, las relaciones de trabajo. Esta tesis pesimista es sostenida por Louis Roussel en su estudio sobre *Le Mariage dans la société française:*

> La familia se ha convertido en el instrumento privilegiado del equilibrio psicológico de los adultos y el lugar principal de la historia afectiva de cada uno (...). La cerrazón del matrimonio y esta búsqueda de un alto nivel de gratificación afectiva no están estimulados solamente por la lógica interna del modelo romántico (modelo particular de la elección de cónyuge): están li-

---

[9] Sylvain Maresca, «Grandeur et permanence des grandes familles paysannes. L'essor des organisations agricoles en Meurthe-et-Moselle», *Actes de la recherche en sciences sociales*, 1980, 31, págs. 35-61.

[10] Monique de Saint-Martin, «Une grande famille», *Actes de la recherche en sciences sociales*, 1980, 31, págs. 4-21.

gados a la situación del individuo en las sociedades industriales contemporáneas (págs. 352-375).

Así, a un espacio social ampliado correspondería esta familia restringida, reducida a la educación de los hijos y a la gratificación afectiva y sexual de los cónyuges. Esta tesis, si tiene el mérito de explicar por una parte el aumento de los divorcios, comporta contradicciones. ¿Reducidas las funciones de la familia? ¡Vamos!, jamás han estado tan obsesivas y portadoras de todo devenir individual y social. El autor, en la lógica misma de su investigación, ha sido conducido a contradecir parcialmente sus tesis reconociendo que el campo afectivo no se limita a los padres y a sus hijos pequeños, sino que se abre más allá del núcleo conyugal hacia los grupos domésticos de los ascendientes.

La mayor parte de las familias no se viven como «nucleares», sino que se saben encuadradas por sus parientes próximos y lejanos.

Las relaciones entre padres e hijos casados

Seamos aquí bien claros: no se trata de estudiar las relaciones en el seno de la célula familiar, que se desprenden de una aproximación psicosociológica de los roles parentales y conyugales (caps. 7 y 8), sino de las relaciones entre padres e hijos casados, primer grado en alguna medida de las relaciones de parentesco.

Diferentes estudios siguiendo los trabajos de Talcott Parsons han sido desarrollados en América, luego en Bélgica y en Francia. Andrée Michel ha llevado a cabo una encuesta acerca de cuatrocientas cincuenta familias urbanas de la región parisina y cien de la ciudad de Burdeos, que se interesaba por la ayuda recibida por el joven matrimonio: vivienda, cuidado de los hijos, ayuda financiera en caso de necesidad. El autor buscaba, sobre todo, medir el papel de la clase social, y constataba que la ayuda funciona sobre todo en las clases superiores, lo que, por otra parte, no parece confirmado por las encuestas posteriores:

> La posibilidad para un individuo de escalar en la jerarquía profesional gracias al aislamiento del matrimonio es sólo teórica; de hecho, es sobre todo en las clases superiores, en las que las posibilidades de ascensión profesional son más altas que entre los obreros especializados o los empleados cualificados, en las que se manifiesta más frecuentemente la ayuda parental, sea bajo forma financiera cuando el matrimonio quiere equiparse o en caso de necesidad, sea bajo la forma de un servicio como el cuidado del hijo. La conservación de una ayuda parental más amplia en estas clases favorece el mantenimiento de un bienestar y, como consecuencia, permite más fácilmente a los hijos casados que se benefician de la ayuda parental imponerse en la jerarquía social y profesional[11].

Comparando las familias burdelesas y las parisinas, Andrée Michel constataba que las primeras eran mucho más «tradicionalistas» que las segundas. ¿Por qué? ¿Hay grados en lo urbano, Burdeos funcionando como las ciudades de antaño con redes de barrios que se superponen a las redes familiares, París y su periferia proponiendo otro esquema urbano? Tendremos que volver sobre este difícil problema de especificidad cultural, preguntándonos particularmente si la aglomeración parisina no constituye un fenómeno aparte.

Intentando medir la proximidad de las residencias, la frecuencia de las relaciones, la importancia de los servicios, las modalidades de la transmisión de bienes, una encuesta nacional dirigida por Louis Roussel, en *La Famille après le mariage des enfants,* planteaba las mismas cuestiones a los jóvenes matrimonios y a los matrimonios de mayor edad que podrían haber sido sus padres. Su primera conclusión, que corre al encuentro de los prejuicios sobre la familia contemporánea, es la sorprendente proximidad entre la residencia de los padres y la de los hijos casados. Sobre la muestra nacional, más del 75 por 100 de éstos habitan a menos de veinte kilómetros de sus padres. Así, la sociedad industrial no induce necesariamente a la movilidad que hace estallar geográficamente la familia. Aunque la proximidad geográfica no sea determinante en la densidad de las relaciones padres-hijos, está claro que es un factor que la facilita. Es por elección que los hijos, una vez casados, desean permanecer cerca de sus padres, es decir, en el lugar de su infancia y de su adolescencia, en la ciudad o en la región de la que conocen la cultura, en donde se sienten integrados. Las reivindicaciones ecologistas o los movimientos ligados a la calidad de vida no hacen más que amplificar esta necesidad de trabajar y vivir en el país. No sólo se vive

[11] Andrée Michel, «La famille urbaine et la parenté en France», *Families in East and West,* Reuben Hill y René König (eds.), La Haya, Mouton, 1970, págs. 436-437.

Distancia real entre el encuestado y su familia sobreviviente

	Número	Cohabitación	Mismo municipio	20 km	20 a 100 km	100 a 500 km	+ de 500 km	Conjunto
Madre	869	16,7	25,0	21,4	13,2	15,3	8,4	100,0
Padre	412	10,7	26,7	24,3	14,1	15,5	8,7	100,0
Suegra	679	8,7	25,3	22,1	19,0	16,2	8,7	100,0
Suegro	372	7,2	23,7	23,7	20,7	15,3	9,4	100,0
Hermanos y hermanas	3.849	1,6	17,7	23,5	21,3	20,7	15,2	100,0
Cuñados, cuñadas	3.124	0,7	17,0	23,0	22,9	21,8	14,6	100,0
Hijos (conjunto)	4.459	43,1	13,9	12,9	12,0	12,2	5,9	100,0
Hijos casados	2.034	3,0	23,9	24,3	20,8	18,7	9,3	100,0
chicos	962	4,2	24,1	23,3	19,9	19,4	9,1	100,0
chicas	1.072	2,1	23,7	25,0	21,7	18,1	9,4	100,0
La madre, el encuestado, sus hijos (los 3 reunidos)	1.815	5,2	20,2	18,5	15,9		40,2	100,0
de ellos: hijos casados	631	0,9	13,3	13,5	14,3		58,0	100,0
de ellos: hijos solteros	1.184	7,5	23,8	21,1	16,8		30,8	100,0

Fuente: Catherine Gokalp, «Le Réseau familial», pág. 1087.

cerca de los padres, sino también cerca de los hijos casados. Una encuesta aplicada a personas tomadas en un momento del ciclo de su vida familiar de modo que tuvieran a la vez ascendientes vivos e hijos casados muestra la inserción espacial próxima de las generaciones. El 63 por 100 de las personas interrogadas residen a menos de veinte kilómetros de sus padres, lo que confirma los resultados de la encuesta llevada a cabo por Louis Roussel; el 56 por 100 residen a menos de veinte kilómetros de los suegros y el 51 por 100 a menos de veinte kilómetros de sus hijos casados. Se reside, pues, un poco más cerca de los padres que de los hijos, pero la diferencia es escasa, pues si la encuesta revela que los hijos se alejan progresivamente de sus padres, parece igualmente que ciertas aproximaciones tienen lugar más tarde[12].

Esta encuesta pudo igualmente cuantificar la densidad de los rencuentros entre padres e hijos casados. Cuando las residencias son muy próximas (el mismo municipio), el 90 por 100 de las personas interrogadas ven a su hija al menos una vez por semana, el 86 por 100 a su madre, el 83 por 100 a su hijo, el 82 por 100 a su suegra. Cuando las residencias están muy alejadas (más de 500 kilómetros), las personas interrogadas ven a sus hijos todavía varias veces al año (el 77 por 100 ven a su hija más de una vez, el 67 por 100 a su hijo), pero no ven a sus propios padres más que alrededor de una vez por año (solamente el 55 por 100 ven a su madre más de una vez por año, el 42 por 100 a su suegra)[13].

A través del estudio detallado de la transmisión de bienes, ocasiones de encuentro y de servicios (ayuda financiera, cuidado de los hijos en caso de dificultad temporal o de modo regular, para las vacaciones, etc.) se desprende un modelo coherente: la proximidad residencial permite la frecuencia de la interacción a condición que sea preservada la independencia de la joven familia. De una y otra parte, se desea el mantenimiento de su libertad y, por tanto, libremente se elige verse y ayudarse. Hay deseo de relaciones, pero estas relaciones son asimétricas en un deseo de autonomía. Por ejemplo, para la transmisión de los bienes, los hijos insisten en la preocupación por su independencia, puesto que los dones y los préstamos no son siempre desinteresados, su ternura generosa se pliega a una segunda intención posesiva: la necesidad afectiva es más fuerte entre los padres.

Las relaciones entre hijos casados y sus padres se intensifican cuando éstos alcanzan la edad de la jubilación, como lo muestra una encuesta de Françoise Cribier aplicada a un grupo de parisinos jubilados[14]. Aunque solamente una minoría de hombres y un tercio de la mujeres consideran su rol de abuelo/a como esencial, las relaciones

[12] Catherine Gokalp, «Le réseau familial», *Population*, 1978, 6, págs. 1077-1094.

[13] Catherine Gokalp, *op. cit.*, págs. 1088-1089.

[14] Françoise Cribier, «Les Parisiens et leur famille à l'âge de la retraite», *Gérontologie*, abril, 1979, núm. 30, págs. 20-30.

son muy densas e íntimas. No sólo la gran mayoría de los jubilados están contentos de lo que les aportan sus hijos, sino que conservan un sentimiento de utilidad que da un sentido a su vida. A esta edad, los padres, después de haber dado, reciben a su vez, a menudo indirectamente: la ayuda financiera que aportan los hijos consiste en mantener el apartamento, el chalet, la casa de campo que en su día heredarán. Para los jubilados, la importancia de las relaciones con los hijos no se limita a los intercambios afectivos o financieros: a menudo es a través de sus hijos el modo como mantienen una red de amistad. Las personas que ven más a menudo a sus hijos son los mismos que ven más a menudo a sus amigos. Este ejemplo muestra que el contenido de las relaciones entre hijos casados y padres se modifica de manera continua a lo largo de todo el ciclo de la vida familiar.

La encuesta de Louis Roussel intentaba también discernir la continuidad cultural de una generación a otra; observando la movilidad general de las jóvenes familias en relación a sus padres, se trataba de ver si los mismos modelos familiares (caracterizados por algunas variables tales como los juicios sobre la distribución de tareas entre hombres y mujeres, el trabajo profesional de la mujer, etc.) eran transmitidos de padres a hijos o si los padres adoptaban los modelos de los hijos. Se pudieron observar tres situaciones:

— transmisión de un modelo familiar caracterizado por una cierta jerarquía de los cónyuges, por una distinción acusada de roles, por una educación más bien rigorista, por una reserva en relación a la sexualidad;
— convergencia de opiniones relativa, por una parte, a la transmisión de ciertas ideas y, por otra, a la adhesión más o menos activa de los padres a posiciones que no eran las suyas en su juventud;
— distancia, si no oposición entre las ideas, pero sin enfrentamiento con elusión sistemática de estos temas con el fin de evitar los conflictos. Así, la transmisión cultural se haría entre las generaciones, pero en el caso en que los sistemas de valores fueran conflictivos se evitarían los temas tabúes para preservar la existencia de relaciones, valorizada más allá de las divergencias de opinión. La preservación de estas relaciones es más importante que las razones ideológicas de una ruptura (pág. 146).

La investigación clínica intentaba esclarecer los resultados del cuestionario nacional: cuarenta entrevistas muy profundizadas trataban sobre el tipo, la naturaleza y la frecuencia de las relaciones entre padres e hijos casados, sobre las opiniones relativas al matrimonio. Reconociendo aquí todavía la influencia preponderante de las categorías sociales sobre los modelos familiares, la encuesta se centró en las clases medias. Sus conclusiones refuerzan las de la encuesta estadística, demostrando el peso de la fuerte actividad familiar que circula entre padres e hijos casados y esclareciendo su significado. En una sociedad en cambio rápido que es muy ansiógena, la familia aparece como el elemento estable, permanente, puesto que descansa sobre fuerzas inconscientes muy poderosas[15]. La familia, y esta vez no se trata del matrimonio, sino de las relaciones entre grupos domésticos de las dos generaciones, aparece como un «refugio», sobre todo para las clases medias, que son las más sensibles al cambio.

Una ascensión social reciente, el acceso a un bienestar que no conoció la generación precedente parecen frágiles, y su protección parece asegurada por el mantenimiento de relaciones familiares densas entre las generaciones, mantenimiento que debe hacerse a cualquier precio, incluso al de un compromiso ideológico en el caso en el que se esté en desacuerdo sobre cuestiones políticas, familiares o sobre la filosofía de la vida en general. Además, cuando el matrimonio conoce un semifracaso se vuelve hacia sus padres.

La investigación clínica confirma la importancia de la afectividad:

> Todo lo que se intercambia dentro de la familia, todas las transacciones que se llevan a cabo constituyen el soporte de relaciones afectivas intensas y sólo adquieren su significado en relación a ellas (...). La interdependencia afectiva es uno de los cimientos de la continuidad familiar[16].

Esta afectividad es asimétrica, como lo mostraba la encuesta estadística nacional. Al hilo de estas entrevistas, comprendemos mejor por qué. Los padres —y esto resulta más cierto a medida que el tiempo pasa— son cada vez más dependientes del afecto de sus hijos. Sus múltiples regalos, préstamos, servicios serían para ellos la

[15] Odile Bourguignon, en Louis Roussel, *La Famille après le mariage des enfants*, pág. 175.
[16] Odile Bourguignon, *op. cit.*, págs. 195 y 237.

manera de conseguirse este afecto. Aunque esta situación sea percibida así por las dos partes, por los donantes y los donatarios, no debe ser manifestada: «es necesario que todo pase como si los padres no dieran nada y como si los hijos no recibieran nada»[17], los niños sirven de mediadores. Esta disimetría puede ser objeto de otra interpretación: los hijos casados estarían en una posición de fuerza, el tiempo de una sola generación, y el desequilibrio de la relación se compensaría cuando ellos, a su vez, fueran padres de hijos casados. O bien, puede contestarse esta posición de fuerza dada a los hijos que monetarizan inconscientemente su amor y considerar que éstos, incluso casados, son todavía dependientes afectivamente de sus padres. Habría reciprocidad en la misma ternura, incluso si ésta se manifiesta de manera diferente. Constatando «la desvalorización de todo aquello que no responde a lo inmediato y a lo afectivo», Louis Roussel concluye:

> La solidaridad entre las generaciones completa a su manera la célula conyugal: en una sociedad en la que las relaciones son cada vez más funcionales, forma parte del enclave de excepción que constituye la familia (pág. 105).

Así, el núcleo conyugal refugio sólo se abre para absorber a los padres en el mismo universo de amor, de calor que sirve de muralla contra la sociedad. Aunque el autor lo niegue, su tesis parece seudoparsoniana en la medida en que subraya el aislamiento excepcional de un núcleo conyugal cuya fuerte afectividad está extendida a la generación superior: el aislamiento sólo está desplazado, pero sigue siendo subrayado.

Podemos preguntarnos si no resulta ilusorio introducir una neta separación entre los padres y los hijos casados, por una parte, y los otros grupos domésticos que componen el parentesco, por otra. Ciertamente, la encuesta tenía como objetivo concreto medir las relaciones padres-hijos casados, pero parece inscribir la totalidad del campo del parentesco dentro de estas relaciones. Además, resulta muy marcada por la categoría social observada: es quizá entre las clases medias en las que el repliegue familiar es más fuerte.

Tomando en cuenta los bienes y los servicios que se intercambian dentro de las redes familiares, volvemos a encontrar la articulación entre el grupo doméstico, los ascendientes y otros miembros del parentesco.

Agnès Pitrou distingue dos tipos de ayuda entre estos flujos que circulan dentro del parentesco urbano: «la ayuda de subsistencia» y «la ayuda de promoción»[18]. La primera permite el mantenimiento del nivel de vida, es decir, de hacer frente a las dificultades imprevistas o a los accidentes propios de la vida; la segunda se orienta a la mejora del estatus.

Estas conclusiones tienen un doble interés: por una parte, abordan el campo de las relaciones familiares no bajo el ángulo de la afectividad de la que son portadoras, sino bajo el de su funcionalidad en las estrategias sociales. Por otra parte, las relaciones descritas desbordan el cuadro estrecho de padres e hijos casados, poniendo en evidencia el papel de la fratría, el del campo familiar extenso y respaldado por la red de amistad.

La relación madre-hija

Todavía más que para los hombres, la evolución demográfica de estos últimos cien años ha sido revolucionaria para las mujeres. En el modelo familiar clásico de los años 1930-1970, las mujeres se beneficiaron de un alargamiento de su esperanza de vida y de una disminución del número de nacimientos que ocurren después de un matrimonio que tiene lugar a una edad cada vez más joven. En estas circunstancias, la mujer con una edad de unos cuarenta años, habiendo criado a sus hijos, tiene la perspectiva de una esperanza media de vida de alrededor de unos treinta y cinco años. A finales de los años ochenta, el matrimonio y los nacimientos vuelven a ser cada vez más tardíos y modifican el calendario femenino.

Más adelante analizaremos estos trastornos demográficos y sus consecuencias sobre la situación de las mujeres en la sociedad y en la familia. En este momento sólo querríamos considerar sus efectos sobre la densidad de las relaciones familiares y, en particular, la relación madre-hija. En efecto, se observa una preferencia por esta relación en la sociedad contemporánea que, de hecho, recuperaría una cierta matrilateralidad. La inestabilidad contemporánea de las uniones debería, por otra parte, contribuir a reforzarla.

[17] Odile Bourguignon, *op. cit.*, pág. 244.

[18] Agnès Pitrou, «Le soutien familial dans la société urbaine», *Revue française de sociologie*, XVIII, 1977, págs. 80-83.

Antaño, el oficio, el estatus o la adquisición de una técnica se transmitían de padre a hijo. Ya en siglo XIX, cuando padre e hijo son los dos asalariados de diferentes fábricas, se produce una ruptura en la transmisión entre hombres; la madre aparecía, a veces, como el pivote familiar central y su papel afectivo se desarrolla en detrimento de la imagen de un padre enfrentado con la dura condición de obrero.

Esta relación de afectividad entre madre e hija casada mediante la cual se transmiten técnicas y valores se mantiene en la clase obrera del siglo XX. Al estudiar el barrio obrero londinense de Bethnal Green, Michael Young y Peter Willmott constataron en *Famillily and Kinship in East London* que la residencia era lo más a menudo «matrilocal», pues la mayor parte de los matrimonios residían cerca de los padres de la mujer. Esto explica parcialmente tan sólo la intensidad cotidiana de las relaciones, visitas, servicios, consejos que mantienen la madre y la hija casada. Cuando se casa su hija, la madre, puesto que todos sus hijos ya son mayores, es más libre para disponer de su tiempo mientras que su hija, joven casada, entra en un ciclo de embarazos, nacimientos y cuidados a los niños de corta edad. El sostén moral, afectivo y material de la madre le resulta más necesario que nunca en un momento en que ésta, precisamente, está en disposición de dispensárselo. Una relativa separación de las tareas y de los roles entre los esposos favorece esta intromisión de la madre en la cotidianidad de la familia de su hija. Raymond Firth, en *Two Studies of Kinship in London,* denomina una organización familiar de estas características con el término de *matri-centered family*. En Bethnal Green, este tipo de organización es característica del universo familiar:

> Cuando una hija se casa, y más todavía cuando abandona su trabajo para tener hijos, regresa al mundo de las mujeres y de su madre. El matrimonio inscribe los sexos en sus roles respectivos y refuerza, de este modo, la relación entre hija y madre. Como afirma el viejo proverbio:
>
> Mi hijo es un hijo hasta que se casa,
> Mi hija es mi hija toda la vida[19].

Bethnal Green ¿es un caso excepcional? ¿Se trata de un comportamiento característico de la clase obrera, de un entorno urbano particular, tan integrado que hace pensar en la aldea, o es característico de una generación —la encuesta tuvo lugar en 1955?

Esta focalización familiar sobre la madre de la mujer parece haber sido confirmada por encuestas ulteriores hechas en Inglaterra en medios sociales diferentes. En Swansea, una ciudad obrera de más de 167.000 habitantes, situada en el sur del País de Gales, en una encuesta efectuada en 1961 y publicada por C. C. Rosser y Harris en *Family and Social Change,* se observan comportamientos de visitas muy parecidos a lo que había sido detectado en el barrio londinense, sobre todo en lo que se refiere a la frecuencia diferencial entre hombres y mujeres. Más de la mitad de las mujeres casadas habían visto a su madre en el transcurso de la semana anterior. En la clase media estudiada en Woodford, la relación madre-hija se mantenía en las clases obreras. Es cierto que, en la medida en que esta zona residencial representaba una ascensión social para las hijas, se habían producido transformaciones tanto en la relación madre-hija como entre los esposos. El lazo marido-mujer era más fuerte que en la clase obrera, las tareas y los roles menos separados; sin embargo, la relación madre-hija resistía mucho más que la relación padre-hijo. No obstante, las madres hacían muchas menos muestras de autoridad, particularmente en los conflictos que les enfrentaban a sus hijas por la educación de los hijos, dispuestas a aceptar el nuevo modelo cultural de la joven generación en ascensión social[20].

Así pues, la relación madre-hija no es específica de la clase obrera incluso si se encuentran reunidas, más que en ninguna otra categoría social, las condiciones objetivas para una imposición tal.

Disponemos de pocos datos franceses sobre esta cuestión. Louis Roussel no hace mención, si bien es cierto que su encuesta se refería a los «hijos» y a los «padres», sin distinción sistemática del sexo. Por el contrario, Agnès Pitrou ha señalado que en las clases medias la ayuda de los padres de la mujer tomaba la forma de servicios materiales mucho más a menudo, mientras que la ayuda de los padres del marido era más bien de naturaleza financiera; en el sentido inverso, cuando se trata de ayuda a los padres, son las mujeres las que aseguran prioritariamente visitas,

[19] Michael Young y Peter Willmott, *op. cit.*, págs. 60-61.

[20] Peter Willmott y Michael Young, *Family and Class in a London Suburb*, pág. 76.

servicios, cuidados y, eventualmente, alojamiento[21]. Igualmente, Catherine Gokalp ha detectado una mayor frecuencia de las relaciones con las hijas casadas[22].

Actualmente, en medio rural, se dibuja una tendencia parecida: separada del trabajo agrícola por la evolución técnica, la agricultora es llevada a reencontrar principalmente sus actividades alrededor de su casa, de sus hijos y de la familia con la cual asegura sus contactos. La relación con su madre resulta particularmente estrecha.

Genealogías y red de parentesco en medio urbano

Como en el medio rural, el concepto de segmentos de linaje y parentelas es pertinente para analizar el parentesco en la sociedad urbana, y como hace el antropólogo de la sociedad exótica o campesina, es necesario construir pacientemente la genealogía del individuo o del grupo doméstico encuestado. Para cumplir un paso tal, el investigador deberá introducirse, implicarse en el grupo humano que estudia. Pero ¿cómo identificarlo en un medio urbano, fuera de las clasificaciones demasiado amplias de la categoría social o de la profesión? Los primeros estudios desarrollados sobre el parentesco han sido dedicados a grupos fácilmente delimitables, tales como los inmigrantes. Así, Raymond Firth, en *Two Studies of Kinship,* estudió el parentesco entre los obreros que habitaban en el sur de Londres y en un grupo étnico de origen italiano, diseminado por Londres. Firth se encuentra sorprendido por la extensión de lo que él denomina el «universo del parentesco».

> Las genealogías recogidas a lo largo de la encuesta revelan que el número total de familias que los entrevistados podían citar era superior a cien. Para doce familias para las cuales las informaciones eran particularmente completas, el universo de parentesco variaba de treinta y siete a doscientas cuarenta y seis, con una cifra media de ciento cuarenta y seis. Encuestados y encuestadores se sorprendían conjuntamente de esta amplitud que antes no habían sospechado. Para los encuestados, resultaba motivo de orgullo. En estas genealogías eran incluidos parientes fallecidos que no siempre eran ascendientes directos, las dos terceras partes eran consanguíneos, una tercera aliados. No siempre aparecían grados genealógicos superiores a *Ego*[23].

Esta memoria de los parientes fallecidos es pues selectiva. Nos gusta recordar un lazo incluso distante con tal pariente porque es halagador poder hacer mención de tal emparentamiento. Esta selectividad tanto dentro de la genealogía como en la elección de relaciones es, por otra parte, uno de los rasgos característicos del sistema de parentesco europeo. Volveremos a ello.

Si la amplitud del universo del parentesco es importante, ésta se refiere más a la extensión colateral que a la profundidad genealógica, que se mantiene relativamente restringida, extendiéndose como máximo sobre cinco o seis generaciones en total, dos generaciones ascendentes y dos descendientes a partir de *Ego,* cuando éste se sitúa en una franja media de edad. En toda genealogía existe un pariente al que podría llamarse «pivote» y que sirve de punto de unión dentro de la estructura por su interés por estas cuestiones o por el conocimiento de las ramificaciones genealógicas. Ego podía solicitar ayuda de este pariente para refrescar su memoria olvidadiza, del mismo modo que podía dirigirse a la de su mujer. Así, en estas encuestas inglesas, las genealogías son más las de un grupo social familiar que las de un individuo[24].

Toda parentela tiene un pariente que detenta la memoria familiar. Cuando se solicita la construcción de una genealogía a un individuo, éste puede apoyarse en él. Así, Guy de Maupassant, en su novela *Pierre et Jean,* introduce en escena un genealogista familiar:

> Madame Roland, dotada de una excelente memoria para los parientes, se puso inmediatamente a buscar todas las alianzas del lado de su marido y del suyo, a remontar las filiaciones, a seguir las ramas de los primos (pág. 49).

Un estudio americano desarrollado sobre familias judías originarias de Europa del Oeste emigrados a los Estados Unidos aportaba infor-

[21] Agnès Pitrou, *op. cit.*, pág. 72.

[22] Catherine Gokalp, *op. cit.*, pág. 1088.

[23] Recordemos que *Ego* es el individuo del que se construye la genealogía y que se encuentra en el centro del gráfico, por debajo de sus ascendientes y por encima de sus descendientes.

[24] Raymond Firth, *Two Studies of Kinship*, págs. 40-45.

maciones análogas[25]. El mismo sentimiento de satisfacción entre los encuestados que descubren, después del establecimiento de su genealogía, la extensión de la red de sus parientes en las generaciones y en la colateralidad. La media de parientes que se pueden reconocer, muertos o vivos, es de doscientos cuarenta y uno para diez familias, lo que resulta más elevado que para las familias inglesas, pero se explica por el carácter cultural específico del grupo estudiado. Los mismos rasgos característicos de las redes aparecen aquí: gran extensión lateral, débil profundidad genealógica; inclusión de hasta un 20 por 100 de parientes muertos en la genealogía. Las cifras encontradas por Elizabeth Both al estudiar en *Family and Social Network* la red de parentesco de tres familias de clases medias inglesas se acercan a las de Firth entre los matrimonios encuestados; los Newbolt reconocían ciento cincuenta y seis parientes, de los cuales diecisiete muertos; los Daniels, ciento veinticuatro, de los cuales treinta y cuatro muertos; los Hartley, sesenta, con veintisiete muertos.

Apenas poseemos información de este mismo tipo para Francia; el estudio llevado a cabo por el INED sobre la red familiar que delimitó arbitrariamente un «grupo familiar» constituido por los padres de los cónyuges, el matrimonio, los hijos de este matrimonio y sus cónyuges, los nietos, los hermanos y las hermanas de los cónyuges, los hijos de los hermanos y hermanas: este grupo familiar comprende una media de veintitrés personas, y la extensión varía poco con la edad[26]. Más allá de estos parientes, y por razones evidentes, ya no sabemos más nada sobre la extensión del parentesco.

Seguramente, el hecho de conocer y de nombrar sus padres no significa necesariamente que se mantengan relaciones con ellos. Hace falta distinguir entre el conocimiento de una red de parentesco y los lazos de interacción de los que pueda ser el teatro. Elizabeth Both distingue entre el parentesco «efectivo», parientes con los cuales se mantiene una relativa intimidad, y el parentesco «no efectivo», parientes con los cuales no hay contacto y de los cuales sólo se conoce un determinado número de informaciones, tales como el nombre o la profesión, el número de hijos, y, finalmente, la categoría de los parientes «alejados» *(unfamiliar)*, de los cuales no se sabe nada, sino que existen (pág. 121).

Igualmente, Firth introducía una distinción en la recogida de sus genealogías, separando el parentesco «reconocido» del parentesco «nombrado»; el segundo era más restringido que el primero, pues comprendía exclusivamente los parientes que podían designarse por el nombre; entre estos dos segmentos se observan diferencias numéricas a menudo importantes. El principio de selectividad parece ser carácterístico del sistema de parentesco en las sociedades occidentales; juega a la vez en el establecimiento y para el contenido de las relaciones sociales; funciona como un sistema de referencia social. Ciertamente, en nuestras sociedades, no es el único, pero conserva un lugar preponderante entre las otras identidades sociales que un individuo es más o menos libre de elegir. Esta identificación social puede tener funciones reales o latentes, e incluso aunque sólo ocupe un lugar en el imaginario merece toda nuestra atención. Un antropólogo, Christophe Turner, en *Family and Kinship in Modern Britain*, apoyándose en las conclusiones de las investigaciones inglesas, caracteriza el principio de selectividad de este modo:

> La tolerancia en el establecimiento de relaciones sociales con el parentesco, la apertura de un sistema multilineal significan que un individuo puede elegir o no el reconocer un parentesco más distante y tiene una elección suplementaria relativa al hecho de establecer relaciones sociales sobre la base de los lazos de parentesco reconocidos. En general, un individuo reconoce relaciones de primer y segundo grado en la línea de filiación directa. El conocimiento o el contacto del parentesco más lejano es extremadamente variable (páginas 18-19).

Funciones del parentesco

Se tiene una tendencia excesiva a reducir las relaciones con el parentesco a funciones afectivas, rituales o simbólicas. Es con motivo de los grandes ritos de pasaje de la vida, bautismo, primera comunión, matrimonio y, sobre todo, entierros, cuando se invita a la mayor cantidad posible de parientes. Estas reuniones familiares sólo son una etapa en un proceso general de identificación familiar que tiene su propia funcionalidad. Más allá de los contactos, visitas, intercambios de ser-

[25] H. Leichter y W. Mitchell, *Kinship and Casework*, Nueva York, Russell Sage Foundation, pág. 90.

[26] Catherine Gokalp, *op. cit.*, págs. 1079-1081.

vicios y de reuniones familiares, el parentesco crea un conjunto de obligaciones morales más o menos constringentes y proporciona un marco de referencia que tiene su propia importancia en relación a otros marcos de referencia tales como la profesión, el barrio de residencia, la región de origen o la marca del automóvil en el que se circula. Esta concurrencia con otros subsistemas sociales es característica del sistema de parentesco en las sociedades urbanas.

Identificación

La existencia latente de las redes de parentesco reviste una gran importancia en una sociedad que aísla al individuo: volvemos a encontrar la idea de la «familia refugio». Ya no se trata aquí de sumergirse en el grupo doméstico conyugal, sino de situarse en la red familiar que permite identificarse en el tiempo y en el espacio. Es por esta historia familiar por lo que se sabe quién se es y de dónde se viene. Contenido en la sucesión de las generaciones, inscrito en las redes de colateralidad, identificado en relación al origen geográfico familiar, cada uno reconoce su lugar. Las redes proporcionan un sentimiento de estabilidad, de pertenencia, funcionan como un sistema de identificación.

Funcionan tanto mejor si los parientes residen en un espacio cercano. Sin embargo, los parientes lejanos en el espacio, así como en el parentesco, tienen una función latente, y estas redes pueden ser reactivadas rápidamente con ocasión de una crisis o de una necesidad. Volveremos a encontrar aquí la parentela, red maleable en función de las necesidades.

El parentesco sirve, pues, de carta de identificación en la relación con el otro. Rosser y Harris citan el ejemplo de aquel chico joven que llega a Swansea, a casa de su tía, a la que no conoce, pero ante la cual se reconoce el derecho de llamar a su puerta. La mujer sitúa a este extraño desde el momento en que la relación de parentesco es enunciada:

> Llamaron a la puerta un domingo por la tarde —dijo la señora Price— y este chico dijo: «Soy Donald de Bolton. Buenas tardes, tía Rhoda. Mi papá me ha dicho que venga a verla. Vengo aquí para cuatro meses. ¿Puede alojarme?» ¡Dios mío, dije yo, entra, hijo mío! No lo había visto desde que tenía seis años, de eso hace más de treinta años, supongo. Mi hermano se estableció en Lancashire durante la Gran Depresión, se casó allá y nunca había regresado. Me costaba entender su raro acento de Lancashire. Pero, claro, el chico se quedó con nosotros y visitó a toda la familia. Incluso encontró a mis primos Llanelly, que yo no había visto desde hacía mucho tiempo. Un domingo fue al Club de la Legión Británica y le dijo a uno de los más viejos: «¿Hay algún Loosemore aquí? Yo soy el hijo de Dick Loosemore de Bolton.» Encontró media docena de parientes que no había visto nunca, muchos viejos amigos de Dick en otros tiempos[27].

En esta situación aparecen claramente las diversas funciones del parentesco. Sirve, materialmente, para proporcionar un lugar de alojamiento; permite, de modo más difuso, para los otros miembros del grupo —parientes o amigos—, integrar al extraño en la red ya existente. Las relaciones de parentesco constituyen, pues, un medio de acceso a la comunidad.

Es cierto que no es el único medio; se hacen amigos en la escuela, en el ejército, en el trabajo. Es cierto que existen agrupamientos formales, y cada vez más en la actualidad, que proporcionan a los extraños los medios para integrarse: ser padre de alumno, jugar al tenis o a los bolos, coleccionar sellos o mariposas, defender la salvaguarda de un viejo edificio o de su entorno. A pesar de todo, el parentesco sigue siendo un medio privilegiado de acceso a los otros, a la creación de relaciones sociales.

Acceso al mercado de trabajo

El parentesco sirve a menudo para penetrar en el mercado de trabajo, sobre todo para un primer empleo, sea cual sea la profesión de que se trate. El joven en edad de trabajar se ha formado una imagen de la profesión o de las fábricas susceptibles de contratarlo a través de lo que los parientes o los amigos puedan contarle. En lo alto de la escala social, la referencia a tal miembro del parentesco sirve de identificador y puede pesar tanto como el diploma en el momento de la selección.

Algunos grupos étnicos integrados familiarmente ocupan verdaderos monopolios en algunas profesiones, a través de la sucesión de generaciones y las parentelas. Así, en Estados Unidos, se

---

[27] C. C. Rosser y C. Harris, *op. cit.*, pág. 229.

ha observado que el reclutamiento de los agentes de policía se efectuaba esencialmente a través de la parentela. En una ciudad en la que la mayoría de los agentes de policía son de origen irlandés, el 76,2 por 100 de los agentes de policía tenían miembros de su parentesco próximo en la policía, y el 29,2 por 100 de sus padres estaban en activo o jubilados[28].

Danièle Auffray, Thierry Baudoin, Michèle Colin y Alain Guillerm han mostrado el lugar de la familia en el mercado de trabajo en un medio obrero de Mayenne[29]. Observan la densidad de las relaciones campo-ciudad alrededor de los congeladores y los huertos que permiten el intercambio de pedazos de un cerdo matado por la familia y de las legumbres del huerto. Insisten especialmente en el rol de la red familiar frente a las pequeñas fábricas de Laval o de Mayenne. Las relaciones de parentesco constituyen, en primer lugar, una red de información sobre los empleos, proporcionan una determinada imagen de las condiciones de trabajo en las empresas y favorecen una rotación rápida de la mano de obra. La industria de Laval ofrece unos tipos de empleo relativamente homogéneos y el obrero busca entonces la empresa que ofrece los mejores salarios. A estas empresas «corriente de aire», el *turn-over* cuesta caro y están constreñidas a un cierto ajustamiento. Así:

> El mercado del empleo no es el vasto espacio indiferenciado que describen los neoclásicos en el seno del cual el obrero se desplaza como un peón según las necesidades del empresariado. Se trata, por el contrario, de un envite esencial del conflicto social en el cual intervienen prácticas familiares y territoriales que dan a cada región su propia configuración económica y social[30].

El rechazo de la movilidad es una reivindicación tomada en cuenta hoy día. Cuando la ideología industrial suponía que los trabajadores debían seguir la demanda de mano de obra allá donde el capital instalaba sus fábricas, las familias, una vez pasadas las grandes migraciones de la revolución industrial, manifiestan el deseo de permanecer allí donde residen, allí donde se organizan las redes familiares y de amistad. No sólo los obreros que están en el paro y podrían volver a encontrar un empleo en otra región rechazan un traslado que sería un desarraigo, sino que los jóvenes cada vez buscan más un empleo allí donde han nacido.

Ofrecemos un ejemplo, limitado en el espacio y en el tiempo, pero bien significativo de una inversión del comportamiento y en el que la familia se ocupa de una parte privilegiada[31]. En el sur de Cornouaille, sobrepoblada después de la Segunda Guerra Mundial, una generación de hombres, en los años 1950-1960, giró definitivamente la espalda a la agricultura para partir hacia Nantes o París en busca de empleos obreros o de gendarmes. Hoy día, los jóvenes adoptan una actitud opuesta y su comportamiento manifiesta su voluntad de quedarse en el país. «Hacer construir» constituye su objetivo, con el fin de marcar en lo concreto este deseo de arraigo. El sector de la construcción ofrece posibilidades de empleo local y los jóvenes son artesanos, lampistas, albañiles, techadores, etc. El hecho de que no haya industrialización constituye, es cierto, un hándicap económico a nivel regional, pero al mismo tiempo permite una adaptación suave al mundo moderno. Al quedarse en el país, se trata de beneficiarse de una calidad de la vida más auténtica al permanecer en el medio cultural en el que uno ha sido educado. Algunos incluso hacen sacrificios en el salario o en la cualificación profesional a los que su diploma daría derecho. Al trabajar, al residir allí donde se encuentran las redes de parentesco y de amistad pronto se recupera la pérdida de un salario que habría sido más alto en la ciudad. Las redes cumplen, en efecto, numerosas funciones: sostén psicológico y afectivo, pero también intercambios materiales, de bienes, de servicios, de consejos. Una economía informal se descubre, así, poco a poco. Uno de los nudos es precisamente la construcción de casas en familia. Los jóvenes, la mayoría hijos de agricultores, heredan un terreno. Constituyen un equipo de construcción con las competencias técnicas de la red de parentesco, que durante el transcurso del tiempo libre (tardes, fines de semana, vacaciones) va a edificar la casa desde el sótano al gra-

[28] Marvin B. Sussman, «The Urban Kin Network in the Formulation of Family Theory», *Families in East and West*, pág. 495.

[29] Danièle Auffray, Thierry Baudoin, Michèle Colin, Alain Guillerm, *Feux et lieux, histoire d'une famille et d'un pays face à la société industrielle.*

[30] *Ibidem*, pág. 197.

[31] Martine Segalen, «Faire construire. Résistances et contre-pouvoirs familiaux en Bretagne», *Économie et Humanisme*, enero-febrero, 1980, 251, págs. 40-50.

nero, y solicitando a un artesano remunerado regularmente sólo en el caso de que la red familiar no pueda proporcionar esta cualificación. Las redes proporcionan también la ayuda para los niños, son el lugar para intercambios de naturaleza alimentaria que se apoyan en el cultivo de los huertos. Tienen funciones importantes en el terreno profesional. Conectados en el doble espacio campo-ciudad, proporcionan una información de calidad sobre la situación del mercado de trabajo. Cada uno sabe dónde está empleado cada uno, y mediante los contactos informales se forja la reputación de las empresas. En el momento en que un empleo queda libre o se crea, la red de parentesco, como en Amoskeag Company, se encarga de cubrirla. Además, la superposición de posiciones locales da a los detentadores locales del poder un conjunto de informaciones de alta calidad. El director de la sucursal del organismo bancario que concede los préstamos necesarios para la construcción de casas también es el director del equipo deportivo local: conoce personalmente, en el 70 por 100 de los casos, al solicitante, su situación familiar, su solvencia, etc. Allí donde en un medio despersonalizado haría falta una encuesta para instruir el expediente, la red de interconocimiento resulta suficiente. La red de parentesco constituye aquí una institución mediadora entre el individuo y la sociedad; contribuye a atenuar los choques de las transformaciones económicas y sociales, a integrar mejor al individuo en un mundo muy formalizado, difícil de penetrar, opaco.

Parentesco y medio urbano

Ciertamente, cuanto más estable es el grupo más antigua es la residencia; cuanto más débil es la movilidad social y residencial tanto más se multiplican y se superponen las relaciones de parentesco hasta el punto de constituir una sociedad de interconocimiento, como en la aldea o en los barrios antiguos de las ciudades. En Bethnal Green, este arquetipo de barrio estudiado por Michael Young y Peter Willmott en *Family and Kinship in East London,* se accede a la amistad a través del parentesco. En esta sección obrera de Londres, las diferentes redes de vecindad y de parentesco son muy activas. A lo largo de la encuesta, todos los habitantes que residían dentro de un espacio relativamente cerrado estaban emparentados o se conocían a través de los parientes o de amigos comunes; la proximidad residencial de los parientes y de los hijos casados, así como de otros parientes más lejanos, era grande. Los habitantes no tenían que desplazarse lejos para ir a su trabajo; por otra parte, la jerarquía social era débil; la mayor parte de los hombres eran peones y los trabajadores de cuello blanco que trabajaban no residían. Finalmente, en Bethnal Green, las relaciones de parentesco eran del todo predominantes en la constelación de relaciones sociales y este barrio funcionaba como una aldea.

Podemos tener dificultades en creer que las ciudades están hechas hoy día de aldeas yuxtapuestas y debemos preguntarnos acerca de los efectos de las renovaciones urbanas sobre la extensión de las redes de parentesco. Estas renovaciones importantes han perturbado considerablemente el tejido urbano de las viejas ciudades o han conducido a la creación de ciudades nuevas. Los mismos antropólogos que habían estudiado Bethnal Green han proseguido su análisis en *Family and Class in a London Suburb* interesándose por algunas familias de este barrio realojadas en Greenleigh. Una experiencia de laboratorio en la que la mayor parte de las variables estaban controladas, puesto que podían hacerse aproximaciones entre las dos situaciones. Cuarenta y un matrimonios de Bethnal Green de entre los peor alojados fueron a vivir a estas casas situadas en ordenaciones idénticas y construidas alrededor de un *shopping center.* Disponemos de pocas informaciones relativas a las relaciones con el parentesco amplio (que no eran el tema de la encuesta), pero por lo que se refiere al parentesco próximo se constata un determinado número de cambios. Las relaciones con la madre fueron menos frecuentes que en Bethnal Green a causa del alejamiento (pero hasta entonces habían sido de una intensidad excepcional), y el aislamiento de la pareja tendió a acercar marido y mujer, cuyas relaciones se reforzaron y entre los cuales la separación de roles se difuminó poco a poco. En este tipo de comunidad urbana en la que nadie se conoce, el estatus sustituye a la red de conocimientos mutuos. Puesto que uno ya no puede ser identificado por un miembro de su parentesco, puesto que ya no se tiene una larga historia compartida que forma parte del patrimonio colectivo, puesto que vuestra personalidad, vuestros defectos y vuestras cualidades ya no son del dominio público, el individuo se encuentra identificado

por los otros con la ayuda de criterios exteriores: el modo como van vestidos los hijos para ir a la escuela, la marca del automóvil, los cuidados dispensados al huerto. Red de parentesco y de sociabilidad funcionan, pues, sobre criterios diferentes y no son sustituibles entre sí.

¿Puede sostenerse que cuanto menos propicio es el medio urbano para las relaciones humanas menos interacción tienen los individuos con los otros en el marco de la vida cotidiana y el parentesco se encoge alrededor del grupo doméstico? Este fenómeno parece efectivamente constatado en la aglomeración parisina en la que Agnès Pitrou observa comportamientos muy diferentes de los de las ciudades con una media de más de diez mil habitantes en las que existe una fuerte densidad de las relaciones con los parientes. En París y en la región parisina, los grupos domésticos que ella entrevistó tienen, en promedio, las relaciones menos intensas con sus parientes y una proporción importante entre ellos tiene unas relaciones nulas, sobre todo entre los obreros.

> El ritmo de vida parisina, las dificultades de transporte y de circulación, los numerosos traslados hacia los extrarradios cada vez más y más periféricos, paradójicamente, hacen que la hiperconcentración haga de hecho que las visitas y los intercambios sean más difíciles a diez kilómetros de distancia que a cincuenta o cien en provincias. Las tres grandes metrópolis son lugares de refugio para buen número de desarraigados voluntarios o no, cuyas ataduras con la familia de origen se han roto o son frágiles[32].

Sin embargo, una encuesta antropológica realizada por Béatrix Le Wita sobre la *Mémoire familiale des classes moyennes parisiennes* muestra la existencia de relaciones de parentesco densas para los grupos domésticos residentes. La mayoría de ellos tienen orígenes provincianos. El teléfono permite a aquellos que lo desean, y son la mayoría, mantener contactos frecuentes. Las salidas del fin de semana son la ocasión para visitar parientes. Las vacaciones son pasadas en el lugar de origen en una casa familiar en la que se reactivan muchas veces por año las relaciones con la parentela. La distancia residencial no aparece hoy día como un factor de relajamiento de las relaciones de parentesco.

La importancia de una red de parentesco no se mide solamente por las funciones tangibles que puede cumplir; el parentesco remite a todo un imaginario en acción, y su papel quizá es más importante por esta función latente. Permite a aquel que se siente mal en su trabajo o en el lugar en que habita orientarse en el espacio y en el tiempo, referirse a una historia familiar que le da una identidad y una identificación que trabajo y lugar de residencia son incapaces de proporcionar. Este imaginario se concreta en la casa familiar hacia la cual uno regresa durante las vacaciones y de la que se habla abundantemente, sobre todo cuando se está lejos.

El imaginario familiar también es el confortable seguro que en un mundo en el que la familia va mal la vuestra en particular va bien. Poder alinear numerosos colaterales y ascendientes y descendientes pone de manifiesto la propia normalidad social en un mundo en el que todo parece desarreglarse.

Parentesco y clase social

Los primeros estudios que han puesto en evidencia la importancia y el rol de las relaciones de parentesco trataban sobre la clase obrera. ¿Qué ocurre cuando estudiamos las clases medias o superiores?

Los autores, por otra parte, no están todos de acuerdo sobre el lugar del parentesco dentro de la familia obrera. Andrée Michel constataba, después de una encuesta sobre «La famille urbaine et la parenté en France», aparecida en *Families in East and West,* que:

> De todas las familias, son las de los obreros peones y especializados las que son más nucleares, las más aisladas de la ayuda parental: sólo el 16 por 100 de ellas se dirigen a los parientes para el equipamiento de la familia; el 24,2 por 100 se dirigen a ellos cuando se siente la necesidad de ayuda financiera, y el 17,9 por 100 cuando la madre necesita que le cuiden un hijo (pág. 436).

Agnès Pitrou considera, por el contrario, que las relaciones con la parentela ocupan un lugar casi exclusivo en las relaciones sociales de los obreros[33].

No son los obreros sino los subproletarios franceses los que están sin familia, más pobres que los otros en todo, y en parentesco también.

[32] Agnès Pitrou, *op. cit.*, págs. 54-55.

[33] Agnès Pitrou, *op. cit.*, pág. 59.

Comparando los subproletarios franceses y extranjeros, Colette Petonnet, en su obra *On est tous dans le brouillard,* constata que los primeros, de origen rural y urbano, han roto los lazos con su parentesco, que a menudo ignoran sus orígenes, al contrario de lo que ocurre con españoles y portugueses, que encuentran un sostén afectivo, moral y material considerable en sus compatriotas. Entre los primeros, escribe la autora, el pasado familiar está abolido, y esto se siente como una pérdida de identidad. La ausencia de transmisión familiar corta la posibilidad de recuerdos ligados a un lugar, la posibilidad de un arraigo, incluso imaginario, en otra parte.

Los autores que han trabajado en Bethnal Green han llevado a cabo un estudio sobre el parentesco de clase media, al mismo tiempo que otros antropólogos ingleses. Disponemos aquí de un interesante conjunto de datos[34]. Sin embargo, no disponiendo de un estudio parecido para Francia, no podemos asegurar que todas las conclusiones sean trasladables de un país al otro en donde la misma denominación de clase media recubre situaciones a veces diferentes.

Según la hipótesis ya recordada aquí en varias ocasiones, la movilidad social, que a menudo es una movilidad geográfica, relajaría considerablemente las relaciones de parentesco entre padres e hijos casados, y más todavía las propias de la parentela. En efecto, en relación a la interacción constatada dentro de la clase obrera, la clase media tiene relaciones de parentesco menos densas, si se las mide en frecuencia de visitas, como ya habíamos señalado. Un matrimonio que conoce un ascenso social está dispuesto a sacrificar las ventajas de la proximidad residencial por las que ofrecen un mejor empleo en una ciudad o una región alejadas. Integrándose en un vecindario compuesto por habitantes más o menos comparables por el nivel de vida, este matrimonio adquirirá nuevos comportamientos culturales, y la sociabilidad de la amistad reemplazará a la sociabilidad familiar. Este proceso es claramente puesto de manifiesto en Woodford, ese barrio del extrarradio inglés en el que habitan dos clases sociales que se distinguen por su tipo de sociabilidad. Para la clase obrera, la sociabilidad institucionalizada tiene pocos atractivos; la clase media desarrolla, por el contrario, sus encuentros dentro del cuadro de la parroquia, de los clubes de tenis y de golf, en la coral, dentro de la compañía de teatro, etc.[35]. Salimos aquí de la esfera propiamente familiar. La clase media en ascenso social, en efecto, adquiere toda una cultura del ocio desconocida por la clase obrera. Ésta sustituye quizá —se añade, sin duda— a todas las formas de sociabilidad familiar por las que se desarrollan con la civilización del ocio. Sin hablar de concurrencia, puede decirse que la clase media adquiere otros centros de interés. Con el trabajo, la familia deja de ser el único polo de atracción de la vida social.

Resulta difícil, sin embargo, mantener un discurso único sobre las redes de parentesco y de sociabilidad de esta categoría social. Ya se ha dicho que la clase media inglesa no era estrictamente equivalente a su homónima francesa; sus límites son imprecisos, y cuando se habla de relaciones de parentesco entre las generaciones hará falta saber si se está en relación con configuraciones de movilidad social acusada (padre obrero, hijo cuadro) o si se permanece en una relativa estabilidad social entre las generaciones. Quizá sea la imprecisa delimitación de esta clase lo que permite atribuir consideraciones que a veces parecen contradictorias. Hemos señalado la fuerte interacción en el seno del parentesco dentro de las clases medias inglesas, incluso si el contacto cara a cara a menudo es sustituido por la llamada telefónica o por el envío de una carta. Esta constatación desmiente entonces la hipótesis de una ruptura necesaria en las relaciones, ya sea porque la reciprocidad no es posible, ya sea porque los estatus entre los diversos parientes son diferentes, o incluso muy divergentes las normas y las ideologías, sobre todo en lo que se refiere a la educación de los hijos. En fin, todos los estudios subrayan la existencia de relaciones intensas entre padres e hijos casados, sobre todo en la clase media que, teniendo que preservar un estatus frágil, invierte considerablemente en las relaciones familiares cercanas, al precio de evitar los temas que podrían engendrar conflictos.

Para el resto de la red de parentesco no sabemos mucho más: ¿es en este nivel en el que se produce la ruptura familiar, porque los conflictos de estatus, de ideología y de cultura son muy

[34] M. Young y P. Willmott, *Family and Kinship in East London;* R. Firth y A. Forge, *Families and Their Relatives in East London;* C. C. Rosser y C. Harris, *The Family and Social Change.*

[35] M. Young y P. Willmott, *op. cit.*, pág. 98.

fuertes o porque estas relaciones no conllevan afectividad? ¿Se mantiene también una relación con los tíos y tías, primos y primas que se encuentran durante las vacaciones, con los cuales se comparte una identificación? Nos hacen falta estudios para poder responder a estas cuestiones.

Para las clases superiores, las opiniones parecen más coincidentes, aunque apenas existan investigaciones en profundidad, y las afirmaciones descansen muchas veces sobre presupuestos subjetivos. Pueden dispensarse las relaciones de parentesco en la medida en que los medios financieros permiten comprar los servicios proporcionados por el parentesco en otras clases sociales (por ejemplo, disponer de una niñera o de una criada para todo para cuidar de los hijos). Al igual que en las clases medias, existe también una interacción social importante fuera del parentesco, por la participación en clubes, asociaciones y/o por la extensión de las redes de amistad. Por el contrario, en estas categorías es donde observamos la ayuda financiera más importante en bienes y servicios, sobre todo en el momento de la instalación de los hijos casados. A pesar de preservar la independencia de la joven pareja, se les proporcionan los medios para reproducir inmediatamente el nivel social de sus padres. En las clases superiores, el parentesco proporciona apoyo material y moral para mantenerlo. Si los hijos deben sufrir la retrogradación temporal de los inicios de entrada dentro de la profesión, la red de parentesco funciona plenamente, con la utilización de recomendaciones para penetrar en el medio profesional, con el aprovisionamiento del nombre como medio de referencia social.

Numerosos estudios coinciden en considerar la clase social como una de las variables principales de la existencia de las relaciones con el parentesco; todavía son poco numerosas para permitir correlaciones más adelante. Sin embargo, ya no se puede sostener por más tiempo que la industrialización ha cortado el grupo doméstico de su grupo de parentesco.

RED DE PARENTESCO CONTRA FAMILIA NUCLEAR: UNA POSICIÓN IDEOLÓGICA

Si la existencia de relaciones con el parentesco es tan perenne, podemos preguntarnos por qué ha estado escondida tan a menudo o incluso negada desde hace unos veinte años.

La acción secular del Estado está para algo. ¡No censará entonces parentelas y primos, ni censará a los habitantes sobre redes de parentesco difusas! El Estado tiene necesidad de un grupo doméstico individualizado de su red de parentesco, para comprenderlo y manipularlo.

Es necesario admitir también el peso ideológico de la familia nuclear que induce, en cierto modo, los comportamientos. William Goode, en su obra *World Revolution and Family Patterns,* subraya la discontinuidad entre representaciones y prácticas en materia de hechos familiares, insistiendo sobre la independencia de la variable ideológica. La ideología de la familia nuclear proclama el derecho del individuo a elegir su cónyuge, al igual que el lugar donde quiere vivir y los parientes que quiere tener. La familia nuclear, destaca el autor, es portadora de un ideal de democracia y de libertad, insistiendo en el carácter único de cada individuo, incluso en las sociedades en las que los sistemas de parentesco son los más constringentes.

Así pues, no nos sorprenderemos de que una imagen y una ideología de la familia nuclear sean vehiculados por la prensa o por la televisión. Sin embargo, esta imagen y esta ideología no están integradas por los grupos domésticos mismos que reconocen sus relaciones con los miembros del parentesco.

ORIENTACIÓN BIBLIOGRÁFICA

AUFFRAY, Danièle; BAUDOIN, Thierry; COLLIN, Michèle; GUILLERM, Alain, *Feux et lieux, histoire d'une famille et d'un pays face à la société industrielle,* París, Ed. Galilée, 1980.

BOTT, Elizabeth, *Family and Social Network,* Londres, Tavistock Publications, 2ª edición, 1971 (versión española: *Familia y red social,* Madrid, Taurus, 1990).

CHALVON-DEMERSAY, Sabine, «Aimée ou haïe: la famille», *La Sagesse et le Désordre, France 1980,* bajo la dirección de Henri MENDRAS, París, Gallimard, 1980.

—, *Family and Kin in Urban Communities, 1700-1930,* con una introducción de Tamara T. HAREVEN, Nueva York-Londres, New View Points, 1977.

FIRTH, Raymond (ed.), *Two Studies of Kinship in London,* Londres, The Athlone Press, 1956.

FIRTH, Raymond; HUBERT, Jane; FORGE, Anthony, *Families and their Relatives. Kinship in a Middle-Class Sector of London. An Anthropological Study,* Londres Routledge and Kegan Paul, 1969.

HAREVEN, Tamara K., «The Dynamics of Kin in an Industrial Community», en *Turning Points,* suplemento de *American Journal of Sociology,* 1978, vol. 84, editado por John DEMOS y Sarane Spence BOOCOK.

HARRIS, C. C., *Readings in Urban Kinship,* Oxford, Pergamon Press, 1970.

LA TOUR, Charles-Henri de, «Le système de parenté dans les grands ensembles de Montbéliard», *Bulletin de psychologie,* 1978, 335.

LE WITA, Béatrix, «La mémoire familiale des classes moyennes parisiennes», *Ethnologie française,* XIV, 1, 1984, págs. 57-66.

MICHEL, Andrée, *La Sociologie de la famille,* París, Mouton, 1970, págs. 129-1137. Esta obra comenta los principales libros y artículos aparecidos sobre el tema en esa fecha (versión española: *Sociología de la familia,* Barcelona, Ediciones Península).

MOGEY, John, *Family and Neighbourhood,* Oxford, Oxford University Press, 1956.

PITROU, Agnès, *Vivre sans famille?,* Toulouse, Privat, 1978.

ROSSER, C. C., y HARRIS, C., *The Family and Social Change,* Londres, Routledge and Kegan Paul, 1965.

ROUSSEL, Louis, *La Famille après le mariage des enfants,* «Travaux et documents», cuaderno núm. 78, Presses Universitaires de France, 1976.

TURNER, Christopher, *Family and Kinship in Modern Britain,* Londres, Routledge and Kegan Paul, 1969.

YOUNG, Michael, y WILLMOTT, Peter, *Family and Kinship in East London,* Londres, Routledge and Kegan Paul, 1957 (la edición que se cita en el texto es la Penguin Books).

—, *Family and Class in a London Suburb,* Londres, Routledge and Kegan Paul, 1968.

SEGUNDA PARTE

LA FORMACIÓN DEL GRUPO DOMÉSTICO

Capítulo 5

SOCIOLOGÍA HISTÓRICA DEL MATRIMONIO

La institución que funda la familia comienza a ser bien conocida gracias a las numerosas investigaciones de la historia, la demografía, la antropología, que, acercando sus métodos y sus problemáticas, han aportado nuevos datos sobre el matrimonio. Desde el siglo XVI hasta nuestros días, para la Europa occidental, estamos en condiciones de responder a un cierto número de interrogantes que aclaran el significado de la institución familiar: ¿con quién se casa uno? ¿A qué edad? ¿Cuáles son las funciones del matrimonio?

Para el estudio de la constitución de la pareja abordamos también los cambios ocurridos en la familia, en relación con las transformaciones provocadas por la industrialización y la urbanización, pero estas relaciones, al igual que para el parentesco, no son ni simples ni lineales. Es necesario descender hasta el detalle de las épocas, de los lugares, de los medios sociales para percibir ciertos mecanismos de cambio.

De entrada, podemos considerar como falsa esta idea recibida: hoy día uno se casa por amor, antaño se casaban por interés, hoy día se elige libremente, antaño uno era casado por sus padres. Estos estereotipos se articulan con el de la supuesta evolución del grupo doméstico. Si uno era casado por sus padres, se podía vivir perfectamente dentro de un grupo doméstico que comprendía numerosos miembros, puesto que no era la sede de la afectividad. Hoy día se viviría tanto más replegado sobre la pareja que ésta sólo podría estar basada en el amor. Y, consecuentemente, el matrimonio no tendría ninguna otra finalidad que la satisfacción emotiva y sexual de la pareja. Esta tautología no parece estar muy fundamentada.

De la alianza al matrimonio

En una sociedad de religión y de moral cristianas, el matrimonio está fundado por un derecho que reglamenta la sexualidad. Dentro de un cuadro jurídico-eclesiástico, la institución se inscribe en contextos sociales, económicos y culturales muy variados.

El marco religioso

En la medida en que el derecho es un marco constringente, constituye la norma en materia de matrimonio, pero hace aparecer también comportamientos desviados o minoritarios al enunciar las prácticas prohibidas. El derecho canónico elaborado en el siglo XII define el matrimonio como un sacramento indisoluble cuya materia está constituida por el consentimiento mutuo de los esposos. Según esta doctrina, los matrimonios de niños eran posibles, lo que nos remite a la imagen de los jóvenes Romeo y Julieta casándose solos en justas bodas, delante de un monje que recibe su juramento. Estos matrimonios que prescindían del consentimiento de los padres siempre eran portadores de desorden social: ¿los príncipes no iban a casarse con las pastoras?

Un cierto número de fenómenos económicos y sociales ha conducido a los padres a reafirmar su autoridad sobre los hijos, para la elección de su cónyuge, con el fin de que el orden social no sea puesto en peligro. Las clases aristocráticas, las más influyentes sobre el poder eclesiástico y laico, presionaron para obtener nuevas reglamentaciones que afirmaran la autoridad paterna, e hicieron del matrimonio no tanto la unión de dos individuos, sino la alianza de dos parentelas y de

dos patrimonios. «Señor, ocúpese de sus asuntos», respondía, a finales del siglo XVII, un parlamentario de Borgoña a su hijo que le preguntaba sobre las cualidades de la joven que le iba a ser dada como esposa[1].

Los textos del concilio de Trento y las ordenanzas reales de finales del siglo XVI y principios del XVII van a establecer la doctrina oficial del matrimonio que permanece en vigor hasta el siglo XIX, teniendo en cuenta los arreglos que aportaron la Revolución y el Código civil.

La mayoría de edad requerida para el matrimonio entonces es de treinta años para los hombres y de veinticinco para las mujeres. Hasta esta edad, los hijos debían solicitar el consentimiento de sus padres; más allá, sólo tenían que pedir su opinión. Una publicación previa de tres bandos imponía un retraso entre la solicitud de la bendión nupcial y la ceremonia. En efecto, hace falta tiempo para buscar los eventuales obstáculos al matrimonio y asegurar la publicidad de este acto que compromete a dos individuos, sus parientes y a todo el grupo social. Anunciados en el sermón dominical de la iglesia el domingo, los bandos oficializan el proyecto a los ojos de la comunidad. La Iglesia rechaza conceder una dispensa de las amonestaciones salvo para proteger el honor de las familias. Estudios concretos muestran que lo más frecuentemente este acuerdo corresponde a concepciones prenupciales, es decir, a nacimientos en los que no habrían transcurrido siete meses después del matrimonio[2].

Hasta el concilio de Trento, el sacerdote sólo era un testimonio del compromiso de los esposos; luego se le dio una parte activa en el acto sacramental: debe unir los esposos en matrimonio. Finalmente, otra reforma esencial que acentúa la función única del rito matrimonial, el clero suprime la confusión que existía entre el matrimonio y los esponsales, reduciendo la importancia de estos últimos. En los siglos XV y XVI, los *verba de futuro*, o «palabras de futuro», compromiso solemne de casarse hecho en la iglesia, parecían marcar para muchas parejas, al menos en los medios populares, el inicio de la cohabitación. La situación de estas uniones y la de los hijos que nacían eran críticas. En su esfuerzo de moralización de la vida conyugal, la Iglesia tiene, pues, el deseo de aproximar las ceremonias de esponsales y de matrimonio; con el fin de evitar toda ambigüedad, los esponsales se celebran la vigilia o el mismo día de la boda.

En los siglos XVII y XVIII, la naturaleza del matrimonio evoluciona del sacramento al contrato, en parte bajo la influencia de la Reforma que rechazaba el carácter sacramental del matrimonio, y en el siglo XVIII bajo la influencia de los juristas de la escuela llamada «de derecho natural». Según André Armengaud, estos juristas veían en el matrimonio un elemento de derecho natural «anterior» a cualquier institución de un sacramento por la religión. Ésta es la idea que retomarán los filósofos del siglo XVIII, y Voltaire expondrá en su *Dictionnaire philosophique* que el matrimonio es un contrato de derecho de las personas, del que los católicos romanos han hecho un sacramento. Pero el sacramento y el contrato son cosas bien diferentes: a uno están vinculados los efectos civiles, al otro las gracias de la Iglesia[3]. Los dos aspectos se disociarán totalmente con la Revolución que marca el desenlace final de las dos tendencias, exigiendo una ceremonia civil para dar validez a la ceremonia religiosa.

En este cuadro religioso y laico, presentado aquí de manera muy simplificada, se pone en disposición una práctica caracterizada por un determinado número de rasgos, entre los siglos XVII y XIX. La edad de matrimonio, las condiciones de elección de un esposo, el contenido mismo de la institución difieren sensiblemente según las categorías sociales para que descubramos a través de estos diferentes tipos los distintos modelos, portadores de desarrollos diferentes.

Demografía del matrimonio

Nupcialidad

¿Se casaba la gente más antaño que hoy día? ¿En qué épocas del año se casaban? Esto es lo que estudian los demógrafos cuando calculan las tasas de nupcialidad, es decir, la relación entre el número de matrimonios y la población. Ahora bien, este cálculo no resulta fácil para los períodos en los que la población no estaba cuadricu-

[1] André Armengaud, *La Famille et l'enfant en France et en Angleterre*, pág. 28.

[2] Jean Boissière, «Us et coutumes du mariage dans l'ancienne France, les unions à Fontainebleau dans la première moitié du XVIII[e] siècle», *Ethnologie française*, 4, 3, 1974, página 261.

[3] André Armengaud, *op. cit.*, pág. 24.

lada por un considerable aparato estadístico como en nuestros días.

Estudiar el número de matrimonios sólo es posible a partir del momento en el que la unidad territorial observada tiene series de registros de matrimonios sin interrupción durante un largo período. A partir del siglo XVI, el poder real y la Iglesia intentan obligar a los sacerdotes, grandes ordenadores de los sacramentos que acompasan las edades de la vida —nacimiento, matrimonio y muerte, a las cuales corresponden bautismo, matrimonio y entierro—, a mantener registros de estos actos. La ordenanza de Blois de mayo de 1579, firmada por Enrique III, les obligaba. Según las regiones y según los sacerdotes, estos registros fueron más o menos bien desarrollados; además, numerosas series fueron víctimas de accidentes históricos posteriores (Revolución, bombardeos), de modo que, para los períodos más antiguos, las informaciones son más o menos continuadas según las regiones. Sin embargo, a partir de la segunda mitad del siglo XVIII, su regularidad y su calidad son generalmente satisfactorias. Entonces puede efectuarse el recuento de los actos de matrimonio celebrados en cada parroquia.

El segundo término de la relación todavía resulta más difícil de conocer: se trata de la cifra de la población. Los censos regulares sólo son obligatorios desde 1836; para el siglo XVII, hay que contentarse con los recuentos parciales solicitados con fines diversos: imposiciones, conscripciones, etc. Además, se recogen las menciones en los diccionarios eruditos sobre el número de «fuegos». Si este término remite bien al concepto de grupo doméstico, es decir, de unidad de residencia y de producción, no indica por qué coeficiente conviene multiplicar su número; ¿hay cuatro, seis u ocho personas por familia? Los demógrafos establecen pues horquillas para los períodos más antiguos; por otra parte, no puede hablarse de cifras nacionales, sino de resultados limitados, propios de una sola parroquia o de una microrregión.

Sin embargo, a pesar de estas restricciones, se descubren algunas evoluciones. En primer lugar, la nupcialidad reacciona a los mismos factores demográficos. Está bien establecido que, bajo el Antiguo Régimen, en los períodos de grandes mortalidades debidas a las epidemias, la curva de los matrimonios tiende hacia cero. Esta curva es igualmente sensible a las crisis económicas que constituyen otro freno: se han podido relacionar las curvas de nupcialidad y del precio de los granos. Así, en el Beauvaisis, según Pierre Goubert, se observa

> ...una caída de los matrimonios en tiempos de crisis; la curva nupcial pasa por su mínimo cuando la curva mortuoria alcanza su máximo o va a alcanzarlo (...). Se apresuran hacia el himeneo desde que las sepulturas se espacian, la epidemia retrocede, la carestía de los granos tiende a ser reabsorbida[4].

Los acontecimientos políticos (guerra, revolución) tampoco son favorables a la nupcialidad; este fenómeno se observa en las épocas contemporáneas cuando los hombres son llamados a la guerra masivamente. Algunas medidas legislativas, por el contrario, han contribuido a favorecer la nupcialidad, y sobre todo la disminución de la edad de matrimonio, que ha sido restablecida, bajo la Constituyente, a los veintiún años, edad a partir de la cual el consentimiento de los padres ya no es necesario. Esta baja de la edad de matrimonio ha contribuido a abandonar sobre el mercado matrimonial una masa de casaderos potenciales que debían esperar la edad fatídica para prescindir del consentimiento de sus padres. Se observa entonces un avance importante de la nupcialidad, pero es pasajero.

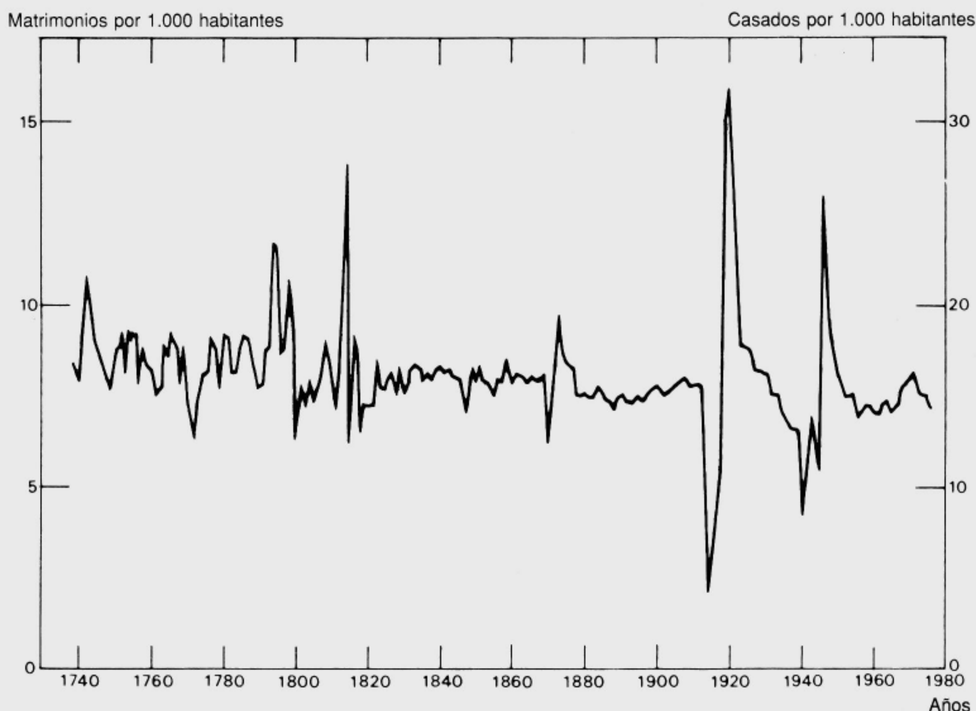
En un período largo, nos podemos sorprender de comprobar que, desde 1740 hasta nuestros días, el número absoluto de matrimonios, con excepción de épocas conflictivas a causa de las guerras, no deja de crecer lentamente, mientras que la tasa bruta de nupcialidad (o el número de nuevos casados por mil habitantes) se mantiene más o menos estacionario. Sólo en los últimos años se observa una inflexión clara de la nupcialidad. La tasa es del 16 por 1.000 de media, con bajas moderadas al 15 por 1.000 durante el primer Imperio, de 1875 a 1900, y más recientemente después de 1932, en que llega a declinar hasta el 14 por 1.000, con excepción de las perturbaciones provocadas por las guerras de la Revolución y del Imperio, las de 1870-1871, 1914-1918, 1939-1945, en el curso de las cuales numerosos matrimonios son diferidos y se acumulan durante los años que siguen al fin de las hostilidades[5].

---

[4] Pierre Goubert, *Beauvais et le Beauvaisis de 1600 à 1730*, París, SEVPEN, 1960, págs. 47-48.

[5] «Situation démographique de la France», *Population*, 1978, marzo-abril, págs. 305-306.

Tasa bruta de nupcialidad en Francia desde 1740



Estas tasas brutas son evidentemente burdas, pero nos resultan necesarias para situar la evolución de las mentalidades y de las actitudes. ¿No resulta chocante que, después de cerca de tres siglos y hasta estos últimos diez años, la nupcialidad francesa haya permanecido tan remarcablemente estable?

En revancha, el período del año en el que tienen lugar los matrimonios ha cambiado mucho. Los movimientos estacionales antiguos están caracterizados por alternancias de intensa actividad y momentos vacíos en el momento de los grandes trabajos agrícolas, o porque la Iglesia imponía períodos en los que los matrimonios estaban prohibidos: en Adviento (fiesta móvil situada al principio del año) y en Cuaresma. Las curvas de distribución mensual de los matrimonios, a través de la mayor parte de las monografías parroquiales, acusan una forma característica en los siglos XVII y XVIII. En estas épocas, los matrimonios se celebran sobre todo en febrero y en noviembre; julio y agosto son meses huecos porque los grandes trabajos agrícolas de los campos necesitan de toda la mano de obra y dejan poco tiempo para los festejos asociados al matrimonio. Más tarde, en el siglo XIX, se observa una nueva repugnancia a casarse en el mes de mayo, que es el mes del culto mariano[6].

También son preferidos algunos días de la semana: no se casan los viernes, día nefasto a causa de la muerte de Cristo, y día de abstinencia en el que los ágapes están prohibidos. Tampoco se casan en jueves, considerado nefasto en las creencias populares. A menudo se casaban en martes, lo que permitía dos días para los preparativos de la boda y otro tanto para llegar al viernes, día sagrado durante el cual no había que celebrar ágapes. El domingo también estaba prohibido porque la misa de matrimonio podía hacer la competencia a la gran misa dominical. Las circunstancias locales influenciaban también la elección del día. En el siglo XVIII, en Fontainebleau, en donde los mercados tenían lugar los lunes, miércoles y vier-

[6] Jean Bourgeois-Pichat, «Le mariage, coutume saisonnière», *Population*, núm. 4, octubre-diciembre, 1946, páginas 623-642; para los aspectos simbólicos de las prohibiciones en mayo, ver Nicole Belmont, «Le joli mois de mai», *L'Histoire*, núm. 1, mayo, 1978, págs. 16-26.

nes, el 56 por 100 de las uniones eran celebradas el martes[7]. Sin extraer de ello una conclusión definitiva, podemos aproximar este día al que era preferido en las parroquias rurales de Gers: el domingo se corta la alfombra de flores, el lunes se prepara el festín y el martes se casan[8].

Hoy día, los matrimonios se celebran a lo largo de todo el año, con una preferencia por los meses de verano; cerca del 80 por 100 tienen lugar el sábado con el fin de aprovechar el descanso del fin de semana.

Celibato

Quien no se casa es soltero —evidencia que permite medir la intensidad de la nupcialidad por su contrario, sobre todo en las épocas en las que las tasas son difíciles de establecer—. Esta medida es relativamente fácil, porque basta extraer de los censos el número de personas solteras con edad de cincuenta años, edad a partir de la cual las posibilidades de matrimonio se consideran nulas. Es una medida fina porque permite establecer las diferencias entre hombres y mujeres. De este modo se confirman los datos obtenidos por el cálculo de las tasas de nupcialidad: el celibato definitivo es raro. En el siglo XVIII, la proporción de solteros definitivos está comprendida entre el 10 y el 15 por 100 entre las mujeres; entre los hombres todavía es más débil, puesto que los hombres eran menos numerosos en razón de una mortalidad y de una emigración más fuertes. La proporción de solteros creció en el siglo XVIII: del 6 al 7 por 100 en las generaciones nacidas hacia 1765, el celibato definitivo alcanza el 12 por 100 entre las mujeres nacidas cien años más tarde; el alza se acelera a continuación hasta un máximo del 14 por 100 entre las mujeres nacidas hacia 1790. Un largo descenso, menos rápido que el crecimiento del siglo XVIII, vuelve a colocar las generaciones nacidas hacia 1850 en el nivel de las nacidas hacia 1760. La aceleración del alza en las generaciones nacidas en 1760-1790 es una de las consecuencias de los vacíos abiertos en la población masculina por las guerras de la Revolución y del Imperio[9].

Entre los hombres, el máximo de la frecuencia del celibato definitivo es más tardío que entre las mujeres: del orden del 10,5 por 100 se reparte en las generaciones de 1805-1844. Este aumento puede explicarse por el crecimiento de la población dentro de una economía agraria sin nuevas tierras por roturar: en reacción, la nupcialidad y los nacimientos se restringen[10].

Para los siglo XIX y XX se observan tasas generalmente en descenso suave, pero las evoluciones son complejas.

De 1821 a 1880, teniendo en cuenta la sobremortalidad de los solteros, mayor entre los hombres, puede estimarse que las tasas de celibato son similares para los dos sexos. De 1881 a 1905, el celibato aumenta notablemente entre las mujeres en razón de la sobremortalidad masculina consecutiva a las guerras. Finalmente, en el siglo XX, el celibato es más frecuente entre los hombres como consecuencia de la emigración masculina; para las generaciones 1921-1925 y 1926-1930, el descenso continuo de los nacimientos ha puesto en presencia efectivos femeninos constantemente inferiores a los efectivos masculinos, si se tiene en cuenta una diferencia de edad de tres años de media entre los esposos[11].

En los períodos antiguos, la escasez relativa de celibato se explica por la necesidad del matrimonio para acceder al estatus social adulto. En un tiempo en el que grupo doméstico y explotación agrícola o artesanal se confunden, en el que la organización del trabajo está basada en la complementariedad de las actividades masculinas y femeninas, el matrimonio asigna al individuo su lugar social. El soltero es un marginal, criado en la explotación del hermano o de su hermana, o todavía un migrante. No hay «elección» de una vida de soltero, sino el celibato religioso o militar, estado abrazado a menudo como un mal menor.

---

[7] Jean Boissière, «Nuptialité et union à Fontainebleau», *Mémoires publiés par la Fédération des sociétés historiques et archéologiques de Paris et de l'Ile-de-France*, tomo 26-27, 1975-1976-1978, págs. 300-301.

[8] Henri Polge, «Cycles saisonniers et hebdomadaires de la nuptialité gersoise sous l'Ancien Régime», *Bulletin de la Société archéologique, historique, littéraire et scientifique du Gers*, 1958, págs. 438-445.

[9] Sobre estos resultados, no todos los demógrafos están de acuerdo. Étienne Van de Walle nota un lento descenso del celibato femenino hasta la Revolución, seguido de un alza.

Étienne Van de Walle, «La nuptialité des Françaises avant 1851, d'après l'état civil des décédées», *Population*, número especial, septiembre, 1977, pág. 454.

[10] Louis Henry y Jacques Houdaille, «Célibat et âge au mariage aux XVIII[e] et XIX[e] siècles en France», I, «Célibat», Population, enero-febrero, 1978, 1, pág. 43.

[11] «Situation démographique de la France», *Population*, 1978, marzo-abril, págs. 306-308.

Proporción de solteros de 50 años, por grupos de generaciones

Grupos de generaciones	Proporción de solteros de 50 años (%)		Grupos de generaciones	Proporción de solteros de 50 años (%)		Grupos de generaciones	Proporción de solteros de 50 años (%)	
	Hombres	Mujeres		Hombres	Mujeres		Hombres	Mujeres
1821-1825	11,4	11,8	1861-1865	(10,8)	(11,2)	1901-1905	9,7	19,6
1826-1830	11,8	(11,8)	1866-1870	(10,8)	(11,4)	1906-1910	10,2	9,5
1831-1835	12,7	13,3	1871-1875	9,9	(11,3)	1911-1915	9,6	8,5
1836-1840	13,3	13,6	1876-1880	9,8	(10,5)	1916-1920	9,5	8,4
1841-1845	12,3	13,0	1881-1885	9,0	10,9	1921-1925	10,5	8,1
1846-1850	11,5	12,2	1886-1890	8,2	12,6	1926-1930	(10,6)	(7,5)
1851-1855	10,4	11,2	1891-1895	8,6	12,5	1931-1935	(10,7)	(7,4)
1856-1860	10,7	11,3	1896-1900	9,1	11,9	1936-1940	(8,2)	(7,2)

Nota: Los números entre paréntesis son estimaciones, los datos de base no distinguen para los dos grupos de edades 45-49 años y 50-54 años que enmarcan el 50° aniversario. Para las generaciones posteriores a 1926 se trata de estimaciones por extrapolaciones.

Fuente: «Situation démographique de la France», *Population,* 1978, pág. 307.

A pesar de los pocos datos sobre este tema de los que se dispone para las ciudades, parece que la proporción de solteros sea más elevada que en el campo, por lo menos en las grandes ciudades que se urbanizan y son un polo para esta mano de obra que estaría sin empleo y sin estatus en el campo. En el censo del año IV, en Lyon, entre las mujeres que tenían cincuenta años y más, se observa una proporción de cerca del 40 por 100 de solteras. Este porcentaje era particularmente elevado entre las obreras de las sederías, entre las cuales se contaba el 25 por 100 de solteras entre las mujeres de más de treinta años[12].

En la Alemania imperial, en determinadas regiones urbanas, la proporción de solteros y la edad media de matrimonio son típicamente más elevadas que en el campo[13]. En su estudio sobre *Le Mariage,* Louis Roussel hace notar el mismo fenómeno para la Francia de 1853 a 1900: en el medio rural la gente se casa más joven, y el departamento del Sena presenta la edad media de matrimonio más elevada (pág. 98).

Las reflexiones de los autores a propósito de Alemania sitúan bien el complejo problema de la relación entre industrialización, urbanización y nuevas formas de matrimonio. Afinando la comparación en función del tamaño de la ciudad, aparece que las personas se casan más tarde y que el celibato es más común en las metrópolis que en las ciudades de pequeña importancia; las tasas por sexos también son diferentes en las ciudades administrativas y en las ciudades obreras. Las migraciones de las mujeres tienen lugar sobre cortas distancias, y esta mano de obra es empleada, sobre todo, como domésticas, condición directamente asociada al celibato femenino. Estas emigrantes abandonaron el campo a falta de encontrar un empleo y un establecimiento, y en la ciudad su condición les obliga a permanecer solteras.

Así se puede explicar la paradoja de la correlación entre urbanización y aumento de las tasas de celibato, siendo los solteros más numerosos tanto entre los hombres como entre las mujeres. En este aspecto se observa una diferencia mayor entre las posibilidades masculinas y femeninas frente al matrimonio en el contexto de la gran industrialización que constituye una proletarización avanzada. Un hombre puede aprovecharse de un doble mercado matrimonial, el de su país de origen y el de la ciudad a la que ha emigrado; la mujer debe casarse sobre el terreno, pues la emigración la ha privado definitivamente de un establecimiento posible en su tierra, o más exactamente, como ella no puede establecerse en su país mediante el matrimonio, va a incrementar la flota de los emigrantes urbanos.

[12] Maurice Garden, *Lyon et les Lyonnais au XVIIIe siècle,* París, Les Belles Lettres, 1970, pág. 165.

[13] John Knodel y Mary Jo Baynes, «Urban and Rural Marriage Patterns in Imperial Germany», *Journal of Family History,* 1, 2, 1976, págs. 129-161.

Edad media del primer matrimonio en algunas ciudades y pueblos en los siglos XVII y XVIII

		H	M		H	M
CIUDADES						
Meulan	1660-1739	26,5	25,1	1740-1789	27,6	26,2
Saint-Malo	1650-1750	29,7	27,2			
Reims	1668-1724	27,7	25,2	1725-1791	28,1	26,2
Caen (centro)	1740-1749	30,6	28	1780-1789	31,1	28,1
Lyon	1700-1750	29	27,5			
CAMPO						
Crulai	1674-1742	27,5	25,1	1770-1789	27,2	26,8
Bretagne-Anjou						
Vraiville	1706-1752	25,4	24,2	1753-1802	26,9	26,3
Thézels	1700-1766	26,8	23,8	1767-1792	27,1	26,3
Azereix				1732-1792	30	26

Fuente: F. Lebrun, *La Vie conjugale sous l'Ancien Régime*, pág. 32.

Edad de matrimonio

Numerosos comportamientos familiares dependen de la edad a la cual los jóvenes tienen costumbre de casarse, la cual, a su vez, está en función de condiciones sociales, económicas, culturales. La edad de matrimonio constituye, pues, un eje de la evolución de la familia, y ha podido establecerse exactamente gracias al vaciado de los registros parroquiales y gracias a la constitución de fichas de familia que permiten corregir los datos a menudo aproximativos de los actos de matrimonio.

Contrariamente a una idea comúnmente aceptada en nuestros días, antaño la gente no se casaba joven. La Europa de los siglos XVII y XVIII ofrece incluso un modelo que parece único dentro del abanico de las culturas, caracterizado por una elevada edad del matrimonio, ligado a la necesidad de un establecerse independientemente. Para casarse es necesario haber acabado su aprendizaje y haber encontrado un lugar, es necesario tener su explotación y su parte individual en la herencia familiar, mientras que en otras sociedades, orientales y exóticas, la joven pareja se integra desde su matrimonio en grupos de parentesco más vastos en los que la propiedad es indivisa[14]. La conjugación de numerosos factores conduce a una edad tardía de matrimonio.

Como destaca François Lebrun en *La Vie conjugale sous l'Ancien Régime,* con la excepción de las familias aristocráticas, cuyos hijos se casaban en promedio a los veintiún años y las hijas a los dieciocho, la edad media en las clases populares de las ciudades y medios rurales es de veintisiete-veintiocho años para los hombres y veinticinco-veintiséis para las mujeres, con la excepción de algunas regiones tales como las campiñas del sur de Limoges o en el Midi (donde funciona un sistema de comunidad familiar que disocia el matrimonio de la instalación). No sólo la edad de matrimonio es tardía, sino que aumentó en los cincuenta primeros años del siglo XVIII.

Esta edad tardía en el matrimonio plantea un problema: ¿no implica un período de abstinencia sexual a los jóvenes, en la medida en que la Iglesia condena la sexualidad fuera del matrimonio? Durante alrededor de diez años, entre la pubertad y el matrimonio, los jóvenes deben permanecer castos. ¿Pueden hacerlo? ¿Lo son realmente? Varias interpretaciones han sido propuestas por los historiadores, apoyándose sobre todo en la cantidad de nacimientos ilegítimos y en las concepciones prenupciales, señal de que los jóvenes transgredían los tabúes eclesiásticos.

La consecuencia importante de este retraso en el matrimonio es el acortamiento del período de fecundidad de la mujer. En lugar de que procree a partir de los veinte años hasta los cuarenta y cinco, los nacimientos sólo tienen lugar a partir de los veinticinco o veintiséis años, reduciendo en al menos tres el número posible de hijos, pues sa-

[14] John Hajnal, «European Marriage Patterns in Perspective», *Population in History*, en B. V. Glass y D. E. C. Eversley (eds.), Londres, Edward Arnold. 1965.

Edad media en el primer matrimonio
(por generación, en años y decenas de años)

Grupos de generaciones	Edad media		Grupos de generaciones	Edad media		Grupos de generaciones	Edad media	
	Hombres	Mujeres		Hombres	Mujeres		Hombres	Mujeres
1821-1825	28,7	26,1	1861-1865	27,8	24,4	1901-1905	26,2	24,1
1826-1830	28,4	25,8	1866-1870	27,8	24,3	1906-1910	26,3	23,2
1831-1835	27,9	25,0	1871-1875	28,0	24,3	1911-1915	27,0	23,3
1836-1840	27,7	24,8	1876-1880	27,7	24,2	1916-1920	(27,6)	23,7
1841-1845	27,4	24,5	1881-1885	27,5	23,6	1921-1925	26,0	23,8
1846-1850	27,7	24,4	1886-1890	28,0	23,7	1926-1930	25,9	23,3
1851-1855	28,0	24,6	1891-1895	27,2	24,1	1931-1935	26,0	23,3
1856-1860	28,0	24,6	1896-1900	26,2	24,1	1936-1940	25,8	23,2
						1941-1945	25,2	22,8

Nota: El número entre paréntesis, relativo a las generaciones masculinas de 1916 a 1920, es aproximativo debido a la incertidumbre de los datos de base.

Fuente: «Situation démographique de la France», *Population*, 1978, pág. 310.

bemos ahora que el modelo de fecundidad de antaño no era el de un hijo por año, sino cada dieciocho o veinticuatro meses (cf. cap. 7). En una época en la que la limitación de los nacimientos todavía no había entrado en las costumbres, la edad tardía en el matrimonio constituye, según los términos célebres de Pierre Chaunu, «la verdadera arma contraceptiva de la Europa clásica». Respuesta consciente o inconsciente a un mundo en crecimiento demográfico, en el cual los recursos se mantenían estables y en el que las hambrunas eran menos frecuentes y menos mortales.

La evolución de la edad del matrimonio interesa a los demógrafos e historiadores que observan en detalle sus fluctuaciones en relación con los cambios económicos y sociales. En efecto, esa edad bajó considerablemente a lo largo del siglo XIX, al mismo tiempo que aparecía en Francia una limitación voluntaria de los nacimientos. Los demógrafos se preguntaron si esta reducción había causado un aumento de la población. La cuestión es compleja, pues hay que tener en cuenta la variedad de categorías sociales, los fenómenos diferenciales de campo-ciudad y otras transformaciones demográficas como el retroceso de la mortalidad. En el estado actual de las investigaciones parecería que el crecimiento demográfico del siglo XIX sea más bien el resultado de la disminución de la mortalidad, y sobre todo de la mortalidad infantil, que el de la reducción de la edad de matrimonio.

Una encuesta nacional del INED muestra que, de las primeras generaciones estudiadas nacidas en 1821-1825 a las últimas nacidas en 1941-1945, la edad media se reduce lentamente y regularmente, pasando para los hombres de 28,7 a 25,2 y para las mujeres de 26,1 a 22,8[15].

La reducción de la edad de matrimonio revela un cierto número de cambios dentro de la concepción del matrimonio y de la elección de cónyuge. Para los agricultores, se traduce sin duda en un acceso más fácil a la tierra: si el número de hijos se limita y se incita, la emigración a la ciudad, la sucesión puede hacerse sin dificultades, y el crecimiento del ingreso agrícola permitirá reservar alguna parte para los padres que ceden su explotación. De todos modos, el modelo matrimonial se mantiene relativamente intacto para esta categoría. Por el contrario, entre los obreros agrícolas o de la industria, que son asalariados, la reducción de la edad de matrimonio puede poner de manifiesto la adquisición de su independencia con relación a sus padres: están capacitados para dotarse a sí mismos, su peculio les permite una instalación más precoz. No hace falta, en este caso, «matar al padre» para tomar su lugar. En revancha, si la reducción de la edad de matrimonio en el siglo XIX traduce cambios en las mentalidades y se encuentra en parte ligada a las transformaciones económicas y sociales, no significa disociación entre matrimonio y establecimiento, matrimonio y entrada en la vida adulta. Esta disociación es un fenómeno típicamente contemporáneo.

[15] «Situation démographique de la France», *Population*, 1978, marzo-abril, pág. 309.

Domicilio de los esposos en el matrimonio, en porcentaje

Períodos	HOMBRES										
	N.º de matrimonios	Vraiville	N	S	Louviers	Elbeuf	Le Neubourg	Eure	Seine Maritime	París	Resto
1706-1752	162	62,2	17,2	7	1,2	0,6	—	11,2	0,6	—	—
1753-1802	204	63,4	12,9	8,4	1	0,5	—	12,3	0,5	—	0,5
1803-1852	197	67,1	12,7	3	—	2	—	12,2	0,5	—	2,5
1853-1902	184	41,9	24,4	9,2	3,8	6	—	12	1,1	0,5	1,1
1903-1962	173	45,1	17,3	5,2	1,2	5,2	—	16,8	2,3	2,3	4,6

Períodos	MUJERES										
	N.º de matrimonios	Vraiville	N	S	Louviers	Elbeuf	Le Neubourg	Eure	Seine Maritime	París	Resto
1706-1752	162	88,8	5	2,5	0,6	—	—	2,5	0,6	—	—
1753-1802	204	86,7	1,5	1,5	2	0,9	0,5	6,9	—	—	—
1803-1852	197	94,5	1	0,5	0,5	0,5	—	3	—	—	—
1853-1902	184	89,2	3,3	1,6	—	1,6	—	2,2	1,1	0,5	0,5
1903-1962	173	83,1	3,5	1,2	1,2	1,2	—	6,9	0,6	0,6	1,7

N: aldeas más próximas situadas al norte de Vraiville (distancia máxima: 10 kilómetros).
S: aldeas más próximas situadas al sur de Vraiville (distancia máxima: 6,5 kilómetros).

Fuente: Martine SEGALEN, *Nuptialité et alliance*, pág. 90.

La regla homogámica

Hoy como ayer, se tiende a casarse entre iguales, en el plano social o profesional. Es necesaria una unión adecuada, «armonizar los estados». Una de las fuentes del matrimonio concebido como una alianza entre dos líneas de descendencia es la de transmitir los patrimonios. El mejor medio de protegerlo es asegurarse que el cónyuge elegido es verdaderamente su igual socialmente. Todas las investigaciones históricas, demográficas, antropológicas confirman este fenómeno, que abordamos a partir de fuentes escritas, actos y contratos de matrimonio, o a partir de los documentos recogidos por los folkloristas, como los proverbios, o incluso por la encuesta directa sobre el terreno.

Esta regla de la homogamia se encuentra en todas las categorías sociales. En lo alto de la escala, por ejemplo:

> De 1665 a 1789, de treinta y tres alianzas establecidas por los intendentes de Tours y Orléans, diecisiete se casan con la hija de un intendente o de un miembro de una corte soberana, otros ocho con la hija de un titular de oficios. La misma actitud entre los magistrados de los parlamentos de París, Rennes, Besançon: en el siglo XVIII, más de dos parlamentarios BISONTINS de cada tres toman esposa dentro del mundo judicial y uno de cada dos la elige en el mismo nivel, es decir, en la familia de un magistrado de la corte soberana (parlamento o tribunal de cuentas)[16].

Para proporcionar a sus hijos un cónyuge de su rango, los notables, notarios, lugartenientes, abogados, deberán buscar en los municipios más alejados un homólogo social. Como señala Alain Collomp al estudiar *Alliance et filiation en Haute-Provence au XVIIIe siècle:*

> Las alianzas matrimoniales que se inscriben en el anillo más excéntrico (cuyo centro es el municipio estudiado) se refieren casi siempre al medio de la burguesía, estas tres o cuatro familias más ricas de Saint-André, los más cargados de honores, que se unen con las primeras familias de cada comunidad alejada (...). Bernardin Simon, lugarteniente y juez de Saint-André, y burgués, de su matrimonio, en 1677, con Anne Trabaud, hija de un abogado de Saint-Vallier (más allá de Grasse, a 75 kilómetros de Saint-André), tuvo tres hijos y cuatro hijas que llegaron a adultos: uno de los

[16] François Lebrun, *op. cit.*, pág. 24.

tres hijos es sacerdote en París, los otros dos se casan lejos; Jean-Baptiste se casa con una heredera de Puget-Théniers, en Saboya, y va a exiliarse a la casa de su familia política; el otro se queda como notario en Saint-André y se casa con la hija de un notario de Riez (página 469).

Por el contrario, para los campesinos, la homogamia tiene como corolario la endogamia, es decir, el matrimonio dentro de la localidad o con alguna persona de las aldeas más próximas. Casarse en su tierra supone conocer la familia con la cual está proyectada la alianza, poder controlar las disposiciones relativas al patrimonio, que, lo más frecuentemente, es de tierras. Teniendo en cuenta el estado de las redes de comunicaciones, es comprensible que el universo se circunscriba a los habitantes del mismo pueblo y de los pueblos medianeros. Todas las monografías atestiguan esta fuerte endogamia aldeana en los siglos XVII y XVIII. A menudo, los matrimonios endógamos constituyen cerca del 80 por 100 de las uniones, los restantes se establecen con los habitantes de los municipios medianeros. Veamos las cifras para un pequeño municipio de Eure, Vraiville, en el que la nupcialidad ha sido seguida desde 1706 a 1962:

En las ciudades, las cosas son un poco diferentes, atestiguando una movilidad un poco mayor. En Meulan, entre 1690 y 1789, el 50 por 100 de los esposos son nacidos en la ciudad y el 20 por 100 en las parroquias situadas en un radio de diez kilómetros, es decir, un total del 70 por 100 solamente. En Angers, sobre mil doscientos cincuenta y cinco matrimonios celebrados entre 1741 y 1745 en las dieciséis parroquias de la ciudad, ochocientos cincuenta y cinco son entre dos esposos de Angers; en los otros cuatrocientos casos, cerca de un matrimonio de cada tres, uno de los dos esposos (incluso los dos en treinta y seis casos) no es de Angers. Esta movilidad concierne más a los hombres que a las mujeres: cerca del 25 por 100 de los hombres y sólo el 10 por 100 de las mujeres que se casan en la ciudad vienen del exterior, es decir, de parroquias generalmente próximas, excepcionalmente de parroquias exteriores a Anjou. En Lyon, la distribución de los cónyuges según su origen geográfico es, a principios y a finales del siglo XVIII, la siguiente:

Región de origen	1728-1730		1786-1788	
	H	M	H	M
Lyon y suburbios	52 %	61 %	42 %	47 %
Lyonnais, Dauphiné, Bugey	28 %	28 %	30 %	39 %
TOTAL	80 %	89 %	72 %	86 %

La proporción de esposos lioneses originarios de la ciudad y de sus alrededores, todavía ligeramente superior a la media a principios de siglo, resulta inferior a finales. Es cierto que, más allá de la aglomeración, la elección se hace sobre todo, y cada vez más, en las tierras adentro más próximas, Lyonnais, Dauphiné y Bugey. Un último ejemplo: en Saint-Malo, gran puerto abierto hacia el exterior, un esposo de cada dos (56 por 100) y cerca de una esposa de cada cuatro (24 por 100) de los que se casan entre 1700 y 1750 son forasteros no sólo de la ciudad, sino también de la diócesis (páginas 28-29).

Para cualificar estas poblaciones que se casan en el seno de áreas geográficas circunscritas, los demógrafos hablan de *isolats*, es decir, zonas dentro de las cuales se elige al cónyuge. Podríamos clasificar este término entre los falsos amigos en tanto que induce a la idea de una zona aislada. Ahora bien, nunca existe *stricto sensu*. Los grupos humanos de ciertas sociedades exóticas, observados en su totalidad, constituyen un *isolat*, pues se trata de poblaciones limitadas, pero eso nunca ocurre así en las sociedades europeas, en donde se observa una cierta movilidad en todas partes y nunca, pues, cerrazón del grupo humano sobre sí mismo. Sin embargo, los matrimonios endógamos llevan a matrimonios entre emparentados si la población es suficientemente estable. La búsqueda de una unión adecuada reforzaba esta tendencia y numerosas uniones consanguíneas habrían sido acordadas si la Iglesia no las hubiera reglamentado.

En nombre de la prohibición del incesto, la Iglesia prohibió el matrimonio entre parientes demasiado cercanos[17]. Sin entrar en el detalle de la reglamentación después de la Edad Media, hace falta saber que estaba prohibido desposar parientes consanguíneos hasta el cuarto grado, es decir, hasta los primos segundos incluidos. La doctrina de los impedimentos está ligada a la concepción católica del matrimonio: si la Iglesia prohibía el incesto, «era para reforzar su cohesión al multiplicar los lazos de parentesco entre cristianos», escribió Jean-Louis Flandrin en *Les Amours paysannes* (pág. 28). Ocurría lo mismo con los matrimonios en segundas nupcias que estaban prohibidos, en principio, con los parientes hasta el segundo grado del esposo fallecido.

[17] Según la computación canónica; la computación civil añade los grados de las dos líneas que llevan al ancestro común.

Aplicar estas reglas, impedir tales uniones, por el contrario, habría dificultado fuertemente la nupcialidad de los municipios rurales en los que la superposición de redes sociales y familiares creaba las condiciones de matrimonios entre parientes. Así pues, la Iglesia se veía obligada a conceder dispensas para que se celebrara este tipo de uniones. No obstante, esta consanguinidad apenas jugaba un papel en el patrimonio genético de la población. Simplificando, los matrimonios consanguíneos tienen lugar dentro de redes complejas de parentesco tejidas a lo largo de las generaciones. Incluso entre los grupos humanos que tienen conciencia de una originalidad cultural que desean mantener mediante uniones consanguíneas, basta el aporte genético de algunos cónyuges exteriores para que todo el patrimonio genético del grupo se renueve. Con Albert Jacquard hemos estudiado una comunidad protestante del Bocage normando muy endógama. De ciento cincuenta y cuatro matrimonios protestantes celebrados de 1860 a 1868, el 7,1 por 100 son consanguíneos. Analizando las genealogías familiares, hemos podido determinar para cada individuo que vive en una época determinada la parte de su patrimonio genético que proviene de cada uno de sus «fundadores», siendo definido un fundador como un ancestro cuya ascendencia es desconocida: el conjunto de fundadores representa la fuente múltiple de los genes que comparten los miembros de la comunidad. Ahora bien, los dos fundadores más importantes, aquellos de los que los descendientes constituyen la mitad de la población actual, sólo han aportado, cada uno, el 4,1 por 100 del conjunto de los genes. La llegada, para cada generación, de cónyuges exteriores al grupo ha sido suficientemente importante para mantener una gran diversidad genética. A pesar de una conciencia afirmada de su identidad cultural de la que los ancestros forman íntimamente parte, y a pesar de su efectivo, el grupo protestante no mantiene ninguna especificidad genética[18].

Estrategias de alianza

Si las prácticas de matrimonios consanguíneos no tienen consecuencias sobre el plano genético, sí que son reveladoras del papel del parentesco en la alianza. Está prohibido casar con los parientes próximos, pero más allá, la elección es teóricamente libre. A pesar de ello, los matrimonios consanguíneos, matrimonios homógamos y endógamos suponen reglas no expresadas y revelan políticas familiares de alianza.

Volvemos a encontrar aquí las teorías antropológicas del parentesco y la alianza: entre nuestros sistemas y los de las sociedades exóticas existen diferencias de grado y no de naturaleza. En la sociedad antigua, ya sea de naturaleza campesina, aristocrática o burguesa, los cónyuges dependen del patrimonio de sus padres para instalarse independientemente en la vida activa: la estrategia patrimonial dirige los matrimonios.

En *Célibat et condition paysanne,* Pierre Bourdieu escribió:

> Antes de 1914, el matrimonio estaba regido por reglas muy estrictas. Puesto que comprometía todo el futuro de la explotación familiar, puesto que era la ocasión de una transacción económica de la más alta importancia, puesto que contribuía a reafirmar la jerarquía social y la posición de la familia dentro de la jerarquía, era asunto de todo el grupo más que del individuo. Era la familia la que se casaba y uno se casaba con una familia (...). El matrimonio tiene como primera función asegurar la continuidad del linaje sin comprometer la integridad del patrimonio (págs. 33-34).

El estudio de Bourdieu se sitúa en el Béarn, región en la que domina la familia troncal. La costumbre quiere que el hijo mayor reciba sin partición la casa y las tierras que le pertenecen, símbolos de la continuidad familiar; los otros hijos reciben solamente dotes en dinero. La estrategia matrimonial perseguía casar al primogénito de una casa con la hija menor de una casa de un estatus a ser posible equivalente que entregaba al jefe de familia, al padre del futuro esposo, una dote en dinero. En cuanto a los hijos menores de la familia, o bien se casaban con una hija menor, encontrándose en una situación económica difícil, pues no recibían más que una escasa dote, o bien emigraban, o incluso podían permanecer solteros en la casa de su hermano mayor, renunciando a la herencia, colocando por encima de su situación personal la ideología de la indisolubilidad del patrimonio. En un contexto así se comprende la importancia de la elección de un nuevo aliado que cada casa debe evaluar en función de los dos patrimonios y del capital respectivo de honor.

---

[18] Albert Jacquard y Martine Segalen, «Isolement sociologique et isolement génétique», *Population,* 1973, 3, pág. 566.

La estrategia matrimonial aparece como uno de los tipos de la más general «estrategia de reproducción biológica, cultural, social que todo el grupo pone en acción para transmitir a la generación siguiente, mantenidos o aumentados, los poderes y los privilegios que el mismo ha heredado»[19].

Toda estrategia campesina de matrimonio es endógama, pero algunas lo son más que otras. Algunas líneas de descendencia, a menudo las más ricas (o las menos pobres), operan sistemáticamente alianzas con líneas de descendencia parientes; otras, por el contrario, se alían con no-parientes, pero en el seno del mismo espacio geográfico cerrado. Al cabo de algunas generaciones, poedemos, así, para las primeras, observar regularidades, alianzas preferenciales, que sin obedecer al rigor de las reglas de matrimonio de las sociedades exóticas, sin embargo, se les aproximan. En la parroquia de Ribennes (alto Gévaudan), que comprendía quinientos cincuenta habitantes, Pierre Lamaison ha podido poner en evidencia ciclos «patrimoniales». El mantenimiento y la transmisión del *ostal* están debajo de la lógica de las alianzas: con el fin de mantener un equilibrio entre todas las casas, es una regla que el heredero se case con una hija menor. Así, el núcleo de cada línea de descendencia se constituye por la sucesión de herederos del patrimonio detentado por la pareja de ancestros más antigua: la permanencia de esta línea de descendencia es el bien que se ha transmitido y el lugar al cual está adscrito este bien. Las líneas de descendencia practican una exogamia que tiene como corolario una renovación de la alianza entre dos líneas de descendencia. Así, el autor puede poner de manifiesto las estrategias con ciclos interesándose no por todas las líneas de descendencia, sino por aquellas que él denomina líneas de descendencia patrimoniales. Estos ciclos se desarrollan generalmente a lo largo de varias generaciones, ponen en juego herederos principales y herederos menores. Su espacio es el de las familias del cantón[20]. Pierre Lamaison distingue ciclos que son intercambios restringidos o generalizados.

Un intercambio restringido implica el matrimonio de un heredero y de su hermana dotada que se casan, respectivamente, con una hija menor dotada y uno de sus hermanos heredero de otra casa. Las dotes son del mismo valor, ninguna cantidad de dinero circula efectivamente. Los intercambios generalizados implican varias casas, con circulación de la dote que al final del ciclo acaba por volver al *ostal* del que salió.

Un ejemplo de intercambio generalizado entre siete *ostals* que tiene lugar a lo largo de varias generaciones se presenta en la página siguiente. El autor puede sistematizar su desarrollo, mostrando los ciclos que se encadenan, se entrecruzan y se superponen al hilo de las generaciones. Estas estrategias de alianza muestran la importancia decisiva del patrimonio: lo uno y lo otro están indisolublemente ligados por la intermediación del sistema de devolución de bienes.

Hasta aquí nuestros ejemplos han estado tomados de sociedades en las que predomina la familia troncal. ¿Puede hablarse también de estrategias en sociedades en las que la costumbre de herencia es igualitaria, y en las que el patrimonio está compartido entre todos los herederos; en sociedades en las que los campesinos son arrendatarios o aparceros, es decir, que sólo tienen poco patrimonio que transmitir, en las que la movilidad es fuerte y la independencia del grupo doméstico en relación a los segmentos de linaje de las que han salido más marcada?

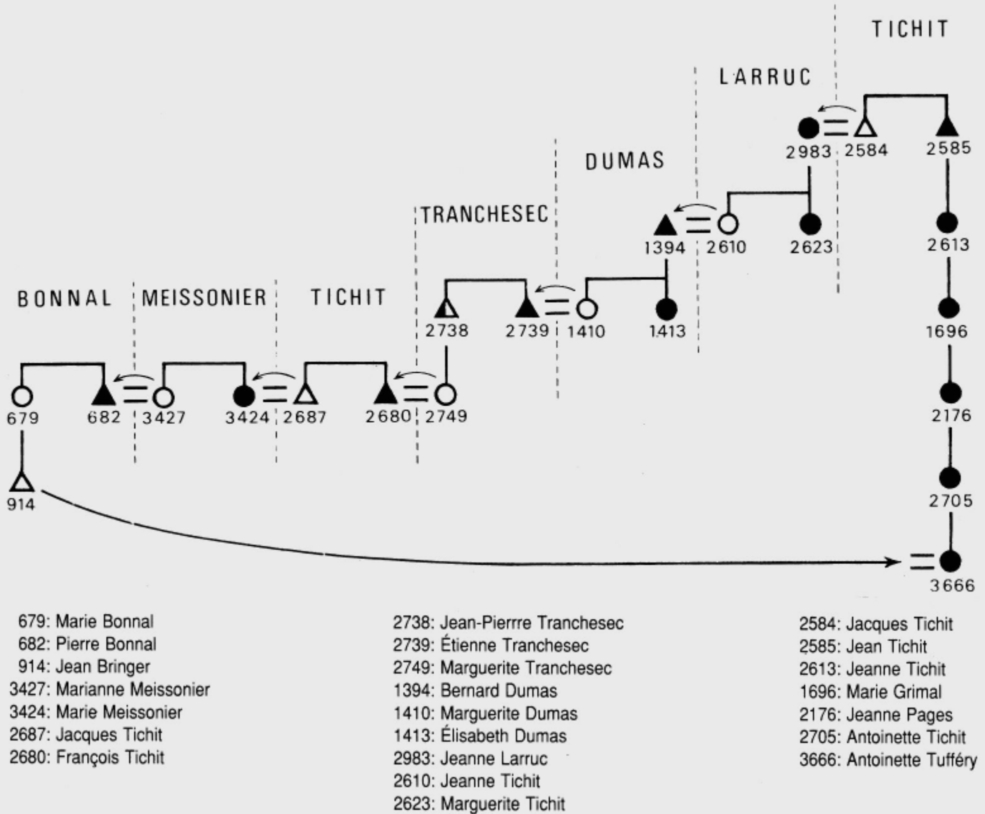
Un determinado número de trabajos muestran que, incluso sin capital rústico, puede observarse una política familiar de los matrimonios, puesto que los campesino, en los siglos XVII y XVIII, eran propietarios de algunos bienes: material agrícola, ganado o bienes muebles. El capital de prestigio de la familia, su antigüedad, su reputación cuentan tanto y quizá todavía más en una sociedad pobre. En un sistema económico en el que el enriquecimiento no es posible, el mantenimiento del rango puede representar el objetivo último de las estrategias matrimoniales familiares: el hijo y la hija ceden tanto más fácilmente en tanto en que fuera de la familia no hay estatus social.

Son signos de estas estrategias matrimoniales en las sociedades igualitarias la frecuencia de las segundas nupcias de los viudos con la hermana de la esposa fallecida, la frecuencia de los matrimonios entre fratrías. Este «reencadenamiento de alianza», término tomado de F. Zonabend y T. Jolas, es un fenómeno comprobado en numerosas sociedades campesinas; no sólo refuerza los lazos

[19] Pierre Bourdieu, «Les stratégies matrimoniales dans le système de reproduction», *Annales ESC*, julio-octubre, 1972, 4-5, 27, pág. 1125.

[20] Pierre Lamaison, «Les stratégies matrimoniales dans un système de parenté: Ribennes en Gévaudan (1650-1830)», *Annales ESC*, julio-agosto, 1979, 4.

Ejemplo de intercambio generalizado entre siete «ostals» que se desarrolla a lo largo de varias generaciones



Los números son los de los proponentes; la numeración ha sido efectuada después de una doble clasificación (operación de tri-previo, operada por el ordenador): por una parte, según el orden alfabético; por otra, por cada patronímico, según la antigüedad del matrimonio. En negro, los herederos.

Fuente: Pierre LAMAISON, «Les stratégies matrimoniales dans un système de parenté: Ribennes en Gévaudan (1650-1830)», pág. 735.

de parentesco a parentesco, sino que establece alianzas entre aldeas vecinas y deja lugar a una cierta exogamia.

Al analizar, en *Nuptialité et alliance*, el detalle de los matrimonios entre las fratrías en la comuna normanda de Vraiville (Eure), hemos observado, sobre doscientos veinte años (1730-1950) y ochocientos veintiocho matrimonios, más de cuarenta uniones que tejían lazos con los municipios vecinos y, a menudo, sobre varias generaciones, a través de los matrimonios de dos hermanos que casaban con dos hermanas o con dos primas, o un hermano y una hermana que se casan con una hermana y un hermano. Igualmente, hemos observado en el sur de la región de Bigouden que las dispensas eclesiásticas eran concedidas para matrimonios consanguíneos entre parientes que nunca habitaban en el mismo municipio[21]. Un fenómeno parecido ha sido detectado en la región de Sault, en donde el «número de matrimonios consanguíneos entre aldeas es superior a la cifra esperada en la hipótesis en la que la elección se operaba independientemente del criterio del parentesco»[22]. Se comprende el

[21] Martine Segalen, «L'espace matrimonial dans le sud du pays bigouden au XIXe siècle», *Gwechall*, 1978, I, páginas 109-122.

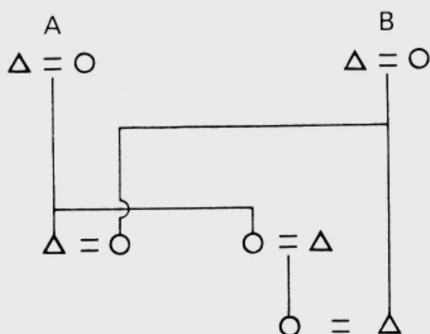
[22] Jacqueline Vu Tien Khang y André Sevin, *Choix du conjoint et patrimoine génétique. Étude de quatre villages du pays de Sault de 1740 à nos jours*, París, CNRS, 1977, pág. 102.

mecanismo de tales uniones: el capital de saberes que es necesario acumular para conocer al grupo aliado es adquirido en el momento en que se proyecta el segundo matrimonio. El primer matrimonio une extraños, el segundo a familias ya aliadas.

Otro medio para detectar la existencia de estrategias de matrimonio es el de analizar los ritos como, por ejemplo, el uso del casamentero en algunas sociedades. Encargado de dar a conocer mejor los haberes sociales y simbólicos de un grupo familiar a otro, debe negociar también por cuenta de las dos familias las aportaciones proyectadas. Si la unión no llega a celebrarse, ninguna de las dos familias se siente ofendida, puesto que nada ha sido comprometido oficialmente. El rol del intermediario es el de soportar el fracaso eventual de las negociaciones; también es garante de la continuidad de las relaciones sociales.

Otros rituales relacionados con el matrimonio simbolizan y explicitan igualmente el rol del parentesco en la confección de las uniones y contribuyen a reencadenar las alianzas. Sobre este aspecto existe una gran cantidad de artículos y de obras de las que Arnold Van Gennep hizo la síntesis en su *Manuel du folklore français contemporain*.

Ejemplo de reencadenamiento de alianza entre A y B



Estos rituales constituyen un discurso simbólico cuyos gestos, palabras y manifestaciones diversas, como los cortejos, traducen la importancia del matrimonio para la comunidad. El ritual es un lenguaje que, en el medio rural tradicional, consagra el matrimonio como la alianza de dos grupos de parentesco y asegura una gran publicidad a un acontecimiento al poner en juego a toda la sociedad. Los cortejos en los cuales los jóvenes de las dos familias son emparejados con la esperanza consciente o inconsciente de un reencadenamiento de la alianza; las idas y venidas entre las moradas de los padres de los esposos; las comidas que, por la comensalidad, asocian las dos familias que, de extrañas, se convierten en aliadas, son otros tantos ritos que simbolizan la alianza que se establece y el paso de la mujer de la casa de su padre a la de su esposo[23].

Entonces podemos preguntarnos, en un contexto tal de estrategias y de transacciones, ¿qué lugar había para la elección personal de los dos jóvenes, qué peso podía tener una inclinación amorosa, una atracción recíproca?

Los campesinos y el amor

Según una idea en boga, si hoy día la gente se casa por amor, antaño se casaba por interés, proposición que implica que el amor y los arreglos patrimoniales son dos polos inconciliables. Aceptar esta tesis supone afirmar la emergencia de una modernidad de la familia, en un credo evolucionista que haría de la institución contemporánea, fundada sobre el amor y la libertad de la pareja, el lugar de expansión antaño imposible, y la consagraría como la «mejor» de las familias.

No existe, casi, un dominio tan delicado como el de la historia de estas sensibilidades. Si bien nos resulta posible realizar y estudiar curvas de nupcialidad, analizar los intervalos intergenésicos o el área geográfica de elección del cónyuge, en el momento en que penetramos en el terreno privado de la efectividad y de las relaciones sexuales, resulta más difícil encontrar documentos y todavía más trabajoso interpretarlos. La ambigüedad del vocabulario también es entorpecedora. Cuando se habla de amor, ¿quién habla del mismo sentimiento? Los análisis presentados a menudo adolecen de etnocentrismo, los autores leen los datos accesibles a la luz de sus propias concepciones filosóficas, políticas o religiosas, sin olvidar el hecho de que hombres y mujeres proyectan una interpretación sexuada diferente de los hechos. En lo que se refiere al amor y a la sexualidad de los tiempos antiguos, donde nin-

[23] Nicole Belmont, «La fonction symbolique du cortège dans les rituels populaires du mariage», *Annales ESC*, mayo-junio, 1978, 3, págs. 650-655.

gún documento será jamás equivalente a los informes tipo Kinsey o Simon (aunque éstos planteen bastantes problemas), sólo estamos en el terreno de las hipótesis. Las resumiremos a continuación y nos preguntaremos, muy simplemente, si en este aspecto es posible ir más allá.

¿Los jóvenes que tenían que esperar muchos años antes de tener relaciones sexuales legítimas transgredían las prohibiciones religiosas y sociales? Y, todavía en primer lugar, ¿conocían estas pulsiones afectivas y sexuales, eran capaces de amar? El hecho de que los nacimientos ilegítimos —señal de una sexualidad fuera del matrimonio— y concepciones prenupciales —señales de relaciones sexuales entre los jóvenes antes de su matrimonio— hayan sido muy débiles desde mediados del siglo XVII a mediados del siglo XVIII, y parece ser que en descenso en relación a épocas precedentes, indicarían el éxito de la Iglesia en su lucha por la «moralización». Los jóvenes habrían interiorizado, en un universo mental totalmente diferente al nuestro, las prohibiciones y el modelo de un matrimonio llevado a cabo por los padres: habrían sido castos hasta el matrimonio, pues, en una sociedad que ignoraba la contracepción, la baja tasa de nacimientos ilegítimos y de concepciones prenupciales revela la casi inexistencia de estas relaciones sexuales prohibidas. Ésta es la hipótesis del historiador americano Edward Shorter, que en su libro *Naissance de la famille moderne* admite la castidad campesina; no la atribuye a una sublimación de las prohibiciones, sino a la simpleza e insensibilidad de los campesinos, brutos zafios que se dejan manipular por sus padres. En una posición opuesta está Jean-Louis Flandrin, en *Amours paysannes*, quien piensa que existe una relativa libertad en la elección de pareja, dentro del marco de prohibiciones asimiladas por los mismos candidatos al matrimonio, de modo que los matrimonios por amor eran mucho más numerosos de lo que suponemos. En Normandía, en los siglos XVII y XVIII, no parece, en opinión de Jean-Marie Gouesse, que la familia impusiera el matrimonio. Sin embargo, «esta libertad sólo podía ejercerse en el interior de límites estrechos», fijados por lo económico, lo social y, todavía más, lo demográfico[24]. Además, el ritual de frecuentación, lo que los campesinos denominan «hacer el amor», autoriza, dentro del cuadro fijado por la tradición, y bajo la vigilancia de la comunidad aldeana, relaciones amorosas que se detienen antes del acto sexual. Dos tradiciones del amor campesino han conocido un gran éxito cerca de los historiadores: la frecuentación preconyugal y el *kiltgang*, estos dos rituales autorizan la declaración de un sentimiento amoroso y, bajo ciertas condiciones, relaciones sexuales entre jóvenes solteros. El primer ritual es propio de la región de las marismas de la Vendée; es colectivo y permite a los jóvenes la frecuentación preconyugal bajo un paraguas o en la habitación de un albergue; mientras que el segundo tiene lugar en la habitación de la joven, con el acuerdo de los padres. Jean-Louis Flandrin estima que, de una forma u otra, la frecuentación preconyugal es un tipo de relaciones sexuales prematrimoniales muy extendido en Francia[25]. Así pues, no sabríamos medir la castidad prenupcial con sólo el análisis de una curva de nacimientos ilegítimos; el amor campesino existía a su manera, y los jóvenes eran libres para casarse. De cualquier manera, esta proposición parece muy poco matizada.

Que el amor existe y que es reconocido en el medio rural lo prueban numerosos signos: proverbios, ritos, regalos. Los proverbios que evocan el amor están muy extendidos: «El amor y la tos no pueden estar escondidos» (Cataluña, Limousin, Valle de Aosta); «Bien enfermo está quien no está enamorado» (Provenza); «El amor es como la muerte, si no entra por la puerta pequeña entra por la ventana pequeña» (Normandía), y cuando el amor está asociado con una connotación negativa es que se relaciona con el matrimonio: «Quien se casa por amor tiene buena noche y mal día» (Languedoc), etc. Temido, rechazado en el matrimonio, el sentimiento amoroso estaba, de todas maneras, reconocido como elemento indispensable en la mecánica de la formación de la pareja. Este reconocimiento pesa con toda su fuerza en el grupo. El sentimiento amoroso, reconocido en el medio rural, es diferente de lo que es hoy día, erotizado y exhibicionista.

El amor campesino está muy codificado. Los regalos, los gestos, los discursos relativos a los enamorados están, frecuentemente, estereotipa-

[24] Jean-Marie Gouesse, «Parenté, famille et mariage au XVIIe et XVIIIe siècles», *Annales ESC*, julio-octubre, 1972, 4-5, pág. 1144.

[25] Jean-Louis Flandrin, «Repression and Change in the Sexual Life of Young People in Medieval and Modern Times», *Journal of Family History*, 2-3, 1977, pág. 202.

dos. Ello no excluye absolutamente una sinceridad en los sentimientos y procede más bien del fenómeno de reproducción social que se observa en otros aspectos tales como la costumbre, el mobiliario o la transmisión de cuentos y leyendas en el transcurso de la veladas. Cada región tenía su regalo de amor: anillos sin gran valor, que la chica conserva si la relación no se continúa; zuecos tachonados, en el valle de Bethmale, en los que la longitud de su punta ¡era proporcional a la intensidad del amor! Como destaca Arnold Van Gennep en su *Manuel du folklore français contemporain,* cada gesto está codificado según un significado preciso: «Los enamorados se atropellan, se tiran piedrecitas, se dan porrazos, grandes palmadas en la espalda o en las rodillas, se aprietan los dedos hasta el límite de la dislocación» (pág. 264).

Sin embargo, podemos preguntarnos si el lugar del amor en la elección del cónyuge no variaba de un modo significativo de una región a otra, según el grado de diferenciación socioeconómica del grupo humano. La hipótesis es la siguiente: la elección sería tanto más «libre» cuanto más igualitaria fuera la estructura social del grupo. Por ejemplo, la sociedad bretona del sur de Cornualles es muy jerarquizada: se observa una separación estricta de los sexos, un sistema de frecuentación reservado, un rol activo de los casamenteros. En Maurienne, donde la estructura social es mucho más igualitaria, gracias sobre todo a la existencia de extensos comunales que tienden a desdibujar las diferencias sociales, los jóvenes pueden practicar las relaciones sexuales prenupciales del tipo *kiltgang.* El sistema social bretón no puede asumir el riesgo social de que una hija se encuentre embarazada de un jornalero agrícola; su matrimonio hipógamo pondría en peligro el sutil juego de intercambio entre las mujeres y las tierras. En Saboya, nada parecido; todas las familias eran relativamente equivalentes, el sistema familiar podía acomodarse a una elección dejada al azar de la inclinación personal. El grado de libertad no es, de todos modos, total. En primer lugar, estas frecuentaciones libres entre los dos sexos sólo están toleradas antes del matrimonio y no después. La joven sólo tiene derecho a una elección, en rigor dos; si no su reputación estaría perdida. El hecho de acoger a un individuo en su cama determina en lo sucesivo su próximo matrimonio.

Pierre Caspar ha estudiado las concepciones prenupciales en el principado de Neuchâtel entre 1678 y 1820[26]. En esta región, el *kiltgang,* cita nocturna entre dos jóvenes, aprobado por los padres, comporta un gran número de concepciones prenupciales, el 31,3 por 100 a finales del siglo XVII, pero un número muy bajo de nacimientos ilegítimos. Ahora bien, Caspar constata que estas concepciones prenupciales se desarrollan a lo largo del siglo XVIII, pero sólo en ciertas categorías sociales: hay tantas menos a medida que se asciende dentro de la escala social. Las relaciones entre jóvenes sólo están limitadas en las clases que tienen que defender su patrimonio mediante una política matrimonial basada en la homogamia social, y que un embarazo imprevisto podría poner en peligro. El aumento del número de concepciones prenupciales es esencialmente un hecho de las clases trabajadoras, del asalariado agrícola y obrero que no cuenta más que con la fuerza de trabajo de los jóvenes que se unen y no con patrimonios familiares.

A partir de los alrededores de 1750 se observa para Francia un aumento paralelo de la ilegitimidad y de las concepciones prenupciales. Ello podría ser debido a una caída de la edad de matrimonio, de modo que un mayor número de mujeres habrían concebido más jóvenes, incluso si ellas no habían podido casarse; a una mejor fertilidad femenina consecuencia de una mejor alimentación; a una mejora de los cuidados a los niños que los habrían hecho menos frágiles desde su nacimiento, etc. Una sola explicación es insuficiente para un fenómeno de tal amplitud que ha afectado, sobre todo, a las ciudades, pero antes, parece ser, a las zonas rurales.

Es necesario distinguir entre concepciones prenupciales y nacimientos ilegítimos. De las primeras puede pensarse que son un medio de forzar la mano a las familias y de arrancar su consentimiento. Se puede suponer también, y es más verosímil, que estando ya establecido el acuerdo entre las familias y los jóvenes, y teniendo éstos relaciones conjuntamente, se consideraban como casi casados: en definitiva, el esfuerzo de la Iglesia para clarificar la situación de los jóvenes novios, para luchar contra estos matrimonios de prueba, pero sin cohabitación, habría dejado de ser eficaz desde la segunda mitad del siglo XVII.

---

[26] Pierre Caspar, «Conceptions prénuptiales et développement du capitalisme dans la principauté de Neuchâtel (1678-1820)», *Annales ESC,* 1974, julio-octubre, págs. 989-1009.

En lo que concierne al aumento de los nacimientos ilegítimos, las interpretaciones son todavía más diversas. Jean-Louis Flandrin constata, en *Les Amours paysannes,* que la represión sexual reforzada hasta principios del siglo XX ha tenido el efecto inverso al pretendido: los jóvenes, habiendo perdido el derecho a cortejar a las chicas de un modo que satisficiera su sexualidad y sin llegar hasta la concepción, tomaron la costumbre de multiplicar las relaciones sexuales antes del matrimonio y, en el medio rural, al hacer la presión demográfica más difíciles los establecimientos, un número mucho menor de estos nacimientos ilegítimos pudo ser transformado en «concepciones prenupciales». De este modo, la libertad sexual, paradójicamente, habría sido preparada por la actitud represiva de la Iglesia. En cualquier caso, los nacimientos ilegítimos no son el indicador de una liberación sexual del tipo que conoce la familia moderna, sino más bien el signo de transformaciones culturales, económicas y sociales.

HACIA EL MATRIMONIO CONTEMPORÁNEO

Artesanos de la sociedad protoindustrial

Una distinción entre el mundo rural y el urbano se impone desde el momento en que abordamos el final del siglo XVIII y el principio del siglo XIX. Hasta ese momento, en Francia al menos (en Inglaterra, la industrialización y la urbanización habían sido mucho más precoces), las ciudades funcionaban más o menos como los pueblos, los barrios alrededor de las parroquias se parecían a pequeñas comunidades pueblerinas, y los pequeños burgos ofrecían modelos matrimoniales próximos a los del campo. Tenemos un ejemplo con el estudio en profundidad del matrimonio en Fontainebleau ya citado. Con el crecimiento industrial y la concentración urbana, el corte campo-ciudad se acentúa, del mismo modo que se afirma en los comportamientos matrimoniales una distinción que recorta la de las diferentes clases sociales.

En el siglo XIX, la composición social de los pueblos se vuelve más homogénea desde que la despoblación se lleva con ella a los individuos más marginales, jornaleros agrícolas y artesanos cuyo oficio se ve definitivamente en competencia con la producción industrial. Para los campesinos que permanecen en el pueblo, el matrimonio, más que nunca, es el objeto de una estrategia en vistas a un objetivo patrimonial: mantener o incrementar la propiedad, la explotación, preservar el rango en el interior de la comunidad. El matrimonio queda controlado por el parentesco, la endogamia de clase es la regla. La evolución moderna de la agricultura no hace caducos estos modelos. En la medida en que la explotación familiar conserva el marco de la producción, la estrategia matrimonial continúa revistiéndose con algunos aspectos tradicionales. Se irá desdibujando —de manera relativa— a medida que la producción agrícola se encuentre integrada en la lógica del sistema capitalista dentro del cual la capacidad de obtener crédito es más importante que las aportaciones personales de los esposos.

Para los artesanos de los pueblos, el matrimonio ya no es más el establecimiento hecho por los padres que detentan los medios para esta instalación: tierras y dotes. El artesano no tiene otro capital que su fuerza de trabajo, lo que le permite afirmar su independencia en relación al grupo familiar en la constitución de su familia. Ello no quiere decir, sin embargo, que sea más libre en la elección de su cónyuge. La organización doméstica artesanal en el medio rural está fundada en la asociación de fuerzas de trabajo: la complementariedad estrecha del marido y de la mujer. Entre los tejedores rurales normandos, cada matrimonio tenía dos oficios: el del marido, que batía el pesado paño de lana, y el de la mujer, las cotonadas más ligeras. Una fuerte endogamia también resultaba aquí indispensable y condicionaba la formación del matrimonio. Además, la fecundidad de estas familias «protoindustriales» era elevada, pues esas familias tenían necesidad de un máximo de fuerza de trabajo, estando su producción sometida a los azares del mercado capitalista; así, los nacimientos todavía eran numerosos, los hijos eran empleados desde muy jóvenes en el taller familiar. Debido a esta fecundidad, por su modo de pensar, por su apego a la comunidad pueblerina, estas familias pertenecían al viejo sistema, pero, por un determinado número de rasgos, anunciaban una nueva forma de pareja y un nuevo modelo de matrimonio. La constitución de la familia ya no está determinada por las relaciones de propiedad de tipo patriarcal y se separa del control de los padres, incluso si los cimientos materiales continúan siendo esenciales. Es el pri-

mer paso hacia una unión del tipo «asociación de individuos».

La familia protoindustrial anuncia así la familia obrera: el salario permite a los jóvenes constituirse rápidamente un peculio que les permite casarse sin esperar una dote dada por sus padres. Se casan más jóvenes, y de manera más independiente. A la aparición de este nuevo tipo de matrimonio le corresponde un salto hacia adelante de las concepciones prenupciales. Observando el crecimiento del número de nacimientos ocurridos entre el cuarto y el sexto mes después del matrimonio en un pueblo del principado de Neuchâtel en la Suiza de habla francesa, a lo largo del siglo XVIII y principios del XIX, Pierre Caspar relaciona este fenómeno con la progresión demográfica y con la implantación de la industria de telas estampadas que crea un salariado importante. En efecto, son los obreros de fábrica los primeros afectados por el matrimonio de reparación que pone de manifiesto las relaciones sexuales prenupciales:

> Para ellos, el matrimonio es cada vez menos una transacción y cada vez más una unión en la que intervienen desde el principio el instinto y el sentimiento. El cálculo económico no ha desaparecido necesariamente, pero descansa en nuevas condiciones en las que predomina el tomar en cuenta la fuerza de trabajo del cónyuge (pág. 1007).

Los contrastes entre categorías sociales están absolutamente en matices, y después del desarrollo reciente de estudios centrados en sociedades en vías de industrialización podemos observar el proximidad entre algunos modelos antiguos de matrimonio y la emergencia de nuevos modelos. Así, los obreros de la región lionesa, entre 1848 y 1914, se casan como estos artesanos protoindustriales de las zonas rurales: se observa entre ellos una alta tasa de endogamia que va pareja a una fuerte herencia social (del 50 al 60 por 100 de los obreros son nacidos de padres obreros). Las migraciones apenas afectan a esta endogamia, pues se llevan a cabo a través de las solidaridades entre oficios. Tejedores de seda lioneses, pañeros vieneses, cinteros de Saint-Étienne son hijos de hiladores o de tejedores, y más de la mitad de entre ellos se casan con hijas de obreros textiles:

> La organización del trabajo en pequeñas unidades familiares, en los locales que son también las viviendas en las que viven codo con codo los jefes de los talleres y los obreros, en las que los trabajos anexos exigen una importante mano de obra femenina, favorece el matrimonio en el interior del oficio mucho más que antes (...). El crisol del taller es tal que no es raro, e incluso es bastante frecuente, encontrar familias en las que todos los miembros son trabajadores textiles[27].

Entre estos obreros, el matrimonio continúa reproduciendo las estructuras sociales, al mismo tiempo que deja lugar a una nueva articulación de tareas y de roles masculinos y femeninos. Estas estructuras, sin embargo, son frágiles. En situación de crisis, si el padre sólo puede transmitir a su hijo su habilidad, este último abandonará el oficio y el medio familiar, y se encontrará mezclado con todos los pobres del medio rural, pequeños arrendatarios no herederos, artesanos cuya producción está en competencia con el maquinismo, en el maremoto que asociará industrialización y urbanización.

¿Cómo se casan estos nuevos obreros emigrantes? ¿Qué significa el matrimonio para ellos? ¿Se casan más o menos a menudo que en el campo? ¿Más jóvenes o más viejos? Vamos a tratar aquí solamente lo que concierne a la formación de la pareja para abordar posteriormente los roles y la organización interior de la familia conyugal obrera, conscientes de que esta separación resulta arbitraria puesto que la formación de la pareja influye sobre el contenido de las relaciones y viceversa.

Concubinato y matrimonio obrero

Abordar el estudio del no-matrimonio, en tanto que un modelo diferente de un matrimonio que se ha podido calificar de tradicional —y la nueva concepción de la pareja que supone—, exige disponer previamente de un marco demográfico, sobre el cual los especialistas están lejos de ponerse de acuerdo. En efecto, no se puede hablar de concubinato si no se es consciente de algunos hechos demográficos tales como el fuerte desequilibrio entre los sexos, consecuencia de migraciones brutales, o la modificación de un indicador como la edad de matrimonio, que libera el número de posibles «matrimoniables».

[27] Yves Lequin, *Les Ouvriers de la région lyonnaise (1848-1914)*, Lyon, Presses Universitaires de Lyon, 1977, tomo I, págs. 205-269.

Hasta estos últimos años se suponía que la disminución de la edad de matrimonio era consecuencia de una mayor posibilidad de empleo y, por tanto, una instalación rápida, hipótesis que permitía relacionar aumento de la población e industrialización[28]. Hoy esta hipótesis ha sido puesta en cuestión: las relaciones entre lo demográfico, lo social y lo cultural son muy complejas. Subrayando los cambios en las mentalidades que han pasado del matrimonio establecimiento al matrimonio de sentimiento, podemos situar mejor en este proceso el significado de este salto hacia adelante de los nacimientos ilegítimos de los que, en la ciudad, las mujeres solteras tuvieron que soportar solas la carga en condiciones muy difíciles.

Aquí interviene lo que podría llamarse la paradoja de las concepciones prenupciales y de la ilegitimidad. Tal como ha sido observado en el principado de Neuchâtel, el aumento del número de concepciones prenupciales regularizadas mediante el matrimonio reflejaba la puesta en circulación de un nuevo orden sexual y de una nueva concepción del matrimonio que descansa en la capacidad de trabajo de los cónyuges, independientemente del patrimonio de sus familias respectivas, y relativamente liberado de los pesos de los constreñimientos pueblerinos. Por el contrario, la ilegitimidad no marca la emergencia de una nueva moral sexual y no es el signo de la inmoralidad de las clases populares, sino la del fracaso de una política tradicional del matrimonio. Estudios recientes muestran que estos nacimientos deberían haber sido legitimados si la mujer hubiera podido casarse como ella lo deseaba. La ilegitimidad no es el matrimonio rechazado, sino el matrimonio frustrado[29].

Un estudio en profundidad sobre el concubinato en París nos permite captar el significado de estos fracasos[30]. Convertirse en concubina no es más que un medio para salir del paso, en la esperanza de un matrimonio. Es cierto que la relativa independencia femenina favorece tanto el concubinato como el matrimonio, pero la institución matrimonial sigue siendo el modelo.

Las condiciones económicas ofrecidas a la obrera de las ciudades la empujan a buscar una asociación hecha con un hombre. Las muchachas, sin cualificación, se emplean, en efecto, en la industria textil, en la que el trabajo está organizado en talleres. Las condiciones de trabajo son horrorosas: salarios insuficientes para la subsistencia cotidiana, paro estacional, y en los tiempos de urgencia jornadas de dieciocho a veinte horas, incompatibles con la vida familiar. Entonces, señala el observador de finales del siglo XIX, «la obrera cae por el obrero», es conducida hacia el «amancebamiento». Mientras no llega un hijo, los dos trabajan, la vida es soportable. Al primer hijo, le pega; al segundo, la abandona[31]. Y el trabajo de zapa social la conduce hacia la prostitución[32]. Las condiciones económicas volvieron, pues, particularmente vulnerables a las mujeres obreras que son las primeras víctimas del concubinato.

Sin embargo, Michel Frey ha observado que, incluso a mediados del siglo XIX, si se daba la mayor proporción de concubinos entre los obreros, también se encontraba la mayor proporción de personas casadas, los mapas parisinos de la intensidad del matrimonio y de la implantación obrera se superponen[33]. El salario facilita el matrimonio de los obreros, y por esta razón, con la evolución industrial, la disminución de las migraciones conduce a una estabilización lenta de la clase obrera, su integración dentro de la sociedad global, en la ciudad, que pasa principalmente por una integración familiar. Al observar los cambios ocurridos en la demanda de prostitutas, Alain Corbin señala que, durante el segundo decenio del segundo Imperio, el proletariado inmigrado se integra: «El desequilibrio entre los sexos retrocede, el modelo de la familia conyugal y el de la intimidad burguesa son progresivamente asimilados por el proletariado urbano» (págs. 278-279). Matrimonio más libre, en el que el sentimiento es

[28] D. E. C. Eversley, «Population, Economy and Society», *Population in History*, B. V. Glass y D. E. C. Eversley (eds.), Londres, Edward Arnold, 1965.

[29] Fenómeno ya observado en las comunidades inglesas que se industrializan a lo largo del siglo XVIII. Cf. David Levine, *Family Formation in an Age of Nascent Capitalism*, Nueva York, Academic Press, 1977, y, sobre todo, el capítulo IX titulado «Illegitimacy: Marriage Frustrated, not Promiscuity Rampant».

[30] Michel Frey, «Du mariage et du concubinage dans les classes populaires á Paris, 1846-1847», *Annales ESC*, julio-agosto, 1978, 4, págs. 803-829.

[31] Charles Benoist, *Les ouvrières de l'aiguille à Paris*, París, Léon Chailly, 1895.

[32] Alain Corbin, *Les Filles de noce. Misère sexuelle et prostitution (XIXe siècle et XXe siècle)*, París, Aubier-Montaigne, 1978. Sobre la prostitución de las obreras del textil, págs. 308-309.

[33] Michel Frey, *op. cit.*, pág. 820.

lo que cuenta en primer lugar, y que asocia dos capacidades de trabajo, dos salarios, ésta es la modernidad de un modelo que surge de la clase obrera y cuya norma no ha dejado de ser dictada por la imagen de un modelo burgués que todavía tardará varios decenios en perder, si no sus estrategias de homogamia, al menos su asimilación a un establecimiento. En efecto, la clase obrera, instalándose y aburguesándose, reproduce el modelo de la intimidad familiar burguesa con su estrechamiento alrededor del hijo. Antes que de una imitación, se trata de un encuentro de esquemas familiares que presentan, sin embargo, diferencias sensibles, sobre todo en los roles dentro de la familia.

Los estudios sobre el ritual del matrimonio popular en medios urbanos son muy poco numerosos, los folkloristas han preferido concentrar su atención sobre los ritos campesinos, mucho más espectaculares. Los historiadores y los antropólogos, a falta de fuentes para el siglo XX, apenas han tomado en consideración esta cuestión, con la notable excepción de John Gillis (1985), cuyo análisis minucioso pone de manifiesto el paso de un matrimonio proletario a un matrimonio obrero estable. En el primer caso, la unidad familiar no es una unidad económica; por tanto, no está amenazada por la pérdida de un hijo o de una hija: así pues, se concedía poca importancia ceremonial a un acontecimiento que no añadía nada en términos de estatus o de poder. Por el contrario, la familia obrera, que ha superado el estatus de proletario, vuelve a atribuir interés al ceremonial, como lo hemos podido constatar a lo largo de encuestas llevadas a cabo en la ciudad de Nanterre para los años 1930-1950. Si, desde un punto de vista formal, los ritos matrimoniales parecen copiar los ritos burgueses, en realidad llevan a cabo una verdadera creación ritual. A pesar de la escasez de sus salarios, la boda reviste caracteres suntuarios, y los barrios obreros son el teatro de cortejos que ponen en escena públicamente la unión de jóvenes integrados en el seno de su vecindad.

Matrimonio burgués

El matrimonio burgués y pequeñoburgués todavía sigue siendo el objeto de estrategias clásicas en el siglo XIX y a principios del siglo XX. Este fenómeno permite explicar la aparente paradoja de un concubinato burgués más extendido de lo que habitualmente se piensa. Michel Frey escribió:

> Si las clases medias se casan bastante menos que los obreros, es porque, para ellas, el matrimonio tiene por objetivo la adquisición, el mantenimiento y la transmisión de un patrimonio. Esta función determina una estrategia matrimonial entre los propietarios, estrategia que reduce las posibilidades de casarse. Por el contrario, los asalariados independientes económicamente no tienen preocupaciones en su estrategia matrimonial y se casan más fácilmente (pág. 812).

El modelo del matrimonio burgués continúa siendo, en el más pleno sentido del término, una alianza entre dos grupos familiares. No es tanto en el medio rural, en el que los futuros cónyuges se conocen directamente o por el juego de las parentelas, sino en el matrimonio burgués urbano en el que los jóvenes tienen más posibilidades de no haberse visto nunca; es en este contexto en el que los arreglos financieros son puestos más abiertamente en primer plano, independientemente de cualquier consideración personal. En el siglo XIX, en una sociedad caracterizada por la movilidad social, el matrimonio ocupaba un lugar estratégico en la carrera y, más que en épocas anteriores, era temido el matrimonio desigual. Los pequeñoburgueses hacían del matrimonio, las más de las veces, un establecimiento, pues estas categorías sociales eran las más frágiles y deseosas de proteger un estatus social precario.

ORIENTACIÓN BIBLIOGRÁFICA

Una historia del matrimonio

ARMENGAUD, Andrè, *La Famille et l'Enfant en France et en Angleterre du XVIe au XVIIIe siècle*, París, SEDES, 1975.

DUBY, Georges, *Le Chevalier, la femme et le prêtre. Le mariage dans la France féodale*, París, Hachette, 1981 (versión española: *El caballero, la mujer y el cura*, Madrid, Taurus, 1988).

FLANDRIN, Jean-Louis, *Les Amours paysannes*, París, Gallimard-Julliard, colección «Archives», 1975.

—, *Familles*, París, Hachette, 1976.

—, *Le Sexe et l'Occident*, París, Seuil, 1981.

GAUDEMET, Jean, *Le Mariage en Occident*, París, Cerf, 1987.

LEBRUN, François, *La Vie conjugale sous l'Ancien Régime*, París, A. Colin, 1975.

MACFARLANE, Alan, *Marriage and Love in England, 1300-1840*, Oxford, Basil Blackwell, 1986.

—, *Mariage et remariage dans les populations du passé*, publicado bajo la dirección de J. DUPAQUIER, E. HÉLIN, P. LASLETT, M. LIVI-BACCI y S. SOGNER, Londres, Academic Press, 1981.

PHAN, Marie-Claude, *Les Amours illégitimes. Histoires de séduction en Languedoc (1676-1786)*, París, Ediciones del CNRS, 1986.

El matrimonio en medio rural

BOURDIEU, Pierre, «Célibat et condition paysanne», *Études rurales*, 1962, págs. 33-135.

—, «Les stratégies matrimoniales dans le système des stratégies de reproduction», *Annales ESC*, 4-5, julio-octubre, 1972, págs. 1105-1127.

CLAVERIE, Élisabeth, y LAMAISON, Pierre, *L'Imposible Mariage. Violence et parenté en Gévaudan, XVIIe, XVIIIe, XIXe siécles*, París, Hachette, 1982.

COLLOMP, Alain, «Alliance et filiation en haute Provence au XVIIe siècle», *Annales ESC*, 3, mayo-junio, 1977, págs. 445-477.

SEGALEN, Martine, *Nuptialité et alliance, le choix du conjoint dans une commune de l'Eure*, París, Maisonneuve et Larose, 1972.

ZONABEND, Françoise, *La Mémoire longue*, París, PUF, 1980.

Los ritos de casamiento

GILLIS, John R., *For Better, for Worse. British Marriages, 1600 to Present*, Nueva York, Oxford University Press, 1985.

SEGALEN, Martine, *Amours et mariages de l'ancienne France*, París, Berger-Levrault, 1981.

VAN GENNEP, Arnold, *Manuel du folklore français contemporain*, París, Picard, I, 1 y 2, 1943-1946.

Capítulo 6

MATRIMONIO, DIVORCIO Y UNIÓN LIBRE EN LA SOCIEDAD CONTEMPORÁNEA

Hasta los años setenta se hablaba fácilmente de un «nuevo matrimonio», matrimonio de amor romántico fundado en la libre elección del cónyuge, en la búsqueda de una valoración amorosa de la pareja, por oposición al matrimonio «tradicional» impuesto por los padres, haciendo más caso al patrimonio que a los sentimientos. Los historiadores y los sociólogos se interesaban entonces por las etapas, las causas y las formas de este cambio. Ahora bien, este matrimonio «moderno», a su vez, se ha convertido en símbolo, a finales de la década de los ochenta, de un modelo que, si no está en vías de desaparición, sí tiene, al menos, la competencia de otras formas de unión, a veces estables, a veces precarias, que rechazan la institucionalización. Los interrogantes relativos al matrimonio contemporáneo deben tener en cuenta, como un dato integrante, el aumento del divorcio y de la unión libre.

La nueva fisonomía de la nupcialidad (1930-1987)

La edad de oro de la nupcialidad francesa

La calidad de los análisis demográficos recientes permite confirmar algunas de las instituciones de Émile Durkheim, quien contemplaba una ciencia que «consigue expresar casi al día los movimientos de la vida colectiva (y) considera la sociedad en su conjunto» (*op. cit.*, 1888, página 23). En efecto, los métodos demográficos permiten analizar finamente las variaciones de los comportamientos y seguir de cerca las pulsaciones sociales. Así, se ha establecido que, hasta 1972, las tasas brutas de la nupcialidad francesa han aumentado, alcanzando el número de matrimonios este año el récord de 416.500. El modelo matrimonial se caracteriza entonces:

— por su intensidad;
— por la joven edad de los cónyuges, edad que no ha dejado de disminuir desde finales del siglo XIX. Mientras que en 1931 es de 26,6 años para los hombres y de 23,7 para las mujeres, en 1972 desciende a 24,9 y 22,7;
— por el escaso número de divorcios, manteniéndose muy estable (10,84 por 100 de los matrimonios en 1950 y 11,84 en 1970);
— por una tasa de fecundidad elevada, aunque en baja desde 1964 (cf. cap. 7).

Este matrimonio precoz, generalizado hasta el punto de que solamente el 5 por 100 de las mujeres nacidas hacia 1940 permanecieron solteras definitivamente, constituye la edad de oro de la nupcialidad francesa. Este tipo de matrimonio pertenece al pasado.

La sociología de los años sesenta se ha interesado por este nuevo modelo matrimonial que permitía la expansión del salariado. Los jóvenes, al entrar rápidamente en el mercado de trabajo en expansión, ya no tenían necesidad de esperar a la muerte de su padre para poder instalarse y fundar su hogar. Esta «libertad» entonces daba miedo; ¿acaso no conllevaba desórdenes para la reproducción social?

La obra mayor de la sociología de la familia de este período, que hace falta saludar como un modelo del género, se refiere al estudio del *Choix du conjoint*. Alain Girard ha puesto a la luz el peso formidable de las regularidades objetivas de las cuales el entendimiento común no tiene ninguna conciencia, en este caso el peso de la homogamia.

Residencia y lugar de nacimiento de los cónyuges

	Residencia de los dos cónyuges en el momento del matrimonio		Lugar de nacimiento de los dos cónyuges	
	%	% Acumulado	%	% Acumulado
Mismo municipio	57,4	57,4	21,6	21,6
Mismo cantón	11,5	68,9	10,6	32,2
Mismo distrito	12,1	81,0	19,8	52,0
Mismo departamento	6,9	87,9	11,3	63,3
Misma región	3,3	91,2	8,9	72,2
Otros casos	8,8	100,0	27,8	100,0
	100,0		100,0	

Fuente: A. Girard, *Le Choix du conjoint*, pág. 189.

Teóricamente, cualquiera puede casarse con cualquiera. Sin embargo, la elección de cónyuge no es libre. Los medios sociales continúan reproduciéndose en el interior de ellos mismos. Las múltiples encuestas americanas y una gran encuesta francesa a nivel nacional arrojan resultados concordantes. Los matrimonios unen a cónyuges del mismo origen geográfico para la mayoría de ellos, a pesar de la movilidad que ha caracterizado la industrialización. Incluso dentro de una gran ciudad como Seattle, en los Estados Unidos, la mayoría de los esposos habitaban a menos de tres millas (4,5 kilómetros) de sus esposas en el momento en el que presentaban la solicitud de su licencia de matrimonio[1].

En Francia, la encuesta nacional de Alain Girard, *Le Choix du conjoint,* datada en 1958, llega a las mismas conclusiones:

> La mayoría de los matrimonios, siete de cada diez, se realiza entre personas que tienen los mismos orígenes: en dos matrimonios de cada diez, los dos cónyuges son nacidos en el mismo municipio, tres de cada diez en el mismo cantón, más de cinco de cada seis en el mismo distrito (pág. 188).

Puede pensarse que esta homogamia geográfica se ha atenuado un poco en la década de los setenta, y se constata, en efecto, una ligera evolución. En 1977, a propósito de los lugares de su nacimiento, se observa un deslizamiento del matrimonio de los padres en relación al de los hijos. Los primeros responden que el 26 por 100 de entre ellos son nacidos en el mismo municipio, y el 71 por 100 dentro del mismo departamento, mientras que los segundos dan, respectivamente, el 18 y el 55 por 100. En Nord-Pas-de-Calais y en Midi-Pyrénées es donde los cónyuges son más a menudo originarios de la misma región, pero en la región parisina en donde las mezclas son más frecuentes, constata C. Gokalp[2]. Hoy todavía más de la mitad de los matrimonios son originarios del mismo departamento, y puede pensarse que, con la reivindicación regionalista, el deseo de vivir y de trabajar en la propia tierra, la homogamia geográfica continuará caracterizando la formación de las parejas en los próximos años. Esta homogamia geográfica decrece a medida que se asciende en la escala social.

La homogamia social que caracterizaba las uniones antiguas continúa marcando las uniones contemporáneas. Los autores americanos de la posguerra han subrayado varias correlaciones: la elección une del modo más verosímil a cónyuges de la misma raza, del mismo grupo étnico, religión, educación, clase social, que tienen los mismos valores[3]. La gran encuesta de Alain Girard mide finamente estos fenómenos para la sociedad francesa.

[1] W. R. Catton y R. J. Smircich, «A Comparison of Mathematical Models for the Effect of Residential Propinquity on Mate Selection», *American Sociological Review*, 29, 1964, págs. 522-529.

[2] Catherine Gokalp, «Le réseau familial», *Population*, 1978, 6, págs. 1089-1090.

[3] A. D. Hollingshead, «Cultural Factors in the Selection of Marriage Mates», *American Sociological Review*, 16, 1950, págs. 619-627. A. C. Kerchoff y K. E. Davis, «Value Consensus and Need Complementarity in Mate selection», *American Sociological Review*, 1962, 27, págs. 295-303.

Categoría socioprofesional del padre de la esposa, seguida de la categoría socioprofesional del padre del esposo

	Matrimonios celebrados									
	Antes 1960	Después 1960	Antes 1960	Después 1960	Antes 1960	Después 1960	Antes 1960	Después 1960	Antes 1960	Después 1960
Padre de la esposa / Padre del esposo	Agricultores		Empresarios y cuadros superiores		Artesanos y pequeños comerciantes		Cuadros medios y empleados		Obreros	
Agricultores	67	65	3	6	19	16	10	10	16	12
Empresarios y cuadros superiores	2	2	41	50	3	10	6	3	1	1
Artesanos y pequeños comerciantes	9	7	22	8	30	28	19	15	9	12
Cuadros medios y empleados	6	7	21	19	16	13	32	35	14	18
Obreros	14	17	6	13	27	29	29	30	36	54
Inactivos	2	2	7	4	5	4	4	5	3	3
	100	100	100	100	100	100	100	100	100	100

Fuente: A. Girard, *Le Choix du conjoint,* 2.ª ed., 1974, pág. 26.

La frecuencia de la homogamia social es dos veces más fuerte que si los matrimonios se concertaran independientemente de los orígenes sociales de las parejas (...). La homogamia es muy variable según los medios (...). Es dominante entre los agricultores, los obreros; en los medios terciarios, por el contrario, los orígenes sociales de los cónyuges son mucho más variados, las mezclas sociales se encuentran, sobre todo, dentro de los grupos de la pequeña burguesía (págs. 75-76).

Con orígenes sociales comparables, no sorprende en absoluto que la mayoría de los cónyuges tenga un nivel de instrucción idéntico (66 por 100). Más marcada todavía resulta la homogamia religiosa: en un 92 por 100 de las familias, los cónyuges pertenecen a la misma religión, o bien no tienen religión ni el uno ni el otro. La frecuencia de la homogamia socioprofesional después de 1960 no ha disminuido lo más mínimo para los matrimonios concertados entre 1960 y 1969. Alain Girard observa, en el prefacio a la segunda edición de *Choix du conjoint,* que incluso parece haberse reforzado en la categoría superior para los matrimonios posteriores a 1960. Estos hechos aparecen confirmados en la encuesta de 1977 de Catherine Gokalp.

En cada medio social existen lugares, instituciones, prácticas que permiten a los jóvenes encontrarse, conocerse, elegir.

Analizando el rol fundamental del baile en la formación de las uniones, A. Girard muestra que bajo este vocablo se esconden el baile rural, en el que se encuentran los agricultores y los obreros, los bailes de los grandes colegios, los guateques y los rallies burgueses, etc. A cada categoría social le corresponde su tipo de encuentro bailable. Así, cuando las personas entrevistadas explican que se conocieron por «azar», éste parece ser, lo más a menudo, un proceso social que coloca en posición de encuentro a los individuos que pertenecen al mismo medio. Es notable constatar la correspondencia entre los hechos y la encuesta de opinión que sugiere un acuerdo sobre una norma colectiva; al respecto, Alain Girard escribió:

A pesar de un liberalismo de principio que se va desarrollando en la conciencia colectiva, permanece un sentimiento muy profundo, que coincide y sanciona la situación de hecho. Las estructuras y las formas de la vida social ponen en presencia a los individuos del mismo medio. En definitiva, es entre las personas del mismo medio entre las que se tienen más posibilidades y entre las que conviene elegir su cónyuge, y las posibilidades de elección disminuyen poco a poco si hace falta encontrar en su ambiente una persona «pareja» (pág. 198).

Alain Girard veía en la homogamia el resultado de condicionamientos espaciales y sociales, el peso de una norma que desaconsejaba la heterogamia; en resumen, formulaba una hipótesis de naturaleza psicocultural. Sin negarle valor, otras investigaciones tienden a superponerle una cau-

salidad de naturaleza seudoeconómica, tomando al pie de la letra la expresión «mercado matrimonial». Desde esta óptica, los «agentes» presentes en este mercado, en lugar de limitarse a ser los peones pasivos de las reglas sociales sobre las que no tienen influencia alguna, ponen en acción una estrategia para «maximizar» su «dote escolar». Su posición social no sólo está referida al nivel socioprofesional de sus padres, sino a su propio «valor añadido» de hecho, por ejemplo, de sus estudios.

Lugar de encuentro

	%
En el baile	17
Circunstancias fortuitas	15
Lugar de trabajo o de estudios	13
Relaciones de infancia, de familia	11
Relaciones de vecindad	11
Presentación	11
Lugares de distracción	10
Reuniones de sociedad, círculos	6
Ceremonia de familia	6
Otros casos	0
	100

Fuente: A. Girard, *Le Choix du conjoint*, 1.ª ed., pág. 192.

Las encuestas muestran que la influencia del nivel escolar sobre la movilidad matrimonial es muy clara; «un buen nivel de estudios abre el camino a un buen matrimonio»[4]; François de Singly señala, a propósito de una encuesta desarrollada en Nantes:

> Para cada grupo social, las muchachas que, al concertar la alianza, efectúan una movilidad ascendente disponen de un mejor nivel escolar que las muchachas que permanecen inmóviles o en movilidad descendente, siendo esto cierto para las muchachas de la clase obrera y de la clase media (pág. 40).

Estas estrategias de ascensión social pueden parecer en contradicción con las prácticas homogámicas; de hecho, esta homogamia es la resultante de estrategias que se orientan ya sea hacia un mantenimiento del *statu quo* social o hacia una ascensión, pero de escaso alcance. Constituyen el polo de tensión permanente que recorre el matrimonio a través de toda la cadena del tiempo. La estrategia matrimonial implica, pues, el capital material, social, cultural y simbólico; Alain Desrosières escribió que «una persona sólo gusta a otra si ambas tienen los mismos gustos, y la homogamia social es ensalzada sobre todo en las clases dominantes y en las clases populares, mientras que en las clases medias lo es menos»[5]. Para las primeras, la homogamia es el resultado de mecanismos de selección y de aptitudes para dominar el futuro, mientras que para las segundas, refleja mecanismos de exclusión, dos lógicas diferentes de elección de cónyuge que conducen a los mismos comportamientos.

La ruptura de los años setenta

Este modelo matrimonial ha sido doblemente puesto en cuestión desde los años setenta por el aumento del número de uniones no legitimadas por la ley y por el aumento de los divorcios. La caída de las tasas de fecundidad se inscribe igualmente dentro de esta redefinición de los lazos matrimoniales.

La sociología, en los años sesenta, se interesaba por los determinantes socioculturales y geográficos de la nupcialidad; después de 1970, analiza las causas, los signos y las consecuencias de la desafección por el matrimonio. La caída del número de matrimonios, desde 1973, había sido interpretada primero por los demógrafos como un «retraso» en la edad del matrimonio: las jóvenes generaciones habrían pospuesto para más tarde la celebración oficial de su unión, haciéndola preceder de una nueva forma de esponsales, o de una especie de matrimonio de prueba que no habría desaprobado Léon Blum. La prosecución de la caída de la curva de la nupcialidad les obligó a revisar esta interpretación; no se trataba de un simple fenómeno de «calendario», sino de la puesta en circulación de un nuevo comportamiento.

La desafección en relación al matrimonio que pone de manifiesto el desarrollo de la unión libre

[4] François de Singly, «Mobilité fémenine par le mariage et dot scolaire: l'exemple nantais», *Économie et Statistique*, julio-agosto, 1977, 91, págs. 33-34; y «Théorie critique de l'homogamie», *L'Année sociologique*, 1987, 37, páginas 181-205.

[5] Alain Desrosières, «Marché matrimonial et classes sociales», *Actes de la recherche en sciences sociales*, marzo-abril, 1978, 20-21, pág. 97.

se inscribe igualmente en la cifra creciente de divorcios. Por una curiosa coincidencia, 1972 es también el año a partir del cual los divorcios aumentan fuertemente. Estos dos fenómenos paralelos traducen una redefinición entre la esfera de lo privado y de lo público y de los estatus sociales respectivos del hombre y de la mujer.

El matrimonio de los años 1950-1970 reivindicaba como complementarios el amor y la unión legal. La atracción personal era la única justificación del matrimonio, incluso si se llevaba bien con los fenómenos de endogamia. La gente se casaba por amor, el amor exigía el matrimonio, y dentro del matrimonio se encontraba la mejor realización del amor. William Goode le reconoce una «importancia teórica»[6]. En los Estados Unidos, los niños son socializados para enamorarse, y el fenómeno del *dating* prefigura la pareja por oposición a la banda de jóvenes. Se considera como evidente el casarse sobre la base de una cristalización amorosa *(romantic attachment)*. Para controlar al grupo de adolescentes dentro del cual su hijo efectuará la elección de un cónyuge, los padres, río arriba, controlan las escuelas que frecuentan sus hijos.

Hoy día, las exigencias del amor parecen incompatibles con el matrimonio, tal como lo detallan bien los numerosos análisis de Louis Roussel y Jacques Commaille. Este nuevo amor tiene dos características: es absoluto y parece abocado a la efemeridad. El rechazo del matrimonio es el rechazo a someter la relación de pareja a otras fuerzas que no sean las de los sentimientos. El amor pertenece esencialmente al dominio de lo privado, dentro del cual la injerencia del Estado aparece como insoportable. Las esperas que pesan sobre esta pareja son múltiples: afectivas, sexuales, materiales, y no dejan lugar a la transacción. Ello explica tanto el número de divorcios como la ruptura de uniones libres.

A la noción de pareja fusionada de los años sesenta, cuyo proyecto está inscrito en la duración, le sustituye la elección de lo efímero. Matrimonio y unión libre no son incompatibles, pero se inscriben dentro de una visión social global. El matrimonio aparece cada vez más como una simple formalidad, el matrimonio a prueba parece una práctica razonable, y la unión libre es vista como una buena cosa: la ruptura del lazo de matrimonio o de concubinato está contemplado con la fundación de la unión, como el mejor medio de preservar el amor y la autonomía de los esposos. «El matrimonio se reduce a una comodidad social; lo que fundamenta la unión es la fusión amorosa», escribe Jacques Commaille en *Familles sans justice*.

Morfológicamente, el final de los años ochenta está marcado por la desaparición del matrimonio precoz, que, con el retroceso, aparece como un modelo transitorio de los años 1950-1970.

EL DIVORCIO

Al igual que el matrimonio, el divorcio ha cambiado. Hasta hace poco todavía un signo de inestabilidad familiar, de una crisis del individuo y de la sociedad, sanción de una falta contra el otro compañero, el matrimonio, los hijos, la familia y la sociedad, se ha convertido en algo corriente y banal. Una rápida visión histórica de la institución y una sociología contemporánea permitirán comprender mejor su lugar en la arquitectura de la institución matrimonial. Para ello seguiremos el estudio detallado de Jacques Commaille.

El divorcio no crea verdaderamente una situación nueva. Ya hemos hablado de la marcada inestabilidad de los grupos domésticos antiguos como consecuencia de una fuerte mortalidad. La situación de antaño y la de hoy difieren en que la primera era provocada y la segunda es voluntaria. Las consecuencias son relativamente idénticas: segundas nupcias, hijos de varias esposas cuyo equilibrio psicológico, sin hablar incluso de los intereses materiales, es difícil de proteger. La demografía contemporánea, sin embargo, convulsiona el contexto del divorcio. La esperanza media de vida promete hoy día a la pareja una existencia común de cincuenta años.

Por una historia del divorcio

Cuando los hombres de la Revolución transformaron el sacramento eclesiástico indisoluble en un contrato acordado delante de la sociedad civil, abrían la puerta al divorcio, pues todo contrato entre dos partes puede ser roto libremente. La ley votada en 1792 instituye un di-

[6] William Goode, «The Theoretical Importance of Love», *American Sociological Review*, 1959, 24, págs. 38-47.

vorcio muy liberal, pues prevé tres modalidades de ruptura:

— los esposos tienen libertad de romper los lazos de matrimonio manifestando su *mutuus dissensus;*
— cada esposo puede preservar su libertad contra el otro, alegando una incompatibilidad de carácter con su cónyuge;
— la acción para el divorcio puede basarse en una de las causas determinadas enumeradas por la ley: demencia, condena de uno de los esposos a penas aflictivas o infamantes, crímenes, sevicias o injurias graves de uno hacia el otro, desarreglo notorio de las costumbres, abandono de la mujer por el marido o a la inversa, durante dos años por lo menos.

Esta ley facilitó la ruptura de uniones hasta el punto de que asistimos a una brusca llamarada de la divorcialidad en 1793. Con la restauración del orden napoleónico, la ley se hizo más estricta e instaura un divorcio-sanción de una falta al orden familiar y social. En efecto, la ley de 1804, que sustituye a la de 1792, sólo permite el divorcio en caso de falta grave de uno de los dos cónyuges: adulterio, sevicias o injurias graves, etc. Se abolió en 1816, y sólo será admitida, al igual que bajo el Antiguo Régimen, la separación de cuerpos. La ley Naquet de 1884 restablece el divorcio en el espíritu de la de 1804; aparece entonces como el castigo de uno de los dos cónyuges infiel al otro, o más generalmente a su compromiso moral tomado con el matrimonio.

El divorcio sólo puede ser concedido si se prueba que uno de los cónyuges ha cometido una falta grave, causa perentoria de divorcio (adulterio, condena a una pena aflictiva e infamante), o causa facultativa, dejando al juez el poder de apreciación (exceso, sevicias o injurias graves): esta ley Naquet regirá el divorcio hasta la ley del 11 de julio de 1975, que, con un espíritu muy diferente, autoriza bajo determinadas condiciones la ruptura de la unión sin que sea necesario constatar necesariamente una falta por parte del otro. Esta ley prevé el divorcio por consentimiento mutuo (ya sea por una demanda conjunta de los dos esposos, ya sea por la demanda de uno de ellos con la aceptación del otro), por ruptura de la vida en común o por falta.

Si la ley ha cambiado es porque cada vez aparecía más anacrónica frente a la vida real. El dispositivo legislativo constituía entonces una rémora en relación a mentalidades y comportamientos en plena evolución.

El «nuevo» divorcio

La reforma ha corregido el irrealismo de la ley y, en alguna medida, ha legalizado comportamientos ya pasados en los hechos. Sin embargo, no pueden pasarse por alto los efectos simbólicos de la ley, explican los sociólogos del derecho, la sustitución de un divorcio-contrato por un divorcio-sanción se inscribe en una revisión general del sistema de valores. El número de divorcios, en progresión lenta y regular desde 1966, se aceleró después de la aplicación de la ley de 1975, que permitió un procedimiento más rápido y más fácil. Las parejas casadas recientemente se han divorciado más a menudo que sus mayores y los matrimonios más viejos aprovecharon las facilidades de la ley: la conjunción de estos dos factores explica la rápida crecida después de esa fecha, pero el mantenimiento de una tasa alta, más de diez años después de la promulgación de la ley, pone de manifiesto ahora la nueva filosofía de la unión.

Si un matrimonio de cada veinte de las parejas formadas en 1900 terminaba en divorcio, la proporción pasa a uno de cada seis para los matrimonios celebrados hacia 1975, y a uno de cada tres a principios de 1980. En veinte años, la frecuencia del divorcio se ha multiplicado por tres. Otro cambio de importancia concierne a su calendario: el divorcio se produce cada vez más temprano después del matrimonio y esta tendencia no hace más que acentuarse desde hace unos quince años, poniendo de manifiesto la fragilidad de las uniones en sus inicios.

Los comportamientos demográficos de los divorciados son parecidos a los de los otros casados. En cualquier caso, si dentro de su grupo se observa un mayor número de concepciones prenupciales, los divorciados se casan más o menos a la misma edad que el conjunto de los casados y tienen una fecundidad comparable. La característica que distingue a la población de los divorciados es de orden socioprofesional. Al comparar las tasas de divorcios se constata que son los empleados y luego los cuadros medios los que más se divorcian, según señala Jacques Commaille (cf. cuadro superior de la página siguiente).

El número de matrimonios y de divorcios (1884-1986)

Año	Número de matrimonios	Número de divorcios
1884	289.555	1.657
1885	283.170	4.123
1895	282.945	7.700
1905	313.200	10.860
1913 (1)	298.866	16.335
1913 (2)		13.457
1914	168.923	10.154
1915	75.242	1.952
1925	352.830	22.176
1935	284.895	23.988
1945	393.000	37.718
1946	517.000	64.064
1955	312.703	31.268
1960	319.944	30.182
1965	346.308	34.877
1970	393.700	40.004
1971	406.700	46.788
1972	416.300	48.954
1973	400.700	50.267
1974	394.800	58.459
1975	390.000	61.496
1976	374.003	60.490
1977	368.166	71.319
1978	354.628	74.416
1979	340.405	78.571
1980	334.377	81.156
1981	315.117	86.159
1982	312.405	92.348
1983	300.513	97.070
1984	281.402	102.432
1985	269.000	105.962
1986	266.00	—

(1) Estadísticas de 87 departamentos.
(2) Estadísticas de 77 departamentos.

Fuentes: Jacques Commaille, *Le Divorce en France. De la réforme de 1975 à la sociologie du divorce* (pág. 41), y *Quinzième Rapport sur l'évolution démographique de la France,* INED, 1986.

Para precisar este cuadro podemos tener en cuenta, tal como lo ha hecho Alain Desrosières[7], la variable del capital cultural. En las clases populares, la gente se casa para ponerse en regla, porque el concubinato tiene demasiados inconvenientes, y se divorcian poco, debido al costo y a la pesadez del procedimiento jurídico. En las clases medias asalariadas, la gente se casa porque tiene un pequeño capital que transmitir, pero como éste es más bien cultural y social, y no económico, no se prohíbe un divorcio, más frecuente porque es más accesible, financiera y culturalmente. En las clases medias no asalariadas y entre los agricultores, el divorcio es más raro porque es difícilmente compatible con la gestión y la transmisión del capital económico. En las clases dominantes resulta igualmente raro, pues constituye un obstáculo serio para la reproducción de un capital social, cultural o económico mucho más elevado.

En definitiva, se observa, tal como destaca Jacques Commaille, una correlación muy clara entre las tasas de divorcialidad y la actividad profesional de la mujer:

> La proporción de mujeres divorciadas que ejercen una actividad profesional es dos veces más importante que la proporción correspondiente para el conjunto de las mujeres casadas. Si tomamos las tasas de divorcialidad por pareja de acuerdo con la categoría socioprofesional, la divorcialidad es siempre sensiblemente más elevada en las parejas en las que la mujer es activa que en las parejas en las que la mujer es inactiva: en promedio, la divorcialidad es cuatro veces más elevada (pág. 75).

El incremento de la incorporación al trabajo de las mujeres dentro de las clases medias en las que éstas estaban tradicionalmente «inactivas» (para retomar un calificativo económico) es un fenómeno masivo y reciente. Comporta una transformación importante de los roles conyugales y parentales. La mujer adquiere una mayor autonomía, en todos los terrenos, sobre todo en el económico, que le permite una independencia relativa en caso de divorcio. Así pues, no es sorprendente observar un crecimiento de la demanda femenina en materia de divorcio. La mujer es mucho más frecuentemente demandante cuando ejerce una actividad profesional que cuando está inactiva, y cuanto más aumenta el estatus socioprofesional de la mujer tanto más frecuentemente es demandante. La proporción de la demanda femenina no deja de crecer, pasando del 54,7 por 100 en 1965 al 66 por 100 en 1975 y al 73 por 100 en 1984.

Hemos caracterizado aquí el «nuevo divorcio», que interviene frecuentemente pocos años después del matrimonio, pero no puede olvidarse el divorcio más clásico, que continúa caracterizándose por una larga duración matrimonial (quince-veinte años de matrimonio), sufrido por uno de los dos esposos, generalmente la mujer, que acepta que un arreglo legal viene a

[7] Alain Desrosières, *Marché matrimonial et structure des classes sociales*, pág. 106.

Comparación de la distribución socioprofesional de los esposos que han emprendido un procedimiento de divorcio con la distribución socioprofesional del conjunto de los casados

Categorías socioprofesionales	ESPOSO		ESPOSA	
	En instancia de divorcio	Casados	En instancia de divorcio	Casados
Agricultores	1,6	9,4	0,5	6,1
Asalariados agrícolas	1,3	2,3	0,2	0,2
Empresarios de la industria y del comercio	8,9	9,4	3,7	4,3
Profesiones liberales	8,5	6,1	2,2	0,9
Cuadros medios	13,5	8,1	7,9	3,9
Empleados	14,9	7,2	29,0	8,3
Obreros	39,5	35,0	12,4	7,1
Personal de servicio	2,8	1,4	11,9	3,3
Otros	3,3	2,3	0,4	0,1
Inactivos	5,7	18,8	31,8	65,8
TOTAL	100,0	100,0	100,0	100,0

Fuente: J. Commaille y A. Boigeol, *Le Divorce en France, année 1970,* La Documentation française, 1973, pág. 75.

Tasas de divorcio según las C. S. P. combinadas de los esposos

C. S. P. del marido / C. S. P. de la mujer	Agricultores	Obreros	Empleados	Cuadros medios	Cuadros sup. y prof. lib.	Empresarios	Conjunto
Agricultoras	**0,4**	1,7					0,5
Obreras	8,3	**9,1**	13,4	12,4	12,2	13,0	9,6
Empleadas	20,6	16,6	**21,0**	19,1	20,1	21,8	18,9
Cuadros medios	5,5	9,9	15,0	**9,8**	12,9	11,9	11,0
Cuadros superiores y profesiones liberales		10,2	14,8	14,2	**12,5**	9,2	12,5
Empresarias		9,3	10,9	10,1	10,9	**2,9**	4,7
Inactivas	*0,9*	*2,9*	*5,1*	*3,8*	*3,9*	*3,3*	*2,6*
CONJUNTO	0,9	6,2	11,0	8,7	7,2	5,0	5,4

Estas tasas han sido calculadas relacionando el número de divorcios solicitados en 1970 con el conjunto de los matrimonios censados en 1968. Para aligerar el cuadro sólo se han retenido algunas C.S.P.

Fuente: A. Desrosières, *Marché matrimonial et stucture des classes sociales,* 1978, pág. 105.

consagrar una ruptura de hecho. En este divorcio a la antigua, la mujer sin profesión corre generalmente con los costos de la separación, que la deja desprotegida, tanto en el plano psicológico como material. Por el contrario, en el nuevo divorcio, los esposos están, las más de las veces, de acuerdo para separarse: la mujer toma la iniciativa, para evitar el riesgo de una pronunciación de divorcio a culpas iguales, lo que la privaría de un sostén financiero. En principio, su salario le permite prescindir. Así pues, coexisten diversos modelos de divorcio, del mismo modo que existen diversos modelos de matrimonio.

Pluralidad de los modelos de divorcio

Si comparamos las nuevas actitudes acerca del divorcio con las relativas al matrimonio, el divorcio ya no aparece como una desviación: se inscribe en la nueva lógica del matrimonio.

¿Acaso no está presente, de alguna manera, implícitamente, desde la constitución de la pareja? En el matrimonio actual, los compañeros buscan sobre todo la felicidad y hacen una sobreinversión afectiva dentro de la pareja. Según Louis Roussel y Jacques Commaille, esta actitud se encuentra prolongada por la limitación de la fecundidad. Se han elegido por amor, se comparte libremente la existencia con el otro, al margen de cualquier sanción legal. Cuando esta sanción tiene lugar, no se trata más que de un compromiso cuya naturaleza no es concebida, quizá, desde el principio, más que como temporal. El lazo matrimonial ya no es constringente desde el momento en que se han asociado libremente. ¿Qué es lo que lo puede romper? El hecho de que la pareja no esté a la altura de sus promesas, y sobre todo de las promesas que se hacía la mujer. Ésta, activa en el terreno profesional, busca un desarrollo personal en otro trabajo diferente del doméstico. Después de algunos años de matrimonio, se da cuenta de la relativa rigidez de los roles; tiene derecho a materializar su desencanto. En este caso, ¿por qué mantener la ficción del amor y del cumplimiento personal, si la célula conyugal ya no favorece un desarrollo personal, sino que, por el contrario, constituye un obstáculo? El marido, desde el momento en que hay desavenencia, acepta el divorcio. A un matrimonio voluntarista le corresponde la posibilidad de una ruptura lo menos traumatizante posible para los esposos y para los hijos.

Ésta es la primera explicación del aumento de los divorcios que corresponde a una teoría psicoafectiva del matrimonio. Existen otras tipologías del matrimonio que ven en el divorcio ya sea uno de los componentes del modelo matrimonial, ya sea el producto de sus contradicciones internas, o también el resultado de las tensiones entre el modelo y las condiciones de su aplicación. En el primer caso, la pareja cumpliría un determinado número de funciones, pero esta estructura interna sería el lugar de una tensión entre deseo de fusión y deseo de autonomía; en el caso del matrimonio-compañerismo, del matrimonio-refugio, el divorcio significaría el fracaso de una pareja, incapacitada para integrarse en el esquema social que distingue lo privado y lo público. Jean Kellerhals y Pierre-Ives Troutot analizan en toda su complejidad las relaciones entre matrimonio y divorcio, y se preguntan, en un sentido inverso, en qué medida la probabilidad de un divorcio repercute sobre las prácticas matrimoniales[8].

Frecuencia de las segundas nupcias entre los divorciados (en %)

Año de segundas nupcias	Sexo masculino	Sexo femenino
1977	63,7	57,3
1978	59,9	54,0
1979	55,3	49,2
1980	52,2	47,6
1981	48,2	44,3
1982	46,4	42,1
1983	44,0	41,1

Las frecuencias están calculadas por relación a las segundas nupcias de divorciado(a)s de un año con el número anual medio de divorcios pronunciados a lo largo de los cinco años precedentes.

Fuente: Quinzième Rapport sur l'évolution déographique de la France, INED, 1986, pág. 3.

Ninguno de estos modelos está en disposición de dar cuenta de una actualidad matrimonial cuyos rápidos cambios pillan rezagados a los especialistas. Así, se ha podido decir del divorcio, hasta 1980, que se trataba de una nueva etapa inscrita dentro de un ciclo de la vida familiar que vería sucederse matrimonio, divorcio y nuevo matrimonio. En efecto, se ha observado hasta 1978 un crecimiento de las segundas nupcias de los divorciados: frecuente, aceptado, normal, el divorcio aparece como el exutorio normal de las tensiones familiares. A finales de los años ochenta ya no se trata de lo mismo, puesto que, mientras que el número de divorcios continúa aumentando, las segundas nupcias de los divorciados disminuyen.

Por otra parte, la aceptación social del divorcio no hace que el divorcio sea un fenómeno menos doloroso. La separación por consentimiento mutuo toca techo, y en 1986, el 50 por 100 de las demandas invocan, todavía, la «falta».

[8] Jean Kellerhals y Pierre-Yves Troutot, «Divorce et modèles matrimoniaux. Quelques figures pour une analyse des règles de l'échange», *Revue française de sociologie*, XXIII, 2, 1982, págs. 195-222.

CONCUBINATO, UNIÓN LIBRE Y COHABITACIÓN

Palabras para denominar

A pesar de los análisis detallados en los que la sociología intenta encerrarlo, el fenómeno escapa a una categorización, y ello se pone de manifiesto en la ausencia de un vocabulario preciso. Según Louis Roussel, se distinguen «las uniones de hecho o cohabitaciones estables; la cohabitación juvenil en la que los dos miembros de la pareja están solteros, el hombre con una edad inferior a los treinta y cinco años y sin que ningún niño esté presente; en los casos restantes se hablará más bien de unión libre»[9].

El término «cohabitación juvenil» presenta un doble inconveniente. En primer lugar, se presta a confusión en la medida en que la palabra designaba en el pasado, en el vocabulario sociológico-estadístico, el fenómeno de corresidencia entre familias emparentadas. En efecto, se hablaba de «descohabitación» en el seno de las familias de agricultores, por ejemplo, para designar la construcción de una casa independiente para la generación joven. El adjetivo de «juvenil», que designa a un grupo de edad, parece referirse a un pasaje, a una etapa. La pertinencia de este término, garantizada mientras la vida en pareja precedía a la legalización de la unión, se difumina en la actualidad.

«"Unión libre" —señala Sabine Chalvon-Demersay en *Concubin, concubine*— es una expresión bastante inapropiada a causa de la referencia ideológica a un viejo fondo de anarquismo libertario que habría hecho de la destrucción del lazo conyugal la piedra de toque de la transformación de la sociedad. Sin embargo, la mayor parte de las parejas que viven juntas no se reclaman de esta ideología» (pág. 9). El término concubinato ha sido borrado del vocabulario de los sociólogos, así como del de los protagonistas, como consecuencia de su connotación histórica relativamente infamante, ligada a la práctica desviante de los obreros proletarios del siglo XIX. Interrogando sobre la manera de denominar la institución, la persona con la cual se vive y la red de (no- o seudo-) parentesco con la cual se está en relación, Sabine Chalvon-Demersay recapitula la variedad de términos, todos precedidos de un posesivo *(«mon» Jules, «ma» nénette)*, o incluso el empleo del nombre, los circunloquios para nombrar «la madre de la chica con la que vivo», o designar «la chica que vive con el hermano del tío con el que vivo» (págs. 12-15). Por su parte, los padres utilizan términos como «la compañera de Jean-Luc» para designar a alguien que será, quizá, una nuera.

La atención de los primeros antropólogos fue atraída sobre la variedad del hecho familiar por el descubrimiento de terminologías de parentesco diferentes de aquellas a las que estaban acostumbrados, lo que Émile Durkheim denominaba «las reglas de cortesía». Del mismo modo, debemos seguir la creación semántica que acompaña a la emergencia de nuevas instituciones. Por ahora, la vaguedad de un vocabulario revela su utilidad en estas situaciones en las que la flexibilidad de las relaciones sociales es la regla. En Suecia, en donde la práctica del concubinato es más antigua y está más desarrollada que en Francia, el término de *sambo* ha acabado por establecerse en el lenguaje, por pasar al vocabulario administrativo y oficial para designar al cónyuge de un matrimonio que ya no conoce su nombre.

Matrimonio de prueba, matrimonio rechazado

La vacilación terminológica para designar la ausencia de un lazo legal no debe, sin embargo, enmascarar el hecho de que la institución está en situación de normalización en la sociedad francesa, al igual que en las sociedades europeas y norteamericanas. Remite asimismo al estatus específico del matrimonio y recuerda que, contrariamente a otros hechos demográficos como la fecundidad o la mortalidad, éste no tiene una base biológica; se trata de un acto eminentemente social.

La no inscripción en el registro legal —puesto que este rechazo está en la base de las prácticas del concubinato— provoca limitaciones en los métodos demográficos tradicionales de empadronamiento. Los dos métodos utilizados son bastante imprecisos: ya se trate del que busca la proporción, dentro de una cohorte de matrimonios, las uniones legales que han sido precedidas por una unión de hecho, o ya se trate de medir a partir de los padrones el porcentaje de parejas que corresiden, considerándolas como cohabitaciones «es-

[9] Louis Roussel, «La cohabitation sans mariage: des faits aux interprétations», *Dialogue,* 1986, 92, pág. 42.

Parejas casadas y no casadas de 1968 a 1985 (en miles)

	Padrones de		Encuestas de Empleo	
	1968	1975	1982	1985
Conjunto de las parejas	11.366	12.400	13.060	13.242
Parejas casadas	11.052	11.954	12.254	12.267
Proporción (en %)	97,2	96,4	93,8	92,6
Parejas no casadas	314	446	806	975
Proporción (en %)	2,8	3,6	6,2	7,4
Las dos personas solteras	45	116	411	568
1 divorciado al menos	116	159	227	227
Parejas en las que el hombre tiene menos de 35 años	2.545	3.257	3.602	3.212
Parejas casadas	2.478	3.091	3.133	2.623
Proporción (en %)	97,4	94,9	87,0	81,7
Parejas no casadas	67	166	469	589
Proporción (en %)	2,6	5,1	13,0	18,3
Las dos personas solteras	20	87	359	483
1 divorciado al menos	18	40	75	65

Parejas no casadas, con y sin hijos, en 1982 y en 1985 (en miles)

	1982		1985	
		%		%
Conjunto de las parejas formadas por los dos solteros	411	100,0	568	100,0
sin hijos*	320	77,9	427	75,3
con hijos	91	22,1	141	24,7
Conjunto de las parejas que incluyen al menos una persona divorciada	227	100,0	227	100,0
sin hijos	120	52,8	102	44,8
con hijos	107	47,2	125	55,2

Fuente: enquête Emploi
* Se trata de hijos solteros de menos de 25 años que viven bajo el mismo techo.

Fuente: Pierre Alain Audirac, «Crise du mariage ou crise du couple», número especial de *Dialogue,* «De l'union libre», 2.º trimestre 1986, núm. 92, pág. 8.

tables». A pesar de la imprecisión de los datos, la progresión de esta práctica es del todo significativa: 300.000 parejas no casadas en los años sesenta, 446.000 en 1975, 710.000 en 1981, 957.000 en 1985. Teniendo en cuenta la baja tasa de inscripción en el registro, puede decirse, con Pierre-Alain Audirac, que existe cerca de un millón de cohabitantes [10]. Su número ha crecido cerca de un 20 por 100 entre 1982 y 1985. El momento clave, también aquí, parece situarse en los años setenta, afectando en primer lugar a las generaciones jóvenes; después, la práctica se fue extendiendo y, sobre todo, entre los viejos divorciados.

En 1977, la encuesta de Louis Roussel estimaba que el 9,7 por 100 de los jóvenes incluidos en el grupo de edad entre los dieciocho y los veintinueve años cohabitaban y que el 44 por 100 de los jóvenes casados entre dieciocho y treinta años en 1976 habían vivido juntos desde antes de su matrimonio [11]. Una encuesta del INSEE evalúa, para el año 1982, en el 11 por 100 el número de parejas fuera del matrimonio en las que el hombre tiene menos de treinta y cinco años, y en

[10] Pierre-Alain Audirac, «Cohabitation: pres d'un million de couples non mariés», *Economie et Statistique,* núm. 185, febrero, 1986.

[11] Louis Roussel, «La cohabitation juvénile en France», *Population,* 1978, 1, págs. 15-42.

el 3,3 por 100 el número de parejas en las que el hombre tiene treinta y cinco años o más[12]. La aglomeración parisina aparece como la campeona de la unión libre.

Además de estas formas de cohabitación entre jóvenes que han supuesto una innovación social, hoy día la unión libre pone en juego un número importante de divorciados: 230.000 parejas tienen al menos una persona divorciada no vuelta a casar. Se trata, lo más frecuentemente, de parejas que desean no volver a ver la injerencia de lo público en una relación que estiman del dominio de lo privado y, quizá, de lo efímero. Un primer matrimonio, un divorcio, siguen siendo fracasos a pesar de la desaparición de los aspectos culpabilizantes de la ley, y una nueva relación conyugal se sitúa en el lado de lo informal.

Causas complejas

Estos profundos cambios deben ser atribuidos a un conjunto complejo de causas culturales, económicas y sociales. La liberalización de las costumbres, las nuevas actitudes en relación a la virginidad de las chicas y de la sexualidad de los jóvenes están aceptadas ahora en nuestra sociedad desde hace unos quince años. La encuesta de Alain Girard llevada a cabo en 1958 sobre generaciones nacidas antes de la guerra mostraba que la virginidad de las chicas era una cuestión tabú; la encuesta de Louis Roussel realizada en 1975 ponía de manifiesto un cambio en las actitudes a medida que disminuía la edad de los encuestados:

¿Considera usted el hecho de que las chicas tengan hoy día una mayor libertad sexual como sin importancia, rechazable, satisfactorio?

	Hombres casados					Mujeres casadas				
	Antes 1951	1951-1960	1961-1964	Después 1965	Conjunto	Antes 1951	1951-1960	1961-1964	Después 1965	Conjunto
Sin importancia	16	17	22	22	18	14	19	20	21	18
Rechazable	56	52	46	34	44	62	54	47	33	46
Satisfactorio	21	23	27	37	25	18	21	28	37	24
No opinan	7	8	5	7	13	6	6	5	9	12
TOTAL	100	100	100	100	100	100	100	100	100	100

Fuente: Louis Roussel, *Le Mariage*, pág. 234.

Esta liberalización de las costumbres ha sido mantenida por el perfecto dominio de la contracepción, impensable hace tan sólo unos treinta años. El primer período de cohabitación juvenil, el que los demógrafos analizan a mediados de los años setenta como un período de matrimonio de prueba, se caracterizaba además como estéril. Los jóvenes cohabitantes se casaban cuando se anunciaba un embarazo o bien con la intención de traer un niño al mundo. Ya no ocurre lo mismo diez años después, puesto que se observa un aumento de los nacimientos fuera del matrimonio. Su número, estabilizado alrededor del 6 por 100 del total de los nacimientos hasta 1965, se eleva al 20 por 100 en 1986.

La extensión del período de estudios superiores entre las mujeres y la extensión del salariado femenino explican igualmente el desarrollo de esta práctica, apareciendo el matrimonio como contradictorio con las aspiraciones de las mujeres a una autonomía personal y a una apertura hacia el exterior.

Algunos observadores atribuyen el desarrollo de la unión libre a la situación económica contemporánea, caracterizada por la dificultad de acceso sobre el mercado de trabajo y el paro de los jóvenes, suponiendo que la regularización matrimonial se efectuaría con la estabilidad en el empleo. A esta hipótesis económica, que de da efectivamente en el caso de algunas parejas, no se le puede atribuir, sin embargo, una validez universal. Por una parte, la crisis económica mantiene a los jóvenes durante más tiempo en el hogar de

[12] Pierre-Alain Audirac, «Cohabitation et mariage: qui vit avec qui?», *Économie et Statistique*, núm. 152, febrero, 1983.

El descenso de la endogamia (en %)

Los cónyuges son nacidos o residen en:	1.a *Encuesta de 1959* Lugar de nacimiento	1.a *Encuesta de 1959* Residencia antes de la vida en pareja	1.b *Encuesta de 1983-1984* Lugar de nacimiento	1.b Residencias: Durante la juventud	1.b Residencias: En la época del primer encuentro	1.b Residencias: Antes de la vida en pareja
Mismo municipio (París excl.)	18,3	49,6	13,5	18,4	37,4	42,6
Dos municipios del mismo cantón	9,8	11,3	4,6	7,5	7,3	6,1
Dos cantones del mismo distrito	18,3	11,9	16,0	18,7	21,8	17,6
Los dos en París	1,7	6,9	1,7	1,6	3,8	5,1
Dos distritos del mismo departamento	10,5	6,8	9,6	9,0	7,3	6,9
Dos departamentos de la misma región	8,2	3,2	10,8	10,2	9,4	8,5
Dos regiones diferentes	25,8	8,6	30,5	24,8	10,0	10,2
El uno o el otro en el extranjero	7,4	1,6	13,4	9,8	3,1	3,0
TOTAL	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0
Tasas acumuladas (áreas de endogamia)						
Mismo municipio (París excl.)	18,3	49,6	13,5	18,4	37,4	42,6
Mismo cantón	28,1	60,9	18,1	25,9	44,7	48,6
Mismo distrito	46,4	72,8	34,1	44,6	66,4	66,2
Mismo departamento	58,5	86,5	45,4	55,2	77,6	78,3
Misma región	66,7	89,8	56,2	65,4	86,9	86,8
Metrópolis	92,6	98,4	86,6	90,2	96,9	97,0
CONJUNTO DE LAS PAREJAS	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0

1.a: *Campo:* parejas casadas entre 1914 y 1959.
Fuente: INED, enquête Choix du conjoint, 1959.

1.b: *Campo:* parejas formadas entre 1960 y 1983.
Fuente: INED, enquête Formation des couples, 1983-1984.

Leer así: de 100 parejas casadas entre 1914 y 1959, 18,3 estaban formadas por personas nacidas en el mismo municipio. Esta proporción es de 13,5 para las parejas formadas entre 1960 y 1983.

Fuente: Michel BOZON y François HÉRAN, «L'aire de recrutement du conjoint», *Données sociales,* 1987, pág. 339.

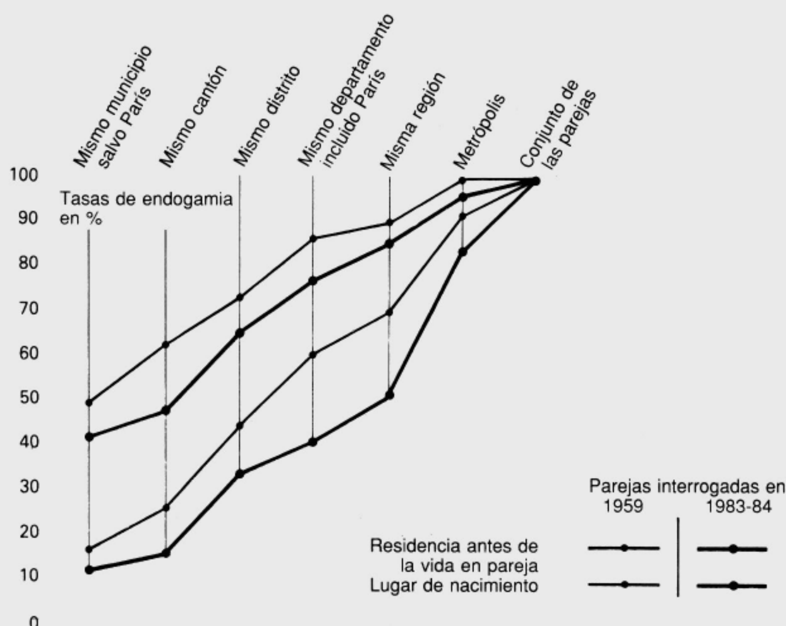
sus padres. Desde los años ochenta, los jóvenes de dieciocho a veintidós años cada vez permanecen durante más tiempo en su casa en lugar de instalarse de modo autónomo, tal como habían tomado por costumbre después de los años cincuenta. El argumento económico, por otra parte, no interviene para determinadas categorías protegidas como los funcionarios entre las cuales se observa igualmente un desarrollo de esta práctica[13]. De lo que se trata es de una verdadera transformación cultural, una nueva definición de la pareja.

Las personas que cohabitan, se casan y divorcian tienen una doctrina amorosa diferente de las parejas que contemplan un compromiso largo. La cohabitación prolonga el amor y la primacía de la relación amorosa, pero reivindica también la autonomía del individuo para el cual la pareja no debe ser un freno, según el análisis de François de Singly[14]. A menudo son las mujeres las que rechazan el matrimonio regular, tal como señala Françoise Battagliola: «Las mujeres jóvenes se han amparado en el concubinato como una manera de preservar su posición dentro de las relaciones entre los sexos y rechazando o aplazando el estatus que el matrimonio y la maternidad le asignarían dentro de estas relaciones. En este grupo es en el que encontramos, expresadas esencialmente por las mujeres, las oposiciones ideológicas más fuertes con relación al matrimonio y se

[13] Pierre-Alain Audirac, «Crise du mariage ou crise du couple?», *Dialogue,* 92, 1986, pág. 7.

[14] Françoise de Singly, «L'union libre: un compromis», *Dialogue,* 92, 1986, pág. 55.

1.c *La evolución de las tasas de endogamia*



considera la posibilidad de tener un hijo fuera del matrimonio»[15]. Considerando las relaciones entre matrimonio, nivel de estudios y posición social, Françoise de Singly ha puesto de manifiesto el efecto negativo que ha tenido con relación al matrimonio la «dote escolar femenina»: entre las mujeres que son cuadros es entre las que el celibato es más frecuente; no hay una devaluación de las mujeres diplomadas en el mercado matrimonial, sino una mayor rentabilidad de sus diplomas cuando no se casan[16]. Entre estas mujeres se encuentran las mujeres que viven solas o las que viven uniones informales que escapan a cualquier tipo de registro.

La extensión de estas nuevas prácticas matrimoniales sólo podía conducir a su aceptación, lo que a su vez las estimula. Las tres cuartas partes de los padres de los concubinos los reciben juntos regularmente, la mitad los ayudan materialmente. Loa padres estiman que esta forma de unión es preferible en tanto que la entrada en el mercado de trabajo no sea definitiva. Por el contrario, son más críticos cuando la cohabitación se convierte en duradera y sustituye al matrimonio. La unión libre «es bien aceptada en ocho de cada diez casos si se trata de una pareja joven sin hijos y sin proyecto de matrimonio, y sólo en tres casos si se trata de una pareja de más edad, con hijos y sin proyecto de matrimonio»[17].

Una de las razones que facilita la aceptación de esta nueva práctica es que continúa siendo, al igual que el matrimonio tradicional de siglos pasados o de los años cincuenta, fuertemente endógama. Una encuesta actualizando la gran encuesta de Alain Girard e interesándose a la vez por la elección de cónyuge y por la elección de compañero revela que, a pesar de un descenso, la tendencia a la endogamia sigue siendo muy fuerte. Algunas de las diferencias se manifiestan según las categorías socioprofesionales, algunas

[15] Françoise Battagliola, «Cohabitation, mariage et rapports entre les sexes», *Dialogue*, 92, 1986, pág. 70.

[16] Françoise de Singly, «Mariage, dot scolaire et position sociale», *Économie et Statistique*, núm. 142, marzo, 1982, páginas 7-21.

[17] Louis Roussel y Odile Bourguignon, *Générations nouvelles et mariage traditionnel*, París, INED, 1979.

de las cuales son más móviles geográficamente, como los cuadros[18]. Sin embargo, no más que el matrimonio «libre» de los años cincuenta, el concubinato no comporta desorden social.

La pareja informal y la familia monoparental

El rechazo del matrimonio ya no puede ser atribuido solamente al deseo de proteger la autenticidad al precio de lo efímero. Un número creciente de parejas, sin casarse, se instalan en la larga duración, lo que se pone de manifiesto hoy por el fuerte aumento del número de nacimientos fuera del matrimonio. Estabilizada alrededor del 6 por 100 durante mucho tiempo, esta proporción ha conocido un crecimiento rápido: alrededor de un 7 por 100 en 1977, un 18 por 100 en 1984 y cerca del 20 por 100 en 1986[19].

Según Guy Desplanques, se han censado 500.000 hijos de concubinos que son ya sea los hijos nacidos de una pareja no casada o ya sea los hijos de uno de los dos compañeros que se instala con el/la «amigo/a»[20]. Entre este número se cuentan 300.000 niños que más bien deberían ser incluidos en el grupo de las «familias monoparentales» que tienen a su frente una mujer viuda o, más frecuentemente, divorciada. La situación de la pareja informal instaura el desarrollo de nuevas relaciones de parentesco o de seudoparentesco sobre las cuales todavía nos faltan estudios: ¿qué relaciones se dan entre el niño y el/la «amigo/a»? ¿Y con los parientes de él o de ella, con los eventuales medio hermanos y hermanas?

Quince años de pareja informal ofrecen ya una perspectiva para observar el desarrollo social de las parejas desunidas «libremente»[21]. Las rupturas son interminables, tal como lo había sido la fijación, y es en nombre de la autenticidad del sentimiento por lo que se dejan. Las mujeres, que a menudo han sido las promotoras de este modelo para proteger su nueva autonomía, hacen, sin embargo, la figura de «engañadas» de la unión libre, como es el caso también en las situaciones terminadas en un divorcio. Los hombres forman nuevas parejas, las mujeres permanecen solas. Y cuando tienen uno o varios hijos entran entonces en el grupo de las familias monoparentales.

El término «monoparental» es una invención sociológica todavía reciente, inspirada por el término americano *single-headed,* con la intención de evitar el empleo, connotado ideológicamente y mal apropiado a la situación al mismo tiempo, de «hijas-madres», que designaba en otro tiempo a las mujeres solteras que habían procreado. En Francia se contabilizaban en 1981 928.000 familias monoparentales, es decir, un 6 por 100 del total de las familias. Esta categoría engloba a las mujeres cabeza de familia, ya sean viudas o divorciadas. En el caso de divorcio, el 85 por 100 de las mujeres ven confiársele el cuidado de su hijo[22]. Estas familias sufren entonces una pérdida de ingresos a menudo importante hasta el punto de que los «nuevos pobres» de la sociedad se reclutan con frecuencia entre estas familias compuestas por madres y sus hijos. Según una encuesta de la CNAF, el 54 por 100 de las madres de estas familias son empleadas u obreras, el 4 por 100 son cuadros y el 20 por 100 están inactivas. La situación contemporánea aparece, pues, muy alejada de las tomas de posición feministas de finales de los años sesenta, del deseo de tener «un hijo para sí».

VARIACIONES SOCIOPROFESIONALES, UNIVERSALIDAD DEL MODELO

El nuevo modelo matrimonial engloba, a la vez, matrimonio, unión libre, divorcio, familia monoparental. Mientras que, hasta 1960, estos últimos términos constituían una figura de desviación con relación a la norma, hoy día todos ellos forman parte de un mismo modelo considerablemente aceptado. Es el conjunto de los valores contemporáneos lo que se ha renovado, dejando lugar a las exigencias del individuo, al narcisismo contemporáneo.

---

[18] Michel Bozon y François Héran, «L'aire de recrutement du conjoint», *Données sociales,* 1987, págs. 338-347.

[19] *Situation démographique de la France,* París, INED, 1986, pág. 6.

[20] Guy Desplanques, «Enfants de concubins, nouvelles données chiffrées», *Dialogue,* 92, 1986, págs. 10-16.

[21] Sabine Chalvon-Demersay, «Le temps des ruptures: désunions libres», *Dialogue,* 92, 1986, pág. 115.

[22] Michel Villac, «Les structures familiales se transforment profondément», *Économie et Statistique,* febrero, 1983.

Porcentaje de cohabitantes siguiendo algunas características
(muestra: Francia entera)

Profesión del interesado	Agricultor	Obrero	Empleado	Cuadro medio	Estudiante	Mujer inactiva
%	6	8	11	12	13	3
Población total observada en V.A.	88	620	510	287	482	231
Profesión del padre	Agricultor	Obrero	Empleado	Cuadro medio	Profesión liberal Cuadro superior	
%	6	7	7	11	15	
Población total observada en V.A.	372	623	340	271	35	
Residencia	Rural	Ciudad de menos de 50.000 h.	50.000 a 200.000	200.000 o más	Aglomeración parisina	
%	6	11	12	15	12	
Población total observada en V.A.	613	543	344	476	458	
Nivel de instrucción	Primaria	Primaria superior	Técnica y comercial	Secundaria	Superior	
%	5	6	7	9	16	
Población total observada en V.A.	365	164	670	589	628	

Religión	Sin religión	Sin práctica religiosa	Práctica irregular	Práctica regular
%	17	9	5	0
Población total observada en V.A.	567	1.141	419	168

Fuente: Louis Roussel y Odile Bourguignon, *Générations nouvelles, mariage traditionnel,* pág. 226.

Una práctica desigualmente extendida

Si la unión libre ha podido ser atribuida a las clases obreras en el siglo XIX, hoy día afecta a todas las categorías de la población y principalmente a las personas que tienen un nivel de estudios superiores, a los habitantes de las grandes ciudades, a los individuos que declaran no tener ninguna religión, a las personas cuyo padre es cuadro superior o pertenece a una profesión liberal.

Entre los estudiantes, los cohabitantes son los más numerosos. Para ellos, el período latente entre la adolescencia y la toma de responsabilidad profesional se acomoda particularmente bien a los valores de los que es portadora la unión libre[23].

Michel Verret observa que la familia obrera, aunque afectada por los nuevos comportamientos matrimoniales, al igual que las demás categorías sociales, sin embargo, lo es menos. En efecto, el porcentaje de nacimientos fuera del matrimonio se mantiene estable entre los obreros, mientras que se hincha sobre todo entre los cuadros medios y superiores; el aumento de la divorcialidad es relativamente moderado. Michel Verret constata la «solidez del proceso de estabilización familiar de la vida obrera»[24].

Paralelismo entre los comportamientos europeos y norteamericanos

Los cambios observados en la nupcialidad francesa se inscriben en los comportamientos observados entre los países europeos y norteamericanos.

En primer lugar, los movimientos de la nupcialidad y de la divorcialidad son los que aparecen concomitantes de un modo remarcable. A partir de 1965, la cifra de matrimonios baja y aumenta la de los divorcios, sobre todo en la Europa del norte. En Suecia, la proporción es la

[23] Michèle Lalanne, «Cohabitation et mariage: les étudiants face à la vie en couple», *Dialogue,* 92, 1986, páginas 88-96.

[24] Michel Verret, «La famille ouvrière», *Projet,* 1983, núm. 177, págs. 695-706.

Tasas brutas de divorcio en diecisiete países industrializados desde 1945 a 1982

País	1945-1949	1950-1954	1955-1959	1960-1964	1965-1969	1970-1974	1975-1979	1980-1982
Australia	0,97	0,84	0,70	0,67	0,84	1,15	2,97	2,72[a]
Austria	1,68	1,42	1,21	1,14	1,25	1,36	1,57	1,78[a]
Bélgica	0,67	0,50	0,49	0,53	0,62	0,82	1,29	1,51[a]
Canadá	0,53	0,39	0,38	0,39	0,66	1,58	2,38	2,69[a]
Checoslovaquia	0,89	0,97	1,11	1,19	1,46	1,92	2,14	2,24
Dinamarca	1,66	1,54	1,46	1,40	1,52	2,48	2,59	2,78
Inglaterra y País de Gales	0,83	0,68	0,54	0,61	0,88	1,84	2,66	2,96[a]
Francia	1,09	0,73	0,70	0,66	0,74	0,90	1,37	1,62[b]
RFA	1,61	1,13	0,83	0,85	1,06	1,40	1,31	1,67[a]
RDA	2,05	1,81	1,29	1,40	1,65	2,04	2,59	2,79[a]
Japón	1,01	0,93	0,81	0,74	0,84	1,00	1,13	1,26[a]
Países Bajos	0,80	0,57	0,49	0,49	0,60	1,11	1,57	1,99
Nueva Zelanda	1,13	0,79	0,69	0,72	0,82	1,23	1,76	2,92
Noruega	0,68	0,65	0,60	0,67	0,76	1,07	1,50	1,68
Suecia	1,03	1,17	1,19	1,17	1,37	2,10	2,63	2,46
Suiza	0,91	0,90	0,87	0,84	0,89	1,18	1,57	1,72[a]
Estados Unidos	3,35	2,47	2,23	2,26	2,74	4,04	4,99	5,19
MEDIA	1,23	1,03	0,92	0,93	1,10	1,60	2,12	2,35

[a] Sin datos para 1982.
[b] Estimación válida sólo para 1980.
Fuente: ONU, 1968, 1969, 1979, 1982.

Fuente: Kingsley Davis, «The Future of Marriage», in Kingsley Davis (ed.), *Contemporary Marriage.*

de un matrimonio por dos rotos por el divorcio, desde 1975. La curva en Estados Unidos alcanza igualmente esta cifra, pero dentro de un contexto cultural diferente, puesto que la tasa de nuevos casamientos después del divorcio es extremadamente elevada.

El retroceso de la edad de matrimonio es igualmente sensible desde los años setenta, mientras que crece la proporción de solteros, así como la de la fecundidad. Asimismo, la proporción de hijos nacidos fuera del matrimonio aumenta, hasta el punto de que en Suecia el 40 por 100 de los niños están hoy en esta situación.

Se habla equivocadamente de un modelo escandinavo de matrimonio particularmente libre que, en cierta medida, prefiguraría el futuro de la nupcialidad de los países desarrollados. Es más exacto hablar de un modelo sueco, puesto que en Noruega y en Dinamarca se dan comportamientos más próximos a los demás países europeos que a su vecino escandinavo. En Suecia, en efecto, la explosión del divorcio y de la informalidad de los matrimonios ha alcanzado una especie de punto máximo. Una larga tradición de relaciones sexuales prematrimoniales aceptadas por la sociedad, una ética religiosa e individual particular pueden explicarlo. Como ha mostrado Jan Trost, en 1960, las parejas que cohabitaban sólo representaban un 1 por 100 del total de las parejas; en 1970, la proporción de los cohabitantes había alcanzado el 7 por 100, y el 15 por 100 en 1979[25]. Hoy día, el matrimonio casi ha desaparecido en Suecia como primera forma de unión[26].

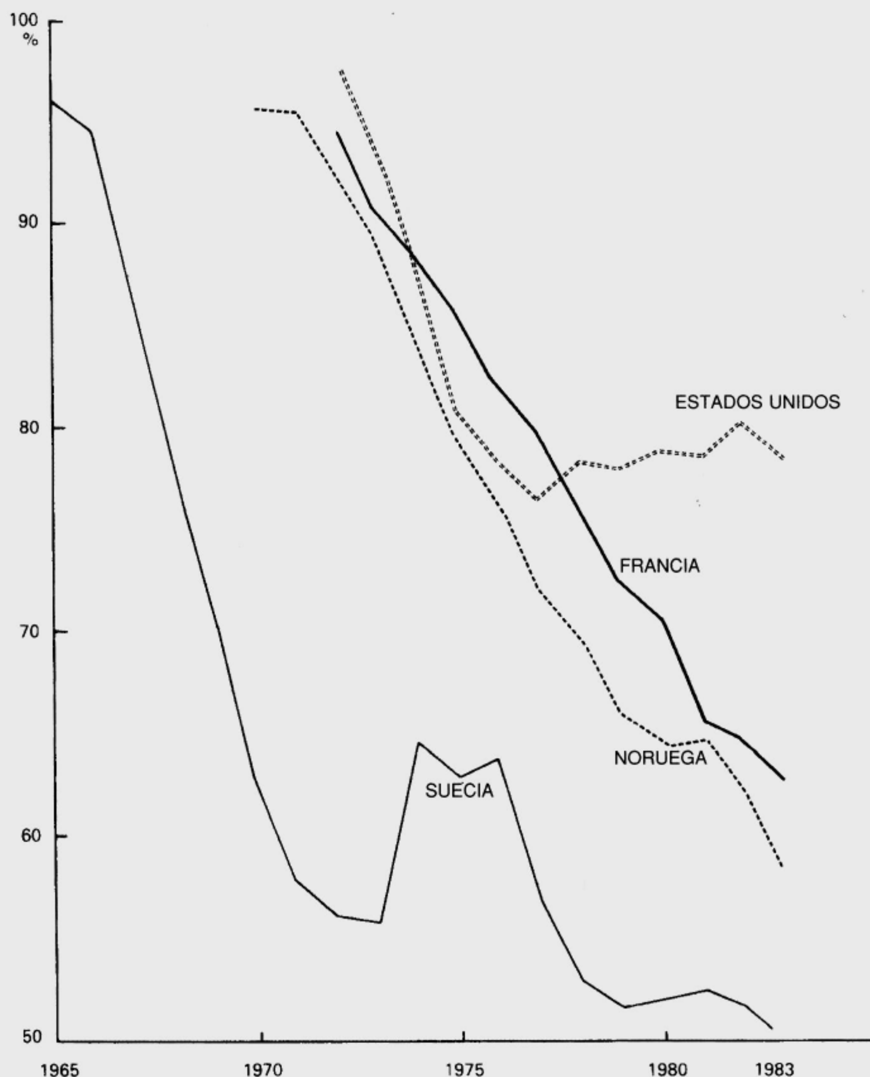
Hacia una redefinición del sistema familiar de los países europeos

Las nuevas formas de la institución matrimonial (en la cual incluimos aquí el divorcio y la unión libre) no dejan de preocupar. Évelyne Sullerot, atribuyendo al empuje del individualismo estos nuevos comportamientos, llega a poner en cuestión la pertinencia del concepto familiar. Retomando por su parte un interrogante de Louis Roussel, se plantea: «¿No hace falta considerar

[25] Jan Trost, «Changing Family and Changing Society», en Jan Trost (ed.), *The Family in Change*, Vasteras, International Library, 1980.

[26] Patrick Festy, «Aspects démographiques de la cohabitation: quelques références en Scandinavie et aux États-Unis», *Dialogue*, 92, 1986, págs. 20-26.

Cifra anual de primeras nupcias antes de los 50 años por 100 mujeres de cada edad



Fuente: Patrick Festy, «Aspects démographiques de la cohabitation. Quelques références en Scandinavie et aux États-Unis», número especial de *Dialogue:* «De l'Union libre», 2.º trimestre, 1986, núm. 92, pág. 24.

más bien que el individuo será finalmente la única unidad realista?»[27].

Asistimos claramente al final de la norma única del matrimonio monógamo. Hay lugar para una pluralidad de modelos. No se trata, por otra parte, del final de la familia. Podemos preguntarnos si el reforzamiento de las redes de parentesco cuya fuerza habíamos destacado en los capítulos precedentes no constituye un contrapeso a la fragilidad de la pareja. La sociología de la familia en Suecia constata igualmente la imposición de

[27] Évelyne Sullerot, *Pour le meilleur et sans le pire*, París, Fayard, 1984.

relaciones entre generaciones, incluso y sobre todo en estas situaciones contemporáneas de inestabilidad de la pareja[28]. Cuando el lazo matrimonial es fuerte, el lazo de filiación se debilita; a la inversa, los lazos verticales se refuerzan cuando la relación conyugal aparece frágil.

La comparación con otros sistemas de parentesco muestra que un sistema así es viable. En numerosas sociedades, el lazo padre-hijo es mucho más fuerte que el lazo conyugal; es el caso de la India, de África, de las sociedades musulmanas. En efecto, nuestro modelo familiar puede parecer aberrante a los ojos de los observadores no occidentales. La instauración de un lazo conyugal fuerte en detrimento de las más vastas solidaridades del linaje se debe a la Iglesia cristiana, así como la insistencia sobre la pareja monógama y la desconfianza en relación a las segundas nupcias. Un modelo así se remonta a los inicios del siglo VII, tal como lo ha mostrado Jack Goody en *L'Évolution du mariage et de la famille en Europe*. El nuevo estatus femenino y los valores de la sociedad posindustrial se acomodan mal. Las relaciones sociales son hoy día mucho más flexibles todavía que hace unos veinte años; el empleo del nombre propio se extiende, los jóvenes se besan en la mejilla cuando se encuentran por vez primera: las barreras de lo que, en otras épocas, Liselotte llamaba «saber vivir, obligaciones sociales, maneras mundanas» en su célebre *Guide des convenances* caen. La informalidad general de la vida social se extiende a las relaciones matrimoniales, puesto que la familia y la sociedad marchan a la par. ¿Quiere esto decir que ya no hay códigos? Sin duda no, pero hay que aprenderlos, y las situaciones de pluralidad de normas siempre son generadoras de ansiedades.

ORIENTACIÓN BIBLIOGRÁFICA

Para una visión sintética sobre las formas y las causas de las transformaciones matrimoniales, ver:

ROUSSEL, Louis, «Deux décennies de mutations démographiques (1965-1985) dans les pays industrialisés», *Population,* 1987, mayo-junio, núm. 3, páginas 430-448.

El matrimonio

— «Les sociologues face aux mutations de la famille: quelques tendances de recherches 1965-1985», *L'Année sociologique,* 1987, 37.

BOZON, Michel, y HÉRAN, François, «La découverte du conjoint. I. Evolution et morphologie des scénes de rencontre», *Population,* 1987, noviembre-diciembre, núm. 6, págs. 943-986.

COMMAILLE, Jacques, *Familles sans justice? Le droit et la justice face aux transformations de la famille,* París, Le Centurion, 1982.

GIRARD, Alain, *Le Choix du conjoint,* París, PUF-INED, «Travaux et Documents», cuaderno número 70, 1974, 2ª edición.

ROUSSEL, Louis, *Le Mariage dans la société française contemporaine,* París, PUF-INED, «Travaux et Documents», cuaderno núm. 73, 1975.

ROUSSEL, Louis, y BOURGUIGNON, Odile, *Générations nouvelles et mariage traditionnel, enquête auprès des jeunes de 18-30 ans,* París, PUF-INED, «Travaux et Documents», cuaderno núm. 86, 1979.

El divorcio

BOURGUIGNON, Odile; RALLU, Jean-Pierre, y THÉRY, Irène, *Du divorce et des enfants,* París, INED, «Travaux et Documents», cuaderno núm. 111, 1985.

COMMAILLE, Jacques, «Le divorce en France. De la réforme de 1975 à la sociologie du divorce», *Notes et Études documentaires,* 29, septiembre, 1978, nueva edición de 1980 con una bibliografía detallada.

[28] David y Louise Gaunt, «Le modèle scandinave», en *Histoire de la famille,* París, Armand Colin, 1986, tomo II, págs. 471-495.

COMMAILLE, J.; FESTY, P.; GUIBENTIF, P.; KELLERHALS, J.; PERRIN, J.-F.; ROUSSEL, L., *Le Divorce en Europe occidentale. La loi et le nombre,* París, INED, 1983.

DAVIS, Kingsley, «The Future of Marriage», en DAVIS, Kingsley (ed.), *Contemporary Marriage. Comparative Perspectives on a Changing Institution,* Nueva York, Russell Sage Foundation, 1985, páginas 25-32.

La unión libre

AUDIRAC, Pierre-Alain, «Cohabitation: près d'un million de couples non mariés», *Économie et Statistique,* núm. 185, febrero, 1986.

CHALVON-DEMERSAY, Sabine, *Concubin, concubine,* París, Seuil, 1983.

«De l'union libre», bajo la dirección de Sabine CHALVON-DEMERSAY, *Dialogue,* núm. 92, 2º trimestre, 1986.

Capítulo 7

EL HIJO Y LA FAMILIA

Este capítulo trata sobre la relación entre el número de hijos y las actitudes familiares y, más generalmente, de las relaciones entre padres e hijos. El término familia se emplea aquí, en el sentido más restringido, designando la célula conyugal que ha constituido el matrimonio y su prolongación, el o los hijos habidos. Sin embargo, el análisis va a desbordar sin cesar sobre campos más extensos, pues los modelos de procreación, los modelos educativos, incluso si parecen resultar, sobre todo los primeros, de aquello que es más íntimo y más personal, se articulan con relaciones sociales (ya se trate de relaciones familiares o profesionales). Sin querer anticipar el contenido del capítulo 11, las relaciones entre familia y sociedad, estas cuestiones también son abordadas aquí.

Al interesarnos por este tercer ser que dos engendran, no nos centraremos únicamente sobre el más pequeño, dependiente de manera estrecha de su alrededor para todas sus necesidades, y nos esforzaremos en mostrar, en una rápida historia de la adolescencia, lo que ha cambiado también en las relaciones entre padres e hijos mayores. Así pues, las relaciones parentales serán contempladas bajo su aspecto dinámico.

Sin ignorar la influencia considerable del psicoanálisis, sólo dedicaremos un pequeño espacio a este aspecto de las relaciones padres-hijos, en el límite de nuestro dominio científico. En la orientación bibliográfica se encontrarán algunas pistas para compensar este vacío.

En fin, para comprender la naturaleza de las relaciones parentales contemporáneas, nos volveremos hacia atrás con el fin de que el pasado sirva de referencia. Con las investigaciones sobre los grupos domésticos, el estudio del niño dentro de la familia es uno de los grandes éxitos de la demografía histórica que, a lo largo de los últimos veinte años, ha acumulado datos estadísticos pertinentes y ha planteado interrogantes contundentes. Historiadores y antropólogos han hecho de él un tema de discusiones particularmente ricas subrayando su complejidad.

Después de haber estudiado la situación de los hijos en la familia del Antiguo Régimen (y en este punto, política y demografía coinciden groseramente), analizaremos las dos revoluciones contraceptivas. ¿Qué actitudes en relación al niño iluminan y explican estas transformaciones? ¿Qué consecuencias podemos percibir en las relaciones parentales?

HACIA LOS DOS HIJOS

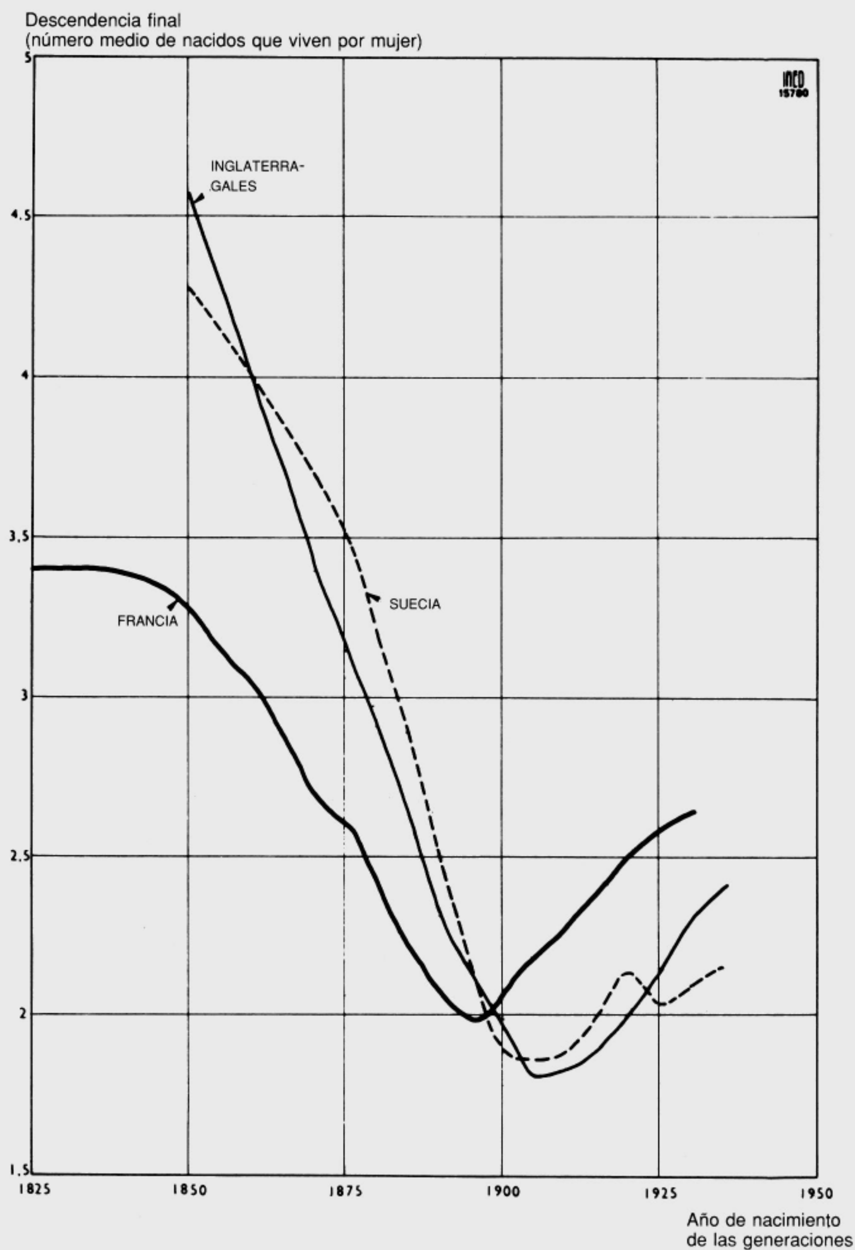
El marco demográfico

La evolución demográfica de Francia, original en relación a la de otros países de Europa, está caracterizada por una baja precoz de la natalidad, baja que interviene de manera desigual según los medios sociales, las regiones, pero se inicia desde finales del siglo XVIII. Numerosos estudios han mostrado que este descenso de la natalidad apareció antes de la Revolución, precediendo en poco el cambio demográfico a la gran sacudida política y social.

Las tasas de natalidad, es decir, el número de nacimientos anuales por cada 1.000 habitantes[1], no han dejado de caer desde 1800, salvo para las generaciones nacidas hacia 1930. Estas tasas se

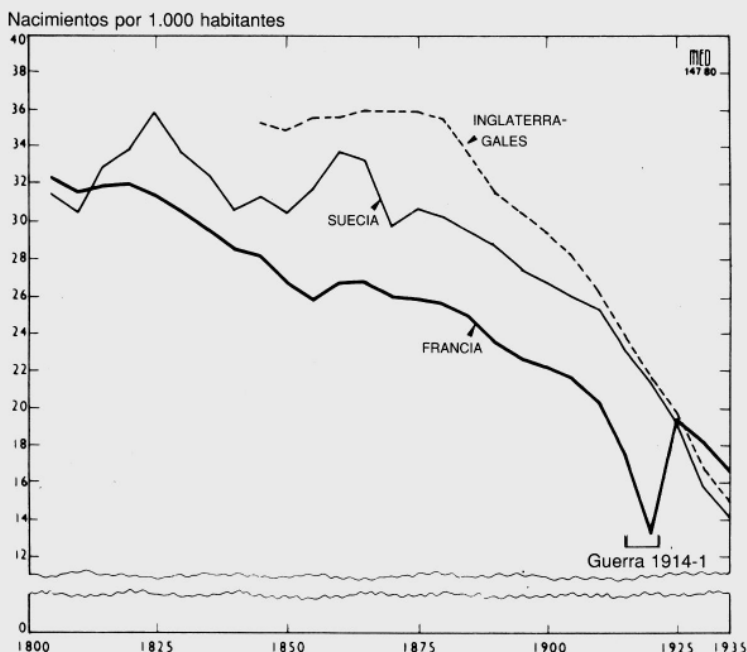
[1] Roland Pressat, «La population française: mortalité, natalité, inmigration, viellissement», *Colloque national sur la démographie française*, junio, 1980, págs. 6-27.

Evolución de la descendencia final de 1825 a 1950



Fuente: Roland Pressat, «La Population française: mortalité, natalité, immigration, vieillissement», págs. 7-11.

Evolución de la tasa de natalidad



Fuente: Roland Pressat, «*La Population française: mortalité, natalité*», págs. 7-11.

sitúan en los alrededores del 40 por 100 durante el período 1750-1754, en el 37 por 100 en 1795-1799, en el 32 por 100 en 1800-1804. Alcanzan su cifra más baja en 1941, con el 13,1 por 100; luego pasan por un nuevo máximo —totalmente inesperado— del 20,3 por 100 entre 1946 y 1953.

Esta tasa de natalidad los demógrafos prefieren sustituirla por otra medida más fina, con la tasa de fecundidad, que se expresa en el número medio de nacimientos vivos por mujer. Pasa de 3,4 nacimientos para las mujeres nacidas en 1852 a 2 para las nacidas antes de 1900. Para la generación nacida en 1950, la descendencia final es de 3,28 (Inglaterra y País de Gales, 4,56, y Suecia, 4,28 en la misma época)[2]. Después de 1945, la tasa de fecundidad oscila entre 2,65 y 3 nacimientos por mujer; culmina en 1964 con 2,90, regresa regularmente hasta los alrededores de 1,85, valor alrededor del cual se estabiliza desde 1976. Desde entonces se observa un ligero ascenso que la lleva a los alrededores de 1,95 hijos por mujer en 1980, y luego una nueva estabilización alrededor de 1,80 (en 1985, 1,82; en 1986, 1,84).

Se dice fácilmente que antes de la introducción de la contracepción los matrimonios de antaño tenían hasta veinte hijos. No hay nada de ello, y por dos razones: un conjunto de factores limitaba el número de nacimientos por una parte, y por otra, la mortalidad reducía considerablemente el número de hijos que sobrevivían a sus padres y procreaban ellos mismos.

La edad de matrimonio —ya lo hemos señalado— es un poderoso factor de limitación de los nacimientos. Sabemos que era más elevada en otras épocas que en el siglo XX, una media de veintiséis años para las mujeres. Determinadas prácticas religiosas respetadas imponían la continencia durante ciertos momentos del calendario. Las prácticas culturales de amamantamiento prolongado comportaban generalmente una suspensión provisoria de la fecundidad. Las condiciones económicas, temporales o estructurales, influían en el régimen alimentario y comportaban para

[2] Roland Pressat, *op. cit.*, págs. 10-12.

Mortalidad, nupcialidad y fecundidad legítima de dos generaciones femeninas: 1750 y 1950

	Generación 1750	Generación 1950: «fecundidad máxima» (a)	Generación 1950: historia probable (b)
1.—Por 100 chicas que viven, proporción de sobrevivientes:			
— a 15 años	48 %	94 %	94 %
— a 50 años	30 %	90 %	90 %
2.—Edad media en la pubertad	16 años	13 años	13 años
3.—Edad media en el primer matrimonio	26 años	23 años	23 años
Proporción de solteros a los 50 años	11 %	8 %	8 %
4.—Edad media en el primer nacimiento	27 años	24 años	25 años
Edad media en el último nacimiento	37 años	38 años	30 años
Número medio de hijos:			
• Por mujer casada a los 20 años, unión subsistente a los 50 años	8,7	12,3	2,8
• Por mujer casada	5,3	10,1	2,2
• Por mujer viva a los 15 años	4,2	9,3	2,0
• En la generación	2,0	8,7	1,9

(a) Fecundidad teórica, en la ausencia de toda práctica de regulación de los nacimientos (contracepción o aborto).
(b) Estimación que no tiene en cuenta los nacimientos ilegítimos (+0,15 hijos por mujer) ni el divorcio (efectos sobre la fecundidad difíciles de evaluar).

Fuente: Henri Leridon, *«La Maitrise de la fécondité: ses motifs et ses moyens»*, pág. 51.

la mujer períodos de amenorrea o provocaban abortos naturales. Por todas estas razones, las mujeres no tenían un hijo cada año durante veinticinco años de matrimonio, sino doce o quince como máximo. De hecho, tenían todavía muchos menos teniendo en cuenta la mortalidad femenina y la mortalidad de los hijos pequeños. Solamente una mujer de cada dos nacida en 1750 alcanzaba la edad de quince años y solamente una de cada tres su quincuagésimo aniversario. Los riesgos ligados al embarazo y al alumbramiento eran importantes. Las uniones, ya lo hemos visto, a menudo eran rotas por la muerte, y las frecuentes segundas nupcias sólo compensaban parcialmente el «déficit» de la descendencia que hubiera tenido lugar si el matrimonio no se hubiera roto[3].

Para la generación de 1750, sólo se contaba, en promedio, cinco o seis nacimientos por matrimonio, como consecuencia del celibato femenino que se añadía a las causas enumeradas con anterioridad; la descendencia neta se cifraba en cuatro hijos, de los cuales, a su vez, solamente dos alcanzaban la edad de procrear, como consecuencia de la mortalidad. El cuadro que sigue resume esta situación de la demografía del Antiguo Régimen: ausencia de contracepción y fuerte mortalidad explican que, a pesar de la fuerte natalidad, la progresión de la población, sin embargo, haya sido lenta.

La comparación con la situación contemporánea resulta particularmente esclarecedora. Teniendo en cuenta el descenso de la mortalidad, y en la hipótesis de una ausencia de limitación de los nacimientos, sería hoy día cuando se registrarían los nacimientos numerosos, 12,3 hijos por mujer casada a los veinte años (y que la contracepción reduce de hecho a 1,8).

El contexto demográfico de la familia de antaño está, pues, claro: familia prolífica que no busca controlar su fecundidad; nacimientos, muertes de adultos y de niños; hijos socializados en tanto que grupo numeroso teniendo su individualidad dentro del grupo doméstico, así como en el seno de la sociedad. Las normas que rigen las relaciones padres-hijos se articulan como las de la pareja con el parentesco, el grupo aldeano.

[3] Henri Leridon, «La maîtrise de la fécondité: ses motifs et ses moyens», *Colloque national sur la démographie française*, junio, 1980, págs. 49-50.

Las dos revoluciones contraceptivas

Es importante distinguir entre la puesta en práctica de una contracepción natural y el desarrollo reciente de la contracepción química. Por su naturaleza, por los efectos sobre las relaciones familiares y las actitudes que implican en relación al niño, estas dos técnicas son muy diferentes, incluso aunque su finalidad parezca idéntica.

La contracepción natural y el nuevo lugar del hijo

Philippe Ariès ha expuesto las características de esta revolución que va más allá del acto sexual y que constituye una conmoción en las actitudes de las personas con relación a su cuerpo, a la vida, a la muerte. Resumamos sus bien conocidas tesis.

La contracepción natural que se pone en práctica en Francia a finales del siglo XVIII es una contracepción masculina. Se trata, dice Ariès, de una contracepción de la ascesis en la que el hombre controla su pulsión sexual para retirarse en el momento más fuerte del placer.

Con anterioridad, incluso, no se imaginaba que pudiera intervenirse sobre el acto sexual, un acto de la naturaleza. Es aquí donde se sitúa la actitud revolucionaria, en este cambio con relación al cuerpo. Ariès subraya que «las prácticas contraceptivas son impensables en las sociedades antiguas porque éstas resultan extrañas a su concepción mental». La actitud con relación a la sexualidad, por otra parte, estaba sostenida por la doctrina eclesiástica que consideraba la castidad como el mejor de los estados; el matrimonio era un mal menor, pero todo acto sexual debía tener como finalidad la procreación. La sexualidad con intenciones estériles estaba condenada.

Sin embargo, desde finales del siglo XVIII, en un país católico como Francia, la práctica del *coitus interruptus* afecta a los estratos sociales más diversos, burgueses, campesinos. Con seguridad, esta técnica era conocida en ciertos medios como el de la prostitución o el de los salones mundanos; lo que es nuevo es la rapidez de la difusión de los «secretos funestos». Los efectos se notarán inmediatamente en las curvas de fecundidad. Desde un punto de vista estadístico, la eficacia de esta contracepción es grande, puesto que reduce el número de nacimientos; a nivel de cada pareja resulta menos segura: incluso «habiendo puesto atención», eufemismo que designa la disociación entre placer y peligro de fecundación, nacen más hijos de los que se desean. Este margen de seguridad es, por otra parte, el que distingue los métodos antiguos de contracepción de los métodos modernos.

Las tesis de Ariès han sido criticadas por historiadores como Jean-Louis Flandrin o Edward Shorter, sobre todo en la delicada cuestión del paso de una sociedad no contraceptiva a una sociedad contraceptiva. André Burguière subraya que la difusión de la contracepción corresponde a un cambio de actitud frente a la vida:

> Cambio afectivo que conduce a querer asegurar el porvenir de los hijos por la educación, la mejora del nivel de vida, y ya no solamente traerlos al mundo, lo que conduce asimismo a valorar el matrimonio y a «civilizar» las relaciones conyugales (...). La idea aparentemente paradójica de que la limitación de los nacimientos pudiera haber sido estimulada por una atención creciente en relación al niño ha sido sostenida, para la Francia del siglo XVIII, por numerosos testimonios literarios o iconográficos. «Cuando los franceses empezaron a interesarse por los hijos fue cuando empezaron a no tener muchos», escribió el doctor J. Sutter para resumir el pensamiento de Ph. Ariès. Añadamos que está en la lógica de la coyuntura demográfica. El descenso de la mortalidad infantil conduce a limitar los nacimientos para prevenir un aumento del tamaño de las familias; incita igualmente a invertir mucho más (tanto en el ámbito material como en el afectivo) en unos hijos cuyo nacimiento y sobrevivencia ya no son en realidad el producto del azar[4].

Estos nuevos hijos se inscriben en una estrategia de ascensión social o una estrategia matrimonial. Su educación está marcada por un encerramiento cada vez más constrictor. Separados del mundo adulto por la puesta en marcha de la institución escolar, dejan de comprender por observación o impregnación directa de los más mayores. En fin, son objeto de una inversión afectiva y médica considerable.

La segunda revolución contraceptiva

Desde hace unos quince años, las técnicas modernas de contracepción han entrado dentro de

[4] André Burguière, «De Malthus à Max Weber; le mariage tardif et l'esprit d'entreprise», *Annales ESC*, julio-octubre, 1972, 4-5, pág. 1121.

las costumbres. En bastantes aspectos se oponen a las técnicas contraceptivas clásicas. Los detractores del empleo de estos nuevos métodos los califican en términos apasionados e ideológicos: «contracepción del placer», «hijos del cálculo».

En efecto, el descenso de la fecundidad alarma a los dirigentes de los diversos gobiernos en Occidente. Esta preocupación tiene el mérito de proporcionarnos estudios profundos sobre el fenómeno, sobre la puesta en práctica de nuevas técnicas contraceptivas y sus efectos sobre la curva de fecundidad. Estas técnicas ponen de manifiesto un fenómeno importante para la comprensión de nuevas actitudes parentales frente a la sociedad, a la familia, a los hijos: desde ahora ha quedado establecido que el rápido descenso de la fecundidad es anterior a la adopción masiva de las modernas técnicas de contracepción.

A partir de 1964-65 es cuando se observa una baja acentuada de la fecundidad, mientras que, lo acabamos de decir, el empleo masivo de la píldora y del dispositivo intrauterino sólo se expandió realmente a partir de 1970. Este fenómeno es tanto más remarcable en la medida en que afecta de modo análogo a los demás países europeos. Gérard Calot lo explica así:

> El descenso de la fecundidad es un fenómeno deseado y no sufrido, anterior a la difusión de los nuevos contraceptivos y a la legislación sobre el aborto. Así pues, no constituye de ningún modo una consecuencia de medios legales o de técnicas más permisivas. Es el resultado de una voluntad deliberada de los matrimonios y de las familias[5].

Un análisis demográfico detallado mide la antigüedad del fenómeno:

> La recuperación de la fecundidad a partir de las generaciones nacidas en 1930 es extremadamente marcada: no aparece ningún signo de ralentización para las veinte generaciones siguientes y la generación nacida en 1950 recupera la más baja fecundidad jamás registrada en Francia, la de la generación nacida en 1986[6].

El hecho muy sorprendente es la concomitancia de los fenómenos observados en Francia y en todos los países de Europa que poseen, sin embargo, dispositivos legislativos muy diferentes en relación a la píldora o al aborto. Ya tengan una fecundidad tradicionalmente elevada, como en los Países Bajos, o relativamente baja, como en Suecia, todos los países registran la misma ruptura hacia 1964-65. En los países del sur de Europa, la ruptura se observa hacia 1975. La tasa de fecundidad en España se sitúa en 1985 en 1,7, la de Italia por debajo de 1,4. Francia está situada en el centro de una horquilla que parece estabilizarse entre 1,9 y 1,3 hijos por mujer.

Así pues, la brutal caída de la fecundidad en Francia, observada en los alrededores de 1965, se inscribe dentro de un movimiento antiguo; se observa de modo paralelo en los demás países occidentales; aparece con anterioridad a la adopción generalizada de las técnicas modernas de contracepción. ¿Por qué, entonces, atribuirles tanta importancia?

La voluntad de los matrimonios en la Europa occidental y en América del Norte de reducir su descendencia ha reencontrado los nuevos medios que los progresos de la investigación médica han puesto a su disposición. El descenso de la fecundidad se inició sin ellos pero se ha consolidado por ellos. Un fenómeno más amplio, placer y reproducción están disociados en lo sucesivo. Sin embargo, oponer la contracepción de otras épocas, en tanto que reflejo de la sociedad de la ascesis, a la contracepción de hoy día, símbolo de una sociedad del hedonismo y del disfrute personal, constituye una posición moralista y simplista. La diferencia esencial entre los dos modos descansa en el hecho de que la contracepción moderna es femenina. La posibilidad de crear la vida se remite por primera vez a aquellas personas que la dan.

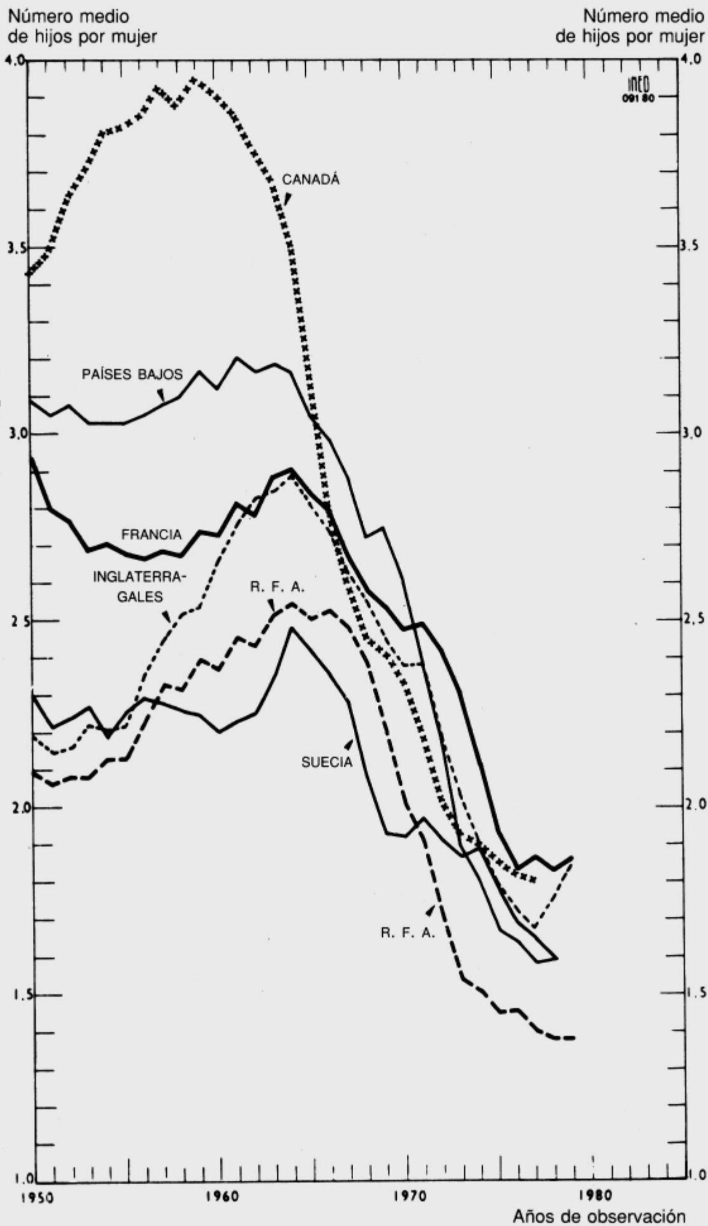
Hoy día, resulta tan evidente que todo se ponga en estadísticas que a nadie sorprende una encuesta sobre las técnicas de contracepción. Sin embargo, es muy significativa la evolución de los comportamientos. ¿Hubiera sido posible una encuesta de estas características hace treinta años, sobre el aspecto más íntimo de la vida de la pareja? Tanto como sus resultados, el hecho de la encuesta misma nos ilustra sobre la relativa desaparición del tabú sobre la sexualidad.

El cuadro de la página 151 hace aparecer la importancia del empleo de la píldora (más del 30 por 100 de las mujeres encuestadas; debe notarse que han sido preguntadas las mujeres estériles, o esterilizadas, las embarazadas, las que viven solas, etc.). Entre los métodos contraceptivos, la

[5] Gérard Calot, *Le Monde*, 2 de octubre de 1979.

[6] Gérard Calot, «La baisse de la fécondité depuis quinze ans», *Colloque national sur la démographie française*, junio, 1980, págs. 29-39.

Evolución desde 1950 del indicador coyuntural de la fecundidad en diversos países occidentales



Fuente: Gérard Calot, «La baisse de la fécondité depuis quinze ans», pág. 36.

Método contraceptivo utilizado según la edad
(conjunto de las mujeres entre 20 y 44 años)

	Edad el 1-1-1978					Todas las edades %
	20-24 %	25-29 %	30-34 %	35-39 %	40-44 %	
Píldora	38,3	35,2	30,4	20,5	9,8	27,9
Dispositivo intrauterino	2,0	10,9	13,4	11,5	6,4	8,9
Retirarse	11,6	13,7	18,8	22,3	28,0	18,3
Preservativo	3,5	4,6	5,9	6,2	6,3	5,2
Continencia periódica	3,5	4,4	4,3	7,3	9,7	5,6
Otros (d) y desconocido	0,3	2,5	1,6	2,9	4,0	2,2
TOTAL	59,2	71,3	74,4	70,6	64,1	68,1
Ningún método	40,8	28,7	25,6	29,4	35,9	31,9
Esterilización contraceptiva	0,5	1,0	4,6	9,4	6,9	4,1
Esterilización no-contraceptiva	0,1	0,3	1,5	6,4	9,9	3,2
Estéril	0,3	0,1	1,6	1,2	4,5	1,4
Encinta	9,6	6,0	4,5	1,0	0,4	4,6
Sola (sin compañero regular)	18,0	9,7	4,1	4,1	6,3	8,7
Otras:						
— todavía quieren un hijo	9,9	8,7	7,3	2,6	0,6	6,2
— no quieren más hijos	2,4	3,0	1,9	4,7	7,4	3,7
TOTAL	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0
Número total de mujeres en la población (en miles)	2.073	2.128	1.755	1.400	1.543	8.899

(d) Diafragmas y óvulos espermicidas: 0,8 % de 20-44 años. Lavado, inyección: 0,9 %.

Fuente: Henri Léridon, *La Maîtrese de la fécondité, ses motifs et ses moyens*, pág. 54.

píldora ocupa el primer lugar. Si comparamos estos resultados con los de una encuesta realizada en 1971, se observa el salto hacia adelante de su progresión, del 10,5 al 31 por 100[7]. Siguiendo la constitución de la familia, se pone de manifiesto que los matrimonios, incluso en la hipótesis en que todavía deseen un hijo, utilizan ya esta contracepción moderna cuyo empleo aumenta a medida que la descendencia definitiva ya parece conseguida. En fin, el 96 por 100 de las mujeres que no desean más hijos han recurrido a una forma u otra de contracepción.

Píldora y dispositivo intrauterino son igualmente utilizados desde el inicio del período reproductor por parejas no casadas que cohabitan (61 por 100), en una contracepción típica de espera. El hijo no es rechazado, pero su venida no es deseada de inmediato[8].

El análisis de la utilización de los medios contraceptivos puede ser llevado más lejos según las categorías socioprofesionales[9].

La conclusión más chocante del cuadro es la de un relativo equilibrio entre las diversas categorías determinadas por la encuesta, ya se trate del lugar de residencia, del nivel de instrucción, de la categoría socioprofesional o de la importancia atribuida a la religión. Los porcentajes de respuesta son sensiblemente equivalentes. Que las mujeres desarrollen una actividad profesional o que no lo hagan, su comportamiento es de igual forma relativamente idéntico. Es importante subrayar este último punto, pues a menudo se asocia la caída de la fecundidad con la actividad femenina.

Por último, a los métodos de regulación de los nacimientos hay que añadir el aborto provocado. La cifra de éstos está estabilizada desde 1976, y en una ligera baja desde 1984. En 1986 fueron registrados 168.000. Se cuenta de 0,3 a 0,4 abor-

[7] Henri Léridon, *op. cit.*, pág. 56.
[8] Henri Léridon, *op. cit.*, pág. 56.
[9] *Populations et sociétés*, enero, 1979, núm. 120.



Utilización de métodos modernos de contracepción según las diversas categorías socioeconómicas

Mujeres de 20 a 44 años	% que utilizan la píldora o el DIU
Conjunto	36
Situación matrimonial:	
— Casada, marido presente	36
— No casada, cohabitante	61
— No casada, con compañero no cohabitante	61
— No casada, sin compañero	15
Lugar de residencia:	
— Municipio rural (cantón enteramente rural)	27
— Municipio rural (cantón parcialmente urbano)	34
— Unidad urbana de 5.000 a 20.000 habitantes	31
— Unidad urbana de 20.000 a 100.000 habitantes	38
— Unidad urbana de más de 100.000 habitantes (excepto aglomeración parisina)	39
— Aglomeración parisina	47
Nacionalidad:	
— Francesa	37
— Otra	34
Nivel de instrucción:	
— Primaria	29
— C.E.P.	31
— C.A.P.	39
— B.E.P.C.	40
— Bachillerato	44
— Superior	44
Actividad profesional de la mujer:	
— Activa	37
— No activa actualmente	36
— No ha trabajado nunca	34
Categoría socioprofesional del cónyuge (1):	
— Agricultor (explotación propia o asalariado)	23
— Peón, obrero no cualificado	31
— Obrero cualificado	37
— Empleado	33
— Artesano, comerciante	38
— Cuadro medio, contramaestre	38
— Cuadro superior, profesión liberal	43
Importancia de la religión (2):	
— Muy importante	27
— Bastante importante	44
— Sin importancia	43

(1) O de la mujer, si ella no tiene cónyuge.
(2) Hemos utilizado las respuestas a la pregunta siguiente: «¿Qué importancia atribuye usted a la religión en su vida cotidiana? Usted diría que es: ¿muy importante, bastante importante o sin importancia?»

Fuente: Populations et sociétés, enero, 1979, pág. 128.

tos por nacimiento, medio principal utilizado como «recuperación» en caso de fracaso de la contracepción. La mayoría de las intervenciones afectan a mujeres casadas [10].

Así pues, los métodos modernos de contracepción aparecen globalmente muy eficaces. De ahora en adelante, la procreación es el resultado de una voluntad deliberada y ya no de un fracaso del método o de una aceptación inconsciente de un nacimiento como con las técnicas clásicas. Pierre Chaunu, historiador natalista, destaca:

> Con las contracepciones naturales, la procreación no se ha disociado del estado de naturaleza, la procreación permanece enroscada en el cerebro profundo (...). Hoy día, ya no es suficiente el no querer, es necesario querer claramente.

Para una pareja, el estado normal es el de la no-concepción, y la concepción, en lugar de ser sufrida y aceptada, debe ser decidida. «De repente, resulta necesario —añade Chaunu— encontrar "razones" para tener un hijo, en lugar de contentarse con razones para no tener demasiados» [11]. La familia descansa, de ahora en adelante, en la voluntad de sus miembros.

No obstante, estos métodos contraceptivos modernos, si bien ponen de manifiesto en relación a la vida y al cuerpo actitudes basadas en la libertad y en la liberalización, si bien modifican las relaciones entre los sexos, no significan, sin embargo, rechazo del hijo: los demógrafos han establecido que el descenso de la fecundidad no puede atribuirse a un deseo egoísta de repliegue de la pareja, puesto que «la casi totalidad de las parejas que pueden fisiológicamente tener un hijo tienen por lo menos uno» [12]; el descenso se sitúa en el tercer hijo y más allá. Gracias a las técnicas seguras cerca del 100 por 100, las parejas eligen tener dos hijos, generalmente bastante cerca el uno del otro. El cambio se registra en la desaparición de familias con más de tres hijos. La proporción de parejas sin hijos sigue siendo muy baja en Francia, y se observa un aumento del número de parejas con uno o dos hijos. Aparece claramente, en Francia y en otros países de Europa occidental y de América del Norte, una voluntad deliberada de limitar el número de sus hijos a dos, y la puesta en marcha de un nuevo modelo de familia.

Una encuesta de opinión muestra el cambio manifiesto que ha tenido lugar desde hace quince años en la percepción colectiva de la dimensión ideal de la familia. Alain Girard y Louis Roussel observan que la estimación del número real de hijos de los matrimonios, de su descendencia final, se sitúa en los años sesenta alrededor de tres hijos. Desde entonces, las familias numerosas, de

Utilización de métodos contraceptivos en 1971 y 1978 y según las diversas etapas de la constitución de la familia (1978)
(mujeres casadas, no embarazadas, no estériles, de 20 a 45 años)

Métodos utilizados	1971 Conjunto	1978 Conjunto	1978		
			Mujeres sin hijo pero deseando tenerlo	Mujeres con 1 hijo y deseando todavía	Mujeres con 2 hijos ya no deseando más
Píldora	10,5	31	22	29	34
DIU	1,5	12	1	8	16
Otros métodos	58	44	19	36	46
Sin método	30	13	58	27	4
	100	100	100	100	100

Fuente: Henri Léridon, *«La Maîtrise de la fécondité, ses motifs et ses moyens»*, pág. 57.

[10] Chantal Blayo, «Les interruptions volonatires de grossesse en 1976», *Population*, marzo-abril, 1979, y 9ᵉ *Rapport sur la situation démographique de la France*, Ministère du Travail et de la Participation, 1980, págs. 21-40.

[11] Pierre Chaunu, «Analyse historique du présent. La dénatalité», *L'Histoire*, julio-agosto, 1978, 3, pág. 66.

[12] Gérard Calot, *op. cit.*, pág. 33.

cuatro hijos o más, casi han desaparecido, sustituidas esencialmente por familias de dos hijos. En 1959, el 34 por 100 de los encuestados pensaban que los matrimonios franceses tendrían una media de cuatro hijos o más; este porcentaje ha caído al 2 por 100 en 1978. A los ojos del público, los matrimonios de hoy día apenas sobrepasarán los dos hijos, como lo muestra el cuadro[13] de esta página.

Los análisis demográficos tienen el mérito de invalidar el discurso ideológico de los natalistas, adversarios del aborto. Contrariamente a sus afirmaciones, no es la «categoría radical del no-parentesco» la causa del descenso del número de nacimientos, a continuación de un «aborto por conveniencia personal»[14]. No estamos asistiendo a la puesta en marcha de una sociedad hedonista, de placer y egoísmo. El descenso de la natalidad es el reflejo de fenómenos complejos en los que se imbrican lo social, lo religioso y lo cultural. Las primeras generaciones que han limitado su descendencia a dos hijos nacieron después de la guerra en un clima de expansión económica pero sin un movimiento colectivo movilizador. La religión tradicional ha perdido una parte de sus fieles, y las nuevas religiones sólo tienen por adeptos a grupos relativamente marginales; los jóvenes pierden la fe en ellos mismos y en el mundo. ¿Por qué, entonces, traer muchos hijos al mundo?

Sobre estos fenómenos generales se incorpora el desarrollo de la actividad profesional femenina en categorías de edad en las que las mujeres no habían trabajado hasta entonces. Como dice Jean-Claude Chesnais:

> El universo femenino abandona poco a poco la esfera doméstica. Si la relación entre actividad femenina y fecundidad es ambivalente, está claro que, por una parte, la percepción de un segundo salario eleva el nivel de aspiración del matrimonio y, por ello, aumenta el costo de oportunidad del hijo (pérdida de salario ligada a la interrupción de la actividad), y que, por otra parte, la conciliación entre actividad profesional y maternidad es tanto más difícil cuanto mayor es el número de hijos a su cargo[15].

El nuevo modelo matrimonial, las dificultades de acceso al mercado del empleo sobre todo para los jóvenes, explican los comportamientos de fecundidad de finales de los años de 1980.

En definitiva, las dos revoluciones contraceptivas plantean problemas teóricos similares; se aparecen como fenómenos de mentalidad particularmente complejos, reveladores y signos de ruptura en lo social, en lo económico, lo religioso, lo

En su opinión, un matrimonio francés que vive hoy día ¿cuántos hijos tiene o tendrá en promedio?

	1959	1965	1966	1967	1978
	%	%	%	%	%
1 hijo	1	1	—	2	14 (a)
2 hijos	20	24	23	31	66
3 hijos	45	44	51	48	18 (b)
4 hijos	25	23	22	14	2 (c)
5 hijos	7	6	3	4	—
6 hijos y más	2	2	1	1	—
	100	100	100	100	100
Número medio	3,24	3,14	3,09	2,89	2,09

(a) De las cuales, un 6 % de las respuestas expresadas bajo la forma «1 ó 2 hijos».
(b) De las cuales, un 4 % de las respuestas expresadas bajo la forma «2 ó 3 hijos».
(c) 4 hijos o más.

Fuente: A. Girard y L. Roussel, *«Fécondité et conjoncture. Une enquête d'opinion sur la conjoncture démographique»*, pág. 572.

[13] Alain Girard y Louis Roussel, «Fécondité et conjoncture. Une enquête d'opinion sur la politique démographique», *Population*, 1979, 3, págs. 567-588.

[14] Pierre Chaunu, *op. cit.*, pág. 66.

[15] J.-C. Chesnais, B. Marchal, C. Quoniam, «Dossier pour la préparation du VIII[e] plan», en *Le Monde*, 29 de noviembre de 1979.

cultural, lo político. Así, existe una relación entre la Revolución Francesa y la difusión en los medios rurales de prácticas contraceptivas nacidas entre las élites urbanas; en la actualidad, el modelo de fecundidad de los matrimonios es el resultado de la conjugación de la eficacia de la contracepción y del contexto económico. Sin embargo, mientras que la tasa de desempleo no baja y la sociedad posindustrial difícilmente se pone en marcha, las tasas de fecundidad francesas parecen estabilizadas, lo que muestra que no existe ninguna relación mecánica entre natalidad y comportamiento económico.

DIVERSIDAD Y EVOLUCIÓN DE LAS RELACIONES PARENTALES

Cualquier acontecimiento biológico es asumido de manera diferente por cada sociedad. La adecuación del niño, las relaciones entre padres e hijos, que parecen «naturales», se desarrollan según modelos culturales diversos. En un sistema patrilineal, aquel por el que se efectúa la transmisión es el que socializa al niño: la tensión es doble y coloca al niño en una situación de conflicto edípico. En un sistema matrilineal que disocia al genitor y aquel del que heredará, la persona que socializa al niño no es la que le transmitirá sus bienes: así pues, las tensiones poseedor-heredero y educador-educado son diferentes.

El tratamiento cultural y social de este fenómeno biológico que es la aparición de las primeras reglas es muy diverso, como ha señalado Margaret Mead[16]. Entre determinados indios del norte de California, la joven púber entraña serios peligros para la sociedad; se le recomienda también que se mueva lo menos posible por miedo de que las cosechas se malogren. Entre los indios de la Columbia británica, la joven debía cumplir en este período de su existencia actos mágicos que condicionarían su vida futura de mujer. En las islas Gilbert del Pacífico occidental, la joven no es considerada peligrosa, sino, por el contrario, en peligro y protegida consecuentemente. Contrastando la adolescencia en Samoa y en Manus, Margaret Mead constata que, en el primer caso, la adolescencia se alcanza sin conflicto, la menstruación no está acompañada de ritos: se trata de un tiempo de maduración tranquilo. En el segundo caso, la adolescencia es una época de ansiedad que es propiamente cultural, marcada por rituales, por tabúes, por situaciones conflictivas. La sociedad occidental continúa estando marcada por tabúes victorianos relativos a la menstruación y a la pubertad. El período de ansiedad que acompaña a la adolescencia en nuestra cultura está ligado, pues, a las prohibiciones relativas al aprendizaje del cuerpo y de la sexualidad, actitudes culturales, y no está inscrita en una naturaleza humana determinada.

Relativizar nuestra propia cultura en el espacio y en el tiempo permite también observar la influencia diferente de los padres y de la clase de edad en el proceso de socialización. Margaret Mead distingue el tipo «postfigurativo», en el cual los niños son instruidos, sobre todo, por sus padres y para los cuales la autoridad se apoya en las lecciones del pasado; el tipo «cofigurativo», en el cual los niños, al igual que los adultos, aprenden de sus iguales, tienen una cultura de clase de edad; por último, el «prefigurativo», en el cual los adultos también sacan lecciones de sus hijos[17]. En una cultura postfigurativa, el «pasado de los adultos es el futuro de cada generación», los mayores no pueden concebir el cambio y transmiten a sus descendientes el sentido de una continuidad inmutable. Los abuelos que tienen en sus brazos a sus nietos recién nacidos no pueden contemplar para ellos un futuro diferente de su propio pasado. Aquí reconocemos a las sociedades campesinas de muy lenta evolución. En una cultura cofigurativa, los mayores mantienen una situación dominante, fijando el estilo y estableciendo los límites en el interior de los cuales la configuración puede expresarse en el comportamiento de los jóvenes. Se trata de las sociedades en las que la aceptación de los nuevos modelos promovidos por los jóvenes necesita todavía de la sanción de los mayores. Numerosos factores hacen evolucionar de una cultura postfigurativa a una cultura cofigurativa; por ejemplo, los hijos de los emigrantes del campo a la ciudad, de un país a otro, o incluso los niños en los kibbutz israelíes pasan del uno al otro. Cuando hay configuración, la experiencia de la generación joven es radicalmente diferente a la de sus padres y a la de

[16] Margaret Mead, «Adolescence in Primitive and Modern Society», *Readings in Social Psychology*, Nueva York, Holt and Cy, 1947, págs. 6-14.

[17] Margaret Mead, *Le Fossé des générations*, París, Denoël, 1971.

sus abuelos. El tercer modelo de Margaret Mead, el prefigurativo, sugiere que será el hijo —y ya no los padres ni los abuelos— el que representará el futuro e instruirá a sus mayores. De los tres modelos, probablemente sea este último el más discutible; el «foso de las generaciones» que observa Margaret Mead debe ser guardado en el armario de los mitos familiares.

Relaciones padres-hijos en la sociedad preindustrial

Resulta difícil proponer períodos cronológicos tajantes sobre esta cuestión. Actitudes y comportamientos propios de una época vuelven a encontrarse una o dos generaciones más tarde. Por el contrario, a veces se observan islas de modernidad en un grupo que caracteriza el oficio, el nivel de educación, la religión, etc. La necesidad de una delimitación en períodos cronológicos no implica tales rupturas en la realidad: las actitudes y los comportamientos familiares se transforman, pero lentamente.

Distingamos aquí, tal como lo haremos para el período contemporáneo, las fases de maduración y de desarrollo del niño, de bebé a chiquillo, de chiquillo a adolescente. Numerosos libros han sido publicados recientemente a propósito del niño (cf. bibliografía). Eliminemos inmediatamente el falso problema de la indiferencia maternal en relación al niño de pecho en la sociedad de antaño[18]. Ninguna mujer, ningún matrimonio puede sufrir sin traumatismo el shock de nacimientos repetidos seguidos de muertes muy rápidas (algunas horas, algunos días, algunos meses). Un conjunto de precauciones y de terapéuticas populares rodean los momentos del recién nacido en que están particularmente amenazados. Incluso, si el poder de curación es limitado, estas prácticas ponen de manifiesto la ansiedad tierna de las mujeres desprovistas delante de la violencia del fenómeno. El psicoanálisis que redescubre la importancia capital de los primeros años de la vida obliga a pensar que estos niños de la sociedad tradicional no contraceptiva son educados en un medio rico de interacciones. Las técnicas de educación tradicional respetan el ritmo del niño: se le alimenta, se le cambia, se la coloca en la cuna cuando lo pide. Fueron el siglo XIX y sus médicos quienes, con sus rígidos horarios, impusieron un cambio.

Cuando tiene la suerte de sobrevivir, el niño es educado, alimentado, socializado simultáneamente en el grupo doméstico de sus padres y en el de sus abuelos, incluso cuando no hay cohabitación. Las relaciones con los padres, a menudo, están marcadas por el rigor, mientras que, con los abuelos, el niño encuentra la dulzura y una especie de complicidad. Esta relación con la generación por encima de la de los padres sitúa bien al niño en relación con los adultos: tener hijos, en una sociedad que no conoce ningún sistema de protección social o de jubilación, es asegurar los días de la vejez. La relación, a menudo privilegiada, entre nietos y abuelos simboliza la solidaridad de las generaciones y permite la transmisión de los valores. La educación corresponde también a los otros hermanos y hermanas mayores con los cuales el menor tiene, a veces, una gran diferencia de edad, a los sirvientes y a los criados: la educación es una responsabilidad colectiva y por esta vía se efectúa también la reproducción social.

Una de las tesis más señaladas de Philippe Ariès, relativa al «descubrimiento del sentimiento de la infancia», es criticada hoy día. En primer lugar, se le reprocha ignorar la pequeña infancia: algunos trabajos han demostrado hoy que en las sociedades no contraceptivas, o incluso más tarde, el recién nacido era amado, rodeado de cuidados quizá excesivos o torpes desde un punto de vista médico, pero no se era indiferente ni a su muerte ni a su sobrevivencia. Philippe Ariès sugiere también que las relaciones afectivas no eran muy densas y que la socialización del niño escapaba en gran medida a la familia.

> El sentimiento entre los esposos, padres e hijos no era necesario para la existencia ni para el equilibrio de la familia: tanto mejor si venía por añadidura. Los intercambios afectivos y las comunicaciones sociales estaban, pues, asegurados fuera de la familia por un «medio» muy denso y muy caliente, compuesto por los vecinos, por los amigos, patronos y servidores, niños y viejos, mujeres y hombres, en el que la inclinación tenía lugar sin mucho constreñimiento. Los historiadores franceses hoy día llaman sociabilidad a esta propensión de las comunidades tradicionales a los encuentros, a las frecuentaciones, a las fiestas[19].

[18] Tal como lo desarrolla Élisabeth Badinter en *L'Amour en plus*, París, Flammarion, 1980.

[19] Philippe Ariès, prefacio a la 2.ª edición de *L'Enfant et la vie familiale sous l'Ancien Régime*, pág. 7.

El niño pequeño sería socializado no tanto dentro de su familia como por un medio difuso pero culturalmente homogéneo que reproducía las normas, las prácticas, los valores de los mayores. Esta tesis minimiza el rol de la familia mientras que el lugar de la sociedad aparece muy difuso. A medida que el niño crece, a medida que domina la limpieza de su cuerpo, la lengua, la motricidad, su universo se amplía más allá de la casa familiar, a la sociedad aldeana, pero no a toda la sociedad.

El niño experimenta, sobre todo, la influencia de su clase de edad —*peer group,* como dicen los anglosajones—. Maurice Crubellier, mediante testimonios literarios o etnológicos[20], define este grupo de jóvenes, basado en una segregación sexual, sobre territorios rivales, con sus solidaridades, sus ritos iniciáticos, su vocabulario. Este modo de socialización infantil ha persistido durante largo tiempo en un amplio sector de la sociedad francesa; y se observa que, incluso antaño, la familia nunca ha monopolizado las funciones de educación y de socialización del niño: las ha compartido con otros grupos más o menos institucionalizados; el «descubrimiento de la infancia» según Ariès o su «colonización» según Crubellier se harán en detrimento de la libertad de la que disfruta el niño con los camaradas de su edad. La edad de la infancia, de seis-siete años a trece-catorce años más o menos, siempre ha sido una clase de edad reconocida aparte en la sociedad tradicional. El descubrimiento de la infancia pasa por la fragmentación de esta clase de edad, por la supresión de sus libertades, pero solamente para la burguesía del siglo XIX. Es la escuela la que ha venido a morder, y cada vez más ampliamente, sobre el territorio y el tiempo de la infancia.

La adolescencia habría sido inventada por nuestra sociedad contemporánea: muchos historiadores discuten esta proposición de Philippe Ariès, estimando que cualquier sociedad reconoce de una manera o de otra una edad que va desde el inicio de la pubertad hasta el pleno ejercicio de los roles adultos. Así, Natalie Z. Davies, estudiando las culturas populares del siglo XVI, piensa que

> si los aldeanos no tienen ninguna teoría sobre el desarrollo físico del joven adolescente, si es cierto también que la sociedad rural no estimula apenas la búsqueda de otras formas de identidad, las organizaciones de la juventud, a su manera, subrayan este período de margen, y canalizan las primeras pulsiones sexuales[21].

En efecto, la sociedad tradicional conoce e institucionaliza una «juventud», edad a la cual se accede generalmente después de la primera comunión. Esta clase de edad se ve confiar roles específicos en el seno de la comunidad, sobre todo la salvaguarda del orden social y el control sobre la vida privada de los matrimonios; también tiene a su cargo la vida festiva.

En el seno del grupo familiar, la educación se convierte cada vez más en aprendizaje profesional. En la medida de sus fuerzas y de sus capacidades, los niños son asociados estrechamente a la marcha de la empresa familiar. Guardar las vacas o las ocas, mover las bobinas de la máquina del tejedor; ulteriormente participar más plenamente en los trabajos agrícolas o artesanales. Los adolescentes preparan su orientación profesional en el seno de su grupo doméstico. En las sociedades anglosajonas, el aprendizaje se hace joven también, pero es costumbre colocar a los hijos con los artesanos o como criados dentro de otras familias. La socialización del adolescente se hace fuera de su grupo familiar, quizá para curtirlo mejor.

Para el joven de la sociedad tradicional, ninguna salvación fuera de la familia de la que todo procede: los haberes, los saberes, el patrimonio. La duración de esta edad varía, y se acaba con el matrimonio. Se es joven mientras se es soltero; el matrimonio hace salir de la juventud imponiendo sus responsabilidades económicas, dando derecho a una sexualidad lícita.

La juventud, sin embargo, no es una adolescencia en el sentido en el que hoy lo entendemos, en la medida en que las necesidades fisiológicas de este período de maduración afectiva y sexual no están explícitamente reconocidas, en la que los ritos de paso socializan las tensiones personales y permiten superarlas, y en la que las necesidades hacen la ley.

Relaciones padres-hijos en el siglo XIX

La familia burguesa

Como lo ha mostrado Philippe Ariès, el desarrollo del sentimiento de la infancia se marca

[20] Maurice Crubellier, *L'Enfance et la jeunesse dans la société française*, pág. 59.

[21] Natalie Z. Davies, «La règle à l'envers», *Les Cultures du peuple*, París, Aubier-Montaigne, 1979, pág. 171.

por la toma de conciencia de la existencia de una personalidad infantil, y por el alargamiento del período de la infancia. Al mismo tiempo que el matrimonio se retira de los espacios públicos, se privatiza, los niños, menos numerosos, se encuentran valorizados. El matrimonio, ya lo hemos visto, es un establecimiento en el que prima el interés. Su repercusión consiste en un número más restringido de hijos, mejor cuidados y educados, a los cuales se les confiará el cuidado de reproducir el modelo familiar o el lograr el ascenso social de la familia. En la sociedad, al igual que en la familia, se desarrolla el sentimiento de que el hijo constituye un capital, que los múltiples nacimientos de hijos que no llegan a la madurez constituyen un estropicio humano, social y económico. Menos hijos, pero con buena salud, menos hijos y mejor educados: las estrategias de reproducción biológica y las estrategias educativas se articulan a las estrategias de reproducción social.

Las instituciones médica y escolar, desde entonces, han adquirido cada vez mayor importancia. La función educativa se desarrolla y un saber se acumula con la especialización de la pediatría, y luego, a principios del siglo XX, de la psicología. ¿Puede afirmarse que las instituciones sociales privan a la familia de sus funciones tradicionales? Todas comparten los mismos objetivos, cooperan en la realización de un proyecto común al cual se adhieren padres, enseñantes, médicos. El nuevo sistema educativo no va en detrimento del campo familiar, sino que se desarrolla en detrimento de las libertades de la clase de edad que socializaba a los niños en el contacto con los otros niños, en la que era necesario soportar ironías y violencias, o del contacto con los otros adultos mediante el sesgo del aprendizaje.

Medicalizada, escolarizada, la infancia y la adolescencia burguesas se vuelven también «encerradas». En Inglaterra, el sistema del internado se extendió, mientras que en Francia era preferido el externado, pero fuera interno o externo, el espacio del niño es, desde ese momento, cerrado. Maurice Crubellier subraya la «ruptura» de la infancia burguesa que es necesario aislar, controlar, inspirar (pág. 70).

A lo largo de este proceso se asiste a una diferenciación marcada de los roles parentales. Si el padre es el jefe del grupo doméstico y el responsable de la educación de sus hijos de los que traza las grandes orientaciones, corresponde a la madre la cotidianidad de la relación. Las mujeres sin actividad profesional pueden valorizarse en el rol de madre. En el marco de la sociedad liberal que se pone en circulación hay un espacio para la iniciativa femenina, destacan Y. Kniebiehler y C. Fouquet en *L'Histoire des mères du Moyen Age à nos jours*. Las madres burguesas, sin embargo, están bien ayudadas para cumplir con sus tareas. Gobernantas y sirvientas las secundan. Los primeros meses de la vida de un niño están bajo el cuidado, en el plano material y también afectivo, de nodrizas. Así, Fanny Faÿ-Sallois, en su libro *Les nourrices à Paris au XIXe siècle,* estima que, durante el segundo Imperio, la mitad de los bebés parisinos están amamantados por nodrizas, que se desplazan y permanecen en el domicilio, en los hogares burgueses (pág. 57). La autora explica el desarrollo de esta práctica:

> Descargada de las fatigas de la lactancia y liberada de los constreñimientos que necesariamente la acompañan, la madre sustituida puede, con toda serenidad, disfrutar de las alegrías de la vida de la familia, sin necesidad de sacrificar sus obligaciones mundanas y sus deberes conyugales. Todo lo que la madre adquiere la nodriza lo pierde. Los pechos de las nodrizas preservan el escote que hace soñar. Y el traje en el que se las imagina, al tiempo que se afirma la fortuna de los señores, disimula una función tenida, a menudo, como «bestial y repugnante» por el imaginario de la época (pág. 244).

Valorizado en el seno de la familia, el niño es educado con rigor, y está entre las manos de un preceptor o de una gobernanta, sin ternura. Los principios de la educación están fundados en la autoridad, el control.

En adelante, la separación de los niños del mundo de los adultos, el desarrollo de la escolarización, que se prolonga sin cesar, conducen a la emergencia de una nueva edad en la familia burguesa, la de la adolescencia. Cada vez más, la ciencia médica contribuye a reconocer su especificidad y sus necesidades, distintas a la vez de las de los niños y de las del adulto que todavía no es.

De esta edad adolescente, creación de la sociedad de educación, la familia burguesa desconfía. Continúa enmarcándola: las chicas jóvenes permanecerán durante largo tiempo «enclaustradas» en las casas, y los jóvenes sólo disfrutan de una libertad relativa. El tipo de educación recibida no favorece apenas el desarrollo de la personalidad. Cada vez más, las salidas serán severa-

mente controladas: se trata de permanecer dentro de sí. Hacia finales del siglo XIX se desarrollan las asociaciones deportivas a imagen de las asociaciones inglesas. Estas asociaciones tienen una función integradora, pero no en el terreno profesional. Replegadas sobre ellas mismas, autorizan un control familiar indirecto; canalizan también las pulsiones sexuales. En cualquier caso, no tienen el peso institucional de la organización de la juventud de otras épocas.

La familia campesina

La familia campesina comparte ciertas características de la familia burguesa, pero también algunos de los rasgos de la familia dominada. El sistema de educación descrito para la sociedad tradicional funciona de la misma manera, pero hay que contar ahora con el desarrollo de la escuela. Ésta invade el campo familiar en la medida en que priva al grupo doméstico de una parte de su fuerza de trabajo. Cada vez más, propone un modelo, proporciona una educación que entra en conflicto con los objetivos de la sucesión familiar. Sin embargo, algunas familias empujan al hijo sobre el camino de los éxitos escolares para salir de la miseria y para hacerle adquirir una cultura diferente de la cultura tradicional. En el siglo XIX, la escuela es el instrumento de la cultura dominante sobre las culturas dominadas, obligando a los niños a renegar de su lengua y de su cultura para elevarse dentro de la jerarquía social. La escuela sólo se convierte en la aliada de las familias en la medida en que éstas buscan para el niño un destino profesional fuera de la agricultura. Al igual que la escuela, el médico, poco a poco, pone su mirada y sus críticas sobre las prácticas familiares relativas al cuerpo. Las terapéuticas populares constituyen el dominio familiar más íntimo. Son aprendidas en el seno de la familia y transmitidas de generación en generación, de madre a hija. Los médicos las condenan e intentan sustituirlas por sus conocimientos científicos y por sus métodos. Tendrán menos éxito al imponerse que la institución escolar, si juzgamos por la cantidad de estas prácticas que han sobrevivido hasta nuestros días.

El niño campesino en el siglo XIX está en la bisagra de dos culturas de las que él constituye la apuesta. El adolescente, con sus problemas específicos, apenas aparece. Ya sea que el joven permanezca en el sistema tradicional, trabajando en la explotación familiar hasta que se casa, ya sea que emigre a la ciudad para buscar trabajo y entra entonces en el mundo obrero.

La familia obrera

En las nuevas aglomeraciones urbanas que suscita la industrialización en la Francia del siglo XIX, la familia obrera aparece, por un período transitorio, bastante desculturalizada. Su actitud en relación a los hijos oscila entre varios modelos. Al contrario que la familia burguesa o campesina, se define por una serie de rasgos negativos.

Se trata de una familia sin estrategia, marcada por la inestabilidad del empleo, del alojamiento. ¿Cómo imaginar un futuro? Sin patrimonio, viviendo de uno (o de varios) salario(s) al día, ¿qué destino puede perfilarse para ella y para su progenitura? ¿Llega a tener los medios para imaginarse uno en el estado de indigencia en el que se encuentra?

No se trata de una familia de cálculo, de ahí su prolija fecundidad. El signo del aburguesamiento de la familia obrera será la aparición brutal del control de los nacimientos. En lugar de plantearse la pregunta: «¿Por qué tener hijos?», el obrero dice: «¿Por qué no tenerlos?» Colette Pétonnet, estudiosa hoy de los subproletarios, analiza en *On est tous dans le brouillard* los móviles de estos nacimientos múltiples que constituyen, en el momento actual, la característica de las familias más indigentes, como una forma de contracultura familiar. Cuando ya no hay esperanza, cuando se alcanza el fondo de la miseria, «las mujeres ya sólo tienen embarazos que ofrecer a los hombres que no tienen otros medios para probar su fuerza (...). No es tanto el niño lo que está en juego, sino su concepción» (pág. 92), escribe la autora. La única manera de expresarse que les queda a los proletarios es la de dar, por mediación de su mujer, pruebas tangibles de su virilidad.

Cada vez más, al igual que en la sociedad campesina, los hijos numerosos representan, una vez superados los cuidados de la primera infancia, la posibilidad de ingresos que complementen el salario del padre o de los padres, y en la ausencia de sistemas sociales, los hijos constituyen la esperanza de un último recurso para los días de la vejez.

El maltusianismo sólo interviene cuando existe un lugar para una estrategia familiar, cuando subsiste la esperanza de llevar a cabo una ascensión social. En este sentido, puede decirse que no es el grupo doméstico nuclear el que favorece la movilidad social, sino que en el seno de la pareja una voluntad premeditada la prepara. La demostración ha sido hecha por Philippe Ariès en su *Histoire des populations françaises et de leurs attitudes devant la vie depuis le XVIIIe siècle*, a propósito de la población parisina:

> Un proletariado prolífico pasa, en una generación, a un maltusianismo radical (...). En una generación ha pasado de una vida sexual cercana a la fecundidad fisiológica a una esterilidad voluntaria y sin contrapeso (pág. 166).

En este medio obrero, las relaciones parentales están modeladas, forzosamente, por la dialéctica de la relación dominante-dominado. El médico, luego la escuela, que intenta el enclaustramiento de los niños, están interesados. Se estimula el regreso a la casa de la mujer, que se intenta alejar de la fábrica con el fin de que ella se dedique a los hijos. Se observa claramente cómo se imprime sobre la familia obrera un proyecto que no le pertenece y que se inscribe más ampliamente en los objetivos de la burguesía dominante.

El adolescente sólo aparece tardíamente en la familia obrera. Hasta las leyes de 1880, los jóvenes están obligados al trabajo. Maurice Crubellier recuerda que el término adolescente nunca era utilizado para hablar de los jóvenes obreros: se trataba de una categoría reservada para los jóvenes burgueses. Con la estabilización de la clase obrera, desde finales del siglo XIX, y sobre todo después de la Primera Guerra Mundial, el rito que marca el paso de la infancia a la adolescencia es la entrada en la fábrica. Nuestras encuestas sobre la industrialización en Nanterre muestran que, muy a menudo, la primera contratación se efectúa por medio de la red familiar: el joven obrero se junta con su padre o con su tío en el taller. También es la primera vez en que cambia sus pantalones cortos por los pantalones largos. Los sexos están entonces muy separados, y la socialización del joven obrero se efectúa en el marco masculino de la fábrica y de la taberna, del sindicato y del partido y en las numerosas asociaciones deportivas desarrolladas por la empresas o dentro del marco de diversos patronazgos. Las jóvenes obreras están confinadas en el taller y en el universo doméstico en el que ellas secundan a sus madres.

El ciclo de la vida familiar

La teoría de Talcott Parsons (cf. pág. 75) apenas tiene hoy ninguna influencia. Según sus proposiciones, la distinción rígida de los roles entre el padre y la madre proporciona un cuadro estabilizador para la personalidad del niño. De hecho, este modelo ha resultado excesivamente teórico y alejado de la realidad de los comportamientos familiares. El concepto de ciclo de la vida familiar introduce la dimensión cronológica, y por esta razón está más cerca de las prácticas.

El ciclo de la vida familiar está trazado a partir de tres criterios: número de posiciones en el seno del grupo doméstico (padre-madre-niño, número de hijos, etc.); distribución de las edades respectivas; modificaciones de los roles y, sobre todo, del rol de padre-jefe del grupo doméstico que puede tener lugar desde que está profesionalmente activo hasta su jubilación. He aquí el cuadro del ciclo de la vida familiar propuesto, caracterizado por sus diversos roles[22].

1. Fundación de la pareja joven casada sin hijo.
2. Padres jóvenes, de recién nacidos hasta la edad de tres años.
3. Grupo doméstico con hijos en edad preescolar (de tres a seis años y hermanos y hermanas más jóvenes).
4. Grupo doméstico con hijos escolarizados (el mayor de entre los hijos entre seis y doce años, con hermanos y hermanas más jóvenes).
5. Grupo doméstico con adolescentes (el mayor de los hijos entre doce y veinte años).
6. Grupo doméstico con joven adulto (desde que el mayor de los hijos tenga veinte años hasta la salida del primer hijo que abandona su familia).
7. Grupo doméstico que ayuda a sus hijos a establecerse hasta el momento en que el último de ellos se ha instalado.

[22] Tamara Hareven, «The Family Life Cycle in Historical Perspective», en *Le Cycle de la vie familiale dans les sociétés européennes*, bajo la dirección de Jean Cuisenier y Martine Segalen, París-La Haya, Mouton, 1977, pág. 345.

8. Grupo doméstico «postparental», período que se extiende desde la salida del último de los hijos hasta el momento de la jubilación del padre.
9. Grupo doméstico envejeciendo, después de la jubilación del padre.

Este cuadro analítico marca las transiciones de una fase a la otra, momentos críticos del ciclo de vida familiar. Los roles parentales inducidos por este cuadro insisten en la necesaria adaptación de un período al otro, y sobre el reajuste de los objetivos y de los medios según la edad de los hijos y la etapa considerada.

Los investigadores han utilizado este cuadro para clasificar las muestras de familias. Se cuenta, por ejemplo, sobre una población determinada, la duración del matrimonio, el tamaño del grupo doméstico o la edad del marido, según tal o cual etapa del ciclo. Con respecto a la educación de los hijos, algunos investigadores que trabajan sobre el cambio social cruzan estas diversas fases con variables tales como la dimensión del lugar de residencia, el tipo de grupo doméstico, el nivel de ingresos o el tamaño de la red de parentesco y de amigos.

El esquema del ciclo de la vida familiar ha sido objeto de numerosas críticas. Está muy marcado por su tiempo y su ambiente, y se refiere a la familia de clase media americana. Resulta difícilmente trasladable a otros modelos de familias en el tiempo y en el espacio. Jean Cuisenier formula una doble crítica en relación a las delimitaciones del ciclo. En primer lugar, éste elimina totalmente los tipos de organización familiar no sancionados por las formas legales: hoy día, el ciclo se inicia cada vez más frecuentemente antes del matrimonio, por la cohabitación juvenil; existen uniones no legales; ¿qué tipo de ciclo es el de los divorciados? ¿Qué hay de las madres solteras o divorciadas, etc.? En segundo lugar, podemos interrogarnos sobre el valor de un esquema así si nos esforzamos en tener en cuenta la transformación de los modelos familiares, la desaparición de la imagen del padre autoritario desde hace bastantes años. De una generación a otra, la experiencia ya no se transmite más, los padres ya no pueden proponer los modelos de su propia educación a sus hijos. En estas condiciones, no se trata tanto de la articulación de las diversas fases entre sí lo que está en crisis como la misma totalidad de las fases.

Jean Cuisenier subraya que el esquema del ciclo tiene como máximo una utilidad descriptiva, pero su valor analítico es mucho más dudoso, pues no hay consenso sobre los criterios que permitan el recorte del ciclo en fases. Estas divergencias son fundamentales, pues reflejan concepciones casi antinómicas de la familia, según que se la considere como el conjunto de los pares de individuos emparentados que la componen (marido-esposa, padre-hija, etc.) o según las funciones que cumple. En este segundo caso, las comparaciones son difíciles, pues la institución familiar no ocupa el mismo lugar en todas las sociedades[23].

La teoría del ciclo de la vida familiar, tal como acaba de ser resumida rápidamente, sólo tiene interés para una historia de las teorías sociológicas. Ha sido concebida en un tiempo en el que la influencia de la psicología y del psicoanálisis era dominante. Ahora bien, el uso social de estas ciencias debe ser ampliamente relativizado. Se trata de ciencias jóvenes, como la puericultura, de la que Geneviève Delaisi de Parseval y Suzanne Lallemand, en *L'Art d'accommoder les bébés,* han podido demostrar todo el peso ideológico, al estudiar las recomendaciones perentorias dadas por los médicos a las madres a lo largo del siglo XX. De un sistema extremadamente constrictor en lo que se refiere a los horarios de las mamadas, el modo de vestir a los recién nacidos, etc., la legalidad médica ha pasado a preceptos muy flexibles, prueba de que la puericultura no es una ciencia muy rigurosa, sino que obedece a las modas de la época. En la actualidad, mientras que los psicoanalistas insisten en la primacía y en la exclusividad de la relación madre-hijo, ¿no podemos ser desconfiados, en la medida en que la mitad de peticionarios de empleo son… «peticionarias» y que el regreso de la madre al hogar encantaría a la vez a los natalistas y a los diversos responsables de la gestión del desempleo?

En efecto, de D. W. Winnicott a Françoise Dolto, los médicos y los investigadores han puesto en evidencia la importancia primordial de los primeros días y meses de la vida del recién nacido y su influencia sobre el desarrollo ulterior

[23] Jean Cuisenier, «Type d'organisation familiale et cycle: changement ou mutation dans les sociétés européennes», en *Le Cycle de la vie familiale dans les sociétés européennes,* págs. 488-489.

de la personalidad del niño pequeño. Insisten en la sexualidad infantil y en la relación fundamental entre la madre y el hijo hasta el destete. Las teorías «psy» tienen una influencia considerable entre los médicos y son vulgarizadas ampliamente por los medios de comunicación de masas. La variedad de medios de expresión (obras, revistas, emisiones de radio) y de los estilos de contenido (psicoanálisis, psicología de la comunicación, puericultura descriptiva) corresponde, sin duda, a la diferenciación social de los grupos consumidores de estos mensajes.

¿Nuevos padres, nuevos hijos?

Si el período de control tradicional de la fecundidad es corolario de un interés nuevo por el niño, la vida de éste no es necesariamente dulce y su infancia feliz. En la familia burguesa está sometido, ya lo hemos visto, a una autoridad parental fuerte, autoridad paterna lo más frecuente —que podría resumirse mediante la fórmula tantas veces utilizada: «Los niños no hablan en la mesa» (con la condición de que compartan la comida de los padres)—. Estos métodos se suavizan desde el momento en que la pediatría y la psiquiatría infantil subrayan que una dependencia estrecha resulta nefasta para la formación del carácter y descubren la necesidad de proporcionar al niño su autonomía.

En los años cincuenta se asiste al paso de un modelo de educación relativamente represivo a un modelo relativamente permisivo. Las diferencias culturales, por otra parte, son sensibles de una clase social a otra, de un país a otro, los Estados Unidos constituyen uno de los polos extremos de este modelo de educación permisiva. La relación padre-hijo se inscribe en un contexto particular, situado bajo el signo «los hijos primero». Los valores familiares están centrados en el niño, su educación, su desarrollo y todo está organizado en función de sus necesidades. En este modelo, la madre ocupa un lugar a la vez exorbitante y secundario. Sin profesión, sobre ella descansan los cuidados a los más pequeños, la educación de los mayores. Ejerce responsabilidades considerables, pero al mismo tiempo su poder está limitado y controlado por el de los expertos, médicos, enseñantes, psicólogos, etc. Ciertamente, el grado de este control varía de una categoría social a otra, y más generalmente en función de las dificultades familiares, pero siempre está presente, quizá tanto más fuertemente cuanto más interiorizado.

Algunas encuestas se preguntan sobre las relaciones entre los modelos educativos y las categorías sociales. En la encuesta *Liberté 81* (22 de febrero de 1981), llevada a cabo por el periódico *Le Monde,* se planteaba una cuestión en la que se proponían cuatro definiciones de «lo que es más importante que aprendan los hijos». Las respuestas eran desglosadas según la profesión, la pertenencia política, la edad, el sexo, la práctica religiosa. La primera respuesta: «Es necesario respetar las reglas que existen» era elegida preferentemente por los agricultores, los industriales y los cuadros superiores, por la extrema derecha, el RPR y la UDF, los menores de veinte años y los mayores de cuarenta y cinco, los católicos practicantes. La segunda: «Hay que trabajar bien para tener un oficio» era elegida por los industriales, los cuadros superiores y los ingenieros, el PC, el RPR y la UDF, los hombres, los mayores de cuarenta años. La tercera respuesta: «Es necesario saber desenvolverse solo» encuentra el asentimiento de los cuadros medios, de los estudiantes, de los parados, los ecologistas, del PSU y de la extrema izquierda, las mujeres, los menores de cuarenta años y los sin religión. La cuarta: «Hay que hacer lo que uno quiere, tal como a uno le apetezca» atrae a los obreros, los profesores, los técnicos, la extrema izquierda, el PSU y los ecologistas, los menores de treinta y cinco años y los sin religión.

Cuatro concepciones muy contrastadas de la educación aparecen pues en función de las opciones políticas y el medio profesional, lo que se confirma cuando se juntan las respuestas de la encuesta *Liberté 81* con las obtenidas a partir de una muestra nacional de padres.

A continuación se presentan los porcentajes de las respuestas a las mismas cuestiones, en las encuestas *Liberté 81* y en las encuestas de 1975 y 1980.

La «población» que respondió a las preguntas de opinión de la encuesta *Liberté 81* es muy particular. En gran medida está compuesta por intelectuales, enseñantes, se sitúa mayoritariamente a la izquierda; por último, es esencialmente masculina. Las respuestas a las cuestiones relativas al grado de libertad de la que pueden disfrutar los jóvenes son claramente más liberales que las de la muestra nacional. Las opiniones aparecen, pues, determinadas por un conjunto de variables socioprofesionales, así como por la edad.

Algunos dicen que en la actualidad los jóvenes tienen demasiadas libertades.
Usted piensa que esto es:

	Liberté 81	Muestra nacional (COFREMCA junio, 80)
Completamente cierto	5,6 %	36,3 %
Un poco cierto	28,4 %	30,2 %
Un poco falso	27,9 %	17,4 %
Completamente falso	36,3 %	14,6 %

Algunos niños no se lo dicen todo a sus padres.
Usted diría que esto es normal o no:

	Liberté 81	Muestra nacional (COFREMCA junio, 80)
Normal sea cual sea la edad de los hijos	49 %	17 %
Normal cuando los hijos tienen más de 12 años	12,6 %	6 %
Normal cuando los hijos tienen 15 ó 16 años	27,4 %	27 %
Nada normal sea cual sea la edad de los hijos	8,6 %	47 %

Fuente: *Le Monde*, 22 de febrero de 1981.

En la práctica resulta muy difícil relacionar los tipos de modelos educativos con una clasificación entre grupos sociales, sobre todo si ésta se reduce a la clasificación ternaria de clase superior, media y popular, tal como lo muestra una encuesta de Annick Percheron (1985). Si existe una tipología de modelos educativos que puede construirse a partir de una escala de normas y de prácticas, no podemos referirla a los índices socioprofesionales, sino al «sistema organizado de preferencias ideológicas de los padres». La homogeneización del contexto de socialización es la que asegura la transmisión del sistema de valores, en un conjunto de correlaciones complejas que tienen en cuenta diferentes posiciones tales como la oposición tradicionalismo-liberalización, el grado de autonomía dejada a los hijos, la frecuencia de las conversaciones, la toma en común de las decisiones, etc. La noción de clase social resulta excesivamente burda para explicar los fenómenos de transmisión (o de no-transmisión) de los valores por mediación de los modelos educativos.

Retomando el cuadro analítico del ciclo de evolución de la familia, vamos a seguir a los padres y su progenie desde el nacimiento hasta la separación de esta última. No se trata tanto de presentar un estudio exhaustivo como de plantear algunos problemas propios de cada fase del ciclo.

El niño pequeño

Después del nacimiento, la madre y el niño establecen un lazo emocional intenso que puede engendrar un proceso conflictivo. Es necesario que el niño adquiera los elementos de su desarrollo psicológico y motor, supere la relación madre-hijo; es necesario que la madre, según las nuevas normas admitidas, pueda continuar desarrollando su personalidad. Es muy difícil evaluar el impacto de las investigaciones psicoanalistas sobre las conductas. Estas investigaciones sólo excepcionalmente llegan al gran público si no es de forma mediatizada, gracias a las emisiones radiofónicas de Françoise Dolto o por mediación de *L'École des parents,* por los grandes periódicos o por el canal de los prácticos, los pediatras, los responsables de las guarderías infantiles o de los servicios de pediatría en los hospitales. Cada vez más frecuentemente, los especialistas no están siempre de acuerdo. En relación con los cuidados que la madre da a su hijo, algunos piensan que es suficiente dejarla que siga su instinto, su sentido común. Otros la consideran como una incapaz que es necesario encuadrar en una medicalización activa.

Aquí no abordaremos estos problemas en detalle, y solamente queremos considerar la primera

infancia en sus relaciones con la institución conyugal, familiar y social. Y en primer lugar, teniendo en cuenta el aumento de la actividad profesional femenina, ¿qué tipo de guarda adoptar para los más pequeños?

La cuestión de una verdadera elección se plantea de entrada: ¿trabajar o no trabajar, dar a guardar o no a su hijo? Las encuestas del INED ponen de manifiesto que el 74 por 100 de los hombres y de las mujeres, activos o no activos, piensan que la madre debe cuidar ella misma a su hijo hasta la edad de dos o tres años; el 95 por 100 aceptan la idea permiso sin sueldo de dos años concedido a la madre que trabajaba antes del nacimiento; al mismo tiempo, nueve mujeres de cada diez desean poder trabajar a tiempo parcial y tres de cada cuatro querrían retomar una actividad profesional, por razones financieras la mayoría de las veces[24].

Anne-Marie Coutrot desarrolla los elementos de estas declaraciones contradictorias al analizar los condicionamientos sociales que pesan sobre la familia, que hacen que las mujeres sólo tengan la ilusión de una elección[25]. Únicamente las mujeres de las categorías acomodadas escapan a esta ilusión, pues ellas disponen de los medios para hacer guardar a sus hijos en las condiciones que les satisfacen. Sin embargo, incluso estas mujeres privilegiadas están sometidas a la presión de una sociedad «maternizante» en la cual «la valorización excesiva de la maternidad se convierte en el instrumento más fuerte de la explotación de las mujeres», y todo su ambiente puede ejercer sobre ellas una presión solapada, culpabilizarlas. Para las otras mujeres, todas las dificultades se conjugan cuando desean trabajar teniendo hijos de corta edad: horarios, transportes, mala organización de los equipamientos colectivos. Una imagen de la «mala madre» es rastrera, la de la que «abandona a sus hijos» y que es culpabilizada tanto por el medio social como por la institución que tiene el cuidado de su hijo.

En la actualidad parece más difícil hacer guardar un niño pequeño que antaño conservarlo en vida. Una encuesta realizada en 1976 estableció la forma de guarda de los 800.000 niños de menos de tres años cuyos dos padres tenían una actividad profesional: 50.759 camas de guarderías infantiles, 25.910 plazas de guarderías familiares que tomaban niños de seis semanas a tres años, 66.949 nodrizas recibidas. Así pues, en 1976, 143.618 niños solamente estaban acogidos dentro de estas estructuras organizadas y controladas por los poderes públicos, 70.000 estaban guardados por una persona asalariada a domicilio, 85.000 por una abuela. Los 500.000 restantes estaban bajo el cuidado de una nodriza llamada salvaje, una vecina u otra fórmula improvisada[26].

A estas cifras pueden añadirse las de los niños en edad de ir a la escuela maternal: ésta acoge cerca de 80.000 niños desde la edad de dos años y su número no cesa de aumentar. La tasa de escolarización ha pasado del 40 al 55 por 100 de 1963 a 1964, luego al 78 por 100 en 1974[27]. El modo de guarda de los niños difiere según las categorías sociales y profesionales. Las mujeres cuadros superiores pueden recurrir a una guardiana o a personal de servicio; las empleadas, a medio camino entre cuadros y obreras, tienen también un comportamiento a intermedio: recurren a una guardiana o a una persona de su familia. Las empleadas casadas con cuadros medios o con obreros cualificados son las que utilizan más frecuentemente la guardería.

Encuestas más recientes subrayan la estabilidad de esta situación. Los niños escolarizados cuya madre trabaja son custodiados en un 57 por 100 de ellos por una nodriza, un 12 por 100 en guardería y un 29 por 100 a domicilio (y en este caso, una vez de cada dos por un miembro de la red familiar, lo más a menudo por la abuela)[28].

La custodia de los niños de corta edad, cuando la madre trabaja, es pues precaria. Insuficientes en el terreno cuantitativo, a veces contestables en el plano cualitativo, las instituciones colectivas de custodia de los hijos a menudo son criticadas. «¿Usted lleva su hijo a la guardería?», fórmula insidiosa que conlleva crítica y culpabilización. No es el sistema lo que resulta nefasto para los

---

[24] Henri Bastide y Alain Girard, «Attitudes des Français sur la conjoncture démographique, la natalité, la politique familiale à la fin de 1976», *Population*, mayo-junio, 3, 1977; Alain Monnier, *La Naissance d'un enfant: incidences sur les conditions de vie des familles*, INED, Travaux et Documents, PUF, 1981.

[25] Anne Marie Coutrot, «L'Illusion du choix», *Informations sociales*, 1980, 3, págs. 10-12.

[26] Martine Lévy, «La mère qui travaille au dehors», *Informations sociales*, 1980, 3, págs. 45-46.

[27] Nadine Lefaucheur, «Jeunes couples ou nouveaux couples», *Informations sociales*, 1980, 2, pág. 25.

[28] Catherine Gokalp y Marie-Gabrielle David, «La garde des jeunes enfants», *Population et sociétés*, septiembre, 1982, pág. 161.

Tasa de salida del asalariado de las mujeres casadas después de un nacimiento, según el nivel de estudios y la categoría profesional (en %)

Nivel de estudios	Tasa de salida	Categoría socioprofesional	Tasa de salida
Ningún diploma	54,1	Asalariadas agrícolas	34,4 (1)
		Cuadros superiores	7,5
CEP	46,1	Cuadros medios de oficina	14,2
CAP	31,8	Empleadas:	
		de oficina	21,1
BEPC	16,7	de comercio	48,5
Bachillerato o título de técnico	12,6	Obreras	45,6
		Personal de servicio	54,0
Superior al bachillerato	10,6	empleadas del hogar-asistentas	76,6

(1) Cifra incierta.

Interrupción de la actividad según el rango del nacimiento y la categoría socioprofesional de la madre (en %)

	Obrera	Empleada	Cuadro medio o superior profesión liberal	Conjunto
1.er nacimiento				
Efectivo encuestado	*151*	*272*	*161*	*673*
Ha continuado su actividad	67	71	86	73
Ha interrumpido su actividad	33	29	14	27
TOTAL	100	100	100	100
2.º nacimiento				
Efectivo encuestado	*76*	*112*	*94*	*356*
Ha continuado su actividad	39	71	88	70
Ha interrumpido su actividad	61	29	12	30
TOTAL	100	100	100	100

Fuente: Nadine Lefaucheur, *Jeunes couples ou nouveaux couples*, pág. 27 según una encuesta del I.N.S.E.E. en 1977.

niños pequeños, sino la manera como está organizado (o desorganizado). Una política enérgica de la institución de custodia del niño contribuiría a resolver los problemas de las madres jóvenes. La guardería ofrece un medio de socialización colectiva benéfica para la personalidad del niño, si la organización no es muy rígida.

No resulta sorprendente observar una correlación entre la tasa de abandono de la actividad profesional de la mujer y el tipo de su empleo. Teniendo en cuenta las dificultades diversamente presentadas según las categorías sociales, algunas mujeres eligen la solución más radical, la de abandonar su empleo. Las empleadas de comercio, las obreras, el personal de servicio son las más numerosas en abandonar su actividad después del nacimiento del primer y del segundo hijos. El trabajo de la mujer obrera es poco gratifi-

cante desde el punto de vista profesional; está poco remunerado. Cuando la falta del ingreso que sigue a la cesación de trabajo resulta difícilmente soportable, la mujer retoma una actividad compatible con sus cargas de familia, trabajo a domicilio, o mujer de limpieza. Sin embargo, lo que choca en términos generales es la fuerte tasa de mantenimiento de la actividad profesional de las mujeres, incluso después del nacimiento del segundo hijo. Esta tendencia a permanecer activa profesionalmente se ha reforzado desde 1980.

Por medio de estas cifras se miden las tensiones a las que están sometidas las madres de los niños pequeños, enfrentadas con un discurso contradictorio. Los psicólogos insisten en la importancia de la relación entre la madre y el niño pequeño; un discurso relativo a la valorización de sí mismo, al desarrollo de su propia personalidad autoriza a las madres de los niños pequeños a mantener su actividad profesional. En situación de crisis, dos salarios representan una garantía en el caso de que uno de los dos esposos se encontrara en el desempleo.

La relación madre-hijo, que podría considerarse como la más natural, aparece fuertemente marcada por las fuerzas sociales y culturales de cada época. En el siglo XIX, la corriente higienista, en nombre de la salud del niño, lo sustraía de su madre en determinadas familias para hacerlo educar en una institución colectiva, bajo la supervisión de expertos. Aunque se buscaba su bien, el niño era privado de su ambiente familiar e inmediatamente se descubría que, aunque imperfecta, todavía era mejor que la mejor de las instituciones, incapaz de prodigar una relación afectiva. Más tarde, las aportaciones del psicoanálisis han revelado la importancia de la relación madre-hijo.

En la actualidad, esta valoración puede parecer sospechosa en una época de dificultades económicas. Además, en sus excesos, ha subestimado la influencia benéfica de un doble movimiento redescubierto hoy día: el despertar de la personalidad del niño pequeño en el seno de una colectividad de niños, y el rol del padre. Sobre este último punto, se observa una evolución de las opiniones y de las prácticas (en una menor medida): el lugar del padre ha sido redescubierto. Según una encuesta de la Sofres, las mujeres estiman que las tareas de educación de los hijos en los tres primeros años deberían incumbir tanto al padre como a la madre (54 por 100); el 31 por 100 atribuyen un lugar preponderante a la madre, ayudada del padre; solamente un 10 por 100 piensan que la madre sola debe cumplir estas tareas. Y, en realidad, numerosos padres jóvenes se ocupan de sus hijos de corta edad; ver a un hombre empujar un landó no tiene nada de ridículo[29].

El niño de cuatro a doce años

Cuando no está en la guardería, el niño deja la esfera parental hacia los tres-cuatro años para conocer otras instancias de socialización, el grupo de edad y, sobre todo, la escuela. Entre los cuatro y los doce años, más o menos, determinados rasgos caracterizan su personalidad. Ciertamente, esta franja de edad es amplia, pero es relativamente homogénea, por oposición al período siguiente, que es el de la adolescencia. Los padres tienen que ayudar al niño a pasar ciertas etapas asegurando el desarrollo de su personalidad, y entre múltiples rasgos, pueden citarse el acceso a la autonomía, el control de la agresividad, la individualización del sexo y la formación de la identidad.

Los padres enseñan al niño a ser autónomo, a soportar las separaciones que se imponen. El hecho de haber sido colocado desde jovencito en una institución colectiva, de haber sido acostumbrado a conocer a otras personas distintas de su madre, permaneciendo ésta como el pivote central, facilita un paso de estas características, y sobre todo la entrada en la escuela. La socialización ha sido estudiada lo más a menudo con respecto a la relación maternal en tanto ésta parece predominante, pero faltan estudios sobre las relaciones del niño con su padre, sus hermanos y hermanas.

La actitud parental en relación con la agresividad varía en el tiempo y en el espacio social. En reacción contra una educación burguesa bastante ruda o «victoriana», los padres de las clases medias han adoptado comportamientos más permisivos en los años de 1950 a 1970. Los padres de las clases trabajadoras respondían más bien por una contra-agresión (amonestación vigorosa o castigo físico), subrayando las consecuencias del acto en lugar de buscar sus causas. Hoy día, estas

[29] Martine Lévy, *op. cit.*, pág. 44, citando una encuesta de la Sofres, junio de 1979.

actitudes cambian. Hay menos permisividad, incluso en las clases medias que vuelven a encontrar un comportamiento medio de sentido común combinando una disciplina moderada con un reconocimiento de la necesidad de esta agresividad. Según ciertos estudios anglosajones, los padres de la clase media piensan que pueden influir en el niño y modelar su desarrollo, mientras que los padres de las clases trabajadoras tienen un sentimiento de impotencia en relación con los acontecimientos.

Otro rasgo del desarrollo de la personalidad infantil es la necesidad de identificarse con su sexo. Pero ¿qué roles, para qué sexos? Mientras que la distribución de los roles basada en una división sexual parece moverse en nuestra época, psicólogos y sociólogos se preguntan sobre los mecanismos de transmisión de los modelos. Así, Elina Gianini muestra cómo desde antes del nacimiento se masculiniza o feminiza al bebé, cómo se desvaloriza a la niña y cómo las madres, las instituciones y, sobre todo, la escuela y las imágenes de los libros escolares contribuyen a fijar estereotipos sexuales anticuados[30].

La escolarización masiva procede al enclaustramiento del niño, a su separación con relación a los adultos. Mientras que la escuela no fue obligatoria, sólo era accesoria, el niño compartía el espacio adulto, la casa, el taller, la calle. Desde entonces, la ruptura se ha cumplido y, aunque no se trate de un internado, los jóvenes tendrán su espacio, por sustracción al mundo de los adultos. La complementariedad entre proyecto familiar y escuela es evidente para determinadas categorías sociales, pero no para todas. Para las clases medias, la escuela permite realizar las aspiraciones de movilidad social, y pone en circulación valores culturales que son los de la clase burguesa que la instauró. Existe complicidad en torno a un mismo proyecto de reproducción social. La congruencia acaba por dejar lugar a la oposición a medida que se desciende a lo largo de la escala social en donde la separación entre valores escolares y familiares es la más marcada. En las familias modestas, la escuela no ofrece una vía de acceso a la mejora social y económica de su condición. Además, dificulta el proyecto de colocar rápidamente a los hijos en el trabajo. Al introducir en su seno enseñanzas técnicas, la institución escolar propone una respuesta concreta a las demandas de las familias desfavorecidas, pero con toda seguridad desvía el proyecto inicial escolar, puesto que se opone a la movilidad social.

La franja de edad de los cuatro a los doce años no se inscribe solamente entre la familia y la escuela. Es el período del despertar de todas las demás potencialidades de la infancia, ya sean artísticas, deportivas, etc., y estas actividades están a cargo de la familia, función nueva para ella. El empleo del tiempo del niño fuera de la escuela comporta cursos de judo, de danza, de flauta o de cerámica que los padres deben organizar. Las escuelas, las casas de jóvenes, los conservatorios de música, las asociaciones deportivas son acosadas en la actualidad por la cantidad de solicitudes que llegan de todas las clases sociales. Si a esto se añade, para un niño con buena salud, la visita al pediatra, al logopeda, al dentista, etc., puede calcularse la carga que representa el niño, sobre todo cuando hay varios.

Lejos de haber sido restringida como a menudo se afirma, la función educativa familiar se ha multiplicado, diversificado, se ha convertido en más compleja desde hace una decena de años. Noëlle Gérome considera que

> la responsabilidad de la educación del niño se encuentra repartida entre varios tipos de instancias entre las cuales el grupo familiar juega el rol particular de tener que delegar sus funciones, pero asegurando la supervisión y la síntesis de las empresas educativas y sanitarias[31].

Sin embargo, si bien los padres jóvenes cambian los pañales y dan el biberón gustosamente, están, a lo largo de esta fase de la vida de los niños, menos presentes. La carga de las madres aparece pesada, lo que las lleva a organizarse en grupo, haciendo uso de las redes de ayuda mutua, de vecindad, de parentesco.

En conclusión, es necesario subrayar que estamos necesitados de buenos estudios sobre las relaciones padres-hijos en esta franja de edad. Historiadores y antropólogos se han interesado sobre todo por el recién nacido; la sociología anglosajona a menudo es difícilmente aplicable a la sociedad francesa. Además, las cosas andan rápido en este terreno. Lo que era verdad hace diez años ya no sirve para hoy.

---

[30] Elina Gianini, *Du côté des petites filles*, París, edit. Des Femmes, 1974.

[31] Noëlle Gérome, «Éducation des enfants et information pédagogique de la famille», *Universalia*, 1979.

El adolescente

Además de los padres, de los abuelos, de la escuela, del curso de danza y de judo, un recién llegado hace su aparición poco a poco en el horizonte del niño. Va a tomar un lugar preponderante en el período que vamos a estudiar ahora, se trata del grupo de la clase de edad, lo que los anglosajones llaman el *peer group,* la pandilla de amigos.

La banda de amigos

Sabemos pocas cosas de las bandas de jóvenes, si no es aquello que ha tratado la justicia, que no nos ofrece otra cosa que una visión parcial de sus actividades, aquellas que caen bajo el peso de la ley. Maurice Crubellier, analizando la literatura que le ha sido dedicada, constata que la «delincuencia, la violencia de los jóvenes, serían como medidas de represalia hacia una sociedad adulta que les niega un estatus propio»[32]. En efecto, en la sociedad preindustrial, la organización de la juventud tiene un estatus oficial, mientras que hoy día la banda es más o menos subterránea, organizada de manera informal y en oposición con los valores de la sociedad (en cualquier caso, en Francia, parece menos a menudo dirigida por un jefe que los *gangs* de los Estados Unidos). Se trata de un fenómeno que va más allá de las relaciones padres-hijos. Se trata, propiamente hablando, de un «problema de la sociedad». La delincuencia colectiva o individual, por otra parte, está estrechamente ligada a la clase social. Maurice Cusson observa que los jóvenes de categorías acomodadas escapan a la etiqueta de delincuente porque las familias son capaces de resolver los problemas que plantean sus hijos sin necesidad de recurrir a la justicia, pagando los perjuicios ocasionados, reembolsando el dinero robado, persuadiendo a las víctimas de no plantear querella[33].

La banda de jóvenes tiene una función socializante complementaria a las de los padres y de la escuela. Juega un papel importante para todo lo que se relaciona con la maduración y la información sexual. En la sociedad preindustrial, el aprendizaje de la sexualidad se hacía al contacto de la naturaleza, por impregnación en alguna manera, al tener acceso el niño a los juegos y a los símbolos sexuales. En la sociedad burguesa, un tabú pesa sobre este tema y todavía hoy día la información sexual dada por los padres continúa siendo mínima. Gracias a la pandilla de amigos, el ajuste a la maduración sexual ha perdido su carácter solitario y turbador, precisamente cuando la edad de la pubertad se ha rebajado, al igual que la de las primeras experiencias sexuales. La permisividad parental parece incrementarse con la difusión de la información en materia de contracepción. Los sociólogos se ponen de acuerdo, pues, en reconocer un rol funcional a la banda de amigos en la medida en que la tensión y la rebelión tienen un rol integrador. La banda permite al adolescente abandonar el marco familiar y acceder a la sociedad en la que pondrá en práctica las normas y los valores que ha interiorizado a pesar de su comportamiento «agresivo» en el interior de la familia.

Desde los años cincuenta, los padres han relajado el control sobre la elección de los amigos de sus hijos. Otros mecanismos sociales se han puesto en acción, sobre todo el principio del control por parte del medio: la segregación de las residencias y de los establecimientos escolares juega un papel regulador. Los padres que habitan en grandes complejos en los que las categorías sociales están mezcladas son precisamente los que más dudan en dejar salir a sus hijos por temor al contacto con los de otros medios. La actitud parental en relación con las salidas libres difiere particularmente a esta edad según el sexo de sus hijos. La preocupación de los padres por sus hijas está centrada en la sexualidad, y el control intenta ser más rígido, mientras que en relación a los chicos la preocupación parental está referida más bien a los accidentes físicos o a los trastornos de salud de cualquier tipo que podrían contraer en compañía de amigos que no complacen a los padres.

Valores parentales y adolescentes: ¿continuidad o conflicto?

La actitud de los padres a menudo consiste en negociar con el adolescente. Por parte de los padres, el problema se formula de este modo: ¿hasta dónde se puede permitir, dónde colocar las

[32] Maurice Crubellier, *op. cit.*, págs. 315-324.
[33] Maurice Cusson, *Délinquants, pourquoi?*, París, Armand Colin, 1981, pág. 56.

barreras? Y por parte de los adolescentes: ¿hasta dónde no llegar demasiado lejos? Todo es materia de discusión, las horas de vuelta a casa, el uso de la motocicleta, las relaciones sexuales, el cigarrillo y la droga, la manera de vestirse y peinarse.

Las relaciones entre padres y adolescentes concierne también a la participación en la vida del grupo doméstico, su lugar en las decisiones relativas a las vacaciones, al trabajo en la casa, al lugar de la comunicación que debe mantener un equilibrio entre su rincón secreto y una dosis razonable de interacción. Las relaciones pueden ser tanto más complejas si cuando un niño se vuelve adolescente los padres, por su parte, han envejecido, han compartido quince años o más de vida en común, y su matrimonio pueda estar en crisis. Los padres pueden, precisamente, oponerse en relación a los modelos educativos que desean aplicar y que pueden ser diferentes, si no opuestos, a propósito de las normas que han recibido y que se ven obligados a explicitar más claramente cuando se trata de transmitirlas a un hijo. Inscritas en su propio modo de socialización, los valores del padre y de la madre pueden, solamente en este momento de su vida en común, revelarse más diferentes de lo que habían comprobado jamás a lo largo de los años precedentes. Los choques entre padres y entre padres e hijos pueden ser tanto más violentos cuanto más alejados sean los orígenes sociales de los dos cónyuges.

¿Los valores de los padres son admitidos o rechazados por los adolescentes? La respuesta no es simple. En la actualidad, los padres de los adolescentes se encuentran en una etapa difícil. Resulta banal constatar que los valores familiares se transforman, y sobre todo en materia de sexualidad. Las referencias que tienen los padres de su propia adolescencia ya no pueden servir para guiar a sus hijos. Los psicólogos americanos destacan los efectos negativos de la movilidad residencial que impone a cada traslado un ajuste psicológico a los hijos. Brofenbrenner subraya el aislamiento del niño y del adolescente, quizá un efecto extremo del sistema americano. Los adolescentes, escribe, son privados de sus padres y de la sociedad en general. La separación entre zonas residenciales y zonas de trabajo, la desaparición de la vecindad, la influencia de la televisión, la madre en el trabajo, la delegación del cuidado de los hijos en los especialistas crean una ruptura entre el mundo de los adultos y el mundo de los niños[34]. Algunos historiadores, como Edward Shorter en *La Naissance de la famille moderne*, creen observar una discontinuidad en los valores y las opiniones de los hijos que rechazan jugar el papel de guardianes de la identidad familiar.

Nada es tan poco probable. Los niños continúan aprehendiendo la sociedad según modelos relativamente incambiables. El foso entre las generaciones es un mito que ha calado hondo. Annick Percheron muestra que si bien las actitudes de los jóvenes manifiestan una gran innovación en todo lo relativo a las libertades personales, están marcadas, en cambio, por un gran conservadurismo en el terreno de los valores y de las normas[35].

Así, a partir de una encuesta IFOP-IFOREP que dirigió en 1975, la autora constata que las diferencias más importantes entre las respuestas de los padres y las de los hijos se refieren a la cohabitación juvenil y al uso de la píldora, es decir, a aquello que se refiere directamente a lo cotidiano y a la clase de edad.

Por el contrario, la mayoría no pone en duda ni la necesidad de reglas en la organización de la vida en sociedad, ni la utilidad social de una cierta permanencia de la religión y de la familia. En el terreno político, la misma diferencia se manifiesta entre padres e hijos a propósito de problemas puntuales, pero se reduce cuando se trata de los grandes problemas de la sociedad.

Estas observaciones atraviesan todos los medios sociales y provoca sorpresa la coherencia de la actitud entre padres e hijos frente a un problema específico, tal cual es la consecución de los estudios. Los padres de las categorías medias y superiores buscan por mediación de la escuela la adquisición de un estatus social y la adquisición de una imagen social para sus hijos, que, precipitándose en masa en la universidad, se adhieren fácilmente a estos puntos de vista. Del mismo modo, en los ambientes obreros, padres y adolescentes coinciden fácilmente en la inutilidad de la enseñanza o en la inadaptación frente a aquello que es su objetivo común: entrar en la vida activa, ganar un salario lo más pronto posi-

[34] Robert y Rhona Rapoport, *Fathers, Mothers and Others*, citan a Brofenbrenner, pág. 300.

[35] Annick Percheron, «Se faire entendre: morale quotidienne et attitudes politiques des jeunes», en *La Sagesse et le Désordre*, París, Gallimard, 1980, pág. 143.

Preguntas	Respuesta de los 16-18 %	Respuesta de los padres %	Diferencias
Se constata que cada vez más los jóvenes viven juntos sin estar casados (no sorprende, no sorprende en absoluto) ...	76	41	35
Algunos dicen que la religión es un terreno en el que no deberían hacerse muchos cambios (más bien no estoy de acuerdo, no estoy de acuerdo en absoluto)	43	29	14
Algunos dicen que el mantenimiento de la familia tal como existe hoy día es la cosa más importante (más bien no estoy de acuerdo, no estoy de acuerdo en absoluto)	22	10	12

Fuente: Annick Percheron, «Se faire entendre: morale quotidienne et attitudes politiques des jeunes», págs. 144-145.

ble. Sobre este punto, los jóvenes, el grupo de los amigos y los padres comparten la misma visión: aquellos que, a los dieciséis años, están en la clase de cuarto o de tercero aspiran a abandonar una institución que no está hecha para ellos.

En cuanto a las rebeliones de la juventud, éstas se dirigen más a la sociedad que a la familia, tal como señala J. R. Gillis en *Youth in History:*

> A pesar de las rebeliones estudiantiles de los años 1960-1970, a pesar de una tensión en las relaciones padres-hijos, el empuje del descontento de la juventud no se ha dirigido contra la familia, sino contra las instituciones exteriores, sociales, políticas, académicas que sólo están indirectamente identificadas con la generación precedente. Los jóvenes y sus padres tienen más posibilidades de estar unidos que separados sobre las opciones políticas y sociales, las tensiones se producen más bien sobre los medios que sobre los fines, lo que refleja más bien el curso normal del cambio histórico más que una dislocación intrafamiliar o una hostilidad severa entre los grupos sobre la única base de la edad. En muchas situaciones contemporáneas, la confrontación entre jóvenes y viejos es más bien un conflicto entre personas de diferentes posiciones sociales —estudiantes contra la policía, jóvenes trabajadores contra sus patronos—. Por esta razón, debemos estar atentos a no tomar estos acontecimientos como el signo de divisiones profundas entre las generaciones (pág. 206).

Sin embargo, los adolescentes tienen una cultura que les es propia. Después de la fascinación de la televisión y de sus héroes, están marcados, sobre todo, por una cultura del sonido. La música de *rock, folk, new wave,* etc., es un medio de evasión personal y un medio de distanciamiento en relación a los mayores. Cuando los padres han tomado los emblemas de los jóvenes, ya se trate de los pantalones vaqueros o del ejercicio físico —el deporte, antaño actividad de los jóvenes, se ha convertido en una actividad de adultos—, la música particular de nuestra época, por la cual los adultos se interesan poco, contribuye a modelar en el joven un mundo propio. Existe el fenómeno colectivo del concierto, está la alta fidelidad que vierte, muy fuertes, sonoridades inhabituales y excitantes; está el casco con auriculares individuales, el *walkman,* difundiendo un mundo de música que corta de la realidad y de los demás.

Las distinciones sociales continúan marcándose, incluso si la juventud proporciona la ilusión de una abolición de las barreras entre clases, incluso entre nacionalidades: el rock duro es consumido más bien por los jóvenes obreros, mientras que las clases medias preferían el folk y la *new wave.*

Un estudio sobre la juventud de los grandes complejos muestra, por otra parte, la fragilidad de este grupo: excluidos de la sociedad posindustrial, confrontados con los valores vehiculados por los medios de comunicación de masas, viviendo en un contexto arquitectónico degradado y en los que las solidaridades tradicionales se han apagado. Es el mundo del «berenjenal» que describe François Dubet[36]. La violencia es volátil entre estos jóvenes que, por otra parte, comparten con su clase de edad un deseo de autonomía personal, una búsqueda del bienestar, un gusto por la expresión corporal y la música.

Más allá de los cambios sensibles sin dificultades, es necesario sin embargo interrogarse por la existencia de permanencias profundas. Maurice Crubellier, considerando que el niño y el

[36] François Dubet, *La Galère: jeunes et survie,* París, Fayard, 1986.

adolescente son ahora una apuesta de la sociedad de consumo a través de la publicidad, la industria del *show-business*, de la moto y del pantalón vaquero, se pregunta si no vuelven a caer, por este medio desviado, bajo la autoridad de los adultos[37].

Los hijos de los «nuevos matrimonios»

La gran mayoría de los niños que hoy vienen al mundo son niños deseados cuyo nacimiento se inscribe en las nuevas finalidades del matrimonio. El niño se convierte como en un espejo de «nosotros», la expresión del amor. Odile Bourguignon considera, así, que en la actualidad «el hijo se privatiza y adquiere un sentido por las gratificaciones afectivas que aporta al matrimonio»[38].

Los «nuevos matrimonios» son, en primer lugar, aquellos en los que el marido y la mujer trabajan. La llegada del hijo, programada, y a menudo por las mujeres que poseen el dominio de su fecundidad, es objeto de una inversión afectiva considerable, y luego del control de los proyectos escolares. En el matrimonio, con relaciones más igualitarias, en las que las funciones de paternidad y maternidad se redefinen, existe un capital de autoridad parental a repartir; el hijo se convierte en una apuesta de poder entre los esposos. Aunque los arbitrajes entre vida profesional y vida familiar están constantemente sobre el tapete, cuando los dos cónyuges trabajan, los hijos no resultan olvidados. Una encuesta llevada a cabo acerca de familias de empleados muestra que los tiempos de ocio están organizados en función del hijo o de los hijos, y que los padres desean asumir plenamente su responsabilidad parental, tanto en el campo de lo afectivo como en el educativo[39].

La familia monoparental es una figura familiar que tiende a expandirse: el 6 por 100 de los hogares entran dentro de esta categoría, que predomina en las grandes ciudades. En realidad, esta categoría es muy heterogénea, pues dentro de ella se encuentran tanto experiencias familiares audaces como la maternidad soltera elegida, como los casos sociales. Para los hijos, la situación es muy diferente si se es huérfano, de padre divorciado, o sin padre (puesto que la mayoría de los hogares está dirigida por mujeres). Las encuestas muestran que las mujeres que rechazan la vida de matrimonio son poco numerosas. En 1981, solamente 33.000 hogares estaban compuestos por una mujer soltera y por un hijo de menos de seis años: las madres solteras encuentran un compañero[40].

Los estudios sobre «los hijos del divorcio» muestran que no existe correlación entre esta situación, relativamente banalizada en la actualidad, y el éxito escolar. Por el contrario, resulta más difícil ser hijo de concubinarios desunidos[41]. La principal crisis familiar concierne al difícil período de la adolescencia, una edad en la que la presencia de un padre del mismo sexo se revela necesaria. Así pues, las chicas, educadas por su madre, se desenvuelven mejor. Para estos jóvenes, la autoridad parental se fisura y, a menudo, el padre se convierte en el confidente; estos niños asumen muy pronto las responsabilidades de adulto. Esto nos remite, por otra parte, a situaciones de familia tradicional en las que los mayores secundaban a los padres, educaban a los hermanos y hermanas más jóvenes, etc.

Con el divorcio, la pareja conyugal y la pareja parental se encuentran disociadas. La segunda debe continuar funcionando para acordar las modalidades de la custodia de los hijos, de manera que el divorcio, si se supone que dispone la relación parental, incita en muchos casos a disponer la relación conyugal. El mantenimiento de las solidaridades financieras, de los servicios, la distribución del tiempo que cada uno pasa con los hijos, el tomar en cuenta los deseos expresados por éstos, el acceso, es decir, la estancia en el domicilio del otro, la corresponsabilidad en relación a las instituciones escolares, la conservación por parte de la mujer del patronímico del esposo, las comidas tomadas en familia son, entre otros, rasgos que ilustran, entre algunos «nuevos divorciados», el mantenimiento de solidaridades conyu-

[37] Maurice Crubellier, *op. cit.*, pág. 374.

[38] Odile Bourguignon, «La question de l'enfant», *L'Année sociologique*, 1987, 37, pág. 96.

[39] Agnès Pitrou *et al.*, *Trajectoires professionnelles et stratégies familiales. Le cas des employés de la Sécurité sociale et des aides-soignants*, informe ATP franco-sueco, CNRS-LEST, 1983, mecanografiado.

[40] Jean-Claude Deville y Edmond Naulleau, «Les nouveaux enfants naturels et leurs parents», *Économie et Statistique*, junio, 1982, 145, págs. 61-81.

[41] Odile Bourguignon, Jean-Louis Rallu e Iréne Théry, *Du divorce et des enfants*, París, PUF, «Travaux et Documents», cuaderno núm. 111, 1985.

gales, siempre en el beneficio psicológico del hijo[42]. Algunas encuestas estudian en la actualidad las relaciones entre generaciones en el seno de familias, que resultan, todavía aquí, difíciles de designar. Cuando faltan las palabras, los sociólogos descubren que el problema de denominación está en el centro mismo de lo que se ventila. Si ya no se trata de «familias rotas» *(broken homes),* como se les denominaba en tiempos del dominio de la familia nuclear, tampoco se trata de «familias reconstituidas»; Irène Théry prefiere el término de familias «compuestas»[43] que se sitúan no al lado de la pareja, sino del hijo, frente a muchas redes de parentesco: los padres de sus padres, los padres del amigo o del segundo cónyuge, los hijos de éste, etc. En estas familias se combinan tradiciones e innovaciones sociales; es tradicional la persistencia del núcleo duro madre-hijo; innovadoras las situaciones que aumentan el tamaño de las fratrías (hermanos, medio-hermanos, «falsos» hermanos) y multiplican las redes de parentesco.

ORIENTACIÓN BIBLIOGRÁFICA

Obras fundamentales

ARIÈS, Philippe, *Histoire des popularions françaises et de leurs attitudes devant la vie depuis le XVIIIe siècle,* París, Le Seuil, 1976, 2ª edición.

—, *L'Enfant et la vie familiale sous l'Ancien Régime,* París, 1973, 2ª edición (versión española: *El niño y la vida familiar en el Antiguo Régimen,* Madrid, Taurus, 1987). El prefacio presenta una bibliografía razonada de los trabajos aparecidos sobre el tema desde la primera edición.

CRUBELLIER, Maurice, *L'Enfant et la jeunesse dans la société française, 1800-1950,* París, Armand Colin, «Col. U», 1979.

HUNT, David, *Parents and Children in History: Psychology of Family Life in Early Modern France,* Nueva York, Basic Books, 1970.

GILLIS, John, *Youth and History,* Nueva York y Londres, Academic Press, 1974.

Evolución demográfica y contracepción

CHAUNU, Pierre, «Malthusianisme démographique et malthusianisme économique», *Annales ESC,* enero-febrero, 1972, págs. 1-19.

«Dénatalité. L'anteriorité française, 1800-1914», *Communications,* 1986.

DUPÂQUIER, Jacques, y LACHIVER, Maurice, «Les débuts de la contraception en France ou les deux malthusianismes», *Annales ESC,* noviembre-diciembre, 1969, págs. 1391-1406.

«Enfants et sociétés», *Annales de démographie historique,* 1973, París-La Haya, Mouton.

LÉRIDON, Henri, *La seconde Révolution contraceptive. La régulation des naissances en France de 1950 à 1985,* París, PUF-INED, Travaux et Documents, cuaderno núm. 117, 1987.

El niño en la sociedad preindustrial

GELIS, Jacky; LAGET, Mireille, y MORELL, Marie-France, *Entrer dans la vie,* París, Gallimard, 1978.

GELIS, Jacky, *L'Arbre et le Fruit, la naissance dans l'Occident moderne, XVIe-XIXe siècle,* París, Fayard, 1984.

KNIBIEHLER, Yvonne, y FOUQUET, Catherine, *L'Histoire des mères du Moyen Age à nos jours,* edit. Montalba, 1980 (también cubre el período contemporáneo).

LAGET, Mireille, *Naissances. L'accouchement avant l'âge de la clinique,* París, Le Seuil, 1982.

LEBRUN, François, *La Vie conjugale sous l'Ancien Régime,* París, Armand Colin, 1975, capítulo 4.

Obras etnológicas relativas a las relaciones padres-hijos

DELAISI DE PARSEVAL, Geneviève, y LALLEMAND, Suzanne, *L'Art d'accommoder les bébés. Cent ans de recettes françaises de puériculture,* París, Le Seuil, 1980.

LOUX, Françoise, *Le Jeune Enfant et son corps dans la médecine traditionnelle,* París, Flammarion, 1978.

PÉTONNET, Colette, *On est tous dans le brouillard,* París, edit. Galilée, 1979, págs. 183-214.

ZONABEND, Françoise, «L'enfance dans un village français», *Revue internationale de sciences sociales,* vol. XXXI, 1979, 3, págs. 534-549.

[42] Monique Buisson, Jean-Claude Mermet y Laurence Roulleau-Berger, *Dynamiques de la divortialité et pratiques de garde,* informe del servicio de coordinación de la investigación del Ministerio de Justicia, 1985, mecanografiado.

[43] Irène Théry, «Remariage et familles composées: des évidences aux incertitudes», *L'Année sociologique,* 1987, 37, págs. 119-152.

—, *La Mémoire longue,* París, PUF, 1980, págs. 100 a 144.

La familia burguesa

FAY-SALLOIS, Fanny, *Les Nourrices à Paris au XIXe siècle,* París, Payot, 1980.

La familia contemporánea

BOLTANSKI, Luc, «Prime éducation et morale de classe», *Cahiers du Centre de sociologie européenne,* París-La Haya, Mouton, 1969.

Jeunes d'aujourd'hui. Regards sur les 13-25 ans en France, París, La Documentation française, 1987.

LEFAUCHEUR, Nadine, «Les familles monoparentales: des chiffres et des mots pour le dire, formes nouvelles ou mots nouveaux», en *Les Familles aujourd'hui,* AIDELF, Actas del Coloquio de Ginebra, 1984, págs. 173-182.

«Les sociologues face aux mutations de la famille: quelques tendences de recherches 1965-1985», *L'Année sociologique,* 1987, 37.

PERCHERON, Annick, «Se faire entendre: morale quotidienne et attitudes politiques des jeunes», en *La Sagesse et le Désordre,* bajo la dirección de Henri MENDRAS, París, Gallimard, 1980, págs. 129-165.

—, «Le domestique et le politique. Types de famille, modèles d'éducation et transmission des systèmes de normes et d'attitudes entre parents et enfants», *Revue française de science politique,* octubre 1985, 35, 5, págs. 840-891.

RAPOPORT, Rhona y Robert, STRELITZ, Zonia, *Fathers, Mothers and Society, towards New Alliances,* Nueva York, Basic Books, 1977.

Aproximaciones psicoanalíticas

BETTELHEIM, Bruno, *La Forteresse vide,* París, Gallimard, 1969.

DOLTO, Françoise, *Lorsque l'enfant paraît,* París, Le Seuil, 1977.

WINNICOTT, D. W., *L'Enfant et sa famille, les premières relations,* París, Payot, 1978.

Aproximaciones psicosociológicas

CHOMBART DE LAUWE, Marie-José, «L'image de l'enfant et sa signification personnelle et collective», *Bulletin de psychologie,* noviembre-diciembre, 1969, págs. 614-620.

—, *Un monde autre: l'enfance, de ses représentations au mythe,* París, Payot, 1971.

ZAZZO, Bianka, *Psychologie différentielle de l'adolescence,* París, PUF, «Psychologie d'aujourd'hui», 1972.

TERCERA PARTE

ROLES Y ACTIVIDADES DOMÉSTICAS

Capítulo 8

ROLES EN EL SENO DEL MATRIMONIO DEL SIGLO XIX

Estructuras familiares relativamente incambiadas, relaciones con el parentesco siempre activas, matrimonio y unión libre que, integrando amor y libertad en su ideología, continúan uniendo cónyuges del mismo origen social —¿la institución familiar no habrá cambiado entonces?—. Incluso en el siglo XIX, cuando las estructuras de la familia parecen relativamente estables, los comportamientos, las actitudes evolucionan. La sociología contemporánea, por su parte, se inclina sobre la interacción en el seno de los «nuevos matrimonios».

UN ESTUDIO DELICADO

Fuentes dispersas, difíciles de interpretar

Estudiar los roles en el seno del matrimonio de otras épocas no es fácil. El análisis de la evolución de las relaciones padres-hijos ha hecho tomar conciencia de las dificultades metodológicas a las cuales nos encontramos confrontados en el terreno de las actitudes y, más todavía, para tratar el tema del presente capítulo. Éstas son múltiples. No disponemos de referencias estadísticas comparables a las curvas de fecundidad o de nupcialidad que sitúan una evolución en la larga dirección. Las fuentes relativas a las diferentes épocas, a los diversos medios, no son idénticas, y la comparación se presenta difícil. Si pueden llevarse a cabo encuestas para el período contemporáneo, interrogar a los matrimonios sobre sus actitudes y sus comportamientos, ello no resulta posible para los tiempos antiguos. Entonces hay que analizar la literatura, o los textos folklóricos, cuya visión es deformante. Las investigaciones históricas y antropológicas constituyen igualmente fuentes de base, pero su óptica no es siempre idéntica. Raros son los estudios centrados sobre el tema, en alguna medida es necesario «picar» entre las investigaciones que se interesan, esencialmente, las unas por la organización del trabajo, otras por la mujer. Otras, cuyo interés central es marginal para nuestros objetivos —como la prostitución—, no dejan de constituir un ángulo de observación interesante.

La dificultad de las fuentes proviene también del hecho de que ellas están sujetas a interpretaciones. Nos encontramos en el delicado terreno de las actitudes, de los comportamientos. Es necesario saber distinguir entre reglas, modelos, normas, de una parte, y prácticas por otra, entre lo que se dice y lo que se hace. También hay que saber prevenirse de la tentación de formular un juicio, de elegir entre lo que parece bueno y lo que no lo parece. Numerosas proposiciones están manchadas de etnocentrismo que se acomoda a una ideología determinada. Así pues, resulta fácil bosquejar un cuadro rápido de la situación antigua, que sirva de espejo repulsivo al matrimonio contemporáneo. Un grosero esquematismo subraya la «mejora» del estatus actual de la mujer, basado en el desarrollo de su actividad profesional. Todavía una idea preconcebida sobre la familia que algunos análisis profundos de los que disponemos vienen a confirmar o, en cualquier caso, a complicar. En cuestión de cambio familiar nada resulta simple.

Estas dificultades explican que, en el terreno de los roles conyugales, dispongamos hoy de pocas teorías sólidas. Las proposiciones más articuladas sobre el cambio social y la evolución del modelo familiar son esencialmente anglosajonas, pero los hechos las contradicen a menudo, mientras que la construcción de tipologías familiares parece rendir cuenta mal de la variedad de las situaciones (cf. cap. 9).

Del rol al estatus

La antropología enseña a situar nuestra propia cultura en perspectiva, al compararla con otras. En el terreno de los roles, esto resulta particularmente necesario. William Goode, en *The Family,* subraya que la división sexual es esencialmente cultural, y que sólo una pequeña parte de esta división tiene raíces biológicas. Un hombre no puede dar a luz o amamantar; es más fuerte y corre más rápido que una mujer que está temporalmente disminuida por sus reglas o por un embarazo. Sin embargo, las mujeres también tienen una gran resistencia física y bastante velocidad para desarrollar numerosas tareas bastante penosas. Lo que en una sociedad es definido como tarea masculina puede ser clasificado como tarea femenina en otra: toda división está culturalmente definida o basada en un conjunto complejo de factores en los cuales lo biológico no entra más que en una ínfima parte.

Efectuar tal o cual tarea comporta también una significación simbólica. Algunas están más cargadas de honor que otras y confieren una atribución de autoridad. En las tres cuartas partes de las sociedades primitivas, las mujeres muelen el grano, transportan el agua, cocinan, fabrican los vestidos, tejen, recogen los frutos y elaboran la cerámica. La realización de todas estas actividades puede efectuarse permaneciendo cerca de los niños y del hogar. En la mayor parte de las sociedades, los hombres cuidan de los rebaños, cazan, pescan, cortan la leña, extraen los minerales, fabrican los instrumentos de música, construyen las casas, etc. Algunas de estas tareas exigen fuerza física, otras un relativo alejamiento del hogar. Algunas pueden ser realizadas sin ningún gasto físico y cerca del hogar. Por el contrario, las tareas de recolección exigen fuerza física y son realizadas, según las sociedades, por los hombres o las mujeres.

El examen de la distribución de las tareas en las sociedades exóticas muestra que los hombres podrían realizar todas las tareas femeninas, pero no lo hacen, y que las tareas estrictamente masculinas, generalmente, no ocupan todo su tiempo. Una constatación idéntica se aplica, ya se verá, a las sociedades campesinas y a la sociedad contemporánea. La división del trabajo no descansa ni en factores biológicos ni en la simple igualdad. Otro factor tiene su importancia, subyacente en todas las sociedades: sean cuales sean las tareas que realicen los hombres, éstas son definidas como las más honoríficas.

No existe ninguna sociedad en la que los hombres y las mujeres sean libres de elegir las tareas que desean llevar a cabo. La tareas de control, dirección, decisión, es decir, las actividades de más alto nivel que no exigen fuerza física alguna, son tareas masculinas. En las sociedades exóticas, al igual que en las sociedades industriales, los hombres se oponen a que las mujeres realicen las tareas de alto nivel, y ellos mismos son reticentes a realizar las correspondientes a las mujeres. Esto se observa tanto en China como en los kibbutz isralíes o en nuestras sociedades industriales, incluso aunque las mujeres hayan abierto una brecha en el mundo de las tareas masculinas.

Del rol al estatus, la distinción, a veces, resulta ambigua y tendremos el cuidado de dejar a cada uno de los autores citados los títulos que han elegido. Sin embargo, una precisión de vocabulario parece necesaria al entrar en juego. Los psicosociólogos definen el rol como la respuesta comportamental de un individuo a las normas sociales, a los modelos culturales. El rol consiste para un ndividuo en asumir las conductas concretas esperadas, aquí, en el seno del matrimonio, y más generalmente de la sociedad. No es más que el primer eslabón de una organización que se imbrica con el estatus, estando aliados uno y otro de manera compleja. Retomando la definición de Henri Mendras en *Éléments de sociologie,* podemos llamar estatus, y no estatuto (término que evoca la situación jurídica), al juego de los diferentes roles sociales cumplidos por un individuo, o a la recomposición de sus diversas posiciones. Este individuo acaba por identificarse con su estatus, que, en la sociedad industrial, es definido en términos de profesión, ingresos, modo de vida. En el seno del matrimonio, roles y estatus están estrechamente articulados. Es decir, la importancia de la división sexual de los roles para determinar el lugar de cada uno en el seno del hogar y en la sociedad. A rol subalterno, estatus subalterno. Sin embargo, la connotación asignada al rol es susceptible de evolucionar. Así, la desvalorización del trabajo doméstico es un hecho reciente ligado al desarrollo de una sociedad en la que los valores están orientados hacia la productividad, la eficacia, el maquinismo y la robotización. Los trabajos de la casa, y consecuentemente el rol doméstico, proporcionaban antaño un estatus valorizado. Évelyne Sullerot, en su ar-

tículo «Cambios en la distribución de los roles», observa que a lo largo de los años pasados las mujeres se han despreciado a sí mismas. En efecto, a menudo subrayan el aspecto negativo, inferiorizando o apremiando sus roles en lugar de intentar transformarlos en poder conscientemente organizado. Los estudios de actitudes hacen aparecer a menudo que las mujeres que trabajan no justifican su situación por una apología del trabajo, sino por una crítica de la vida en el hogar, y que las mujeres que están en el hogar lo explican más bien por un análisis de las duras alienaciones de la mujer en el mundo del trabajo que por una afirmación de los poderes de esposa y de madre en el hogar (pág. 31).

Ésta es la razón por la que el estudio de los roles en el seno del matrimonio no puede hacerse si no es resituándolo en el marco global de una sociedad y de su cultura. Además, la importancia de las transformaciones económicas y sociales impone introducir una ruptura en este análisis, antes y después de la revolución industrial.

Con la excepción de las familias nobles y burguesas, la población francesa hasta 1850 es, en su gran mayoría, campesina. Si el modelo de matrimonio campesino se prolonga hasta entrado el siglo XX, las transformaciones ligadas con el desarrollo del maquinismo, las concentraciones urbanas que siguen a la industrialización suscitan nuevos modelos, diferenciando un tipo de relaciones en el matrimonio burgués y en el matrimonio obrero.

FAMILIAS CAMPESINAS

Una imagen de la autoridad masculina

En la familia campesina, grupo doméstico y explotación se confunden. Es a la vez un lugar de producción y de autoconsumo. Matrimonio, familia, trabajo son articulados en una organización económica particular. Si se admite la hipótesis de que el estatus está asignado por las tareas y los roles que cada uno cumple en el seno de la familia; que las relaciones del matrimonio deben ser estudiadas en relación con la organización social en su totalidad, entonces la familia campesina ofrece un modelo relativamente equilibrado entre los dos sexos. Sin embargo, el problema de la detentación de la autoridad está en el centro de las preocupaciones de la comunidad, pues la célula familiar, su microcosmos, debe funcionar según los mismos principios. De este modo, se afirma públicamente la autoridad masculina y será necesario que la apariencia, al menos, sea mantenida en el seno de cada familia.

Desde la formación del matrimonio, en el corazón mismo del ceremonial religioso, los rituales ponen el acento sobre la detentación de la autoridad. Recurren a la eficacia del símbolo que una identidad cultural compartida permite a todo el grupo comprender inmediatamente. Lucha alrededor del paso del anillo al dedo de la mujer, rodilla colocada por el esposo sobre el delantal de la mujer, otro tanto con los signos del interés atribuido al hecho de saber quién «llevará los pantalones». El matrimonio vive, en efecto, bajo el ojo de la comunidad y esta intervención externa tiene una doble cara. Lo que nosotros consideramos como perteneciente al dominio privado, relaciones afectivas y sexuales, es, en alguna medida, de orden público. La tensión entre marido y mujer es reducida porque la vida social se organiza en grupos. La comunidad local no tolera las desviaciones y controla la imagen que da el matrimonio, infligiéndole si es necesario censuras públicas. Conocemos las cencerradas o los paseos en burro impuestos a los viudos que, al casarse con chicas muy jóvenes o muy alejadas socialmente, sustraen del *stock* de las casaderas una cónyuge destinada a los jóvenes. Del mismo modo, los maridos que se dejan pegar por su mujer, poniendo así en peligro el orden social y aceptando la irrupción de un mundo al revés en su vida conyugal, son públicamente estigmatizados.

La organización de las tareas y de los espacios

Esta organización descansa, en el seno de la familia, sobre una complementariedad fundamental del trabajo hombre-mujer, que se articula sobre una organización comunitaria. La división de los espacios interiores remite a la segregación de los espacios aldeanos y extraaldeanos. Existe un *continuum* en las relaciones entre los sexos desde la casa hasta la aldea.

El trabajo en el seno de la familia hace de la mujer un ser social. Las hermanas solteras no tienen este estatus de adulto que se le reconoce a la dueña, cuando asume en la explotación un determinado número de tareas que, por estar califica-

das de domésticas, no están tan desvaloradas como en la actualidad.

A la mujer le corresponde el mantenimiento del hogar, la búsqueda del agua, la elaboración de las comidas para los hombres, patrón y mozos, para los cerdos y para las gallinas. El gallinero, el huerto, son sus espacios reservados. En los campos ayuda más o menos según la estación, según el tipo de organización económica y el tipo de producción de la familia, según el número de mozos. Pero nunca está encerrada en su casa, incluso aunque la casa constituya su dominio simbólico. A esta casa femenina corresponde un exterior masculino. Si la mujer sale es para realizar en común con otras mujeres tareas domésticas que no pueden ser hechas en el interior de la casa, lavar la ropa en el lavadero, cocer el pan en el horno comunal. Al hombre corresponden los trabajos en los campos, el cuidado de los animales, las cosechas. En cada tarea, los sexos están organizados de manera complementaria, cosechador-portagavillas, trabajador-acompañante de la yunta. Los grandes trabajos masculinos están realizados en el marco de la ayuda mutua aldeana basada en las relaciones de vecindad.

En la comercialización de los productos de la granja, más allá del espacio aldeano, se da todavía segregación de los espacios; las mujeres venden en el mercado los productos de su corral, mientras que los hombres van a la feria. Los espacios dentro de los cuales circulan, sus relaciones con los otros hombres o mujeres son diferentes.

La sociabilidad de la mujer está circunscrita dentro del espacio aldeano y estrechamente ligada a las tareas que le incumben. Apenas hay sociabilidad formal, si se exceptúan las asociaciones femeninas piadosas, desarrolladas en el siglo XIX bajo el impulso de la Iglesia, y escasa sociabilidad fuera de las ocasiones de trabajo. Los hombres, por el contrario, pueden disponer de tiempo libre, fuera de las tareas que tienen que cumplir. Es una constante en la organización de las sociedades. Si le hace falta ir a la fragua para herrar el caballo, lo hace también para intercambiar novedades, pero fuera de estos lugares de sociabilidad asociados a una actividad, en algunas regiones, los hombres tienen también sus cofradías, sus cuartitos, círculos, asociaciones de juego o de música, etc., de las que no existe ningún equivalente femenino.

En la sociedad campesina se desarrollan, pues, dos sociabilidades paralelas, la de los hombres y la de las mujeres. No se plantean en términos igualitarios, y la cultura masculina considera como secundaria y de manera despreciativa la cultura femenina; existe jerarquización. Los hombres detentan lo formal y lo público: están en el concejo municipal, representan a su familia en las instancias públicas aldeanas. Las mujeres detentan lo informal y lo privado. Su dominio es el del comadreo que cumple una función social al igual que las conversaciones masculinas que tratan de lo político y de lo económico.

Un estatus femenino reconocido

Por su trabajo, por las relaciones sociales que traba, la mujer tiene un estatus eminente en la comunidad aldeana, complementario del del hombre, incluso aunque esta afirmación general deba ser matizada por las diferencias regionales. Sin embargo, «el mito de la dominación masculina» es una ideología de la comunidad aldeana[1]. Podemos preguntarnos si acaso no funciona como contrapunto del sordo temor que se atribuye a los poderes de la mujer. Ella es la que asegura la reputación de la casa por la imagen que ella da: administradora, trabajadora y hospitalaria con todos y en particular con los que frecuentan los campos y que su marginalidad hace temer. Como dice el proverbio: «Sin ser albañiles, las mujeres hacen y deshacen las casas.» Una «mala casera» lleva la casa a la ruina. Además, el hombre teme el poder difuso inscrito en el cuerpo de la mujer: un gran número de prohibiciones la rodean cuando tiene sus reglas[2]. Curando a los enfermos, dando la vida, también tiene algo de bruja, puede dar la muerte. Frecuentemente reputada como dotada de violentos apetitos sexuales, puede por ellos interponerse en el camino del hombre. Hombres y mujeres mantendrán, pues, una imagen de la autoridad masculina, tanto para darse mutuamente el cambio como para exorcizar el temor que suscita la mujer, en el terreno de lo no dicho.

En la organización tradicional de los roles en el seno del matrimonio campesino, la mujer tiene también el poder de administrar el presupuesto familiar. El poco dinero líquido que entra regu-

---

[1] Susan Rogers, «Les femmes et le pouvoir», *Paysans, femmes et citoyens*, págs. 59-138.

[2] Yvonne Verdier, «Les femmes et le saloir», *Ethnologie française*, 1976, VI, 3-4, págs. 349-364.

larmente en las finanzas proviene de la venta de los productos de la lechería o del corral y ella es la que suministra a su marido, cada semana, el dinero que necesita para su tabaco o para ir a la taberna. Cuando, después de la feria, se ha vendido un ternero o una cabeza de ganado, lleva a cabo los grandes gastos de ultramarinos o de vestidos. De manera más general, la función de la dueña de la casa es la de administrar cotidianamente los recursos alimentarios que los trabajos han amasado en una sola vez: el trigo necesario para amasar el pan, los pedazos de cerdo almacenados en el saladero. Una cualidad esencial es la economía: «Mujer ecónoma hace buena la casa», dice el proverbio.

Así pues, en la sociedad campesina, no es tanto a la madre como a la mujer activa a quien se valora, la que tiene buena salud y sabe ser prudente y administrar bien los asuntos de la familia. El trabajo femenino en el seno de la explotación agrícola es una necesidad absoluta. Ello quiere decir que hasta mediados del siglo XIX, cuando el aburguesamiento deviene masivo, la mayor parte de las mujeres estaba en el trabajo, confundidas todas las edades, desde la chiquilla hasta la abuela, cada una según sus capacidades y sus fuerzas. Lo mismo ocurría con los chiquillos, por otra parte. Es necesario recordar aquí la antigüedad del trabajo de la mujer, contrariamente a ciertas tesis que insisten en la novedad del fenómeno. En cualquier caso, una característica esencial lo distingue del trabajo femenino contemporáneo: existe una relativa armonización entre las tareas maternales y las tareas productivas. Ciertamente, no siempre resulta fácil llevar al bebé a los campos, aunque a falta de otra solución las madres llevarán la cuna y la colocarán en un rincón del campo a la sombra de un árbol o de una gran sombrilla. Caso contrario, en la casa, una abuela, una hermana mayor, una sirvienta cuidarán del niño. En la sociedad campesina del siglo XIX, pues, no hay contradicción, en todo caso no hay dificultad en conciliar la tarea maternal y el trabajo (es cierto que al precio de fatigas inmensas que han llevado a una edad prematura a miles de mujeres a su sepulcro).

Diversidad de modelos regionales y culturales

Dentro de este esquema general, las distinciones se operan según el modo de aprovechamiento, el tamaño de la explotación, el tipo de producción, etc. El trabajo femenino, en el interior de una misma región considerada culturalmente homogénea, puede cubrir la gama de situaciones de una mujer trabajando cotidianamente en los campos, durante todos los momentos, a la de la dueña de la explotación que supervisa y dirige, teniendo la mano firme en la cocina, el corral, el huerto. Percibimos inmediatamente la diversidad de situaciones y de actitudes: grados diferentes de fatiga y sus implicaciones sobre la salud; serenidad o angustia frente a un futuro asegurado o precario.

Es necesario tener en cuenta también las normas culturales propias de cada región, preguntándose por cuáles son las razones de estas diferencias. Son conocidas la mujer del sur de Francia, más bien encerrada en su interior doméstico, y la mujer del oeste, sobre todo en Bretaña, casi igual al hombre. El lugar asignado a la mujer en el sistema social en general, y la práctica de las reglas sucesorias en particular, son a la vez causa y consecuencia de esta situación.

En el oeste, se destaca que la mujer tiene un derecho igualitario sobre el patrimonio familiar. En el sur, el sistema de la casa, fundamentalmente patrilineal, le asigna un lugar secundario: en cierta medida, la mujer es echada de la casa paterna, excluida por dotación del patrimonio familiar. La pequeña cantidad de dinero que se le atribuye en el momento de su matrimonio le priva de todo derecho a los bienes propios de la casa. Además, la regla de residencia patrilocal —la joven casada va a vivir a casa de los padres de su esposo— hace de ella una extranjera en su morada. Sometida a su suegra, tendrá que esperar a serlo a su vez para poder decir su propia palabra.

El modo como se articulan lo privado y lo público, lo doméstico en relación a la explotación en general, explica también el grado de autoridad del que puede disfrutar la mujer. En la sociedad siciliana, por ejemplo, las mujeres no realizan ningún trabajo en los campos, y, recluidas en su casa, no tienen papel exterior. Este ejemplo no significa en cualquier caso, *a contrario,* que la mujer que trabaje tenga siempre un papel público preponderante. Se le reconoce generalmente la autoridad sobre las cosas domésticas, una complementariedad con su esposo en el compartir la administración de la explotación, pero su papel fuera de la casa varía ampliamente según las cul-

turas. Está determinado por la importancia relativa de lo doméstico. Cuando éste aparece preponderante como en Lorena, Bretaña o en Borgoña, la mujer puede asentar su autoridad. Cuando es la casa con sus campos, sus derechos sobre los espacios comunitarios, la que constituye una entidad que se transmite intacta de generación en generación, lo doméstico tiene mucha importancia y, consecuentemente, la mujer ocupa un lugar secundario: debe realmente obediencia al jefe de la explotación, al señor de la casa. No hay que subestimar la diversidad de estos modelos regionales: marca tan profundamente una cultura que todavía hoy se observan las consecuencias sobre el estatus femenino.

Todo lo que precede se desprende más bien del modelo o de la regla que de la práctica. No puede pretenderse que cada matrimonio se comporte de esta manera, pero cualquier comportamiento está referido y se encuentra sancionado por la juventud en caso de desviación grave.

Profundos cambios

El matrimonio campesino, como los demás, va a privatizarse y a considerar cada vez más que las relaciones entre esposos sólo incumben a ellos mismos. Al mismo tiempo, las relaciones van a transformarse por el hecho de la evolución de la naturaleza de los trabajos agrícolas, a pesar de las falsas apariencias del campo eterno.

En los años cincuenta, la introducción del capitalismo en la economía agrícola obliga a una reorganización del trabajo que priva cada vez más a la mujer agricultora de sus responsabilidades. Aunque ella haya sido a menudo el motor del progreso de la explotación, empujando a su marido a modernizar el equipamiento, ve el progreso técnico volverse contra ella y excluirla de las tareas de producción. Se le confía la contabilidad que, a menudo, se reduce a la facturación; sirve de auxiliar para las diversas tareas, y cada vez más, la agricultora se convierte en una mujer de interior replegada sobre sus tareas domésticas que absorben más tiempo que en el pasado. Incluso si dispone de electrodomésticos, está sola para manejarlos, y sometida a la presión de los medios de comunicación de masas que saben subrayar a la vez la desvalorización de las tareas domésticas y promover el sobremantenimiento de la casa. La mujer rural se dedica también a la educación de sus hijos y, al igual que la mujer burguesa, pierde el estatus atribuido al ejercicio de una profesión. En lo sucesivo, las condiciones del trabajo agrícola crean, como en la ciudad, un conflicto entre las tareas profesionales y las domésticas: difícilmente puede ayudarse a los hijos a hacer sus deberes cuando hay que ordeñar; no se les puede cuidar cuando hay que efectuar, prácticamente en cadena, el embalaje de los frutos destinados a la expedición de un tren que no esperará. Aunque muchas mujeres de agricultores ejerzan una actividad diferente (asistencia social, institutriz), les resulta difícil a veces no ceder a las demandas de la explotación.

Familias artesanas y comerciantes

La comunidad aldeana también está constituida por grupos domésticos cuya actividad principal no está basada en la agricultura. El herrero, el carretero, el alfarero, el almadreñero trabajan para la aldea. Los tejedores, los cuchilleros producen en familia, para un mercado exterior precapitalista que condiciona su nivel de vida en la medida en que la ley de la oferta y la demanda fija el salario. Poseen o alquilan un pequeño lote de tierra y son, por tanto, un poco agricultores. Los historiadores designan esta familia con el término de «protoindustrial».

La organización de las familias artesanas ofrece un modelo intermedio entre la familia campesina y la familia obrera. Con la primera tienen lazos de parentesco y comparten una comunidad de valores, de la segunda prefiguran en ciertos aspectos la distribución de los roles. El salario permite una mayor independencia de los cónyuges en relación a sus padres; además, las condiciones económicas y sociales de trabajo crean las condiciones de una división de los roles relativamente igualitaria. Los hombres entran en la casa y las mujeres pueden salir. Como dice Hans Medick:

> La situación protoindustrial está caracterizada por un alto grado de asimilación en las funciones de producción entre los hombres y las mujeres. En Alemania encontramos mujeres en la cuchillería, en la fábrica de clavos como productoras y organizadoras de la comercialización de productos industriales tan frecuentemente como hombres hilanderos o fabricantes de encajes. Algunas veces, las necesidades económicas llevan a una inversión de los roles tradicionales, las mujeres

producen mientras que los hombres cocinan. Esta inversión se prolonga al terreno simbólico: las mujeres bebían y fumaban en público, y durante las revueltas del hambre eran las más feroces y las más violentas[3].

El trabajo en el seno del grupo doméstico artesano está fundado, quizá más estrechamente todavía, sobre la célula de trabajo marido y mujer (no hablamos aquí de los hijos de los que se conoce el importante papel en la producción agrícola y artesanal). Tejedores atados los dos a su oficio —el marido tejiendo el pesado paño de Elbeuf, la mujer los pañuelos de hilo sobre un material más ligero, tal como lo habíamos observado en Vraiville en Eure—, equipos conyugales de cuchilleros, etc., deben sumar dos salarios con el fin de asegurar las sobrevivencia de la familia. Si, en la familia agrícola, la asociación hombre-mujer puede no ser marido y mujer, sino madre-hijo, hermano-hermana, en la familia artesana la asociación de producción no es otra que la familia, en la ausencia de un patrimonio que retengan conjuntamente los padres. Asimismo, puede proponerse la hipótesis de que la sucesión de las segundas nupcias sería más rápida entre los artesanos que entre los agricultores, hasta tal punto es indispensable el trabajo de una mujer que sea la esposa de su marido. Por otra parte, estos matrimonios continúan estando sometidos a la comunidad aldeana de la que comparten los valores y sufren el control: abandonando su oficio de tejedor durante el verano, los hombres participan en los trabajos de la cosecha, en el marco del sistema de ayuda recíproca tradicional. En el tiempo de los grandes trabajos del verano, los tejedores de Avesnes-les-Aubert eran obligados a abandonar sus oficios de tejedor para contratarse en otra región. Todo el grupo doméstico partía: éste es el caso extremo de proletarización familiar, en el marco tradicional del artesanado. En Avesnes-les-Aubert se observa, por otra parte, una especialización técnica de las tareas en el seno del grupo doméstico, las mujeres hacían el devanado para los tejedores de la familia[4].

El trabajo femenino resulta igualmente esencial en los pequeños comercios artesanales de las ciudades. Si tomamos el ejemplo del camino profesional de los inmigrados que subían de Aubrac a París, la necesidad de un matrimonio coincide con la de la instalación. La mujer en el mostrador del café, el marido repartiendo leña y carbón en el invierno, y panes de hielo en el verano: una asociación tan indispensable en el terreno del trabajo como en el del capital. Como señalaba una encuesta, en este oficio «hace falta ser dos y bien juntos»[5], y la pertinencia de esta afirmación se extiende a todos los comercios de alimentación de los siglos XIX y XX y a las profesiones artesanales del Antiguo Régimen, de la aldea o de la ciudad, en las que la cooperación entre marido y mujer es indispensable. Entre los herreros, la mujer está en el mostrador, y su actividad complementaria alrededor de la vaca o del corral es fundamental para la sobrevivencia de la familia. Así pues, la sociedad agrícola está basada sobre una asociación de trabajo de los dos sexos; la sociedad protoindustrial se caracteriza por una fuerte integración de los roles de producción masculinos y femeninos. La industrialización masiva no ha trastornado este esquema: siempre se observa una continuidad en el trabajo de la mujer, ya sea que se ejerce en la unidad de producción, de ahora en adelante separada de la familia, o en el seno de la célula conyugal en tanto que trabajo doméstico.

Familias obreras

La sociedad industrial introduce una ruptura fundamental nueva entre el lugar de residencia y lugar de trabajo. En lo sucesivo, en numerosas familias, marido y mujer están físicamente separados durante la mayor parte de los días y de las semanas. Las mujeres no saben lo que hacen sus esposos, ni lo que ganan, los hijos no pueden adquirir un saber técnico como lo hacían antaño observando a su padre. La organización de la producción escapa al grupo doméstico y pasa entre las manos de los propietarios del capital y de sus agentes. En este contexto, parece exacto afirmar que el grupo doméstico pierde sus funciones productivas, al igual que la función educativa que asumía en el contexto antiguo.

[3] Hans Medick, «The Proto-Industrial Family Economy: The Structural Function of Household and Family during the Transition from Peasant Society to Industrial Capitalism», *Social History*, 1976, 3, págs. 291-315.

[4] Louise Tilly, «Vies individuelles et stratégies familiales», *Bulletin de la Société d'ethnologie Française*, 7, 1979.

[5] Jean-Luc Chodkiewicz, «L'Aubrac à Paris», en *L'Aubrac*, tomo IV, París, CNRS, 1973, pág. 226.

Evolución del trabajo femenino

Sugiriendo este esquema de la evolución de los roles en el seno de la familia obrera en medio urbano —esquema que tiene el mérito de proponer una dinámica general—, borramos un determinado número de evoluciones intermedias que las pacientes investigaciones de historiadores, que no desechan el análisis de espesos censos urbanos, han tenido el mérito de poner al día desde hace algún tiempo. Relacionando demografía, economía y relaciones en el seno de la familia, percibimos cómo estos niveles son interdependientes y con qué prudencia hace falta proceder en el estudio del cambio familiar: según la naturaleza del trabajo, las relaciones en el seno de la familia y las relaciones de la familia con la sociedad serán diferentes.

Descartemos de entrada un prejuicio propio de algunas de nuestras ideologías feministas: el trabajo femenino en la ciudad no es un fenómeno contemporáneo. Las mujeres han aportado su fuerza de trabajo en todos los momentos del desarrollo industrial: en porcentaje de la población activa total, la fuerza de trabajo femenina presenta una estabilidad remarcable, y en porcentaje de la población femenina, un ligero descenso.

Este «decrecimiento tendencial de la actividad femenina desde el inicio del siglo» se acompaña de un desplazamiento en las categorías de empleo; el número de mujeres empleadas en la industria ha disminuido en 0,3 millones entre 1906 y 1962, y la proporción de las empleadas en el sector terciario no ha cesado de aumentar. Por último, solamente a partir de 1962 ha vuelto a aumentar de nuevo el nivel de la actividad femenina[6].

Como han mostrado Louise Tilly y Joan Scott, en su obra *Women, Work and Family,* las condiciones de trabajo de las mujeres y de las familias variaban considerablemente de un sector industrial a otro, lo que afectaba directamente a las tareas y a la estructura de los roles en el seno de la familia. La fuerza de trabajo femenina era en su mayor parte la de las jóvenes solteras, pues el trabajo en la fábrica era difícilmente compatible con las cargas de la vida familiar de las mujeres casadas y madres. Aquellas que se emplean en la fábrica lo hacen por necesidad absoluta de un segundo salario para completar los ingresos insuficientes, o en los casos de crisis familiar (enfermedad del padre).

Acumulación de salarios en la familia obrera

En los inicios de la industrialización, la unidad familiar obrera constituye, al igual que la de los campesinos y artesanos, una unidad económica integrada, en la cual deben fundirse diferentes salarios. Marido, esposa, adolescentes, niños (en la medida en que la legislación no prohíbe su trabajo) juntan sus salarios. En este contexto, el trabajo femenino está estrechamente ligado al ciclo de la vida familiar. Después de la relativa prosperidad de los primeros años de vida conyugal en que los dos salarios se suman, el trabajo en la fábrica se hace difícil para las madres de niños de corta edad. Estas mujeres tienen que elegir entre abandonar su trabajo profesional, difícilmente conciliable con la función maternal, y sufrir una disminución catastrófica de los ingresos de la familia, o trabajar en condiciones precarias. Muchas mujeres adoptan la primera solución y se quedan en el hogar.

Las chicas jóvenes solteras son, sobre todo, las que son empleadas en las fábricas textiles. Sin embargo, queda siempre un porcentaje de mujeres para las cuales el trabajo en la fábrica es indispensable, 14,3 por 100 en Roubaix, 19,3 por 100 en Anzin.

Cuando no trabaja en la fábrica, la mujer busca a veces algún otro complemento de salario: por ejemplo, en Londres, la disminución de la mano de obra femenina corresponde al aumento del número de pensionistas.

En otras ciudades obreras, las mujeres casadas se empleaban en los sectores no industrializados: eran lavanderas, arrendatarias de cafés[7], hacían jornadas de limpieza o bien tomaban trabajo a domicilio. Se observa un aumento de este tipo de trabajo, hacia finales del siglo XIX, sobre todo por medio de la máquina de coser. Si esta mecánica aparece como la aliada de la mujer burguesa en sus tareas tradicionales, «la costurera de hierro» es el instrumento del capitalismo exterior en el seno del hogar. Por un escuálido salario de apoyo, sujeta a su máquina, la mujer reencuentra

[6] *La Famille,* París, Hachette, 1975, págs. 111-113.

[7] Louise Tilly y Joan Scott, *Women, Work and Family,* pág. 125.

El trabajo de la mujer y de los hijos según la presencia y las edades de los hijos, en Roubaix y Anzin en 1872

Edad del hijo	Mujeres en el trabajo (%)	Hijos en el trabajo (%)
Roubaix 1872		
Familias con 0 hijos	34,1	—
Familias con hijos, el más joven con menos de 5 años	14,3	21,7
Familias con hijos, el más joven entre 5 y 11 años	10,6	51,5
Familias con hijos, el más joven entre 12 y 17 años	8,7	82,1
Familias con hijos, el más joven con más de 18 años	4,3	89,9
Anzin 1872		
Familias con 0 hijos	22,0	—
Familias con hijos, el más joven con menos de 5 años	19,3	36,8
Familias con hijos, el más joven entre 5 y 11 años	7,3	69,1
Familias con hijos, el más joven entre 12 y 17 años	13,7	75,8
Familias con hijos, el más joven con más de 18 años	14,3	85,7

Fuente: L. TILLY, «Structure de l'emploi, travail des femmes et changement démographique dans deux villes industrielles: Anzin et Roubaix 1872-1906», *Le Mouvement social,* 105, octubre-diciembre, 1978, pág. 45.

su postura y su función tradicional, fija la imagen simbólica de la mujer disciplinada (en la actualidad la misma imagen se prolonga en la de la mecanógrafa pegada a su máquina de escribir). Con el desarrollo de la industria de la confección, muchas mujeres obtienen de su máquina el dinero necesario para el reembolso del instrumento de su dominación y con que completar el salario del marido. Para llegar a este escaso ingreso hay que trabajar jornadas enteras, a veces hasta avanzada la noche. Ésta es la razón por la que, a principios del siglo XX, se ve a las mujeres volver a la fábrica, que parece preferible a los tormentos que impone el trabajo a domicilio —estas mujeres serán engullidas enseguida en las fábricas de guerra[8].

A partir del momento en que los hijos pueden trabajar es cuando la situación de la mujer y del grupo doméstico se hace menos crítica. Desde la edad de ocho años, los hijos deben contribuir a los gastos de la familia.

La integración de la familia se prolonga a veces hasta en el trabajo profesional. Padres e hijos trabajan a menudo en la misma fábrica, en el mismo taller, en equipo. Éste es el caso de la industria textil en Francia. He aquí el ejemplo de la familia Metigy que trabaja en Tourcoing en 1853. El padre, José, de cuarenta y tres años, es hilador; sus tres hijos, de dieciséis, catorce y trece años, y su hija, de veintiuno, son cosedores. Entre los cinco ganan 46,50 francos que son entregados al padre[9]. La mujer no trabaja. Las chicas jóvenes que trabajan residen, en efecto, con sus padres; su salario, insuficiente para vivir independientemente, está concebido por los empleadores precisamente como un salario de apoyo. El proceso de proletarización ha reforzado, pues, temporalmente, la integración del grupo doméstico obrero.

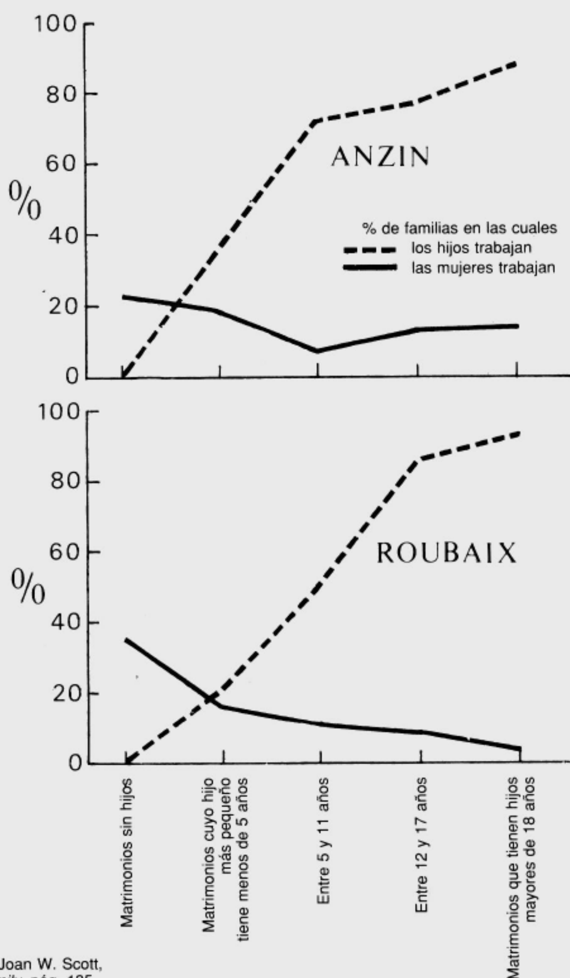
La mujer, ¿eje de la familia obrera?

Que la mujer ocupe un empleo asalariado o que permanezca en la casa, su rol dentro de la familia obrera siempre aparece como eminente. En el contexto de pobreza que conoce la economía de la familia, su rol tradicional de buen ama de la casa, de administradora capaz, también es importante, si no más, que en el medio rural, puesto que no siempre dispone de las ayudas que suponen el corral y el huerto. Si hay huertos, lo que es el caso en algunas ciudades obreras, su cuidado y la sociabilidad que le acompaña se convierten en un privilegio masculino, mientras que en el campo el huerto era el privilegio de la mujer. Es responsabilidad de la mujer administrar el presupuesto, equilibrarlo, obtener crédito de los comerciantes, alimentar a todo el mundo. Las

[8] Michèle Perrot, «De la nourrice à l'employée», pág. 5, y «Machine à coudre et travail à domicile», págs. 161-164, *Le Mouvement social*, octubre-diciembre, 1978, 105.

[9] Louise Tilly y Joan Scott, *op. cit.*, pág. 113.

Ciclo de la vida familiar. Modelo de empleo respectivo de las mujeres y de los niños en Anzin y Roubaix en 1872



Fuente: Louise A. Tilly y Joan W. Scott, *Women, Work and Family*, pág. 135.

tareas domésticas son particularmente pesadas, puesto que no hay ayuda como en el medio rural. Además, los hijos adolescentes y hasta su matrimonio permanecen en la familia. Asimismo, la madre debe proporcionar el sostén afectivo a los miembros de la familia. El padre, reducido al rol de asalariado, no puede ejercer una influencia que equilibre el personaje de la madre. No puede transmitir a sus hijos un patrimonio social, un conocimiento técnico o una seguridad en el empleo.

El declive del estatus masculino en el seno del grupo doméstico no comporta, por otra parte, una necesaria revalorización del estatus de la mujer. Quizá sea la imagen de otro hombre la que se impone, tío o abuelo. Además, hay que evitar idealizar la imagen de la mujer obrera. Yvonne Knibielher y Catherine Fouquet, en *Histoire des mères*, subrayan más bien los efectos destructores de la industrialización sobre sus saberes tradicionales:

> La industrialización va a producir, por grupos enteros, un nuevo tipo de madres, que trabajan fuera de sus casas de doce a catorce horas diarias y que vuelven a casa extenuadas, azoradas, exasperadas, a veces incapaces de asumir las tareas maternales y domésticas más elementales. Lo que es nuevo no es que el trabajo

dispute la madre a sus pequeños (también ocurría esto a menudo en el campo), es el carácter masivo, colectivo, deslumbrador del fenómeno. Las campesinas, las granjeras trajinaban a veces otro tanto, pero cada una en su casa, y con pocos testigos, con la excepción de algunos médicos, tomaban conciencia de su común fatiga. Ahora, la fábrica y los cuchitriles reúnen a estas desgraciadas y dan a su miseria una dimensión escandalosa (pág. 245).

La sociabilidad femenina tradicional, por la cual transitaban los saberes femeninos, se encuentra destruida. Ahora bien, éstos concernían a todos los aspectos del hogar, cocina, entretenimiento de la ropa, cuidados a los hijos, etc. Si estas prácticas a veces eran consideradas «supersticiosas» en medios campesinos por los observadores, no por ello dejaban de transmitirse, imponiéndose como si vinieran de la noche de los tiempos. La situación cambia totalmente en la ciudad, en donde la oposición entre comportamiento femenino obrero y saber culto y burgués es demasiado visible. Desde entonces, en lugar de divertirse, los observadores son francamente hostiles en relación con las costumbres de las obreras. Se ven forzados a constatar que las mujeres se han aculturado. A finales del siglo, las críticas se acumulan:

Las obreras no saben ni coser, ni remendar, ni preparar una sopa, ni cuidar a sus hijos. Que el trabajo industrial, agobiante como era, haya destruido los antiguos saberes femeninos y las virtudes domésticas, no resulta nada sorprendente. Lo peor es que no ponía nada en su lugar, que dejaba a las mujeres, a las madres, totalmente indigentes, acusadas de negligencia (pág. 254).

Un doble modelo

Frente a este estropicio humano y social, los filántropos y los médicos se esfuerzan en devolver a la mujer a casa, definitivamente. El desarrollo del nivel de vida les ayuda. Se observa una estabilización de la clase obrera, una integración en la ciudad, hacia finales del siglo, que pasan por su «familiarización», escribe Alain Corbin en *Les Filles de noce* (págs. 278-279).

Después de medio siglo de desarraigo, importunado entre una cultura campesina olvidada y una cultura burguesa no aprendida, el obrero se asienta. Visto desde el exterior, su situación se normaliza, su fecundidad se reduce, aspira a una educación para sus hijos, pero la mujer obrera pierde su estatus; y con el desarrollo de la sociedad de consumo se retira definitivamente del mercado del empleo. Las tareas se separan netamente en el seno de la familia: el hombre se convierte en el único que gana el pan, y la mujer, madre de hijos menos numerosos, mejor cuidados y mejor educados, se consagra a su hogar.

El marido solo asume toda la identidad social del grupo doméstico. La mujer se convierte en el interlocutor privilegiado del padre, del médico, y más tarde de los medios de comunicación de masas. Quizá sea la época en la que se observa una más fuerte segregación de roles. El marido no efectúa ninguna tarea doméstica, pasa la mayor parte de su tiempo libre fuera del hogar, en el bar o en la pesca, la mujer se acerca a menudo a su madre, mientras que las relaciones entre marido y mujer son bastante distendidas.

A falta de estudios suficientemente numerosos, nos hemos visto obligados a proponer una imagen contrastada de la distribución de roles en el grupo doméstico obrero. Según algunos autores, el matrimonio de compañerismo que asocia sobre una base de igualdad a los esposos habría nacido en la familia obrera. Otros, como M. Young y P. Willmott, en *Family and Kinship in East London,* sostienen, por el contrario, que la autoridad masculina, mito de la familia campesina, se convertirá en la realidad de la familia obrera con su secuela de desviaciones sociales: brutalidades, embriaguez de los maridos. Estas dos imágenes son verosímilmente pertinentes, en contextos diferentes.

Familias burguesas

Una separación acentuada de roles y de estatus

El burgués trabaja o administra el capital. Sobre él descansa la representación social. Incluso, aunque la mujer haya aportado una dote importante —y sabemos que el matrimonio burgués es un matrimonio de interés, de establecimiento—, el esposo sólo tiene la responsabilidad de los bienes de la familia. En el sentido literal y en el figurado, la burguesa es una incapaz. Descargada del trabajo doméstico, su función principal es la de ser ama de casa, remarca Anne Martin-Fu-

gier[10]; organiza, manda a los criados en número más o menos grande, según el nivel social del matrimonio, pero siempre presentes, como consecuencia de sus débiles salarios. El trabajo material que efectúa la mujer obrera o campesina y que constituye su orgullo le es ahorrado. Así pues, resulta secundaria, degradante y se encuentra relegada al rango de las bajas tareas.

Cada vez más, el rol fundamental de la burguesía en el siglo XIX es el cuidado de los hijos, su función maternal. Ya lo hemos evocado en el capítulo precedente. Cuidando a los más pequeños, pero a menudo con la ayuda de una nodriza, es más bien la educadora, la que forma el corazón y el espíritu de sus hijos. Sublimada en la maternidad, la mujer se encuentra relegada al segundo rango en el seno de la pareja conyugal. La idealización romántica del personaje de la madre la vuelve intocable. Théodore Zeldin escribió a propósito de las mujeres en su *Histoire des passions françaises:*

> El culto de la pureza las hacía inaccesibles; no se podía, pues, en tales circunstancias buscar el placer sexual con aquellas que estaban dedicadas a la maternidad (pág. 340).

La mujer es víctima de los discursos religiosos, según los cuales la castidad es el mejor estado, y la sexualidad un mal menor a condición de que sirva a la procreación. Además, añade Zeldin:

> El clérigo describía al marido como teniendo necesidades sexuales y a la mujer como sometiéndose (...) una vez cumplida la procreación, la continencia por mutuo consentimiento de los esposos era deseable (...). Una mujer debía ser, ante todo, una madre dedicada a la educación cristiana de sus hijos (pág. 347).

La Iglesia contribuye mucho a la propagación de la imagen de la maternidad sublimada. El siglo XIX ve florecer el culto mariano, con sus asociaciones femeninas piadosas. Exaltar a María es disociar lo que es nefasto, la sexualidad, de lo que está bien, la maternidad. Desde la Restauración, los sacerdotes se alían con la mujer en el seno del matrimonio. La cuestión religiosa, a menudo, es motivo de discordia entre los esposos, y la mujer es la única responsable de la educación religiosa de los hijos. Sin embargo, añade T. H. Zeldin, esta alianza con la religión no le resulta benéfica:

> La mujer aparecía como el instrumento de la dominación de los curas, de tal modo que, en el siglo XIX, la tendencia a considerarla como una especie inferior se reforzó en lugar de atenuarse (pág. 341).

La sexualidad femenina, situada bajo el signo del deber, vuelta imposible por el culto de la pureza, se encuentra igualmente constreñida por el control de los nacimientos, *coitus interruptus* frustrante, o continencia. La ascesis de la que hablan numerosos historiadores para calificar las prácticas sexuales del matrimonio burgués parece sobre todo un hecho femenino. Los estudios sobre la prostitución ponen de manifiesto el reverso de esta imagen. Alain Corbin muestra la evolución de la demanda de prostitutas en el siglo XIX. En la primera mitad, son los obreros los que recurrieron al amor venal. Cuando se «familiarizan», recurren con menos frecuencia al burdel. Después de 1850 es la demanda burguesa la que se hace más apremiante. Son los «gastos del señor» (pág. 287).

La mujer, instrumento de representación y de relaciones sociales

Los estudios recientes tienen la tendencia a reducir el rol de la burguesa del siglo XIX al de madre. La mujer organiza también la vida mundana, y esto es tanto más cierto cuanto más se eleva en las clases sociales. Sale, se viste, hace gastos de tocador que no son sólo el signo de su frivolidad. Tiene un rol social importante, tanto o más que su marido, comprometido en una vía profesional, desea hacer carrera y ascender los peldaños de la escala social. Al casarse, y se sabe con qué cuidado, el hombre ha desposado una red de alianzas y de relaciones. La mujer, liberada de sus tareas domésticas por las criadas, de sus tareas maternales por las nodrizas, los preceptores y las instituciones escolares, juega un papel capital activando relaciones de alianza, de parentesco y de amistad. En las clases obreras, la mujer que permanece en el hogar asegura la reproducción de la fuerza de trabajo que su marido intercambia en el mercado contra un salario. En los medios acomodados, la carrera del esposo se forja en parte so-

[10] Anne Martin-Fugier, «La maîtresse de maison», en *Misérable et glorieuse, la femme du XIX siècle*, págs. 116-134.

bre la vida social y cultural de la mujer, cuyo empleo del tiempo le permite visitas, bailes, que tienen su «día» en el que ella recibe a sus amigas con las que sus maridos vienen a juntarse. La necesidad de esta vida mundana se explica en parte por la movilidad social propia del siglo XIX: es necesario consolidar las ascensiones rápidas, luchar contra la posibilidad de un declive. Sin embargo, continúa siendo indispensable en nuestros días con el desarrollo del sector terciario cuyos cuadros son reclutados según su capacidad de trabajo. Como lo destacaba Jane Marceau:

> La carrera de un obrero no depende de lo que pasa en su familia y fuera de su trabajo. En un trabajo puramente productivo sólo se tienen en cuenta los criterios de productividad. Pero, en el medio de los cuadros, la productividad es más difícil de juzgar. Su mujer, su red social y parental que ella puede cultivar porque dispone de tiempo, es una garantía social importante para el marido[11].

Diferencias sociales

La burguesía del siglo XIX no es una clase homogénea. En mutación geográfica y social, a veces aculturada, esta categoría de límites imprecisos agrupa matrimonios cuyas relaciones conyugales son a veces diferentes de las que acaban de ser descritas y que caracterizan más bien una burguesía media y superior.

El hecho de que la mujer no tenga una actividad profesional no siempre supone una dominación masculina. La mujer puede ocupar un lugar preponderante en el seno del grupo doméstico, aunque el marido sea a la vez el único que salga a la sociedad y aporte un salario. Estudiando las clases medias de un barrio de Chicago-Union Park en los años 1880, Richard Sennett muestra, en *La Famille contre la ville,* que el repliegue sobre el grupo doméstico nuclear, lo que él llama *intensive family,* coincide con la desaparición del padre. Poco dinámico en su actividad profesional, es incapaz de preparar a sus hijos a adaptarse a una ciudad que en pocos decenios se convierte en una gran metrópoli urbana. No más que el obrero, no puede proporcionar a sus hijos la imagen de un padre con una actividad profesional definida ni una identificación social. El rol preponderante dentro del grupo doméstico vuelve a la mujer: psicológicamente estable, proporciona un modelo de referencia. Richard Sennett muestra también que los grupos domésticos extendidos en los cuales cohabitan varios adultos asalariados, además de los padres, son más aptos que los grupo domésticos nucleares para dar a los hijos el dinamismo necesario para adaptarse a un mundo en plena mutación. La estructura de los roles en el seno de la familia explica, quizá, este disfuncionamiento: numerosos ejemplos literarios del siglo XIX ponen en escena el personaje insustancial del padre y la figura dominante de la madre.

Así pues, una actividad profesional no es necesaria para asentar el estatus femenino. A la inversa, algunas mujeres de la burguesía trabajaban. Por ejemplo, las mujeres de las grandes familias burguesas del textil del norte controlaban las cuentas del establecimiento, y tenían una imagen social que salvaguardar en una sociedad en la que coexistían sin intermediarios burgueses y obreros.

---

[11] Jane Marceau, «Le rôle des femmes dans les familles du monde des affaires», en *Les Femmes dans la société marchande,* bajo la dirección de Andrée Michel, París, PUF, 1978, págs. 113-124.

ORIENTACIÓN BIBLIOGRÁFICA

La familia campesina

Además de las obras de Philippe ARIÈS y Edward SHORTER, ya citadas:

ROGERS, Susan, «Les femmes et le pouvoir», en *Paysans, femmes, citoyens,* «Le Paradou», edit. Actes Sud, 1980, págs. 59-138.

SEGALEN, Martine, *Mari et femme dans la société paysanne,* París, Flammarion, 1980.

VERDIER, Yvonne, *Façons de dire, façons de faire,* París, Gallimard, 1979.

ZONABEND, Françoise, *La Mémoire longue,* París, PUF, 1980.

La familia burguesa

CORBIN, Alain, *Les Filles de noce,* París, Aubier-Montaigne, 1978.

Misérable et glorieuse, la femme du XIXᵉ siècle, presentado por Jean-Paul ARON, París, Fayard, 1980.

SENNETT, Richard, *Families against the City,* Cambridge, Harvard University Press, 1970, publicado en francés con el título *La Famille contre la ville,* París, «Encres», edit. Recherches, 1980.

ZELDIN, Théodore, *Histoire des passions françaises. Ambition et amour,* t. I, París, Encres, 1978.

La familia obrera

LEQUIN, Yves, *Les Ouvriers de la région lyonnaise, 1848, 1914,* Lyon, Presses Universitaires de Lyon, 1977, 2 tomos.

PITROU, Agnès, *La Famille dans la vie de tous les jours,* Toulouse, Privat, 1972.

PORTET, François, *L'Ouvrier, la terre, la petite propriété: jardins ouvriers. Logement social: 1850-1945,* Le Creusot, Ecomuseo, 1978.

THOMPSON, Edward, *The Making of the English Working Class,* Nueva York, Pantheon Books, 1958 (versión española: *Formación de la clase obrera en Inglaterra,* Barcelona, Crítica, 1989).

TILLY, Louise, y SCOTT, Joan W., *Women, Work and Family,* Nueva York, Holt, Rinehart and Winston, 1978.

«Travaux de femmes dans la France du XIXᵉ siècle», presentados por Michelle PERROT, *Le Mouvement social,* octubre-diciembre, 1978, 105.

YOUNG, Michael, y WILLMOTT, Peter, *Family and Kinship in East London,* Londres, Routledge and Kegan Paul, 1957.

CHOMBARD DE LAUWE, Paul-Henri, *La Vie quotidienne des familles ouvrières,* París, CNRS, 1956.

HOGGART, Richard, *La Culture du pauvre,* París, edit. de Minuit, 1970.

PÉTONNET, Colette, *On est tous dans le brouillard,* París, Galilée, 1979, y sobre todo las págs. 127 a 157.

SULLEROT, Évelyne, «Des changements dans le partage des rôles», *Informations sociales,* 1977, 6-7, páginas 6-31.

VERRET, Michel, *L'Espace ouvrier,* capítulo XVI, «L'esprit de famille», París, Armand Colin, 1979.

Capítulo 9

ROLES EN EL MATRIMONIO CONTEMPORÁNEO

TEORÍAS SOCIOLÓGICAS DE LOS ROLES

Cuatro teorías, anglosajonas la mayoría, que no son directamente trasladables a la sociedad francesa, han tenido una notable influencia antes de que la historia y la antropología renovaran los estudios sobre la familia. Han inspirado numerosas investigaciones empíricas que constituyen los primeros cuerpos de datos estadísticos sobre aspectos de la vida familiar; estas teorías han alimentado igualmente la controversia contemporánea sobre la evolución de los roles en el seno de la familia, en el contexto del aumento del trabajo femenino.

La teoría parsoniana de la segregación de roles

Evocada ya en repetidas ocasiones, esta teoría tiene el gran interés de articular roles familiares y roles sociales. El padre tiene el rol «instrumental»; encargado de los contactos con el exterior, es el proveedor económico de la familia; la madre, encargada de todo lo que es afectivo, tiene el rol «expresivo».

Este modelo abstracto sólo raramente se corresponde con las prácticas familiares; ha sido violentamente criticado por las feministas y destruido por los análisis sociológicos recientes que se apoyan sobre casos concretos, como lo muestra Andrée Michel en *Sociologie de la famille et du marriage*.

La teoría de la red

El nombre de Elizabeth Bott está ligado a esta teoría desarrollada en *Family and Social Network*, en la que la autora asocia el grado de segregación de los roles a la densidad de las redes de relaciones de los esposos fuera del hogar. Cuantos más lazos estrechos posea el matrimonio con su red de parientes, amigos, vecinos, y cuanto más densa sea esta red, tanto más las relaciones entre los esposos en el seno del matrimonio estarán separadas y jerarquizadas. Por el contrario, cuanto menos densa sea la red, menos pronunciada será la segregación entre los roles masculinos y femeninos.

Elizabeth Bott explica este fenómeno en términos de presión cultural. Cuando las personas que conoce un individuo tienen una interacción intensa las unas con las otras, es decir, cuando esta red es densa, los miembros de la red tienden a tener un consenso sobre las normas, a ejercer una presión social informal apara adaptarse, tienen numerosas relaciones entre ellos y se ayudan mutuamente.

Si marido y mujer pertenecen cada uno a estas redes, y si las condiciones son tales que estas redes se mantienen, el matrimonio no hará más que sobreimponerse a las relaciones preexistentes: los esposos continuarán estando atraídos por actividades o por personas fuera de su matrimonio. Una segregación rígida de los roles conyugales será posible porque cada esposo podrá obtener apoyo fuera del matrimonio.

Por el contrario, si la mayor parte de las personas que conoce un individuo no se conocen entre ellas, cuando la red es más bien laxa, es probable que se observe una mayor variabilidad de las normas en el interior de la red. El *consensus* social y la asistencia mutua serán menos sólidos. Si estas redes continúan laxas después del matrimonio, entonces marido y mujer cumplirán conjuntamente las tareas familiares: los roles estarán menos separados y serán más igualitarios.

Esta ley de Bott, tal como la denomina Henri Mendras, en *Éléments de sociologie,* permite analizar las relaciones estructurales entre grupo doméstico, roles conyugales y sus cambios. Así, en la sociedad campesina, la parentela es densa y los roles, pues, estarán netamente más diferenciados y separados; el éxodo rural y la instalación en la ciudad comportan una relativa expansión en estas redes, se observará una indiferenciación y una mayor complementariedad en los roles; una evolución comparable se produce cuando las familias que habitan en los suburbios (en los que las redes de parentesco y de vecindad son próximas y eficaces) son realojadas en HLM, lo que generalmente les aleja de sus parientes y amigos.

La hipótesis de la familia con doble carrera[1]

Aquí marido y mujer ocupan cada uno empleos que exigen una alta cualificación y un nivel de responsabilidad comparable. Robert y Rhona Rapoport han hecho un análisis estructural de los condicionamientos que sufre este tipo de familia para articularla con los cambios sociales. ¿Cuáles son los roles de compromiso adoptados por cada matrimonio para reducir o afrontar diferentemente las tensiones y los dilemas con los que se encuentra? ¿Estos roles de compromiso no prefiguran nuevas estructuras de relaciones que inclinan mayormente hacia la colaboración? El interés de esta hipótesis radica en considerar el conjunto de los roles como un todo articulado y no distinto, tomando en consideración, a la vez, el campo profesional y el campo doméstico.

Robert y Rhona Rapoport[2] utilizan un método de análisis estructural para evaluar los nuevos comportamientos, apoyándose en una metáfora de naturaleza económica, en términos de «pérdidas» y «beneficios». Cada grupo doméstico determina si, para el mismo, vale la pena seguir el curso cambiante de la vida de una familia con doble carrera, teniendo en cuenta las tensiones engendradas de las que los autores determinan cinco tipos:

1. *Sobrecargas de roles:* los beneficios obtenidos de la doble carrera lo son al precio de una sobrecarga de roles y el matrimonio sacrificaría aquellas tareas que le resultan menos esenciales.
2. *Dilemas relativos a las normas:* sobre todo, actitud ideológica en relación a la mujer en el trabajo.
3. *Mantenimiento de una identidad personal:* si marido y mujer ejercen los mismos roles, les puede resultar difícil mantener su propia identidad.
4. *Dilemas a propósito de la red social, provocando motivos de tensión:* ¿qué beneficios y pérdidas se obtienen al frecuentar la red del cónyuge en lugar de la propia cuando hay concurrencia entre ellas?
5. *Ciclos de roles:* marido y mujer se comprometen en tres sistemas de roles: el sistema profesional de uno, el sistema profesional del otro y el sistema familiar que comparten. Cada uno de ellos tiene exigencias diferentes siguiendo la posición del rol dentro del sistema; las exigencias de cada rol difieren siguiendo la etapa de la vida familiar. Por ejemplo, un cónyuge puede preferir privilegiar en un determinado momento su rol profesional, mientras que el otro retrasa el momento de comprometerse para dedicarse sobre todo al rol familiar. Si existe un beneficio en el terreno familiar, puede haber pérdida en el plan profesional, e inversamente. Pueden enumerarse todo tipo de combinaciones entre estos diferentes roles según el doble ciclo de la vía profesional y familiar.

La hipótesis propuesta aquí sólo concierne a los matrimonios en los cuales los cónyuges ejercen los dos una actividad profesional, con igualdad de estatus y de salario, lo que es relativamente poco frecuente. Según los autores, su hipótesis invalidaría una vez más las proposiciones de Parsons, puesto que se encuentra un alto grado de satisfacción en estas familias. En cualquier caso, esta afirmación exige ser matizada: se ha constatado que el número de divorcios aumentaba con la cualificación profesional de la mujer.

Las hipótesis de naturaleza pseudoeconómica

La primera constituye una aplicación de la teoría de los intercambios internacionales de Ri-

[1] Robert y Rhona Rapoport, *Une famille, deux carrières.*

[2] Robert y Rhona Rapoport, «Problèmes de recherche dans les familles à double carrière», en *Sociologie de la famille,* bajo la dirección de Andrée Michel, págs. 231-240.

cardo. B. Lemmenecier[3] distingue dos categorías de bienes: aquellos que son producidos por el hogar y aquellos que son producidos sobre el mercado. Cada miembro del grupo doméstico, por intermediación del salario que es capaz de obtener, estima la cantidad de bienes mercantiles que está dispuesto a sacrificar, con satisfacción constante, para producir una unidad suplementaria de bienes no mercantiles a domicilio. En esta hipótesis, la segregación de los roles está explicada en última instancia por la diferencia de inversión en capital entre los dos esposos, suponiendo idénticas las restantes características del hombre y de la mujer.

El autor busca, a continuación, la correlación que pueda existir entre la segregación de los roles y la estabilidad del matrimonio. Plantea una hipótesis previa que le parece gobernar la atribución de los roles entre los esposos: la diferencia entre el nivel de instrucción de los dos cónyuges. Esta distancia, dice, afecta a los costos de oportunidad de tiempo y a las productividades domésticas entre marido y mujer, y reintroduce una nueva distribución de los roles en el seno de la pareja. El economista intenta entonces fundamentar uno de los dos puntos de vista que son diametralmente opuestos: el de Parsons y Bales, según el cual cuando la mujer trabaja, las querellas entre esposos son más frecuentes; y el de los Rapoport, según el cual las disputas son más frecuentes cuando la mujer permanece en el hogar. B. Lemmenecier construye un cuadro con dos variables económicas:

— la «*ratio* de costos de oportunidad» (salario del marido sobre el salario potencial de la esposa), deducido el costo de oportunidad de la mujer que no trabaja a tiempo completo, imputándole la tasa de salario que hubiera podido percibir en el mercado de trabajo, y la tasa de salario del marido;
— la «*ratio* de dotación en capital humano» (número de años de escolaridad del marido y de la mujer).

El autor introduce asimismo variables de carácter más sociológico: frecuencia en el número de querellas, presión familiar y social, estatus del esposo; y variables de orden externo: edad de la esposa, número de hijos, edad del benjamín, tamaño de la ciudad en la que reside el encuestado.

Midiendo la contribución de cada variable a la dispersión de las distribuciones de tiempo entre tareas asalariadas y domésticas, aparece que las diferencias de costos de oportunidad o de dotaciones en capital humano de los cónyuges dan cuenta bastante bien, si no mejor que las hipótesis avanzadas por los sociólogos, de la segregación de roles conyugales y de la estabilidad del matrimonio.

Una hipótesis de estas características tiene el interés de sustituir el aspecto subjetivo de las relaciones humanas por una cuantificación bastante rigurosa como la que se aplica a las corrientes de intercambios internacionales. Es una vía difícil: la fuerza explicativa de estos enfoques es todavía limitada, porque los roles y las relaciones son difícilmente cuantificables. ¿Podemos construir un indicador «querellas»? ¿Qué designan los esposos en esta categoría? ¿Entienden todos los esposos la misma cosa? ¿Podemos medir la insatisfacción en el seno de la pareja con el único indicador «querella»? ¿Las querellas no son también motivos de satisfacción?, etc.

El economista tiene necesidad de categorías segregadas a las cuales la realidad, mucho más matizada, no se adapta. Opone asimismo tareas domésticas y tareas profesionales como exclusivas la una en relación a la otra, cuando la práctica demuestra que los dos esposos participan siempre, más o menos, en las primeras.

Otra manera de abordar las diferentes formas de organización familiar, y en particular la división de roles en la división del trabajo en el seno de la organización doméstica, es propuesta por J. Kellerhals *et alii* en *Mariages au quotidien*, que desarrollan el paradigma del intercambio. Ésta combina una hipótesis de naturaleza económica con una dimensión cultural, pues el tipo de bienes intercambiados y la amplitud de los intercambios esperados en el seno de la pareja están culturalmente determinados. Además, una teoría así se acomoda bien a las problemáticas de la puesta en acción de una estrategia individual, que es productora, ya lo hemos dicho anteriormente, de heterogamia. Los autores describen tres normas posibles de intercambio: el principio societario en el que cada uno está retribuido en función de sus prestaciones, o paga en función de sus gastos; el principio comunitario del don y de la

[3] B. Lemmenecier, «The Economics of Conjugal Roles», en Louis Levy-Garboua, *Sociological Economics*, Londres, Sage, 1978.

puesta en común de los recursos; el principio de la perecuación según el cual los compañeros buscan el mantener una diferencia constante. Sobre la base de la observación repetida de 550 parejas jóvenes urbanas a lo largo de los primeros cuatro años de matrimonio, los autores muestran que cuanto más fuerte es la posición social de los actores sociales y cuanto más énfasis se pone en la autonomía, más limitada es la extensión del intercambio. En otros términos, es en las familias de estatus social más bajo donde se observará una mayor fusión conyugal, en la medida en que es escasa la posibilidad de adquirir poder y prestigio en otros terrenos.

La capacidad clasificatoria de estos diferentes modelos varía considerablemente; además, las tipologías de carácter pseudoeconómico no dan cuenta ni de las relaciones entre distribución de los roles y cambio social, ni de la dinámica inscrita en cualquier matrimonio[4].

Un breve repaso histórico de los factores de evolución de los roles puede permitir apreciar mejor la situación contemporánea.

Factores de evolución de los roles

Al subrayar, en el capítulo anterior, la importancia de las condiciones de trabajo, de los contextos económicos, sociales, culturales, hemos evocado implícitamente algunos de los factores que condicionan la evolución de los roles. En un terreno tan complejo como el de las actitudes resulta muy difícil decir cuál de estos factores prima sobre los demás. Todo está relacionado, y lejos de nuestra intención, en la enumeración que sigue, atribuir una prioridad a uno sobre los demás. Tampoco es posible ser exhaustivo, y no volveremos sobre determinados fenómenos tratados en otra parte, tales como el descenso de la fecundidad, que contribuyen al cabo del tiempo a transformar las relaciones en el seno de la pareja.

Los factores de evolución de los roles no son idénticos en todos los medios sociales, del mismo modo como no hacen sentir sus efectos en el mismo momento. Así pues, la limitación de los nacimientos que transforma la relación más íntima de la pareja ha tenido lugar en diferentes momentos en los matrimonios burgueses y obreros. No hay cambios lineales ni únicos. En la actualidad, todavía coexisten múltiples normas, diferentes tipos de comportamiento, incluso aunque el modelo de referencia tienda a unificarse.

Distinguiremos tres tipos de factores que conducen a un matrimonio en el que los roles tiendan a ser cada vez más compartidos.

El regreso del esposo al hogar

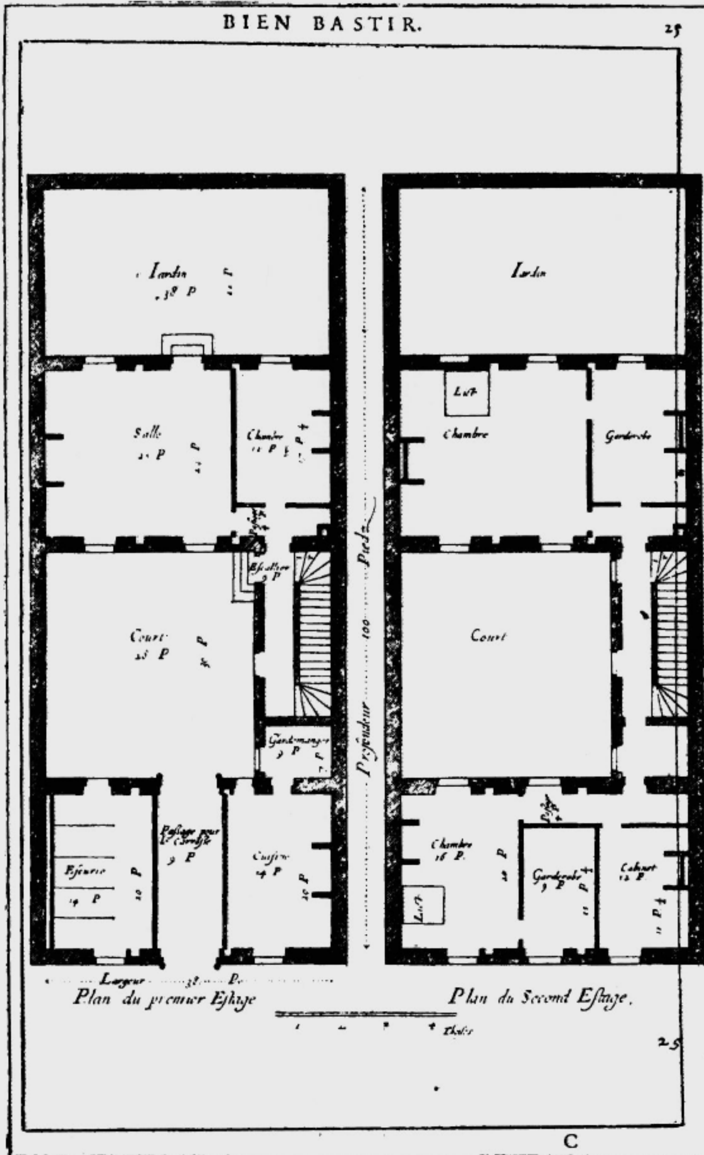
El hábitat transforma y se encuentra transformado por los cambios familiares. Sensible a los comportamientos, el espacio interior de las casas refleja y refuerza el aumento de la intimidad familiar, el repliegue de la pareja sobre sí misma, sobre todo en las categorías acomodadas, entre los campesinos en diversas épocas, y mucho más tarde entre los obreros. El examen de algunos planos de vivienda permite observar claramente esta evolución.

Sobre el plano de Le Muet, arquitecto del siglo XVII, no hay comedor, y la cocina no está junto a la «sala», cuya imprecisa designación subraya la polivalencia. Los planos del siglo XVIII muestran una relativa especialización de los espacios, pero el espacio público de recepción y el espacio privado no están todavía claramente diferenciados; el corredor que aísla no existe; hay que atravesar una serie de piezas, antecámaras y gabinetes para llegar a la habitación. La casa del siglo XIX, tal como la ve Viollet-le Duc, y tal como ha existido, separa los espacios privados y los públicos, y especializa las diversas piezas de la casa. En los interiores campesinos, por el contrario, se observa, todavía a mediados del siglo XX, la coexistencia de varios modelos. En Ploudalmezeau, en el Finisterre, la sala común alberga el sueño, la comida, el trabajo y vida social; por el contrario, en Imbsheim, en el Bajo Rin, una casa campesina mucho más acomodada se calca sobre el modelo burgués: las habitaciones están en su mayoría en el piso; la sala que sirve para las comidas y para el descanso es diferente. La coexistencia de estos dos modelos campesinos es, por otra parte, bastante antigua, puesto que encontramos granjas en las que las habitaciones están en el piso en diversas regiones de Francia, desde el siglo XVIII.

En el siglo XX, tanto en la casa individual como en el apartamento, las piezas dedicadas al

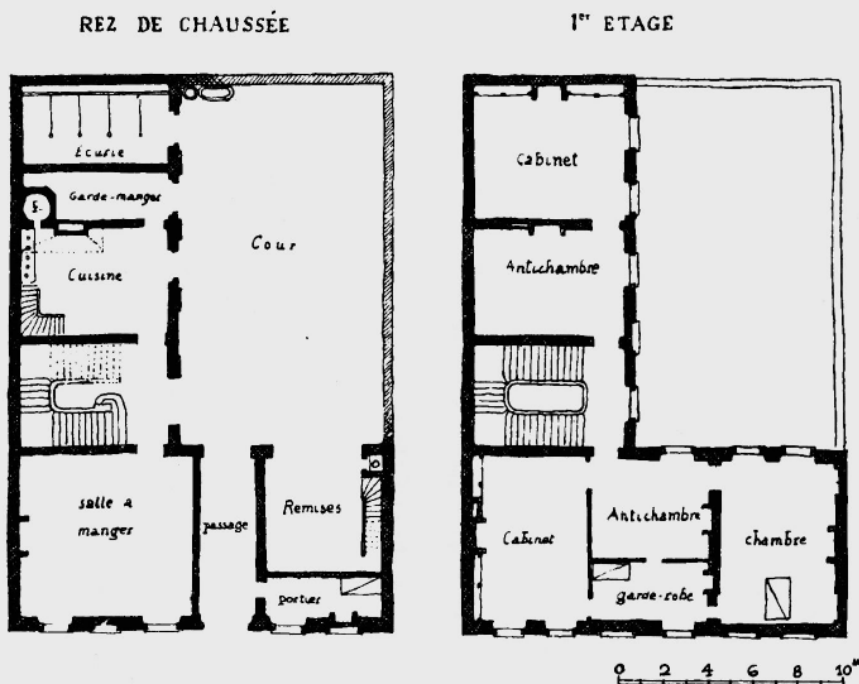
[4] Jean Kellerhals, «Les types d'interaction dans la famille», *L'Année sociologique,* 1987, 37, págs. 153-179.

Plano de una casa de ciudad en el siglo XVII, *según Le Muet*



Fuente: G. Doyon y R. Hubrecht, *L'Architecture rurale et bourgeoise,* París, Vincent Fréal & Cie, 1942, pág. 69.

Plano de un hotel particular en el siglo XVIII, *por Briseux, según la edición de Jonbert (1728)*



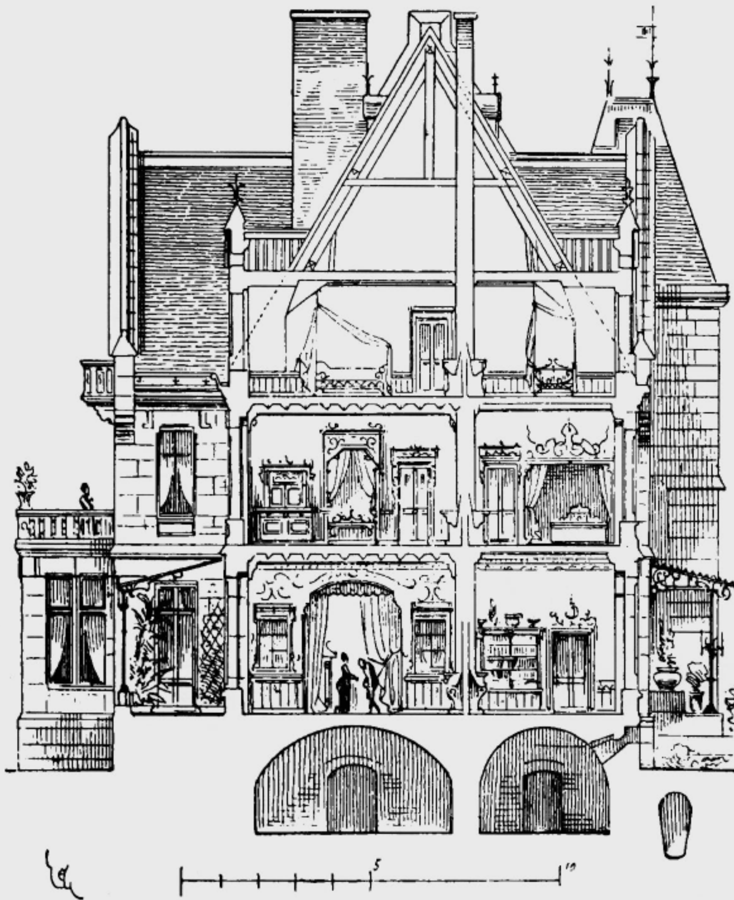
espacio privado y público son bien diferentes y están separadas.

La vivienda obrera es la que conoce más tarde estas evoluciones. Hasta principios de siglo, todo concurría a una segregación de los espacios reforzando la segregación de los roles. La vivienda exigua era un espacio femenino, el de la madre y el de sus hijos, el de la abuela. Frente a este grupo, el esposo se siente excluido y no encuentra otro lugar de descanso, después de las horas de trabajo, que en compañía de otros hombres, en el café.

El apoyo sobre la red de parentesco se ha vuelto menos necesario con el desarrollo de las leyes sociales; en lo sucesivo, en tiempos de crisis, existen otros recursos distintos de la familia. Un relativo relajamiento de las relaciones madre-hija tiene lugar, bajo la influencia de la pediatría que pone en circulación una serie de consejos, paralelos a la tradición que podía transmitir la abuela. Si algunas mujeres continúan teniendo en cuenta las opiniones de su madre, otras las rechazan en nombre de la modernidad. En la medida en que la mortalidad infantil retrocede fuertemente, la angustia de las madres jóvenes disminuye y tienen menor necesidad de sostén psicológico. La movilidad geográfica y social que separa físicamente los lugares de residencia contribuye temporalmente a aflojar las relaciones entre padres e hijos, sobre todo con la difusión masiva del automóvil.

Hay otro terreno en el que la técnica transforma las relaciones entre los esposos, el de los tiempos de ocio. En otras épocas, en los medios populares, para distraerse, era necesario salir de casa; las fiestas y los juegos urbanos, el café, el teatro y el cine ofrecían las distracciones en los escasos momentos de descanso de los que disfrutaban los trabajadores. La casa, lugar exiguo y sombrío, servía para el descanso y la comida. Gracias a la electricidad, se ilumina; se convierte en lugar de entretenimiento con la radio y la televisión. Es menos necesario salir, puesto que el mundo llega a través de la pequeña pantalla. Ésta es una revolución que puede ser mal percibida,

Corte general de una casa burguesa en el siglo XIX



Fuente: Viollet-le-Duc, *Histoire d'une maison,* París, Berger-Levrault, reed. 1978 (facsímil, 1873), pág. 182.

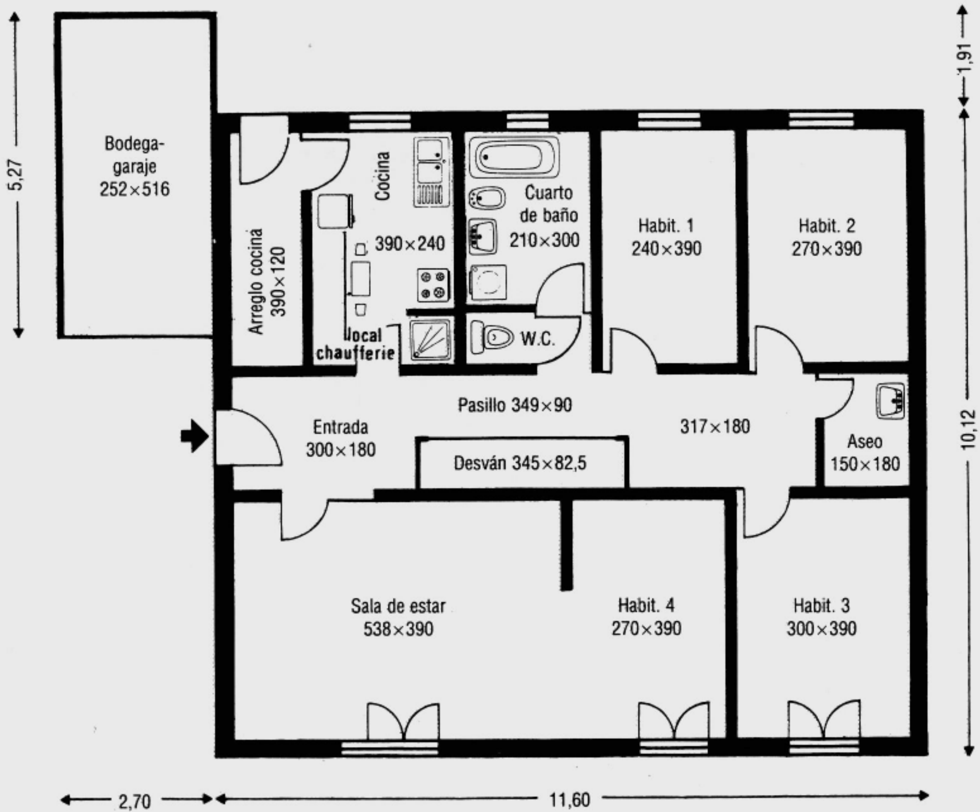
puesto que la televisión es acusada de numerosos males de los que sufre nuestra sociedad. Ahora bien, la televisión ha tenido este efecto de devolver el hombre a su casa, de hacer participar al matrimonio y a sus hijos del mismo espectáculo, en el mismo discurso. La televisión da a compartir; no se sustituye necesariamente, como se dice a menudo, por un diálogo.

Poco a poco vuelto a casa, el marido comparte en lo sucesivo con su mujer una asociación que es la de los tiempos de ocio, y no la del trabajo como en los grupos domésticos campesinos o artesanos. Este regreso masculino es reforzado por la mejora del nivel de vida. El esposo efectúa inversiones en la vivienda para mejorarla, compra bienes de consumo útiles para toda la familia. A menudo, han sido los hombres los que se han decidido a adquirir máquinas de lavar la ropa y la vajilla, refrigeradores, etc., incluso aunque sean las mujeres las que los usan más a menudo. Esta distribución presupuestaria es nueva. En lugar de conservar un peculio para sus finalidades personales, el esposo consagra una mayor cantidad de sus ingresos a la compra de bienes de uso colectivo. El automóvil individual entra perfectamente dentro de esta categoría.

Plano y corte de una casa de habitación en Ploudalmezeau, Finisterre.
Varias generaciones, numerosos hijos y los criados comparten el mismo espacio

Fuente: Martine Segalen, *Mari et femme la société paysanne,* París, Flammarion, 1980, pág. 66, según calco ATP de Jaegher, 44.54.4.

Plano de una casa prefabricada en hormigón



Fuente: Pierre Piganiol, *Du nid à la cité,* París, Dunod, 1970.

Este retorno del hombre a una morada en la que pasa una parte acrecentada de su tiempo libre también es facilitada por la construcción de viviendas individuales, arregladas sin fin durante los fines de semana. Una casa, sea la principal o la secundaria, nunca está acabada, y puede transformarse hasta el infinito, añadiendo una reja a la puerta de entrada, arreglando el garaje o la cocina.

Para las categorías obreras y medias, la nueva repartición de los roles está ligada a las transformaciones económicas y sociales, a la mejora general del nivel de vida que han conocido las sociedades occidentales a lo largo de los últimos cincuenta años.

En el grupo doméstico burgués, la misma convergencia. En el siglo XIX y a principios del XX, ya lo hemos visto, los roles están netamente diferenciados según los sexos. La vida social también está compartimentalizada, las mujeres tienen sus instituciones de caridad, los hombres, sus clubes. Sin embargo, la vida mundana está compartida por el matrimonio, luego, cada vez más, una vida de entretenimientos, deportes, vacaciones, etc. La relativa nivelación de las fortunas, el desarrollo de las clases medias, el aumento del número de mujeres en el trabajo, la desaparición casi general del servicio doméstico colocan a las jóvenes familias de las categorías más acomodadas en una situación que no es sensiblemente diferente de la de las categorías más desfavorecidas. Sobre este último punto, las cifras son elocuentes. Para Francia entera, se contaba entre 1896 y 1911 entre 900.000 y 1.000.000 de sirvientes domésticos. Las casas muy grandes pueden emplear en París,

en 1900, hasta treinta sirvientes; las casas un poco menos ricas, hasta dieciocho. Los burgueses acomodados tienen tres sirvientes: doncella, cocinera, ayuda de cámara-maestresala. La mayoría de las familias tienen una criada para todo[5]. Las parejas casadas hacia 1940, en la burguesía, empleaban una criada francesa; hacia 1960, una criada española o portuguesa. Desde 1970, una asistenta o una «canguro» están presentes en menos de un 1 por 100 de las familias. En estas parejas, el esposo está, pues, obligado a tomar a su cargo también tareas que, en la generación precedente, eran patrimonio femenino.

La recuperación del trabajo femenino desde 1962

En determinado momento histórico hemos visto que la mujer dejaba de trabajar fuera del hogar para dedicarse a sus hijos y a la casa: esto ha constituido una etapa en la promoción de la mujer. Las cifras del empleo femenino han tenido una tendencia a disminuir desde principios de siglo hasta los años sesenta. A partir de 1962, la situación se invierte, los deslizamientos categoriales se acentúan. Además, los cambios se aceleran después de 1968. Entre 1968 y 1975, la tasa de actividad de las mujeres que tienen entre veinticinco y veintinueve años ha pasado del 50,2 al 62,7 por 100, y de las que tienen entre treinta y treinta y cuatro años, del 42,4 al 54,6 por 100[6]. Si tenemos en cuenta además el número de hijos, de 1968 a 1975, el número de mujeres de edad entre los veinticinco y los veintinueve años, madres de un niño pequeño y trabajando, ha pasado del 50,5 al 66,6 por 100, y del 31,2 al 47,9 por 100 para las que tienen entre treinta y treinta y cuatro años, madres de dos hijos, uno de ellos pequeñito. Globalmente, el número de mujeres que entran en el mercado de trabajo aumenta. Los análisis socioeconómicos hacen aparecer las características siguientes:

— el incremento de la actividad profesional ha sido del orden del 16 al 17 por 100 entre 1968 y 1975 para las mujeres de veinticinco a veintinueve años de edad, que tienen un hijo menor de siete años; el incremento afecta sobre todo a las mujeres jóvenes;
— si se tiene en cuenta el conjunto de las mujeres de menos de cuarenta años, madres de uno o dos hijos de corta edad, había un 33,7 por 100 de mujeres casadas que trabajaban en 1968, el 40 por 100 en 1975 y el 44 por 100 en 1980;
— en una menor medida, la actividad femenina se incrementa también por encima de los cuarenta y cinco años.

La tendencia iniciada entre 1965 y 1968 se ha acelerado en los años recientes y ha hecho aparecer la irreversibilidad de la actividad femenina[7]. De 1975 a 1980, la mano de obra femenina ha crecido a un ritmo superior al del período precedente, y ello en una coyuntura de degradación del empleo. En 1982, las mujeres representan el 41 por 100 de la población activa, frente al 35 por 100 de 1962. No sólo la tasa de actividad a una edad determinada ha aumentado, sino que hay más entradas en actividad que salidas entre 1975 y 1982.

Como señala Nadine Lefaucheur:

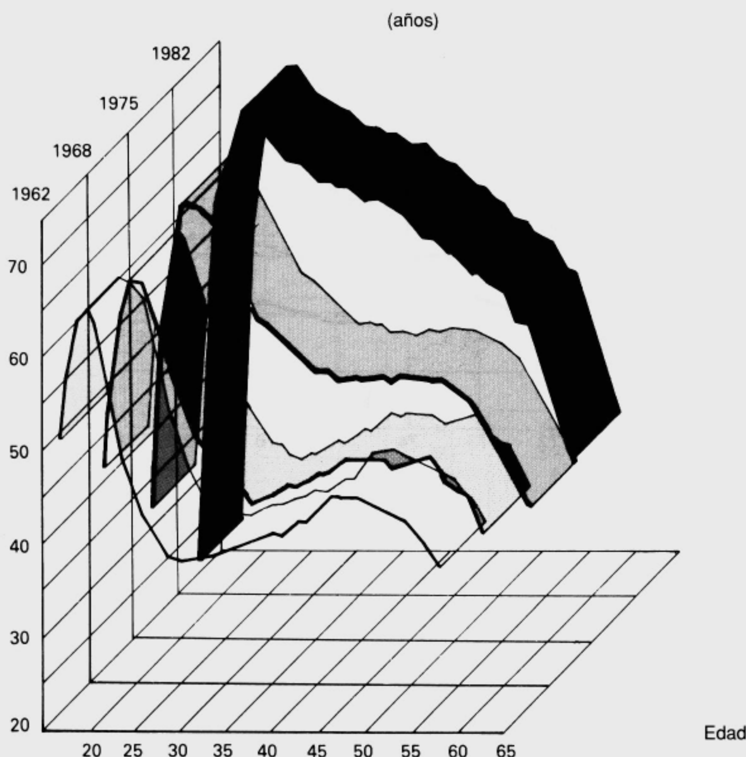
> En las generaciones más jóvenes encontramos muy pocas mujeres que no hayan ejercido nunca una actividad profesional, encontramos una población creciente de mujeres que no interrumpen su actividad, aunque tengan uno o varios hijos, y mujeres que retoman rápidamente su actividad, lo más tarde cuando su último hijo entra en la escuela primaria[8].

Ciertamente, el número global de mujeres activas en 1986 no representa más que el 44 por 100 de las mujeres en edad de trabajar (9 millones contra 13 millones de hombres), pero tiene mayor valor intrínseco por una doble razón:

— el número de mujeres que entran en el mercado de trabajo está en progresión rápida y este movimiento no se desmiente;
— la nueva imagen de la mujer-madre que trabaja constituye el nuevo modelo valorizado. Si el siglo XIX promovió la imagen de la ma-

[5] Anne-Martin Fugier, *La Place des bonnes. La domesticité féminine à Paris en 1900,* París, Grasset, 1979, pág. 35.
[6] L. Thévenot, «Les catégories sociales en 1975: l'extension du salariat», *Économie et Statistique,* 1977, 91, pág. 7.
[7] Maryse Huet, «La progression de l'activité féminine estelle irréversible?», *Économie et Statistique,* 145, junio, 1982, págs. 3-17.
[8] Nadine Lefaucheur, «Jeunes couples ou nouveaux couples», *Informations sociales,* 1980, 3, pág. 25.

Tasa de actividad de las mujeres, en 1962, 1968, 1975, 1982



Fuente: INSEE, censo de 1982.

dre, el final del siglo XX promueve la de la mujer que trabaja (incluso aunque el discurso relativo al trabajo femenino sea a menudo contradictorio).

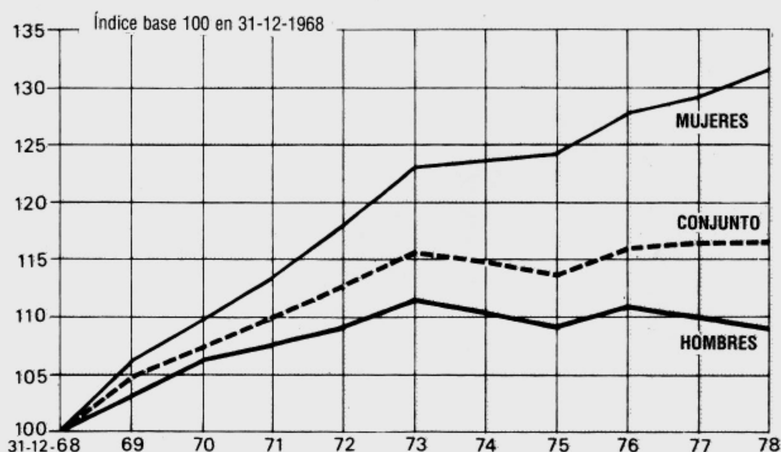
No sólo las mujeres son más numerosas en ocupar un empleo, sino que ellas cambian, globalmente, de sector de actividad. Se observa un declive en las categorías no asalariadas, explotadoras agrícolas, patrones de la industria y del comercio, y una expansión del asalariado femenino en las profesiones liberales, entre los cuadros y los empleados. El crecimiento es particularmente sensible entre los cuadros administrativos medios, y sobre todo en la enseñanza, los servicios médicos y sociales, los empleos de oficina.

Entre los empleos terciarios creados entre 1968 y 1972, el 66 por 100 han sido ocupados por mujeres, tanto en los puestos no cualificados de servicios como en los empleos de cuadros. Por último, la población de mujeres activas entre las obreras está en disminución relativa.

Evaluar el lugar de trabajo femenino en el sector industrial no resulta sencillo. Por una parte, se observa una progresión de su participación. Las mujeres han contribuido de 1968 a 1972 en un 38 por 100 del aumento de los empleos asalariados en la industria en la que, en 1968, sólo representaban el 29 por 100 de estos empleos. Por otra parte, se observa que las mujeres son cada vez más numerosas entre los empleos no cualificados de la producción. Así pues, si hay mujeres en la industria, y menos obreras, hay, por el contrario, un número cada vez más elevado en los servicios poco cualificados de secretariado, de informática, de contabilidad.

El trabajo femenino corresponde a la evolución global del mercado del empleo, puesto que únicamente los sectores terciarios son creadores de empleos. Los sectores de la salud, turismo, te-

Ritmo de evolución del empleo asalariado según el sexo



Fuente: *L'Économie*, núm. 1.445, 20 de octubre de 1980.

Población activa femenina que tiene un empleo por categoría socioprofesional (en 1968 y 1973)

Categoría socioprofesional	Distribución en el conjunto de las mujeres activas		Tasa de feminización en cada categoría	
	1968	1973	1968	1973
Agricultores directos	12,7	9,3	40,3	39,8
Asalariados agrícolas	0,9	0,5	12,4	11,4
Patrones	11,4	9,9	38,8	39,2
Cuadros superiores y profesiones liberales	2,6	3,7	18,2	21,3
Cuadros medios	11,4	14,1	40,2	42,4
Empleados de oficina	20,0	22,1	62,1	65,2
Empleados de comercio	5,2	5,1	57,5	58,1
TOTAL EMPLEADAS	25,2	27,2	61,1	63,7
Obreras cualificadas	4,7	4,8	12,8	12,0
Obreras no cualificadas	17,3	17,9	27,2	31,2
TOTAL OBRERAS	21,9	22,7	21,9	23,2
Personal de servicio	13,6	12,2	79,4	79,2
Otros servicios	0,3	0,4	6,8	8,1
CONJUNTO	100,0	100,0	100,0	100,0

Fuente: *La Famille*, París, Hachette, 1975, pág. 145.

lecomunicaciones, se han desarrollado considerablemente en detrimento de los empleos del sector primario, y reclutando una mayoría de mujeres. Por otra parte, un 15,5 por 100 de mujeres ocupan un empleo a tiempo parcial, y este sector conoce una progresión.

Los cuadros estadísticos hacen aparecer una diferencia considerable según las categorías socioprofesionales, la profesión del marido y el nivel de estudios. Entre las mujeres de cuadros superiores es donde el aumento de las tasas de actividad ha sido más fuerte: hace quince años

	ENCUESTA «PADRES»			ENCUESTA «HIJOS»		
	¿Entre ustedes y su hijo, ha habido cambios en la igualdad entre hombre y mujer?			*¿Entre ustedes y sus padres, ha habido cambios en la igualdad entre hombre y mujer?*		
	Hombres	Mujeres	Conjunto	Hombres	Mujeres	Conjunto
Sin cambio	32	27	29	30	27	29
Cambios débiles	23	18	20	21	18	19
Cambios bastante grandes	31	35	33	31	36	34
Cambios muy grandes	13	20	17	17	17	17
No se pronuncian	1	—	1	1	2	1
TOTAL	100	100	100	100	100	100
	A los que han declarado que se han producido cambios *¿Estos cambios son muy buenos, buenos, más bien malos, muy malos?*					
Muy buenos	16	24	20	29	35	33
Buenos	60	59	59	61	57	59
Más bien malos	8	8	8	5	2	2
Muy malos	1	—	1	—	1	1
No se pronuncian	15	9	12	5	5	5
TOTAL	100	100	100	100	100	100

Fuente: Louis Roussel, *La Famille après le mariage des enfants*, pág. 121.

eran menos frecuentemente activas que las mujeres de obreros cualificados o de contramaestres, y en la actualidad lo son mucho más.

Entre las mujeres que tienen hijos de corta edad, la actitud en relación con el trabajo difiere en función de las categorías socioprofesionales. Por el contrario, la evolución de la distribución de los roles en el seno de la pareja va en la misma dirección para todas: la mujer, obrera o cuadro, está siempre confrontada con la misma concurrencia entre los roles doméstico y profesional. Ciertamente, no se trata de borrar la diferencia entre categorías sociales y profesionales, sino que, en el terreno de la distribución de tareas y estatus, éste parece ser más de naturaleza cuantitativa que cualitativa.

La expansión del trabajo de las mujeres conjugado con su dominio nuevo de la contracepción tiene efectos considerables sobre la fecundidad, la divorcialidad, el distanciamiento en relación al matrimonio y la reorganización de los roles en el seno de la unidad conyugal.

La transformación rápida de las mentalidades

¿Qué es lo que explica este ascenso reciente del trabajo femenino? ¿Qué implicaciones tiene para la repartición de roles?

Puede observarse la evolución rápida de las mentalidades en la legitimación del trabajo femenino comparando los resultados de una encuesta organizada en 1971 por la Caja nacional de subsidios familiares (CNAF) con los de encuestas más recientes. La encuesta de la CNAF se refiere a 1.762 familias residentes en ciudades de 10.000 habitantes o más. La muestra está constituida por familias subsidiadas, ante las cuales han sido analizadas las opiniones con relación al trabajo de las madres de familia. Entre las mujeres, las obreras constituyen la categoría socioprofesional más opuesta al trabajo femenino, y la actitud se invierte y se hace cada vez más favorable a medida que se asciende en la jerarquía socioprofesional. Las opiniones masculinas coinciden, sea cual sea el medio social observado, el número de hijos, que la mujer trabaje o no. Todos se oponen al trabajo profesional femenino, incluso los hombres más jóvenes, solteros y casados, y son menos favorables al trabajo femenino que las mujeres jóvenes, señala Nicole Tabard en *Besoins et aspirations des familles et des jeunes*. La encuesta hace aparecer igualmente el importante número de mujeres moderadas, ni muy «a favor» ni muy «en contra», respetando a la vez la ideología de la mujer en el hogar, y la moral del trabajo. Se

En lo que se refiere a los cuidados a dar a los recién nacidos, ¿piensa usted que es preferible que sea sólo la madre quien se los dé, o resulta indiferente que sea el padre o la madre?

		ENCUESTA «PADRES»			ENCUESTA «HIJOS»		
		Solamente la madre 1	Los dos padres 2	No se pronunciaron 0	Solamente la madre 1	Los dos padres 2	No se pronunciaron 0
Hombres		56	40	4	46	52	2
Mujeres		51	45	4	35	62	3
CONJUNTO		53	43	4	40	57	3
Edad							
Padres	Hijos						
menos de 50 años	menos de 25 años	50	43	7	38	60	2
50-59 años	25-29 años	46	50	4	36	60	4
60-64 años	30-39 años	56	42	2	41	57	2
65 y más	40-49 años	60	35	5	46	51	3
Categoría socioprofesional del encuestado							
Agricultores		58	37	5	51	48	1
Obreros		54	42	4	49	50	1
Empleados		52	46	2	40	55	5
Cuadros medios		38	60	2	22	75	3
Comerciantes		57	39	4	44	52	4
Cuadros superiores		52	44	4	31	66	3
Tamaño del municipio							
Municipios rurales		55	40	5	46	52	2
Menos de 50.000 habitantes		50	47	3	39	59	2
50.000 a 200.000 habitantes		54	42	4	44	53	3
200.000 habitantes y más		55	42	3	39	59	2
Aglomeración parisina		51	47	2	29	67	4
Práctica religiosa							
Sin religión		56	41	3	35	63	2
Religión sin práctica		54	44	2	42	56	2
Práctica irregular		51	46	3	40	58	2
Práctica regular		53	41	6	43	52	5
Nivel de instrucción							
Primaria		55	41	4	52	47	1
Técnica y comercial		45	51	4	43	55	2
Primaria superior y secundaria		50	47	3	33	63	4
Superior		51	45	4	26	70	4

Fuente: Louis Roussel, *La Famille aprés le mariage des enfants,* pág. 125.

¿Cuál de los tres modelos siguientes es el que más se acerca a su ideal de la vida familiar?
1. *¿Una familia en la que los dos cónyuges tengan una profesión que les absorba igualmente?*
2. *¿Una familia en la que la mujer tenga una profesión, pero menos absorbente que la de su marido?*
3. *¿Una familia en la que la mujer se quede en el hogar?*

		ENCUESTA «PADRES»				ENCUESTA «HIJOS»			
		1	2	3	No se pronuncian	1	2	3	No se pronuncian
Hombres		7	30	60	3	12	38	48	2
Mujeres		7	34	55	4	14	46	37	3
CONJUNTO		7	32	57	4	13	42	42	3
Edad									
Padres	Hijos								
menos de 50 años	menos de 25 años	6	39	49	6	17	46	36	1
50-59 años	25-29 años	7	33	56	4	17	44	36	3
60-64 años	30-39 años	8	35	55	2	12	42	44	2
65 y más	40-49 años	8	27	61	4	6	40	50	4
Categoría socioprofesional del encuestado									
Agricultores		10	27	59	4	9	34	55	2
Obreros		7	31	58	4	9	38	51	2
Empleados		4	32	60	4	14	43	39	4
Cuadros medios		7	38	51	4	16	55	26	3
Comerciantes		7	36	55	2	10	30	37	2
Cuadros superiores		7	31	58	4	20	44	31	6
Tamaño del municipio									
Municipios rurales		10	26	61	3	11	33	55	1
Menos de 50.000 habitantes		5	33	56	6	11	43	43	3
50.000 a 200.000 habitantes		4	41	51	4	12	45	40	3
200.000 habitantes y más		5	34	58	3	12	47	39	2
Aglomeración parisina		11	35	52	2	21	48	25	6
Práctica religiosa									
Sin religión		10	38	48	4	25	41	29	5
Religión sin práctica		8	34	55	3	13	43	43	1
Práctica irregular		6	32	59	3	10	44	44	2
Práctica regular		6	28	62	4	4	38	55	3
Nivel de instrucción									
Primaria		7	29	61	3	9	34	56	1
Técnica y comercial		10	42	45	3	12	45	42	1
Primaria superior y secundaria		7	40	48	5	12	46	38	4
Superior		10	29	59	2	23	47	23	7

Fuente: Louis Roussel, *La Famille aprés le mariage des enfants,* pág. 125.

trata de las mujeres de la clase media, mujeres de cuadros, empleadas ellas mismas o cuadros que han dejado de trabajar. Los hombres tienen una influencia importante en la decisión tomada por las mujeres de renunciar a su actividad profesional y, en caso de conflicto, generalmente, es el punto de vista masculino el que triunfa. Estas opiniones aparecen bastante conservadoras. ¿Son el resultado del medio encuestado, de la fecha de la encuesta?

Es difícil hacer comparaciones, pues los cuestionarios o las poblaciones encuestadas son raramente idénticos. A pesar de estas reservas, nos sorprendemos de la rapidez de los cambios en las actitudes si se compara la encuesta de la CNAF con la que llevó a cabo Louis Roussel en 1975 en *La Famille après le mariage des enfants* (página 121), en una muestra de matrimonios jóvenes y de más edad sometidos al mismo cuestionario. Preguntas para evaluar la continuidad cultural entre las generaciones se referían a la repartición de roles, así como a las actitudes relativas a la actividad profesional femenina.

Las dos generaciones perciben un «cambio bastante grande», considerado más bien como benéfico.

Una pregunta concreta venía a validar el contenido de esta nueva repartición de roles. La respuesta a los «cuidados del bebé» diferencia las generaciones y hace aparecer la evolución de las opiniones. Si el 53 por 100 de los padres son favorables a la exclusividad de los cuidados maternales, el 57 por 100 de los hijos casados prefieren que los dos padres se ocupen del niño pequeño. La diferencia está particularmente profundizada por la edad, puesto que el 60 por 100 de los padres de más edad son favorables a la exclusividad de la madre.

Las respuestas a la cuestión relativa al trabajo femenino confirman la evolución de actitudes entre las jóvenes generaciones: de más de sesenta y cinco años hasta menos de veinticinco, el porcentaje de los partidarios de la mujer en el hogar decrece regularmente, como lo muestra el cuadro de la página 199.

En cualquier caso, Louis Roussel hace notar que la gran mayoría de las personas interrogadas todavía permanece en la actualidad opuesta a un modelo en el que «los dos cónyuges tengan una profesión que los absorba igualmente».

Esta opinión marca que la mujer, más que el hombre, siga siendo a sus ojos responsable del mantenimiento de la familia y en particular de los cuidados relativos a los niños pequeños. Incluso si la diferenciación de roles ligada a una diferenciación social de las carreras masculinas y femeninas se atenúa, «por ahora, el modelo asimétrico sigue siendo dominante»[9].

Estos resultados muestran que la evolución de los roles no se hace sin reticencias. El nuevo modelo no está todavía totalmente aceptado, incluso aunque los cambios aparezcan como masivos y recientes.

Los estudios que acabamos de comentar sólo tratan de opiniones y no de comportamientos que son el objeto del apartado siguiente. Entre los dos, a menudo, la distancia es grande. Además, si la evolución de las opiniones en relación a los roles masculinos y femeninos es innegable, la norma contemporánea permanece todavía ambigua y dual. La mujer que no trabaja se siente desvalorada en ciertos medios. Por el contrario, si el trabajo femenino es aceptado por una parte cada vez mayor de la población, sólo lo es con la punta de la lengua, muchas veces con la condición de que las tareas domésticas y maternales no se resientan. No puede hablarse de la emergencia de una norma única que facilitaría la evolución de los roles. Nos encontramos, todavía, en una situación transitoria.

El matrimonio contemporáneo

En la actualidad, los comportamientos ¿hacen aparecér realmente una indiferenciación creciente de las tareas?, ¿y en qué se convierten los estatus respectivos de los esposos? ¿Podemos deducir una mayor igualdad y una mayor satisfacción en la pareja?

Nueva distribución de los roles

Una encuesta efectuada en 1966 por Andrée Michel muestra una correlación entre actividad profesional femenina y repartición más igualitaria de las tareas y de los roles[10].

Comparando las situaciones de la mujer en el hogar y de la mujer que trabaja, constata:

---

[9] Louis Roussel, *op. cit.*, pág. 126.

[10] Andrée Michel, *Activité professionnelle de la femme et vie conjugale*, 1974.

— que el trabajo no asalariado efectuado por la mujer, sea como ayuda familiar en el interior de la casa, sea como comerciante o artesana, no se acompaña de ninguna mejora del poder femenino, porque ésta no dispone de ningún salario o ingreso propio;
— que cuanto más las mujeres trabajan en un sector de actividad que tenga prestigio, tanto más son cualificadas en el grupo de las obreras y de las empleadas, y tanto más mejoran su posición en la balanza del poder en el seno de la pareja;
— que, por último, el nivel del salario, y sobre todo la diferencia de salarios entre los esposos, es determinante.

Analizando de manera más precisa la distribución de las tareas domésticas, que incluyen las tareas caseras y también la gestión del presupuesto, la correspondencia, las compras, la compra de ropa, visitas a los almacenes, declaraciones de impuestos, A. Michel observa que un reparto más igual de estas tareas tiene lugar cuando la mujer ejerce una actividad profesional. Cruzando estas diferentes tareas con la actividad socioprofesional, la autora determina el grado de igualdad de los cónyuges en la repartición de las tareas domésticas. Es la mujer cuadro la que recibe la mayor participación de su marido; las restantes categorías socioprofesionales se colocan en situaciones intermedias hasta llegar a la mujer en el hogar.

Destaquemos, en cualquier caso, que lo más frecuentemente las obreras aseguran ellas solas, a pesar de su incremento de trabajo, las tareas como las compras ordinarias, la compra de ropa. Administrando tradicionalmente el presupuesto, y un presupuesto ajustado, quieren también tener el control de la gestión de los gastos hasta su ejecución. De cualquier modo, Andrée Michel señala:

> Si las obreras se aproximan a las mujeres en el hogar en el marcador general de las tareas domésticas, ello no quiere decir que se aproximen en el plano de las mentalidades. Las mujeres en el hogar realizan la mayoría de las tareas domésticas como consecuencia de una concepción tradicional del rol femenino que la ausencia de una actividad profesional exterior no ha mermado. Las obreras, por el contrario, han trastocado determinados roles tradicionalmente ligados al sexo masculino, puesto que la mayoría están consideradas por el marido y se consideran como las «gerentes» del presupuesto familiar (pág. 89).

El abanico de tareas sobre las cuales se juzgan los marcadores de autoridad o de repartición de tareas aparece criticable. ¿Por qué el parquet más que la colada o el planchar? Además, el peso de los hijos no aparece de una manera muy clara. Resulta insuficiente mencionarlos bajo la forma de «decisiones relativas a los hijos». Se sabe hoy que el conflicto entre las tareas maternales y las profesionales es el más arduo de resolver, y que los problemas educativos o de cuidados a los hijos son de una naturaleza diferente que las com-

Marcador particular de cumplimiento de cada tarea doméstica según la profesión de la mujer

	Mujeres en el hogar	Comerciantas artesanas	Obreras	Empleadas	Cuadros
Vajilla	5,67	5,45	5,34	4,90	4,44
Compras	5,70	4,90	5,67	5,14	4,91
Parquet	5,50	5,20	5,30	4,72	4,95
Preparativos para recepción	5,28	5,00	5,23	5,01	5,37
Correspondencia	4,67	4,57	4,62	4,75	4,33
Compra de ropa	3,15	4,93	5,23	4,93	4,93
Gestión del presupuesto	4,40	4,29	4,96	4,73	4,37
Impuestos	2,67	3,47	2,85	3,47	3,26
Reparaciones	3,04	2,67	2,65	2,65	2,94
Marcador global	6,86	6,55	6,74	6,57	6,26

El cuadro ofrece la repartición del marcador de participación femenina para cada tarea doméstica por profesión de la mujer (recordemos que este marcador es un marcador de participación *relativa* entre marido y mujer y que la igualdad de participación entre cónyuges es de 4).

Fuente: Andrée MICHEL, *Activité professionnelle de la femme et vie conjugale*, pág. 86.

pras de cada día o de cada semana. Además, François de Singly señala que es insuficiente considerar tan sólo el nivel del salario; es el hecho de que sea considerado como ingreso indispensable o de apoyo lo que marca la diferencia en «la lucha conyugal por el poder doméstico»[11].

La encuesta de Andrée Michel fue la primera en establecer la correlación entre trabajo profesional de la mujer y distribución de roles, pero, curiosamente, estos resultados parecen hoy optimistas. La Federación nacional de las escuelas de padres y de los educadores ha llevado a cabo, en 1978, una encuesta sobre una muestra representativa de familias francesas con hijos comprendidos entre siete y once años de edad. Se trata, pues, de padres más jóvenes que aquellos a los que encuestara Andrée Michel, que han nacido durante la guerra o inmediatamente después de la guerra. De las 1.300 familias interrogadas, el 37 por 100 de las mujeres ocupaban un empleo a tiempo completo[12]. Los resultados de esta encuesta son diferentes a los de la de Louis Roussel. Quizá no sean contradictorios, pero muestran solamente la diferencia entre lo dicho y lo hecho, entre lo que es deseado y lo que ocurre todavía en la práctica cotidiana. Así, la madre prepara las comidas en el 82 por 100 de las familias, y el padre en el 2 por 100; para la custodia y los cuidados de los hijos enfermos: la madre el 81 por 100 y el padre el 1 por 100; para las relaciones con los profesores: 57 y 9 por 100, respectivamente. Sólo en el terreno de los juegos, la participación resulta más igualitaria: 15 por 100 de los padres y 21 por 100 de las madres. Así pues, que la mujer trabaje o no, en la práctica, la repartición ha progresado mucho menos de lo que las encuestas de opinión podrían dar a entender. Además, en el seno de la misma familia se efectúa la reproducción social de los roles, puesto que las hijas son solicitadas más a menudo que los hijos para lavar los platos (57 por 100 contra 40 por 100), ayudar a limpiar la casa (44 por 100 contra 28 por 100), ocuparse del hermano pequeño (8 por 100 contra 3 por 100). Sólo las compras son pedidas más a menudo a los chicos (23 por 100) que a las chicas (15 por 100). En todos los tipos de familia, las hijas son mucho más numerosas que los chicos para participar frecuentemente en las tareas de la casa.

Si la norma de una repartición igualitaria de los roles tiende a instaurarse, la práctica se invierte sólo lentamente.

La presión de la carga doméstica

Los estudios que tratan del conflicto entre las tareas maternales y las profesionales conciernen más a menudo a la custodia del hijo pequeño. Ello hace suponer que no hay nada más que hacer desde que el niño está escolarizado. Hemos evocado, sin embargo, las tareas relativas a la salud, a las actividades paraescolares, el tiempo dedicado a los hijos sea cual sea la edad, para supervisar los deberes, o simplemente discutir un poco con ellos. Todo ello está a cargo de la madre lo más frecuentemente. El padre no volverá a casa más temprano so pena de una amenaza a su carrera. El trabajo femenino siempre está considerado como secundario: si la mujer antepone su actividad profesional, ¿no se hace responsable de los problemas psicológicos de los niños?

Todo contribuye, en la sociedad contemporánea, a acrecentar la carga de la madre, y las encuestas «Empleos del tiempo» llevadas a cabo por el INSEE en 1974-75 sobre 7.000 personas muestran la sobrecarga en tiempo que ella asume.

Este cuadro aísla de manera muy explícita los tiempos dedicados a los hijos y a las tareas domésticas. El hecho aparece masivamente: los hombres, que por definición ejercen una actividad profesional, no dedican a las primeras más que diecisiete minutos de su tiempo cotidiano y a las segundas una hora y trece minutos, mientras que las mujeres que trabajan les dedican, respectivamente, más de una hora y casi cuatro horas cotidianas. Las mujeres que trabajan, por otra parte, comprimen más el tiempo dedicado a la cocina, a la limpieza, etc., que el dedicado a los hijos.

Ciertamente, si comparamos este cuadro con las encuestas llevadas a cabo en los años cincuenta por Paul-Henri Chombart de Lauwe sobre las familias obreras y publicadas en *La Vie quotidienne des familles ouvrières,* se mide el incremento del nivel de vida por la reducción del número de horas dedicadas a los trabajos domésticos. El autor observaba que el 55 por 100 de las mujeres sin actividad profesional realizaban más de doce horas de trabajo doméstico, y el

[11] François de Singly, «La lutte conjugale pour le pouvoir domestique», *Revue française de sociologie,* XVII, 1976.

[12] *Le Groupe familial,* 83, abril, 1979.

Empleo del tiempo cotidiano medio (1) *de los ciudadanos casados que tienen uno o dos hijos*

	Hombes que tienen una actividad profesional	Hombes que tienen una actividad profesional	Mujeres sin actividad profesional
	Horas y minutos		
Cuidado a los hijos (2)	0 h 17	1 h 05	1 h 59
Otras actividades domésticas (3)	1 h 13	3 h 53	5 h 53
Tiempo pasado en el trabajo profesional (incluye trayectos)	6 h 48	4 h 52	
Tiempo personal (4)	11 h 06	10 h 50	11 h 19
Tiempo libre (5)	3 h 52	2 h 39	3 h 52
Trayectos no profesionales	0 h 43	0 h 41	0 h 52
TOTAL	24 h 00	24 h 00	24 h 00

(1) Los promedios están establecidos sobre los siete días de la semana, laborales o no.
(2) Cuidados materiales a los niños de pecho y a los hijos, supervisión de los deberes y lecciones, juegos interiores y exteriores, paseos con los hijos.
(3) Cocina, limpieza, colada, compras, formalidades administrativas, etc.
(4) Sueño, comidas a domicilio y exteriores, cuidados personales y médicos.
(5) Educación, religión, asociaciones, espectáculos, recepciones, deportes, excursiones, lectura, televisión, música, bricolaje y cualesquiera otros entretenimientos.

Fuente: Les Emplois du temps des citadins, por Marie-Thérèse HUET, Yannick LEMEL y Caroline ROY, Documento «rectangle», INSEE, diciembre, 1978.

10 por 100 más de catorce horas. La tarea más penosa era la colada, pues muchas viviendas no disponían de agua corriente (págs. 44-45).

Sin embargo, la carga doméstica de las mujeres sigue siendo considerable y se incrementa con el número de hijos. Una encuesta CNAF-CREDOC de 1971 muestra que las mujeres que tienen más de dos hijos dedican una hora y veinte minutos más a las actividades de la casa que aquellas que tienen uno o dos hijos.

En el cuadro de las encuestas presupuestos-tiempos aparecen claramente los condicionamientos temporales en el seno de los cuales se estructuran los roles, que dependen ellos mismos de los hechos sociales, económicos, del factor sexo, etc. Permiten analizar la dedicación de las veinticuatro horas cotidianas al trabajo, descanso, ocio, tiempo libre. A propósito de la distinción entre tiempo de trabajo y tiempo dedicado a las obligaciones domésticas, resulta significativo observar que la diferencia permanece constante entre los hombres y las mujeres, sea cual sea la categoría profesional [13].

[13] Yannick Lemel, *Les Budgets-Temps des citadins,* Colección del INSEE, 124, serie M, núm. 33, marzo, 1974, pág. 39, como ya lo había observado en 1963 Madeleine Guilbert, «Enquête budgets-temps», *Revue française de sociologie,* VI, 1965, págs. 325-335 y págs. 487-512.

La variabilidad de los modelos

Desgraciadamente, no disponemos en Francia de encuestas sobre la repartición de los roles tan detalladas como algunos estudios anglosajones. Es necesario, pues, referirse a ellos. Desde 1950, Elizabeth Bott destacaba en su estudio *Family and Social Network* que existía un doble modelo de repartición de los roles, perfectamente opuesto, pero también bien admitido en el círculo social en el que se observaba:

> Se constata una variación considerable en la manera como se cumplen los roles conyugales masculinos y femeninos. En un extremo se encuentra una familia en la cual el marido y la mujer cumplen un máximo de tareas tan separada e independientemente como les era posible. Había una estricta división del trabajo en la casa, había las tareas del uno y de la otra. El marido entregaba a su mujer una cantidad fija de dinero y ella no tenía una idea precisa de cuánto ganaba y de cómo gastaba su dinero. Para los entretenimientos, él iba a los partidos de criquet y ella al cine con una vecina. Con excepción de las fiestas familiares, el marido y la mujer compartían muy poco el tiempo de ocio. No tenían la impresión de ser «anormales» en esta cuestión, y su conducta les parecía completamente típica de la de su círculo social. En el otro extremo se encuentra la familia en la que marido y mujer compartían el mayor número de actividades posible y pasaban tanto tiempo

Ayuda del marido a la casa

Ayuda del marido al menos una vez por semana	Mujer sin actividad profesional	Mujer trabajando a media jornada	Mujer trabajando a tiempo completo
No ayuda nunca	22 %	17 %	9 %
Ayuda sólo en la vajilla	14 %	15 %	12 %
Ayuda en otras tareas (limpieza, cocina, cuidados a los hijos) con o sin vajilla	64 %	68 %	79 %
Número de encuestados	539	320	293

Fuente: Young y Willmott, *The Symmetrical Family*, pág. 115.

juntos como podían. Insistían en la necesidad de la igualdad entre marido y mujer; todas las decisiones importantes debían ser tomadas conjuntamente y debían ayudarse en todas las tareas domésticas, incluso las más menores. Al igual que el primer matrimonio, marido y mujer tenían la sensación de que su conducta era típica de su círculo social (págs. 52-53).

Una encuesta llevada a cabo en los años setenta sobre clases medias por Michael Young y Peter Willmott en *The Symmetrical Family* muestra que la repartición de roles se encuentra más bien a medio camino de estos dos polos. Así, constatan que, incluso si la participación del marido aumenta cuando la mujer trabaja, lo que va en el mismo sentido que la encuesta de Andrée Michel, las mujeres viven en un estado de presión permanente.

Una cuestión es reveladora del sentimiento de llevar una vida trepidante: cuando se pregunta a las personas que trabajan a tiempo completo si preferirían, con la condición de que pudieran escoger, un salario más elevado o más tiempo libre, está claro que los hombres prefieren la primera proposición, y las mujeres la segunda. La diferencia se marca muy claramente entre mujeres solteras y mujeres casadas que, como consecuencia de su situación, se sienten investidas de la responsabilidad doméstica. Su deseo es el de tener más tiempo para dedicarlo a los hijos, para mantener la casa.

En la sociedad contemporánea, el trabajo introduce una situación conflictiva que engendra un sentimiento de culpabilidad en la mujer atrapada entre sus diversos roles. Las mujeres que tienen una actividad profesional reconocen el aspecto positivo de su actividad, sobre todo en el plano presupuestario, se sienten valoradas, pero es al precio de una gran fatiga y de un cierto sentimiento de culpabilidad: «No me ocupo suficientemente de los hijos, no tengo bastante tiempo para hacer todo lo que hace falta en la casa», dicen a Young y Willmott sus encuestadas. Las mujeres francesas responden de la misma manera a una encuesta llevada a cabo por el CREDOC en 1982.

¿Prefiere usted un salario más elevado o más tiempo libre?
(hombres y mujeres trabajando a tiempo completo)

	Hombre		Mujer	
	Soltero	Casado	Soltera	Casada
Salario más alto	57 %	49 %	51 %	22 %
Más tiempo libre	37 %	47 %	44 %	75 %
Otra respuesta	6 %	4 %	5 %	3 %
Número de encuestados	144	522	73	152

Fuente: Young y Willmott, *The Symmetrical Family*, pág. 115.

La cuestión del presupuesto

Cuando al salario del marido se añade el de la mujer, la gestión del presupuesto se encuentra modificada, y aquí se encuentra un rol importante que, quizá, ha evolucionado más. Aunque inferior al de su marido, el salario femenino raramente puede ser considerado como «ayuda». Cuando la familia se ha comprometido en gastos a crédito, compra de una vivienda, de un automóvil, de un electrodoméstico, el salario de la mujer permite hacer frente a los plazos.

En la familia obrera antigua, el marido daba generalmente a su mujer una cantidad con la que ella debía desenvolverse para alimentar a la familia, cuidar a los hijos, etc. Confiar este rol a la mujer no siempre era valorizante. El esposo conservaba su dinero de bolsillo fijo para sus gastos personales de tabaco, alcohol, y la mujer debía «apretarse el cinturón» cuando el salario disminuía. Chombart de Lauwe expone así, en *La Vie quotidienne des familles ouvrières,* la distribución de los roles presupuestarios después de la Segunda Guerra Mundial:

> El obrero siente la responsabilidad que le incumbe de proporcionar a la familia sus medios de existencia. Su terreno es la fábrica y no la casa. Tiende a reservarse para el trabajo, la lucha obrera, los camaradas. La mujer que no trabaja fuera estima que es suya la responsabilidad de poner en orden la casa y cuidar de la familia con el dinero ganado por el hombre. Los roles están muy claros. A menudo son desempeñados con humor a pesar de las dificultades, y estos intercambios entre el hombre y la mujer pueden ser una fuente de expansión y de equilibrio. Ello no quiere decir que las mujeres se encuentren relegadas a un rango inferior, y que muchas de ellas reclamen otra organización que les permita trabajar fuera (pág. 138).

Muy diferente era el modelo de las familias burguesas en las que la mujer no trabajaba. Su esposo le entregaba una cantidad que servía para sus gastos personales, pero el marido administraba los gastos, financiaba las grandes compras. Hay que ver las comedias de Labiche en las que el ama de casa rebaja los sueldos entregados a la criada, y en las que el marido examina cuidadosamente las libretas de las cuentas.

Con el aumento del nivel de vida y la entrada de las mujeres en el trabajo, la gestión del presupuesto de la familia descansa sobre bases diferentes. En primer lugar, los gastos personales del esposo disminuyen, como consecuencia de las transformaciones culturales que han hecho volver al hombre a la casa, y correlativamente aumentan los gastos colectivos, vivienda, bienes de equipo de la vivienda, automóvil, gastos en entretenimientos en familia, vacaciones. Desde el momento en que el gasto tiene un uso familiar, ya no hay razón para repartir entre marido y mujer las partidas del presupuesto. Además, el salario femenino acentúa la indivisión de la gestión de los recursos familiares. Si la mujer asigna sus ganancias a partidas colectivas de gastos, entonces el marido lo tendrá más difícil para esconder el monto de su salario o para rechazar una contribución suficiente. Parece, pues, que la contribución de los roles en la familia concierne menos al hecho de compartir efectivamente las tareas, lo que acusa una fuerte inercia en la práctica, que a las modalidades de gestión de los recursos de la familia, punto importante tanto en el plano simbólico como en el material. El esposo prefiere conceder a su mujer más prerrogativas en un terreno que le era tradicionalmente reservado, y especialmente cuando la mujer contribuye a alimentar este presupuesto.

Andrée Michel percibía ya esta evolución en su encuesta.

Un factor importante a tomar en consideración concierne, más allá de los roles, a los sectores de responsabilidades tal como cada esposo los ha interiorizado. Aquí reside la clave de ciertas contradicciones que marcan el estatus femenino en la actualidad. La norma acepta el trabajo profesional de la mujer con la condición de que su «interior no sufra». Un hombre tiene una profesión, una mujer tiene dos: profesional y familiar, sean cuales sean sus empleos respectivos. Ciertamente, existen diferencias entre la obrera de fábrica y la mujer cuadro, pero el esquema general permanece idéntico. El terreno en el que el reparto de roles parece concretarse concierne a la gestión del presupuesto, las grandes opciones de familia en cuanto a su orientación, vacaciones o gastos, el modo de educación de los hijos. En su conjunto, las mujeres avanzan sobre los roles masculinos, mientras que eso no ocurre en el sentido inverso. La explicación es simple. Si administrar un presupuesto, firmar el impreso de declaración de impuestos tiene un lado valorizante para la mujer, puede tomar el aspecto de una promoción social, los hombres no tienen el deseo de cargar el lavaplatos, o de poner a hervir los talla-

Repartición de la gestión del presupuesto en el matrimonio en la muestra parisina y trabajo asalariado de la mujer

	Mujeres en el hogar	Mujeres activas
Preponderancia del marido	24 %	9 %
Igualdad de gestión	33 %	42 %
Preponderancia de la mujer	43 %	49 %
Número de encuestados	217	155

Fuente: Andrée Michel, *Activité professionnelle de la femme et vie conjugale*, pág. 83.

rines de la comida diaria. Cocinar el domingo por la noche porque es excepcional, porque es hacer una fiesta, disponer de tiempo, el marido lo hará gustoso. Echar las patatas a hervir antes incluso de haberse quitado el abrigo, al mismo tiempo que se responde a las preguntas de los hijos que hablan todos a la vez para atraer la atención, he aquí un rol que ningún hombre intentará quitar a su mujer. Se comprende por qué se observa una diferencia tan grande entre opinión y práctica, y por qué la repartición de roles sólo puede evolucionar lentamente.

La reticencia masculina a compartir las tareas materiales se explica por su desvalorización. El carácter preindustrial de su naturaleza y de su modo de producción constituye la causa. Estas tareas no se prestan a la estandarización, a la racionalización, a un control de la eficacia, atributos de la actividad industrial, convertidos poco a poco en valores míticos del trabajo y de la actividad humana en su totalidad.

> La mentalidad industrial desprecia sistemáticamente el trabajo que ha mantenido su forma preindustrial. Es el modo de producción lo que está privilegiado, no lo que se produce,

escribía Martha Reed Herbert[14].

El poder en el seno del matrimonio

La literatura sociológica sobre este tema ha estado particularmente desarrollada en los Estados Unidos a partir de los trabajos de Blood y Wolfe (1960), que ha retomado Andrée Michel (1974). Incluso si los indicadores destinados a medir el poder en el seno de la pareja tienen alguna cosa de artificial, puesto que pretenden medir «objetivamente» una relación por naturaleza subjetiva, estas direcciones de investigación han contribuido a acercar campos de investigación sociológica en otros tiempos separados, los de la familia y los del trabajo profesional, y sobre todo después de que la actividad profesional femenina se desarrolla.

Una encuesta llevada a cabo sobre familias residentes en Mirail, en las cercanías de Toulouse, considera como un todo el sistema de actividad de las familias[15]. Los autores observan a la vez los efectos de la vida profesional sobre la familia y los del modo de vida familiar sobre la vida profesional. Consideran que el grupo doméstico es un lugar en el que se concentran recursos (salarios, patrimonio), en los que se efectúa un verdadero trabajo, el trabajo doméstico, incluso aunque no esté remunerado, en donde se conectan diferentes redes de parentesco, de vecindad, de afinidades, en donde puede operarse una regulación de los condicionamientos por la repartición de las tareas entre los miembros del grupo, en donde se toman decisiones que modifican profundamente la actividad de cada uno. Tres modelos de vida se desprenden que designan otros tantos modos de organización de los roles, pero, más todavía, articulan los roles con el sistema profesional y con el sistema de relaciones sociales, ya se trate de las frecuentaciones familiares o amistosas, o de actividades a los ritmos y hora-

[14] Martha Reed Herbert, «La libération des femmes et la production industrielle», *Esprit*, 7-8, 1973, julio-agosto, páginas 85-94.

[15] Équipe de Toulouse, «Le système des activités des ménages au Mirail. Changement de la famille, changement par la famille?», ATP *Observation du changement social et culturel*, diciembre, 1980, mecanografiado.

rios impuestos por el exterior y que los autores designan con el término de «sociabilidad», tales como los deportes, la militancia, etc. El primer modelo es «tradicional», con presencia de la mujer en el hogar, sociabilidad de tipo privado, insistencia en el rol de la mujer; el segundo modelo, llamado «intermedio», presenta una relación con la vida profesional de carácter instrumental; los sujetos de este grupo desean trabajar más para ganar más; el rol de la mujer consiste en sacrificarse por la carrera de su marido. Su sociabilidad es débil. El tercer modelo es igualitario, ya sea «igualitario económico», y la mujer tiene una actividad profesional considerada importante, ya sea «igualitario exteriorizado», y las preocupaciones expresadas en relación con el modo de vida son más bien de carácter familiar.

Michel Glaude y François de Singly han elaborado una tipología compleja de la repartición de las decisiones en el seno del matrimonio, teniendo en cuenta la diferente naturaleza de las decisiones (1986). Las «grandes» decisiones, como la compra de un apartamento o la educación de los hijos, así como aquellas relativas al equipamiento de la casa, son tomadas de manera cada vez más igualitaria, observan los autores; otros terrenos del espacio doméstico son, por el contrario, muy especializados, según la división tradicional que atribuye al hombre el dominio del bricolaje y a la mujer el del aprovisionamiento y el de la limpieza. Los autores clasifican a las familias según el lugar del paso de demarcación de la línea de poder; observan que cuanto mayor es el número de hijos más marcada está la especialización femenina doméstica.

Esta permanencia de la repartición de los dominios de poder se observa igualmente, por otra parte, entre las parejas que son las más portadoras de innovaciones sociales, los jóvenes cohabitantes. Entre ellos, observa Sabine Chalvon-Demersay, en *Concubin, concubine,* las decisiones son tomadas colectivamente en la mayor parte de los terrenos, mientras que todas las tareas de la casa que consisten en programar los aprovisionamientos, los menús son competencia de la mujer. En el país de las innovaciones familiares atrevidas que es Suecia, una encuesta de 1983 muestra que los padres ponen mala cara al permiso parental, que por una ley de 1975 autorizaba la distribución de un permiso de maternidad de doce meses entre los dos esposos.

La satisfacción en el matrimonio

Tan aventurado puede parecer especular sobre la felicidad de los matrimonios de otras épocas, como fácil puede parecer analizarlo actualmente: es posible preguntar, interrogar a las familias y preguntarles si son felices. Sin embargo, éste es un terreno tan difícil de analizar como el del poder. Algunas investigaciones se dedican a predecir el ajuste conyugal, intentando poner la ciencia al servicio de la estabilidad familiar. Si es posible determinar lo que hará que un matrimonio tenga éxito o fracase, ¿por qué no hacerlo saber por adelantado a los interesados?

Otras investigaciones han analizado el tema bajo el ángulo del ciclo de vida familiar, en función de la duración del matrimonio y del número de hijos[16]. Se interesan por los períodos de tensión. Cuando los hijos están en la franja de edad entre seis y catorce años, las relaciones dentro de la pareja se transforman, incluso para aquellos que aceptan los roles tradicionales. Se trata de un período de condicionamientos económicos, psicológicos, sociales. La mujer se encuentra sumergida por la multiplicidad de las demandas, el marido está absorbido por sus preocupaciones profesionales... Numerosos análisis muestran que la satisfacción matrimonial tiende a declinar después del nacimiento de los hijos, mucho más para las mujeres que para los hombres. La concepción romántica de un matrimonio por amor revela su inadecuación frente a la situación práctica de los esposos. Las ilusiones del amor desaparecen cuando los cónyuges se dan cuenta de su diferencia cultural o educativa que con anterioridad había estado disimulada; cuando dos tradiciones culturales se enfrentan a propósito de los detalles de lo cotidiano, higiene o alimentación; cuando la familia política se muestra demasiado invasora; cuando el nacimiento de los hijos introduce entre los dos compañeros una exigencia que conduce a la pareja a escindirse, etc.

La fase del ciclo de la vida familiar en la que muchos niños se encuentran simultáneamente muy solicitantes de cuidados y de presencia es particularmente crítica. La pareja debe poder adaptarse a situaciones generadoras de angustia, para las cuales no existe un plan de conducta aceptado, cuando la sociedad contemporánea ha

[16] Robert y Rhona Rapoport, *Fathers, Mothers and Others*, págs. 229-230.

hecho desaparecer los rituales que antaño ofrecían, en las mismas circunstancias, un recurso contra la angustia. Los padres están obligados a adoptar actitudes que saben son de máxima importancia, cuyos efectos sobre los hijos pueden ser irreversibles. Cada decisión tomada en un contexto así engendra la ansiedad y puede provocar conflictos familiares que pueden llegar hasta el divorcio. En efecto, el desacuerdo a propósito de la educación del hijo, de las actitudes a adoptar en cuanto a su independencia, su agresividad o sus resultados escolares, a veces, es revelador de profundas desavenencias.

La tensión en el seno de la pareja parece acentuarse cuando los hijos llegan a adolescentes. Los padres se colocan en situación de competencia, de manera inconsciente, frente a sus hijos en desarrollo púber y sexual. Los problemas específicos de esta edad, su rechazo de los valores parentales, la tentativa de forzar hasta el máximo los límites de la permisividad parental, las primeras experiencias sexuales, la droga, imponen su procesión de dilemas a unos padres obligados a hacer frente a situaciones en las cuales la intuición y el control de sí mismo deben ser muy importantes. Cuando los hijos son adolescentes, los padres están en la mitad de su vida más o menos, en momentos críticos de su carrera, las madres no están lejos de la menopausia. La sociedad contemporánea impone sus valores «jóvenes», lo que aumenta la dificultad de comunicación con los hijos.

Las causas del deterioro de la armonía de la pareja están ligados, en esta última hipótesis, a la creciente complejidad de las relaciones que implica la presencia de los hijos. Andrée Michel evalúa otra variable, exterior, el trabajo profesional femenino. Éste parece ser un testimonio de éxito de la unión, pero haciendo aparecer variaciones según el nivel de estudios o los estatus socioprofesionales; la autora matiza seriamente la correlación entre satisfacción de la mujer y actividad profesional. Ya hemos señalado la relación entre estatus socioprofesional de la mujer y demanda de divorcio. No sólo la mujer es más frecuentemente demandante de divorcio cuando ejerce una actividad profesional que cuando está inactiva, sino también cuanto más se eleva el estatus socioprofesional de la mujer tanto más frecuentemente es demandante. Incluso, aunque lo inverso no esté demostrado, el ejercicio de una actividad profesional para una mujer no es una prueba de satisfacción y de duración para la unión.

¿Hace falta considerar el trabajo femenino como una variable «externa» de la satisfacción dentro del matrimonio? Muy a menudo, el trabajo femenino es en sí mismo motivo de disensión familiar. Se convierte en un reto. El trabajo de los esposos ya no es considerado como una actividad de producción complementaria, desde que no aparece fundado en una división sexual del trabajo en la que cada uno cumple por cuenta de la unidad familiar tareas diferentes pero relacionadas. Cuando el curso de las carreras se manifiesta conflictivo, en lugar de contribuir a la interdependencia de los miembros del grupo doméstico, puede convertirse en la fuente de un antagonismo. La actividad de cada uno de los miembros ya no está inscrita en un trabajo colectivo común, como en la familia campesina u obrera de antaño, sino que está fundada en una interdependencia orientada hacia la realización de proyectos personales de naturaleza muy diversa. El trabajo personal de los esposos llevaría, así, en germen, fuerzas de fisión de las que las familias con doble carrera nos proporcionan un ejemplo.

Las investigaciones de Andrée Michel se colocan del lado femenino, y resueltamente feminista, como si sólo la mujer tuviera que sufrir el esquema tradicional de las estructuras de rol. ¿Qué ocurre del lado masculino cuando los modelos tradicionales se tambalean? Pocos trabajos han sido dedicados a este tema, con la excepción de los primeros estudios sobre los padres divorciados reivindicando su paternidad y el derecho a la custodia de sus hijos. También, las proposiciones de Yves Mamou, en *Le Monde* del 14 de septiembre de 1980, sugieren nuevas pistas de investigación. El autor analiza el «malestar entre los nuevos hombres», confrontados a un modelo que, aunque no siempre sea puesto en práctica, pone en cuestión profundamente su lugar en la sociedad. A fuerza de sostener determinadas reivindicaciones femeninas que les parecían justificadas, de repente los hombres se descubren blancos y víctimas. La crisis de identidad masculina se explica bien: las mujeres ganan un salario, detentan una parte de representación social, controlan su fecundidad, se vuelven autónomas. Reconocer que el trabajo forma parte de la identidad femenina y ya no constituye una actividad de ayuda les resulta, a veces, difícil de admitir. Con mo-

tivo de una crisis profesional, paro seguido de un empleo fuera de su lugar de residencia, la tensión puede estallar en el seno de la pareja, si el marido rechaza tomar en consideración la situación profesional de su mujer. Los hombres, educados para ser la parte sólida del matrimonio, se descubren vulnerables cuando perciben que han dejado de ser indispensables. Yves Mamou escribe:

> La transformación de las relaciones hombre-mujer obliga a los hombres a una profunda revaluación para la cual nada les había preparado. Pues la relación conyugal tradicional se situaba en la relación madre-hijo. La esposa tradicional ofrecía al hombre los mismos servicios que su madre, le complementaba (mi mitad), le afeitaba. Que la compañera moderna rechace este papel, y el hombre se sienta huérfano con todo lo que este término implica de angustia, de desamparo y de ausencia de referencias.

Las figuras de la paternidad también han evolucionado considerablemente. El *pater familias* romano al que el Código civil le había restaurado toda su omnipotencia ha visto hundirse sus estatus como consecuencia de las transformaciones jurídicas que han tenido lugar desde finales del siglo XIX; las nuevas técnicas de fecundación ponen en cuestión actualmente los conceptos de filiación tradicionales[17]. Y, sin embargo, a la maternidad exacerbada responde, desde los años setenta, el nuevo padre que está cerca de su bebé, se ocupa de sus hijos. La vida profesional, en cualquier caso, sigue siendo la preocupación masculina principal; la paternidad no es más que «un estatus adicional». La redefinición de la indentidad masculina dentro de la pareja está ligada a la de la identidad femenina. Es una «crisis de dominación, pues toda concepción del poder se relaciona, de una manera o de otra, con la concepción de la dominación dentro de la pareja y de la familia», escribe P. H. Chombart de Lauwe[18].

William Goode constata que «la utilidad marginal de los hombres declina», en el interior de la pareja o en la sociedad[19]. Si los hombres intentan oponerse a las conquistas de la igualdad femenina, no es tanto por sus consecuencias en el seno del hogar como para resistir a la amenaza que pesa sobre su exclusividad en asumir todas las interacciones sociales. Sin embargo, concluye el sociólogo-filósofo de las relaciones familiares: *«males will stubbornly resist but reluctantly adjust»* («los hombres resistirán pertinazmente, pero, a regañadientes, se ajustarán»).

ORIENTACIÓN BIBLIOGRÁFICA

Las dos obras de Louis Roussel, *Le Mariage dans la société française contemporaine* y *La Famille après le mariage des enfants,* así como la *Sociologie de la famille et du mariage* de Andrée Michel, citadas anteriormente, constituyen las obras de referencia de este capítulo. Hay que remitirse a *Microsociologie de la famille,* de Jean Kellerhals, Pierre-Yves Troutot y E. Lazega, para un análisis crítico de las teorías de la interacción familiar, que engloba la teoría de los roles.

BLOOD, R. O., y WOLFE, D. M., *Husbands and Wives. The Dynamics of Married Living,* Nueva York, Free Press Paperbook, 1960.

BOTT, Elizabeth, *Family and Social Network,* Londres, Tavistock, 1971, 2ª edición (versión española: *Familia y red social,* Madrid, Taurus, 1991).

SINGLY, François de, «La lutte conjugale pour le pouvoir domestique», *Revue française de sociologie,* XVII, 1976, págs. 81-100.

GLAUDE, Michel, y SINGLY, François de, «L'organisation domestique: pouvoir et négociation», *Économie et Statistique,* núm. 187, abril, 1986, págs. 3-30.

KELLERHALS, Jean, *et al., Mariages su quotidien. Inégalités sociales, tensions culturelles et organisation familiale,* édit. Pierre-Marcel Favre, 1982.

«Masculin, féminin, pluriel. Les rôles au sein du couple. Les relations entre générations», *Informations sociales,* 1977.

[17] Geneviève Delaisi de Parseval y Françoise Hurstel, «La paternité à la française», *Les Temps modernes,* septiembre, 1986, 482, págs. 51-93.

[18] Paul Henry Chombart de Lauwe, «Les rapports homme-femme-enfant», en «Psychologie social du changement», *Chronique sociale,* 1982, pág. 159.

[19] William Goode, «Why Men Resist», en Barry Thorne y Marilyn Yalom (eds.), *Rethinking the family,* Nueva York, Longman, 1981, págs. 131-150.

MICHEL, Andrée, *Activité professionnelle de la femme et vie conjugale,* París, CNRS, 1974.

—, *Famille, industrialisation, logement,* París, CNRS, 1959.

PARSONS, Talcott, *Family, Socialization and Interaction Process,* Glencoe, The Free Press, 1955.

RAPOPORT, R. y R., *Une famille, deux carrières,* París, Denoël-Gonthier, 1973.

TABARD, Nicole, *Besoins et aspirations des familles et des jeunes,* CREDOC y CANF, 1974.

YOUNG, Michael, y WILLMOTT, Peter, *The Symmetrical Family. A Study of Work and Leisure in the London Region,* Londres, Routledge and Kegan Paul, 1973.

La psicoterapia familiar

LEMAIRE, J.-G., *Le Couple, sa vie, sa mort,* París, Payot, 1979.

Dialogue, revue de l'Association française des centres de consultation conjugale.

Capítulo 10

GRUPO DOMÉSTICO Y ROLES ECONÓMICOS

El grupo doméstico contemporáneo ¿juega todavía un papel económico determinante? Al leer los estudios sociológicos, podría dudarse. ¿No se dice corrientemente que el grupo doméstico, antaño unidad de producción, no es más que una unidad de consumo, pero simultáneamente no se dice también que la sociedad se ha convertido en una sociedad de consumo? Consecuentemente, el grupo doméstico tiende a cumplir la función central de la sociedad que está en pleno desarrollo. El consumo no parece tan menor como el discurso da a pensar. En la actualidad, se ha diversificado y extendido considerablemente como consecuencia del aumento del nivel de vida. Gastar, consumir, implican decisiones en términos de elección, jerarquías dentro de las necesidades. El grupo doméstico se convierte en una unidad de planificación cuyas orientaciones no son sólo monetarias, puesto que toda decisión de gasto tiene un componente afectivo.

Existe otra dimensión de la función económica del grupo doméstico, aquella que está ligada a la herencia, a la transmisión de bienes. Toda familia transmite un patrimonio, ya se trate de bienes materiales, culturales o simbólicos. En este sentido, se reintroduce una dimensión temporal, que une el grupo doméstico a las generaciones pasadas y futuras, en la cual se inscribe el futuro familiar.

El grupo doméstico, unidad de ingresos, unidad de consumo

Al interesarnos por los presupuestos familiares, no buscaremos considerar quién determina las elecciones, ordena y ejecuta los gastos —problemas de poder y de autoridad que han sido el tema del capítulo precedente—, sino, más bien, el comprender cómo se organizan los grupos domésticos entre sus ingresos y sus gastos, antes de insistir sobre las desigualdades sociales y la redistribución de bienes.

El grupo doméstico en este capítulo, a menudo, será designado bajo el término de familia, según la definición y el vocabulario que propone la contabilidad nacional, pero que no corresponden exactamente con las definiciones de la historia y de la antropología. Fijado en su lugar de residencia, esta familia está asediada de cerca para conocer sus comportamientos económicos, su poder de compra, su presupuesto. En cualquier caso, resulta difícil apoyarse sobre el nuevo sistema de representación de la contabilidad nacional, pues incluye en las cuentas de las familias las empresas individuales. Además, el consumo es considerado en un sentido más amplio que el de su acepción corriente, incluyendo los alquileres, las consultas médicas, etc.[1].

El grupo doméstico, ¿célula productiva y/o unidad de ingreso?

Algunos economistas consideran a la familia como una célula productiva. Así, Dominique Strauss-Kahn, en su libro *Economie de la famille et accumulation patrimoniale,* examina no tanto los bienes consumidos como las funciones cumplidas por estos bienes: una legumbre es un bien que permite preparar el producto «comida», el cual corresponde a la función alimentación. La familia aparece, pues, como una pequeña empresa cuya producción de mercancías está organizada a partir de tiempo familiar y de bienes com-

[1] Bernard Brunhes, *Présentation de la comptabilité nationale française,* INSEE, diciembre, 1976, núm. 216, páginas 32-35.

prados gracias a la venta de tiempo de trabajo en el mercado. La fuerza de trabajo es un producto de la familia que sirve para la transformación de productos, y en cada utilización de productos, la familia va a producir fuerza de trabajo.

La concepción de la familia como lugar de producción todavía no ha entrado en la contabilidad nacional (con la excepción de la producción de los huertos familiares). Su reconocimiento pasa por tomar en consideración los nuevos modelos económicos en el centro de los cuales se sitúa la evaluación económica del trabajo familiar. Al no ser objeto de una monetarización, el trabajo familiar no entra dentro de la contabilidad familiar, contrariamente al autoconsumo agrícola o al trabajo ejecutado en el seno del hogar por una asistenta. Se estima, sin embargo, que los servicios realizados por las mujeres en sus casas constituyen entre el 25 y el 30 por 100 de la producción nacional[2]. Estas cifras ponen en duda la supuesta «pérdida» de las funciones de producción de la familia contemporánea. Si el trabajo doméstico sigue siendo subterráneo, en alguna medida, cuando hay producción y autoconsumo, no ocurre lo mismo si, en lugar de preparar nuestra comida y consumirla en casa, vamos al restaurante, o si, en lugar de lavar nuestras camisas, las llevamos a una lavandería, puesto que estos servicios entran entonces en el mercado y dan lugar a un intercambio monetario.

Clásicamente, la familia es el lugar en el que se reúnen uno o más salarios, en donde se ponen en común los recursos que cada miembro puede obtener de su trabajo y también el punto de llegada de diversos tipos de financiamiento no ligados directamente a la actividad asalariada.

El salario puede entregarse una o varias veces al mes, ser fijo o ajustado con pluses. Su descomposición no está exenta de interés para nuestros propósitos, pues a menudo los pluses son guardados por los esposos y no entran en el presupuesto común. Cuando hay dos salarios, y ello es lo más corriente en la actualidad, hace falta preguntarse sobre la parte efectiva del segundo salario en los ingresos de la familia, teniendo en cuenta el suplemento de impuestos y los beneficios previstos no obtenidos consiguientes a la suspensión de ciertas prestaciones sociales. El INSEE ha calculado, así, la aportación del segundo salario, después de pagados los impuestos, en función de las categorías de ingresos, según que el matrimonio tenga o no un hijo.

Además del o de los salarios —podría repetirse el mismo análisis con el salario de los hijos que trabajan y residen todavía en el grupo doméstico—, las prestaciones familiares tienen un peso importante en los ingresos.

Bajo la forma de asignación a las familias numerosas, suponen complementos e ingresos a menudo considerables, sobre todo para aquellas que tienen más de tres hijos. Estas familias, en las que resulta muy difícil para la madre tener al mismo tiempo una actividad asalariada, no pueden vivir sin estas aportaciones que, a veces, son superiores al salario del esposo. En cualquier caso, su masa no cesa de disminuir en el conjunto de los salarios, habiendo pasado su parte del 5,5 por 100 en 1956 al 3,5 por 100 en 1970, según una encuesta sobre *La Famille* del Comisariado general del plan[3].

En el nivel individual, las prestaciones familiares constituyen una suma directamente percibida por la madre de familia y de naturaleza diferente que la del salario del marido.

¿Podemos añadir a la gama de los ingresos familiares, aunque ello no sea clásico en economía, todos los compromisos de crédito que suscriben las familias? Compras a plazos, estos gastos están escalonados en el tiempo y permiten a la familia disfrutar inmediatamente de un automóvil o de un equipamiento electrodoméstico. Si puede parecer curioso hacer figurar las letras de cambio en la categoría de los ingresos, este tipo de gastos se les parece al poder considerarse una especie de ahorro forzado, que contribuye de manera sensible a incrementar los recursos de las familias.

El grupo doméstico, unidad de consumo

En el plan global, los economistas reconocen que, junto al salario y a la categoría socioprofesional, la composición de la familia es el más importante de los factores explicativos de los consumos, y sobre todo su tamaño y la edad del cabeza de familia[4]. Comparando las grandes partidas de consumo, se constata una disparidad, sobre todo

[2] Françoise Evrard, «Travail des femmes et revenu familial», *Informations sociales*, 1980, 3, pág. 55.

[3] *La Famille*, págs. 40-43.

[4] Georges Bigata y Bernard Bouvier, *Composition des ménages et structure de leur budget en 1971*, Colección del INSEE, 115, serie M, núm. 31, diciembre, 1973, págs. 11-20.

Salarios e ingresos disponibles con uno o dos salarios en 1978. Matrimonios sin hijos

Un solo salario	Obrero	Empleado	Cuadro medio	Cuadro superior
Salario anual	35.540 F	41.800 F	66.600 F	128.040 F
Impuesto sobre el ingreso	1.050 F	1.640 F	5.020 F	18.780 F
Prestaciones familiares (1)	440 F	210 F	—	—
Ingresos disponibles	34.930 F	40.370 F	61.580 F	109.260 F
Dos salarios	Obrero y obrera	Empleado y empleada	Cuadro medio y empleada	Cuadro superior y cuadro medio
Salarios anuales	60.170 F	73.730 F	98.540 F	173.530 F
Parte correspondiente a la esposa	41 %	43 %	32,5 %	26 %
Impuesto sobre el ingreso	4.000 F	6.120 F	11.280 F	30.260 F
Prestaciones familiares	—	—	—	—
Ingreso disponible	56.170 F	67.610 F	87.260 F	143.270 F
Parte correspondiente a la esposa	38 %	40 %	29,5 %	24 %

Salarios e ingresos disponibles con uno o dos salarios en 1978. Matrimonios con un hijo menor de 3 años

Un salario	Obrero	Empleado	Cuadro medio	Cuadro superior
Salario anual	35.540 F	41.800 F	66.600 F	128.040 F
Impuesto sobre el ingreso	460 F	1.040 F	3.810 F	15.220 F
Prestaciones familiares (1)	5.760 F	5.520 F	—	—
Ingresos disponibles	40.840 F	46.280 F	62.790 F	112.820 F
Dos salarios	Obrero y obrera	Empleado y empleada	Cuadro medio y empleada	Cuadro superior y cuadro medio
Salarios anuales	60.170 F	73.730 F	98.540 F	173.530 F
Parte correspondiente a la esposa	41 %	43,5 %	32,5 %	26 %
Impuesto sobre el ingreso	2.990 F	4.690 F	8.950 F	26.680 F
Prestaciones familiares	4.160 F	—	—	—
Ingreso disponible	61.340 F	69.040 F	89.590 F	146.850 F
Parte correspondiente a la esposa	33,5 %	33 %	30 %	23 %

(1) Asignación de vivienda y complemento familiar.

Fuente: F. Evrard, «Travail des femmes et revenu familial», págs. 57 a 58, obtenido de *Ressources familles types de salariés*, INSEE.

en lo que se refiere a aquellas que no son de estricta necesidad (transportes, entretenimientos). Los economistas prefieren en el nivel absoluto de los gastos la medida del coeficiente presupuestario, parte en porcentaje del consumo total que corresponde a las diferentes partidas de consumo, medida más precisa que permite investigar otras diferencias de comportamiento entre familias que las derivadas del salario. Ciertamente, este «efecto salario» no se elimina totalmente, puesto que, según la llamada ley de Engel, cuanto más importante es un presupuesto, más pequeña es la parte de este presupuesto consagrada a los productos necesarios. Por ejemplo, si el salario por unidad de consumo crece de 5.000 a 20.000 francos, el coeficiente presupuestario de los productos alimentarios disminuye del 42 al 24 por 100.

En los cuadros que siguen aparece claramente

Gastos medios anuales en vestido por familia según la edad del jefe de familia

	Menos de 25 años		25 a menos de 35 años		35 a menos de 45 años		45 a menos de 55 años		55 a menos de 65 años		Todas las franjas de edad	
	F	%	F	%	F	%	F	%	F	%	F	%
Vestidos	1.121	45,9	1.176	45,4	1.269	41,2	1.190	41,6	653	36,7	890	40,7
Ropa interior, lencería	629	25,8	692	26,7	903	29,3	859	30,0	618	34,7	664	30,3
Tejidos, lana, mercería, canastilla	203	8,3	160	6,2	228	7,4	232	8,1	135	7,6	166	7,6
Calzado	306	12,5	397	15,3	484	15,7	375	13,1	216	12,1	303	13,8
Reparaciones de vestidos, calzados	39	1,6	45	1,8	63	2,1	73	2,6	35	2,0	50	2,3
Limpieza, tintorería	143	5,9	120	4,6	131	4,3	133	4,6	122	6,9	116	5,3
CONJUNTO	2.441	100,0	2.590	100,0	3.078	100,0	2.862	100,0	1.779	100,0	2.189	100,0

Gastos medios anuales en vestido por familia según el tipo de familia

	Persona sola < 65 años		Persona sola ⩾ 65 años		Matrimonio sin hijo < 65 años		Matrimonio sin hijo ⩾ 65 años		Matrimonio un hijo		Matrimonio dos hijos		Matrimonio tres hijos y más		Todas las categorías de familia	
	F	%	F	%	F	%	F	%	F	%	F	%	F	%	F	%
Vestidos	509	41,7	134	22,9	712	41,5	289	30,5	1.103	42,5	1.367	42,6	1.367	39,7	890	40,7
Ropa interior, lencería	306	25,1	234	40,0	511	29,7	350	37,0	775	29,9	1.004	31,3	1.031	30,0	664	30,3
Telas, lana, mercería, canastilla	61	5,0	51	8,7	148	8,6	116	12,3	188	7,2	210	6,5	262	7,6	166	7,6
Calzado	146	12,0	68	11,6	207	12,0	87	9,2	359	13,9	444	13,8	583	17,0	303	13,8
Reparación vestidos, calzados	38	3,1	27	4,6	36	2,1	35	3,7	41	1,6	69	2,2	79	2,3	50	2,3
Limpieza, tintorería	160	13,1	71	12,2	104	6,1	69	7,3	127	4,9	116	3,6	118	3,4	116	5,3
CONJUNTO	1.220	100,0	585	100,0	1.718	100,0	946	100,0	2.593	100,0	3.210	100,0	3.440	100,0	2.189	100,0

Fuente: Bigata y Bouvier, *Composition des ménages et estructure de leur budget en 1971*, pág. 26.

Coeficientes presupuestarios medios según la edad del jefe de familia (en %)

Edad del jefe de familia	Productos alimentarios	Consumos en el exterior	Vestido	Vivienda	Higiene y cuidados personales	Transportes telecomunicaciones	Cultura y ocios	Diversos	Consumo total	Consumo total (en francos)
Menos de 25 años	22,3	6,6	10,9	22,7	6,2	15,2	7,3	8,8	100,0	22.453
25 a menos de 35 años	26,9	5,2	9,7	20,7	6,7	15,5	5,4	9,9	100,0	26.697
35 a menos de 45 años	32,4	4,7	10,7	16,1	7,0	13,8	5,7	9,6	100,0	28.654
45 a menos de 55 años	33,6	4,8	10,7	15,2	6,9	12,1	6,5	10,2	100,0	26.789
55 a menos de 65 años	36,1	3,8	8,6	15,3	9,3	11,2	5,4	10,3	100,0	20.638
65 a menos de 75 años	38,6	3,2	7,9	16,5	12,0	8,2	4,3	9,3	100,0	14.596
75 años y más	39,4	2,8	6,0	17,9	14,4	6,0	3,9	9,6	100,0	10.488
Todas las franjas de edad	*32,8*	*4,5*	*9,7*	*17,0*	*8,1*	*12,5*	*5,6*	*9,8*	*100,0*	*22.527*

Fuente: G. Bigata y B. Bouvier, *Composition des ménages et structure de leur budget en 1971*, pág. 20.

Nota: se encontrará una actualización pasajera de estas cifras en Mireille Moutardier, *Les Budgets des ménages en 1978-79,* Collections de l'INSEE, serie M, núm. 92.

Los coeficientes presupuestarios medios según el tipo de familia (en %)

Tipo de familia	Productos alimentarios	Consumos tomados en el exterior	Vestido	Vivienda	Higiene y cuidados personales	Transportes telecomunicaciones	Cultura y ocios	Diversos	Consumo total	Consumo total (en francos)
Persona sola < 65 años	24,7	10,1	9,4	20,4	7,9	11,7	6,3	9,5	100,0	12.959
Persona sola ≥ 65 años	38,4	2,6	7,3	22,7	13,2	3,9	3,8	8,1	100,0	8.027
Matrimonio sin hijo < 65 años	27,5	4,7	8,6	21,8	6,9	15,5	5,5	9,5	100,0	23.077
Matrimonio sin hijo ≥ 65 años	40,2	2,2	6,2	15,7	15,4	7,3	4,0	9,0	100,0	15.214
Matrimonio un hijo	30,5	4,5	9,9	16,8	7,3	14,3	5,9	10,8	100,0	26.090
Matrimonio dos hijos	30,2	4,4	10,8	16,4	6,9	14,8	5,9	10,6	100,0	29.746
Matrimonio tres hijos y más	34,7	4,3	10,7	15,5	7,2	11,9	6,4	9,3	100,0	32.046
Otra familia	34,7	4,8	10,2	16,1	7,9	11,7	5,2	9,4	100,0	24.890
Todas las categorías de familias	*32,8*	*4,5*	*9,7*	*17,0*	*8,1*	*12,5*	*5,6*	*9,8*	*100,0*	*22.527*

Fuente: G. Bigata y B. Bouvier, *Composition des ménages et structure de leur budget en 1971*, pág. 20.

Nota: se encontrará una actualización pasajera de estas cifras en Mireille Moutardier, *Les Budgets des ménages en 1978-79*, Collections de l'INSEE, serie M, núm. 92.

que los gastos de alimentación y de salud crecen con la edad, pero que las familias jóvenes tienen gastos de transporte, de vestido y de habitación superiores a los de sus mayores, etc.

El consumo de las familias es igual a los dos tercios de la producción interior bruta. La familia consume bienes ya sea colectivamente (equipamientos familiares, gastos de alimentación), ya sea individualmente (vestido, entretenimiento). También puede distinguirse entre bienes de consumo inmediato y bienes durables. Estos gastos están supervisados de cerca tanto por los estadísticos como por los políticos —conocemos «la cesta de la compra»—, así como por los fabricantes que intentan incrementar su volumen de negocios y crear nuevas necesidades.

La función del consumo de la familia reviste diversos aspectos. Podemos dividir clásicamente los gastos en varias partidas: vivienda, vestido, alimentación, higiene, salud, seguros, impuestos, ocio, etc., que corresponden a necesidades más o menos comprensibles. Alojarse, vestirse, alimentarse son algunas de las necesidades fundamentales, pero muy rápidamente esta noción se hace más compleja. Las partidas de gastos corresponden a normas socioculturales y afectivas. ¿Tenemos necesidad, desde un estricto punto de vista psicológico, de una decoración sofisticada en un apartamento, de una comida con un menú costoso?

Los gastos en vestido constituyen un buen ejemplo del aspecto no ecónomico del consumo. En 1971 representan una parte importante en el presupuesto de las familias, alrededor de un 10 por 100, y observamos fuertes disparidades según las franjas de edad, la pertenencia socioprofesional, el número de hijos. Las familias numerosas dedican a los zapatos una parte importante de su presupuesto en vestido; las familias de edad dedican una mayor parte de sus gastos a la ropa interior, puesto que, retirados de la vida activa, su necesidad de aparentar, que se expresa con el vestido, es menor. Las familias jóvenes están muy por encima de la media anual de gastos, lo que se relaciona al mismo tiempo con la estructura del mercado del vestido (la moda afecta sobre todo a los jóvenes) y con su fuerte grado de urbanización[5]. El incremento de los gastos en vestido es particularmente sensible en el adolescente.

El espacio económico del consumo también debe ser considerado: ¿dónde se efectúan las compras? ¿En los pequeños comercios locales, en las grandes superficies, en el barrio en el que se reside, en el centro o en la periferia de las ciudades? Hay muchas cuestiones que están ligadas al tipo, al nivel de los gastos, a la organización familiar de las compras.

La organización del presupuesto familiar es reveladora, pero la antropología de lo cotidiano está todavía por hacer; esta antropología aclararía los comportamientos familiares en el terreno que nos interesa aquí. A falta de estudios franceses, nos resulta necesario pues interrogar una vez más las investigaciones efectuadas en otros países. Así, Ann Gray, al estudiar los presupuestos obreros en Edimburgo, encuentra la organización de un verdadero sistema presupuestario familiar[6]. El salario del marido es dividido entre la asignación de mantenimiento dado a su mujer y la suma que él conserva, tanto para sus gastos personales como para contribuir a los gastos colectivos, ya sea dando a su mujer un «añadido», ya sea para gastos específicos, por ejemplo, la factura de la calefacción o el reembolso de préstamos. Los gastos colectivos se componen, pues, de la suma de la asignación de mantenimiento y las contribuciones suplementarias del marido, de los que se separa lo que él conserva para sus necesidades personales. Generalmente, el salario de la mujer se gasta en la asignación de mantenimiento; el salario de los hijos que trabajan se entrega íntegramente a la madre, que redistribuye a continuación el dinero de bolsillo, o bien los jóvenes conservan un salario del que deducen una cantidad destinada a cubrir los gastos de su pensión.

Contrariamente a las prácticas descritas hasta entonces, la encuesta de Ann Gray pone de manifiesto la flexibilidad de la asignación de mantenimiento que el esposo entrega a su mujer: más de la mitad de entre ellos toman, además, la carga de un gasto colectivo. El cuadro que sigue muestra, a título de ejemplo, el modo como se repartía la carga de los gastos entre los grupos domésticos encuestados.

La encuesta de Ann Gray revela el interés de analizar el presupuesto familiar como un todo; conocer el monto de las grandes partidas presupuestarias resulta insuficiente.

[5] Georges Bigata y Bernard Bouvier, *op. cit.*, págs. 21-22.

[6] Ann Gray, «The Working Class Family as an Economic Unit», en *The Sociology of the Family, New Directions for Britain*, Chris Harris (ed.), 1979, págs. 187-213.

¿Quién paga las partidas de gastos en el presupuesto familiar?

	Número de familias en las que la partida es pagada:			
	Por el marido	Por la mujer	Por los dos	
Pagado por la mujer en los 2/3 de los casos al menos				
Alquiler	4	44	0	36
Impuestos	20	52	4	8
Carbón	6	20	0	58
Electricidad	13	68	1	2 (2)
Gas	11	54	4	15
Compras a plazos	11	45	0	28
Vestidos de la mujer	9	64	11	0
Seguros	13	59	10	2
Alquiler televisión	6	47	2	29
Cigarrillos de la mujer	2	38	0	44
Pagado por el marido en los 2/3 de los casos al menos				
Cigarrillos del marido	43	0	5	36
Paradas en el bar	57	0	3	24
Mantenimiento del automóvil	27	0	3	54
Pagado por uno u otro o frecuentemente compartido				
Préstamo hipotecario	12	14	5	53
Vestidos del marido	35	39	10	0
Vestidos de los niños	39	35	10	0
Reparaciones, decoraciones	26	37	18	3
Compras al contado de muebles	14	34	9	27
Ahorro vacaciones	18	31	30	5
Dinero de bolsillo de los niños	20	27	29	8

(1) Número total de familias: 84.
(2) Dos familias pagaban una suma a tanto alzado a los padres con los cuales residían.

Fuente: Ann Gray, «*The Working Class Family as an Economic Unit*», pág. 197.

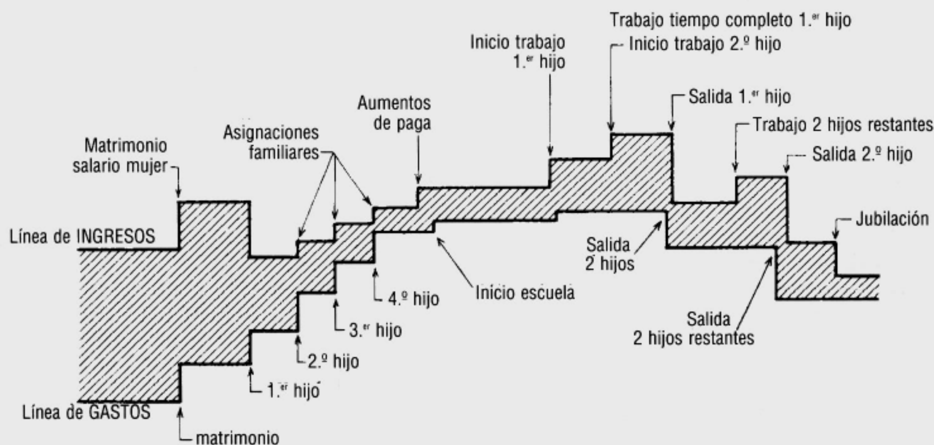
Considerar el presupuesto en su conjunto implica igualmente interesarse por el ritmo de los gastos —ya se trate del ritmo cotidiano, semanal, estacional, anual— y, asimismo, por las oscilaciones relacionadas con el ciclo de la vida familiar de un grupo doméstico. Vemos perfilarse entonces dos tipos de gastos particulares según los ingresos presupuestarios. Se establecen ciclos que, en la familia, estructuran el tiempo de manera tanto más rígida cuanto más descendemos en la escala de los ingresos.

P. H. Chombart de Lauwe ha mostrado también que la organización del presupuesto de los grupos domésticos obreros varía considerablemente según que nos encontremos al día siguiente del día de su paga, en el final de la quincena o del mes[7]. Colette Petonnet, hablando de los subproletarios, describe en *On est tous dans le brouillard* comportamientos de consumo que, si bien pueden parecer ilógicos desde un punto de vista de la racionalidad económica, se explican por el estado de necesidad sufrido, seguido de un aflujo temporal de liquidez (entrega de prestaciones familiares rápidamente gastadas en consumo suntuario mientras que el esencial falta).

Según el ciclo de la vida familiar, los presupuestos conocen también períodos más fastuosos que otros. En las categorías acomodadas, el salario aumenta con la edad (efecto de carrera), mientras

[7] Paul Henry Chombart de Lauwe, *op. cit.*, pág. 135.

Esquema de los períodos de estrechez en un presupuesto obrero equilibrado



que en las categorías más desfavorecidas, las variaciones van en sentido inverso, y las más indigentes se encuentran entre las de más edad. Chombart de Lauwe propone un gráfico, a partir de un esquema de Halbwachs, que pone de manifiesto los diferentes niveles de equilibrio de un presupuesto obrero a lo largo de su existencia.

Algunas corrientes feministas, en el marco de un pensamiento marxista, se preguntan sobre la economía política del trabajo doméstico, sobre las relaciones entre trabajo productivo e improductivo. ¿Acaso la mujer no ocupa un lugar secundario en el consumo de la familia por el hecho de que se considera que cumple un trabajo secundario?

«Quien gana el pan como la carne». En forma de aforismo, esta afirmación coincide con numerosas prácticas de consumo diferencial que simbolizan la redistribución efectuada en el seno de la familia. Christine Delphy[8] muestra, por ejemplo, que en las familias de agricultores del sudoeste de Francia, la mujer, los hijos, las personas de edad ocupan un lugar secundario en la distribución alimentaria. El jefe de familia consume las cantidades más grandes de carne y los mejores trozos. Esta práctica está ligada precisamente a la imagen de la carne que fortifica al trabajador. La mujer interioriza esta situación hasta el punto de que ni siquiera tiene necesidades que reprimir: a ella no le gusta la carne, ella no tiene hambre, ni siquiera tiene conciencia de autosacrificarse. Chombart de Lauwe ha detectado prácticas parecidas en ambientes obreros. También habría mucho que decir de la utilización de las sobras en las familias burguesas, que la madre se reserva de autoridad.

Presupuestos de familias y desigualdades sociales[9]

La gestión del presupuesto no sólo está regida por el nivel de los ingresos y su organización interna. Odile Benoit-Guilbot y Marie Moscovici han mostrado que el presupuesto está administrado de modo diferente por las familias obreras, según que trabajen en una empresa moderna cuyo futuro está asegurado o en una empresa tradicional menos dinámica[10]. Entre los primeros, la gestión está orientada por una racionalidad basada en la seguridad y la previsión, y entre los segundos por una inseguridad y la imprevisión. Los primeros planifican sus gastos, economizan

[8] Christine Delphy, «La fonction de consommation et la famille», *Cahiers internationaux de sociologie*, 1974, páginas 23-41.

[9] *La Famille*, *op. cit.*, págs. 176-211.

[10] Odile Benoit-Guilbot y Marie Moscovici, «Consommation moderne, gestion du budget et perspectives d'avenir», en *Tendances et volontés de la société française*, bajo la dirección de Jean-Daniel Reynaud, París, SÉDÉIS, «Futuribles», 1966, págs. 148-166.

Ingreso global medio por familia según la categoría socioprofesional del jefe de familia y el número de hijos a su cargo en 1970

CATEGORÍA SOCIO-PROFESIONAL DEL JEFE DE FAMILIA / NÚMERO DE HIJOS A CARGO EN EL SENTIDO FISCAL	0 hijos	1 hijo	2 hijos	3 hijos	4 hijos	5 hijos y más	Conjunto
0. Agricultores directos	10.229	11.555	12.871	11.673	13.359	12.439	11.339
1. Asalariados agrícolas	10.964	15.253	13.349	15.255	12.594	12.873	12.706
2. Profesiones independientes	32.536	38.088	43.291	44.252	49.775	48.278	37.894
3. Cuadros superiores	53.948	54.803	57.540	59.121	73.692	71.493	57.229
4. Cuadros medios	31.072	35.423	33.026	32.543	28.728	33.699	32.770
5. Empleados	20.827	25.381	24.278	22.544	20.429	20.844	22.546
6. Obreros	18.151	22.011	19.666	17.935	17.897	17.031	19.171
7. Inactivos	12.330	20.662	21.941	26.014	17.156	12.633	13.201
Conjunto	17.854	27.681	28.033	26.306	25.122	22.104	22.013
Resultados relativos a 1965							
Ingreso medio (en francos)	11.941	17.638	18.213	17.824	16.788	15.692	14.641
Incremento 1970/1965 (en %)	49,5	56,9	53,9	47,6	49,6	40,9	50,4

Fuente: La Famille, *op. cit.*, pág. 182; según una encuesta sobre los ingresos fiscales en 1965 y 1970.

en vistas a una compra precisa; los segundos, no pudiendo tener en cuenta el futuro, buscan fundamentalmente ingresos aleatorios. Tenemos aquí una hipótesis interesante que muestra que el funcionamiento de la empresa influye en parte en el modo de vida de la familia, tal como se refleja a través del presupuesto.

Las desigualdades financieras entre las familias aparecen de una manera clara. Los cuadros de las páginas 224 y 225 presentan el ingreso fiscal medio en 1970, tal como se deduce de las declaraciones de impuestos; además, muestran la influencia del número de hijos sobre el ingreso. Según la categoría socioprofesional, éste disminuye más allá de dos, tres o cuatro hijos.

Para tener una idea más exacta de la situación hace falta estudiar el conjunto de los ingresos fiscales de los hogares, con el fin de contabilizar los ingresos aportados por el trabajo de los hijos o la carga suplementaria que representan ciertos ascendientes.

La edad constituye, igualmente, un factor de desigualdad de la distribución de los ingresos en las diversas clases sociales, señala Jean Stoetzel[11]. Se combina con el nivel de instrucción: casi sin excepción, en cada grupo de edad, un grado superior de instrucción comporta una ventaja y para cada grado de instrucción, el máximo se encuentra en la segunda clase de edad, que es la de los adultos. Los dos factores acumulan sus efectos, conduciendo a valores mínimos y máximos extremos en la distribución de los ingresos.

Estas desigualdades, denominadas «primarias» por los economistas, son más o menos corregidas por diversas acciones que tienden a repartir mejor las riquezas entre las familias. Existen varios tipos:

— creación de equipos y servicios colectivos, tales como guarderías infantiles, gimnasios, etc.
— «atenuaciones de los gastos» que resultan de reducciones de tarifas en los transportes, reembolsos por el seguro de enfermedad y gratuidad de la enseñanza;

[11] Jean Stoetzel, «La distribution des revenus en France», en *Mélanges en l'honneur de Raymond Aron,* París, Calmann-Lévy, 1971, tomo II, pág. 118.

Ingreso medio por hogar antes y después de las prestaciones familiares* (a) *según el número de hijos fiscalmente a cargo en 1970*

Número de hijos fiscalmente a cargo	Número de hogares (en miles)	Ingreso fiscal medio por hogar (en francos)	Ingreso suplementario aportado por las prestaciones familiares (en %)	Ingreso medio por hogar, incluidas las prestaciones familiares (en francos)
Sin hijos	11.212	14.734	—	14.734
y con hogares cuyo jefe es activo	(6.591)	(17.915)	(—)	(17.915)
1 hijo	2.794	25.406	0,5	25.533
2 hijos	2.276	26.550	5,8	28.078
3 hijos	1.184	25.023	15,4	28.878
4 hijos	521	23.779	24,6	29.626
5 hijos	454	20.942	44,0	30.162
Conjunto	18.441	18.878	4,5	19.726

(a) Las prestaciones familiares tomadas en cuenta incluyen únicamente las asignaciones familiares propiamente dichas y la asignación de salario único o de la madre en el hogar.
* Campo: Hogares con ingreso fiscal conocido.

Fuente: La Famille, op. cit., pág. 182; a partir de una encuesta sobre los ingresos fiscales de las familias en 1965 y 1970.

— recursos monetarios ya sea con una finalidad particular, como las asignaciones de vivienda, las ayudas a la educación (becas), ya sea sin afectación prevista, asignaciones familiares, asignaciones de salario único, suplemento familiar de los funcionarios.

¿Cómo son percibidas estas ayudas a nivel de cada hogar? Entre las prestaciones en especies o monetarias ¿qué prefiere el matrimonio? Esto es lo que ha intentado averiguar la Caisse Nationale d'Allocations Familiales (CNAF) con el estudio de Nicole Tabard sobre las *Besoins et aspirations des familles et des jeunes* (necesidades y aspiraciones de las familias y de los jóvenes):

Los sufragios a favor de las asignaciones en especies son ampliamente mayoritarios y cada vez más numerosos a medida que se desciende en la escala de los ingresos. El lugar preponderante dado a las asignaciones familiares en particular por las madres de familia que tienen ingresos modestos deja en segundo plano cualquier otra preocupación. En todos los niveles de ingresos, la actitud a favor de las asignaciones en especies está asociada a una posición de repliegue con relación a la colectividad organizada. Siendo generalmente minoritaria, la opción a favor de las prestaciones en especies es más frecuente en los matrimonios jóvenes y en las familias en las que la madre trabaja. La opción se hace entonces a favor de la vivienda en las categorías de ingresos bajos, en favor de equipamientos de custodia para los niños de corta edad en las categorías acomodadas (pág. 205).

Las políticas de redistribución de los ingresos tienen un efecto corrector sobre las desigualdades por mediación de las asignaciones familiares y la Seguridad social. Con la excepción de las asignaciones en especies o de las ayudas específicamente destinadas a las familias más desprotegidas, tales como los bonos de vacaciones, la ayuda de trabajadoras familiares, los servicios de asistencia social, etc., parece, por el contrario, que los servicios colectivos son mucho más utilizados por las familias que no constituían el objetivo principal que por aquellas a las cuales estaban destinados. La encuesta de la CNAF ha mostrado que la frecuentación de los centros sociales, guarderías, talleres artesanales, vacaciones familiares colectivas, colonias de vacaciones, etc., aumentaba con el ingreso y, sobre todo, con la categoría socioprofesional de la familia (obtenida por la combinación del nivel de instrucción, de las profesiones de los padres y de los abuelos).

Nicole Tabard destaca que las diferencias de comportamiento en relación con los equipamientos colectivos están estrechamente ligadas al estatus: las categorías acomodadas se benefician de las actividades culturales, del ocio o de las vacaciones; las categorías más desfavorecidas utilizan

los servicios de los trabajadores sociales, centros aireados, etc., que adquieren una connotación de asistencia (pág. 282). Así, no sólo los efectos compensadores de las acciones sociales son nulos, sino que refuerzan las desigualdades, por mediación del consumo sociocultural del cual sólo las categorías acomodadas tienen la capacidad de aprovecharse dado su nivel educativo. Para las familias desfavorecidas, el costo de esta situación es doble. El beneficio que obtienen de estas políticas es escaso; además, por el hecho de su funcionamiento, se encuentran encuadradas, controladas, supervisadas.

GRUPO DOMÉSTICO Y TRANSMISIÓN DEL PATRIMONIO

Entre sus funciones económicas, el grupo doméstico continúa asegurando la transmisión del patrimonio. Estudiaremos aquí las prácticas de herencia, reservando para el capítulo siguiente el examen de la reproducción social en su conjunto y que engloba, además de la devolución de los bienes materiales, la de los bienes culturales y simbólicos.

Su importancia y su rol han evolucionado bastante si oponemos, por ejemplo, la sociedad campesina a la sociedad contemporánea. En la primera, en la que el útil de trabajo está constituido por la propiedad de un terreno, la transmisión del patrimonio rústico es esencial para la sobrevivencia del matrimonio. Numerosas investigaciones de etnohistoria se refieren al análisis de las modalidades de la transmisión sucesoria. Ciertamente, podemos oponer los sistemas en los cuales existe una partición igualitaria entre todos los herederos a aquellos en los cuales la preferencia se otorga a uno solo. En la práctica, esta distinción se revela muy fragmentada y existen diversos tipos de comportamiento que hacen pasar de un sistema a otro[12] (cf. cap. 3).

En la actualidad, la herencia ya no es necesaria para instalarse, como consecuencia del desarrollo del salariado (excepto entre los agricultores). La transmisión de un patrimonio se efectúa de modo más sutil, bajo la forma de una dotación en estudios, por ejemplo. Numerosos padres consideran, por otra parte, que proporcionando a sus hijos una instrucción sólida contribuyen mejor que con bienes tangibles a instalarlos en la vida. Como dice Louis Roussel:

> El deber prioritario de los padres ya no es el de mantener y transmitir un patrimonio. Consiste en proporcionar a sus hijos los medios de ser económicamente autónomos en el momento del matrimonio[13].

La segunda característica del modo actual de transmisión de los bienes es una consecuencia de la prolongación de la vida. Mientras que en el siglo XVIII los hijos jóvenes sucedían a sus padres, permitiendo la herencia la instalación sobre una explotación, en la actualidad un matrimonio no pierde a sus padres hasta que dicho matrimonio no está bastante empeñado en la vida. La herencia sólo interviene para ayudar a los padres a instalar a sus propios hijos. Los padres, en los primeros años de su vida de matrimonio, se benefician de una especie de usufructo de los bienes de sus propios padres que heredarán los nietos. El patrimonio salta una generación.

De manera menos evidente que antaño, en las condiciones complejas, la transmisión de los bienes continúa jugando un rol en la sociedad francesa.

Patrimonio y desigualdades sociales

Al centrarnos aquí en el matrimonio como agente de la transmisión patrimonial, seguimos a algunos eonomistas que utilizan la unidad de consumo como base para la confección de un modelo de acumulación del patrimonio de las familias. En este modelo son considerados el ingreso del trabajo, el ingreso y las plusvalías del capital, los dones efectuados, el consumo y el tamaño de la familia[14].

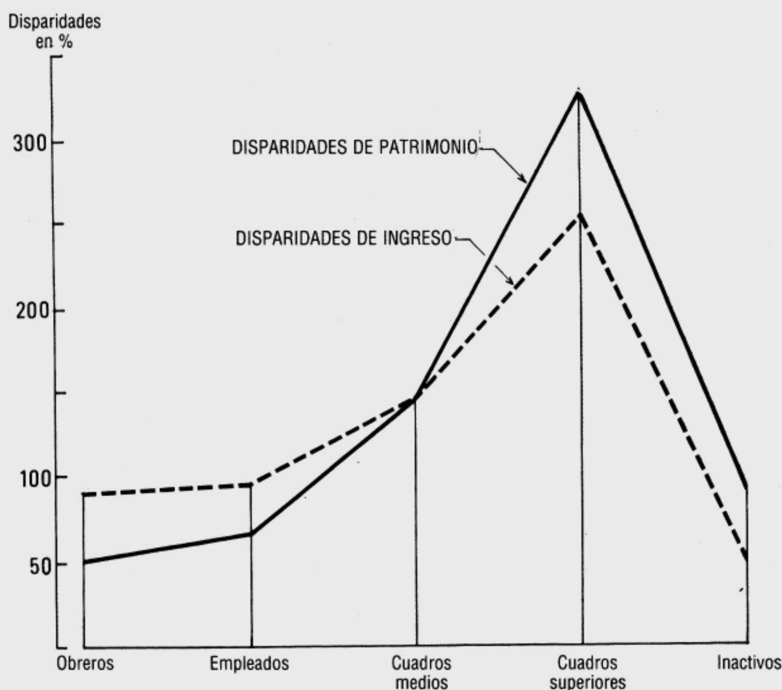
Ligar la acumulación del patrimonio a la economía del grupo doméstico es una orientación nueva para los economistas que, hasta este momento, consideraban a la familia dentro del campo delimitado solamente por el ingreso, la producción, el consumo y el ahorro. Algunos distinguen patrimonio acumulado y patrimonio

[12] *Family and Inheritance*, bajo la dirección de Jack Goody, Joan Thirsk y Edward P. Thompson.

[13] Louis Roussel, *La Famille après le mariage des enfants*, pág. 73.

[14] André Babeau, *Un essai de modélisation rétrospective de l'accumulation patrimoniale*, Centre de recherches sur l'épargne, Université de Paris X, offset 1974.

Distribución del patrimonio según las categorías sociales



heredado, patrimonio humano y patrimonio no humano, entre la fuerza de trabajo que es vendida en el mercado de trabajo con diferentes salarios y el capital cultural que se adquiere en la familia. Cuando un individuo muere, deja a sus herederos el patrimonio no humano heredado, y sus frutos, así como la conversión y la capitalización del patrimonio humano en patrimonio no humano[15]. Esta nueva orientación articula, al modo de los sociólogos, el grupo doméstico y la familia, lo diacrónico y lo sincrónico. Además, permite un mejor análisis de las desigualdades sociales.

¿Cómo está compuesto el patrimonio en sus masas principales y qué distinciones se operan según las categorías sociales? En el plan nacional, el patrimonio de las familias está constituido en un 70 por 100 por activos inmobiliarios (propiedades edificadas y tierras de renta), como consecuencia del desarrollo del acceso a la propiedad que autoriza el recurso al crédito. El patrimonio medio de las familias representa 3,6 años de ingreso disponible.

Éste está repartido muy desigualmente entre las diversas categorías sociales, más todavía que los ingresos. Este fenómeno, lejos de atenuarse en el curso del ciclo de la vida familiar, se acentúa con la edad, consecuencia a la vez del hecho de la acumulación diferencial del ahorro y de la desigualdad frente a la herencia[16].

El nivel de fortuna de los empleados y de los obreros no les permite apenas sobrepasar las etapas de equipamiento en bienes durables y de acceso eventual a la propiedad de la vivienda, gracias al crédito. Los cuadros y las profesiones liberales sobrepasan bastante rápidamente este límite, y acumulan activos financieros importantes, así como activos inmobiliarios, además de su vivienda principal. Los asalariados constituyen progresivamente su patrimonio a lo largo de su vida; los autónomos inmediatamente, sea por herencia, sea por crédito, puesto que sirve a su instalación.

[15] Dominique Strauss-Kahn, *Économie de la famille et accumulation patrimoniale*, págs. 36-41.

[16] *La Famille*, págs. 215-226.

Frecuencia de la atribución de un don importante a los hijos en el momento de su matrimonio, según la categoría socioprofesional del padre del cónyuge

	ENCUESTA PADRES				ENCUESTA HIJOS CASADOS			
	En el momento del matrimonio de su hijo (sin hablar de los gastos directos ocasionados por la boda) ¿le hizo algún regalo importante?				*En el momento de su matrimonio (sin hablar de los gastos directos ocasionados por la boda) ¿recibió de sus padres algún regalo importante?*			
	Sí	No	No se pronunciaron	Total	Sí	No	No se pronunciaron	Total
Conjunto	42	56	2	100	41	57	2	100
Agricultores	43	55	2	100	46	52	2	100
Obreros	32	67	1	100	27	71	2	100
Empleados	38	59	3	100	31	67	2	100
Cuadros medios	42	56	2	100	38	59	3	100
Comerciantes (a)	50	48	2	100	46	52	2	100
Cuadros superiores (a)	60	37	3	100	60	40	—	100

(a) En este cuadro, los obreros agrícolas están agrupados con los obreros, los artesanos con los comerciantes y, salvo indicación contraria, las profesiones liberales con los cuadros superiores.

Fuente: Louis Roussel, *La Famille après le mariage des enfants,* pág. 49.

El análisis de la estructura del patrimonio de las familias hace aparecer considerables variaciones[17]. Si el patrimonio medio de un industrial o de un gran comerciante es cerca de doce veces superior al de un obrero, las variaciones son mucho más importantes si se tienen en cuenta las desigualdades en el seno de cada categoría. Aquí todavía se observa la distinción entre autónomos y asalariados. En la primera categoría están reagrupados el patrimonio profesional (la mitad entre los agricultores), el que corresponde a la vivienda y el que está constituido por el inmobiliario de renta y los activos financieros. Entre los asalariados, los cuadros superiores se distinguen por el importante lugar atribuido a los valores mobiliarios. Entre los empleados y los obreros, el principal ahorro financiero toma la forma de libretas de ahorro.

Si el patrimonio parece, pues, en la actualidad, menos importante que en otras épocas como consecuencia de la extensión del asalariado, constituye siempre una baza fundamental para ciertos grupos domésticos, y uno de los elementos del mantenimiento de las desigualdades sociales.

[17] André Babeau y Dominique Strauss-Kahn, *La Richesse del Français,* París, PUF, 1977, págs. 134-138.

Modalidades de la transmisión de bienes

En otras épocas, la transmisión del patrimonio se hacía en el momento del matrimonio o de la defunción, pero no ocurre lo mismo en la actualidad. A los dones, incluso relativamente importantes, que reciben los hijos con ocasión de su matrimonio ya no se les llama «dotes». Los contratos de matrimonio son cada vez más raros. Chicos y chicas reciben dones relativamente importantes que ayudan a la joven pareja a instalarse.

En más del 40 por 100 de los casos, según la encuesta de Louis Roussel, el matrimonio es la ocasión de un don cuya importancia varía según las categorías socioprofesionales, el número de hijos, etc. Regalos en dinero, o en especies (automóvil, vivienda), proceden en uno de cada cinco casos de las dos familias, mientras que dos familias de cada cinco sólo reciben de una parte o de ninguna. Las dos parejas de padres no se ponen de acuerdo para regalar a sus hijos, cada una da independientemente de la otra. La encuesta de Louis Roussel muestra también que, al margen de esta circunstancia particular, la ayuda de los padres se prolonga a lo largo de todo el ciclo de la vida familiar, bajo forma de préstamos o de regalos. Ciertamente, el montante de éstos varía con la edad y el nivel de vida, como lo muestra

Estructura del patrimonio de las familias según la C.S.P. del jefe de familia (en %) en 1975

C.S.P.	Efectivos (en %)	Cuentas de cheques	Libretas de ahorro	Ahorro-vivienda	Bonos y depósitos a plazo	Valores mobiliarios	Empresas individualizadas y fondos de comercio	Vivienda	Residencia secundaria	Inmobiliarias	Tierras y explotaciones agrícolas	Monto medio del patrimonio
Agricultores	8,0	2	5	1	8		2	31	1	3	49	361.700
Industriales y grandes comerciantes	1,3	4	3	1	3	4	37	25	6	12	5	788.700
Pequeños comerciantes y artesanos	6,7	5	5	2	2	2	34	35	6	8	2	328.100
Profesiones liberales	0,7	4	5	2	4	5	30	32	8	8	3	630.600
Cuadros superiores	4,3	5	9	2	2	10	1	44	14	9	4	291.100
Cuadros medios	7,4	5	9	3	2	4	6	53	8	6	4	177.900
Empleados	7,4	5	12	2	2	3	1	54	5	14	2	100.600
Obreros	32,6	6	14	2	2	1	1	62	6	3	4	66.900
Otros activos	1,9	4	11	5	1	0	2	38	12	23	5	79.700
Inactivos	29,4	5	10	1	7	11	4	42	9	7	4	217.000
Salariados e inactivos	83,2	5	11	2	5	8	3	47	9	7	4	145.000
Autónomos	16,8	3	5	1	5	2	20	31	4	6	23	393.900
Conjunto	100,0	5	8	2	5	6	9	42	7	7	11	186.800

Fuente: André Babeau y Dominique Strauss-Kahn, *La Richesse des Français*, pág. 134.

Frecuencia de los dones

	ENCUESTA PADRES					ENCUESTA HIJOS				
	Desde la boda de su hijo, ¿les han hecho uds. regalos importantes que representan de algún modo un avance de la herencia?					*Desde su boda, ¿han recibido de sus padres regalos importantes que representan de algún modo un avance de la herencia?*				
	Sí	No, no era nuestra idea	No, no teníamos la posibilidad	No se pronuncian	Total	Sí	No, no era su idea	No, mis padres no tenían la posibilidad	No se pronuncian	Total
Hombres	11	46	39	4	100	13	44	37	6	100
Mujeres	12	40	43	5	100	12	42	37	9	100
Conjunto	12	43	41	4	100	12	43	37	8	100
Edad										
De los padres / De los hijos										
50 años / 25 años	3	50	44	3	100	5	46	40	9	100
50-59 años / 25-29 años	6	43	42	4	100	8	43	41	8	100
60-64 años / 30-39 años	14	45	41	5	100	12	45	36	7	100
65 y más / 40-49 años	23	41	31	5	100	21	38	34	7	100
Categoría socioprofesional (hombres)										
1 agricultores	12	51	33	4	100	17	46	26	11	100
2 obreros	4	34	61	1	100	7	34	33	6	100
3 empleados	7	35	55	3	100	3	45	46	6	100
4 cuadros medios	9	51	37	3	100	11	56	29	4	100
5 comerciantes	6	69	25	0	100	12	55	26	7	100
6 cuadros superiores y profesiones liberales	23	58	17	2	100	13	71	11	5	100
Número de hijos de los padres										
1	20	51	24	5	100					
más de 1	9	44	43	4	100					

Fuente: Louis Roussel, *La Famille après le mariage des enfants,* pág. 62.

el cuadro de esta página, pero se disfrazan bajo la forma de préstamos otorgados con condiciones ventajosas, que permiten a los hijos constituir, por su parte, un patrimonio.

Hemos de considerar igualmente como una forma de herencia particular, o de un don indirecto, el disfrute de una residencia secundaria. Si los padres residen en el campo, durante las vacaciones reciben a sus hijos y nietos. En las clases más acomodadas adquieren una residencia secundaria cuyos hijos pueden disfrutar sin que ni siquiera tengan a su cargo los gastos de mantenimiento. Se trata de una ayuda notable que contribuye, de manera más indirecta que los dones o préstamos, a conservar para el joven matrimonio un nivel de vida igual al de sus padres.

La transmisión del patrimonio toma, pues, en nuestros días vías muy sutiles que van más allá de las evaluaciones estadísticas que puedan hacerse.

Frecuencia de un don importante entre los padres de más de 65 años, según la categoría socioprofesional del padre antes de la jubilación

ENCUESTA PADRES	Han hecho un regalo	No era su idea	No tenían la posibilidad	Sin respuesta	Total
Agricultores	38	34	20	8	100
Obreros	13	34	50	3	100
Empleados y cuadros medios	12	41	44	3	100
Comerciantes	30	40	28	2	100
Cuadros superiores y profesiones liberales	35	44	14	7	100
Conjunto	23	41	31	5	100

Fuente: Louis Roussel, *La Famille après le mariage des enfants,* pág. 62.

Frecuencia de un préstamo importane de los padres a los hijos casados

	ENCUESTA PADRES				ENCUESTA HIJOS			
	¿Han hecho préstamos en dinero importantes a su hijo?				*¿Han rcibido préstamos en dinero importantes de sus padres?*			
	Sí	No	Sin respuesta	Total	Sí	No	Sin respuesta	Total
Hombres	19	80	1	100	17	82	1	100
Mujeres	19	80	1	100	18	81	1	100
Conjunto	19	80	1	100	18	81	1	100
Profesión del padre								
Agricultores	7	92	1	100	19	80	1	100
Obreros	14	85	1	100	11	88	1	100
Empleados	23	76	1	100	18	81	1	100
Cuadros medios	12	86	2	100	17	83	0	100
Comerciantes	28	72	0	100	24	75	1	100
Cuadros superiores	29	69	2	100	29	71	0	100
	Para el caso en el que ha sido concedido un crédito 1) ¿Los padres piden intereses?							
Hombres	12	78	10	100	16	74	10	100
Mujeres	12	78	10	100	17	73	10	100
Conjunto	12	78	10	100	17	73	10	100
	2) ¿Los préstamos son devueltos?							
Hombres	57	30	13	100	70	23	7	100
mujeres	52	35	13	100	65	25	10	100
Conjunto	54	33	13	100	67	24	9	100

Fuente: Louis Roussel, *La Famille après le mariage des enfants,* págs. 62-63.

Actitudes familiares frente a la transmisión del patrimonio

Bajo la apariencia de rigurosa autonomía recíproca se esconde una situación ambigua. Los hijos desean ante todo ser independientes, y los padres no pueden manifestar su ternura a través de los dones si no es con gran discreción, pues no deben dar la impresión de comprar el afecto de sus hijos. La independencia de las generaciones se encuentra confirmada por las actitudes con relación a las disposiciones legales de la herencia. Los encuestados se oponen al derecho de usufructo considerado como una verdadera desposesión.

«La independencia de los hijos casados —escribe todavía Louis Roussel— tiene como contrapartida que la joven generación no debe esperar de los padres, por la herencia, el medio de asegurar su promoción o su riqueza.» Además, esta herencia debe servir para borrar determinadas desigualdades entre hermanos y hermanas, si éstas están ligadas a dolencias. Las actitudes con relación a la devolución de bienes en el momento del matrimonio, de la defunción o a lo largo del ciclo de la vida familiar se articulan bastante como el modelo de matrimonio que, de la cohabitación juvenil a la residencia separada, está marcada por el sello de la independencia entre las generaciones. ¿Quiere esto decir que sólo existe una actitud en relación con la transmisión del patrimonio? A través de sus modalidades, se perfila todo un devenir familiar, toda una imagen de la sucesión de las generaciones más allá de la muerte.

Jacques Lautman ha estudiado mediante el método de un análisis factorial, a partir de quinientas personas no asalariadas, las correspondencias relativas a las diferentes actitudes en función de criterios sociales y del número de hijos[18]. Por ejemplo, distingue, en el grupo de comerciantes e industriales, un conjunto de factores que denotan dos actitudes opuestas.

Por una parte

— Hijo(s) trabaja(n) en el negocio con o sin sucesión ya decidida.
— Interesa financieramente a los hijos.
— Les ha hecho ya dones limitados.
— La partición será hecha por referencia a los hijos (no en función de la jubilación del interesado).

Por otra

— Ningún hijo trabaja en el negocio.
— No desea sucesión familiar.
— Intención de no hacer testamento ni donación anticipada.
— Piensa que los hijos no tienen derechos sobre los bienes de la familia.

Por un lado, se observa la visión familista dedicada a los hijos, teniendo como proyecto la continuidad; por el otro, la visión a corto plazo, la del individuo que limita su mirada sobre el futuro al de su propia vida. Son los mismos que limitan su descendencia a un hijo, pero no necesariamente para hacerle heredero, remarca J. Lautman.

> Hombres que se han hecho a sí mismos, estos empresarios del comercio o de la industria son de estos que no se han hecho suficientemente burgueses como para pensar en términos de linaje y que, al mismo tiempo, han roto con la afectividad generosa de las familias populares para las que el cuidado de los bienes de los hijos es primordial. Duros para con ellos mismos y para con los demás, piensan que los hijos no tienen derecho sobre sus bienes, lo que significa a la vez la expresión de un principio de educación por el esfuerzo, de un apego a todos los atributos de la propiedad y, eventualmente, un gusto o un sueño de disfrute egoísta. El muy pequeño número de hijos podría expresar un rechazo a crearse cargas en la existencia (pág. 459).

Mediante el análisis factorial, el autor retiene siete variables: profesión y grupo socioprofesional, rango de nacimiento del encuestado, número de hijos, religión, modalidades de la primera recepción, respuesta a la pregunta: ¿desea usted que uno de sus hijos le suceda profesionalmente o tiene usted la intención de hacer testamento, una donación entre vivos? Sobre el esquema de análisis factorial de las correspondencias, las categorías profesionales se distinguen inmediatamente: los agricultores tienen un comportamiento separado, lo que se explica por el lugar y la naturaleza del patrimonio en su explotación; a ellos se aproximan los comerciantes. Entre los primeros la recepción de dotes se combina con la donación partición, los segundos practican más a menudo la donación entre manos. Industriales y

---

[18] Jacques Lautman, «Modèles familiaux de la transmission patrimoniale et théorie du cycle», págs. 452-466, en *Le Cycle de vie familiale dans les sociétés européennes*, París, 1976.

Esquema simplificado del análisis factorial de las correspondencias

herencia con testamento

intención de testamento

recep. dote

Gran ind.

Ind. medio

sucesor hijo mayor

sucesor sin prefer.

recep. dote contrat. matrim.

sin sucesión prevista

Arq.

Abog.

Méd.

protest.

intención don part. ant.

Pequeño com.

Católico

Gran comerciante

Agric.

recep. don part. ant.

intención donación

recepción herencia sin testamento

recep. donat. mano

hija sucesor

Agric. = agricultor; Com. = comerciante; Arq. = arquitecto; Ind. = industrial; Abog. = abogado; Méd. = médico.

Fuente: Jacques Lautman, *Modèles familiaux de la transmission patrimoniale et théorie du cycle*, pág. 461.

profesiones liberales constituyen otro grupo con actitudes parecidas. Entre ellos coexisten recepción de herencia con testamento e intención de testar. Además, se observa para cada grupo profesional una aproximación sorprendente entre las modalidades de la recepción por el encuestado y sus intenciones en cuanto a la transmisión.

Las profesiones independientes tienen, pues, un doble modelo cultural en relación al futuro, a corto plazo y a largo plazo, interrumpiéndose con la muerte o siguiendo a la familia en el más allá.

En lo que concierne a la influencia del número de hijos sobre el objetivo patrimonial, las opiniones están compartidas. Un patrimonio será menos dividido si el número de hijos es poco elevado. Sin embargo, una descendencia numerosa, sobre todo en las familias con gran patrimonio, produce un efecto dinástico, incrementando el número de relaciones que cuadriculan la vida social. Por encima de un cierto nivel de fortuna, la partición del patrimonio no parece ser un obstáculo para el enriquecimiento individual de los hijos. Éste, a menudo, está representado por valores mobiliarios industriales o financieros que son propiedad del grupo familiar de los que cada miembro posee partes y que disfrutan de un ingreso. Los dividendos compensan, y quizá mucho más, las reducciones consecutivas de las diversas sucesiones[19].

Podemos oponer familias herederas y no herederas en función de diversas estrategias en relación al patrimonio[20]. Una categoría reagrupa a las familias que se han beneficiado de una herencia importante en patrimonio humano y/o en patrimonio no humano, pero las herencias son heterogéneas y las partes en patrimonio humano y no humano varían mucho. Si los herederos más mimados por el sistema se benefician de los dos, los menos favorecidos sólo disponen de un escaso patrimonio no humano y su estrategia descansa en una transmisión hereditaria compuesta principalmente de patrimonio humano.

Éste es el comportamiento tradicional de las capas medias en las que el patrimonio es tanto más escaso

[19] *La Famille, op. cit.*, pág. 277.

[20] Dominique Strauss-Kahn, *op. cit.*, págs. 44-48.

que ha sido gastado para financiar los estudios de los hijos. Estos grupos sociales que corresponden principalmente a las principales categorías de empleados y de «pequeños cuadros» se sitúan en la frontera entre los herederos y los no herederos, allá en donde la movilidad social es más fuerte y donde es natural que uno de los principales objetivos sea el de evitar a sus hijos caer en la categoría inferior asegurándoles un mínimo de educación (pág. 45),

escribe D. Strauss-Kahn. Por el contrario, las familias no herederas abordan el ciclo de su vida familiar con un patrimonio humano mínimo y un patrimonio no humano prácticamente nulo y el patrimonio que ellas pueden acumular a lo largo de su existencia es muy débil para ser transmitido; sólo sirve para mejorar las condiciones de su jubilación.

Sólo los «herederos» tienen los medios de racionalizar sus comportamientos que son, a la vez, estrategias en relación al patrimonio, pero también de matrimonio, de fecundidad, mientras que los no herederos se sienten incapaces de programar el futuro. De este modo, las ventajas se acumulan como se perpetúa la indigencia: la distinción entre familias herederas y no herederas ilustra las desigualdades sociales, tal como señala D. Strauss-Kahn:

Los frutos del crecimiento están desigualmente repartidos, pero incluso si las capas medias no han recibido la parte que les correspondía, los verdaderos «olvidados del crecimiento» son los del 25 al 30 por 100 de familias que constituyen la categoría de las familias no herederas (pág. 52).

Patrimonio y herencia contribuyen grandemente a la estructuración del cuerpo social. Explican cómo pueden reproducirse los grupos y sus jerarquías a pesar de la renovación de los miembros de la sociedad. Un estudio sobre la base de la larga duración, como el que ha llevado a cabo Denis Kessler, a partir de una muestra representativa de familias francesas desde 1804 hasta nuestros días, permite poner en relación el patrimonio y un cierto número de variables familiares, como la heredabilidad de las prácticas matrimoniales, la influencia de la fecundidad, el rol del matrimonio, etc.

El patrimonio continúa, pues, jugando un papel importante en la práctica de las relaciones familiares, en el cuadro profesional y, de manera más general, para situar al matrimonio en una constelación social. El hecho de que el patrimonio tenga, para numerosas categorías, un significado cultural más que material refuerza todavía su papel. Por otra parte, los dos van a la par y median-te ellos funciona la reproducción social, que será objeto del capítulo siguiente. A nivel del grupo doméstico, la acumulación, la gestión, la transmisión de un patrimonio constituyen una faceta importante de su papel económico. Mientras que la gestión de un presupuesto es una operación más bien de rutina que se inserta en lo cotidiano y en el tiempo corto, el hecho de pensar en términos de patrimonio inscribe a la pareja en el tiempo largo, como dice J. Lautman, entre «las determinaciones del pasado y las anticipaciones con vistas al futuro».

ORIENTACIÓN BIBLIOGRÁFICA

CUISEINIER, Jean, «Accumulation du capital et défense du patrimoine», en *Le Partage des bénéfices,* París, Ed. de Minuit, 1966, págs. 349-381.

KESSLER, Denis, «Accumulation et répartition de patrimoine des Français depuis 1804», *Cahiers du CEREPI,* Université de Paris X-Nanterre, enero, 1985.

La Famille, Commissariat général au plan, París, Hachette, 1975, y sobre todo las págs. 175-238.

LAUTMAN, Jacques, y GOSSIAUX, Jean-François, «Modèles familiaux de la transmission patrimoniale et théorie du cycle», bajo la dirección de Jean CUISEINIER y Martine SEGALEN, *Le Cycle de la vie familiale dans les sociétés européennes,* París-La Haya, Mouton, 1977, págs. 453-466.

PRESVELOU, Clio, *Sociologie de la consommation familiale,* Bruselas, edit. Vie ouvrière, 1968.

STRAUSS-KAHN, Dominique, *Économie de la famille et accumulation patrimoniale,* Cujas, col. del CREP, París X, 2, 1977.

Capítulo 11

FAMILIA Y SOCIEDAD

Hace varios años, un pequeño escándalo fue recogido en los periódicos: los turistas y los aficionados al arte no podían visitar determinadas salas del Museo del Louvre el sábado o el domingo. Motivo: un fin de semana de descanso de cada dos había sido concedido, después de una huelga, a los vigilantes que son, en su mayoría, vigilantas. Estas mujeres habían obtenido, pues, la autorización de pasar un fin de semana de cada dos en familia, y como el número de guardianes no había aumentado, la mitad de las salas se encontraban cerradas, por falta de vigilancia. Éste es un ejemplo de las interrelaciones constantes entre familia y sociedad, complicadas aquí por el hecho de que el Estado ocupa un doble lugar y mantiene un doble discurso. En tanto que empleador, conoce los condicionamientos de su presupuesto. En tanto que responsable del futuro nacional, mantiene un discurso familista recomendando a las madres ocuparse de sus hijos durante el fin de semana.

Las relaciones complejas entre familia —y aquí es lícito utilizar este término general— y sociedad no son solamente las de la familia y el Estado. En esta obra se ha planteado en varias ocasiones el interrogante sobre los efectos cruzados del cambio familiar y del cambio social: ¿se modifica la familia bajo la influencia de las migraciones, de la urbanización, de la industrialización? Un primer avance ha sido el de admitir que los cambios no son unilineales, que no tienen lugar de la misma manera ni según los mismos ritmos en las diferentes clases sociales. No puede hablarse de industrialización de manera general como consecuencia de la diversidad de los modos de organización del trabajo, de los contextos técnicos de los que ya hemos visto la importancia al estudiar las estructuras de las relaciones familiares. Al considerar que éstas se privatizan y que aumenta una cierta «intimidad» familiar, ha sido subrayada la ambigüedad de una tal afirmación. En otras épocas, como en la actualidad, las relaciones entre padres e hijos, entre esposos, articulan comportamientos de la vida privada con los de la vida pública.

Apoyándonos en los ejemplos desarrollados en los capítulos precedentes, hay que intentar avanzar más en el análisis de esta relación. ¿La familia es una relación sin dinamismo que la sociedad enmarca y modela según sus propias necesidades o, por el contrario, es el lugar de resistencias y de un contrapoder que obstaculiza el cambio social?

Familia y control social

Los grupos domésticos se encuentran condicionados, al igual que los individuos, por un conjunto de leyes, de reglamentos que limitan su libertad. Son el objetivo de políticas familiares, de acciones de un gobierno y de una administración de los que se supone seguir las orientaciones. Más allá de estos condicionamientos enunciados, están sometidos también a la presión de la norma, a menudo no explícita, a menudo contradictoria. Si el grupo no se adapta, resulta vigilado, sancionado por numerosas instituciones que buscan controlar su desviación.

De los condicionamientos al control

En un artículo dedicado al poder familiar, Agnès Pitrou enumera los principales condicio-

namientos que pesan sobre la familia[1]; la legislación, en primer lugar, que define la constitución del matrimonio, los derechos y los deberes de los miembros de la familia; la legislación social que prolonga los códigos jurídicos; las decisiones económicas que afectan a las condiciones cotidianas de trabajo y a los niveles de vida, y por esta razón, las decisiones de la pareja; las medidas que afectan al estatus de la mujer; los condicionamientos que pesan sobre la educación de los hijos y su futuro, como el sistema de orientación escolar o el control médico; los determinantes del marco de vida por mediación del hábitat, las políticas de estímulo a acceder a la propiedad, las construcciones del tipo HLM que condicionan un modo de vida particular; el peso de los medios de comunicación de masas que presentan una determinada imagen de la familia; los controles que ejercen en cualquier ocasión sobre el desenvolvimiento de la vida familiar, etc.

Sea cual sea su nivel social, toda familia sufre este encasillamiento; sin embargo, algunas están más encasilladas que otras, porque no se conforman a la norma. El Estado se arroga entonces el derecho de intervenir en su funcionamiento. De condicionadas se convierten en controladas.

Con el pretexto de comprender mejor y de ayudar mejor, el Estado promulga una norma a la cual sus acciones van a intentar reducir a las familias. Pero ¿qué norma? ¿Qué es una familia normal? La vemos dibujarse «en vacío», por inversión de la imagen propuesta por las familias que son el objeto de las intervenciones públicas, como lo señala Agnès Pitrou en *La Vie précaire. Des familles face à leurs difficultés:*

> La familia «caso social» es sobre todo una familia que no llega a adaptarse a los hábitos del contexto social en el que vive; no trabaja regularmente, tiene deudas, no sabe mantener a sus hijos. Criterios sistemáticos, por otra parte, pues las actuaciones de la acción social se concentran, salvo excepción, sobre las familias de nivel socioeconómico muy débil, y se ponen en funcionamiento en casos bien caracterizados: alquiler no pagado, molestias de las que se quejan los vecinos, hijos escolarizados irregularmente, o maltratados, o efectuando hurtos pequeños (págs. 217-218).

La actitud normativa del Estado no es un fenómeno contemporáneo. Una vez más, una mirada retrospectiva sobre la puesta en marcha de las instituciones de control de la familia permite comprender mejor las motivaciones y los retos de hoy día.

La familia, instrumento de control social

Hace algunos años aparecieron casi simultáneamente varias obras que analizaban el aumento de los controles sobre la familia y por la familia. A partir de fuentes hasta entonces poco estudiadas (literatura médica, discursos de los filántropos, de los legisladores, de la administración, etcétera), J. Donzelot, I. Joseph, P. Fritsch y P. Meyer muestran las grandes preocupaciones que hacen surgir en el siglo XIX la familia popular y su cortejo de desviaciones en relación a la familia burguesa: concubinato, mortalidad infantil y abandono de los hijos, delincuencia juvenil, etc. Analizan los esfuerzos para hacer desaparecer estas marginalidades.

La historia del control familiar aparece a través de la constitución de una sociología de la familia. Desde Auguste Comte y F. Le Play a las encuestas del grupo Économie et Humanisme (1943), y al estudio de los presupuestos-tiempos contemporáneos, Philippe Fritsch traza en su estudio *De la famille-cible à l'objet famille* las filiaciones ideológicas que conducen a la «puesta en cartilla» de la familia. Analiza textos de los administradores del siglo XIX que buscan la extinción del pauperismo y de la miseria en las clases trabajadoras: la normalización de la familia es entonces más un medio que un fin en sí mismo, y por este conducto, el hogar doméstico se convierte en una unidad de investigación, finalidad que se perpetúa en las encuestas contemporáneas (págs. 209-304).

La familia popular es, en el siglo XIX, el objetivo de múltiples instituciones. Por ejemplo, la Société de Saint-François-Régis ayuda a regularizar la unión de las parejas que lo desean, pero que no disponen de los medios... Donzelot muestra sobre todo cómo la «estrategia de familización» toma apoyo entre las mujeres, ayudada de los médicos, de los sacerdotes y de las medidas sociales como las concernientes a la vivienda, la enseñanza doméstica, etc. La mujer aparece aquí como el instrumento de la normalización de la familia en su mismo seno.

En torno al problema del hijo en peligro o pe-

[1] Agnès Pitrou, «Pouvoir familial et changement social», *Économie et Humanisme*, enero-febrero, 1980, 251, pág. 17.

ligroso se efectúa la puesta en marcha del control sobre la familia. Tracemos, brevemente, la «genealogía» de la puesta en marcha de estos controles, tal como lo ha hecho Isaac Joseph, siguiendo los trabajos de Michel Foucault, en su estudio sobre las *Tactiques et figures disciplinaires*.

La escuela, en primer lugar, sustituye a los padres incapaces de educar a sus hijos. El maestro de escuela se convierte en «consejero de educación doméstica, gobernador de la familia». Poco a poco, la imposición de la escuela sobre la vida familiar se acentúa a lo largo del siglo XIX, invirtiendo la relación anterior: la escuela ya no es una prolongación de la educación familiar, sino el lugar de la producción de la familia por la escuela. El niño es un rehén, un pretexto para visitas a las familias, que tienen por objetivo velar por la normalidad de las relaciones educativas en el interior del hogar. Luego, es la intrusión del médico, que toma como interlocutor privilegiado a la madre. Se erige la infancia como especialidad médica y la familia se medicaliza. Poco a poco, se pone también la misma mirada técnica sobre el domicilio del pobre: el grupo doméstico se encuentra cercado por todas partes, en sus relaciones, en sus espacios. El filántropo y las sociedades de patronazgo descubren la miseria obrera. ¿Cómo hacerla desaparecer? Se proponen soluciones contrapuestas: ¿hay que «normalizar» las familias encerrándolas en el *gueto* de las ciudades obreras, que, creando espacios colectivos (guarderías, escuelas, salas de asilo), tienden a debilitar los lazos familiares y tropiezan con los esquemas tradicionales de la asistencia por patronazgo? ¿Hay que, por el contrario, fijar a la clase obrera en una red de relaciones sociales suficientemente densas para proporcionarle modelos y referencias, para controlar sus rebeliones y sus resistencias? ¿Hay que hacerla cohabitar con las familias burguesas cuyo modelo tendrá virtud de ejemplo? Isaac Joseph muestra los esfuerzos del Estado, entre 1860 y 1890, para hacer asimilar a la familia obrera los hábitos del orden y de la previsión, para replegar la vida familiar al interior de la vivienda. Desde el maestro de escuela al médico, del médico al arquitecto, del arquitecto al filántropo, y luego, poco a poco, se añaden el juez para el niño, los asistentes sociales y los «psi». La familia peligrosa es puesta bajo tutela, su autoridad se le arranca al padre.

En la actualidad, el control social sobre la familia es más discreto, menos coercitivo, pero probablemente más insidioso y más amplio con el desarrollo del psicoanálisis vulgarizado, que no conlleva juicio: el sujeto tiene siempre algo que decir. Estas técnicas son tanto más poderosas en la medida en que no parecen imponer ni normas sociales ni reglas morales: no hay responsable, no hay culpable. A pesar de las técnicas «psi», la práctica de la acción social contemporánea es culpabilizante en cualquier caso. Philippe Meyer, analizando en *L'Enfant et la raison d'État* las consultas de un centro de educación de menores delincuentes, muestra en primer lugar la encuesta detallada que la familia ha de sufrir. Una doble descualificación se desprende, la del menor y la de su ambiente. La clasificación de la familia, siempre negativa, se hace según un doble filtro que él denomina sobreprotector o de rechazo.

Antes de la reforma de la legislación sobre el divorcio, el mismo tipo de control inquisidor se aplicaba a los matrimonios, bajo pretexto de proteger al niño. El proceso en divorcio erigía al tribunal en agencia de control, sancionando lo que estimaba ser comportamientos desviados. Las quejas hechas a los esposos eran estereotipadas y desiguales: al marido se le reprochaban las infracciones de tipo profesional, la embriaguez, el hecho de no satisfacer las necesidades de la familia; a la mujer se le acusaba de ser mala esposa, mala madre, mala administradora. De este modo, las culpas eran pronunciadas en función de una ideología familiar implícita. El divorcio culpabilización y sanción era la humillación de los testimonios a mendigar, los interrogatorios a sufrir, y la confrontación con el modelo no explícito que en ellos tenían los jueces, etc. La relación entre tribunal y servicio social, además, se hacía río arriba y en aval del divorcio, con el recurso creciente a las asistencias sociales, sobre todo cuando el divorcio había agravado las dificultades financieras. Al multiplicarse fue cuando el divorcio tendió a banalizarse y a perder su aspecto culpabilizante. Las investigaciones de Fritsch, Joseph y Meyer muestran que el marco contemporáneo de la familia ha salido de una larga historia que se remonta a mediados del siglo XVIII, y que la producción de la norma ha sido formulada por mediación del control de los marginales. En cualquier caso, el Estado es productor de desviaciones, como a pesar suyo. Al intentar controlar las familias, las hace pasar, por ejemplo, de los suburbios a viviendas sociales

muy exiguas para que puedan continuar «encerrando» a sus jóvenes o cuidar a sus padres ancianos; rompe sus solidaridades y sus vecindades tradicionales. Puede comprenderse la complejidad del problema del poder social confrontado al de la familia, analizando el discurso relativo a la crisis contemporánea de la fecundidad.

El reto contemporáneo de la fecundidad

El hijo por el cual el Estado, la administración, el poder político, la «normalidad» de las clases burguesas, penetraban en la familia obrera en el siglo XIX, el hijo se escapa. Ya no es engendrado en cantidad bastante grande. De lo biológico a lo nacional, el acto más íntimo de cada matrimonio se encuentra que tiene consecuencias sobre el plan económico, social, político:

> La situación demográfica de Francia es grave. Los poderes públicos tienen conciencia y el gobierno ha propuesto recientemente una nueva serie de medidas a favor de las familias numerosas. Estas orientaciones que serán seguidas a través de todas las políticas sectoriales son susceptibles de tener consecuencias favorables sobre nuestra demografía. Pero, tratándose de la dimensión de las familias, la decisión pertenece a las parejas. El Estado sólo puede hacer de tal manera que las elecciones mediante las cuales se expresan la voluntad y la libertad de los matrimonios sean más reales y más responsables, sobre todo por una mejor información sobre sus consecuencias sobre la selectividad. Es necesario que los franceses comprendan y elijan[2].

De este modo se expresa un informe oficial que resume los poderes públicos y sus límites. La legitimidad de la intervención es aquí evidente. El Estado, que representa la colectividad, no puede desinteresarse de una situación que conlleva a medio y a largo plazo consecuencias tan graves. Diversos países imponen la esterilización en la medida en que están confrontados al problema inverso de la sobrepoblación, o prohíben el aborto en el caso de la caída de la natalidad. Entre la neutralidad total y el autoritarismo hay espacio para una acción suavemente persuasiva. ¿No se trata sólo de reorientar la política familiar?

Los discursos públicos, en cualquier caso, están repletos de contradicciones. En el plano global, la fecundidad, analizada en apariencia objetivamente, se pone en relación con todas la variables posibles, y sobre todo con el trabajo femenino; implícitamente, el análisis se tuerce, deja de ser neutro y la norma aflora. La «libertad de las parejas» se proclama en voz alta, pues es «la mejor garantía de un crecimiento satisfactorio de la población»[3]. Sin embargo, las políticas familiares se entrometen en la vida privada. La amplitud de las medidas propuestas vienen a enmarcar todo el campo familiar. He aquí las propuestas retenidas por el Alto Comité de la población en un informe de junio de 1980:

1. Una política que tienda a favorecer el aumento de al fecundidad debe esforzarse en actuar sobre el conjunto de factores que son un obstáculo para este aumento y no puede basarse exclusivamente en un incremento de la ayuda financiera directa a las familias... (Se trata de crear) un cambio en profundidad de las condiciones de existencia de las familias (...), un clima general más favorable a la acogida del hijo.
2. Necesidad de favorecer la conciliación entre trabajo de los padres y la presencia de los hijos en el hogar. La relación toma en cuenta el trabajo femenino como un dato del futuro.
3. La situación de las familias de tres hijos y más exige el reconocimiento de derechos particulares.
4. Las prestaciones familiares deben tener en cuenta el costo real del hijo. A estos objetivos se añaden las proposiciones concretas relativas a la información, la política del cuadro de vida, el urbanismo, el acondicionamiento del tiempo de trabajo, la política de vivienda, el acondicionamiento del territorio, etc.

Por ejemplo, dice el informe, sería necesario reforzar las pequeñas y medianas ciudades que son las más favorables a una fecundidad elevada, desarrollar los espacios reservados a las familias, modelar los espacios urbanos en función de las necesidades de las familias y de los niños. La política de vivienda debe ser reexaminada con el fin de aumentar el parque de las grandes viviendas; los tiempos de trabajo deberían orientarse hacia

[2] *Présentation du rapport général su la situation démographique de la France*, pág. IX, 1980, 9e rapport, Ministerio du Travail et de la Participation.

[3] Paul Boyer, «Critique du natalisme», *Le Monde*, 2 de octubre de 1980.

una reducción de las duraciones cotidianas, desarrollar fórmulas de trabajo a tiempo parcial.

Así pues, todos los elementos de la vida cotidiana son poco a poco tomados en cuenta y las familias se encuentran encasilladas por todas partes por proyectos que hacen estallar la contradicción permanente de la acción pública, que el ejemplo de los vigilantes de museo había subrayado. Sin admitir su responsabilidad, el Estado constata que ha construido viviendas demasiado exiguas, que las prestaciones sociales no han seguido la evolución del coste de la vida, que sus urbanistas han creado espacios hostiles a la infancia.

Finalmente, y esta conclusión no es la paradoja menor, las políticas familiares hacen gala de una capacidad limitada para modificar las actitudes en relación con la fecundidad. Los matrimonios, a menudo, están mal informados y piensan fácilmente que la caída de la población —y sobre todo la llegada menos numerosa de jóvenes al mercado de trabajo— podría facilitar la lucha contra el paro, permitir una mejora del nivel de vida. Éste es un razonamiento oído frecuentemente. El éxito de una política de natalidad exige la adhesión de los matrimonios, constatación evidente, pero que es necesario recordarlo. No puede asimilarse una política demográfica a una política de la agricultura y de los transportes. La experiencia de los países de la Europa del Este en este aspecto resulta esclarecedora[4]. La eficacia de las medidas aplicadas por algunos de ellos con perspectivas natalistas con vistas a contrarrestar la caída de la fecundidad es a la vez segura, ambigua y limitada. Segura, porque de momento un aumento de la fecundidad ha sido observado a continuación de las medidas tomadas a este efecto. Veamos el caso de Rumanía, donde, después de la prohibición del aborto legal, el número mensual de nacimientos se ha triplicado durante varios meses; ambigua porque resulta difícil de discernir los efectos de diversas medidas tales como la limitación del aborto y el estímulo de la procreación; limitada porque después de una fase de aumento de los nacimientos la fecundidad baja de nuevo, lo que da a pensar que algunos matrimonios han adelantado un nacimiento para beneficiarse de las medidas favorables a la natalidad, pero que no aumentan su descendencia total.

[4] Michel Lévy, «Préoccupations natalistes en Europe de l'Est», *Population et sociétés*, enero, 1981, núm. 143.

El ejemplo de la crisis contemporánea de la natalidad hace aparecer las ambigüedades y las dificultades de una política de control sobre la familia, y la complejidad de las relaciones entre familia y sociedad, entre familia y Estado, entre poder familiar y poder social o estatal.

Familia y poder social

Lugar de permanencia, la familia parece, en efecto, oponer resistencias múltiples al cambio social. Dándole la vuelta a la proposición, podría decirse que posee un poder de *reproducción*, según la expresión de Pierre Bourdieu.

Al ocupar una posición de mediación entre las generaciones, la familia asegura la continuidad en el eje de los cambios macrosociales y de los cambios en el interior de la vida familiar.

El poder familiar no es un fenómeno únicamente pasivo, sino activo, que implica, tal como ya hemos visto, estrategias de matrimonio y de ascensión social. Por la transmisión de una herencia material, cultural, social y simbólica, conserva las desigualdades sociales y culturales en el seno de las cuales la familia se enrosca para perpetuarlas. Lo que constituye un «poder» para las clases favorecidas se vuelve contra las más indigentes que sólo pueden reproducir su miseria. Si lleváramos este razonamiento hasta el final, la familia tendría el poder de bloquear la sociedad en sus estructuras.

Familia y desigualdades en las oportunidades

Una sociedad democrática se asigna como función el reducir las desigualdades entre las categorías sociales, y sobre todo entre las familias. Tal fue, fundamentalmente, la misión confiada a la enseñanza republicana. En el siglo XIX, la escuela tenía una misión disciplinaria, ya se ha visto: debía encuadrar a los niños más indigentes, controlarlos para hacer de ellos buenos trabajadores. Cuando la enseñanza se dirige a todas las categorías sociales, tanto a los chicos como a las chicas, la escuela se da por misión colocarlos en pie de igualdad, gracias al capital escolar inculcado. Es obligado constatar que la escuela no ha cumplido la misión que se le había asignado. No solamente los niños no obtienen el bagaje que igualaría las diferencias, sino que el sistema escolar, que transmite los valores dominantes, re-

fuerza las desigualdades culturales y sociales y contribuye a mantener la situación de las categorías dominantes.

Sobre todo durante la primera infancia, el éxito escolar varía, para un mismo nivel e ingresos, con el nivel cultural de los padres, medido por el título más alto obtenido por uno u otro de los padres. Este resultado indica claramente la influencia de la herencia cultural[5]. Además, la influencia del medio sobre el niño pequeño parece preponderante. Cuanto más temprano es incitado el niño por un ambiente culturalmente favorecido, mejores serán sus posibilidades de éxito escolar y de éxito en la vida. Alain Girard muestra que las probabilidades de éxito escolar están en relación con el número de hijos en la familia: los hijos de familias numerosas obtienen menos buenos resultados.

La influencia determinante de la categoría socioprofesional y del nivel cultural de la familia se observa cuando se sigue el curso escolar de una cohorte de hijos.

> La marcha general de una promoción no se desarrolla al mismo ritmo en los diferentes medios sociales (...). El origen social de los hijos ha constituido un elemento importante en la orientación escolar en el momento de la primera separación, cuando se entra en 6°. A lo largo de los años siguientes, este elemento sigue presente pero no puede ejercer una influencia tan fuerte, habiendo sido decisiva la primera opción. Las reorientaciones que tienen lugar, sin embargo, van siempre en la dirección de una selección social más fuerte[6].

Alain Girard concluye en su introducción a *«Population» et l'enseignement:*

> Puesta aparte la influencia de la herencia que, sin embargo, no es despreciable, la de la familia es determinante. La acción de la escuela no puede ejercerse más que en estrecha relación con el medio familiar. Dos niños, teniendo por hipótesis la misma inteligencia, pero que uno es el hijo de un agricultor o de un peón y el otro de un profesor, de un médico o de un ingeniero, no se desarrollan al mismo ritmo. Nada favorece al uno cuando todo favorece al otro: ambiente material, ciertamente, pero también ambiente cultural, juguetes perfeccionados, conversaciones familiares, relaciones, ayuda en el trabajo y aspiraciones de los padres. No se trata sólo de dinero. El capital financiero, suponiendo que exista, no lo es todo. Los padres legan a sus hijos, como es su deber social, el capital intelectual que ellos mismos han adquirido (pág. XXVI).

¿Cómo actuar contra este mecanismo? La generalización de las guarderías y de las escuelas maternales tiene por objetivo, por una socialización precoz, proporcionar a todos los niños oportunidades más iguales frente al sistema escolar. Al intentar compensar las desigualdades sociales, la escuela maternal debería aparecer como el más fuerte adversario del poder familiar. Ahora bien, este proyecto ha sido desviado por la segregación del hábitat que no mezcla casi a los niños de diferentes medios. Además, al insistir en que el niño «trabaje» en lugar de «perder su tiempo» en dibujar, los padres reintroducen en la institución los medios de distinguir entre los niños privilegiados y los demás.

Pierre Bourdieu y Jean-Claude Passeron observan el mismo pero emparejado de la herencia cultural y de la posición social en el acceso a los estudios universitarios. Llevada a cabo en 1961-1962, su encuesta sobre el origen social de los estudiantes hace aparecer un verdadero proceso de eliminación: un hijo de cuadro superior tiene ochenta veces más posibilidades de entrar en la universidad que un hijo de asalariado agrícola y cuarenta veces más que el hijo de un obrero; sus posibilidades son todavía el doble de las de un hijo de cuadro intermedio[7]. Entre 1961 y 1980, el número de estudiantes se ha multiplicado por diez, pasando de 80.000 a 800.000, pero esta democratización no es más que una ilusión.

Reproducción y movilidad social

La desigualdad escolar frena, pues, la movilidad social. Raymond Boudon, en su obra sobre *L'Inégalité des chances,* observa que:

> La desigualdad de oportunidades, oportunidades escolares, oportunidades socioprofesionales, es, pues, con las desigualdades económicas, la única forma de desigualdad que no parece afectada de modo sensible por el desarrollo de las sociedades industriales. Un hijo

---

[5] Artículos retomados en *«Population» et l'enseignement,* París, PUF, 1970.

[6] Alain Girard y Henri Bastide, «Orientation et sélection scolaires. Cinq années d'une promotion: de la fin de cycle élémentaire à l'entrée dans le 2e cycle du second degré», *Population,* 1964, I, págs. 9-46, 2, págs. 195-261.

[7] Pierre Bourdieu y Jean-Claude Passeron, *Les Héritiers. Les étudiants et la culture.*

Éxito escolar al final de la enseñanza primaria

	ÉXITO			
	Excelente o bueno %	Medio %	Mediocre o malo %	Total %
Obreros agrícolas	33	37	30	100
Agricultores	43	37	24	100
Obreros	35	35	30	100
Comerciantes-artesanos	44	34	22	100
Empleados	45	34	21	100
Cuadros medios	64	25	11	100
Industriales y profesiones liberales	56	33	11	100
Cuadros superiores	62	28	10	100
CONJUNTO	41	33	26	100

Fuente: Raymond Boudon, *L'Inégalité des chances*, pág. 59.

de obrero tendrá, ciertamente, un nivel de vida superior al de su padre. Pero sus posibilidades de acceder a la enseñanza superior apenas serán más elevadas que en la generación de su padre y sus posibilidades de acceder a una categoría social superior a la de su padre serán del mismo orden de amplitud que las que tenía su padre mismo... Por otro lado, no es seguro que la diferencia entre su salario y el de un cuadro superior sea menor que en la generación de su padre (págs. 12-13).

¿Tiene la familia el inmenso poder de bloquear la movilidad social?

En el plano familiar, así como en el plano general, la historia muestra la movilidad ascendente de las sociedades democráticas. Toda genealogía hace aparecer que a partir de un ancestro común se diferencia el destino social de las diversas líneas de descendencia, unas permanecen arraigadas localmente en la profesión familiar tradicional, mientras que otras intentan y logran su oportunidad en la ciudad, en otro sector.

La encuesta llevada a cabo por Louis Roussel hace aparecer igualmente, en el espacio de tan sólo dos generaciones, una movilidad social significativa[8].

Ciertamente, este fenómeno no afecta de la misma manera a todos los medios sociales: volvemos a encontrar la inercia de la reproducción social. La probabilidad de convertirse en cuadro, por ejemplo, es tanto más fuerte si la propia situación del padre está próxima de esta categoría. En cualquier caso, la movilidad de una generación a otra es indiscutible: se caracteriza por una mejora, sensible sobre todo en los grupos intermedios. De una generación a otra, el nivel de instrucción, generalmente, ha aumentado, una promoción socioprofesional bastante fuerte aparece en beneficio de las clases medias.

Los más pesimistas en cuanto al bloqueo del sistema social replican que movilidad social y reproducción social no son incompatibles. La movilidad social es necesaria en una sociedad en transformación que exige nuevos conocimientos y cualificaciones nuevas; sin embargo, no afecta de la misma manera a todas las categorías sociales.

Pierre Bourdieu escribe:

La movilidad controlada de una categoría de individuos cuidadosamente seleccionados y modificados por y para la ascensión social individual no es incompatible con el mantenimiento de las estructuras y puede contribuir ella misma, de la única manera concebible por las sociedades que se reclaman de ideales democráticos, a la estabilidad social, y por ello, a la perpetuación de la estructura de clase[9].

Los análisis más recientes tienden a mostrar que se combinan dos fuerzas que sólo son contradictorias en apariencia: movilidad y reproducción social. La movilidad remite a las transformaciones socioprofesionales. Hay muchos más cuadros

[8] Louis Roussel, cap. 5 «Reproduction sociale et continuité culturelle», *La Famille après le mariage des enfants*.

[9] Pierre Bourdieu, «Reproduction culturelle et reproduction sociale», *Informations sur les sciences sociales*, X, 1971, 2, págs. 45-75.

Categoría socioprofesional de los hijos casados según la del padre (encuesta a los padres)

	Categoría del padre						
	Agricultores	Obreros	Empleados	Cuadros medios	Comerciantes	Cuadros superiores profesiones liberales	Conjunto
Categoría del hijo							
Agricultores	39	—	—	—	—	—	7
Obreros	25	47	38	11	26	—	22
Empleados	17	15	27	9	14	20	27
Cuadros medios	4	21	26	30	18	15	19
Comerciantes, artesanos	9	7	6	4	24	—	7
Cuadros superiores y profesiones liberales	6	10	13	46	18	65	18
TOTAL	100	100	100	100	100	100	100
Repartición de los padres según su propia categoría.	15	34	14	13	13	11	100
Categoría de la hija							
Agricultores	27	—	—	—	—	—	5
Obreros	6	14	9	—	5	—	7
Empleados	22	36	37	23	31	17	28
Cuadros medios	6	12	12	17	15	17	12
Comerciantes, artesanos	1	3	4	2	9	2	4
Cuadros superiores y profesiones liberales	3	1	7	24	10	26	10
Inactivas	35	34	31	34	30	38	34
TOTAL	100	100	100	100	100	100	100

Fuente: Louis Roussel, *La Famille après le mariage des enfants*, pág. 108.

Nivel de instrucción de los hijos casados según la de los padres (a) *(encuesta a los padres en %)*

Nivel del hijo	Nivel del hijo según el del padre					Nivel de la hija según el del padre				
	Primaria	Técnica y comercial	Secundaria	Superior	Conjunto	Primaria	Técnica y comercial	Secundaria	Superior	Conjunto
Primaria	37	(b)	6	—	24	41	—	—	—	25
Técnica y comercial	36		26	—	32	29	29	21	16	26
Secundaria	18		28	14	19	21	58	44	36	30
Superior	9		40	86	25	9	13	35	48	19
TOTAL	100	100	100	100	100	100	100	100	100	100
Repartición según el nivel en casa del padre.	61	8	21	10	100	60	5	25	10	100
Nivel del hijo	Nivel del hijo según el de la madre					Nivel de la hija según el de la madre				
Primaria	33	(b)	5	(b)	22	35	(b)	3	(b)	24
Técnica y comercial	43		30		37	35		18		30
Secundaria	15		23		19	22		47		28
Superior	9		42		22	8		32		18
TOTAL	100		100		100	100		100		100
Repartición según el nivel en casa de la madre	57	9	32	2	100	63	5	28	4	100

(a) El nivel primaria superior ha sido asimilado al nivel secundaria.
(b) Efectivos insuficientes.

Fuente: Louis Roussel, *La Famille après le mariage des enfants,* pág. 109.

hoy que hace cincuenta años, y muchos menos agricultores. La herencia social sigue muy fuerte, sobre todo entre los funcionarios, de abajo hacia arriba de la jerarquía, ya se ocupe un puesto en la SNCF o que se sea educado en la ENA, como han mostrado los trabajos de Claude Thélot (1982). Otros efectos familiares también han sido bien analizados, ya se trate del «efecto de la línea de ascendencia», es decir, las posiciones socio-profesionales del padre y del abuelo, o del capital cultural de la madre, medido por su título: sea cual sea el medio de origen, la influencia materna sobre el destino escolar aparece determinante[10]. Las encuestas convergen, pues, para subrayar el peso de la herencia cultural familiar, relativamente independiente de la posición de clase. La misma constatación se obtenía del examen del proceso de transmisión de los modelos culturales.

La mujer en la familia y la sociedad

La evolución del estatus femenino aparece como un buen ejemplo de la complejidad de las relaciones entre familia y sociedad, que no se plantean exclusivamente en términos de poderes o de resistencias. La mujer aparece como la bisagra entre familia y sociedad. Los progresos de su condición se han hecho, a la vez, dentro y contra la familia. Está claro que los nuevos modelos familiares y sociales del siglo XXI dependerán del estatus que se le hará en los años que están por venir.

Evolución del estatus femenino y feminismo

El estatus femenino ha evolucionado bastante más rápido que las estructuras sociales y económicas. Apoyado en una nueva fisiología femenina que ilustra el cuadro de la página siguiente, ha conocido una transformación particularmente rápida en el curso de los últimos veinte años.

Después de las conquistas femeninas en el terreno de la educación y de la política se produce un lento trabajo de maduración de la sociedad. Mejor instruidas que sus madres, las mujeres buscan definirse un nuevo espacio en la sociedad. En *Le Fait féminin*, Évelyne Sullerot analiza los cambios sociales que lo han preparado. A partir de 1945, la formidable presión de una ideología de la igualdad de los derechos del ciudadano conduce a importantes transformaciones legislativas. Incluso si la práctica no siempre ha seguido, numerosas leyes han establecido la igualdad de los sexos en la educación, la gestión de bienes, de los salarios, los derechos sociales.

En segundo lugar, la revolución industrial y técnica ha trastornado el rol doméstico. No se trata aquí de la cuestión de las condiciones materiales de ejecución de este trabajo, sino de su valor en el nivel económico y en el nivel ideológico. En 1950 es más rentable coser sus vestidos, hacer conservas que procurarse estos bienes en el mercado. A finales de los años setenta, todos los cálculos del presupuesto muestran que es más rentable trabajar fuera y comprar los bienes y servicios producidos en masa. El valor económico del trabajo doméstico ha bajado considerablemente y se ha encontrado desvalorizado.

En tercer lugar, los progresos médicos han permitido un alargamiento de la vida, y los riesgos relacionados con el embarazo y el nacimiento han sido reducidos; la generalización de las leches artificiales ha liberado a la mujer de los constreñimientos del amamantamiento y ha colocado, al menos teóricamente, al padre y a la madre en igualdad de condiciones frente al recién nacido. Los progresos en el dominio de la fecundidad permiten a las mujeres esta inversión prodigiosa que consiste en adaptar el número de sus hijos y el calendario de sus nacimientos a su empleo, mientras que hasta este momento habían adaptado su empleo al número y al calendario de los nacimientos de sus hijos[11].

Por último, el fenómeno masivo de la urbanización ha contribuido a separar físicamente el matrimonio durante la jornada, el cual se encuentra reunido para el ocio y el descanso.

Veinte años de acción en favor de la condición de las mujeres permiten apreciar el rol que ha tenido el feminismo en estos cambios profundos. Nacido en el torbellino de las ideologías alrededor de 1968, el movimiento feminista se autonomiza desde 1970, cuando las mujeres se dan

[10] Richard Pohl y Jeanine Soleilhavoup, «La transmission du statut social sur deux ou trois générations», *Économie et Statistique*, mayo, 1982, 144, págs. 25-42; Claude Thélot y François de Singly, «Racines et profils des ouvriers et cadres supérieurs», *Revue française de sociologie*, XXVII, 1986, págs. 47-86.

[11] Michel-Louis Lévy, «La carrière des femmes», *Population et sociétés*, abril, 1981, núm. 146.

El «antiguo» y el «nuevo» régimen demográfico de la mujer

		Antiguo	Nuevo
Parámetros	Número de hijos nacidos vivos	6	2
	Edad en el nacimiento del último hijo	40 años	30 años
	Edad al matrimonio	18 años	23 años
Esperanza de vida a las primeras reglas		37 años	64 años
Esperanza de vida en el matrimonio		35 años	54 años
Esperanza de vida en el nacimiento del último hijo		23 años	47 años
Esperanza de vida a la pubertad del último hijo		14 años	33 años
Duración entre matrimonio y nacimiento del último hijo		22 años	7 años
Duración total de la lactancia materna		72 meses	5 meses
Duración del embarazo y lactancia		13,5 años	1,9 años
Matrimonios sobrevivientes cuando la mujer tiene 50 años		18 %	8 %

Según Massimo LIVI-BACCI, «Le changement démographique et le cycle de vie des femmes», en *Le Fait féminin*, bajo la dirección de Évelyne SULLEROT, págs. 457-458.

Fuente: Population et Sociétés, octubre, 1979, núm. 128.

cuenta de que sus aspiraciones específicas no son tomadas en cuenta; se cristaliza alrededor de la cuestión del cuerpo de la mujer, de la violación, del aborto y denuncia las servidumbres sexuales y domésticas que le impone la dominación llamada «patriarcal». Es de notar que el movimiento trasciende entonces la problemática de la lucha de clases, atraviesa todo el campo social, denunciando la unidad de la opresión de las mujeres. Su influencia simbólica y en los medios de comunicación es considerable: 1975 es declarado Año de la mujer, y los años 1975-1985 son anunciados como Decenio de la mujer, después de la Conferencia internacional de México.

En Francia, el voto de la ley sobre el aborto en 1975 es el resultado más tangible de la acción feminista, pero la adopción de otras medidas legislativas que fueron votadas a continuación —sobre la repartición equitativa de los derechos parentales, sobre la gestión de los bienes comunes, sobre la igualdad profesional sobre todo (1983)— fue el resultado indirecto del gran movimiento de ideas igualitarista que los movimientos feministas habían puesto en circulación, con las únicas armas de su ultranza y de su humor. Fueron a la vez relevo y catalizador del cambio de estatus femenino.

A finales de los años ochenta, este movimiento marca la preeminencia. Ha sufrido sus disensiones internas, entre las «partidarias» de un feminismo de la «diferencia», a la escucha del cuerpo femenino y de sus propios ritmos, y las «partidarias» de un feminismo de igualdad pura. Ha perdido sus militantes. Las generaciones de chicas jóvenes nacidas después de 1968 se benefician tranquilamente del producto de las luchas de sus madres, considerando la igualdad adquirida, y se desmovilizan, llevando la acción, sobre todo, del lado del mercado de trabajo que no es favorable a las mujeres, puesto que son las primeras víctimas del paro. En cuanto a los propios movimientos de pensamiento, se encierran en el círculo de las intelectuales en cuyo seno nacieron, teniendo para lo sucesivo la voluntad, al igual que sus homólogas del otro lado del Atlántico, de no centrar ya más sus investigaciones sólo sobre «las mujeres» separadas de todo contexto, sino más bien sobre las relaciones entre las dos identidades sexuadas en contextos bien específicos.

En este período, que algunas califican de «posfeminista», subsisten, sin embargo, bastantes problemas. Las regresiones no son imposibles, como se observa en Estados Unidos, en la medida en que el cuerpo social no se ha adherido en su conjunto a los principios de igualdad entre los sexos; las resistencias son grandes, sobre todo en el mercado de trabajo; con la excepción de los países escandinavos, donde carteras importantes son confiadas a mujeres ministras (Interior, Justicia, Trabajo), no hay mucho avanzado en el terreno del compromiso político. La presencia de la señora Thatcher a la cabeza del gobierno inglés apenas es simbólica; en Francia, un gobierno socialista no ha abierto más a las mujeres la toma de responsabilidades políticas.

Por otra parte, en período de cambio de las es-

tructuras matrimoniales, los debates se desvían en la actualidad del problema específico de la mujer para centrarse más en la eficacia de las políticas natalistas o en los efectos perversos de las políticas de fiscalidad o de seguridad social en relación a los concubinos: el Estado parece estimular, a su pesar, el concubinato. El retroceso del interés por los problemas femeninos, en beneficio de otros campos de lo social, conlleva peligros para este nuevo estatus, todavía frágil.

Si la mayoría de las desigualdades de naturaleza jurídica han sido suprimidas, permanecen otras que, por parecer menores, no son menos significativas. Así ocurre con las actividades deportivas; por el hecho de que responden al terreno del ocio, el sentido común tenderá a relegarlas a un lugar marginal en el campo social. Los estudios sociológicos ponen de manifiesto, muy al contrario, la importancia de su situación en el campo político, económico y cultural; ahora bien, el sexismo es omnipresente: ¿por qué las categorías de edad de los hombres y de las mujeres no son las mismas en las pruebas de atletismo? Ha sido sólo después de 1980 cuando las mujeres han sido oficialmente clasificadas cuando corren un maratón (42 km). Hasta entonces debían contentarse con participar en las carreras masculinas sin dorsal, sin clasificación. Las corredoras del Tour de Francia, después de las etapas que les hacían recorrer de 80 kilómetros a 30 por hora de media, se veían plantear cuestiones relativas a la custodia de sus hijos, cuando estaban sobre la bicicleta.

En el terreno profesional, las desigualdades son todavía patentes: las mujeres tienen salarios inferiores, son las víctimas designadas del paro (el número de solicitantes de empleo está compuesto de un 60 por 100 de mujeres en 1987), tienen carreras más lentas y más difíciles que las de sus colegas masculinos. La discriminación en el contrato o la desigualdad de los salarios no constituyen más que uno de los datos del problema.

Sería necesario que los tiempos de trabajo fueran acondicionados, reducidos para todos, en lugar de instaurar un trabajo a tiempo parcial femenino que penalizaría todavía más a las mujeres. Asimismo, el medio debería dejar de jugar un papel de freno a la introducción de la mujer en el mercado de trabajo; la distancia a menudo larga entre domicilio y residencia aumenta los tiempos fuera de casa. También podría evolucionar la concepción de un hábitat por parte de los arquitectos que vivieran el espacio en lugar de diseñarlo: habría más espacios para armarios, cocinas más espaciosas, etc. Cualquier medida que afecta al estatus femenino toca, pues, muy de cerca, a la organización social. Sin embargo, hay que preguntarse: ¿la sociedad está sola para alienar todavía a la mujer?

Tareas domésticas, trabajo profesional

La familia siempre contribuye, lugar en el que la mujer es segunda y por la cual la elección siempre se formula entre acumulación del trabajo doméstico y profesional o bien renuncia a una profesión.

¿Cómo contrarrestar el modelo de reproducción de los roles que se perpetúa en el seno de la familia? Algunos proyectos favorables a primera vista a la condición femenina presentan peligros, como el del salario maternal, que Yvonne Knibiehler y Catherine Fouquet, en su libro *Histoires des mères,* estiman contrario a la promoción de una condición femenina:

> Este proyecto de salario maternal que haga la remuneración de un trabajo o de otro, con derecho a la formación, a la seguridad social, a las vacaciones, a la jubilación, conservador en apariencia, es, en realidad, profundamente revolucionario, pues tiende a disociar a la pareja parental y a trastornar el funcionamiento tradicional de la familia (...). Obedece a la lógica de una sociedad mercantil que evalúa todo en dinero y que ve en los hijos un producto como cualquier otro.

En lugar de un salario maternal, algunas feministas proponen una revaluación de las tareas domésticas, proposición que, en su extremo, está llena de consecuencias para la sociedad.

Un artículo de Christine Dupont[12] plantea la cuestión del carácter público de la familia, afirmando que el trabajo doméstico produce un valor. Algunos economistas recusan esta posición, estimando que se trata de producciones inmediatas al valor del uso y no de mercancías que entran en la red de los intercambios mercantiles. Las feministas replican que la mayor parte de los servicios proporcionados domésticamente pueden ser encontrados en el mercado: cocina familiar o

[12] Christine Dupont, «L'ennemi principal», *Partisans,* julio-octubre, 1970, núms. 54-55.

platos preparados, custodia de los hijos en casa o en la guardería, lavado doméstico o en un comercio especializado, etc. La naturaleza del trabajo doméstico se sitúa, pues, en el terreno público, y sin embargo la contabilidad nacional lo ignora siempre, del mismo modo que clasifica del lado de la autoproducción familiar la contribución de la mujer a la producción de bienes y servicios vendidos en el mercado.

Esta crítica radical se apoya sobre ejemplos americanos (pero el mismo razonamiento se aplica a la familia europea), mostrando que, al casarse, el hombre economiza 218 horas por año de tareas domésticas, y así, si multiplicamos por 44 el número medio de años en la vida matrimonial, 9.592 horas, o cinco años de trabajo que él puede dedicar a su carrera, a su vida de ocio, etc. Si en lugar de obtener este servicio gratuitamente el hombre tuviera que remunerarlo, su familia tendría un tren de vida inferior y él una carrera ciertamente menos fácil. Una encuesta del INSEE de 1979 cifra el trabajo doméstico (limpieza y cuidados a los hijos) en 48.000 millones de horas, mientras que el trabajo profesional sólo contabiliza 41.000 millones. Si el trabajo doméstico entrara en la contabilidad nacional, sería posible una mejor apreciación de las cargas cotidianas del hogar; pero ésta es una innovación social importante a la cual Estado, productores, sindicatos, se oponen: el rechazo de la contabilización subraya la «invisibilidad» del trabajo femenino doméstico.

> La eliminación de la producción doméstica de las familias de los indicadores de la producción-consumo es causa de la desvalorización del estatus de las mujeres en la economía y en la sociedad. Puesto que las mujeres no son «productoras» en una sociedad que ha puesto su orgullo en los indicadores de crecimiento de la producción y del consumo mercantiles, ellas sólo pueden ser un sexo socialmente inferior y desvalorizado. La ocultación de las tareas productivas de las mujeres provoca así su desvalorización social en la familia, en la economía, en la sociedad y en la estima que tienen de sí mismas (pág. 71),

escribe Andrée Michel en *Les Femmes dans la société marchande*.

El análisis feminista del trabajo doméstico se inscribe en otra teoría, según la cual este trabajo «invisible» es apropiado por el esposo, de modo que, para plantear la cuestión en términos económicos, éste se beneficia de todas las ventajas del matrimonio, mientras que la mujer soportaría todos los costos.

Las metáforas económicas del matrimonio tienen un gran interés analítico (cf. cap. 10), con la condición de tener en cuenta todos los datos que entran en la relación matrimonial, tanto el nivel socioeconómico como el nivel escolar. Esto es lo que propone François de Singly en *Fortune et infortune de la femme mariée*. El importe de la «dote escolar» de una mujer, cuya importancia ha sido puesta de manifiesto en las estrategias matrimoniales, cambia radicalmente la manera en que vive su existencia familiar. Un buen título incita a las mujeres, contrariamente a los hombres, a permanecer solteras. Este celibato específico de las mujeres diplomadas resulta de un complejo proceso en el que se mezclan un rechazo de la vida familiar, una situación de exclusión del mercado matrimonial, etc. Un buen diploma incita a las mujeres a privilegiar una estrategia individual de desarrollo, lo que se observa con el éxito de la unión libre, particularmente extendida en los medios en los que la mujer ha cursado estudios superiores. En definitiva, la familia limita a las mujeres en su desarrollo profesional, al igual que la perspectiva de una carrera femenina limita la constitución de una familia.

EL ORDEN FAMILIAR ENTRE EL ORDEN PRIVADO Y EL ORDEN PÚBLICO

La «desinstitucionalización de la vida familiar» que se observa a través del desarrollo de la unión libre y de los nacimientos fuera del matrimonio tendería a situar el hecho familiar sólo desde el lado privado. Todos los análisis propuestos en esta obra militan contra esta hipótesis; en la actualidad como antaño, la familia —incluso «deslegalizada»— sigue siendo una institución inscrita en la sociedad, cuya organización es a la vez causa y consecuencia de relaciones culturales y económicas, manteniendo relaciones múltiples con el cuerpo social en general y el Estado en particular. En análisis de las contradicciones del estatus femenino lo ha mostrado claramente.

El Estado sólo puede desinteresarse del futuro familiar si la familia puede desarrollarse fuera de los marcos de la sociedad. El fracaso de las comunidades familiares salidas del movimiento de 1968 muestra que las rupturas y las innovaciones

sociales brutales sólo tienen posibilidad de funcionar si responden a una concepción global de la sociedad de la que cada uno de los miembros es portador. No ha sido el control social externo lo que ha hecho fracasar estas comunidades; han fracasado ellas mismas, cuando se redescubría el principio de la pareja monógama, una repartición tradicional de los roles, la inscripción en la sucesión de las generaciones[13].

En el plan global de la sociedad, incluso si ello resulta menos perceptible en nuestros Estados modernos, podemos continuar afirmando la naturaleza política de la familia y la existencia de una relación entre poder público y poder privado[14]. La interacción entre el sistema familiar y la organización sociopolítica se pone claramente de manifiesto en los ejemplos contrastados de China y Japón que detalla William Goode en *The Family*. Estos dos países han actuado de modo completamente diferente frente a las posibilidades de industrialización que se les ofrecen a finales del siglo XIX, cuando ambos se abrieron a la influencia occidental.

Características sociales y económicas los hacen semejantes: economía agraria, crecimiento rápido de la población, burocracia extensiva devenida corrupta e ineficaz, énfasis en el familismo y el individualismo, tensiones entre el campo y las ciudades, clases de comerciantes sin prestigio que podrían haber jugado un papel importante en el proceso de modernización. Goode opone el fracaso chino al éxito japonés, que, en medio siglo, logró instalar industrias pesadas con muy poco capital exterior y modificó su sistema de distribución.

Varios rasgos del sistema familiar explican esta diferencia, y sobre todo el de la herencia. En China era igualitaria, mientras que en Japón uno solo de los hijos recibía todos los bienes, lo que permitía realizar una acumulación de capital. La diferencia más significativa reside en los lazos entre familia y Estado. En China, la lealtad era familiar y el nepotismo un deber, de modo que, en caso de ascensión social, todos los miembros del linaje debían beneficiarse. En el Japón, las solidaridades eran de tipo más feudal: en el interior de la familia, un padre podía desheredar a su hijo y adoptar un joven que le parecía más dotado. El sistema chino permitía una relativa movilidad social, y los comerciantes que se encontraban en lo más bajo de la escala podían elevarse en la jerarquía con la condición de abandonar el estado de comerciante. Por el contrario, los comerciantes japoneses se encontraban confinados en un tipo más estrecho de movilidad, el éxito financiero. La posibilidad de ascender en la escala social les estaba cerrada de modo que banqueros y comerciantes desarrollaron un conocimiento técnico considerable y se encontraron mucho más preparados para afrontar la complejidad de los problemas planteados por la industrialización. William Goode evita claramente atribuir el desarrollo industrial de Japón y el estancamiento chino, únicamente, a los hechos de estructura familiar, pero, al llamar la atención sobre su influencia, a menudo subestimada, pone en evidencia la interrelación entre el hecho familiar y el cambio social. Alan Macfarlane, por su parte, estima en *Marriage and Love in England* que es la muy grande antigüedad del individualismo inglés, la fuerza de la pareja conyugal, la debilidad de los lazos entre generaciones que modelan desde el siglo XV una sociedad abierta, con fuerte movilidad social, y permitiendo un desarrollo precoz de la industrialización.

El final del siglo XX está marcado en los países occidentales por la coexistencia de distintas normas matrimoniales: se admite junto al matrimonio clásico una forma más flexible y precaria de unión; los solteros, y sobre todo las solteras, tienen hoy derecho de ciudadanía, de sociedad. Este pluralismo familiar se articula con las mutaciones de una sociedad que pasa de una era industrial a una era postindustrial, en un contexto internacional muy diferente del que conocían los países industriales en los años cincuenta. Poner en perspectiva el modelo matrimonial se impone, para superar los cuestionamientos llenos de angustia relativos a la familia contemporánea.

---

[13] Danièle Léger y Bertrand Hervieu, *Le Retour à la nature. Au fon de la forêt, l'État*, París, Le Seuil, 1979.

[14] Jacques Commaille, «Ordre familial, ordre social, ordre légal. Éléments d'une sociologie politique de la famille», *L'Année sociologique*, 1987, 37, págs. 266-290.

ORIENTACIÓN BIBLIOGRÁFICA

Las relaciones entre familia y poderes

«Famille, pouvoirs et changement social», *Économie et Humanisme*, enero-febrero 1980, 251.

«Familles et pouvoirs», *Informations sociales*, 1980, 4-5.

«Famille et pouvoirs», *Sociologie du Sud-Est*, julio-septiembre, 1979, 21.

Estos tres números presentan las comunicaciones de un coloquio organizado sobre este tema por Yvonne KNIBIEHLER y Émile TEMIME.

Familia y control social

DONZELOT, Jacques, *La Police des familles*, París, Ediciones de Minuit, 1977.

JOSEPH, Isaac, y FRITSCH, Philippe, «Discipline à domicile, l'édification de la famille», *Recherches*, número 28, noviembre, 1977.

MEYER, Philippe, *L'Enfant et la raison d'État*, París, Le Seuil, 1977.

PITROU, Agnès, *La Vie précarie. Des familles face à leurs difficultés*, CNAF, 1978.

Familia y desigualdad de oportunidades

BERTAUX, Daniel, *Destins personnels et structure de classe*, París, PUF, 1977.

BOUDON, Raymond, *L'Inégalité des chances. La mobilité sociale dans les sociétés industrielles*, París, Armand Colin, «Col. U», 1973.

BOURDIEU, Pierre, y PASSERON, Jean-Claude, *Les Héritiers. Les étudiants et la culture*, París, Ediciones de Minuit, 1964.

—, *La Reproduction. Éléments pour une théorie du système d'enseignement*, París, Ediciones de Minuit, 1970.

«Population» et l'enseignement, París, PUF, 1970.

THÉLOT, Claude, *Tel père, tel fils? Position sociale et origine familiale*, París, Dunod-Bordas, 1982.

La mujer

BARTHEZ, Alice, *Famille, travail et agriculture*, París, Economica, 1982.

BENOIT-GUILBOT, Odile; MARUANI, Margaret, y TERRAY, Florence, «Domination et révolte des femmes au travail», en *La Sagesse et le Désordre*, bajo la dirección de Henri MENDRAS, París, Gallimard, 1980, págs. 101-127.

BONTE, Pierre, y ÉCHARD, Nicole, «La condition féminine», en *Anthropologie et sexualité*, París, Éditions sociales, 1978.

SINGLY, François de, *Fortune et infortune de la femme marié*, París, PUF, 1987.

HERBERT, Martha Reed, «La libération des femmes et la production industrielle», *Esprit*, 7-8, julio-agosto, 1973.

Le Fait féminin, bajo la dirección de Evelyne SULLEROT, París, Fayard, 1978.

LÉGER, Danièle, *Le Féminisme en France*, París, Le Sycomore, 1982.

Les Femmes dans la société marchande, bajo la dirección de Andrée MICHEL, París, PUF, 1978.

ROGERS, Susan, «Woman's Place: a Critical Review of Anthropological Theory», *Comparative Studies in Society and History*, enero, 1978, 1 vol., 20, páginas 123-162.

SULLEROT, Évelyne, *Histoire et sociologie du travail féminin*, París, Denoël, 1968 (versión española: *Historia y sociología del trabajo femenino*, Barcelona, Península).

Capítulo 12

EL MITO DE LA FAMILIA OCCIDENTAL

La familia occidental, caracterizada por un matrimonio monógamo, una valoración de la pareja, un reducido número de hijos, una repartición de roles en el seno de la pareja, quizá tenga una antigüedad mucho más importante que la que se le supone generalmente cuando se hace el corolario de la industrialización. Bajo esta denominación se esconden, por otra parte, diversidades culturales remarcables que explican en parte el mantenimiento del carácter nacional de cada uno de los países en los cuales se observa. Por último, esta familia occidental parece ser puesta en cuestión en las nuevas formas matrimoniales. ¿Así pues, podemos mantener la afirmación generalmente admitida en los años 1950-1960 según la cual la «modernización» de las sociedades no europeas engendraría necesariamente una «occidentalización» de la familia, es decir, una organización basada en el matrimonio y separada de los sistemas familistas tradicionales?

No es inútil interrogarse sobre la «familia occidental», tanto del lado europeo como del lado no europeo, si pensamos en el contexto demográfico mundial y en las previsiones para los años 2000-2025. Los choques culturales no corren el peligro de desaparecer por su parte; después del colonialismo, la cristiandad y el capitalismo que Europa ha exportado, acarreando con ellos todos los valores del Occidente triunfante de finales del siglo XIX, los inicios del siglo XXI ¿no serán el teatro de un pluralismo familiar, impuesto por otras culturas a su vez conquistadoras?

El modelo occidental de familia, visto desde el lado de... Occidente

La sociología de los años sesenta hacía del modelo occidental el producto de la industrialización y de la urbanización: los historiadores han mostrado que la familia conyugal, insertada en una parentela bilateral, era de hecho muy antigua, y quizá podía haber facilitado la industrialización. Otros aplazan todavía la invención de este modelo.

La invención de la familia occidental

Si desistimos de nuestro etnocentrismo natural, la familia conyugal que asocia dos compañeros que se han elegido más o menos libremente es una figura poco corriente en la variedad de los modelos familiares. Estos rasgos que nosotros encontramos normales aparecen como una aberración en la mayoría de las sociedades que favorecen el lazo de filiación, en las cuales la unión es inestable, la diferencia de edad entre los esposos importante, la residencia raramente neolocal, el papel del parentesco en la elección del cónyuge siempre pronunciado. La edad tardía de los cónyuges al matrimonio y la tasa elevada de solteros (lo que caracteriza el modelo europeo hasta los años cincuenta) constituyen excepciones en relación a la mayoría de los sistemas matrimoniales en los cuales los esposos son jóvenes y la tasa de solteros muy débil.

¿Cuándo vemos emerger esta invención cultural? Paul Veyne descubre, desde el primer siglo de nuestra era, bajo la influencia del pensamiento estoico, el nacimiento de una sociedad conyugal y de una «moral interiorizada del matrimonio» [1] que preparaba la revolución cristiana que Jack Goody analiza en *L'Évolution de la famille et du mariage en Europe*. Goody adopta una cronolo-

[1] Paul Veyne, «Les noces du couple romain», *L'Histoire*, 1984, 63, págs. 47-51

gía mucho más amplia que la que han elaborado generalmente los historiadores de la familia. El capitalismo o la industrialización, incluso si actúan en el sentido de un reforzamiento de la familia conyugal, no son los agentes principales. Conviene adoptar una respiración temporal larga, pues estos movimientos profundos de ideas sólo pueden ser descubiertos sobre la larga duración de los siglos.

La acción de la Iglesia es la que ha modelado, desde el siglo IV, una sociedad familiar europea, imponiendo rasgos inéditos a las poblaciones que deseaba cristianizar. En efecto, la Iglesia prohibió prácticas corrientes en la cuenca mediterránea como la adopción, la poligamia, el divorcio, el concubinato, las segundas nupcias de los viudos, el matrimonio en el seno del parentesco; puso el acento sobre el consentimiento mutuo de los esposos en el matrimonio, su *affectio,* e instauró la libertad de testar. A partir del siglo XII, el matrimonio se convierte en un sacramento, lo que refuerza el peso de la institución.

Esta nueva doctrina de la filiación, de la herencia, del matrimonio conduce a separar a los individuos de su parentesco, a reducir a su más simple expresión biológica la noción de «heredero». La adopción, que permitía a los segmentos de linaje proveerse de descendientes si los matrimonios eran estériles o si sus hijos se morían, se prohíbe. Ya no es necesario un hijo o un nieto para asegurar el culto familiar de los antepasados porque las comunidades eclesiásticas toman a su cargo la salud del alma de los difuntos. La obligación de la exogamia comporta la fluidez de las herencias, la devolución «divergente» dispersa el patrimonio entre las diversas ramas familiares, mientras que un sistema de linaje mantiene para el linaje o el clan sus posesiones por mediación de los matrimonios endógamos.

La manipulación ideológica del sistema de parentesco autoriza al cristianismo a convertirse en un gran propietario rústico en Europa entre el siglo VI y el XII; de secta, este enriquecimiento le transforma en Iglesia, «gracias a la inmensa acumulación de bienes alienada en su favor por los grupos de parentesco» (Goody, pág. 157).

Las resistencias a la imposición de este sistema fueron numerosas, sobre todo a las reglas que imponían la exogamia. Después de haber prohibido el matrimonio a los parientes hasta en séptimo grado de parentesco en el siglo XII, la Iglesia redujo la definición del incesto y, en las comunidades campesinas, acordó de manera liberal las dispensas matrimoniales (cf. cap. 5). Después de este análisis resulta fácil convencerse de que el sistema de parentesco europeo, caracterizado por una familia conyugal fuerte insertada en una red de parentesco bilineal, es muy antiguo, al menos en sus aspectos ideológicos. Incluso si las estructuras, tales como las podemos analizar para los períodos muy posteriores, cuando las fuentes históricas están por fin disponibles, hacen aparecer una relativa variedad, la trama ideológica monógama parece haber sido bien tejida por la Iglesia que, paradójicamente, ha roto las solidaridades parentales.

Alan Macfarlane, en *Marriage and Love in England, 1300-1840,* intenta comprender la especificidad del individualismo inglés, estudiando el modelo matrimonial inglés en el período que precede al de la industrialización. Encuentra las características generales descritas por Jack Goody, con un cierto número de rasgos particulares propios de esta sociedad. El matrimonio inglés, después del siglo XIV hasta 1850, es un matrimonio «maltusiano», asociando una edad elevada en el matrimonio a una fuerte tasa de celibato. Parecería, y Alan Macfarlane multiplica las fuentes para demostrarlo, que la elección de los esposos era verdaderamente libre y que la decisión de casarse reposaba en racionalidades económicas y sentimentales. La residencia era neolocal, el matrimonio un libre contrato que instauraba entre los esposos un compañerismo fundado más bien en el amor de los cónyuges que en el existente entre las generaciones. En efecto, los matrimonios ingleses, por otra parte, habrían estimado que tener hijos resultaba costoso. En este aspecto hacían gala de una modernidad sorprendente, puesto que en la mayor parte de sociedades del mundo los hijos constituyen la riqueza de los linajes y de los grupos domésticos. La familia inglesa, en la medida en que las fuentes permiten mostrarlo, tiene costumbre de colocar a sus hijos desde la edad de siete años: esta práctica tiene como consecuencia fortalecer la personalidad de los individuos, autorizar a los jóvenes a acumular un salario para ellos, sin tener que esperar nada de su padre, de distender los lazos familiares mediante la movilidad geográfica y social. La familia monógama inglesa no sirve para socializar a sus hijos durante mucho tiempo, del mismo modo que tampoco cuida de sus viejos. Las instituciones de caridad son muy antiguas en Inglaterra, en un

principio tomadas a su cargo por la Iglesia y, luego, por las comunidades aldeanas.

Macfarlane ve en este sistema un modelo matrimonial del «salariado» *(wage)*, por oposición al modelo «campesino» *(peasant)*. La sociedad inglesa, cuyo territorio no ha sufrido ataque extranjero desde el siglo XIV, es una sociedad rica, móvil socialmente, en la cual los campesinos no están sujetos a una tierra, como en la mayor parte de las sociedades europeas, por medio de una aparcería o de una propiedad. El sistema familiar y matrimonial inglés es el resultado de una sociedad fluida y contribuye a su construcción. La adopción de una perspectiva histórica larga lleva a Macfarlane a rechazar las cronologías antiguas sobre la emergencia del modelo occidental familiar. El matrimonio inglés, de rasgos tan sorprendentemente «modernos», no es el resultado ni de la revolución capitalista ni del desarrollo de una ética protestante. Los elementos del capitalismo —existencia de un mercado, de una masa monetaria, de beneficios— han tenido lugar en Inglaterra desde el siglo XII, sin la revolución que supone la cronología de Marx o de Weber.

Inscrita en el sistema occidental familiar del matrimonio del que Jack Goody ha mostrado su puesta en marcha desde el siglo IV, Inglaterra presenta un modelo particularmente acabado y precoz. Se separa del resto de Europa y, sobre todo, de la Europa del norte, Francia septentrional, Bélgica, Países Bajos, Alemania, porque no habría sufrido la conquista romana. La modernidad antigua de Inglaterra se expresa en una característica en la actualidad bien contemporánea: «La soledad es el precio a pagar por un individualismo económico y político» (pág. 116).

Los avatares de la familia occidental

Las tesis históricas, cualesquiera que sean sus límites, son más convincentes que las tesis sociológicas de los años sesenta. Ciertamente, los diferentes movimientos que engloba el término general de industrialización y de urbanización han contribuido a modificar las relaciones familiares, pero en el seno de un cuadro general puesto en marcha desde siglos, legitimado por el poderío de la Iglesia, adaptado a los modos de producción específicos.

Además, la tesis de la modernización de la familia occidental tal como fue expuesta en los años sesenta se refería a un modelo histórico bien específico: un matrimonio monógamo en el cual los cónyuges se casan jóvenes y libremente manteniendo relaciones muy laxas con sus redes de parentesco. Marido y mujer tienen roles separados. Ahora bien, una tal estructura es efímera en las sociedades industriales: la observamos entre 1930 y 1960. Aparece como una figura transitoria entre los modelos de conyugalidad clásica y los que se están poniendo en marcha en la actualidad.

Una mirada más que milenaria autoriza el escepticismo con relación a los análisis a corto término de los sociólogos. Su falsedad retrospectiva disminuiría la confianza que puede concederse a su capacidad de previsión. William Goode estima, así, que el ascenso del individualismo había puesto el acento en primer lugar en el matrimonio en detrimento de las solidaridades parentales, cuando en la actualidad es el matrimonio el que parece trabar al individuo. La inversión en el matrimonio sería menos rentable que la de una carrera, y si el matrimonio no es más que un lugar al que se le supone dispensar un equilibrio psicológico, aparecerá cada vez más frágil[2]. Otros estiman que se observa, a finales de los años ochenta, una especie de tope en los comportamientos de divorcio y de unión libre. Algunas constataciones se desprenden de la pura lógica demográfica: la edad de matrimonio no podrá continuar elevándose indefinidamente, al igual que la tasa de divorcio[3]. Algunas encuestas de opinión muestran la importancia del lugar de la familia y, desde 1984, la gran prensa como *Time* y *Libération* presenta *dossiers* atestiguando el fin de la revolución sexual de los años setenta: *«Caution and commitment are the watchwords»:* circunspección y compromiso son las palabras de vuelta. Los temores provocados por el SIDA pueden ir en el mismo sentido, sin que se trate, por otra parte, de una contrarrevolución moral.

No sólo lo que hemos caracterizado de «modelo occidental» remite a una estructura efímera de la que no podemos prever el futuro, sino que incluso podemos poner en duda la unidad de su significado. Ciertamente, los países occidentales

[2] William Goode, «Individual Investments in Family Relationship over the Coming Decades», *The Tocqueville Review*, 6, 1, 1984, págs. 51-84.

[3] Kingsley Davis, «The Future of Marriage», en Kingsley Davis (ed.), *Contemporary marriage*, págs. 25-52.

muestran todos curvas paralelas en las tasas de fecundidad, nupcialidad, divorcialidad, etc., pero ¿estas estructuras parecidas expresan una misma filosofía familiar? Una estructura de familia compleja designaba en el siglo XIX en las aldeas bretonas a las más ricas familias campesinas; en el siglo XX, la misma estructura aparece anómica en una sociedad que preconiza, sobre todo en el medio rural, la independencia residencial de las generaciones. ¿«Familia» tiene el mismo sentido en todos los países desarrollados?

Bajo estructuras parecidas, diferencias nacionales y sociales

Las palabras, una vez más, consideradas como para guiarnos, nos interrogan. «Familia» no tiene el mismo sentido para todos en Francia[4]. La institución del matrimonio no constituye una condición necesaria y suficiente para la existencia de la familia: los lazos de filiación conducen sobre los de la alianza. Hervé Le Bras, en *Les Trois France,* muestra la persistencia contemporánea de estructuras y de sistemas familiares diferentes que pueden explicar la permanencia de comportamientos políticos diversificados. Estas diferencias internas en la Francia contemporánea, aquí rápidamente esbozadas, dan a pensar que convendría examinar las diferencias internacionales.

¿*Famille* tiene el mismo contenido semántico que *Family*? Los americanos designan bajo este término esencialmente a su progenitura: ¿acaso no dicen cuando sus hijos han abandonado la casa: *«My Family is gone»* («Mi familia se ha ido»)? *Familie* ha sido forjado sobre el término francés, el alemán sólo conoce hasta el siglo XVIII el término de *Haus,* portador de la idea de corresidencia. Serían necesarios estudios comparados en profundidad que tuvieran en cuenta los sistemas simbólicos e ideológicos de los hombres, de los grupos sociales, de las unidades geográficas pertinentes.

Las variaciones ideológicas son antiguas, el ejemplo inglés de «matrimonio de salariado» por oposición al de «matrimonio campesino» europeo lo ha mostrado claramente. Taine, cuando visitó Inglaterra, se sorprendió por las diferencias entre las sociedades familiares inglesa y francesa, como se sorprendió Tocqueville cuando estudió la sociedad americana. John Modell se dedica a establecer las especificidades del matrimonio americano:

> Como todas las instituciones americanas en general, el matrimonio ha sido adaptado a partir de una base europea. Recursos materiales pletóricos, falta de mano de obra, el acento protestante puesto sobre el carácter individualista de los comportamientos dieron a esta institución, desde el principio, este molde voluntarista, asociando un énfasis sobre la realización personal con una menor prudencia en el mantenimiento del capital familiar (pág. 197)[5].

Sobre estas variaciones antiguas del modelo ideológico de la familia occidental se inscriben las diversidades contemporáneas. Así, podemos sorprendernos de la diversidad de las políticas con relación a la caída de la fecundidad que ha conocido movimientos paralelos y concomitantes en los países europeos. Esta diversidad se desprende de tradiciones políticas muy antiguas. En Francia, la caída de la fecundidad es un envite político que se remonta, probablemente, a mediados del siglo XIX; la derecha, se dice, es tradicionalmente poblacionista, la izquierda, maltusiana. Que la fecundidad pueda ser una apuesta política nacional aparece como un rasgo específico de la mentalidad y de la política francesa tanto más sorprendente en cuanto que Francia conserva la tasa de fecundidad más elevada entre los países europeos. En Italia se registra en 1986 un número de defunciones superior al número de nacimientos: incluso la despoblación y el envejecimiento parecen aproximarse, la pesadilla de la superpoblación que ha llevado a tantos italianos a emigrar, ya sea al otro lado del Atlántico, ya sea del sur hacia el norte, excluye cualquier tentativa de intervención política. Inglaterra, patria de Thomas Malthus, tampoco es más intervencionista, y la familia no es un tema central en los debates políticos. La familia pertenece al dominio privado, e intentar influir en sus comportamientos sería vivido como un atentado a las libertades fundamentales del ciudadano.

---

[4] Martine Barthélemy, Anne Muxel, Annick Percheron, «Et si je vous dis famille. Note sur quelques représentations sociales sur la famille», *Revue française de sociologie,* XXVII, 1986, págs. 697-718.

[5] John Modell, «Historical Reflections on American Marriage», en *Contemporary Marriage,* págs. 181-196.

Los cambios familiares de los últimos veinte años invitan, pues, a poner en duda la cronología, la solidez y la unicidad del «modelo occidental de la familia». Los hechos contemporáneos se inscriben dentro de vastos movimientos históricos, y los países europeos conservan sus especificidades que sería bien interesante comparar en profundidad. En estas condiciones, debemos someter a discusión la hipótesis según la cual el «modelo occidental» estaba destinado a conquistar las sociedades no europeas.

LOS SISTEMAS FAMILIARES NO EUROPEOS NO HAN SIDO OCCIDENTALIZADOS

En *World Revolution and Family Patterns,* William Goode profetizaba la conquista por el sistema conyugal «moderno» de las sociedades en vías de desarrollo. Los jóvenes establecerían residencias neolocales, se liberarían de los constreñimientos familiares en materia de elección de cónyuge; el número de hijos sería limitado; la relación conyugal, fundada en la atracción recíproca, sería reforzada. Mostraba que este sistema conocía un fuerte desarrollo en el Medio Oriente, en África, en China, en Japón y en la India, bajo la presión ideológica que implica todo contacto con Occidente, incluso de naturaleza tecnológica o económica. «La ideología de la familia conyugal es una ideología radical, que destruye las antiguas tradiciones de las sociedades» (pág. 19).

Podemos poner en duda esta hipótesis a la luz del análisis de los choques culturales antiguos, así como de las transformaciones familiares contemporáneas, pues ciertas estructuras, para haberse «occidentalizado» superficialmente, no dejan de conservarse ideológicamente fieles a las tradiciones que las han forjado.

Los choques de la modernidad y los sistemas familiares

Apoyaremos nuestros planteamientos sobre algunos análisis obtenidos de *Histoire de la famille,* tomo II: los diversos choques de la modernidad, religiosa, política, económica, que sea exógena, como la colonización, o incluso endógena, surgida de revoluciones nacionales, no han producido una familia con estructuras y modo de funcionamiento uniformes.

En Mesoamérica, la conquista española abrió un campo de experimentación del Occidente moderno, intentando someter los sistemas familiares indios a la doctrina cristiana, tal como muestran Carmen Bernand y Serge Gruzinski[6]. Antes de intentar imponer a las poblaciones campesinas europeas el control religioso sobre las principales etapas de la vida familiar, y sobre todo el matrimonio, la Iglesia se entrenó, de alguna manera, sobre las tribus de México y de los Andes. El rechazo de la poligamia, la imposición del sacerdote, representando el orden de los colonizadores intrusos, la conyugalidad europea constituían verdaderas rupturas con relación a las estructuras familiares indígenas y, con el tiempo, la introducción de la propiedad privada, de la práctica testamentaria y la difusión del salariado contribuirían a «nuclearizar» la familia. Pero un modelo occidental, ciertamente no. Semejanzas formales con las costumbres prehispánicas, una manipulación de las reglas impuestas por la Iglesia condujeron a la creación de un modelo autóctono original que sólo formalmente respetaba los preceptos cristianos. Bernand y Gruzinski muestran la habilidad de los indios en manipular las reglas de prohibición del parentesco y de la legitimidad del matrimonio. Por ejemplo, llegaban a «declarar que la unión bendecida por la Iglesia no había sido convenida con la mujer legítima para obtener la disolución y casarse de nuevo con una compañera de (su) elección que se la hacía pasar por la primera cónyuge» (pág. 175). El concubinato y la poligamia resistieron la imposición de la norma europea.

El caso de Japón es interesante en lo que parece haber seguido una «occidentalización» del mismo tipo que los países europeos y norteamericanos, desarrollando una economía industrial de formidable fuerza en el espacio de algunos decenios, a partir de una sociedad rural. La influencia americana ha sido notable, y los sociólogos de los años sesenta veían en el imperio nipón el arquetipo de una sociedad «tradicional» que adoptaba el sistema de la familia conyugal, bajo la influencia de los valores occidentales. La distancia permite apreciar mejor, en la actualidad, una situación compleja, hecha de sincretismos originales. El sistema antiguo del *ie,* próximo a nuestro

[6] Carmen Bernand y Serge Gruzinski, «Les enfants de l'Apocalypse: la famille en Méso-Amérique et dans les Andes», en *Histoire de la famille,* págs. 157-209.

sistema de «la casa», con heredero único, que ha sido descrito en estas mismas páginas en varias ocasiones, prevalece. Se integró en una organización estatal que hacía de la institución familiar una reducción del Estado, mientras que, inversamente, la familia aparecía como la matriz del estado-nación, tal como lo analiza Patrick Beillevaire[7]. La industrialización, la urbanización, ciertamente, han nuclearizado la familia japonesa y multiplicado los divorcios. Sin embargo, la ideología familista que insiste en la fidelidad de los miembros al grupo no ha desaparecido. La lealtad se ha desplazado de la familia a la empresa, lo que explica en parte el éxito extraordinario de la producción japonesa. Los japoneses han tomado conciencia del hecho de que la fuerza de su sistema industrial reside en el mantenimiento de los valores tradicionales.

Tal como señala Joy Hendry[8], a un período de gran receptividad a la influencia exterior ha seguido un período de consolidación. La industrialización, mucho más brutal que en Europa, no ha alterado el sistema familiar antiguo de modo tan drástico como podría creerse. Ciertamente, la corresidencia antigua ha desaparecido ampliamente, al menos en las ciudades, y de hecho como consecuencia de la exigüidad y de la falta de viviendas. Sin embargo, las relaciones con la familia extensa se mantienen vivas. Los matrimonios continúan siendo, lo más a menudo, arreglados y el amor conyugal más bien sospechoso. La separación tradicional de los roles y de las actividades entre los sexos domina, a pesar de la progresión del trabajo profesional femenino. Si algunos valores occidentales han podido ser aceptados, es porque encontraban un fundamento en la ideología familiar nipona preindustrial. Por el contrario, el sistema educativo japonés, tanto en la familia como en la institución escolar, rechaza la inculcación del individualismo. El niño es socializado para que tome en consideración, antes que sus propios deseos, las necesidades de los demás, ya se trate del grupo de camaradas de la clase, de los miembros de la familia o, más tarde, aquellos de la firma que le empleará.

[7] Patrick Beillevaire, «La famille, instrument et modéle de la famille japonaise», en *Histoire de la famille*, págs. 237-265.

[8] Joy Hendry, «Japan: Culture versus Industrialization as Determinant of Marital Patterns», en *Contemporary Marriage*, págs. 197-222.

Las modernidades no occidentales

La expansión de un modelo único de familia occidental se apoya en la hipótesis de que el desarrollo de cada país conoce o conocerá las mismas etapas que las que ha franqueado Europa en el curso de su industrialización, pasando de una sociedad campesina a una sociedad industrial, con una etapa intermedia de protoindustrialización más o menos desarrollada. Las mutaciones nacionales no necesariamente siguen este esquema. Así, la modernización de China arranca esencialmente de una transformación de la sociedad agraria que ha tenido que ser capaz de alimentar a una población considerable. Contrariamente al Japón, en donde la industrialización se ha apoyado en el sistema familia, y quizá ha sido favorecido por éste, las tradiciones de los linajes representaban un freno a los proyectos ideológicos de desarrollo: en China, las reformas del sistema familiar y del sistema agrario han sido intentadas concertadamente.

El desarrollo de China, país inmenso y pobre, es original. Intenta apoyarse en su ruralidad, en lugar de intentar la vía nipona de la industrialización y de la urbanización. Las posturas son diferentes: para Japón, se trata de exportar el producto de su actividad económica; para China, dominar el crecimiento de la población.

La «modernización» china sólo comporta signos superficiales de occidentalización de la familia. Es el resultado de los sobresaltos de una ideología y de políticas en zigzag y no de una influencia exterior.

La familia china tradicional está basada en una solidaridad de los linajes que se ejerce en detrimento del estado, imperial y luego comunista. El matrimonio aparece como una obligación con la finalidad de proporcionar descendientes al linaje paterno. Es acordado por los mayores, sin consultar a los hijos, y sobre todo a las jóvenes chicas. Como analiza Michel Cartier[9], «llegado al poder en 1949, después de un largo período de guerra civil, el partido comunista chino pone en marcha una triple política de transformación socialista de la economía, de industrialización y de reforma de la sociedad cuyas implicaciones sobre la evolución de la familia son múltiples» (página 226).

[9] Michel Cartier, «La longue marche de la famille chinoise», en *Histoire de la famille*, págs. 211-235.

La ley sobre el matrimonio de 1950 instaura un control del Estado sobre la formación de las uniones que deben, en lo sucesivo, con el pretexto de una mucha mayor libertad de los cónyuges, y sobre todo de las mujeres, servir a los intereses del grupo. Reformas mucho más radicales fueron intentadas a lo largo del período del Gran Salto *(Gran Bond)* en adelante con la instauración de las comunas. Éstas suprimían la célula familiar, los recursos eran puestos en común hasta el mobiliario y los utensilios de cocina, los sexos separados, los niños y los ancianos tomados a cargo de la colectividad. La oposición a esta innovación se conjuga en la extrema penuria de los años 1958-1960, de modo que las experiencias «comunistas» son abandonadas y las células familiares conyugales o extensas se reconstituyen a continuación.

En los años ochenta, el modelo «tradicional» y el control estricto del Estado se conjugan en China con el fin de limitar el número de nacimientos. Así, una encuesta llevada a cabo por Marjorie Wolf[10] muestra que, en medio rural, el papel de los parientes en la elección del cónyuge está muy desarrollado; en la ciudad, la «unidad», es decir, el lugar de trabajo, asegura el relevo del control estatal:

> Hasta que usted no tenga un empleo, usted no puede casarse, puesto que es la unidad quien le autoriza, igual que es ella quien permite inscribirse en una lista en una oficina de la vivienda, proporciona los bonos para comprar muebles y los cupones de racionamiento para adquirir todo lo que es necesario, desde el arroz hasta el tejido. Dentro de la unidad, usted participa en las clases de educación política, recibe sus contraceptivos y usted aprende que le toca el turno de comenzar un embarazo (pág. 231).

El amor, aquí todavía, está poco valorizado, y toda la ternura se proyecta sobre los hijos, o más bien sobre el hijo único, que una estricta política de control de los nacimientos ha conseguido imponer (las encuestas psicosociológicas recientes muestran, por otra parte, que el hijo único chino está muy consentido...).

Otros signos de una renovación de la ideología familiar han conducido al gobierno a promulgar una ley en 1980 imponiendo a los hijos la obligación de asistir a sus padres y a sus abuelos, tanto paternales como maternales. La insistencia sobre esta última categoría se orienta a romper las antiguas solidaridades patrilineales y a limitar el desastre de un hijo único de sexo femenino.

De la resistencia al rechazo

Los sistemas familiares mundiales contemporáneos son el producto de sincretismos y de compromisos. Reinterpretan y asimilan rasgos occidentales en su propia cultura. Se ajustan a los constreñimientos de un nuevo Estado-nación. Así podemos subsumir los ejemplos que acaban de ser desarrollados.

Otros sistemas familiares sufren transformaciones internas que no tienen nada que ver con una occidentalización. Así ocurre con los sistemas africanos en los que los efectos de la colonización y de la descolonización han sido mucho más ambiguos que en los países de Mesoamérica. Movimientos ideológicos y políticos poderosos, por último, se expresan en el rechazo de los valores occidentales y particularmente familiares. Así ocurre con los países mulsumanes integristas.

Es difícil hablar de un sistema familiar africano, tan diferentes son sus modos de filiación y de matrimonio, campos de estudio privilegiado de la teorización antropológica de la escuela anglosajona. Los efectos de la colonización después de la descolonización son complejos. En los años 1950-1960, los administradores se apoyan en el postulado de la eficacia económica de una familia nuclear de tipo occidental para alcanzar el desarrollo. Asimilan las sociedades africanas a las sociedades campesinas preindustriales e intentan romper la solidaridades de linaje, de la misma manera que suponían que había sido necesario construir sobre las ruinas de la «gran familia campesina» la sociedad industrial. La dimensión del fracaso es la medida de la falsedad de esta hipótesis sociológica.

El tiempo de las independencias africanas marca un retorno hacia la puesta en valor de los sistemas de linaje, tanto en el plano económico como en el plano político. En lugar de intentar destruirlos, el desarrollo se apoyará sobre las solidaridades familiares tradicionales; un socialismo auténticamente africano descansará, por lo que a ello respecta, sobre las estructuras tradicionales, abriendo una vía democrática original. Es-

[10] Marjorie Wolf, «Marriage, Family and the State in Contemporary China», en *Contemporary Marriage*, páginas 223-252.

tas posiciones ideológicas conducen a observar evoluciones familiares complejas en las cuales las «tradiciones familiares están comprometidas y reinventadas», como lo escribió Jean-Pierre Dozon[11].

La actividad económica en África sigue dominada por la actividad agrícola, pero las sociedades de linaje han sido trabajadas por las relaciones mercantiles que instauran las economías de plantación. Si se observa una tendencia hacia la eclosión en familias nucleares, las sociedades han sabido, sin embargo, adaptar sus reglas a los nuevos condicionamientos económicos. Así, en la sociedad bantú, el sistema matrimonial se ha mantenido notablemente estable, a pesar de los cambios económicos, culturales y sociales, puesto que los rasgos culturales profundos de la sociedad —división sexual del trabajo, asignación de los recursos en capital a las personas— persisten[12].

La urbanización no ha erradicado más las estructuras tradicionales. Georges Balandier señalaba, desde 1955, en su *Sociologie de l'Afrique noire*, que las migraciones de los jóvenes (frecuentemente los segundones de linaje) hacia las ciudades les habían abierto a la influencia occidental, pero también habían reforzado el sistema de linaje, como consecuencia de la monetarización de la «compensación matrimonial». Los segundones dependían más que en el pasado de sus mayores para reunir la suma de dinero necesario para la obtención de esposa.

Generalmente, las relaciones entre emigrados de las ciudades y parientes en el campo se mantienen muy fuertes. La solidaridad económica aparece como un deber hacia los miembros de su linaje. Las rupturas familiares se observan, por otra parte, quizá, más bien entre los emigrantes pobres, como ocurre entre el subproletariado francés. Los efectos de la escolarización, al igual que los de la urbanización, son contradictorios: por una parte, contribuyen a la eclosión en familias restringidas, pero, por otra, los éxitos escolares o universitarios son integrados en las estrategias simbólicas de la competición entre linajes. Los pleitos de brujería, a la cual se atribuyen los fracasos, parecen multiplicarse.

La sustitución de una economía de plantación por una economía de abastecimiento no ha mejorado el estatus de las mujeres africanas que, a causa de la tradicional separación entre los sexos, se han visto sobreexplotadas. Las migraciones de las mujeres hacia las ciudades han sido numerosas, y los sistemas de linaje parecen haber sido más puestos en peligro por las mujeres de los años ochenta que por un siglo de colonización y descolonización. Las mujeres rechazan el sometimiento al linaje, rechazan a menudo la conyugalidad y la maternidad, lo que constituye una revolución en la mentalidad africana que valoriza particularmente al hijo, y se organizan en asociaciones para asegurar su independencia económica.

La emancipación de la mujer también está en el núcleo de los choques culturales entre sociedades occidentales y sociedades musulmanas. ¿A una «modernización» en los años setenta no le sucede un retroceso de la condición femenina, sobre todo en los países musulmanes más integristas? La «modernización» ha sido apresurada y bastante relativa. El velo de la mujer aparece a los ojos de los occidentales como el signo de su servidumbre, cuando esta forma de vestido la autoriza a salir a la calle, a abandonar su exclusivo espacio doméstico. El mundo árabe (cuyas fronteras no son secantes con el mundo musulmán, puesto que algunas sociedades africanas o hindúes están islamizadas, mientras que grupos de libaneses son cristianos) es, según la expresión de Philippe Fargues, una «ciudadela (...en la cual) el tabique entre los dominios masculino y femenino es la llave maestra del edificio familiar»[13].

Si la escolarización masiva de los niños de los dos sexos es portadora de una futura emancipación femenina, en los años ochenta, los países siguen, en su mayoría, desconfiados, si no hostiles. La mujer continúa estando encerrada en el seno del hogar, los matrimonios son arreglados dentro del marco de una endogamia tradicional que sólo retrocede en la ciudad. Philippe Fargues muestra que la evolución del derecho es muy lenta, sobre todo en caso de divorcio. La igualdad de los cónyuges frente al divorcio no está reconocida, ni en Argelia, que ha promulgado un nuevo Código de la familia en 1981, ni en Egipto, en donde la ley

[11] Jean-Pierre Dozon, «En Afrique, la famille à la croisée des chemins», en *Histoire de la famille*, págs. 301-338.

[12] Adam Kuper, «African Marriage in an Impinging World», en *Contemporary Marriage*, págs. 253-272.

[13] Philippe Fargues, «Le monde arabe: la citadelle domestique», en *Histoire de la famille*, págs. 339-371.

«Jihane el-Sadate», que reconoce a las mujeres el derecho a pedir el divorcio si el marido llega a tomar una segunda esposa, ha sido anulada en 1985 bajo la presión de los movimientos integristas. Apoyarse en los preceptos del Corán, rechazar toda forma de occidentalización de la familia constituyen en la actualidad reivindicaciones políticas fundamentales, la búsqueda de expresiones de desarrollos nacionales originales.

Los acontecimientos políticos no dan la razón a las previsiones de los sociólogos de la segunda posguerra. Su confianza en la extensión internacional de los valores de la libertad y del individualismo era portadora de una ideología: la conquista por Occidente del mundo se haría, sobre todo, por la difusión de los nuevos valores familiares. Los hechos no van en esta dirección en el momento actual.

CONCLUSIÓN

Los cambios familiares contemporáneos son relativizados cuando los revaluamos a la luz de una supuesta «modernización» de la familia; y la hipótesis de la «desinstitucionalización» de la familia no resiste el análisis. En la Roma antigua, el matrimonio era un acto privado, informal, no escrito; en caso de litigio, eran los tribunales quienes estaban encargados de establecer su existencia. La definición legal del matrimonio contemporáneo no desaparece, se desplaza hacia las instancias del derecho o de la asistencia social.

Esto vuelve a subrayar nuevamente la naturaleza esencialmente política de la familia. Émile Durkheim ha escrito en relación a este tema frases definitivas. «No hay sociedad política que no contenga en su seno una pluralidad de familias diferentes o de grupos profesionales diferentes, o unos y otros a la vez. Si se reduce a una sociedad doméstica, se confundirá con ésta y será una sociedad doméstica; pero desde el momento en que está formada por un cierto número de sociedades domésticas, el agregado así formado es otra cosa distinta de cada uno de sus elementos. Es algo nuevo que debe ser designado por una palabra diferente» (Cuarta lección de sociología: moral cívica, pág. 81). A propósito de las relaciones entre el Estado y los derechos del individuo, Émile Durkheim (*Leçons de sociologie,* París, PUF, 1969) afirma: «Al mismo tiempo que la sociedad alimenta y enriquece la natureleza individual, tiende inevitablemente a sometérsela. Precisamente porque el grupo es una fuerza moral en este punto superior a la de las partes, el primero tiende necesariamente a subordinarse a las segundas» (Quinta lección de sociología: moral cívica, pág. 96).

El lazo político que asocia la familia al estado está universalmente atestiguado. Ofrece, quizá, la única definición del objeto «familia» que resiste a la diversidad de las estructuras y de los sistemas. Una sociedad puramente contractual no puede existir y es necesario que la familia, bajo la forma que sea, contribuya al funcionamiento del sistema social.

GLOSARIO



Los términos en cursiva entre paréntesis son términos de la misma familia y área de significación.

Acarreo de leña: derecho a tomar leña en un bosque comunal.

Afinidad: parentesco establecido a través de un matrimonio. Se habla también de parientes o de parentesco por alianza *(afín)*.

Agnado: pariente por línea paterna o por filiación patrilineal *(agnático)*.

Área matrimonial: área geográfica dentro de la cual se llevan a cabo las uniones matrimoniales.

Ascendencia: conjunto de generaciones y de personas de las que procede un individuo *(ascendiente)*.

Avuncolocalidad: residencia del sobrino en la casa de su tío (generalmente, el hermano de la madre).

Bien fundiario: bien inmueble constituido por un dominio que se explota o un solar sobre el que se edifica; por oposición: bienes muebles (mobiliario, herramientas, ganado).

Bilinealidad: pariente o parentesco transmitido, separadamente, por línea materna y por la paterna, sirviendo cada filiación a fines diferentes *(bilineal)*.

Casa (sociedad basada en la): persona moral que detenta un conjunto de bienes a la vez materiales e inmateriales y que se perpetúa mediante la transmisión de su nombre, de su fortuna y de sus títulos, en línea real o ficticia.

Cencerrada: manifestación ruidosa, jocosa, a veces violenta, organizada por los jóvenes o las gentes de la vecindad, con el objeto de burlarse o de llamar al orden una conducta social desviada, y particularmente un matrimonio inadecuado (segundas nupcias de un viudo, matrimonio exógamo, matrimonio con una gran diferencia social o de edad entre los esposos).

Ciclo de desarrollo doméstico o familiar: designa la evolución de una unidad doméstica, las modificaciones de tamaño y estructura que sufre desde su formación hasta su disolución.

Clan: conjunto de personas que se consideran, en virtud de una relación genealógica presumida, como descendiendo en línea directa, sea paterna (patriclán), sea materna (matriclán), de un(a) ancestro común mítico. Esta descendencia común puede existir, por extensión, en forma de filiación indiferenciada. Se habla entonces de clan cognaticio.

Cognaticio: parentesco transmitido indistintamente por vía materna o paterna. También puede hablarse de parentesco o de filiación indiferenciada *(cognado)*.

Cohabitación juvenil: expresión que designa la instalación de dos jóvenes, viviendo como pareja, según una norma admitida en la actualidad en la mayoría de los países occidentales.

Cohabitantes: personas, emparentadas o no, que viven bajo un mismo techo.

Colateralidad: relaciones de parentesco entre germanos, es decir, entre hermanos y hermanas, o entre parientes descendientes de hermanos.

Comunidad tácita: reagrupamiento de unidades conyugales, emparentadas o no, en torno a la misma olla y al mismo fuego, basado en un acuerdo tácito y no en un acuerdo escrito y notariado, para explotar y disfrutar de un bien común (véase hermandad).

Consanguinidad: parentesco que existe entre dos individuos que afirman descender de un antepasado común.

Consorcio: asociación entre padres e hijos para compartir la gestión de una explotación agrícola.

Conubium: serie de matrimonios asociados los unos a los otros.

Díada: par.

Dote: conjunto de bienes y/o servicios ofrecidos por la familia de la novia al futuro esposo. Por extensión, el término dote ha llegado a designar todas las prestaciones matrimoniales, tanto si vienen de parte de la familia del marido o de la de la mujer.

Ego: individuo a partir del cual se dibuja o se traza el parentesco.

Endógamo: dícese del matrimonio contraído dentro del grupo familiar o local *(endogamia)*.

Estatus: rango ocupado por un individuo en una determinada jerarquía social que confiere derechos y deberes e implica un juego de roles sociales.

Exógamo: dícese del matrimonio contraído fuera del grupo familiar o local *(exogamia)*.

Familia monoparental: familia constituida por uno o varios hijos que tienen a su cabeza un solo padre.

Filiación: conjunto de procesos sociales que definen, de generación en generación, el parentesco entre individuos o la calidad de miembro de un grupo social.

Fratría: conjunto de hermanos y hermanas descendientes del mismo padre y de la misma madre.

Germano: hermano y hermana descendientes del mismo padre y de la misma madre; los semigermanos son descendientes solamente o del mismo padre o de la misma madre *(germandad)*.

Hermanamiento: contrato que vincula a parientes o extraños con el fin de que vivan entre ellos como hermanos (véase comunidad tácita).

Hermandad: agrupamiento en torno a la misma olla y al mismo fuego de parejas casadas de hermanos reales o clasificatorios para explotar un bien en común (véase comunidad tácita).

Homógamo: dícese de un matrimonio concertado entre esposos de la misma condición social *(homogamia)*.

Linaje: grupo de parientes que consideran descender, ya sea en línea agnática (patrilinaje), ya sea en línea uterina (matrilinaje), ya sea en filiación indiferenciada (línea cognática), de un(a) antepasado(a) común conocido(a) y nombrado(a).

Matriarcado: régimen político en el cual el poder sobre la comunidad está detentado por las mujeres. Hay que añadir que no se conoce ninguna sociedad histórica o contemporánea que haya vivido bajo ese régimen *(matriarcal)*.

Matrilinealidad: transmisión del parentesco por la línea femenina solamente.

Matrilocalidad: residencia de los nuevos esposos con o cerca de los padres de la esposa *(matrilocal)*.

Mejora: ventaja patrimonial concedida a uno de los herederos *(mejorado/a)*.

Neolocalidad: residencia de los nuevos esposos en un lugar diferente del que viven sus familias de origen *(neolocal)*.

Parentela: conjunto de individuos —consanguíneos y a veces afines— con los cuales *ego* reconoce una relación de parentesco.

Patriarcado: régimen político en el cual el poder sobre la comunidad está detentado por los hombres, generalmente los mayores o los más ancianos *(patriarcal, patriarca)*.

Patrilinealidad: transmisión del parentesco exclusivamente por línea paterna *(patrilineal)*.

Patrilocalidad: residencia de los nuevos esposos con o cerca de los padres del esposo *(patrilocal)*.

Poligamia: forma de uniones legítimas múltiples y simultáneas.

Primo(a) cruzado(a) o paralelo(a): hijo de colaterales del mismo o diferente sexo. Así, los hijos de un hermano y de una hermana son llamados «primos cruzados», mientras que los de dos hermanos o de dos hermanas son llamados «paralelos».

Protoindustrialización: forma de industrialización descentralizada, en la cual la producción destinada al mercado se efectúa dentro del marco de talleres familiares activos en el medio rural.

Tasa de fecundidad: relación entre el número de nacimientos vivos y el número de mujeres en edad de procrear.

Tasa de natalidad: relación entre los nacimientos dentro de una colectividad, durante un período determinado, con la cantidad media de esta colectividad.

Tríada: grupo de tres personas.

Uxorilocalidad: residencia del nuevo matrimonio en el lugar en que residía la esposa antes de su matrimonio *(uxorilocal)*.

Virilocalidad: residencia del nuevo matrimonio en el lugar en que residía el marido antes de su matrimonio *(virilocal)*.



En las sociedades occidentales la institución social de la familia ha sufrido numerosos embates durante los últimos treinta años. Por el contrario, en estos años finales del siglo XX se está produciendo un regreso a los valores familiares, a pesar de que la pareja sea más frágil que en el pasado. *Antropología histórica de la familia* se propone explorar comparativamente los múltiples aspectos del hecho familiar para situar en una perspectiva socio-histórica los cambios contemporáneos.

Publicada ya en francés, inglés, japonés y alemán, esta obra constituye a la vez un manual que tiene la finalidad de iniciar a los estudiantes en los métodos de aproximación al hecho familiar y una reflexión sociológica sobre la relación entre los cambios familiares y los cambios sociales.

Martine Segalen, socióloga y etnóloga, es Directora de investigaciones del CNRS y Directora del Centro de etnología francés.

Ciencias sociales


9 788430 602315



Taurus Universitaria

